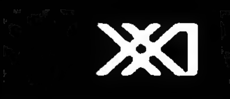
IMMANUEL WALLERSTEIN

III

EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL

La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850



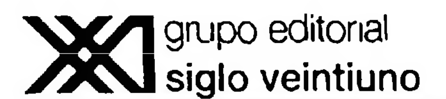
Traducción de
JESÚS ALBORES

EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL

La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850

por
IMMANUEL WALLERSTEIN






siglo xxi editores, méxico
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS
04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina
GUATEMALA 4824, [illegible]
[illegible]
www.sigloxxieditores.com.ar

salto de página
ALMAGRO 38, 28010
MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

biblioteca nueva
ALMAGRO 38, 28010
MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

anthropos
[illegible] 266 [illegible]
[illegible]
[illegible]

HC51
W3518
2011 Wallerstein, Immanuel Maurice
El moderno sistema mundial / por Immanuel Wallerstein. — 2ª ed. aum.
— México : Siglo XXI, 2011-
3 v.
Traducción de: *The modern world system*

Contenido: v. 1. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo xvi / traductor Antonio Resines. – v. 2. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750 / traductor Pilar López Máñez. – v. 3. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850 /traductor Jesús Albores

ISBN-13: 978-607-03- 0354-8

1. Historia económica – 1600-1750. 2. Europa – Condiciones económicas – Siglo XVII. 3. Sistema mercantil – Historia. I. Resines, Antonio, traductor. II. López Máñez, Pilar, traductora. III. Albores, Jesús, traductor. I. t.

primera edición en español, 1998
primera reimpresión, 2006
segunda edición aumentada, nuevo prólogo, 2011

isbn 978-607-03-0333-3 (obra completa)
isbn 978-607-03- 0354-8 (volumen 3)

primera edición en inglés, 1989

título original: *the modern world-system iii: the second era of great expansion of the capitalist world-economy, 1730-1840*

impreso en programas educativos, s.a.
calz. chabacano 65 local a
06850 méxico, d.f.

ENCYCLOPÉDIE,

OU

DICTIONNAIRE RAISONNÉ DES SCIENCES, DES ARTS ET DES MÉTIERS,

PAR UNE SOCIÉTÉ DE GENS DE LETTRES.

Mis en ordre & publié par M. *DIDEROT*, de l'Académie Royale des Sciences & des Belles-Lettres de Prusse; & quant à la PARTIE MATHÉMATIQUE, par M. *D'ALEMBERT*, de l'Académie Royale des Sciences de Paris, de celle de Prusse, & de la Société Royale de Londres.

Tantùm series juncturaque pollet,
Tantùm de medio sumptis accedit honoris! HORAT.

TOME PREMIER.



A PARIS,

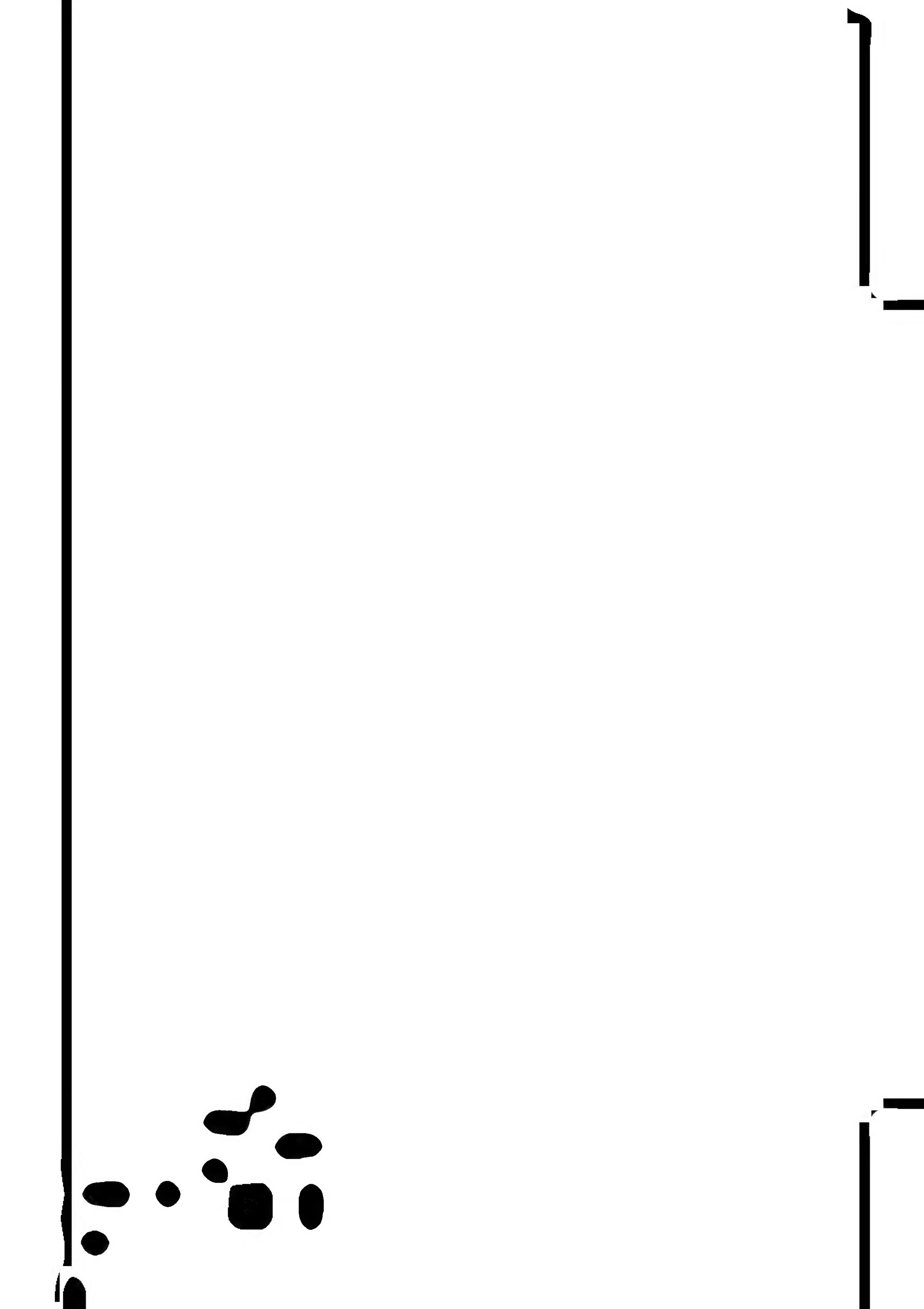
Chez
BRIASSON, *rue Saint Jacques, à la Science.*
DAVID l'aîné, *rue Saint Jacques, à la Plume d'or.*
LE BRETON, Imprimeur ordinaire du Roy, *rue de la Harpe.*
DURAND, *rue Saint Jacques, à Saint Landry, & au Griffon.*

M. DCC. LI.

AVEC APPROBATION ET PRIVILEGE DU ROY.

Se considera que la *Enciclopedia* de Diderot es la expresión intelectual fundamental de la Ilustración, y durante largo tiempo ha significado para muchos el triunfo del racionalismo científico como la ideología reinante del moderno sistema mundial. Escrita por Denis Diderot con la ayuda de Jean Le Rond d'Alambert para la parte matemática, fue publicada originalmente de 1751 a 1780, en 35 volúmenes en folio, de los cuales 21 eran de texto, 12 contenían grabados y 2 incluían tablas elaboradas por P. Mouchon.

ÍNDICE



A Beatrice

PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2011*

Hay tres cuestiones controvertidas en la manera en que trato el periodo que va de 1730 hasta el decenio de 1840. Para muchos analistas, tal vez la mayoría, este periodo representa el gran punto de inflexión de la era moderna, el momento en el que surgió el capitalismo como sistema, o la modernidad como modo de existencia. Los lectores de los tres primeros volúmenes sabrán que no estoy de acuerdo, ya que creo que el gran punto de inflexión se dio en el «largo siglo XVI».

La segunda cuestión controvertida tiene que ver con el concepto de «incorporación» a la economía-mundo capitalista de zonas que eran parte, antes, de lo que he venido llamando la arena externa. Esto asume que es posible trazar una distinción entre el moderno sistema-mundo (que es una economía-mundo capitalista) y otras partes del planeta, especialmente en el periodo 1500-1750. Da por supuesto, además, que existe una diferencia significativa entre ser una zona ubicada afuera de la economía-mundo capitalista y una zona periférica dentro de la misma.

Una tercera cuestión es el concepto de procesos cíclicos dentro de la *longue durée*, y su papel en la explicación de los procesos históricos. Estos procesos cíclicos son lo que en francés se llama *conjonctures* (y palabras emparentadas en otros idiomas romance, así como en lenguas germánicas y eslavas; la principal excepción es su uso en inglés, idioma en el cual la palabra *conjuncture* definitivamente no significa coyuntura). El principal ciclo económico es lo que suele denominarse ondas largas de Kondratieff, concepto que se utiliza en este volumen pero cuya existencia misma es frecuentemente disputada por otros.

Tal vez resulte útil volver a plantear los argumentos básicos de los tres conceptos: la ausencia de un punto de inflexión en este periodo, el proceso de incorporación en el moderno sistema-mundo y la naturaleza de las ondas largas de Kondratieff. Esto es especialmente importante puesto que creo que ha habido una

* Traducción de Victoria Schussheim.

considerable malinterpretación de lo que he estado tratando de sostener.

1. EL GRAN PUNTO DE INFLEXIÓN

A los científicos sociales de todas las especialidades les gusta señalar puntos de inflexión. Es un recurso que aclara enormemente la historia que están tratando de contar. Se convierte en un bloque básico para la construcción de su análisis de los fenómenos inmediatos que están estudiando. La elección de los puntos de inflexión constituye un marco de referencia básico dentro del cual todos actuamos. Pero al escoger diferentes puntos de inflexión se puede cambiar por completo la lógica de los análisis. Los que se consideran «puntos de inflexión» pueden servir tanto para aclarar como para confundir.

Si se leen las principales obras de las ciencias sociales históricas escritas en los dos últimos siglos se verá fácilmente que un fuerte favorito en la bibliografía colectiva para ser el principal punto de inflexión de los últimos quinientos años (o de los últimos cinco mil) ha sido precisamente el periodo que va desde 1730 hasta la década de 1840. Ya sea que se utilice el marco de referencia de la «modernidad», el del «capitalismo», el del «industrialismo», o el del «dominio occidental del mundo», casi todos han remontado su verdadero inicio a este periodo... o por lo menos casi todos hasta hace más o menos los últimos cuarenta años, durante los cuales se ha cuestionado cada vez más este periodo como el «gran punto de inflexión». Toda esta obra gira en torno a un rechazo de este periodo como tal momento definitorio, y en pro del «largo siglo XVI» como momento de la creación del «moderno sistema-mundo» como una «economía-mundo capitalista».

En cierto sentido los tres primeros volúmenes sostienen esto. Pero permítaseme repetir el argumento de manera condensada. Hemos afirmado que el elemento esencial del capitalismo en tanto sistema no es, como suele decirse, la mano de obra asalariada proletaria o producción destinada al mercado o producción fabril. Por un lado, todos estos fenómenos tienen profundas raíces históricas y es posible encontrarlos en muchos tipos diferentes de sistemas. En mi opinión, el elemento clave que define a un sistema capitalista es que está construido sobre el impulso hacia una acumulación *incesante* de capital. No se trata de un mero valor cultural sino de un requisito estructural, lo que significa que dentro del sistema existen mecanismos que recompensan a me-

diano plazo a quienes actúan de acuerdo con su lógica y castigan (materialmente) a quienes insisten en funcionar de acuerdo con otras lógicas.

Hemos afirmado que, a fin de mantener al sistema, se requieren varias cosas. Tiene que haber una división axial del trabajo, de manera tal de que existan intercambios continuos de bienes esenciales de baja rentabilidad y otros productos sumamente competitivos (es decir periféricos), con otros de elevados rendimientos y casi monopolizados (es decir de tipo central). A fin de permitir que los empresarios puedan actuar exitosamente en un sistema de este tipo, tiene que existir, además, un sistema interestatal compuesto por estados seudosoberanos con diversos grados de eficacia (fuerza). Y tiene que haber también mecanismos cíclicos que permitan la creación constante de nuevas empresas casi monopólicas productoras de beneficios. La consecuencia de ello es que hay una reubicación bastante lenta pero constante de los centros privilegiados del sistema.

Todo esto ocurrió en el moderno sistema-mundo, que se ubicaba inicialmente, de manera primordial, en la mayor parte de Europa (pero no en toda ella) y en algunas partes de América. Era, en palabras de Braudel, *un* mundo, y no *el* mundo. Pero, siguiendo su lógica interna, la economía-mundo capitalista expandió sus fronteras como sistema. Esto lo hizo de manera más espectacular en el periodo que se analiza en este volumen, y hemos procurado contar su historia, describiendo cuáles nuevas regiones involucró y cómo llegaron a estar sometidas a esta expansión.

Hay dos maneras de discutir contra esta posición. Una consiste en afirmar un proceso de expansión gradual, en todo el mundo, de relaciones de diversos tipos (comercio, comunicaciones, cultura, conquista). Esto se ve como un proceso de muchos milenios, en cuyo caso ni el largo siglo XVI ni el inicio del siglo XIX es un momento tan dramático como para constituir por sí mismo un punto de inflexión. Los recientes argumentos acerca de la centralidad de China, desde tiempos lejanos, en los patrones comerciales de la masa terrestre euroasiática, constituyen una variante de esta posición. Cuando el problema se enmarca de esta manera el capitalismo como concepto queda en gran medida fuera de la discusión.

O puede aducirse que el surgimiento de una burguesía industrial y de trabajadores industriales sin tierra, involucrados en conflictos recíprocos de clase, es la característica definitoria esencial, y que esto sólo aparece en este periodo, y sólo en unos cuantos países (tal vez exclusivamente en Inglaterra). Eso convierte a este periodo en el «punto de inflexión». El sistema interestatal y la

existencia de intercambios entre el centro y la periferia quedan en gran medida fuera de esta discusión. Este argumento puede formularse en lenguaje ya sea «marxista» o «weberiano». Cualquiera de estas versiones descarta esencialmente la noción de un sistema-mundo y su manera de constreñir la acción.

2. INCORPORACIÓN AL SISTEMA-MUNDO

En el volumen 1 distinguimos entre la arena externa y las zonas periféricas del moderno sistema-mundo. Mientras ciertas partes de la arena externa se relacionaban por el comercio y otras formas de interacción con la economía-mundo capitalista, ese comercio, según sostuvimos, consistía en gran medida en bienes «suntuarios y, por consiguiente, no era esencial para el funcionamiento de ninguna de ambas partes. Como resultado de ello, el comercio era relativamente igual, en el sentido de que cada una de las partes intercambiaba artículos que consideraba de bajo valor por otros que consideraba de alto valor. Podríamos decir que era una situación ganar-ganar.

Sugerimos que los productos periféricos se comerciaban por productos de tipo central en una forma de intercambio desigual en la que había una transferencia complicada pero real de valor excedente de las zonas periféricas a las zonas centrales. Esos intercambios eran de bienes esenciales, que cada una de las partes necesitaba para mantenerse a sí misma. Este comercio no podía interrumpirse sin que hubiese consecuencias negativas para una de las partes o para ambas. Nò obstante, era posible establecer, durante breves periodos, bloqueos al libre movimiento de los bienes, y analizamos las circunstancias políticas en las cuales se practicaba ese «proteccionismo».

Los procesos cíclicos que se daban dentro de la economía-mundo capitalista conducían repetidamente a situaciones en las cuales, para poder mantener los bajos costos de producción de los bienes periféricos, se hacía necesario involucrar en la economía-mundo nuevas regiones, es decir, «incorporarlas» dentro de la división del trabajo.

Desde luego, el proceso de incorporación podía encontrar resistencia. No obstante, se ha sostenido que el desarrollo tecnológico de la economía-mundo capitalista, que en sí mismo era un proceso interno de ese sistema, conducía, con el tiempo, a fortalecer la capacidad militar de los estados fuertes de la economía-mundo en comparación con la capacidad militar de partes de la arena

externa. Así, por ejemplo, mientras que en el siglo XVI la fuerza militar paneuropea era insuficiente, tal vez, para «conquistar» la India, para finales del siglo XVIII la situación había cambiado.

Por último, la cantidad de expansión que se producía en un momento dado era función de cuánto territorio nuevo era capaz de integrar, en ese momento, la economía-mundo capitalista. Y también era función de la distancia, y por lo tanto la dificultad, de incorporar a ciertas regiones *manu militari*. Es por ello que se sostiene en este volumen que, mientras que lo que hoy llamamos la India se incorporó durante este periodo, no ocurrió lo mismo con China, a la que se habría de incorporar posteriormente.

Luego afirmamos que la incorporación era un proceso. No se producía en un día, ni en una década, siquiera, sino a lo largo de un periodo de tiempo sustancial. Sin embargo, procuramos demostrar, comparando cuatro regiones diferentes —Rusia, la India, el imperio otomano y el África occidental— que la «periferización» era un proceso homogeneizador. Es decir, aunque estas cuatro zonas eran muy diferentes entre sí al iniciarse el proceso, las presiones del sistema-mundo actuaron para hacer que sus características se volviesen más semejantes. Por ejemplo, esas presiones debilitaron las estructuras estatales de algunas zonas y fortalecieron las de otras, para que pudiesen funcionar de manera óptima en términos de las modalidades del moderno sistema-mundo.

Ha habido dos maneras de discutir esta distinción. Una ha consistido en afirmar que el proceso de incorporación es mucho más gradual, y que se presenta con múltiples etapas. Yo estoy perfectamente dispuesto a aceptar esta enmienda al argumento, que es resultado de más investigación empírica sobre el tema.

La segunda ha consistido en dudar de la distinción entre bienes suntuarios y bienes esenciales. Se ha aseverado que muchas veces lo que se consideran bienes de lujo son esenciales, por lo menos como artículos de prestigio. Se afirma además que la perspectiva respecto a lo que es lujo tiene bases culturales y que diferentes pueblos lo definirían de maneras distintas.

Estoy de acuerdo en que se trata de una distinción difícil. Pero el hecho de que el concepto de lujo tenga una base cultural es parte de mi propia argumentación. Y aunque las plumas de pavo real puedan parecerles esenciales a algunos grupos, me resulta difícil aceptar que sea el mismo tipo de necesidad que la de cereales para el consumo humano. Además, los granos son productos voluminosos, y los diamantes requieren muy poquito lugar para el transporte. Me parece que esto representa una gran diferencia práctica.

De manera que sigo sintiendo que los intercambios «iguales» entre dos regiones recíprocamente externas y los intercambios «desiguales» dentro de la economía-mundo capitalista constituyen una distinción teórica esencial. Por su misma manera de funcionar, la economía-mundo capitalista es un sistema sumamente polarizador. Ésta es su característica más negativa y, a largo plazo, una de sus fallas fatales. El capitalismo como sistema es muy diferente de los tipos de sistemas que existían antes del largo siglo XVI. No resulta analíticamente útil perder de vista esta realidad básica.

3. CICLOS DE KONDRATIEFF

Los ciclos de Kondratieff reciben su nombre de Nikolai Kondratieff, un economista ruso que los describió en la década de 1920. De hecho no fue el primer estudioso en describir tales ciclos. Y sus descripciones, tanto de la forma en que funcionan como de cuando se produjeron por primera vez, ya no cuentan con la aceptación general. Pero el nombre más usado para designar esos ciclos sigue siendo el suyo. Mi propia visión de cómo funcionan se deriva de cómo entiendo que los productores de un sistema capitalista obtienen ganancias de sus empresas y, por consiguiente, pueden acumular capital.

El capitalismo es un sistema en el cual la acumulación incesante de capital constituye la *raison d'être.* Para acumular capital los productores tienen que obtener ganancias de sus operaciones. No obstante, las utilidades verdaderamente significativas sólo son posibles si el productor puede vender el producto por un precio considerablemente superior al costo de producción. En una situación de competencia perfecta resulta absolutamente imposible lograr una ganancia significativa. La competencia perfecta se define, clásicamente, con una situación con tres rasgos: una multitud de vendedores, una multitud de compradores, e información universalmente disponible respecto a los precios. Si predominasen las tres características (cosa que raras veces ocurre), cualquier comprador inteligente iría de un vendedor a otro hasta encontrar a aquel que venda a un centavo por encima del costo de producción, si acaso no de hecho por debajo del mismo.

Obtener una ganancia significativa requiere un monopolio, o al menos un casi monopolio del poder de la economía-mundo. Si existe un monopolio, el vendedor puede demandar cualquier precio mientras no vaya más allá de lo que permite la elasticidad de la demanda. En cualquier momento en que la economía-

mundo se esté expandiendo de manera considerable se observará que hay algunos productos «líderes» que están relativamente monopolizados. Ésos son los productos con los cuales se logran grandes ganancias y que permiten acumular grandes cantidades de capital. Los vínculos de estos productos líderes hacia adelante y hacia atrás constituyen la base de una expansión generalizada de la economía-mundo. A esto lo denominamos la fase A de un ciclo de Kondratieff.

El problema para los capitalistas es que todos los monopolios se liquidan a sí mismos. Esto se debe a que existe un mercado mundial en el cual pueden ingresar nuevos productores, por más que sea bien defendido políticamente un monopolio determinado. Desde luego, la entrada no es fácil y lleva tiempo. Pero más pronto o más tarde otros superan los obstáculos y logran ingresar al mercado. Como resultado de ello el grado de competencia se eleva. Y cuando aumenta la competencia, los precios bajan, como nos lo han dicho siempre los heraldos del capitalismo. Pero al mismo tiempo descienden las ganancias. Cuando las ganancias de los productos líderes bajan lo suficiente la economía-mundo deja de expandirse y entra en un periodo de estancamiento. A esto lo conocemos como la fase B de un ciclo de Kondratieff. Empíricamente, las fases A y B juntas han solido durar entre cincuenta y sesenta años, aunque la longitud precisa ha variado. Desde luego, tras cierto tiempo en una fase B pueden crearse nuevos monopolios y es posible que empiece una nueva fase A.

Por consiguiente, las fases A y B de los ciclos de Kondratieff parecen ser parte necesaria del proceso capitalista. De ello se deriva que deberían ser, lógicamente, parte de su operación desde el comienzo mismo de la existencia de una economía-mundo capitalista. En el argumento de esta obra, esto significa que debería encontrarse a partir del largo siglo xvi. Y, en efecto, los historiadores han descrito habitualmente tales coyunturas durante todo este tiempo, como podemos ver en las muchas referencias a tales descripciones en este volumen y en otros. Desde luego, estos historiadores no los denominaban ciclos de Kondratieff, pero se los puede hallar como fenómeno regular del sistema en su conjunto dentro de los límites geográficos que, según hemos insistido, eran en ese periodo los de la economía-mundo capitalista.

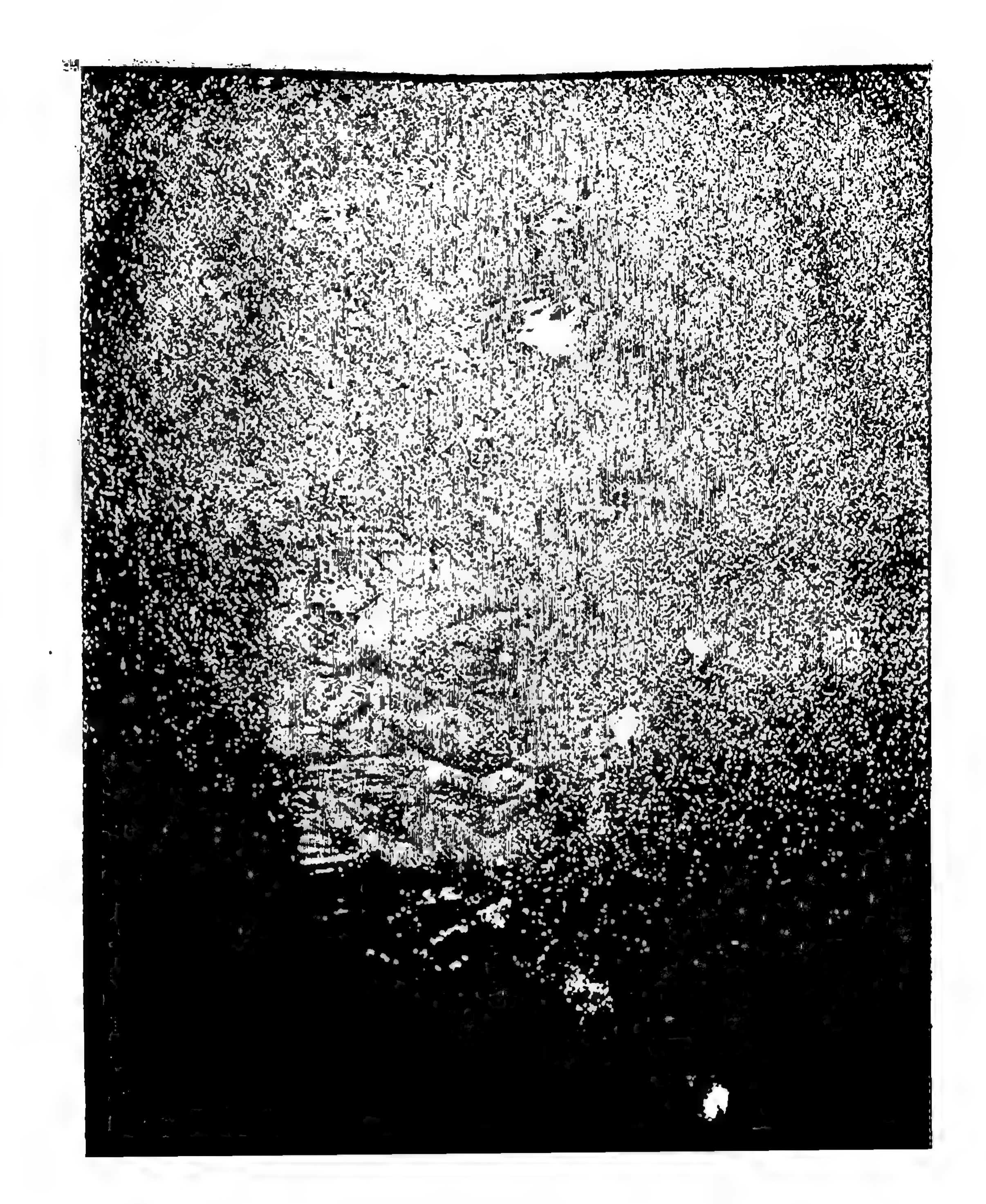
Unos pocos historiadores de la economía han descrito tales ciclos para la baja Edad Media en Europa, aunque ésta es una propuesta más controvertida. Si llegase a establecerse le daría cierto fundamento a quienes desean remontar el comienzo del moderno sistema-mundo a una fecha anterior al largo siglo xvi.

AGRADECIMIENTOS

Varios colegas accedieron a hacer una lectura crítica de uno o más capítulos de este libro y, aunque muchos de ellos hicieron objeciones sobre alguna de las tesis principales, todos tuvieron la amabilidad de señalar errores o discutir énfasis. Agradezco a todos su valiosa ayuda, y les absuelvo de aquellos puntos en los que no seguí su buen consejo: Perry Anderson, Sabyasachi Bhattacharya, Rondo Cameron, Ferenc Fehér, Walter Goldfrank, Patrice Higonnet, Keith Hitchins, Eric J. Hobsbawm, Terence K. Hopkins, Charles Issawi, Reşat Kasaba, Hans-Heinrich Nolte, Patrick K. O'Brien, Madhavan K. Palat, Donald Quataert, George Rudé y Charles Tilly.

Parte del capítulo 2 apareció en *Thesis XI* (1986), y una versión anterior del capítulo 3 en *Studies in History* (1988).





Aunque Joseph Wright of Derby (1734-1797) comenzó su carrera como retratista, su mayor celebridad se debe a pinturas en las que expresa su interés por la ciencia y la tecnología. Su participación en la Sociedad Lunar, un grupo de industriales y científicos ilustrados cuyas reuniones se celebraban cuando había suficiente luz de luna para caminar por oscuros senderos rurales, inspiró sus escenas de interiores iluminadas por la luz de la luna o la luz artificial. El entorno familiar del *Experimento con la bomba de aire* (1768) destaca la actitud igualitaria según la cual los conceptos y descubrimientos científicos podían presentarse a personas ajenas al laboratorio, como mujeres y niños.

1. INDUSTRIA Y BURGUESÍA

El cuento crece al contarlo.

ERIC KERRIDGE[1]

Estamos acostumbrados a organizar nuestro conocimiento en torno a conceptos centrales que adoptan la forma de axiomas elementales. El ascenso de la industria y de la burguesía o clases medias son dos conceptos de este tipo, que nos han sido legados por la historiografía y la ciencia social del siglo XIX para explicar el mundo moderno. Según la concepción dominante, a finales del siglo XVIII y principios del XIX tuvo lugar un cambio histórico cualitativo. Aquella fue una época en la que se produjeron la "primera"[2] revolución industrial en Gran Bretaña y la revolución burguesa "ejemplar"[3] en Francia. Indudablemente, se han levantado voces en contra de este consenso, y se han producido innumerables disputas relacionadas con los detalles; sin embargo, la imaginería de ambas revoluciones permanece arraigada tanto en la cultura popular como en el pensamiento académico.[4] De hecho, ambos conceptos son las estrellas que guían nuestra navegación por las aguas turbulentas de la realidad histórica moderna. En efecto, como indicaré más adelante, ambas estrellas no son sino una.

El término "revolución" significa para nosotros un cambio repentino, drástico y extenso, que subraya la discontinuidad. No cabe duda de que ése es el sentido que dan al concepto de "revolución industrial" la mayoría de quienes lo utilizan.[5] Cole-

[1] Kerridge (1969, p. 468).

[2] Véase por ejemplo, entre muchos otros, Mathias (1969) y Deane (1979).

[3] Poulantzas (1971, vol. I, p. 187).

[4] Charles y Richard Tilly lo expresaron bien: "La creencia en *la* Revolución industrial está tan difundida y es tan tenaz entre nosotros que podríamos denominarla el dogma principal y el interés creado de los historiadores de la economía europea" (1971, p. 186).

[5] Bezanson (1922, pp. 345-346) remonta el uso original del término a una comparación de 1798, con la Revolución francesa, comparación que se ha mantenido implícita desde entonces. Williams sugiere que su uso como instauración de un nuevo orden social más que como un mero cambio técnico debería atribuirse a Lamartin en la década de 1830 (1976, p. 138). Después fue usa-

man habla de un "cambio comparativamente repentino y violento que abrió paso a la sociedad industrial",[6] y Landes de "una ruptura con el pasado mucho más drástica que cualquier otro suceso desde la invención de la rueda".[7] De forma similar, Hobsbawm abunda en lo mismo: "Si la transformación repentina, cualitativa y fundamental que se produjo en o alrededor de la década de 1780-1790 no fue una revolución, entonces la palabra no tiene un significado de sentido común."[8]

¿En qué se supone que consistió esta revolución? En un escrito de 1884, Toynbee (a quien debemos el análisis clásico de la Revolución industrial como tal) encuentra su "esencia" en la "sustitución de las regulaciones medievales por la competencia".[9] Hartwell, 80 años después, define su "carácter esencial" de forma diferente: "el incremento sostenido en la tasa de crecimiento de la producción total y per cápita a un ritmo revolucionario en comparación con el anterior".[10]

do en este sentido por Adolphe Blanqui, Friedrich Engels, John Stuart Mill y Karl Marx (Mantoux, 1928, p. 25, n. 1). Heaton sugiere que Arnold Toynbee tomó el término de Marx y lo puso en "circulación académica" (1932, p. 3).

Debemos tener en cuenta también que los contemporáneos no parecían estar conscientes del fenómeno. M. S. Anderson (1979, p. 192) observa que en el "mejor libro de la época": George Chalmer, *An Historical View of the Domestic Economy of Great Britain and Ireland from the Earliest to the Present Times*, Edinburgo, 1812, se discute frecuentemente el comercio, la población y los ingresos públicos, pero "apenas se presta atención a la industria".

[6] Coleman (1956, p. 20). En respuesta a los usos del término "revolución industrial" que él considera demasiado laxos, Plumb replica enérgicamente: "entre 1760 y 1790 estaba claro como el cristal que [en Gran Bretaña] existían dos mundos, el antiguo y el nuevo. El proceso de cambio tampoco pudo ser gradual. En comparación con los siglos anteriores, los cambios en la industria, la agricultura y la vida social en la segunda mitad del siglo XVIII fueron a la vez violentos y revolucionarios" (1950, p. 77).

[7] Landes (1969, p. 42).

[8] Hobsbawm (1962, p. 46).

[9] Toynbee (1956, p. 58). Ya en 1844 Friedrich Engels consideró que este énfasis en el cambio social o sociológico era lo esencial de la "revolución": "Superficialmente, podría parecer que el siglo de la revolución había dejado a un lado a Inglaterra. Y sin embargo, desde mediados de siglo [XVIII] Inglaterra había sufrido una revolución mayor que la de ningún otro país, revolución que tuvo las consecuencias de mayor alcance al ser llevada a cabo tranquilamente, y con más probabilidades de alcanzar sus objetivos en la práctica que la revolución política francesa o la revolución filosófica alemana.

La revolución social es la única auténtica revolución, a la que deben conducir la revolución política y filosófica" (1971, p. 9).

[10] Hartwell (1967a, p. 8). Cannadine (1984 observa *cuatro* interpretaciones diferentes y sucesivas de la revolución industrial: como hecho con consecuencias sociales negativas (1880-1920), como fluctuación cíclica (1920-1950), como crecimiento económico (1950-1970), y como límite al crecimiento (1970).

Ambos énfasis —libertad de las limitaciones "medievales" (o revolución social) y tasa de crecimiento (o revolución económica)— no son, claro está, incompatibles. El núcleo de la argumentación tradicional ha sido que el primero condujo al segundo. Sin embargo, en años recientes la atención se ha centrado en la tasa de crecimiento, invocándose para explicarla un factor detrás de otro. Esto no es sorprendente, pues el desarrollo continuo de la economía mundial capitalista ha implicado la ascensión incesante de la ideología del desarrollo económico nacional como la tarea colectiva principal, definiéndose tal desarrollo en función del crecimiento económico nacional, y con el correspondiente axioma virtual de que "el camino hacia la riqueza está en la vía de una revolución industrial".[11]

Los dos elementos "esenciales" —crecimiento y libertad— siguen siendo demasiado vagos y deben traducirse a conceptos más específicos. Parece que, conceptualmente, el crecimiento está vinculado de forma muy estrecha a la "aplicación de principios mecánicos [...] a la fabricación",[12] lo que los franceses suelen llamar "maquinismo",[13] y la "revolución" de la mecanización generalmente se ha atribuido a "una constelación de innovaciones en el sentido que Schumpeter daba al término".[14]

[11] Deane (1979, p. 1).

[12] Hughes (1968, p. 253); véanse también Dobb (1946, p. 258) y Landes (1969, p. 41). Landes desarrolla esa idea en tres formas innovadoras: sustitución de las capacidades humanas por las máquinas, de la energía animada por la inanimada, y de las sustancias vegetales y animales por minerales como materias primas. Cipolla denomina esto sustitución de los "conversores" biológicos de la energía por los mecánicos (1961, p. 529).

[13] Véase Ballot (1923). Traducir "maquinismo" por "mecanización" supone perder su utilidad como concepto.

[14] Deane (1979, p. 106). Al tratar de justificar su afirmación de que la industrialización británica fue "única", Mathias argumenta que fue única "en el grado en que una sola economía nacional dominó el ámbito crucial del carbón barato, el hierro barato, la construcción de maquinaria, la tecnología de la energía y el combustible mineral, las técnicas de ingeniería". Y añade que fue "primera, y por lo tanto única" también en ese sentido (1979a, p. 19); cf. un argumento coyuntural similar en Rostow (1971, p. 33).

Wrigley lleva a su extremo lógico el argumento coyuntural al refutar la idea de que la "modernización" (o "racionalidad") conduce "inevitablemente" a la "industrialización" o "crecimiento económico sostenido"), puesto que en tal caso Holanda, que era más "moderna" que Inglaterra en el siglo XVIII, debió haber sido la primera en industrializarse. Wrigley insiste en que las series de innovaciones técnicas fueron "el producto de circunstancias especiales, locales", algo que él considera una "feliz coincidencia". Entonces "lo que hay que explicar no es simplemente porqué la Revolución industrial se produjo en Inglaterra antes que en ninguna otra parte, sino simplemente por qué, ocurrió". Wrigley concluye que "es posible que alguien tenga una oportunidad entre cincuenta de

El análisis de la mecanización sitúa el desarrollo de las fuerzas de producción en primer plano. Una mayor "libertad" (o revolución social) se refiere fundamentalmente, por otro lado, a las relaciones de producción: quién puede producir qué, quién puede trabajar para quién, y en qué términos. Dos fenómenos tienen una importancia central para esta parte del estudio: la fábrica (lugar de concentración de las máquinas) y el proletario o trabajador asalariado (empleado de la fábrica). Se dice que la fábrica moderna se "originó en Inglaterra en el último tercio del siglo XVIII".[15] Muchos autores consideran que es la fábrica, y todo lo que implica en lo relativo a la organización de la fuerza de trabajo, la innovación crucial en la organización del trabajo, innovación que requiere una fuerza de trabajo asalariada. Hobsbawm insiste en que la revolución industrial "no es meramente una aceleración del crecimiento económico, sino una aceleración del crecimiento debida a, y a través de, la transformación económica y social".[16] La transformación se refiere, sobre todo, al surgimiento de un proletariado urbano, que es él mismo la consecuencia de una "total transformación de la estructura social rural".[17]

Gran parte del estudio de la revolución industrial, sin embargo, *supone* los procesos de mecanización y el proceso de "liberación"/proletarización y se concentra en la siguiente pregunta: ¿qué hizo que estos procesos ocurrieran "por primera vez" en Gran Bretaña, y qué hizo "despegar" a dicha nación? El "despegue" es, en efecto, una imagen que refleja de forma idó-

que le toque la lotería, y, a pesar de ello, que le toque" (1972, pp. 247, 259). Desde un punto de vista lógico, esta perspectiva es similar a la tesis de Hartwell de que la revolución industrial debería considerarse "como una discontinuidad por propio derecho más que como un resultado residual del auge del capitalismo" (1979b, p. 10).

[15] Mantoux (1928, p. 25), quien añade que "la característica distintiva del sistema de fábricas es el uso de maquinaria" (p. 38). Véase también Toynbee (1956, p. 63).

[16] Hobsbawm (1968, p. 34). Además, desde el principio se consideró esta transformación como una "crisis". Saint-Simon, en su apóstrofe al rey en el *Système industriel* publicado en 1821, escribió: "Sire, la marcha de los acontecimientos agrava cada vez más la crisis en que se encuentra la sociedad, no sólo en Francia, sino a lo largo de la gran nación formada por los pueblos occidentales de Europa." Citado en Febvre (1962, p. 514).

[17] Saville (1969, p. 251). Una vez más, el argumento es que Gran Bretaña es única: "En ningún lugar, salvo en Gran Bretaña, quedó prácticamente eliminado el campesinado *antes* de la aceleración del crecimiento económico asociado con el desarrollo del capitalismo industrial, y de los muchos rasgos de la industrialización temprana en Gran Bretaña ninguno es más sorprendente que la presencia de un proletariado que crece con rapidez en el medio rural" (p. 250).

nea el modelo básico de la revolución industrial, por mucho que las detalladas hipótesis o la periodización de Rostow puedan haberse sometido a debate. A esta pregunta se ha dado una serie de respuestas que de ningún modo son mutuamente excluyentes, aunque varios autores han insistido en la centralidad de un factor determinado (que otros autores, a su vez, han discutido debidamente). Situándolos en un orden de contigüidad cronológica inversa, estos factores son: un incremento en la demanda (a la que se atribuye la rentabilidad de la mecanización y proletarización), la disponibilidad del capital (que, a su vez, hace posible la mecanización), el crecimiento demográfico (que, a su vez, da lugar a la proletarización), una "revolución agrícola" (que posibilitó el crecimiento demográfico), y un desarrollo preexistente de las modalidades de tenencia de tierras (que también fomentó el crecimiento demográfico). Retrocediendo aún más, lo más difícil de describir es una supuesta actitud mental (que asegura la existencia de empresarios que se beneficiarán de todas las numerosas oportunidades que este proceso revolucionario ofrece en sus múltiples coyunturas, de tal manera que el efecto acumulativo es "revolucionario"). Obviamente, esta cronología de factores es un poco abstracta, y varios autores han propuesto una secuencia diferente.

La demanda, al tratar de explicar la innovación, es una vieja teoría ("la necesidad es la madre de la invención"), y Landes hace de ella un factor central de su análisis: "En gran medida, fue la presión de la demanda sobre el modo de producción lo que hizo surgir las nuevas técnicas en Gran Bretaña."[18] ¿Pero qué demanda? Hay dos candidatos: el comercio exterior y el mercado interior. El argumento en favor de las exportaciones se centra en el hecho de que su crecimiento y aceleración fueron

[18] Landes (1969, p. 77). Véase también Plumb (1982, p. 284). "Después de todo los nuevos métodos industriales se originaron en las industrias de consumo productos textiles, porcelanas, los botones, hebillas y alfileres de Boulton y Watt." Deane opina de manera similar: "Sólo cuando el mercado potencial fue lo bastante grande y la demanda lo suficientemente elástica para justificar un incremento sustancial de la producción, los empresarios ordinarios se apartaron de sus técnicas tradicionales. No hay ninguna prueba que sugiera que [...] la mayoría de los productores estuvieran en modo alguno más dispuestos a innovar en 1815 que en 1750" (1970, p. 131). Deane y Cole, sin embargo, han tenido dudas sobre la fuente de la demanda. Habiéndola situado en el comercio exterior en la primera edición de su libro en 1962, en el prefacio de la segunda edición escribieron: "Si tuviéramos que volver a escribir este libro hoy, nos sentiríamos tentados a situarnos en un terreno distinto, por ejemplo, en el papel del comercio exterior en el crecimiento del siglo XVIII" (1967, p. xv).

"significativamente mayores que los de la industria interior en la segunda mitad del siglo XVIII".[19] En contra de esto, Eversley sostiene que, en el "periodo clave" de 1770-1779, es "incontrovertible" que el sector exportador decreció, aunque hubo una "visible aceleración" de la industrialización, lo que fortalece la tesis de que "un gran mercado interior para bienes de consumo producidos masivamente" es vital para la industrialización.[20] Hobsbawm sugiere el compromiso inevitable: tanto el comercio exterior como un gran mercado interior eran necesarios, además de "un tercer factor, a menudo pasado por alto: el gobierno".[21]

[19] Whitehead (1964, p. 74). Crouzet califica al siglo XVIII de "fase atlántica del desarrollo económico europeo", afirmando que, antes de la revolución, en Francia el comercio con América era "el sector más dinámico de toda la economía" (1964, p. 568). Boulle añade una fuente de demanda que no suele considerarse. Observa que en el tráfico de esclavos la serie de mercancías utilizadas como pago por los esclavos se había estandarizado bastante. "Así, todos los factores de demanda de ordinario identificados al comienzo de la Revolución industrial —importancia del mercado, estandarización de las mercancías, incentivos a los artículos entregados en la fecha fijada— estaban reunidos en África" (1975, p. 312).

[20] Eversley (1967, pp. 248, 211); véase también Bairoch (1973b, p. 571). Eversley se sitúa en la tradición de Rostow, sosteniendo que el periodo 1770-1780, durante el cual el mercado interno era favorable, fue "crucial como periodo de 'calentamiento' inmediatamente anterior al despegue [década de 1780] hacia un crecimiento sostenido" (p. 209). Rostow, sin embargo, *refuta* los argumentos de Marczewski sobre el crecimiento económico francés en el siglo XVIII basándose en el hecho de que el comercio *exterior* francés era insuficiente para permitir el despegue: "La diferencia entre el profesor Marczewski y él [Rostow] era sencilla. Al evaluar la evolución de Francia, Rostow declaró que había decidido [...] que el desarrollo de una moderna industria textil orientada sólo al mercado interno, no podía tener un efecto de escala suficiente para actuar como base de un desarrollo sostenido. Para que la industria textil cumpliera esa función, era preciso el empuje que recibió del comercio exterior. Éste era un juicio arbitrario que le llevó a negar que las industrias algodoneras de principios del siglo XIX en Francia y Alemania pudieran haber actuado como sectores que encabezaran el despegue" (Hague, 1963, p. 359).

Markovitch, el colaborador de Marczewski, invierte el argumento dudando de que el desarrollo de la industria del algodón inglesa a finales del siglo XVIII, que, admite, fue "excepcional", pudiera ser el "pivote central que situara a la máquina industrial británica en la órbita de la Revolución industrial", puesto que en 1770 el algodón constituía únicamente el 5% de la producción textil británica, y toda la producción textil únicamente el 10% de la renta nacional, mientras que la lana representaba un tercio de la producción industrial británica y también era significativa en Francia (1976a, p. 645). Cameron utiliza estos mismos porcentajes del algodón para contestar a la tesis de Hobsbawm (1968, p. 40), según la cual "quien dice Revolución industrial dice algodón", replicando: "En la medida en que esa afirmación sea exacta, revela la inexactitud y pretenciosidad del término [revolución industrial]" (1985, p. 4).

[21] Hobsbawm (1968, p. 42).

Existen quienes dudan de que la demanda se incrementara significativamente y destacan los "procesos relacionados con la oferta, no con la demanda".[22] Pero también hay quienes han considerado crucial la cuestión de la oferta de capital. Hamilton explicaba en 1942 el carácter "revolucionario" de la revolución industrial por la "inflación de los beneficios" de la última mitad del siglo XVIII, resultado del estancamiento de los salarios, la brecha entre el alza de los precios y el alza de los salarios,[23] un antiguo recurso que Hamilton ya había utilizado para explicar la expansión económica del siglo XVI.[24] El núcleo de la explicación de Ahston a la revolución industrial estriba en el "capital relativamente barato"[25] procedente de la caída de los tipos de interés. Una generación más tarde, y después de revisar la bibliografía dedicada al tema de la acumulación de capitales, Crouzet adoptaría una posición más modesta: la "relativa abundancia" de capital fue un "factor posibilitante", que no era necesario ni podía evitarse, aunque históricamente en la Inglaterra del siglo XVIII se hubiera producido tal abundancia.[26]

Pero, ¿acaso era importante el capital fijo? Numerosos analistas escépticos sostienen que "las necesidades de capital en las primeras etapas de la industrialización eran modestas".[27] Ante estos argumentos, los defensores de la importancia del capital se han retirado a un terreno más seguro y menos susceptible de prueba. "Era el flujo de capital [...] más que las existen-

[22] Mokyr (1977, p. 1005). Para una crítica de Mokyr y una defensa de la tesis de Elizabeth Gilboy del cambio de moda como base de una expansión de la demanda, véase Ben-Schachar (1984). Otro teórico de la oferta es Davis, quien considera que el impulso lo dio precisamente el "cambio técnico en la manufactura del algodón" (1979, p. 10). En favor del argumento de las innovaciones tecnológicas como explicación única y suficiente de la revolución industrial, véase Gaski (1982); y para una crítica devastadora, véase Geary (1984).

[23] Hamilton (1953, p. 336). Landes (1969, p. 74) ataca a Hamilton basándose en el hecho de que la inflación de los beneficios fue tan alta en el continente europeo en ese periodo que sólo en Gran Bretaña se dio la revolución industrial. Véase también Felix (1956).

[24] Véase Wallerstein (1979, pp. 107-117).

[25] Ashton (1948, p. 11).

[26] Crouzet (1972a, p. 68). "Las pruebas de la riqueza de Gran Bretaña en el siglo XVIII son abrumadoras" (p. 40). Crouzet también se muestra de acuerdo en que en este periodo se dieron "beneficios netos extraordinariamente elevados" (1972b, 195, cf. Pollard, 1972a, pp. 127-129).

[27] Hartwell (1976b, p. 67). Chapman también utiliza la palabra "modestos" (1970, p. 252). Pollard afirma que la velocidad de crecimiento del capital invertido se ha "exagerado con mucha frecuencia" (1972a, p. 143). Véase también Bairoch sobre los bajos costes de capital implicados (1974, pp. 54-65).

cias, lo que importaba en último término."[28] Una variación sobre este tema es la sugerencia de que lo que importaba no era un cambio en el "volumen relativo" de la oferta de capital (es decir, el volumen "relativo a la renta nacional"), sino el cambio en el "contenido del capital disponible", es decir, el hecho de que la inversión se desviara "de formas tradicionales a formas modernas de acumulación de capital".[29] Subrayar el flujo de capital provoca, inmediatamente, el interés por las facilidades de crédito. Una de las opiniones más generalizadas es que Gran Bretaña difería de otros países precisamente en la cantidad de facilidades de crédito a disposición de la industria.[30] Este punto de vista, naturalmente, supone que las inversiones de capital estaban limitadas por las fronteras. Lüthy, sin embargo, opina que, a mediados del siglo XVIII, Europa occidental y central ya constituían una "zona de intercambio" caracterizada por la "facilidad en las transacciones bancarias y el flujo de capital", y habla de una virtual ausencia de obstáculos a dicho flujo.[31]

Otro grupo de autores concede una importancia prioritaria a los cambios demográficos. Aparentemente, el crecimiento de la población dio lugar tanto a la demanda de productos industria-

[28] Landes (1969, p. 78). Landes parece considerar que este ataque afectará fundamentalmente a los marxistas. "Hasta aquí", añade, "en lo que respecta a la preocupación por la acumulación primitiva".

[29] Deane (1973b, pp. 358-359). En la medida en que esto significa un paso de la inversión en tierras a la inversión en industria, la advertencia de Crouzet es oportuna: "Los terratenientes pusieron su capacidad de crédito a disposición de las mejoras del transporte sobre la garantía de sus tierras. Pero, en lo tocante a la industria, uno se siente tentado a sostener la opinión de Postan de que fue 'sorprendentemente escasa' la parte de la riqueza de la Inglaterra rural que 'se abrió camino hasta las nuevas empresas industriales'" (1972a, p. 56). Se hace referencia a Postan (1972) quien defiende que "aparte del núcleo de mercaderes y financieros, el hábito de inversión sólo se ha desarrollado en el siglo XIX" (p. 75).

Crouzet también observa que "en el siglo XVIII, e incluso a principios del XIX, [la agricultura, el transporte y la construcción] absorbían mucho más capital del que se invertía en la industria británica" (1972b, p. 163).

[30] Véase Gille: "[Las facilidades de crédito] eran mucho menores en el continente, quizá porque los bancos más grandes [...] obtenían una proporción mayor de sus beneficios del financiamiento del gobierno" (1973, p. 260). Chapman, sin embargo, no cree que la industria algodonera inglesa pudiera disponer tan fácilmente de capital bancario. "Todo indica que antes del advenimiento de los bancos de accionistas y la difusión simultánea de las entidades emisoras de letras de cambio [en la década de 1830] el apoyo institucional a las manufacturas del norte era débil" (1979, p. 66).

[31] Lüthy (1961, p. 25). Morineau argumenta de forma similar sobre las pautas de inversión en la Europa del siglo XVIII: "Al capitalismo no le preocupaban las fronteras" (1965, p. 233).

les como a la fuerza de trabajo que los produjo. Se afirma que el "crecimiento demográfico sin precedentes"[32] de Gran Bretaña fue especialmente notable porque se sostuvo durante un largo plazo y fue acompañado de un aumento de la producción.[33] Plumb añade el matiz de que el elemento clave fue la supervivencia de más hijos de padres de "clase media y baja", pues "sin una clase media-baja en rápida expansión, con la suficiente educación y formación técnica, la Revolución industrial habría sido imposible".[34]

No obstante, hay que plantear dos preguntas: ¿existió realmente una revolución demográfica? Y, ¿qué fue, de hecho, lo que causó el crecimiento de la población? (Lo que, obviamente, conduce a determinar si dicho crecimiento fue causa o consecuencia de los cambios económicos.) El asunto de la realidad de la revolución da lugar a otras dos preguntas: ¿los cambios fueron "revolucionarios" en relación a lo que sucedió antes y después? El modelo de Inglaterra (o Gran Bretaña) ¿fue significativamente diferente del de Francia y otros países? Dada una curva logarítmica, muchos autores no ven ninguna razón para considerar peculiar, en modo alguno, el segmento de finales del siglo XVIII.[35] Es indudable que la tasa de crecimiento demográfico en la segunda mitad del siglo XVIII fue mayor que la de la primera mitad, pero se ha sostenido que lo excepcional fue la primera mitad, no la segunda. Tucker afirma, por ejemplo, que en el caso de Inglaterra "el crecimiento de la población a lo largo del siglo XVIII *en su conjunto* no fue mucho mayor de lo que

[32] Deane y Cole (1967, p. 5).

[33] Véase Deane (1979, p. 21). Habakkuk observa: "El crecimiento [de la población inglesa] que se inició en la década de 1740 no se invirtió. No sólo no se invirtió, se aceleró" (1971, p. 26).

[34] Plumb (1950, p. 78). Krause acompaña este argumento con la confortante hipótesis de que los "grupos más pobres" quizá tenían las tasas de reproducción más bajas, a diferencia de la situación que se da en los países periféricos contemporáneos, donde tienen la tasa más elevada. Krause admite que esta tesis se mueve en "terreno traicionero" pero aduce que si los pobres occidentales no hubieran limitado el tamaño de las familias siguiendo estrictamente, por lo que se ve, el buen consejo del pastor Malthus, "es difícil ver cómo Occidente pudiera haber evitado la pobreza actual de la India" (1969, p. 108). Como se ve, de la teoría inferimos datos empíricos.

[35] Véase McKeown: "como el crecimiento moderno [de la población desde finales del siglo XVII y principios del XVIII] es único [en su volumen, continuidad y duración], es poco satisfactorio tratar de explicar por separado su fase inicial" (1976, p. 6). Para Garden, la pauta demográfica de finales del siglo XVIII y principios del XIX fue la de "una evolución muy lenta, no una revolución", produciéndose la auténtica revolución en "la segunda mitad del siglo XX" (1978d, pp. 151, 154).

nos hubiera permitido esperar una extrapolación de anteriores tendencias a largo plazo".[36] Morineau hace exactamente la misma observación con respecto a Francia. El crecimiento demográfico a finales del siglo XVIII no fue revolucionario, sino que debería considerarse, más modestamente, como "una renovación, una recuperación, un restablecimiento".[37] Milward y Saul invierten el argumento totalmente en favor de Francia. El modelo demográfico francés no fue el usual (puesto que su tasa de natalidad descendió antes que o simultáneamente con la reducción de la tasa de mortalidad). "Sin embargo, bajo las circunstancias de desarrollo imperantes en el siglo XIX un crecimiento demográfico más lento hizo que los incrementos en la renta per cápita fueran más fáciles de alcanzar, dando a Francia, así, ventajas y no desventajas en el mercado."[38]

No obstante, incluso si el (indiscutido) incremento de la población no hubiera de considerarse revolucionario, e incluso aunque no fuera necesariamente una peculiaridad de Inglaterra, el "núcleo del problema"[39] persiste: ¿el crecimiento de la población fue resultado de cambios económicos y sociales, o a la inversa? De acuerdo con la formulación de Habakkuk: "¿creó la Revolución industrial su propia mano de obra?"[40] Para responder a esta pregunta tenemos que considerar el debate relativo a si el incremento demográfico se explica por la tasa de mortalidad decreciente o por el incremento de la tasa de fertilidad. Para la mayoría de los analistas, existen pocas dudas sobre el hecho de que el descenso de la tasa de mortalidad es la explicación principal, por la simple razón de que "cuando ambas tasas son elevadas, es más fácil que la población aumente al reducirse la tasa de mortalidad que cuando aumenta la tasa de natalidad",[41] y, por supuesto, cuando ambas son bajas lo cierto es lo contrario.

¿Por qué entonces la tasa de mortalidad desciende? Dado que una tasa de mortalidad alta "se puede atribuir principalmente a una elevada incidencia de enfermedades infeccio-

[36] Tucker (1963, p. 215).

[37] Morineau (1971, p. 323).

[38] Milward y Saul (1973, p. 314).

[39] Drake (1966, p. 2).

[40] Habakkuk (1958, p. 500). La respuesta del propio Habakkuk es que "la interpretación más razonable del aumento de la producción agrícola a finales del siglo XVIII es que fue una respuesta al crecimiento de la población, no el factor que desencadenó ese crecimiento" (1971, p. 33).

[41] McKeown y Brown (1969, p. 53).

sas",[42] existen tres explicaciones posibles para la reducción de la tasa de mortalidad: avances en el campo de la medicina (inmunización o terapia), mayor resistencia a la infección (mejoras en el entorno) o descenso en la virulencia de las bacterias y virus. Esto último puede excluirse si se produce una reducción simultánea de la mortalidad causada por múltiples enfermedades (lo cual parece que efectivamente se produjo), puesto que no es creíble que pudiera deberse a "cambios fortuitos en la naturaleza de los organismos [causantes de las enfermedades]".[43] Esto nos lleva al verdadero debate: mejoras en la medicina o en el entorno socioeconómico. Durante mucho tiempo los avances en la medicina han sido la explicación predilecta, la cual aún tiene fuertes defensores que afirman que el descenso de las tasas de mortalidad se explica por "la introducción y el uso de la vacuna contra la viruela durante el siglo XVIII".[44] Esta tesis se ha enfrentado con la cuidadosa y convincente demostración de que la influencia de la medicina en la tasa de mortalidad fue más bien insignificante hasta el siglo XX, por lo que difícilmente puede explicar los cambios del XVIII.[45] Por deducción, concluimos que fueron "los progresos en las condiciones económicas y sociales", lo que condujo a la expansión demográfica, y no a la inversa.[46]

La participación de la fertilidad ha recibido un importante respaldo en la monumental historia demográfica de Inglaterra de Wrigley y Schofield, autores que observan un aumento en la

[42] *Idem.*

[43] McKeown (1976, p. 16).

[44] Razzell (1969, p. 134). El argumento clave es que como los estratos medios y superiores de Inglaterra también muestran un aumento en su expectativa de vida, "es inadecuada una explicación en función del aumento en la oferta de alimentos". En un artículo posterior, Razzell (1974, p. 13) generaliza su argumento: "Fue una mejora de la higiene personal más que un cambio de la salud pública la responsable de la disminución de la tasa de mortalidad entre 1801 y 1841."

Véase también Armengaud (1973, pp. 38-43), quien sin embargo cree que este factor se combinó con una mayor productividad agrícola que produjo una población mejor alimentada, más resistente a la enfermedad.

[45] El análisis enfermedad por enfermedad se encuentra en McKeown (1976, pp. 91-109). Admite que sólo después de 1838 se dispone de datos fiables, pero señala que si estos datos muestran que "la inmunización y la terapia tuvieron escasa influencia en la tendencia de la mortalidad en los cien años posteriores [a 1838, en Gran Bretaña], de esto parece deducirse que es poco probable que tuvieran una contribución significativa en el siglo precedente" (p. 104).

[46] McKeown y Record (1962, p. 122). Véanse también Bairoch (1974, p. 30), Le Roy Ladurie (1975, pp. 386-390) y Post (1976, p. 35).

tasa de la fertilidad producido por un menor porcentaje de los no casados. Esto se encuentra ligado a un modelo en el que una mayor disponibilidad de alimentos es el elemento clave del proceso que permite fundar un hogar. Los datos obtenidos por estos autores abarcan un periodo muy largo (1539-1873), en el que descubrieron que, a excepción de un breve intervalo (1640-1709), los nacimientos, muertes y matrimonios aumentaron, aunque hubo más nacimientos que muertes de forma continuada. Por tanto, al parecer Wrigley y Schofield defienden el hecho de que la historia demográfica inglesa sigue una pauta sostenida. Sin embargo, al mismo tiempo afirman que, en algún momento entre principios del siglo XVIII y finales del XIX, Inglaterra rompió con el "ciclo de contención preventiva" y el nexo entre el tamaño de la población y los precios de los alimentos.[47]

[47] Para la periodización, véase Wrigley y Schofield (1981, p. 162); para el cambio de la pauta demográfica, véase p. 478. En la página 245 parecen datar el momento del cambio con mayor precisión en 1751, fecha después de la cual consideran que hubo un claro "predominio de la fertilidad como factor de cambio de la tasa de crecimiento intrínseca".

Goldstone intenta modificar un tanto esta tesis sosteniendo que, mientras que en el siglo XVI fue el incremento del número de los que se casaban lo que explica los aumentos de la fertilidad, en el periodo 1700-1850 fue fundamentalmente el descenso de la edad de matrimonio. "Lo principal fue que en Inglaterra la industrialización y la ampliación de los mercados de alimentos se produjeron en el contexto de un sector agrícola muy proletarizado y que cada vez lo estaba más" (1986, p. 28).

Otro argumento que subraya el aumento de la fertilidad se extrae del supuesto ejemplo irlandés de matrimonios más precoces en la década 1780, debido al "establecimiento" anterior y más difundido de jóvenes adultos rurales, lo que se debe a su vez a un paso de la agricultura de pastoreo a la de labranza. Véase Connell (1969, pp. 32-33). El paso a los cultivos de labranza es por supuesto una consecuencia de la expansión de la economía-mundo, como reconoce el propio Connell: "[En la década 1780], *debido al* crecimiento de la población de Inglaterra, el país dejó de ser exportador de cereal y vigiló menos celosamente que se produjera en Irlanda."

Drake se muestra escéptico sin embargo respecto a todo el argumento basado en la edad matrimonial en Irlanda por la posibilidad de que se diera una relación inversa entre la edad matrimonial masculina y femenina. Prefiere atribuirlo a la difusión del cultivo de patata (1963, p. 313). Connell, en efecto, tampoco excluye esta explicación: si nuestras "inseguras estadísticas" están equivocadas y el crecimiento demográfico empezó de hecho en las décadas de 1750 o 1760, "bien pudo haber seguido de cerca a la generalización de la dieta de patata" (1969, p. 38).

Incluso aunque a principios del siglo XVIII Irlanda se caracterizara por una alta tasa de mortalidad y una baja tasa de natalidad, McKeown y Brown dudan que el crecimiento demográfico pudiera explicarse por el descenso de la edad matrimonial. Estos autores señalan que si en épocas de matrimonio tardío un

Además de la contradicción en la lógica de Wrigley y Schofield (una explicación basada en un modelo sostenido frente a una explicación basada en una ruptura del modelo), existe el problema de reconciliar el énfasis que dieron a los incrementos de la tasa de matrimonios (y/o descenso de la edad matrimonial) como explicación del "despegue" económico con el argumento, directamente opuesto, de Hajnal. Éste sostiene que existe una única pauta matrimonial europeo-occidental (no sólo inglesa) propia de la primera mitad del siglo XVIII que se refiere a una edad de matrimonio más avanzada y una mayor proporción de personas no casadas. Hajnal considera que es esta pauta de fertilidad *reducida* (que se mantiene hasta el siglo XX) la que favorece el desarrollo económico "estimulando la diversificación de recursos y asignándolos a otros fines que no son los de la subsistencia mínima".[48]

Un último factor demográfico, discutido con menor frecuencia pero cuya importancia probablemente sea grande, es el incremento en el movimiento de la población de las zonas rurales periféricas de Europa a las áreas urbanas y en vías de industrialización. Pero esto es, por supuesto, consecuencia de un aumento de las oportunidades de empleo y los avances en la infraestructura de transporte.[49]

En años recientes, cada vez se ha prestado mayor atención a los cambios en el sector agrícola como un preludio y factor determinante de los cambios en el sector industrial. (El hecho de que tal énfasis conlleve directrices políticas implícitas para los países periféricos contemporáneos no deja de estar ligado a esa mayor atención, lo que a veces se afirma de manera explícita.) Además de las revoluciones industriales y demográficas, ahora nos instan a situar y explicar la revolución agrícola, la que resulta ser un tema de gran importancia. En primer lugar, debemos recordar que en Gran Bretaña, e incluso durante la prime-

marido de más edad toma a una mujer más joven, el impacto de un matrimonio más temprano (para el marido) puede ser pequeño. Señalan además que la principal diferencia que se aduce es el número de hijos por familia, pero que una elevada tasa de mortalidad, que aumenta con el tamaño de la familia, tendría un efecto compensador (1969, p. 62). Y Krause añade que por otro lado "incluso el matrimonio tardío puede producir tasas de natalidad extraordinariamente elevadas" (1969, p. 108).

[48] Hajnal (1965, p. 132).

[49] Le Roy Ladurie argumenta este aspecto considerando las migraciones desde Auvernia y los Pirineos a París y otras ciudades del norte en el siglo XVIII (1975, p. 407) y Connell sostiene lo mismo en relación con la migración irlandesa a Inglaterra (1950, p. 66).

ra mitad del siglo XIX, "la agricultura era la principal [...] industria".[50] Por consiguiente, si ha de tener algún significado la idea de que se produjo una revolución económica, y, en particular, que existió una revolución agrícola, en algún momento tuvo que haber un incremento en el rendimiento total de la producción de determinada entidad. Inmediatamente surge la disyuntiva de si nos referimos al rendimiento por hectárea cultivada (lo que a su vez puede referirse al rendimiento por semilla, por unidad de trabajo o per cápita) o al rendimiento total. Parece haber pocas dudas de que la producción agrícola total aumentó en la economía-mundo europea, como un todo, en los cien años que separan al siglo XVIII del XIX.[51] Sin embargo, si hubo una transferencia de la fuerza de trabajo de la producción agrícola a otros tipos de producción (y en particular a la industria), entonces se afirma que tuvo que existir un incremento en el rendimiento por semilla o en el rendimiento por unidad de trabajo (en combinación con la expansión del área cultivada).[52] Si, además, el nivel de vida general mejoró, tuvo que haber un incremento en el rendimiento per cápita. Sin embargo, no existe razón alguna por la que un mejor rendimiento per cápita tenga que ir seguido de un mejor rendimiento por semilla o unidad de trabajo, y estos dos son los elementos clave de un periodo expansionista de la economía mundial.

El incremento en el rendimiento, ¿pudo haber sido resultado de la mecanización de los aperos de labranza? Aunque al parecer se hizo un mayor uso del hierro en los arados (y en las herraduras de los caballos),[53] difícilmente puede afirmarse que existió una mecanización notable de la agricultura antes del si-

[50] Deane (1979, p. 246).

[51] Por ejemplo, Slicher van Bath sugiere que todo este periodo constituyó "una época de explosión agrícola" (1963, p. 221) en términos de niveles de precios globales (a pesar de la relativa decadencia posterior a 1817), de expansión de áreas cultivadas y de nuevos métodos.

[52] Véase por ejemplo, Bairoch (1974, p. 83), que considera que un mero aumento de la productividad agrícola no es "el factor determinante en el inicio de la industrialización", sino algo que a su vez requiere el comienzo de estos procesos. Wyczánski y Topolski, sin embargo, niegan que fuera necesario el aumento de la productividad agrícola para liberar mano de obra para la industria dada la "considerable reserva latente de mano de obra" en el campo (1974, p. 22).

[53] La defensa más enérgica de este punto de vista es la de Bairoch (1973a, pp. 490-491), que sostiene que estas aplicaciones del hierro en combinación con el mayor número de arados utilizados (derivado de la extensión de tierras roturadas y de la disminución del barbecho) explican el significativo incremento de la demanda global de hierro.

glo XIX.[54] Los avances surgieron fundamentalmente a través del cultivo más intensivo del suelo mediante el uso de cultivos forrajeros.[55] Había dos sistemas, el de cultivo alterno (llamado en aquella época "sistema Norfolk") y el de cultivo convertible (o alternancia de pastos). Ambas variantes suprimían la necesidad del barbecho utilizando tubérculos (nabos, patatas) para eliminar las malas hierbas, y pastos (trébol, pipirigallo, joyo) para fertilizar el suelo.[56] El sistema de cultivo continuo resultante permitía al ganado tener forraje en el invierno, y su estiércol se usaba como fertilizante adicional del suelo.

Ninguno de los dos sistemas era nuevo, pero al final del siglo XVIII su uso se extendió considerablemente. Aunque, sin lugar a dudas, ambos sistemas hicieron grandes progresos en Inglaterra, no es posible asegurar que haya sido algo excepcional. Slicher van Bath habla de un "paso generalizado de la rotación

[54] O'Brien asegura que, en general, "la mecanización de la agricultura se desarrolló con mayor lentitud que la mecanización en la industria porque las actividades agrícolas están más separadas en el tiempo y en el espacio que los procesos industriales" (1977, p. 171). Denae afirma que, incluso para Inglaterra, "no podemos encontrar nada que sugiera el incremento significativo en el volumen de capital agrícola o en la tasa de capital agrícola hasta finales del siglo XVIII, y aun entonces la expansión parece haber sido modesta en relación con el crecimiento de las rentas agrícolas durante este periodo" (1972, p. 103). En efecto, Deane atribuye a las limitaciones de la técnica mecánica agrícola el hecho de que hasta mediados del siglo XIX la mayoría de las nuevas técnicas "sólo fuera adecuada a los terrenos ligeros arenosos" y que no era todavía posible "drenar los suelos arcillosos y los pantanos" (1979, p. 41). Chambers y Mingay también minimizan el papel de la innovación mecánica y señalan que la famosa sembradora de Jethro Tull, que permitía la labranza continua, si bien fue "descrita [...] en 1733, y tenía una larga historia anterior, no fue utilizada para plantar grano hasta bien entrado el siglo XIX" (1966, p. 2).

[55] Véase Timmer: "Los cultivos leguminosos no solo incrementaban la fertilidad del suelo, sino que mantenían mayores rebaños que producían más y mejor abono" (1969, pp. 382-383).

Slicher van Bath sin embargo nos recuerda que "un cultivo más intensivo no supone necesariamente un mayor rendimiento" (1963, p. 245), pero en este sentido mayor rendimiento significa siembra de semilla. Es posible conseguir un rendimiento todavía mayor por hectárea cultivada reduciendo el barbecho. En términos de rendimiento por siembra de semilla, también era posible lograr una mayor producción mediante un abono intenso que sin embargo tenía que adquirirse fuera y que, por lo tanto, era demasiado caro.

[56] La diferencia entre ambos sistemas era que el sistema de cultivo alterno sólo podía utilizarse en suelos ligeros. En terrenos más pesados (pero todavía bien drenados) era necesario evitar la rotura de raíces y mantener corto el pasto durante cierto número de años. En terrenos arcillosos húmedos y fríos ninguno de los dos sistemas funcionó hasta el desarrollo de un drenaje subterráneo barato a mediados del siglo XIX. Véanse Chambers y Mingay (1966, pp. 54-62) y Deane (1979, pp. 38-42).

trienal [...] a la agricultura convertible" en Europa occidental después de 1750 en respuesta al aumento de los precios del trigo.[57] Lo que sin embargo era nuevo en esta difusión de los cultivos forrajeros era que permitía una mayor producción de labranza sin sacrificar pastos, como antes sucedía.[58]

Incluso este avance, si se analiza como producción per cápita, ha sido puesto en tela de juicio por Morineau, quien sostiene que sólo a mediados del siglo XIX se produjo un incremento significativo del rendimiento.[59] Morineau considera que el "progreso" agrícola a finales del siglo XVIII, al igual que anteriormente, obedecía a una "lógica de la miseria". La innovación en los cultivos tendía a coincidir, sostiene, con descensos coyunturales en el nivel de vida. Estas fases de depresión iban acompañadas de carestías de alimentos, y las innovaciones en los cultivos "contribuían a mantenerlas".[60] Mientras que el análisis de Morineau se centra en los datos de Francia, y acepta el argumento de que Inglaterra tenía ciertas ventajas sobre Francia, duda en cambio de que incluso Inglaterra tu-

[57] Slicher van Bath (1963, pp. 249-250). "El sistema Norfolk, en diversas variantes, fue seguido por terratenientes ilustrados en varios países europeos a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX" (p. 251).

[58] Chambers y Mingay afirman que el nuevo sistema de cultivo rompió el "círculo vicioso de escasez de forraje que producía la esterilización del suelo" en la agricultura medieval (1966, p. 6).

[59] Véase Morineau (1971, pp. 68-87). Apoya la opinión de Ruwet de que un requisito crítico del rendimiento por siembra de semilla era el desarrollo de fertilizantes químicos (p. 69, n. 129). Sin embargo, pone en duda la opinión de Ruwet de que el rendimiento per cápita aumentara desde mediados del siglo XVII por una mayor cantidad de semilla sembrada (se supone que fue posible ante todo por la reducción del barbecho). Dudas similares sobre el aumento del rendimiento por unidad de trabajo en el sistema Norfolk pueden encontrarse en Timmer (1969, p. 392), que observa sin embargo algún incremento en el rendimiento por siembra de semilla.

[60] Morineau (1971, pp. 70-71; véase también 1974b, p. 355). Cuando Le Roy Ladurie describe la diversificación de la producción agrícola en Lourmarin (ya no se producía sólo trigo; en vísperas de la Revolución francesa, la mitad de las tierras se dedicaba a viñedos, frutales, moreras, huertos y pastos irrigados), explica: "Aquí tenemos la auténtica revolución agrícola adaptada a las condiciones del mediodía francés" (1975, p. 402). Morineau critica en concreto esta afirmación, acusando a Le Roy Ladurie de un "razonamiento seductivo" fundado en una base cuantitativa insegura que "interpreta, extrapola y es involuntariamente circular" (1978, p. 383). Le Roy Ladurie replica con la misma moneda y afirma que la obra de Morineau es "paradójica y brillante" pero aun así errónea: "No creo que puedan negarse los progresos agrícolas del siglo XVIII" (1978, p. 32). Todo gira, en torno a qué, se entiende por progreso. Le Roy Ladurie se inclina por la opinión de que las desigualdades disminuyeron, mientras que Morineau piensa que aumentaron.

viera "un incremento sustancial en la productividad" antes de 1835.

El despegue de la economía occidental no tiene sus raíces en una "revolución agrícola". ¿No es este concepto inapropiado para designar, incluso en el caso de Inglaterra, un progreso tan somnoliento, que se atemoriza ante la primera helada?[61]

Incluso si pudiera afirmarse que los cambios en el sistema de cultivo no se tradujeron inmediatamente en un incremento espectacular del rendimiento per cápita, ¿los cambios en las relaciones sociales de producción en el campo no podrían haber sido un elemento esencial en el proceso de industrialización, ya sea porque pusieron más mano de obra a disposición del trabajo industrial (debido a un mayor rendimiento por unidad de trabajo, permitiendo flujos laborales intersectoriales, o mediante un mayor rendimiento total, permitiendo la expansión demográfica), o bien porque eran un prerrequisito para la innovación técnica que finalmente conduciría a un mayor rendimiento por semilla o, por supuesto, por las dos razones? En una palabra, ¿no fue el cercamiento de los campos un elemento clave en todo el proceso?

Bajo la denominación de "cercamiento" se discuten tres procesos distintos, no inevitablemente vinculados. Uno es la eliminación de "campos abiertos", el sistema que transformaba unidades individuales de tierras de labranza en campos comunales de pastos entre el tiempo de la cosecha y el de la siembra. El segundo es la abolición de los "derechos comunales", que eran el equivalente de los campos abiertos en la tierra cosechada por el dueño del señorío o en las "tierras baldías" (es decir, baldías desde el punto de vista de la labranza). Ambos cambios redujeron o eliminaron la capacidad para mantener ganado de las personas que controlaban poca o ninguna propiedad. El tercer cambio fue la concentración de la propiedad dispersa, necesaria para realizar las economías de escala que el final de los campos abiertos y de los derechos comunales hicieron posibles.

Presumiblemente, el cercamiento hizo más rentable el sistema mixto de cultivo, tanto al aumentar la superficie de las unidades como al proteger a quienes plantaban forrajes de quienes practicaban el pastoreo libre.[62] El objetivo primordial de los te-

[61] Morineau (1971, pp. 76, 85).

[62] Sobre el incremento de la unidad de superficie, véase Chambers y Mingay (1966, p. 61). Sin embargo, Yelling considera que "la distribución de los entor-

rratenientes era "el incremento de las rentas obtenidas por las mejoras técnicas facilitadas por el cercamiento y la concentración".[63] Sin embargo, no es muy claro que los cercados lograran, efectivamente, incrementar el rendimiento. Chambers y Mingay, que sostienen que el cercamiento fue el "instrumento vital" para aumentar la producción, admiten, no obstante, que en lo que se refiere a la Inglaterra del siglo XVIII, las pruebas son, en el mejor de los casos, "circunstanciales".[64] O'Brien es incluso más escéptico. "No puede seguir presuponiéndose fácilmente" que los cercamientos masivos entre 1750 y 1815 "tuvieran impacto significativo alguno en los rendimientos."[65]

Los cercamientos, por supuesto, empezaron mucho antes de 1750, pero lo que aceleró su ritmo fue la nueva función del parlamento en Gran Bretaña en ese proceso.[66] Fue esta intervención política lo que explicó el desarrollo "masivo". Pero, con todo, sería un error creer que Gran Bretaña fue el único país que desarrolló el cercamiento. Los cuidadosos análisis de Bloch indican que en Francia se había producido un considerable aumento de los terrenos cercados de una u otra forma, proceso que también se aceleró después de 1730.[67] De hecho, la ex-

nos favorables o desfavorables a la agricultura a gran escala no corresponde con las regiones de terrenos cercados" (1977, p. 97). Sobre el problema del pastoreo libre, véase Fussell (1958, p. 17).

[63] Dovring (1966, p. 628).

[64] Chambers y Mingay (1966, pp. 34, 37).

[65] O'Brien (1977, p. 170). Esto lo confirma hasta cierto punto la estimación de Deane y Cole, para quienes "podría parecer que la producción per cápita en la agricultura británica aumentó en torno al 25% en el siglo XVIII y que la totalidad de este progreso se logró antes de 1750" (1967, p. 75). Añaden incluso, en una nota a pie de página, que "podría parecer que la productividad agrícola pudo en realidad disminuir en el tercer cuarto del siglo, habiéndose recuperado posteriormente".

[66] Véase Mantoux (1928, pp. 170-172). E. L. Jones sugiere que la historia del cercamiento fue más gradual de lo que por lo general se admite dado que no se considera el cercamiento por acuerdo. "La curva de crecimiento, al parecer tan rápido, de los cercamientos impuestos por el Parlamento de la segunda mitad del siglo XVIII no quedaría anulada si incluyéramos otras evidencias, aunque sí un tanto aplanada" (197b, p. 94). Yelling también sugiere que a finales del siglo XVII y principios del XVIII se había producido una concentración considerable de campos comunales. Niega que su intención sea sustituir el periodo anterior a 1760 por el posterior a esa fecha como la "era decisiva y revolucionaria que rompió con el pasado medieval". En lugar de ello sostiene que "es improbable que alguna vez ocurriera un apocalipsis semejante" (1977, p. 111).

[67] "En gran número de provincias —Champaña, Picardía, Lorena y los Tres Obispados, Borgoña y Bresse, el Francocondado, Berry, Auvernia, el Toulousain, y Béarn— ya en los siglos XVI y XVII, pero en particular a partir de 1730, se

pansión relativa de lo que Bloch denomina "individualismo agrario" fue un fenómeno de alcance europeo en el siglo XVIII.[68] Si el éxito del movimiento fue mayor en Gran Bretaña que en el continente, la diferencia estribó, claramente, en la fortaleza de la maquinaria estatal en Gran Bretaña, que ofrecía a los grandes terratenientes armas de las que no se podía disponer de la misma forma en Francia, tanto antes como después de la Revolución francesa.[69] El mero cercamiento (vallado) del terreno no era suficiente, dado el legado histórico de propiedades dispersas. Al igual que el cercamiento, la concentración de propiedades, y la consiguiente decadencia del pequeño granjero (fuera propietario o aparcero) fue un proceso secular, que probablemente se aceleró en el siglo XVIII, tanto en Gran Bretaña como en Francia.[70] Sin embargo, el hecho de que la concentración de

tomaron sucesivas medidas transitorias en el sentido de que cada vez que había una sequía, una helada o inundaciones, el acceso a los campos comunales *(la vaine pâture sur les prés)* antes del segundo crecimiento de la hierba quedaba, si no suprimido, sí al menos restringido en el año siguiente" (Bloch, 1930, p. 341). Véase también en la página 332 una discusión de los diversos tipos de cercamiento gradualmente establecidos en diversas áreas.

[68] "El movimiento fue general porque respondía tanto a una doctrina profesada en todas partes como a necesidades sentidas con mayor o menor claridad por los elementos más poderosos entre quienes explotaban las tierras" (Bloch, 1930, p. 511).

[69] "Enfrentada al cercamiento, la aldea [en Gran Bretaña] no tenía elección; habiendo decidido el Parlamento, ella no podía sino obedecer. En Francia, la sólida posición jurídica de la tenencia de tierras campesinas parecía incompatible con semejante rigor" (Bloch, 1930, p. 534).

[70] Sobre la desaparición del campesinado libre inglés, véase Wordie (1974, p. 604) y Chambers y Mingay (1966), que observan: "Esta tendencia [a la concentración] fue fomentada por los cercamientos, pero de ningún modo dependía de ella" (p. 92). Para Francia, véanse Laurent (1976a, p. 660) y Vovelle (1980, pp. 60-61), que observa una clara decadencia de las "categorías intermedias" de agricultores en Chartres. Seamos claros: nos estamos refiriendo a la desaparición de aquella categoría de agricultores cuyas unidades eran tan grandes que podían mantener a sus familias pero no mayores. Véase sin embargo las reservas que expresa Meuvret (1971d, p. 196) respecto a Francia.

Dovring da esta explicación a la presión en favor de la concentración de tierras: "Bajo el sistema de arado pesado con yunta de bueyes, el cultivo en bandas pudo tener algunas ventajas técnicas, puesto que la longitud de la parcela era más importante que su compacidad. (Este punto no debe destacarse en demasía, puesto que las parcelas, de hecho, no siempre eran tan largas como requería el arado de bueyes, ni tampoco los arados pesados con rueda eran la norma ni siquiera en áreas de agricultura predominantemente labrantía.) Sin embargo se pensaba que los nuevos arados de hierro, tirados por uno o dos caballos, trabajaban mejor en parcelas concentradas, más anchas y menos largas que las bandas del antiguo sistema de campos abiertos; y también se suponía que las nuevas rotaciones eran más fáciles de aplicar en las parcelas con-

tierras significara un incremento importante del rendimiento, ha sido más supuesto que demostrado.[71]

Finalmente, está la opinión de que las reordenaciones sociales de la agricultura condujeron a la eliminación de puestos de trabajo en el campo, y su consiguiente disponibilidad como mano de obra urbana e industrial. También en este sentido se ha afirmado que una revolución agrícola fue requisito previo de una revolución industrial. Dobb, por ejemplo, sostiene que los cercamientos en Inglaterra a finales del siglo XVIII "desalojaron [...] el ejército de granjeros de su última y precaria posición en los márgenes de las tierras comunales [...], lo que coincidió con una nueva época de expansión industrial".[72] Esta tesis marxista generalizada ha sido objeto de numerosas refutaciones, tanto el hecho de hasta qué punto este proceso fue violento y represivo,[73] como en el de cuál fue el alcance cuantitativo de

centradas. No menos importante que estos avances técnicos era el hecho de que el siglo XVIII presenció un creciente aumento demográfico en las aldeas campesinas de Europa, lo que conllevó una mayor y más intensa dispersión parcelaria" (1966, p. 627).

[71] Yelling, que ha hecho uno de los estudios más cuidadosos de la historia de los cercamientos en Gran Bretaña, concluye: "Los cambios en la compacidad y facilidad de trabajo de las parcelas fueron uno de los principales beneficios del cercamiento, uno de los que con mayor confianza exhibían sus defensores y de los menos atacados por sus críticos. Pese a todo, no es fácil demostrar qué resultados se obtuvieron. [El problema] es la imposibilidad de ver de qué manera cualquier ventaja era traducida en términos económicos concretos como algún tipo de mejora de la productividad" (1977, p. 144). Dicho esto, Yelling detalla el hipotético potencial de mejora y nos pide que no lo subestimemos "porque sea difícil encontrar pruebas suficientes para confirmar [los] efectos [de las hipotéticas ventajas]" (p. 145).

O'Brien adopta un enfoque diferente. Dado que a lo largo del tiempo Gran Bretaña desarrolló modalidades jurídicas de tenencia de tierras diferentes a las de muchos países continentales, con unas disposiciones menos "feudales", se ha sostenido que potenciaron la productividad fomentando la inversión y la innovación. "Pero, a priori, no hay ninguna razón para esperar que el modelo británico de relaciones entre propietario y arrendatario produjera de forma necesaria tasas de inversión significativamente superiores a las de la propiedad campesina, el feudalismo al estilo prusiano o incluso ciertas formas de *métayage*" (1977, p. 168). Si Gran Bretaña tuvo una ventaja, sostiene, fue porque había alcanzado antes los límites geográficos del cultivo extensivo, de manera que "pequeñas adiciones al capital agrícola [...] podían producir incrementos de la producción bastante considerables" (p. 169). O'Brien destaca la mayor proporción de animales por acre cultivado más que ningún otro factor.

[72] Dobb (1946, p. 239).

[73] Tate, por ejemplo, afirma que "un rasgo notable del cercamiento del siglo XVIII fue el cuidado con el que se llevó a cabo y el volumen relativamente pequeño de protestas organizadas que suscitó" (1945, p. 137). Cuando Tate publicó después sus argumentos con la extensión de un libro, un recensionista, Ri-

ese desalojo.[74] El último argumento consta de dos partes. En la primera se afirma que el nuevo sistema de cultivo requería "más y no menos trabajo";[75] en la segunda, dado que al parecer existió una indiscutida reducción del porcentaje de familias en la agricultura y un incremento de su número en la industria,[76] se sostiene que es el crecimiento demográfico lo que explica el aumento de la población que trabajaba en las ciudades.[77] Por supuesto, ambas tesis —expulsión forzosa y excedente demográfico— no son en modo alguno incompatibles, pero raras veces se observa que ambas sean contrarias al argumento de la excepcionalidad de Gran Bretaña. Si el crecimiento demográfico fue lo que condujo a la expansión de la mano de obra urbana, ¿en qué estriba la ventaja especial de Gran Bretaña en el siglo XVIII? Y si fue la expulsión forzosa lo que definió la ventaja de Gran Bretaña, ¿cómo explicamos la falta de evidencia de que las industrias del continente carecían de mano de obra?[78]

chardson, le describió de manera atinada como "un historiador que casi se ahogó de la ira al leer *The Village Labourer,* de L. L. y B. Hammond" (1969, p. 187).

[74] El argumento clásico se encuentra en Clapham, quien afirma que el incremento de la tasa de familias trabajadoras entre 1685 y 1831 fue de 1.74:1 a 2.5:1. "El incremento parece pequeño y este [artículo] no es una demostración; pero no hay ninguna clase de prueba de ningún incremento mayor" (1923, p. 95). Lazonick sugiere que el tipo de cálculo de Clapham subestima el cambio (1974, pp. 37-38).

Chambers sigue la línea de Clapham: "El movimiento de cercamientos tuvo el efecto de reducir aun más, pero no de destruir, lo que quedaba del campesinado inglés. En realidad, parece que la población propietaria de casas rurales aumentó después del cercamiento" (1953, pp. 335, 338).

[75] Deane (1979, p. 45). Véase Chambers: "para quien está familiarizado con el variado y laborioso proceso de cultivo de nabos —la cuidadosa preparación del suelo, la siembra, el entresacado, la recolección, el corte— la idea de que pudiera identificarse con alguna forma de ahorro de trabajo le parece sorprendente" (1957, p. 37). Véase también Mingay (1977, p. 50).

Samuel ha dado un giro marxista a este argumento: "En la agricultura fue el trabajo barato y no las invenciones, el fulcro del crecimiento económico, y los cambios instaurados por la revolución agrícola fueron acompañados de un incremento prodigioso de la mano de obra, así como de una intensificación de su uso" (1977, p. 23).

[76] Mathias muestra esto comparando datos recogidos por King en 1688, Massie en 1760 y Colquhoun en 1803. Véase Mathias (1979d, p. 189, tabla 9.3), donde se observa una clara transferencia entre 1760 y 1803.

[77] Véase Chambers (1953, *passim*).

[78] Véase, por ejemplo, Lefebvre en el norte de Francia: "La gran industria del norte tenía que reclutar la mano de obra *(manoeuvriers)* en el campo, resolviendo así la cuestión agraria" (1972, p. 547). En efecto, el razonamiento de Hufton nos llevaría a pensar que era Francia la que tenía ventajas. Hablan-

Como los franceses acostumbran decir: "de dos cosas, una". O se produjeron resultados distintos tanto en Gran Bretaña como en el continente (la "primera revolución industrial"), que a su vez se explican por un factor o un conjunto de factores peculiares de Gran Bretaña, o el proceso es más general, en cuyo caso tenemos que observar con mayor atención hasta qué punto fue diferente el resultado. Lo mismo puede decirse si retrocedemos un paso y hacemos referencia a una revolución agrícola que precede a una revolución industrial. Nos encontramos, como hemos sugerido ya, ante dos cuestiones: ¿hasta qué punto tuvo lugar el fenómeno? Y, en la medida en que tuvo lugar, ¿hasta qué punto Gran Bretaña era diferente?

Ya hemos mencionado el agudo escepticismo de Morineau respecto al tema de una revolución agrícola en la Francia del siglo XVIII. Una denuncia igualmente intensa de las ideas tradicionales sobre la agricultura inglesa ha sido la de Kerridge, quien ha sugerido que la revolución agrícola tuvo lugar mucho antes, en los siglos XVI y XVII, y que en sus "proporciones verdaderamente modestas, los avances agrícolas de los siglos XVIII y XIX pueden considerarse cuestiones de importancia secundaria en relación con las revoluciones de la industria y el transporte".[79] Extrañamente, sin embargo, en su réplica aguda, Mingay (que es uno de los principales objetivos de las críticas de Kerridge) redime al siglo XVIII al tratarlo como segmento de una revolución agrícola que se desarrolló como "un prolongado proceso de cambios tecnológicos e institucionales graduales" que surgieron desde finales del siglo XVII hasta el XIX,[80] tesis que debilita considerablemente la defensa de una "revolución" más localizada en el tiempo.

do de la polarización social en Europa occidental en su conjunto a finales del siglo *XVIII*, afirma que Gran Bretaña tuvo el mejor "balance social global" en las áreas rurales por la existencia de "un sólido grupo intermedio de agricultores". Francia, sugiere, representaba el extremo opuesto. El 60% de la población rural (y en algunas regiones el 90%) "no tenía lo suficiente para subsistir" (1980, p. 30). Si esto fuera así, ¿por qué esta población rural empobrecida no era candidata obvia al proletariado urbano?

[79] Kerridge (1969, p. 474). Sobre los "logros sin parangón" de los siglos XVI y XVII en Inglaterra, véase Kerridge (1967, p. 348, y *passim*). Véase también O'Brien: "No parece que los logros británicos en la agricultura de 1700 a 1850 tuvieran nada de extraordinario" (1977, p. 173). Kerridge dice, en una lamentación que recuerda a Mortineau: "Actualmente [...] el mito [de la revolución agrícola entre 1750 y 1850] se ha refutado. Pero refutar un mito no lo mata" (p. 469).

[80] Mingay (1969, p. 481).

Dovring sugiere un escepticismo similar respecto a Europa occidental, como un todo, en el siglo XVIII. Este autor tampoco percibe cambios en la agricultura "semejantes en escala y ritmo a la revolución industrial"; sin embargo, ofrece una explicación simple de porqué hemos creído que existió una revolución agrícola en Gran Bretaña. Sugiere que los cambios que sí se produjeron tuvieron "mayor publicidad" que los que se dieron en el continente, y que "esto, sumado a la seductora analogía entre la revolución industrial y la agrícola, puede habernos llevado a exagerar la profundidad y la originalidad de lo que tuvo lugar".[81]

Si se ponen en duda las características específicas de la demografía y agricultura británicas como explicaciones de la revolución industrial, aún podría proponerse un razonamiento de cierto peso: la cultura británica, o algunos de sus elementos, explicarían la existencia de un mayor espíritu empresarial. En lugar de apoyar esta posición con el razonamiento circular del carácter nacional, un tanto etéreo, considerémoslo desde el punto de vista de su supuesta expresión institucional: la existencia de una estructura estatal más liberal, derivada de la historia y considerada el resultado de una fuerza cultural.

El enfoque ortodoxo, si me permiten llamarlo así, es que la revolución industrial de Gran Bretaña "se produjo en forma espontánea, sin la participación del gobierno",[82] o, más aun, "sin ningún tipo de ayuda".[83] Hay quienes son menos categóricos y quienes están dispuestos a reconocer que el gobierno participó, de alguna manera, en la instauración del "entorno de mercado" requisitos tales como estabilidad política, unificación administrativa, la ley común y una actitud solidaria hacia los intereses comerciales. Supple, por ejemplo, concluye: "El Estado sí desempeñó una función importante, aunque indirecta, en la Revolución industrial pionera." Sin embargo, añade que "con todo, no deja de ser cierto que dicha función *fue* indirecta".[84]

Si observamos con detenimiento el supuesto liberalismo del Estado británico en el siglo XVIII en comparación con otros estados —y en particular con el francés—, llegamos a dos tesis: el estado británico regulaba menos e imponía menos impuestos. Sin embargo, la principal función del parlamento en los cercamientos de tierras difícilmente puede presentarse como ejem-

[81] Dovring (1969, p. 182).
[82] Deane (1979, p. 2).
[83] Crouzet (1972b, p. 162).
[84] Supple (1973, p. 316).

plo de la ausencia de intervención estatal en la economía. Efectivamente, está claro que, en la agricultura, el Estado británico se destacó en la regulación de las relaciones sociales de producción. Puede aducirse que esta regulación pretendía eliminar las cadenas de las limitaciones tradicionales, pero es claro que había mucho más que un mero acto de tolerancia legal de las transacciones mercantiles. Esto es igualmente cierto en lo que respecta a la supresión de las restricciones impuestas al mercado por los gremios. Una vez más, la intervención del Estado fue esencial. Milward y Saul nos ofrecen una hipótesis general alternativa sobre Europa en su conjunto: "allí donde el gobierno central era *más* poderoso después de 1750, los gremios y corporaciones eran más débiles".[85] Una vez más, sin embargo, se trata de una regulación supuestamente orientada a liberalizar el mercado. No obstante, existía una intervención más directa, no tanto en el mercado interior como en el mercado mundial. El proteccionismo desempeñó un gran papel incluso en ese epítome de una de las industrias más novedosas y libres, la del algodón en Gran Bretaña. Mantoux es bastante categórico sobre el particular.[86] Además, sería un error considerar que la función reguladora del gobierno se limita a la protección, pues cuando dicha protección fue menos necesaria, la intervención en la producción interior se intensificó. Brebner duda incluso de que existiera una época de auténtica "no intervención" en Gran Bretaña: "A medida que el Estado apartaba sus manos del comercio durante la primera parte del siglo XIX, simultáneamente las ponía sobre la industria y lo que la acompañaba."[87]

Finalmente, no es cierto que el Estado no participara como fuente de financiación de la empresa industrial en Gran Bretaña. No cabe duda de que el dinero no procedía directamente de

[85] Milward y Saul (1973, p. 36).

[86] Véase Mantoux (1928, pp. 262-263). Medio siglo después, Cain y Hopkins hicieron la misma observación (1980, p. 473).

[87] Brebner (1966a, p. 252). Véase también Ashton: "La verdad es que en todas las épocas ha existido en la industria y el comercio cierto grado de rivalidad; y en todas las épocas los hombres han tratado de dominar y controlar el foco de la competencia" (1924, p. 185).

Efectivamente, el mismo Phyllis Deane que habla de la "espontaneidad" de la revolución industrial observa sin embargo: "El hecho fue que cuando la industrialización se llevaba a cabo, el Estado intervenía de manera más profunda y eficaz que nunca, en la economía. El objetivo real de los radicales filosóficos [...] resultó ser no tanto la libertad frente al gobierno como la libertad frente al gobierno ineficaz; y eficacia quería decir intervención eficiente y con finalidades concretas en el sistema económico, en oposición a la intervención ineficaz y sin objetivos determinados" (1979, pp. 231-232).

los bancos estatales, pero, en la práctica, como Pressnell ha observado, "un volumen considerable de dinero público engrosaba los fondos de los banqueros privados, y de esta forma indirecta contribuía a hacer fructificar la empresa privada".[88]

Si el Estado británico no es el modelo de no intervención que tantas veces se ha afirmado o incluso supuesto, ¿qué habremos de decir acerca de la opinión de que fue la relativa exigüidad de la burocracia británica y, por consiguiente, la menor carga fiscal, lo que explica la ventaja de Gran Bretaña, en especial sobre Francia? [89] Esta verdad, antes santificada en todo libro de texto, se ha visto recientemente sometida a intensas críticas a ambos lados del Canal —por Mathias y O'Brien en Gran Bretaña y por Morineau en Francia. En todo caso, la atenta observación de los datos fiscales y presupuestarios de ambos países en el siglo XVIII les ha llevado a invertir la hipótesis tradicional. Mathias y O'Brien han descubierto que la presión fiscal británica "creció más rápidamente que la de Francia" durante todo el siglo XVIII, aunque, hacia 1790, "no lo hacía de forma drástica". Sin embargo, después de esto, la carga fiscal británica era muy superior.

> Así, en Gran Bretaña el ritmo creciente de desarrollo industrial, urbanización y crecimiento demográfico después de 1775 [...] fueron procesos que se presentaron dentro del contexto de un acusado aumento de la carga fiscal real. Y la tasa de incremento de esta carga fue mucho más rápida que la de Francia.[90]

La comparación de Morineau, que utiliza para Francia una base de datos un tanto diferente a la de Mathias y O'Brien, si-

[88] Pressnell (1953, p. 378), quien observa que la "conservación de los métodos tradicionales de recaudación fiscal que permitían a los recaudadores emplear los impuestos para su propio beneficio" fue uno de los elementos que "contribuyeron al crecimiento de la banca provincial". Para una explicación general del desarrollo británico (en comparación con el de Francia) basada en la no interferencia del gobierno con los empresarios, véanse Hoselitz (1955a) y la respuesta demoledora de Gerschenkron (1955).

[89] Un artículo reciente que ha empleado todos los argumentos en favor de este punto de vista es el de Hartmann (1978).

[90] Mathias y O'Brien (1976, pp. 606-607). Para más datos sobre los niveles de imposición fiscal inglesa de 1660 a 1815, véase O'Brien (1988). Riley se extiende sobre el argumento de Mathias y O'Brien, afirmando que la fragilidad de las finanzas francesas "puede atribuirse a que no se logró [...] gravar fiscalmente un volumen creciente de riqueza en la economía". Va incluso más lejos al afirmar que, entre 1735 y 1780, la presión fiscal en tiempo de paz en Francia no sólo no aumentó "en relación con la producción", sino que incluso descendió (1987, pp. 211, 236).

túa la disparidad incluso antes de 1790. Comparando los dos países entre 1725 y 1790, encuentra que los impuestos en Gran Bretaña han aumentado con mayor rapidez, tanto absoluta como relativamente, de manera que

> el súbdito del Reino Unido pagaba impuestos más elevados que el de su Cristianísima Majestad a partir del primer cuarto del siglo XVIII: 17.6 libras tornesas, después de la conversión, frente a 8.1 (una taza de 2.17 a 1), y *a fortiori* en vísperas de la última década: 46 libras tornesas frente a 17 (una taza de 2.7 a 1).[91]

Esta drástica inversión de opiniones consagradas no termina aquí. Tradicionalmente, se consideraba que la presión fiscal británica no solo era menos pesada que la francesa en el siglo XVIII, sino también más equitativa. Se argüía que la fiscalidad francesa confería una mayor importancia a los impuestos directos, y que éstos son inherentemente menos justos porque son menos progresivos. Se pensaba que esto era así particularmente en Francia por razón de la *taille,* impuesto de los reyes con sus exenciones para la nobleza y los clérigos e incluso para algunos burgueses. Sin embargo, como observa Morineau, el papel fiscal de la *taille* no era esencial, disminuyó en el siglo XVIII y sólo representaba el 15% de todos los ingresos en 1788.[92] Los impuestos británicos indirectos eran, a su vez, muy poco progresivos, dado que recaían principalmente "sobre el consumo y la demanda, más que sobre los ahorros y la inversión".[93]

[91] Morineau (1980b, p. 320). Véase también cifras similares en Palmer (1959, vol. I, p. 155) para 1785, según las cuales la tasa británica era la mitad de veces superior a la francesa.

[92] Véase Morineau (1980b, p. 321), quien también afirma: "nadie en Inglaterra se atrevería a jurar con seguridad que el *land tax* [impuesto sobre la tierra] lo pagaban efectivamente los terratenientes y no, en último término, los que explotaban la tierra: granjeros y aparceros. Había manullerías" (p. 322).

Mathias y O'Brien argumentan de forma diferente, pero llegan a la misma conclusión: "no cabe duda de que la fiscalidad directa británica era generalmente 'progresiva', razón por la que sin duda alguna constituía una proporción tan pequeña de los ingresos públicos totales" (1976, p. 614).

[93] Mathias y O'Brien (1976, p. 616), observan además: "Los argumentos que defienden que la estructura de la demanda fomentaba un crecimiento más rápido de la industria en Inglaterra durante el siglo XIX (en particular la tesis que subraya la importancia de los "ingresos mixtos" en este proceso), deben tomar en cuenta estas importantes transferencias que implicaban los impuestos indirectos" (p. 621). Mathias, en una publicación anterior, resume el sistema fiscal británico como "altamente regresivo" por el hecho de que dos tercios de los ingresos por impuestos indirectos procedían de artículos de consumo masivo (1969, p. 40).

¿Qué conclusión se obtiene de esto? Para Morineau, que ni en Gran Bretaña ni en Francia existió igualdad, y que —y esto es incluso más importante—, ambos modos de imposición fiscal (que Morineau explica en gran parte en términos de posibilidades históricas) tuvieron "una eficacia similar, *mutatis mutandis*, en relación con la renta fiscalmente gravable".[94] Mathias y O'Brien van más lejos y "suscitan la posibilidad" de que, por lo que se refiere a los impuestos directos e indirectos, el sistema fiscal francés "podría resultar, una vez investigado, menos regresivo" que el británico.[95]

De ser así, aún queda una cuestión: ¿dónde está el error de percepción? La respuesta principal a esta pregunta se da al hacer referencia a la ausencia de exenciones formales en Gran Bretaña, lo que "producía menos resentimiento", y al hecho de que los impuestos directos "se mantenían 'invisibles', cuando repercutían como componente de las rentas".[96] En este análisis, se atribuye un origen histórico al error de percepción; sin embargo, el error quizá sea historio-gráfico, especialmente si tenemos en cuenta la sugerencia de Dovring que señala la existencia de un error de percepción semejante en la agricultura.

Hemos dado un largo rodeo a través de las "causas" de la "primera revolución industrial" sin atender al *explicandum*, pero ahora debemos encarar la naturaleza del propio problema: ¿qué revolución industrial? La respuesta es, por supuesto, que una serie de innovaciones condujeron al florecimiento de una nueva industria textil del algodón, sobre todo en Inglaterra. Dicha industria estaba basada en máquinas nuevas y/o mejoradas y se organizaba en fábricas. Simultáneamente, o poco después, se produjo una expansión y mecanización similar en la industria del hierro. Se afirma que lo que hizo a este proceso diferente de los relacionados con todo conjunto previo de innovaciones en la producción fue que "desencadenó un proceso de cambio acumulativo y autosostenido".[97] El problema de este

[94] Morineau (1980b, pp. 322-323).

[95] Mathias y O'Brien (1976, p. 633).

[96] Mathias y O'Brien (1976, p. 636). Goubert ofrece una explicación semejante acerca de cómo se percibían los franceses a finales del siglo XVIII: "Los gastos del rey y de la Corona se han exagerado: eran mucho mayores bajo Enrique IV que bajo Luis XIV, y bajo Luis XIV que bajo Luis XVI; pero estos últimos gastos padecían peor prensa *(une autre publicité)*" (1973, p. 139).

[97] Landes (1969, p. 81) argumenta: "Fue preciso un matrimonio para hacer la Revolución industrial. Por una parte, se requerían máquinas que no sólo sustituyeran al trabajo manual, sino que impulsaran la concentración de la

último concepto no es sólo la dificultad para hacerlo operativo, sino que ahora también está sujeto a controversia; por ejemplo, una de las tesis centrales de esta obra es que el cambio acumulativo y autosostenido presentado en la forma de una incesante búsqueda de acumulación ha constituido el leitmotiv de la economía capitalista mundial desde su génesis en el siglo XVI. Hemos sostenido específicamente que el prolongado estancamiento del siglo XVII, lejos de constituir una ruptura de ese proceso acumulativo, formó parte integral de él.

Observemos, por lo tanto, más atentamente la reorganización social que puede atribuirse a esas innovaciones. Al parecer, las innovaciones de esta época no afectaron de manera fundamental la relación capital—trabajo existente desde hacía mucho tiempo. Algunas innovaciones ahorraban trabajo, pero muchas otras ahorraban capital. Incluso los ferrocarriles, que aparecieron al final de este periodo e implicaban una fuerte inversión, ahorraban capital para la economía en su conjunto debido a que las mejoras del transporte permitían a los fabricantes reducir las mercancías almacenadas y por tanto mejorar "de forma espectacular"[98] la proporción entre capital invertido y producción. Al parecer a esto se refiere Deane cuando insiste que en el periodo 1750-1850 hubo una "extensión de capital" en oposición a la "profundización del capital" en la producción.[99]

¿Qué hace posible esta extensión de capital, las mejoras de la producción agregada"? Landes tiene una respuesta: "la calidad de los factores productivos", es decir, "la mayor productividad de la nueva tecnología y las técnicas y conocimientos superiores de empresarios y trabajadores".[100] No cabe duda de que esto es cierto, pero en una fase de expansión en la economía mundial siempre ocurre que las industrias líderes tienen elevados beneficios precisamente a causa de la mayor produc-

producción en fábricas. Por otra parte, se precisaba una gran industria que produjera artículos de demanda amplia y flexible [es decir, artículos de algodón] de manera que 1] la mecanización de cualquiera de sus procesos de fabricación creara importantes tensiones en el resto y 2] el impacto de las mejoras se sintiera en toda la economía."

[98] Milward y Saul (1973, p. 173).

[99] Deane añade "al menos hasta [...] la época del ferrocarril". Deane define la extensión del capital como la provisión de recursos que permiten "un incremento de la población, la extensión del mercado o la exploración de recursos naturales nuevos y latentes" opuesta a la "profundización del capital, es decir, la adopción de técnicas de producción con un uso más intensivo de capital" (1973b, p. 364).

tividad, que se traduce en costes más bajos, lo que es posible gracias a un monopolio temporal de las "técnicas y conocimientos". Queda abierta la cuestión de si hubo algo especial en este periodo.

¿Se produjo, pues, una revolución científica o tecnológica? Los historiadores raras veces han considerado que este periodo supusiera punto de inflexión alguno. Al respecto, los siglos XVII o XX parecerían mejores candidatos que el periodo 1750-1850; además, el debate historiográfico sobre el papel relativo de la ciencia y la tecnología en la revolución industrial parece que se ha inclinado en favor de la tecnología.[101]

Tuvo, pues, que producirse una revolución tecnológica. La lista de inventos es conocida: desde la máquina sembradora de Jethro Tull en 1731 a la trilladora en 1786; desde la lanzadera de Kay en 1733 al telar de Hargreave en 1765, el bastidor hidráulico de Arkwright en 1769, la máquina de hilar de Crompton en 1779, culminando en la máquina de hilar totalmente automática de Robert en 1825; desde el hierro colado de coque fundido de Darby en 1709 a la máquina de pudelar de Cort en 1784, y quizá, sobre todo, el motor de vapor de Watt en 1775.[102] Esta serie de inventos representa el núcleo de la defensa del excepcionalidad de Gran Bretaña. Estas máquinas se inventaron en Inglaterra y no en Francia ni en ninguna otra par-

[100] Landes (1969, p. 80).

[101] Véase Mathias: "[Los bloqueos técnicos cruciales] estaban en la ingeniería, no en la ciencia" (1979b, p. 33). También: "Juzgar la eficacia de las contribuciones de la ciencia por sus resultados, *ex post facto*, y no por el empeño en su logro, es reducir en gran medida su importancia" (1979c, p. 58); véase también Gillespie (1972). Musson hace una defensa de retaguardia de la ciencia, insistiendo en que "la ciencia aplicada desempeñó un papel mucho más importante de lo que se ha creído por lo general" (1972, p. 59). Landes utiliza la mayor importancia del cambio tecnológico como una vara con la cual apalear a los franceses. "No es accidental" que, en termodinámica, los franceses aplicaran sus esfuerzos a "reducir la técnica a la generalización matemática", en tanto que los ingleses, con su espíritu empresarial, siguieran "a la cabeza del mundo en la práctica e innovación de la ingeniería" (1969, p. 104).

[102] Que ningún lector se inquiete por las fechas que sugerimos. Comparando una serie de historias de la tecnología y textos básicos, he encontrado numerosas discrepancias sobre la datación de uno u otro invento. El problema reside en el hecho de que a menudo había alguna diferencia entre el año del invento, el año del primer uso y el año de la patente. Además, cuando una máquina determinada tenía sucesivas variantes un poco distintas, diferentes autores atribuyen el invento a una u otra de esas variantes. Para los propósitos de este análisis, importa poco que se consideren fechas ligeramente divergentes.

te,[103] y son las que explican el triunfo de Gran Bretaña en el mercado mundial del algodón y el hierro.

La historia del algodón viene en primer lugar. Hasta finales del siglo XVIII, los productos textiles significaban en primer término lana y en segundo lino. Aunque se fabricaba productos de algodón, desde el punto de vista de la producción global representaban un porcentaje relativamente pequeño del total y, además, una gran parte de la oferta del mercado Europeo se fabricaba en la India. En efecto, este último hecho impulsó de forma considerable las innovaciones de la tecnología del algodón: "las máquinas: las únicas que podían competir eficazmente con los trabajadores textiles indios", afirma Braudel,[104] pues lo que la nueva tecnología del algodón hacía

[103] Pocas voces disienten, incluso en la cuestión de las cifras y la importancia del invento. Véase McCloy: "En el caso de que Francia estuviera rezagada respecto a Gran Bretaña —y yo soy reacio a creer que lo estaba—, lo cierto es que no lo estaba mucho" (1952, p. 4). El libro sostiene que esto es cierto en todos los campos, incluida la industria textil y la ingeniería de las máquinas de vapor. El autor con frecuencia observa cómo perturbaciones resultantes de la Revolución francesa interrumpieron el proceso. A veces el inventor era enviado al exilio; en otras ocasiones se distraía el interés y la atención del gobierno. Véase también Briavoinne sobre la reacción francesa a la superioridad británica en los procesos mecánicos: "pronto llevaron a cabo lo que les quedaba por hacer para equilibrar esta superioridad: se dedicaron a la química" (1839, p. 194).

[104] Braudel (1984, p. 572). En su notable libro escrito en 1839, el analista belga Briavoinne considera esta victoria de Europa sobre la India en la conquista del mercado del algodón como la principal consecuencia "política" de la revolución industrial: "Europa dependió durante siglos de la India para sus productos más valiosos y para los de consumo más extenso: muselinas, calicós estampados *(indiennes)*, nanquín, cachemiras. Todos los años importaba un número considerable de productos manufacturados por los que solo podía pagar en metálico, pagos que quedaban enterrados para siempre en regiones que no ofrecían ninguna oportunidad de revertirlos en nosotros. Ese metálico quedaba perdido para la circulación. Esto, por tanto, producía empobrecimiento en Europa.

La India tenía la ventaja de una mano de obra más económica y más hábil. Debido a los cambios producidos en los procesos de fabricación, el estado de cosas ya no es el que fue; la balanza comercial está desde entonces a nuestro favor. Los trabajadores indios no pueden rivalizar con nuestras máquinas de vapor y nuestros telares. Así, en la mayoría de los productos textiles Europa ha suplantado en el mercado mundial a los fabricantes indios, que durante siglos tuvieron el mercado exclusivo. Inglaterra puede comprar en la India algodón y lana que después devuelve como telas manufacturadas por ella. Si este país sigue estancado, devolverá a Europa toda la plata que ha recibido de ella. Esta consecuencia evidente promete un incremento de riqueza en nuestro continente" (1839, pp. 202-203). Cuánta razón tenía.

Briavoinne desarrolló sus ideas (recuérdese que estaba escribiendo en

era, sobre todo, ahorrar trabajo.[105] Como la industria de tejidos de lana y no la de algodón era la principal de Europa occidental a comienzos del siglo XVIII, y dado que antes de la década 1770-1780, el siglo XVIII fue una época de significativa *expansión* de la industria textil de la lana,[106] puede preguntarse —y muchas veces se ha preguntado— por qué las innovaciones técnicas no se produjeron primero en la industria de la lana.

Han surgido varias explicaciones para este problema; la más tradicional es la mayor libertad de la industria del algodón (en comparación con la de la lana y el lino) ante la supervisión de los gremios.[107] Sin embargo, como dice Landes, "el argumento no resistirá el examen",[108] teniendo en cuenta que la lana estaba liberada en Inglaterra y el algodón no era tan nuevo. En lugar de ésta, Landes ofrece otras dos explicaciones: el algodón era más fácil de mecanizar,[109] y el mercado para los productos de algodón era más elástico. Sin embargo, la facilidad de la mecanización va en contra de la hipótesis de una revolución

1839) para advertir sobre la otra cara de esta medalla política: "Sin embargo, entre los resultados políticos, existe uno que hay que temer y que el hombre de estado debe prever desde ahora. El trabajo organizado sobre estas nuevas bases hace menos esclavo al cuerpo, y deja más libertad para la inteligencia. Si no nos apresuramos a ofrecer una educación sólida como guía, existe ahí una fuente permanente de agitación, de la que algún día pueden surgir nuevas conmociones políticas. La experiencia nos enseña que los trabajadores unidos pueden convertirse en un elemento de sedición, y la mayoría de las crisis industriales tomarán un carácter social. Este punto de vista es digno de una seria atención."

[105] Sobre lo que las nuevas máquinas significaban en relación con una mejor calidad, véase Mann (1958, p. 279); sobre cómo ahorraban trabajo, véase Deane (1979, pp. 88-90).

[106] Deane señala que en Inglaterra la producción real de productos de lana se incrementó dos veces y media entre 1700 y 1770, con una tasa del 85% en las primeras cuatro décadas, y luego a un ritmo del 13-14% en el periodo 1741-1770 (1957, p. 220). Markovitch describe un "crecimiento global" para la industria francesa de lana en el siglo XVIII del 145%, crecimiento que, afirma, se acerca a la tasa hipotética del 150% que se encuentra en Deane y Cole (1967) para el mismo periodo. "La industria francesa de la lana, por consiguiente, no estaba retrasada con respecto a la inglesa en el siglo XVIII. En ambos casos, parece que la industria de la lana alcanzó un promedio (geométrico) global de crecimiento anual del 1%" (1967a, pp. 647-648). (No es culpa mía que estas estadísticas no sean consistentes en su totalidad.)

[107] Véase Hoffmann (1958, p. 43).

[108] Landes (1969, p. 82).

[109] "[El algodón] casi es una planta fibrosa, dura y de características homogéneas, en tanto que la lana es orgánica, lábil y de comportamiento sutilmente variado" (Landes, 1969, p. 83).

tecnológica,[110] e ignora el hecho de que a principios del siglo XVIII se estaban haciendo ciertos progresos en la tecnología de la lana y, además, en Francia.[111]

El argumento de la elasticidad del mercado nos lleva a cuestionar por qué tendría que ser esto así, especialmente si recordamos que una de las razones del éxito de los nuevos tejidos ingleses (lana) en el siglo XVI fue también la elasticidad de su mercado.[112] El término elasticidad del mercado suele referirse al mercado potencial de nuevos clientes a precios más bajos, pero si la idea se extiende a la capacidad de abrir nuevos mercados mediante la eliminación política de los rivales, bien pudiera ser que la industria del algodón fuera más "elástica" que la de la lana en esa época desde el punto de vista no sólo de Gran Bretaña, sino de todos los productores de Europa occidental. En lo que respecta a la lana, todos ellos competían entre sí y tenían la certeza de que las innovaciones podrían ser y serían rápidamente copiadas. En el algodón, sin embargo, Europa occidental competía (colectivamente) con India,[113] y pudo asegurarse políticamente de que las innovaciones no se difundieran allí.

El otro gran campo de innovación fue el hierro. Naturalmente, la del hierro era, como la de los productos textiles, una de las industrias tradicionales de la economía mundial europea.

[110] Véase Lilley: "En resumen podemos decir que, aparte de la novedosa idea de la extracción mediante rodillos, las invenciones en el hilado de algodón hasta 1800 aproximadamente fueron en lo esencial cuestión de integrar en nuevas combinaciones los elementos de la rueda de hilar, bien conocidos desde hacía siglos. Eran invenciones 'sencillas' de hacer en el sentido de que no requerían cualidades o entrenamiento específicos. Cualquier hombre inteligente con el suficiente entusiasmo y la suficiente visión comercial podía hacerlas' (1973, p. 194). Lilley sostiene que no rompieron ninguna barrera tecnológica y no fueron condiciones para la expansión, sino "consecuencias de los nuevos incentivos y oportunidades creados por una expansión más rápida" (p. 195). Véase también Chapmann: "Cuanto más se observa la incipiente industria del algodón, tanto menos revolucionarias parecen las primeras fases de su ciclo de vida" (1970, p. 253).

[111] Véase Patterson (1957, pp. 165-166). Además, la innovación no es el único modo de incrementar la competitividad. El traslado del lugar de producción es un segundo método, y bastante común. Y no sólo eso, Davis observa que esto es lo que se hizo en el caso de la industria de la lana y el lino de Inglaterra, que "durante algún tiempo pudieron reducir costes trasladándose a áreas de bajos salarios de Escocia, Irlanda y el norte de Inglaterra" (1973, p. 307).

[112] Véase Wallerstein (1974, pp. 279-280).

[113] Hoffmann aduce las medidas del Parlamento contra los calicós indios como la segunda de las dos circunstancias que explican las innovaciones, siendo la otra (como se ha observado previamente) la liberación del control gremial (1958, p. 43).

Hasta entonces, el hierro se había utilizado principalmente en artículos de ferretería, tanto de uso doméstico como militar. A finales del siglo XVIII y principios del XIX se hicieron relevantes otros dos mercados adicionales para el consumo de hierro: la maquinaria y el transporte. Se afirma que estos tres mercados del hierro desempeñaron, en forma sucesiva, un papel importante en la expansión económica británica. Davis atribuye a la creciente demanda de las colonias norteamericanas de artículos de hierro en los primeros tres cuartos del siglo XVIII la presión para buscar economías de escala que, una vez alcanzadas, hicieran descender los costes y a su vez "continuaran estimulando la demanda".[114] Bairoch defiende que el incremento de la demanda se debió al uso creciente del hierro en la agricultura en primer término y, posteriormente, en la maquinaria textil.[115] Y, por supuesto, serían los ferrocarriles en 1830-1840 los que proporcionarían la base de la verdadera expansión de la industria sidero-metalúrgica, su transformación en la industria puntera de la economía mundial del siglo XIX. El desarrollo de los ferrocarriles está a su vez vinculado a la masiva expansión de las operaciones mineras de carbón y hierro, que rentabilizaron las grandes inversiones de capital en los transportes,[116] primero en canales,[117] después en ferrocarriles.

Por consiguiente, el auge del carbón como combustible básico de la producción energética está ligado a la expansión de la industria del hierro y sus avances tecnológicos. El carbón tampoco era nada nuevo; sin embargo, fue en el siglo XVIII cuando se convirtió en uno de los sustitutos fundamentales de la madera como combustible. La razón es obvia: los bosques europeos habían sido continuamente expoliados por la producción in-

[114] Davis (1973, p. 303).

[115] Véase Bairoch (1974, pp. 85-97). Mantoux señala la relación general entre hierro y maquinaria. Las máquinas anteriores hechas en gran parte de madera tenían "un movimiento irregular y un rápido desgaste". El motor de Watt sin embargo requería cilindros metálicos de Wilkinson "con una forma exacta" (1928, p. 316).

[116] Wrigley resume las razones: "La producción [de materias primas minerales] se concentra en un punto; [la producción de materias primas vegetales y animales] se extiende a un área. La primera implica pesados tonelajes a lo largo de un pequeño número de vías, mientras que la otra implica lo contrario" (1967, p. 101).

[117] En el caso de la mayoría de los canales construidos en Gran Bretaña entre 1758, y 1802, el "objetivo primordial era transportar carbón" (Deane, 1979, p. 79); cf. Gayer *et al.*: "La antigua conexión del duque de Bridgewater entre Worsley y Manchester redujo a la mitad el precio del carbón en esta última ciudad" (1975, p. 417).

dustrial (y la calefacción de los hogares) durante los siglos anteriores. En 1750, la falta de madera se había convertido en "el principal cuello de botella del crecimiento económico".[118] La escasez de leña en Inglaterra había sido aguda durante largo tiempo, y había potenciado el uso de carbón ya en el siglo XVI, así como una larga tradición en el interés por la tecnología del carbón.[119] Se precisaba una nueva tecnología que transformara una industria con altos costes en una de bajo costo. La solución fue el uso "eficiente" del carbón, junto con la máquina de vapor como transformadora de la energía.[120]

Landes afirma, con bastante acierto, que el "uso [del carbón y del vapor], frente al de fuentes de energía renovables, se debió a consideraciones de coste y comodidad".[121] Al tratar de explicar por qué el método de Darby de fundición del coque, inventado en 1709, no fue adoptado por otros en Inglaterra, durante medio siglo, Hyde sugiere que la explicación fue pura y simplemente "los costes".[122] Esto aclara, en cierta medida, la razón por la que la tecnología del carbón no tuvo un desarrollo similar en Francia en el siglo XVIII. Landes opina que la elección británica fue "indicativa de una racionalidad más profunda", en tanto que Francia "rechazó obstinadamente el carbón incluso cuando hubo fuertes incentivos de índole pecuniaria para cambiar a un combustible más barato".[123] Milward y Saul

[118] Chaunu (1966, p. 600).

[119] Véase Nef (1957, pp. 78-81).

[120] Véase Forbes: "La escasez de carbón vegetal y las limitaciones de la energía hidráulica eran amenazas económicas a la industria del hierro del siglo XVIII. Se hicieron muchos intentos de romper esta tiranía de la madera y el agua" (1958, p. 161). Una exposición muy clara de los problemas tecnológicos y sus soluciones históricas se encuentra en Landes (1969, pp. 88-100). Véase también Lilley (1973, pp. 197-202).

[121] Landes (1969, p. 99).

[122] "Era más barato utilizar carbón vegetal en lugar de coque en los procesos de fundición más o menos hasta mediados de siglo, de modo que los comerciantes en hierro actuaban racionalmente al evitar la fundición de coque y seguir utilizando la técnica más antigua. Los costes de fabricar con coque lingotes de hierro descendieron de manera significativa durante la primera mitad del siglo, en tanto que los de elaborarlos con carbón vegetal se incrementaron en forma drástica durante la década 1750, dando una clara ventaja de costes a la fundición de coque" (Hyde, 1973, p. 398). Si uno se pregunta por qué utilizaban los hornos de fundición de tipo Darby, Hyde replica que estos lo utilizaban *a pesar* de los costes superiores del nuevo proceso, puesto que recibían unos beneficios mayores a los normales por un nuevo producto derivado del hierro en lingotes fabricado con coque: piezas de fundición de paredes finas." Y esta tecnología de fundición era un "secreto industrial bien guardado" (pp. 406-407).

[123] Landes (1969, p. 54). En 1786, el obispo de Landoff, Richard Watson, fue

lo consideran, sin embargo, una "reacción adecuada" a un "proceso costoso que producía hierro de baja calidad" que no resultaba útil mientras Francia no se enfrentara a la aguda carencia de madera que encaraba Gran Bretaña.[124]

En este cuadro de las dos grandes expansiones industriales —hierro y algodón— uno de los debates más importantes ha sido el de cuál de las dos fue la "crucial". Existen ciertas diferencias estructurales entre ambas industrias y sus tecnologías. Por un lado, los inventos en la industria del algodón fueron de naturaleza mecánica y, en lo esencial, ahorraban trabajo; por el otro, los de la industria del hierro fueron, en gran medida, químicos y mejoraron la cantidad y calidad de la producción sin disminuir de forma inmediata el uso de la mano de obra.[125] Los cambios en la tecnología textil condujeron al fin del sistema de producción industrial doméstica y dieron lugar las fábricas, pero éstas ya eran comunes en la industria del hierro desde el siglo XVI.[126]

Estas diferencias están ligadas a lo que consideramos "revolucionario" en la "primera revolución industrial". El auge de la industria británica del algodón implicó esencialmente dos cambios. En primer lugar, supuso una importante transformación en la organización del trabajo (las relaciones de producción) en la que era entonces la primera industria del mundo. En segundo lugar, estuvo íntegra y notoriamente ligado a la estructura del mercado mundial. Las materias primas se importaban en su totalidad y los productos "se vendían en el exterior en su mayoría". Como, por tanto, el control del mercado *mundial* era crucial, Hobsbawm llega a la conclusión de que había lugar únicamente para una "industrialización nacional pionera", que fue la de Gran Bretaña.[127] La industria textil del algodón era crucial precisamente porque reestructuró esta economía mundial. Lilley, sin embargo, es escéptico en cuanto a la importancia atribuida al algodón y, considerando el futuro,

menos duro con los franceses en un debate en la Cámara de los Lores referente al Tratado de Eden. Según afirmó "Ninguna nación comenzó nunca a buscar combustible bajo tierra hasta que desaparecieron sus bosques" (*Parliamentary History of England*, vol. XXVI, 1816, p. 545).

[124] Milward y Saul (1973, p. 173). Es curioso que en un punto posterior de su libro, Landes dice lo mismo: "Incluso la liberalidad de la naturaleza perjudica, pues la abundancia "relativa" de madera parece haber propiciado la conservación de la técnica tradicional" (1969, p. 126).

[125] Véase Mantoux (1928, p. 304).

[126] Véase Deane (1979, p. 103).

[127] Hobsbawm (1968, pp. 48-49).

sostiene que uno puede "imaginar" un crecimiento sostenido sin la industria textil del algodón, pero "sin una expansión en el hierro hubiera sido inconcebible".[128] Este debate es revelador respecto a la fluidez (o confusión) en el modo de emplear el concepto de revolución industrial.

Un ejemplo clave es el conocido argumento de que la revolución industrial en Gran Bretaña a finales del siglo XVIII y principios del XIX es revolucionaria debido a que señaló la instauración de la fábrica como marco de la organización del trabajo en la industria. Pero, por una parte, sabemos que habían existido fábricas (en el sentido de concentración física bajo un mismo techo de múltiples trabajadores pagados por un empresario) antes de esa época.[129] Por otro lado, es fácil exagerar el punto hasta el cual se había introducido el sistema de fábricas en esta época, incluso en el caso de Gran Bretaña.[130]

Naturalmente, existió una transferencia de la industria textil, de los centros rurales a los centros urbanos de producción. La misma transferencia había ocurrido, recordémoslo, en el siglo XVI, aunque se invirtiera en el XVII, pero no es fácil creer que

[128] Lilley (1973, p. 203). Landes sugiere de manera acertada que esto quizá sea un anacronismo para un análisis de las postrimerías del siglo XVIII, concediendo a la industria del hierro "más atención de la que merece. Ni en el número de hombres empleados ni en el capital invertido ni en el valor de la producción, ni el ritmo de crecimiento podía compararse el hierro con el algodón en este periodo" (1969, pp. 88-89).

[129] Los ejemplos son numerosos. La muestra más notable de la difusión de sus primeros usos se encuentra en la industria de la seda italiana. Carlo Poni ha investigado detenidamente este tema.

Freudenberg y Redlich prefieren denominar estas estructuras "protofábricas" o "talleres integrados con control centralizado" (1964, p. 394). Sin embargo, no se ha investigado lo suficiente hasta qué punto las fábricas de algodón de finales del siglo XVIII diferían de las anteriores.

[130] "El progreso hacia la producción en fábricas fue menos universal de lo que por lo general se sostiene" (Bergier, 1973, p. 421). Véase también Crouzet: "La forma más extendida de organización en las grandes industrias británicas a principios del siglo XIX era el trabajo industrial a domicilio, la combinación de capitalismo comercial y el trabajo doméstico: la concentración capitalista se desarrolló bajo esta forma" (1958, p. 74).

Véase también Samuel sobre la industria británica del algodón: "Ahora es posible identificar el nuevo modo de producción con el sistema de fábricas. El crecimiento capitalista arraigaba en un subsuelo de empresas de pequeña escala" (1977, 8). Al destacar lo que considera el "lento progreso de la mecanización" (p. 47), Samuel observa que "En la manufactura, así como en el trabajo agrícola y minero, una gran cantidad de empresas capitalistas [en Gran Bretaña a principios del siglo XIX] estaban organizadas sobre la base de tecnologías manuales y no sobre tecnologías basadas en las motores de vapor" (p. 45).

en esta época hubiera verdaderamente una transferencia en la distribución de la mano de obra. Mientras que anteriormente un trabajador rural empleaba parte de su tiempo en la agricultura y parte en la producción textil, ahora existía una mayor especialización. Sin embargo, el "tiempo global" dedicado a la agricultura y a la industria por los trabajadores británicos puede que al principio siguiera siendo aproximadamente igual.[131] Dado que, además, estas primeras fábricas "no eran invariablemente más eficientes"[132] debemos preguntarnos por qué se produjo esa transferencia, en particular si tomamos en cuenta que el empresario estaba perdiendo la gran ventaja que le significaba el sistema de producción industrial doméstica, el hecho de que los trabajadores no eran solo "baratos", sino también "prescindibles".[133] El propio Landes nos da la explicación clave. En una época de "mercado secularmente en expansión", la principal preocupación del empresario no era prescindir de sus trabajadores sino expandir su producción, al menos extensivamente, y contrarrestar "la predilección del trabajador por el peculado", especialmente cuando, a consecuencia de los precios en alza, "la recompensa del robo era mayor".[134]

Tenemos ahora que enfrentarnos a la tesis central de la "primera revolución industrial": que se produjo en Gran Bretaña y no en Francia (ni en ninguna otra parte). Desde mediados del siglo XIX hasta mediados del XX, los estudiosos del mundo entero han aceptado ampliamente esto como una evidencia elemental. Paul Mantoux publicó una elegía a la revolución industrial en Gran Bretaña, y Henri Sée escribió que el "maquinismo" en Francia a finales del *Ancien Régime* sólo tuvo "ejemplos aislados" que en sus principios "sólo unas pocas industrias [...] [habían comenzado] a transformarse",[135] todo esto en comparación con Gran Bretaña.

Tradicionalmente, el superior crecimiento económico britá-

[131] Véase Bairoch (1974, p. 108).

[132] O'Brien y Keyder (1978, p. 168).

[133] Landes (1969, p. 119). Landes nos remite a Hirschman (1957) para las razones teóricas de que esto fuera así. Como Hirschman escribe sobre la zona periférica de la economía-mundo del siglo XX, se nos recuerda por tanto que el sistema de trabajo a domicilio sigue siendo aún un rasgo fundamental de la organización del trabajo en la economía-mundo capitalista.

[134] Landes (1969, p. 57).

[135] Sée (1923a, pp. 191, 198). En ese mismo año sin embargo se publicó de manera póstuma el libro de Ballot sobre el "maquinismo". En el prefacio, Henré Mauser escribió que "las máquinas, en la Francia anterior a 1789, estaban más ampliamente difundidas de lo que por lo general se cree" (1923, p. viii).

nico no ha sido objeto de demostración, sino de explicación. La versión que ofrece Kemp de esa explicación es arquetípica. Partiendo de un enfoque amplio, el crecimiento económico está "condicionado en gran parte por la aptitud" de los británicos, en tanto que los franceses, incluso en el siglo XIX, continuaban sufriendo del "lastre histórico" de una estructura socioeconómica que los "inhibía".[136] Recientemente, sin embargo, cierto número de estudiosos han comenzado a abrigar dudas sobre la supuesta evidencia de la superioridad británica. Dichos estudiosos parten de un axioma alternativo: "En los siglos XVII y XVIII Francia era la primera potencia industrial del mundo."[137] Además, se sostiene que el producto industrial superó al producto agrícola antes en Francia que en Gran Bretaña.[138] En el caso de que se pudiera utilizar un concepto como el de "despegue", tal despegue se produjo en Francia "hacia mediados del siglo XVIII" o, "a lo sumo, hacia 1799", pero más probablemente en una fecha anterior.[139] Toda esta línea argumental está avalada por una acumulación de datos cuantitativos considerables, referidos directamente al periodo clave en discusión.[140] A par-

[136] Kemp (1962, pp. 328-329; cf. Cameron, 1958, p. 11; Kranzberg, 1969, p. 211; Henderson, 1972, p. 75).

[137] Markovitch (1976b, p. 475), que sostiene que Francia no sólo era "superior a Inglaterra en poderío industrial bajo el *Ancien Régime* (1974, p. 122), sino que además siguió siéndolo "incluso a principios del siglo XIX" (1966c, p. 317). Véase, sin embargo, Léon, cuya formulación es más prudente: "[El periodo 1730-1830 en Francia] muestra estar dominado cada vez más, no obstante la persistente inferioridad de sus técnicas, por una ola de industrialización y crecimiento que, si no es masiva, sí al menos real y muy significativa" (1960, p. 173; cf. Garden, 1978c, p. 36).

Véase Wilson, cuya sumaria visión de todo el periodo 1500-1800 es que "Inglaterra no se desvió del modelo europeo normal tanto como se pensó antes" (1977, p. 151).

[138] Marczewski dice que sucede "antes de 1789" en Francia pero sólo entre 1811 y 1821 en Gran Bretaña (1965, xiv). Sin embargo, admite que el crecimiento de la producción física es superior en Gran Bretaña en el siglo XIX, "en especial la producción agrícola" (p. cxxxv).

[139] Marczewski (1961a, pp. 93-94) Markovitch afirma que es difícil hablar de un "despegue" teniendo en cuenta que toda la historia industrial de Francia desde mediados del siglo XVIII hasta ahora ha sido la de "un crecimiento económico secular casi ininterrumpido" (1966c, p. 119). Milward y Saul datan la "revolución industrial" francesa entre 1770 y 1815, aunque afirman que si se utiliza el criterio del despegue, tal despegue no se produjo hasta mediados del siglo XIX (1973, pp. 254-255).

[140] Véase, por ejemplo, Marczewski (1961b), donde las tablas demuestran que existió un ritmo de crecimiento continuado en Francia desde 1701 a 1844 (excepto en breves periodos), característico tanto de la agricultura como de la industria, y que el factor dominante de este crecimiento fue una industrializa-

tir de estos datos, O'Brien y Keyder se han inclinado a rechazar todo el concepto del "relativo retraso" de Francia y a concluir que la "industrialización en Francia simplemente tuvo lugar en una tradición legal, política y cultural diferente".[141]

Existen dos formas de atacar el concepto de una "primera revolución industrial" en Gran Bretaña. Una es sugerir, como hemos visto, que las diferencias entre Gran Bretaña y Francia en aquella época eran pequeñas, o al menos más pequeñas de lo que requeriría el mencionado concepto. La segunda, sin embargo, es plantear la cuestión de si existió en absoluto una revolución industrial. Se ha sugerido que hubo revoluciones industriales anteriores: en el siglo XIII[142] o en el XVI.[143] También se ha sugerido lo contrario, que los cambios verdaderamente revolucionarios vinieron después, a mediados del siglo XIX, o incluso en el XX.[144] La más extrema de esas sugerencias es el ar-

ción intensiva y extensiva dominada por un impresionante desarrollo de la industria del algodón.

[141] O'Brien y Keyder (1978, p. 21). Otra manera de formularlo es afirmar que la cuestión sobre la primacía de Inglaterra está "mal concebida" y es "imposible de contestar", puesto que a la pregunta de si Inglaterra era "obviamente superior" en el siglo XVIII, sólo se puede responder con "un rotundo 'no'". La inferencia de su superioridad simplemente se ha tomado de la "primacía final" de Inglaterra (Crafts, 1977, pp. 434, 438-439). Crafts sugiere que "la pregunta '¿por qué Inglaterra fue la primera?' debería distinguirse de una pregunta distinta, '¿por qué tuvo lugar en el siglo XVIII la Revolución industrial?'" (p. 431). Milward y Saul, de forma similar, también llaman a cambiar la pregunta "¿por qué, Gran Bretaña?" en favor de una "perspectiva paneuropea" (1973, pp. 30-38); véase también Braudel, que afirma que podemos encontrar en el continente "ejemplos más o menos próximos al modelo inglés", y desea considerar las revoluciones agrícola e industrial como "un fenómeno europeo" (1982, p. 282).

[142] Véase Carus-Wilson (1954). Abel (1973, p. 51, n. 1) escribe que la descripción de los siglos XIII y principios del XIV como el periodo de la primera industrialización de Europa fue hecha por Schmoller o por F. Philippi, quienes en 1909 publicaron *Die erste Industrialisierung Deutschlands* [La primera industrialización de Alemania].

[143] Véase Nef (1954). Aunque Carus-Wilson afirma que existió una revolución industrial en el siglo XIII (es decir, el batán) omite comparar su importancia con la de finales del siglo XVIII. Por el comentario, Nef al describir encomiásticamente el periodo 1540-1640 en Gran Bretaña, sugiere que su "ritmo de cambio era menos sorprendente" que el del periodo posterior (p. 88). Véase sin embargo, la réplica de Deane, según la cual existió una diferencia en "la mera escala del desarrollo industrial" entre los dos periodos, y también en la "mayor amplitud" del impacto de sus "cambios organizativos y técnicos" (1973a, p. 166).

[144] Garden, por ejemplo, advierte de que "no se debería [...] confundir de forma apresurada siglo XVIII con revolución industrial: incluso en Gran Bretaña fue tardía y limitada; en todas partes sobrevivieron —e incluso se desarrollaron— formas tradicionales a lo largo del siglo XVIII" (1978a, p. 14). Véase

gumento de que ocurrieron revoluciones tecnológicas en el periodo 1550-1750,[145] y después de 1850, pero precisamente *no* en el periodo 1750-1850.

La sugerencia de que hubo revoluciones industriales anteriores y posteriores desemboca fácilmente en la idea de que existió una revolución más prolongada. Ya en 1929, Beales,[146] al revisar la bibliografía sobre el tema, sostenía que extenderla hacia atrás y hacia delante había eliminado el "carácter cataclismático" atribuido a la revolución industrial. El subsiguiente y acre comentario de Heaton parece pertinente: "una revolución que se prolongó durante 150 años y tuvo una preparación de al menos otros 150 años muy bien parece necesitar una nueva etiqueta".[147]

El concepto de "protoindustrialización" sirve virtualmente de respuesta tardía a la sugerencia de Heaton. Al crear un término nuevo para "una primera fase que precedió y preparó la industrialización moderna en sentido propio" —es decir, la fase de "industria principalmente rural orientada al mercado"— Mendels ha tratado de conservar la característica específica de una revolución industrial más estrechamente delimitada y si-

también Williamson, que afirma que antes de 1820-1830, el crecimiento de Gran Bretaña fue "en el mejor de los casos, modesto" (1984, p. 688).

[145] Daumas califica al periodo (1550-1750) como de "transición fundamental" en la tecnología (1965, p. v). Respecto a la idea de que existió una revolución tecnológica entre 1750 y 1850, dice que es "uno de los errores principales" de nuestra comprensión de la historia de la tecnología (1963, p. 291). Más adelante se ofrece a salvar el periodo 1750-1850 admitiendo sus logros fuera de su especialidad, en la organización social de la economía. Véanse Daumas (1965, p. xii); Daumas y Garanger (1965, p. 251).

De modo similar, Lilley afirma: "las primeras fases de la Revolución industrial —más o menos hasta 1800— se basaron en gran medida en la utilización de técnicas medievales y en extender el uso de estas técnicas hasta sus límites" (1973, p. 190). Véase también Braudel: "Si existe un factor que ha perdido terreno como explicación clave de la revolución industrial, sin duda es la tecnología" (1984, p. 566).

[146] "La narración convencional [...] da una importancia excesiva a la aparición de los grandes inventos." Beales dice que con la "interpretación más tranquila" del inventor como "portavoz de las aspiraciones del momento [en vez de] como iniciador de las mismas", lo que el concepto de revolución industrial pierde en "calidad dramática, [...] lo gana en profundidad y significado humano" (1929, pp. 127-128). Véase también Hartwell, para quien la revolución industrial no necesita "explicación" puesto que es "la culminación de un proceso en absoluto espectacular, la consecuencia de un largo periodo de lento crecimiento económico" (1967b, p. 78); y Deane y Habakkuk, para quienes "la característica más sorprendente del primer despegue fue su capacidad gradual" (1963, p. 82; cf. Hartwell, 1970b).

[147] Heaton (1932, p. 5).

tuada en el tiempo, mientras aceptaba el énfasis en el avance gradual del proceso.[148] Mendels llega incluso a sostener que el uso de este concepto puede resolver el debate respecto a la superioridad de la industria británica sobre la francesa en este periodo, reduciéndolo a una disputa semántica.[149] Por consiguiente, no puede responder a la pregunta de Garden: "¿el vigor del cambio es una consecuencia de la fortaleza del sector industrial o, por el contrario, de su debilidad estructural en el siglo XVIII?"[150]

Existen otras formas de responder al argumento del avance gradual. Uno es el de Landes, que afirma que es un conglomerado compuesto de descripciones superficiales y nomenclatura invariable.[151] Otro es el de Hobsbawm, que aisla un periodo de

[148] Mendels (1972, p. 241), quien explica el tránsito a la segunda fase de "industrialización moderna, fabril o maquinista" por el hecho de que la protoindustrialización tiene como resultado la acumulación de capital en las manos de empresarios comerciantes que poseen las técnicas precisas para la industrialización fabril, y la creación de mercados para las mercancías agrícolas que condujeron a una creciente especialización geográfica.

Bergeron llama la atención sobre el carácter "reintegrador" del concepto de protoindustrialización, que "insiste en las continuidades más que en las rupturas, en la organización de la producción y del trabajo entre los periodos 'pre' y 'pos' de la revolución tecnológica" (1978a, p. 8).

[149] Mendels señala que las revisiones hechas por Markovitch de las creencias estándar referentes al relativo retraso de la industria francesa a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX (así como opiniones similares de Crouzet) dependen de que se incluyan en su categoría de industria y oficios "artesanías en el sentido más amplio posible, incluyendo hasta el trabajo industrial hecho en el hogar para el consumo doméstico". Concluye: "Así, nuestra interpretación del desarrollo económico francés podría cambiar de manera drástica, dependiendo del lugar que se dé a la 'industria preindustrial'" (1972, p. 259).

Jeannin, en sus observaciones críticas sobre la protoindustrialización, que revisa en una versión más reciente —la de Kriedte *et al.* (1977)—, sostiene que el concepto de protoindustrialización es "un poco inflado, ya que incorpora elementos no específicos, a la vez que muy restringido, porque está demasiado marcado por las características específicas de las industrias pobres" (1980, p. 64).

[150] Garden (1978a, p. 14), que califica este interrogante de "la pregunta fundamental".

[151] "No se debe confundir la apariencia con la realidad. Si se describe por los datos ocupacionales, la economía británica de 1851 tal vez no parezca diferente de la de 1800. Pero estas cifras apenas describen la superficie de la sociedad —e incluso entonces en términos que eliminan el cambio definiéndolo mediante categorías de nomenclatura invariable. Bajo esta superficie, los órganos vitales se transformaron, y aunque no pesaban más que una fracción del total —bien fuera medida por el número de personas o por la riqueza—, eran ellos los que determinaban el metabolismo de todo el sistema" (Landes, 1969, p. 122). Sin embargo esto nos deja en la incertidumbre acerca de cómo identificar los "órganos vitales" y el "metabolismo"; y, lo que es aún más importante,

"triunfo" dentro de un proceso más largo y gradual.[152] Una tercera forma es la de Schumpeter, quien afirma que tanto la tesis de la revolución como la de la evolución son correctas aquí (como siempre), ya que depende de que se aplique una perspectiva microscópica o una macroscópica.[153]

Y, sin embargo, uno se pregunta si el resultado último de todo esto no es el de poner en tela de juicio el valor heurístico del concepto de revolución industrial. Nef asume una posición claramente negativa:

> Apenas hay un concepto en la historia económica más contundente que el que relaciona todos los problemas importantes de nuestra civilización moderna con los cambios económicos que, según se afirma, tuvieron lugar en Inglaterra entre 1760 y 1832. Apenas hay un concepto que descanse sobre bases menos seguras que el que encuentra una de las claves para la comprensión del mundo industrializado moderno en aquellos 72 años de historia económica inglesa.[154]

acerca de si la diferencia entre 1800 y 1850 es significativamente superior a la de cualquier periodo previo de cincuenta años.

[152] Los años 1789-1848, señalan "no el triunfo de la 'industria' como tal, sino de la industria capitalista; no de la libertad y la igualdad en general, sino de la *clase media* o la sociedad *liberal 'burguesa'*. No señalan la existencia de estos elementos de una economía y una sociedad nuevas sino su triunfo; [...] no el progreso de su gradual labor de zapa y minado en siglos anteriores, sino la conquista decisiva de la fortaleza" (Hobsbawm, 1962, pp. 17, 19). El periodo de Hobsbawm difícilmente se puede comprimir en la periodización de Marx, quien se refiere a un momento más bien tardío de conquista decisiva, incluso para Gran Bretaña: "El dominio absoluto del capital industrial no fue reconocido por el capital mercantil y los intereses monetarios ingleses hasta la abolición del impuesto sobre los cereales [1846], etcétera." (1967, p. 327, n.).

[153] "Una revolución nunca puede entenderse a partir de sí misma, es decir, sin hacer referencia a los desarrollos que condujeron a ella; resume más que inicia. [Ésta es la] diferencia entre la perspectiva microscópica y la macroscópica: existe cierta contradicción entre ambas, como existe también cuando se dice que el contorno de un bosque es discontinuo para algunos efectos y continuo para otros" (Schumpeter, 1938, p. 227).

[154] Nef (1943, p. 1). McEvedy va más lejos al afirmar que el concepto de revolución industrial "ha sido, en efecto —lo que no es un logro pequeño para una teoría histórica— muy nocivo en la práctica" (1972, pp. 5-6). Cameron (1982; 1985) ha desarrollado de modo similar la tesis de que el término "revolución industrial" es un "nombre erróneo".

Schumpeter hace la misma acusación esencial: "El escritor concuerda con los modernos historiadores económicos que desaprueban el término revolución industrial. No sólo está desfasado, sino que es además confuso o incluso fundamentalmente falso, pues está pensado para conferir la idea de que lo que designa fue un acontecimiento o una serie de acontecimientos únicos que crearon un nuevo orden económico o social, o la idea de que, sin relación con desarrollos previos, irrumpió de repente en el mundo en las dos o tres últimas dé-

Comparto la opinión de Nef de que el concepto de "revolución industrial" y su concepto correlativo casi inevitable, el de la "primera revolución industrial" de Gran Bretaña, es profundamente engañoso. No podrá salvarlo ningún tipo de remiendo extendiéndolo en el tiempo, convirtiéndolo en un proceso en dos etapas, distinguiendo entre la lenta acumulación cuantitativa y la revolución cualitativa, puesto que surge de la premisa de que lo que explica la "ventaja" de Gran Bretaña es una constelación de características absolutas, cuando lo que necesitamos localizar es una constelación de posiciones relacionales dentro del marco de una economía-mundo. Es la economía-mundo lo que se desarrolla a lo largo del tiempo, y no subunidades dentro de ella.

La cuestión no es por qué Gran Bretaña se distanció de Francia o de cualquier otro país (hasta el punto en que lo hiciera y en el que, pese a todo, uno valore ese "distanciamiento"), sino por qué la economía mundial como un todo se desarrolló como lo hizo en un momento dado del tiempo (y aquí consideramos el periodo 1730-1840), y por qué en esta época se concentraron las actividades económicas más rentables en mayor medida dentro de unos estados que en otros (y por qué se acumuló más capital en unos que en otros).

En 1839, Briavoinne expresó lo que estaba ocurriendo de una manera más simple de lo que nosotros lo hacemos ahora:

> La esfera del trabajo creció; los medios de producción *(exécution)* se multiplican y simplifican un poco más cada día. La población creció gracias a la disminución de la tasa de mortalidad. Los tesoros de la tierra se explotaron mejor y más abundantemente; el hombre producía y consumía más, se hizo más rico. Todos estos cambios constituyen la revolución industrial.[155]

Si preguntáramos a Briavoinne cuáles fueron las causas de esta revolución, él la explicaría con base en tres inventos clave:

cadas del siglo XVIII. Nosotros situamos esa revolución industrial concreta al lado de al menos dos acontecimientos previos y al menos dos acontecimientos subsiguientes" (1939, p. 253). Designa el periodo 1787-1842 como un ciclo de Kondratieff y afirma: "Tenemos razones para creer que este largo ciclo no fue el primero de su tipo" (p. 252). Coleman responde a Schumpeter reiterando que el término revolución industrial debería reservarse para la de Gran Bretaña a finales del siglo XVIII, la cual, "en la larga perspectiva de la historia, fue el cambio comparativamente súbito y violento que dio origen a la sociedad industrializada" (1966, p. 350).

[155] Briavoinne (1839, pp. 185-186).

las armas de fuego, la brújula y la imprenta.[156] Se nos remite, pues, a un momento anterior, varios siglos antes, precisamente cuando se creó la economía mundial capitalista.

La "primera revolución industrial" y la Revolución francesa se refieren presumiblemente a periodos de sucesos con límites de tiempo que coinciden. Muchas veces se ha señalado esto y se ha utilizado la expresión "la era de las revoluciones" para designar este periodo. El vínculo temporal se refuerza de hecho por un vínculo conceptual que se ha discutido con menor frecuencia. Indudablemente, muchos autores han observado que la locución "revolución industrial" surgió de "una asociación muy natural"[157] de los rápidos cambios industriales con los cambios políticos de la Revolución francesa. Sin embargo, lo opuesto es también cierto. Nuestra percepción de la Revolución francesa ha llegado a ser estructurada de forma fundamental por nuestra percepción de la revolución industrial.

La Revolución francesa encarna todas las pasiones políticas del mundo moderno, quizá todavía más que su único rival auténtico como acontecimiento simbólico, la Revolución rusa. Se han escrito ya tantas historiografías de este tema de la historia moderna que ha llegado el momento de que alguien haga una historiografía de la historiografía. En este punto hemos de concentrarnos en la cuestión que parece haber sido central en todo el debate posterior a la segunda guerra mundial: ¿fue la Revolución francesa una revolución burguesa?[158]

Soboul, que se convirtió en el principal portavoz de la interpretación social de la Revolución francesa, lo que él denomina interpretación clásica de la Revolución francesa, afirma que para Jaurès, a quien considera el fundador de esta escuela, "la revolución no era más que el resultado de una larga evolución económica y social que hizo a la burguesía dueña del poder y de la economía". Después de Jaurès, afirma Soboul, vinieron Mathiez y Lefebvre, y a continuación Soboul y Rudé.

> Así, poco a poco, la interpretación social de la Revolución francesa se fue perfeccionando por una progresión de más de un siglo. Por su

[156] *Ibid.*, p. 188.

[157] Bezanson (1922, p. 343).

[158] Schmitt (1976), en su historiografía de la literatura sobre la Revolución francesa desde 1945, formula esta pregunta entre otras seis, aunque las cinco restantes me parecen variantes de la primera: la Revolución francesa, "¿mito o realidad?"; el problema de la "revolución atlántica"; ¿existió una "reacción feudal"?; "¿hubo una o tres revoluciones en 1789?"; "¿fue la dictadura jacobina el punto culminante de la Revolución francesa?".

continuo recurso a la investigación erudita [...], por su espíritu crítico, por su esfuerzo de reflexión teórica, por su visión global de la revolución, solo ella merece ser considerada verdaderamente científica.

Esta visión global de la revolución es parte de una visión global de la historia moderna en la cual,

La Revolución francesa es sólo un episodio del curso general de la historia, el cual, después de las revoluciones de los Países Bajos, Inglaterra y América, contribuyó a elevar (o asociar) a la burguesía al poder, y desencadenó el desarrollo de una economía capitalista.[159]

El hecho de que la interpretación social de la Revolución francesa oculta fundamentalmente una interpretación liberal de la historia, la misma que produjo el concepto de la "primera revolución industrial" en Inglaterra, puede observarse en la conclusión a la que Lefebvre llegó en la síntesis de su pensamiento que escribió para conmemorar el 150 aniversario de 1789:

La Declaración de los Derechos del Hombre sigue siendo [...] la encarnación de toda la revolución. [...] América y Francia, como Inglaterra antes que ellas, son paralelamente tributarias de una corriente de ideas cuyo éxito manifiesta el auge de la burguesía y que constituyeron un ideal común en el que se resume la evolución de la civilización occidental. En el curso de los siglos, nuestro Occidente, configurado por el cristianismo, pero heredero también del pensamiento de la Antigüedad, ha concentrado sus esfuerzos, superando mil vicisitudes, en lograr la liberación del ser humano.[160]

Quizá lo más útil sea comenzar explicando más detenidamente los argumentos de la interpretación social.[161] Existen tres aserciones fundamentales en esta perspectiva: 1] la revolu-

[159] Soboul (1974, pp. 41-42, 44).

[160] Lefebvre (1939, pp. 239-240).

[161] Puede objetarse que nos apoyamos demasiado en la versión de Soboul (o más en general en una versión marxista) de esta interpretación social, y que los puntos de vista de Lefebvre (por no hablar de los de Mathiez) eran diferentes en varios aspectos. Pero puesto que, como Ferro ha observado, "[la historia en Francia] (así como la historia de Francia) es uno de los lugares privilegiados de la guerra civil" (1981, p. 32), esto puede estar justificado dado el plausible juicio de Grenon y Robin: "Curiosamente, 1789 sigue siendo una línea fundamental de fractura entre la izquierda y la derecha en Francia; la revolución, en un nivel mítico, todavía puede despertar emociones, y esto se debe a que, en el plano histórico, siempre se han superpuesto sin problemas las variantes de la interpretación clásica de la Revolución francesa y la interpretación marxista. La primera no es otra que la lectura progresista de la revolución" (1976, p. 6).

ción fue una revolución contra el orden feudal y quienes lo controlaban, la aristocracia; 2] la revolución fue una etapa esencial en la transición hacia el nuevo orden social del capitalismo en beneficio de quienes lo controlarían, la burguesía; 3] la burguesía sólo podía triunfar en la revolución apelando al apoyo de las clases populares quienes, a su vez, en el mejor de los casos eran beneficiarios secundarios y en el peor sus víctimas. Además, se sostiene que estas tres afirmaciones no sólo resumen la realidad histórica (francesa), sino que se aplican a un determinado acontecimiento-periodo que se inicia en 1789 y finaliza en 1799.[162] Este acontecimiento-periodo es "revolucionario" en el sentido de que señaló una súbita transformación social cualitativa, sin ser un mero segmento de una secuencia de desarrollo social que se desenvolvía secularmente.

"A finales del siglo XVIII", se ha dicho, "la estructura de la sociedad francesa seguía siendo esencialmente aristocrática". La Revolución francesa señala "el advenimiento de la sociedad burguesa capitalista" en la medida en que logró "la destrucción del sistema señorial y los órdenes privilegiados de la sociedad feudal".[163] La evaluación que hace Soboul de la sociedad francesa está curiosamente relacionada con la de Landes, a excepción de que la diferencia que ambos observan entre Gran Bretaña y Francia en el siglo XVIII sigue existiendo para Landes en el siglo XIX (y quizás incluso en la primera mitad del XX):

> El efecto de estas fuerzas [esnobismo aristocrático, presión de la opinión literaria y artística] era una atmósfera general [en Francia] cuyo mejor calificativo es el de anticapitalista. El concepto medieval de producción para el uso y no para el beneficio en términos económi-

[162] 1799 es la fecha final que Soboul utiliza en su breve historia (1977a). Sin duda, se puede elegir otras fechas finales, como 1793, 1792 o 1815. También se puede elegir otras fechas para el principio, como 1787 o 1763, y hacerlo es modificar la interpretación. Sin embargo, elegir las fechas 1789-1799 no significa necesariamente concordar con Soboul en todos los aspectos. Agulhon elige aquellas fechas para sostener que 1830 marca la reanudación de la "revolución", la cual afirma es una revolución del "liberalismo", mientras que 1800-1830 representa la contrarrevolución "en dos formas sucesivas": la de la dictadura napoleónica y la de una monarquía autoritaria y clerical (1980, p. 15).

[163] Soboul (1977a, pp. 1, 3). El antiguo orden debe denominarse "feudalismo, a falta de un mejor nombre" (Soboul, 1976a, p. 3). En efecto, este aspecto negativo de la revolución es más importante que el positivo. Hablando de la "reacción aristocrática" del siglo XVIII, Soboul dice: "Desde este ángulo, la revolución quizá no fue burguesa, pero sin duda fue antiaristocrática y antifeudal" (1970b, p. 250).

cos, de una sociedad estática en comparación con una sociedad dinámica, nunca perdió su validez.[164]

En el siglo XVIII, Francia no era meramente "feudal", pero sufría, según se dice, una "reacción aristocrática", pues la burguesía se encontraba profundamente frustrada, especialmente en lo que se refiere a la inversión en las manufacturas a causa de las restricciones impuestas a "las libertades capitalistas fundamentales: la libertad de tener mano de obra, de producir, y de comprar y vender". Se suponía que estas libertades, casi no hace falta decirlo, eran ampliamente accesibles a los británicos, que las utilizaron para lanzar una revolución industrial. De este modo, se afirma, las condiciones estaban dispuestas para que la burguesía hiciera "su entrada en el escenario revolucionario".[165]

La burguesía francesa tuvo que elegir su destino en 1789 y tomó, de las dos vías posibles para pasar del feudalismo al capitalismo, aquella que Marx denominó "la vía auténticamente revolucionaria".[166] Si preguntamos por qué la burguesía tomó esta vía, Soboul responderá que debido a la "obstinación de la aristocracia" (que se negó a hacer concesiones) y a lo "implacable de las masas campesinas" (las *jacqueries* antifeudales de 1789-1793), pero de ninguna manera a la burguesía, "que no había buscado la ruina de la aristocracia".[167] Soboul no aclara si éstas fueron las mismas razones por las que la burguesía inglesa tomó la misma "vía auténticamente revolucionaria", ni tampoco explica si aquellos países que siguieron la otra vía, la "vía prusiana", se vieron bendecidos por una aristocracia menos obstinada o tuvieron un campesinado menos implacable.

En este punto la exposición se vuelve un poco confusa. Soboul sostiene, de forma bastante convencional, que la revolución inglesa fue "mucho menos radical" que la francesa, que

[164] Landes (1949, p. 57).

[165] Rudé, (1967, p. 33).

[166] Marx (1967, vol. I, p. 334). Ésta es la vía por la que "el productor se convierte en mercader y capitalista", opuesta a aquella por la que "el mercader estableció su control directo sobre la producción".

[167] Soboul (1976d, p. 16; 1977b, p. 38). Al parecer la monarquía tenía mucha más visión de futuro que la aristocracia. Trató de resolver las diferencias entre la aristocracia y la burguesía en el *Ancien Régime* creando una "aristocracia comercial" y "ennobleciendo a los mercaderes". Sin embargo, la experiencia fue un "fracaso" y demostró "la imposibilidad, bajo las condiciones del *Ancien Régime*, de una verdadera fusión" de ambos grupos (Soboul, 1970b, pp. 279, 282).

fue la "más dramática" de todas las revoluciones burguesas, "la revolución burguesa clásica".[168] Dicho esto, nos encontramos ante la "gigantesca paradoja" de Hobsbawm, según la cual, "sobre el papel" (es decir, de acuerdo con este modelo explicativo) Francia estaba "idealmente situada para el desarrollo capitalista" y debería haber superado a sus competidores. Sin embargo, su desarrollo económico fue "más lento" que el de otras naciones y, muy en particular, que el de Gran Bretaña. Hobsbawm lo explica así "la Revolución francesa [...] perdió con Robespierre mucho de lo que consiguió con la Asamblea Constituyente".[169] Pero si los jacobinos, representantes *par excellence* de la revolución burguesa, crearon con sus acciones una "inexpugnable ciudadela [económicamente regresiva] de pequeños y medianos propietarios campesinos, pequeños artesanos y comerciantes" que "retardó [la transformación capitalista de la agricultura y la pequeña empresa] hasta convertirla en un ir a rastras"[170] uno se pregunta en qué sentido fue ésta una revolución *burguesa*, y en qué sentido, si fue burguesa, fue una revolución.[171]

[168] Soboul (1977a, pp. 160-161, 168).

[169] Hobsbawm (1962, pp. 212-213), explica este aforismo así: "La parte capitalista de la economía francesa era una superestructura erigida sobre la base inamovible del campesinado y la pequeña burguesía. Los trabajadores libres sin tierras se concentraban poco a poco en las ciudades; las mercancías baratas estandarizadas que hicieron las fortunas de los industriales progresistas en otros lugares carecían de un mercado lo suficientemente grande y en expansión. Se ahorró gran cantidad de capital, pero, ¿para qué, habría de invertirse en la industria doméstica?" Hobsbawm nos remite (p. 381, n. 19) al "*locus classicus*" de este argumento: el artículo de Lefebvre de 1932 (véase Lefebvre, 1963).

Soboul responde a la paradoja de Hobsbawm sosteniendo que la revolución campesina fue "incompleta". Si los sectores radicales del campesinado hubieran vencido, se habría producido "una reestructuración de la propiedad de las tierras en beneficio de los pequeños productores" que más tarde habría resultado en la concentración parcelaria y no se habría dado tal paradoja (1977b, pp. 42-43). Poulantzas responde a la paradoja de Hobsbawm de forma distinta. La "paradoja" demuestra que el Estado revolucionario "no es el Estado de una revolución burguesa políticamente triunfante en este momento y en esta coyuntura, sino más bien el Estado de una revolución burguesa políticamente controlada y limitada. En ese preciso momento no es de hecho el Estado de una burguesía hegemónica, sino el del campesinado y el de la pequeña burguesía, como observó con acierto Tocqueville. Por algún motivo, este Estado no pudo perdurar" (1973, p. 176).

[170] Hobsbawm (1962, p. 93).

[171] Podemos, por supuesto, replicar que hubo una revolución no tanto en el ámbito de la economía en sentido estricto, como en el de los valores. "El principal resultado de la revolución en Francia fue poner fin a la sociedad aristocrática. La sociedad de la Francia posrevolucionaria era burguesa en su estruc-

Llegamos, así, a la parte más delicada de la perspectiva, el papel atribuido a las fuerzas populares. El aforismo de Chateaubriand, "los patricios comenzaron la Revolución, los plebeyos la completaron"[172] es ahora una verdad aceptada. ¿Dónde, pues, encajan los burgueses? Posiblemente, confundiendo a ambos: arrebatando el liderazgo a la aristocracia en 1789 con el apoyo (solicitado) de las fuerzas populares,[173] pero conteniéndolas en termidor, con la derrota de las insurrecciones populares del año III, haciendo fracasar la Conspiración de los Iguales y, finalmente (quizá también) con el 18 brumario.[174]

La imagen de las fuerzas de clase representa a la burguesía en posesión del control político en todas partes. Los girondinos, los jacobinos (dantonistas o "indulgentes," robespierristas, hebertistas), los extremistas eran todos ellos fuerzas "burguesas" (o en el caso de los extremistas una alianza de fuerzas dirigidas por comerciantes pequeño-burgueses y artesanos). Estas facciones políticas representaban grados crecientes de militancia revolucionaria y, hasta cierto punto, grados decrecientes en la jerarquía burguesa.[175]

Las masas que desempeñaron un papel tan activo lo hicieron

tura y valores. Era una sociedad del *parvenu*, es decir, del hombre que se había hecho a sí mismo" (Hobsbawm, 1962, pp. 218, 220).

Si esto es así, sugiere George V. Taylor, ésa era una consecuencia no deseada. "El estado mental revolucionario expresado en la Declaración de los Derechos Humanos y en los decretos de 1789-1791 era un producto —no una causa— de la crisis que empezó en 1787" (1972, p. 501). El punto de vista de Taylor se basa en su lectura de los *cahiers de doléance*.

[172] Citado en Lefebvre (1932, p. 40).

[173] "En 1789 no hubo tres revoluciones sino una sola burguesa y liberal con apoyo popular (en particular campesino). No hubo un *dérapage* de la revolución en 1792, sino la voluntad de la burguesía revolucionaria de mantener la cohesión del tercer estado gracias a la alianza de las masas populares, sin cuyo apoyo los logros de 1789 hubieran quedado comprometidos para siempre" (Soboul, 1974, p. 56).

[174] Soboul afirma que la Revolución francesa "trascendió sus límites burgueses" dos veces en revoluciones de "los campesinos y las masas": en el año II, y en la Conspiración de los Iguales (1977a, p. 168).

[175] "La vanguardia de la revolución no fue la burguesía comercial. La auténtica fuerza que había detrás de la revolución era la masa de pequeños productores directos" (Soboul, 1977a, pp. 154-155). Véase también Kaplow: "Así como era impensable una revolución sin la burguesía que la pusiera en marcha, del mismo modo era imposible la constitución de los extremistas sin la participación de los maestros artesanos. Aquellos, como entidad no eran idénticos a los trabajadores pobres del antiguo régimen; más bien representaban una de las formas provisionales, en este caso una forma política que se desarrolló de la desintegración de aquel régimen que llevó a cabo la revolución" (1972, p. 163).

bajo el liderazgo de la (pequeña) burguesía; no sólo los extremistas, sino también el campesinado, en la medida en que se considere pequeñoburgués el liderazgo de los campesinos acomodados.[176] Por una parte, se afirma que estos pequeños productores (urbanos y rurales) eran la vanguardia de la revolución e "inflexiblemente antifeudales"[177] (a diferencia, supongo, de otros burgueses proclives al compromiso). Por otra parte, se recurre precisamente a las concesiones que se hicieron a este grupo pequeñoburgués y que demostraron ser tan duraderas para explicar la paradoja de Hobsbawm: el lento desarrollo industrial de Francia durante el siglo XIX y, por tanto el fracaso global de la burguesía francesa.

Este modelo clásico era inquietante para muchos, en parte debido a sus implicaciones y uso político, en parte por la falta de rigor teórico tras la fachada de una explicación clara, y en parte porque se consideraba inconsistente con algunas realidades empíricas. En cualquier caso, ha sido objeto de un masivo ataque desde todos los frentes a partir de los años cincuenta por parte de los que proponen la tesis atlántica (Godechot, Palmer), por parte de los escépticos respecto al papel atribuido a la burguesía en la revolución (Cobban, Furet) y por parte de los que han tratado de reevaluar las descripciones tradicionales de Francia en el siglo XVIII y, en particular, del papel de la aristocracia en el funcionamiento de la economía.

La tesis atlántica consiste esencialmente en que la Revolución francesa forma parte de un todo más amplio, aquel "gran movimiento revolucionario que afecta a todo el mundo occidental". Este todo más amplio incluye de forma destacada la Revolución americana, y también las diversas revoluciones latinoamericanas, la de Haití y las revoluciones de casi todos los países europeos a finales del siglo XVIII. Se afirma que la Revolución francesa tuvo "la misma naturaleza" que estas otras, sólo que fue "infinitamente más intensa".[178] Dicho esto, los defensores de la tesis atlántica son menos revisionistas de la interpretación clásica de lo que a veces se piensa.[179] Los atlantis-

[176] "La revolución burguesa, suprimiendo al final los derechos feudales por la ley del 1 de julio de 1793, liberó al productor directo, al pequeño comerciante productor, independiente a partir de entonces" (Soboul, 1976d, p. 15).

[177] Soboul (1977a, p. 168).

[178] Godechot (1965, p. 114).

[179] Esto es menos sorprendente cuando se recuerda que Jacques Godechot, el más destacado defensor de la tesis atlántica, es un discípulo de Mathiez y Lefebvre y nunca, hasta donde yo sé, ha renunciado a este legado. De Lefebvre

tas definen esta singular revolución de Occidente como "liberal" o "burguesa",[180] como una revolución "democrática" en la que los "demócratas" combatieron a los "aristócratas".[181] Además, los atlantistas interpretan convencionalmente la fase jacobina como la "revolucionarización de la revolución"[182] de una revolución que, sin embargo, era "radical desde su mismo comienzo".[183] El radicalismo jacobino se explica, al menos en parte, por la "lucha de clases".[184]

Dado que la tesis atlántica utiliza las premisas clave de la interpretación social —que la revolución fue una revolución de la burguesía contra la aristocracia, que fue un modo de transición necesario, que los jacobinos encarnan su forma más radical—, ¿por qué Soboul la anatematiza y asegura que "vacía [la Revolución francesa] de todo contenido específico" [185] especialmente teniendo en cuenta que los atlantistas presentan una imagen solidaria de la revolución? La respuesta parece muy clara: la versión atlantista "disocia" las revoluciones rusa y francesa, considerando la una como "indígena" y la otra como reactiva (al "atraso"), la una como parte de la "revolución del mundo occidental" del siglo XVIII y la otra como parte de la "revolución del mundo no occidental" del siglo XX.[186] El atlantis-

afirma que "sus obras ocupan un lugar cardinal en la historiografía de la Revolución francesa" (1965, p. 257). Sobre la estrecha relación de Godechot con Mathiez, véase Godechot (1959). El otro atlantista principal, R. R. Palmer, ha traducido a Lefebvre al inglés.

[180] Godechot (1965, p. 2).

[181] Palmer (1959, *passim*, pero sobre todo pp. 13-20).

[182] Palmer (1964, pp. 35-65), que atribuye esta revolución a la "mezcla de revolucionarismo popular e internacional" (p. 44).

[183] Palmer (1959, p. 446). Si la revolución americana fue menos revolucionaria que la francesa, fue porque "[América] no conoció el feudalismo [...] En Francia y en Europa [...] los esfuerzos para alcanzar el mismo ideal revolucionario se enfrentaron a la implacable oposición de las clases desposeídas o amenazadas" (Godechot y Palmer, 1955, pp. 227, 229).

[184] Godechot y Palmer (1955, p. 229). El concepto de la alianza de clases también se encuentra allí: "Los campesinos, al igual que los 'burgueses', o estrato superior del tercer estado, veían a la nobleza como su enemigo. Esta convergencia de intereses [...] es lo que hizo posible la Revolución francesa de 1789" (Palmer, 1971, p. 60).

[185] Soboul (1974, p. 44).

[186] Palmer (1959, p. 13). Soboul invoca de manera específica la acusación de que la tesis atlántica es una consecuencia de la "guerra fría", señalando que su aparición se produjo a mediados de los años cincuenta (1974, p. 43). Este testimonio no carece de justificación. La larga comunicación conjunta de Godechot y Palmer al Congreso Internacional de Ciencias Históricas de 1955 gira en torno a lo siguiente: ¿existe algo a lo que se pueda llamar una civilización atlántica? Las simpatías de los autores parecen estar a favor de una respuesta

mo, por tanto, desemboca en una reinterpretación implícita de la Revolución rusa más bien que de la francesa. Este interés por la Revolución rusa tampoco está, por supuesto, lejos del pensamiento de quienes atacan el concepto de una "revolución burguesa", pero su crítica es mucho más radical. "Todo se deriva de Cobban", se ha afirmado,[187] pero es más razonable afirmar que todo se deriva de la idea básica de Tocqueville de que "la revolución no derribó, aceleró".[188] La operación clave consiste en insistir en que se considere no sólo el acontecimiento-periodo de la propia Revolución francesa, sino también a las oscilaciones, más prolongadas, que se produjeron entre los siglos XVI a XIX, periodo que comprende una "mutación lenta pero revolucionara" resultado del desarrollo "plurisecular" del capitalismo.[189] A Furet debemos la significativa observación de que, dadas las premisas de los partidarios de la interpretación social, deberían aceptar más que oponerse a esta reorientación de la perspectiva temporal. "Si se insiste en una conceptualización en términos del 'modo de producción', uno tiene que to-

afirmativa. Culminan en la doliente observación de que "América, esta antigua colonia, parece tener más fe que Europa en la realidad o posibilidad de una 'civilización atlántica'" (1955, p. 239).

[187] Mazauric (1975, p. 167, n. 53). Véase también Schmitt: "El nombre de 'Cobban' se ha convertido en esta controversia en una provocación" (1976, p. 50).

[188] Esto no es una cita de Tocqueville sino el muy adecuado resumen que hace Tilly de su posición (1968, p. 160). Lo que el propio Tocqueville dijo fue: "De un solo golpe, sin aviso, sin transición y sin arrepentimiento, la revolución efectuó lo que de todos modos tenía que suceder, aunque lenta y gradualmente" (1955, p. 20). Véase, desde un punto de vista similar, Le Roy Ladurie: "El hecho de que un acontecimiento como la Revolución francesa fuera único no lo convierte en un acontecimiento necesario. O al menos es difícil demostrar que lo fue. Es la expresión del comportamiento de una sociedad exasperada La Revolución francesa en las zonas rurales es el resultado directo de las expansiones del siglo, incluso y en especial cuando quedaron comprometidas por las dificultades económicas de la década de 1780. Representa la ruptura y, al mismo tiempo, la continuidad" (1975, p. 591).

[189] Richet (1969, p. 22). Richet sostiene en otra parte que el derecho en Francia sigue esta misma trayectoria, tratando así de eliminar uno de los argumentos clave de Soboul y otros, según el cual una revolución era esencial para la transformación de la superestructura jurídica que limitaba el crecimiento de las fuerzas capitalistas. Richet sostiene, por el contrario: "La revolución irrumpió en un país que se encontraba inmerso en un proceso de modernización legislativa" (1973, p. 36). Choulgine sostiene de forma similar que se han exagerado en gran medida las limitaciones al crecimiento de las grandes empresas, derivadas de las restricciones gremiales puesto que "la gran importancia de la industria rural limitaba la influencia del sistema gremial [en el *Ancien Régime*]" (1922, pp. 198-199).

mar como objeto de estudio un periodo más vasto que los años de la Revolución francesa en sí mismos."[190]

El argumento central en contra de la idea de que la Revolución francesa es una revolución burguesa, es que en el siglo XVIII Francia ya no era un país feudal en ningún sentido significativo. Cobban cita un tratado legal de la época para sostener que los derechos señoriales eran meramente "una forma extraña de propiedad". Por consiguiente, la presión para incrementar los derechos señoriales que constituyó la mayor parte de la "reacción" feudal o aristocrática fue "más comercial que feudal".[191]

El argumento tiene dos partes. La primera consiste en afirmar que la mayoría de los señores se desempeñaba en el ámbito económico como burgueses, y que "basta con ampliar un poco la terminología" para definir la nobleza como "burguesía triunfante".[192] En contra de la "errónea" imagen tradicional del noble francés provincial como un individuo "indolente, apático y empobrecido", debería considerarse, en la mayoría de los casos, como un "terrateniente activo, astuto y próspero",[193] cuyo papel en los avances de la agricultura ha sido "a menudo menospreciado" en comparación con el papel desempeñado por el noble inglés, "en ocasiones exagerado".[194] Así, había "nobles que eran capitalistas" y que se encontraban en los "estratos más altos" de la nobleza.[195] Si uno analiza cuidadosamente los

[190] Furet (1978, p. 158).

[191] Cobban (1963, p. 155-156). Véase también Roberts: "La mayoría de las formas "feudales" abolidas en los decretos de agosto [de 1789] eran ficciones que encubrían una realidad simple de transacciones en dinero efectivo" (1978, p. 28).

[192] Chaussinand-Nogaret (1975, p. 265), quien prosigue, "el capitalismo comercial está, en sus aspectos más modernos, más en manos de la nobleza que de la burguesía" (p. 274). La otra cara de la moneda es observar, con Bien, que "una parte muy considerable de la gran burguesía pertenecía a la nobleza en 1789" (1974, p. 531).

[193] Forster (1961, p. 33).

[194] Forster (1957, p. 241). Además, "la gestión personal de la hacienda no sólo era el mejor modo de asegurar a un *gentilhomme campagnard* una buena renta, sino que también era reconocida como su profesión y era, en contraste con la venta al por menor y la especulación comercial, una empresa noble perfectamente respetable" (p. 224).

[195] Taylor (1967, p. 489), afirma por consiguiente que el término burgués es "inadecuado y confuso" si por burgués entendemos un "grupo no noble que desempeña un papel capitalista en las relaciones de producción" (p. 490). De ahí extrae las siguientes conclusiones con respecto a la Revolución francesa: que "no tenemos ninguna explicación económica de la llamada 'revolución burguesa', el asalto de los estratos superiores del Tercer Estado al absolutismo y la aristocracia"; y que la revolución es "en esencia una revolución política con

balances señoriales, encontrará que los derechos feudales, opuestos a las ganancias capitalistas "muchas veces [sólo] constituían *stricto sensu* una parte pequeña o incluso muy pequeña" de las rentas totales.[196] Fue en efecto, como Bloch sostuvo en forma relativamente prematura, la extensión del capitalismo en los siglos XVII y XVIII lo que revalidó privilegios económicamente "feudales":

> En un mundo cada vez más dominado por una economía de tipo capitalista, los privilegios originalmente adscritos a los jefes de unas estrechas comunidades rurales, replegadas sobre sí mismas, llegaron a adquirir poco a poco un valor previamente insospechado.[197]

Esta actividad capitalista de la nobleza tampoco estaba limitada a la agricultura. Goubert sostiene que "una gran parte" de la nobleza adquirió un significativo interés para las industrias en el siglo XVIII, "instalándose pronto en la economía del futuro y preparando su 'despegue'".[198]

La segunda parte del argumento consiste en insistir en que

consecuencias sociales y no una revolución social con consecuencias políticas" (pp. 490-491). Taylor recibe un apoyo indirecto a esta línea de argumentación del intento reciente que han llevado a cabo Cain y Hopkins de reinterpretar la revolución industrial en Inglaterra. Estos autores introducen el concepto de "capitalismo señorial" basado en la "riqueza de las tierras", y sostienen, en referencia a este periodo: "nuestro objetivo no es negar lo que es irrefutable, es decir, que Gran Bretaña se industrializó, sino más bien sugerir que las actividades no industriales, aunque aún capitalistas, eran mucho más importantes antes, durante y después de la Revolución industrial de lo que la interpretación estándar de la historia económica e imperial admite" (1986, pp. 503-504).

Vovelle, sin embargo, considera que las inferencias de Taylor respecto a la Revolución francesa van más allá de lo que permiten sus "útiles observaciones" sobre la "riqueza no capitalista". "Ubicar esta burguesía del viejo estilo al final del *Ancien Régime* en las filas de una élite plenamente constituida es como tirar de la hierba desde su raíz para que crezca" (1980, pp. 136-137).

196 Le Roy Ladurie (1975, p. 430), que considera el privilegio feudal, al igual que todo poder político, como un "generador indirecto de beneficios monetarios". Para las grandes haciendas, "con una vocación capitalista", el estado francés funcionó como un "padrazo" del mismo tipo que para las manufacturas de Colbert (p. 431).

197 Bloch (1930, p. 517). Como señala Bloch algunas veces era cuestión de reinterpretar privilegios feudales, aunque otras sólo se tratara de ejercerlos. Moore denomina esto "una penetración de prácticas comerciales y capitalistas por métodos feudales" (1966, p. 63).

198 Goubert (1969, p. 234; véase también pp. 181-182). Esto es de hecho similar a la descripción que hace Jones de los terratenientes ingleses, quienes afirma, "transformaron en dinero el potencial industrial de sus territorios [en el siglo XVIII]" (1967, p. 48).

el concepto de "reacción aristocrática" es un calificación errónea. Lo que los observadores denominan una "reacción" refleja en primer lugar la mejor posición en el mercado que los "arrendadores *(bailleurs)* tenían frente a los arrendatarios *(preneurs)*".[199] Fue, además, el resultado no del retraso sino del progreso tecnológico. Los métodos mejorados de agrimensura y cartografía permitieron a los señores beneficiarse de "una especie de perfeccionamiento de las técnicas de gestión".[200] Lejos de existir una "cerrazón" de la nobleza, el problema fue su "apertura, demasiado amplia para la cohesión del orden, demasiado estrecha para la prosperidad del siglo".[201] Lejos de ser éste un periodo de gran frustración para la burguesía francesa, el lema adecuado para la historia francesa del siglo XVIII es "el auge del tercer estado".[202]

Puede oírse la respuesta de los defensores de la interpretación social. Estos burgueses en "auge" en el *Ancien Régime* trataban de "aristocratizarse" lo más pronto posible, pues su

[199] Le Roy Ladurie (1975, p. 435), quien prosigue: "es cierto —y aquí entra el elemento subjetivo— que el arrendatario en ocasiones tardaba algún tiempo en comprender que el mercado se había tornado en favor de los propietarios; en un caso de este tipo, una vez que se adquiría la conciencia de la ventaja, el arrendador procedía dos veces más deprisa; trataba con redoblada energía de coadyuvar a la coyuntura y de presionar a los arrendatarios *(fermiers)*, que hasta aquel momento habían sido respetados por pura negligencia".

[200] Goubert (1974, p. 381).

[201] Furet (1978, p. 145). Furet observa además que el bloqueo no se situaba entre el hombre común y el noble, sino entre el "pequeño" noble de espada y los "grandes" aunque advenedizos nobles de la corte, que constituían la clase dominante. Fueron, se afirma, los "pequeños" nobles quienes estaban tras el edicto de 1781, la *loi Ségur* (p. 140). Godechot, cuyo análisis una vez más es cercano al de la interpretación clásica, explica el supuesto intento de la nobleza de monopolizar posiciones de gobierno en el siglo XVIII por el hecho de que la nobleza encontraba difícil "vivir de sus rentas, dado el incremento constante de los precios desde 1730" (1965, p. 115).

Doyle por otra parte duda de que hubiera semejante monopolización de cargos: "En términos sociales, a medida que avanzaba el siglo la mayoría de las instituciones de Francia parece haberse hecho menos y no más exclusiva en lo que respecta a su reclutamiento" (1972, p. 121). La investigación de Gruder sobre los intendentes reales tiende a confirmar este argumento. Comparando los orígenes sociales de los intendentes en el reino de Luis XIV con sus orígenes en los reinos de Luis XV y XVI, Gruder descubre que, lejos de existir un incremento en la monopolización aristocrática, "lo cierto era lo contrario" (1968, p. 206), si acaso. Por supuesto, los hombres del estado llano que fueron ennoblecidos en el siglo XVIII no pasaban "de la pobreza a la riqueza; el camino hacia la cima no comenzaba desde lo más bajo" (p. 173). Para Gruder, la caracterización adecuada de esta clase gobernante era "una aristocracia que incorporaba una plutocracia" (p. 180).

[202] Cobban (1963, p. 262).

ideal era *vivre noblement*. Sólo después de 1789 surgió un nuevo tipo de burguesía dispuesta a vivir como burguesía de reinversión (casi me siento tentado a añadir: una burguesía llena de ética protestante).

A esta réplica se da tres clases de respuestas. En primer lugar, *vivre noblement* no era una actitud necesariamente incompatible con una actividad mercantil orientada al beneficio.[203] En segundo lugar, el grupo de comparación implícito, la burguesía británica (incluso los industriales británicos) también compartían el ideal de *vivre noblement*.[204] En tercer lugar, la pauta no cambió en Francia después de la revolución.[205]

Efectivamente, si "no es posible discernir una fractura fundamental, en esta época, entre la burguesía y la nobleza",[206] ¿qué explica entonces la Revolución francesa, puesto que es indudable que *algo* ocurrió en 1789? Esta controversia ha excluido hasta ahora el antagonismo de clases como posible explicación, puesto que los papeles económicos desempeñados por las categorías sociales, nobleza y burguesía, se consideraban altamente congruentes.[207] Tocqueville también excluye como expli-

[203] Ésa es la tesis de Boulle sobre los comerciantes de esclavos ennoblecidos de Nantes que seguían en el comercio (1972, p. 89).

[204] Véase Crouzet: "no debemos exagerar la sobriedad de estos primitivos industriales británicos. Una vez que habían levantado sus negocios y asegurado sus fortunas, casi siempre se relajaban hasta cierto punto, retirando más dinero y adoptando un modo de vida más confortable. Algunos de ellos compraron haciendas y se construyeron grandes mansiones" (1972b, p. 189). Véase también Jones: los empresarios urbanos ingleses del siglo XVIII "buscaban un descanso final en la adquisición y embellecimiento de haciendas" (1967, p. 48).

[205] Cobban considera que los *nouveaux riches* sustituyeron a "la alta burguesía culta del *Ancien Régime*. Afirma con desdén: "Podemos llamarlo el triunfo de la burguesía si por este término entendemos los funcionarios venales, abogados, profesionales, propietarios y unos pocos financieros y mercantes que invirtieron su dinero, en su mayor parte, en tierras o *rentes* una vez que no podían seguir consiguiéndose oficios venales. En su modo de vida, eran los herederos de la *noblesse* obsoleta y si eran burgueses, su meta era ser *bourgeois vivant noblement*" (1963, pp. 251, 264-265). Por supuesto, esta crítica de la interpretación social se utiliza a su vez como agua para el molino de tesis como la de Landes; pero eso, sin duda, no es algo que pudiera perturbar a Cobban.

[206] Lucas (1973, p. 91): "La clase media del *Ancien Régime* tardío no mostraba diferencias funcionales importantes con respecto a la nobleza, ninguna diferencia significativa en los valores aceptados y, sobre todo, ninguna conciencia de pertenecer a una clase cuyas características económicas y sociales eran antitéticas respecto a las de la nobleza."

[207] Como dice Palmer, "una de las cosas sorprendentes de la revolución es que la hostilidad de clase, o antagonismo entre los nobles y los no nobles, fuera tan poco evidente en 1787 y tanto en 1788" (1959, p. 457).

cación la diferencia en los derechos políticos: "ninguna [ni la aristocracia ni la burguesía] tenía ninguno" y la diferencia de privilegios: "los de la burguesía [en el *Ancien Régime*] eran [también] inmensos". Esto deja como única diferencia que la nobleza y la burguesía vivían "vidas [sociales] separadas".[208] Tocqueville concluyó, sin embargo, que la revolución era el "resultado natural e inevitable" de diversos aspectos particulares del *Ancien Régime*, "tan inevitable aunque tan completamente imprevisto". La revolución se produjo por la confluencia de las dos "pasiones dominantes" de la Francia del siglo XVIII, el "incontenible odio de la desigualdad" y el "deseo de vivir [...] como hombres libres".[209]

Los recientes tocquevillianos de Francia han seguido este modelo explicativo, combinando una miscelánea amorfa de detalles[210] con el énfasis de un cambio en los valores.[211] Pero han introducido un gran cambio en esta línea argumental. La revolución no se considera ya como "inevitable", se ha convertido ahora en un "accidente", el resultado casual de reducir tres revoluciones (la de la Asamblea, la de París y las ciudades, y la del campo) a un único periodo de tiempo; fue "la intervención popular lo que transformó el ritmo de la revolución".[212] Este

[208] Tocqueville (1953, pp. 361-362).

[209] Tocqueville (1955, pp. 1, 203, 207-208).

[210] Véase Furet y Richet (1973, pp. 19-27). Como observa Anderson respecto a una miscelánea similar redactada por Althusser a propósito de la Revolución rusa, semejante mezcolanza es un "mero pluralismo empírico" que conjura muchas circunstancias y corrientes, pero que no consigue establecer "su jerarquía e interconexión material" (1980, p. 77).

[211] Véase Richet: "la revolución de 1789 se produjo a partir de una doble toma de conciencia de las élites alcanzada a través de un largo camino. Conciencia, en primer lugar, de su autonomía frente al orden político, de su consiguiente necesidad de controlar el poder. Una conciencia unánime en la que la nobleza desempeñaba el papel de iniciadora y educadora, pero que era ampliada para incluir la riqueza, la propiedad y el talento. Era la Revolución de las Luces. Sin embargo, esta voluntad común fue momentáneamente abortada en el ámbito de la homogeneidad del grupo dirigente" (1969, p. 23). Por consiguiente, vuelve a aparecer la explicación final de Tocqueville.

Debería observarse aquí una divergencia con Cobban, quien es más hostil a la *totalidad* de la revolución. "Desde luego puede decirse que el final del siglo XVIII presenció una transformación parcial desde una concepción individualista a una concepción colectivista de la sociedad. La revolución pone fin a la edad del individualismo e inaugura la del nacionalismo. En todo esto puede verse no el cumplimiento, sino la frustración de la Ilustración" (1968a, p. 25).

[212] Furet y Richet (1973, p. 102; cf. Furet, 1963, p. 472). El tachar de "accidental" el papel de las revoluciones populares desde el punto de vista de la evolución estructural a largo plazo, no parece que signifique que carecieron de importancia, puesto que nosotros también nos hemos comprometido a "restituir

cambio de enfoque es importante desde el punto de vista analítico pero comprensiblemente político. Tocqueville trataba de persuadir a las fuerzas conservadoras de que aceptaran la revolución, que no era tan mala, afirmaba, como ellas creían, en tanto que sus sucesores trataban de persuadir a los intelectuales liberales de que no todo era bueno en la revolución (los girondinos *sí*, Robespierre *no*). Como afirma el propio Furet, "durante casi 200 años, la historia de la revolución no ha sido más que una explicación de la causalidad y, con ello, un discurso sobre la identidad".[213]

Al renunciar al concepto de revolución burguesa, Furet y Richet identifican en cambio una "revolución liberal", una revolución que, según afirman, empezó antes de 1789. Estos autores son bastante explícitos acerca de cuál es para ellos la cuestión intelectual más importante respecto a la Revolución francesa:

> Atrevámonos a plantear la cuestión: ¿qué accidentes hicieron fracasar la revolución liberal a corto plazo, aquella que se inició en el siglo XVIII, y que finalmente sería cumplida décadas después por la burguesía francesa?[214]

El 10 de agosto de 1792 es, para ellos, la fecha en la que empezó el gran *"dérapage"*[215] del camino del liberalismo que alcanzaría su apogeo durante el Terror, aquel "breve paréntesis y contracorriente" en el "inmenso avance del liberalismo" que se extiende desde 1750 hasta 1850.

Al parecer, fue el fervor patriótico de las masas lo que deshizo el liberalismo.[216] Furet y Richet critican a Soboul por analizar el

al acto revolucionario mismo, al acontecimiento, su papel creativo de discontinuidad histórica" (Furet y Richet, 1973, p. 8).

Sin embargo, estamos ahora tan lejos de la palabra tocquevilliana "inevitable" que Furet convierte "la necesidad del acontecimiento" en una de las dos principales e improbables presuposiciones del concepto de revolución burguesa; la otra es la "ruptura del tiempo" (1978, p. 36).

[213] Furet (1978, pp. 18-19).

[214] Furet y Richet (1973, p. 126).

[215] *Ibid.*, p. 10. En la traducción inglesa de Furet y Richet, el capítulo titulado *"Le dérapage de la révolution"* fue denominado "The revolution blown off course" [La revolución a la deriva]. Es una traducción razonable (aunque quizá demasiado náutica). Higonnet, por ejemplo, lo traduce de forma diferente en dos páginas sucesivas como "deviation" [desviación] y "slide" [deslizamiento] (1981, pp. 4-5). Prefiero conservar el término francés, puesto que me parece el término central de todo el análisis de Furet y Richet.

[216] "Contra un rey sospechoso de traición, contra los generales que rehúsan luchar, contra los *brissotinos* que dudan entre el poder y la oposición, se ha

año II como una "anunciación" de 1871 o 1917.[217] ¿Pero su análisis no es igualmente una cierta lectura de la historia del siglo XX? En cualquier caso, al analizar este periodo llegan a una conclusión que es impecablemente soubouliana: después del año II, la burguesía redescubrió sus verdaderos objetivos: "la libertad económica, el individualismo en la propiedad, el sufragio limitado".[218] Pero si éste es el caso, la crítica al concepto de revolución burguesa pierde algo de fuerza. Indudablemente, la datación de la revolución "liberal" de Furet es un tanto diferente, algo más larga, que la de la revolución "burguesa" de Soboul. Es menos política, más "cultural", quizá, y ambos análisis sostienen un profundo desacuerdo en la interpretación del año II. Una vez más, esto tiene diferentes implicaciones para el estudio de la Revolución rusa, pero la interpretación revisionista y la social de lo que este punto de inflexión histórico representa para Francia son menos contrarias que lo que toda la fanfarria podría hacernos creer.

Los numerosos intentos de encontrar la manera de reconciliar ambos análisis demuestran que esto es así. Dichos intentos comparten una característica común: tratan de incorporar lo que parece correcto en la crítica del concepto de revolución burguesa sin incorporar las implicaciones políticas que se han extraído de esta crítica. Robin acepta la crítica de Furet según la cual si se analiza un cambio en el modo de producción, es necesario un análisis a largo plazo. Una revolución social no puede transformar el "ritmo de las fuerzas productivas; únicamente puede hacer posible tal transformación". No fue la revolución social, sino la industrial que permitió la transición de una inclusión formal del trabajo a una real, y esta revolución industrial fue "claramente posterior a la revolución social".[219]

Además, es cierto que la diferencia entre la función económica de la nobleza y la burguesía en el siglo XVIII se había hecho relativamente secundaria. Ambas eran "clases mixtas",[220] y la mayoría de los señores se estaban convirtiendo en terrate-

desencadenado un reflejo defensivo popular que ha encontrado por fin su nombre: patriotismo. Es una segunda revolución.

"El patriotismo revolucionario se convirtió [el 10 de agosto de 1792] en una religión. Ya tenía sus mártires. Pronto establecería, tras las derrotas militares, su inquisición y sus hogueras" (Furet y Richet, 1973, pp. 129, 157).

[217] *Ibid.* (p. 204).

[218] *Ibid.* (p. 258).

[219] Robin (1970, p. 52)

[220] Grenon y Robin (1976, p. 28).

nientes capitalistas. Una vez que afirmamos que Francia no siguió la vía inglesa ni la "vía prusiana", sino que representaba un caso intermedio, y que Francia estaba en una fase típica de "transición" del feudalismo al capitalismo, fase que transcurrió durante varios siglos *antes y después* de la Revolución francesa,[221] ya no es difícil reconciliar la perspectiva del largo plazo con un análisis marxista.[222] Hay otra forma de reconciliar las dos perspectivas. Zapperi sostiene que es correcto afirmar que

[221] Robin (1973, pp. 41-43). En la obra editada por Soboul se encuentra una total refutación de Robin. Guibert-Sledziewski sostiene que Robin plantea el problema como la existencia de dos modos de transición alternativos —bien a través de la desintegración de las fuerzas feudales, bien a través de su incorporación al capitalismo— y dice que esta formulación elimina "un aspecto fundamental del problema: el de la necesidad de la Revolución francesa". La verdadera alternativa se presenta más bien entre la "recuperación reaccionaria de las tendencias capitalistas" por parte del feudalismo o por la "entrada en vigor de las relaciones capitalistas de producción en la Francia revolucionaria" (1977, pp. 48-50). Esto último se produjo a través de la revolución, ahorrando así a Francia seguir la vía prusiana (pp. 66-75). (Este argumento es similar al de Moore, 1966, *passim*.)

Finalmente, Guibert-Sledziewski acusa a Robin de deslizarse hacia una posición no distinta a la de Richet: "el deseo [de Robin] de plantear una 'problemática de esta transición' [del feudalismo al capitalismo] le lleva a convertir la transición en una fase específica de la revolución burguesa, una fase que no tendría toda la puesta en escena del 89-94, pero que indicaría, tanto como la fase violenta, la necesidad de una confrontación decisiva entre los modos rivales de producción. Así, el 'fenómeno' revolucionario, como indicaría su apelación, sería simplemente una manifestación, una vicisitud de esta vasta confrontación: ¡y qué, vicisitud! Una realización plena de lo que Denis Richet denomina la 'lenta pero revolucionaria mutación' del capitalismo naciente. Pero nos parece que cualquier problemática de la transición conduce necesariamente a una problemática de la revolución" (Guibert-Sledziewski, 1977, p. 68).

[222] Esto es confirmado por los análisis de dos historiadores marxistas ortodoxos, Manfred y Dobb.

Manfred: "El capitalismo emergió primero en Francia hacia el siglo XVI. Avanzando de manera lenta y gradual en el interior de la sociedad feudal, alcanzó su pleno desarrollo y madurez en el último tercio del siglo XVIII. Las contradicciones entre las nuevas fuerzas productivas y el orden feudal dominante condujeron a una fase de conflicto cada vez más agudo. Más tarde, estas contradicciones estallaron en todas partes" (1961, p. 5).

Dobb: "La revolución industrial [...] y la aparición en escena de las relaciones burguesas de producción no coinciden en el tiempo. Esto requiere una explicación capaz de cubrir un largo periodo (en Inglaterra, un intervalo de varios siglos) desde las primeras manifestaciones de las relaciones burguesas de producción [...] a la revolución industrial.

"La revolución industrial requiere la maduración de una situación total. Requiere un desarrollo complejo y prolongado que al final tiene un resultado previsible. Hablar de la concomitancia de cierto número de factores no implica, sin embargo, que sea un "acontecimiento único" y fortuito, un acontecimiento 'accidental'" (1961, pp. 458-460).

el conflicto entre el tercer estado y la nobleza era únicamente un conflicto entre élites rivales, las cuales eran, sin embargo y según Zapperi, élites precapitalistas. La Revolución francesa no fue una revolución burguesa porque Francia estaba *aún* en una fase precapitalista de su historia. Para ver la "fútil polémica" de un estrato urbano mercantil en disputa con una aristocracia terrateniente como una lucha de clases, se requiere una "buena dosis de imaginación". La burguesía no merece que se le atribuya una "vía revolucionaria"; consiguió sus objetivos "en el curso de algunos siglos" extendiendo su papel en la sociedad civil. Calificar a la Revolución francesa como una revolución social es proyectar retrospectivamente por analogía la revolución proletaria, si bien la burguesía ni siquiera había creado todavía una situación en la que la clase obrera viviera enteramente de la venta de su fuerza de trabajo. El planteamiento de Soboul también representa un mito para Zapperi, pero un mito perpetrado por el abate Siéyès más que Marx, si bien Marx cayó en la trampa de los "prejuicios mercantiles".[223]

Existe una tercera vía para aceptar la crítica del concepto de revolución burguesa sin endosar necesariamente el liberalismo. Consiste en derribar de su pedestal a la burguesía en favor de otros grupos cuyas acciones se consideran más consecuentes y definitorias del verdadero significado histórico del acontecimiento-periodo. Guérin defendió este punto de vista con cierta fuerza en 1946. La Revolución francesa tuvo un "doble carácter": fue a la vez una revolución burguesa y "una revolución que, en su mecanismo interno, tuvo el carácter de permanente" que "nutrió una revolución proletaria embrionaria", es decir, una revolución anti*capitalista*".[224] Guérin logró unir a Soboul y Furet en su oposición a él. Ambos rechazaron la percepción que Guérin tenía del papel de los extremistas, la lectura implícita de la historia del siglo XX. Para Soboul, Guérin confunde con una vanguardia proletaria lo que en gran parte es "una retaguardia que defiende sus posiciones en la economía tradicional". Además, los extremistas, afirma Soboul, se unieron a la burguesía "en las cuestiones esenciales, el odio a la aristocracia y la voluntad de lograr la victoria".[225]

[223] Zapperi (1974, pp. 13-15, 83-86, 91-92).

[224] Guérin (1968, vol. I, pp. 17, 23, 27 y *passim*).

[225] Soboul (1958a, pp. 10, 1025). Kaplow se hace eco de la réplica de Soboul con este argumento: "Los pobres [trabajadores] no eran capaces de mantener su ira porque no la situaron —no podían situarla— en un contexto más amplio. Admito que eran incapaces de pensar a más largo plazo [...] porque todas sus

Para Furet y Richet los extremistas eran en gran parte fuerzas de retaguardia que caían en reminiscencias "rousseaunianas", en su búsqueda de utopías "reaccionarias" de una edad de oro pretérita. Si durante el año II los extremistas disputaron con el gobierno fue debido a la actividad de sus cuadros militares, "una especie de subinteliguentsia [una pequeña burguesía] que había emergido de los puestos del mercado y de las tiendas", celosos de quienes habían avanzado posiciones durante la revolución. Lejos de ser una lucha de clases, embrionaria o de otro tipo, fue una mera lucha de poder, "una cuestión de rivalidad entre equipos".[226]

Queda claro ahora cómo la crítica de Guérin soslaya la discusión entre Soboul y Furet de forma opuesta a como lo hacen Robin y Zapperi. Estos últimos coinciden con Furet en que la Revolución francesa no fue una revolución burguesa tal como Soboul lo considera, puesto que la revolución social plena se produjo o se completó *después* de la Revolución francesa. Guérin, sin embargo, está de acuerdo con Soboul en que el año II no fue un *dérapage* porque los jacobinos en realidad no eran diferentes de los girondinos. Esto, no obstante, no se debía a que representaran el punto máximo del radicalismo burgués, sino a que representaban el colmo de la decepción política burguesa de las masas.[227] Es posible que Robespierre no encarne el *déra-*

incapacidades [...] les habían llevado al callejón sin salida de la cultura de la miseria. La burguesía revolucionaria comenzó a destruir el núcleo psicológico y social de la cultura de la miseria defendiendo la idea de que era posible, por no decir legítimo, desafiar al orden establecido" (1972, p. 170). Curioso argumento para un marxista, pues parece implicar que el proletariado únicamente puede emerger de su falsa conciencia mediante el ejemplo y los servicios de la burguesía (revolucionaria).

[226] Furet y Richet (1973, pp. 206, 212-213).

[227] Véase Guérin: "De todas las personalidades de la revolución, Robespierre fue la más popular. Todavía no había revelado su verdadera imagen. Los *bras nus* todavía no le habían atrapado en *flagrante delicto* de 'moderacionismo'" (1968, vol. I, p. 411). Higonnet hace una observación similar. Frente a la "interpretación marxista tradicional" según la cual la ideología jacobina representa "la expresión genuina e inmediata de los verdaderos objetivos materiales que unieron a varias clases", y sobre todo la de la "burguesía revolucionaria" sugiere que una "explicación mejor de los orígenes y funciones de la ideología jacobina mantiene, por el contrario, que la cosmovisión jacobina era, por así decirlo, una forma progresista de 'falsa conciencia'. En el plazo de una semana desde la destrucción 'total' del señorialismo feudal, los constituyentes comenzaron sus esfuerzos para salvar tantos derechos señoriales como pudieron en nombre de la propiedad burguesa. Los caminos de los extremistas y las *honnêtes gens* comenzaron a separararse. Incapaz de aceptar esto a plenitud, la burguesía revolucionaria, y los jacobinos en particular, se vieron abocados a más de un callejón sin salida" (1980, pp. 46-48).

page, pero tampoco es un héroe para Guérin. Así, los extremistas y el babeufismo ocupan un lugar más central en su historia que en la de Soboul (y la de Cobb y la de Rudé).[228]

La posición de Guérin subraya el papel del proletariado embrionario y minimiza el grado hasta el cual puede definirse la Revolución francesa como una revolución principalmente burguesa. De forma paralela, otros destacan el papel del campesinado no como un mero gurpo de actores en una revolución adicional colateral a la revolución burguesa, sino como aquellos que dejaron la huella más profunda en la Revolución francesa, que puede definirse como la "primera revolución campesina triunfante de los tiempos modernos".[229] Se afirma que los campesinos fueron el único grupo cuyas conquistas no fueron barridas por la Restauración de 1815.

Este énfasis se ha utilizado para criticar a Soboul[230] y a Furet.[231] Pero lo más importante es que desemboca en una perspectiva que considera a la Revolución francesa como una revolución anticapitalista. Le Roy Ladurie se pregunta si no sería mejor definir el "antiseñorialismo revolucionario" de los últi-

[228] Guérin admitió en 1968, que Soboul y Rudé, habían "revisado a fondo su dogmatismo robespierrista y estaban más dispuestos a admitir que la decapitación de la comuna de París, la destrucción de la democracia por su base constituyó un golpe mortal para la revolución" (1968, vol. II, p. 524). Por lo que se refiere a Cobb, ha adoptado buena parte de "mis críticas a Robespierre y al robespierrismo" pero "raras veces es consecuente consigo mismo" (p. 534). En cualquier caso, Soboul y Cobb, por "poco equitativos que sean en sus críticas a mi obra, la han confirmado y completado de manera implícita (p. 536).

Véase Higonnet sobre el papel del movimiento de Babeuf: "Está claro que la importancia del movimiento de Babeuf depende del lugar que se otorgue al socialismo y a la guerra de clases en el orden histórico-mundial. Si la Revolución francesa se considera como una *Ding an sich*, Babeuf no importa mucho. Pero si se ve como el primer acto del pueblo-*versus*-capitalismo, sí que importa mucho" (1979, p. 780).

[229] Milward y Saul (1973, p. 252); cf. una versión más limitada de Moore: "Por consiguiente es correcto sostener que el campesinado fue el árbitro de la revolución, aunque no su principal fuerza motriz" (1966, p. 77).

[230] Véase Mackrell: "La concepción marxista de que la revolución contempló tanto el derrocamiento del feudalismo como el advenimiento del capitalismo en Francia difícilmente cuadra, entre otros hechos, con la parte importante que los campesinos tuvieron en el derrocamiento del 'feudalismo'" (1973, p. 174).

[231] Véase Hunecke que ataca a la "historiografía 'revisionista'" (Cobban, Furet y Richet) basándose en que la revolución campesina "en lo que tenía de nuevo, apuntaba al futuro y no al pasado" (1978, p. 315). Gauthier desea ver a los campesinos desempeñar un papel "progresista" en el desarrollo del capitalismo. "El campesinado no se oponía al capitalismo en general, sino a una forma de capitalismo favorable a los señores" (1977, p. 128).

mos años del *Ancien Régime* como una "reacción anticapitalista" considerando el hecho de que los campesinos reaccionaban contra los que cercaban e irrigaban, contra los modernizadores, y que donde no existían esos terratenientes que introducían mejoras, como sucedió en Bretaña donde no había una "penetración profunda" del capitalismo, los campesinos se mantuvieron pasivos.[232] De forma similar, Hunecke ve precisamente en el auge de la no intervención y el final del control de los precios del pan, la explicación de "la mentalidad revolucionaria de las masas", que tomó la forma de una "reacción defensiva" frente al libre comercio y las leyes del mercado.[233]

La centralidad de la lucha entre señores y campesinos (en la tradición de Barrington Moore) condujo finalmente a Skocpol a insistir en que la Revolución francesa no fue una "revolución burguesa" y que no era comparable a la Revolución inglesa. Fue más bien la expresión de la "contradicción centrada en las estructuras del antiguo régimen". Fue, en la misma o en mayor medida, una "revolución burocrática que incorporó a las masas y fortaleció al Estado (en cualquier caso), que una revolución burguesa". En este sentido, la comparación apropiada es la que se establecería con las revoluciones rusa y china del siglo xx; pero, en ese caso, tampoco formó parte de la revolución liberal, puesto que el resultado político de las revueltas campesinas en la Revolución francesa fue un "Estado más centralizado y burocrático, no un régimen liberal-parlamentario".[234]

[232] Le Roy Ladurie (1975, pp. 568, 575). Para una revisión de la literatura reciente que ataca la idea de que los campesinos eran hasta cierto punto "retrógrados" y subraya su papel antiburgués, véase David Hunt (1984).

[233] Hunecke (1978, p. 319). "En el núcleo de la revolución de los campesinos pobres había dos demandas que no eran en modo alguno antifeudales: deseaban tierras para cultivar y la restauración de los derechos comunales de usufructo." Los campesinos se rebelaron "no sólo contra los privilegiados [feudales] sino también (y quizá sobre todo) contra la 'burguesía revolucionaria'" (pp. 313-315). De modo similar, véase Moore: "El impulso radical detrás de la revolución basado en los extremistas y algunos sectores del campesinado era explícita y poderosamente anticapitalista" (1966, p. 69).

Cobban también ve a la Revolución francesa no como "una revolución a favor sino en contra del capitalismo" (1964, p. 172). En esta versión, sin embargo, el triunfo no es sólo el de los campesinos, sino el de las "clases conservadoras, propietarias, con tierras grandes y pequeñas" (p. 170). En efecto, se afirma que éste es uno de los rasgos que "hicieron avanzar tanto con respecto a Francia [...] el desarrollo económico de la sociedad inglesa" (p. 146).

[234] Skocpol (1979, pp. 29, 41, 181). "Las revoluciones sociales [...] han transformado las estructuras estatales tanto o más de lo que han transformado las relaciones de clases, los valores sociales y las instituciones sociales" (p. 29). Un argumento extraño: las revoluciones *sociales* se definen no por los cambios so-

Si éste es el caso, ¿en torno a qué gira toda la discusión? Es evidente que la Revolución francesa se produjo como un "acontecimiento" extremadamente importante en lo que se refiere a sus diversas y duraderas consecuencias para Francia y para el mundo. También es indudablemente un "mito" en el sentido soreliano e incluso hoy sigue siendo políticamente importante, y no solo en Francia, captar este mito y controlarlo.

"La revolución", escribió Clemenceau en 1897, "es un bloque". Para Cobban ésta es la "auténtica falacia" que se encuentra detrás de todos los mitos concretos de la Revolución francesa: la idea de que existe algo "respecto a lo cual se puede estar a favor o en contra".[235] Lefebvre tiene razón al afirmar:

> La convocatoria de los Estados Generales fue una "buena noticia" que anunció el nacimiento de una nueva sociedad en la que, de acuerdo con la justicia, la vida sería mejor; en el año II, el mismo mito inspiró a los extremistas, ha perdurado en nuestra tradición y, como en 1789 y 1793, es revolucionario.[236]

Debido a que este mito es tan poderoso, Cobban, en lugar de denunciar la maldad de la revolución al estilo de sus adversarios decimonónicos, trata de socavar el mito atacando su credibilidad, un ataque que incluso un defensor del modelo clásico de revolución burguesa como Vidotto admite que ha sido relativamente "persuasivo". Como afirma Vidotto, sin embargo, responder a estas críticas ampliando las definiciones, como hacen algunos defensores del concepto, conduce a la "indeterminación terminológica" y hace incomprensible toda la explicación. Por consiguiente, Vidotto considera que el concepto de revolución burguesa en su forma clásica es "una herencia irrenunciable para aquellos que se mueven en un planteamiento marxista, y no sólo para ellos".[237]

ciales sino por los cambios en la institución política" fundamental de la modernidad, el Estado. ¿Qué son entonces las revoluciones políticas? Y si no es una revolución social lo que cambia las relaciones de clases, los valores sociales y las instituciones sociales, ¿se debe a que estas últimas sólo cambian poco a poco, nunca de forma "revolucionaria"? Quizás es el concepto mismo de "revolución social" lo que necesita ser reexaminado.

235 Cobban (1968d, p. 108).

236 Lefebvre (1956, p. 345). Furet vierte su ironía sobre este análisis porque está imbuido de fe: "No sería difícil demostrar que [Lefebvre, un gran historiador] no tuvo como visión sintética nada más que las convicciones del *cartel des gauches* o el Frente Popular" (1978, p. 22). No me parece éste un argumento demasiado convincente.

237 Vidotto (1979, p. 51).

¿Pero esta herencia es irrenunciable para quienes desean dar la bienvenida a la "buena nueva"? Como hemos visto, las interpretaciones de la Revolución francesa sirven una y otra vez como comentarios acerca del siglo XX. Sin embargo, ¿no podría ser que algunas de nuestras confusiones sobre el siglo XX se deban a nuestras malas interpretaciones del siglo XVIII? Si es así, perpetuar modelos que representan una "herencia irrenunciable" es asegurar un error estratégico en el interés de mantener los sentimientos que fueron útiles en su momento (pero que tal vez ahora no lo sean) para la cohesión colectiva. No creo que debamos intentar preservar la imagen de la Revolución francesa como una revolución burguesa para preservar la de la Revolución rusa como una revolución proletaria. Pero tampoco creo que debamos tratar de crear la imagen de la Revolución francesa como una revolución liberal con el fin de empañar la de la Revolución rusa como una revolución totalitaria. Ninguna de estas categorías —burguesa o liberal— clasifica bien lo que de hecho ocurrió.

Furet afirma que "la revolución encarna *la ilusión de la política* y transforma la realidad objetiva *(le subi)* en conciencia subjetiva *(en conscient)*". Furet nos recuerda que Marx consideraba que termidor representaba la "venganza de la sociedad real".[238] Furet extrae de esto conclusiones antivoluntaristas, pero al insistir en volver a analizar la Revolución francesa en el contexto tanto del cambio social a largo plazo (con sus transmutaciones del concepto mismo de burguesía) y de una ruptura de la ideología política dominante, se acerca más de lo que cree al espíritu del materialismo histórico. En ocasiones me siento tentado a calificar a Furet como un revolucionario marxista secreto, y a identificar a Soboul, con su exaltación del año II y su materialización de conceptos como burguesía y aristocracia en categorías sociológicas, como un agente doble del liberalismo burgués rampante. Al rechazar el concepto de revolución burguesa basándose en la fluidez de las propias categorías, los "revisionistas" de la interpretación clásica pueden estar ayudando a percibir la manera como realmente opera un proceso de polarización de clases: a lo largo de una prolongada, sinuosa y persistente reestructuración en la que la

[238] Furet (1978, pp. 43, 84). Pero, ¿quién es la "sociedad real"? Barber observa que "la burguesía que más sufrió [...] fue la burguesía media, la que aspiraba a carreras legales, políticas, militares o eclesiásticas. Era muy difícil eliminar con la legislación a los grandes financieros o a los líderes intelectuales" (1955, p. 143).

Revolución francesa tiene su papel pero no es un *punto de inflexión decisivo* (¡redoble de tambores!).

Marx tenía un defecto importante. Era excesivamente smithiano (la competencia es la norma del capitalismo, el monopolio una distorsión) y schumpeteriano (el empresario es el agente del progreso). Numerosos marxistas del siglo XX no comparten ya estos prejuicios, aun cuando creen que eso es porque el capitalismo ha evolucionado. Sin embargo, una vez que se invierten estos supuestos, el uso de un marco dialéctico y materialista para el análisis obliga a hacer una lectura muy diferente de la historia de los siglos XVI a XVIII, incluso del XIX, de lo que el mismo Marx hizo la mayoría de las veces.

Pero es indudable, puedo escuchar ya esa objeción, que la Revolución francesa hablaba el lenguaje del antifeudalismo. La servidumbre fue por fin abolida; los gremios fueron finalmente prohibidos; la aristocracia y el clero dejaron por fin de ser estamentos privilegiados. Sí, todo esto es más o menos cierto, y sin duda es el caso que, en el *Ancien Régime,* en una época en la que la ideología de los "órdenes" era dominante, incluso los más ricos de los *haut-bourgeois,* siempre y cuando no fueran ennoblecidos, sufrían el desdén social y la discriminación material; además tampoco bastaba con adquirir la nobleza. En 1781, la *loi Ségur* convirtió en requisito necesario ser noble al menos desde cuatro generaciones para llegar a ser un oficial del ejército. Nunca sabremos si esto fue meramente un esnobismo pasajero de la aristocracia de espada que pronto hubiera sido revocado o ignorado. Sin embargo, los estratos superiores del tercer estado y la aristocracia de toga recientemente ennoblecida sintieron una aguda irritación.

Y entonces se produjo la Revolución francesa. Durante algunos años, en las calles se detenía a la gente y se le preguntaba: "¿perteneces al tercer estado?", y era mejor que la respuesta fuera "sí". Este momento difícil fue seguido de termidor y Napoleón y la Restauración, y las cosas volvieron, en cierto modo, a la normalidad. Los *haut-bourgeois* nuevamente trataron de obtener títulos de nobleza, al menos hasta 1870. Y, después de eso, siguieron buscando signos de estatus social formal, como han hecho los burgueses desde el surgimiento del capitalismo como un sistema mundial.

Pero, si la Revolución francesa no giraba en torno al antifeudalismo, ¿a qué se debía el lenguaje antifeudal? Braudel ofrece una respuesta excelente:

¿No puede pensarse que el hecho de que el campesino francés recurriera al viejo y familiar lenguaje del antifeudalismo se debe, al menos en parte, a que el lenguaje del capitalismo no había encontrado el vocabulario adecuado para manejar una situación nueva y sorprendente?[239]

Pero si ésta es la respuesta para el campesinado, ¿cómo podemos explicar que los notables del tercer estado también usaran el mismo lenguaje? Una respuesta es que la ruidosa disputa de la "burguesía" y la "aristocracia" fuera una gigantesca diversión, en ambos sentidos de la palabra: entretenimiento y juego, y una forma de distraer la atención de terceros, en este caso los campesinos y los extremistas o revolucionarios.[240]

Pero, por supuesto, algo cambió en 1789 y más incluso en 1791-1793. Como ha dicho Anderson, "todo el mundo ideológico occidental fue transformado".[241] La transición del feudalismo al capitalismo había ocurrido hacía tiempo, y esa es, íntegramente, la tesis de estos volúmenes. La transformación de la estructura estatal fue meramente la continuación de un proceso en curso desde hacía dos siglos. En este sentido, Tocqueville tiene razón. Por tanto, la Revolución francesa no señaló una transformación básica, ni en lo económico ni en lo político. Antes bien, la Revolución francesa fue, desde el punto de vista de la economía-mundo capitalista, el momento en que la superestructura ideológica se puso por fin en el mismo nivel de la base económica. Fue la consecuencia de la transición, no su causa ni el momento en que se produjo.

La gran burguesía, transposición de la aristocracia en un mundo capitalista, creía en el beneficio, pero no en la ideología

[239] Braudel (1982, p. 297).

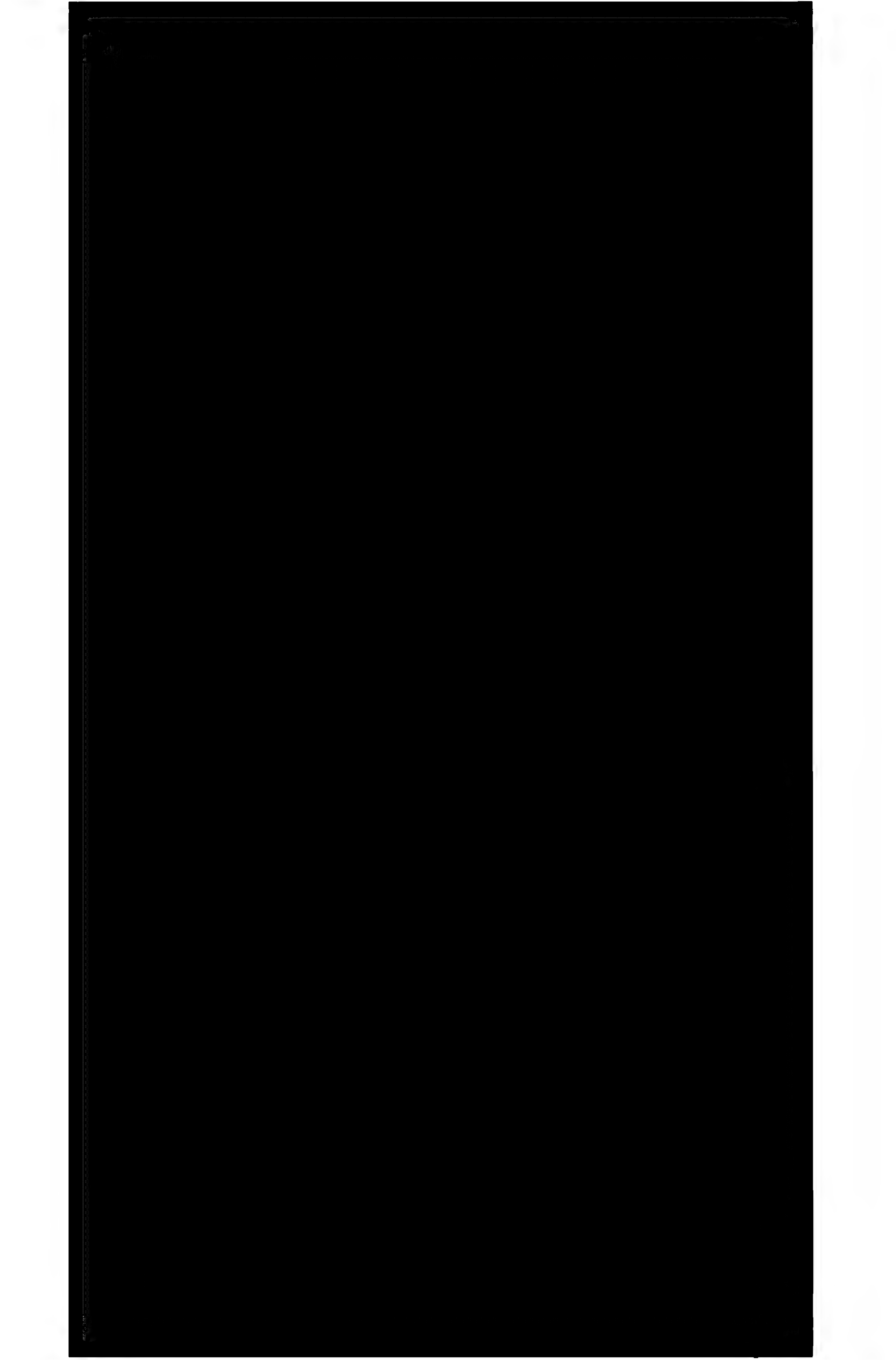
[240] Véase Chaussinand-Nogaret: "Es sólo en el momento en que las fuerzas populares entran en juego por razones que no tienen nada que ver con la revolución deseada por los notables, cuando se manifiesta una falla que irá ampliando la distancia entre la nobleza y la burguesía. Pues a partir de entonces cada cual tendrá que salvar su pellejo, y para este fin todas las maniobras son legítimas. Tan amenazada como la nobleza, la burguesía jugó un triunfo importantísimo, la comedia de la virtud escandalizada; se puso a gritar al lado del pueblo y desplazó hacia la "aristocracia" la tempestad que amenazaba con barrerla. Y en la sociedad posrevolucionaria, ambos órdenes, habiendo reconciliado sus diferencias, se repartieron el poder" (1975, p. 277).

[241] Anderson (1980, p. 36). Anderson dice en realidad que esta transformación deriva de las dos revoluciones, la francesa y la americana. Véase también Lynn Hunt quien afirma que una de las "consecuencias más trascendentales" de la Revolución francesa fue "la invención de la ideología", que representa una "nueva cultura política" (1984, pp. 12, 15). De forma similar, Sewell afirma que "la idea misma de revolución" es uno de los resultados "no previstos" de la Revolución francesa (1985, p. 81).

liberal. *La carrière ouverte aux talents*, la verdad universal, el imperativo categórico son, antes que nada, temas ideológicos en sentido estricto. Son credos instrumentales, que llevan a cabo una operación de distracción, y que no han de tomarse en serio siempre que interfieran con la máxima acumulación de capital. Sin embargo, la ideología *también* refleja el punto final estructural del proceso capitalista, el aburguesamiento final de las clases superiores cuando todas las ventajas se derivaban de la posición *actual* en la estructura económica y no de la posición *pasada*. La proclamación de la ideología instrumental es, por sí misma un factor importante en el despliegue estructural de este proceso. Lo que se pretendía que fuera una pantalla se convirtió, con el tiempo, en una represión.

La Revolución francesa tuvo, además, otro significado en el sentido en que anunciaba el futuro; representó la primera de las revoluciones antisistema de la economía-mundo capitalista: en una pequeña proporción un éxito, en mayor medida un fracaso. Sin embargo, el "mito" que representa no es un mito burgués, sino antiburgués.

El concepto de revolución burguesa cumple en definitiva, la misma función que el concepto de revolución industrial, el cual pretende explicar por qué Gran Bretaña captó un porcentaje desproporcionado de la plusvalía mundial en este periodo particular, especialmente frente a su rival principal, Francia. El concepto de revolución burguesa explica el mismo fenómeno, pero utilizando datos franceses y no británicos. Nos explica que Francia quedó en desventaja porque tuvo su "revolución burguesa" más de un siglo después que Gran Bretaña, y se supone que una "revolución burguesa" es el prerrequisito de una "revolución industrial". De ninguna manera negamos que, en el periodo 1730-1840, Gran Bretaña (o más exactamente, la burguesía que tuvo su base territorial en Gran Bretaña) obtuviera una importante ventaja competitiva sobre Francia. Trataremos ahora de explicar cómo ocurrió esto sin recurrir a ninguna de estas dos deformaciones conceptuales relacionadas entre sí: la de la revolución industrial y la de la revolución burguesa.





El grabador inglés James Gillray (1757-1815) produjo unas 1 500 láminas satíricas relacionadas con cuestiones políticas contemporáneas. Pitt y Napoleón fueron dos de sus temas favoritos. En esta grabado caricaturesco, "El budín en peligro, o epicúreos estatales tomando una petit-souper", publicado el 26 de febrero de 1805 por H. Humphrey, Pitt, con el tenedor clavado en el Océano Atlántico, corta el globo al oeste de Gran Bretaña desde el Polo hasta Ecuador, tomando posesión de las Indias Occidentales. Napoleón, utilizando su espada como cuchillo, corta de Europa: Francia, España, Suiza, Italia y el Mediterráneo, aunque deja fuera Suecia y Rusia. Un subtítulo reza: "'El gran globo mismo, y toda su herencia' (*La tempestad*, IV, 1), es demasiado pequeño para satisfacer apetitos tan insaciables."

2. LUCHA EN EL CENTRO
TERCERA FASE: 1763-1815

El tratado de París de 1763 permitió que Gran Bretaña se situara en una posición ventajosa para conseguir lo que había estado intentando hacer durante un siglo: distanciarse de Francia de forma decisiva en todos los niveles, económica, política y militarmente.[1] Sin embargo, hasta 1815 no se cumplió esta tarea, y no fue fácil.

La tercera y última fase de la lucha continua y abierta entre los dos aspirantes a la hegemonía se produjo bajo circunstancias de una renovada expansión de la economía-mundo capitalista, ella misma resultado de la reestructuración de esta economía-mundo durante el prolongado estancamiento del siglo XVII (que he analizado en el volumen II). Esta renovada expansión creó lo que Labrousse ha denominado "el gran siglo de prosperidad [...] desde la década de 1730-1740 hasta justo antes de 1820".[2] Labrousse estaba hablando fundamentalmente de Francia, pero la descripción también se aplica a Gran Bretaña y a la economía-mundo en su conjunto, como veremos. Pero, como debemos preguntarnos siempre, ¿prosperidad para quién? Además, el concepto de un prolongado periodo de bonanza no excluye la existencia de fases cíclicas dentro de dicho periodo, las cuales, de hecho existieron. Aun así, durante este largo periodo podemos hablar no obstante de "un continuo incremento de la producción, los precios y las rentas".[3]

[1] "En 1762 la paz de París selló la derrota de Luis XIV, y la paz de los Pirineos en 1659 había sellado la derrota de Felipe II" (Dehio, 1962, p. 117).

[2] Labrousse (1954, p. vii). En una obra anterior, Labrousse había sido aún más preciso al hablar de "la gran oleada de prosperidad observada en Francia entre 1733 y 1817" (1944, p xi). Léon (1966, p. 20) habla de forma similar de los 100 años "decisivos" entre el final de la Regencia (1723) y los inicios de la Monarquía de Julio (1830-1840).

[3] Soboul (1976a, p. 4). P. K. O'Brien afirma: "No tenemos datos reales sobre el incremento de la producción, sólo datos sobre los precios" (información personal). Labrousse en su obra clásica sobre los precios ofrece índices similares para los precios franceses —1733:100, 1789:192, 1816:254— y europeos: 100, 177, 269. Considera este aumento de los precios "único [...] en su amplitud" desde las subidas de hacía 300 años (Labrousse, 1933, pp. 143-144). Sée lo considera "una réplica del famoso aumento del siglo XVI" (1933, p. viii). Véase tam-

Morineau denuncia lo que considera una explicación dominante del alza de los precios como "cuento de hadas". Morineau prefiere considerarla no como un fenómeno a largo plazo sino más bien como una sucesión de incrementos de precios a corto plazo que se debieron a malas cosechas, ligadas entre sí por una "inercia" que operó contra las reducciones de precios que seguían al encarecimiento *(cherté)*, "acumulando de este modo sus efectos".[4] Esta observación, sin embargo, no niega la tendencia, es más bien un modo de explicarla.

Para entender mejor esta historia, debemos comenzar con las así denominadas *crises d'Ancien Régime*, pues se afirma que este periodo ha sido el "último" momento histórico de dicho régimen para Europa y quizá para toda la economía-mundo capitalista. La *crise d'Ancien Régime*, tal como la ha descrito de forma clásica Labrousse, fue un fenómeno de la cosecha, de corto plazo. Su desencadenamiento se debió al carácter central de los cereales como base de la dieta y a la rápida respuesta de los precios del mercado a los cambios en la oferta local, ya que el pan era esencial para la supervivencia de la población, y el transporte era lento y costoso. Para los grandes productores, una escasez alimenticia significaba un súbito incremento de los precios y, por tanto, generalmente un aumento espectacular en las ganancias, incluso aunque sus existencias disminuyeran. Pero para la mayoría de los pequeños productores, la misma situación no suponía beneficios sino un desastre, lo que a primera vista parece paradójico. La razón es que la cosecha de un pequeño productor se dividía en múltiples partes (por supuesto, desiguales): una para la siembra del año siguiente, otra para los diezmos, otra (en ocasiones) para la renta en especie, otra para la subsistencia, y otra para la venta en el mercado. Siempre que la cosecha era mala, la última parte desaparecía toda o casi toda (así como, quizás, un segmento de la parte destinada a la subsistencia). De este modo, aunque los precios de venta fueran altos, los pequeños productores generalmente no tenían nada que vender

bién Lüthy (1961, p. 12). Abel (1973, pp. 269-270) calcula un aumento del 163% en los precios del trigo en Francia desde 1740 a 1810, un aumento del 250% para Inglaterra y afirma que en toda Europa al menos se doblaron los precios, lo que hace de Francia uno de los países relativamente menos inflacionarios. Deane y Cole (1967, p. 14) hablan de la "tendencia al alza del nivel de precios" en Gran Bretaña, que se inició "un poco antes de mediados de siglo", pero reservando para la década de 1790-1800 la descripción de "perturbaciones violentamente inflacionarias".

[4] Morineau (1978, p. 386).

en una situación de mala cosecha, e incluso, y para empeorar las cosas, necesitaran ellos mismos comprar para poder comer, y además comprar cuando los precios eran altos.[5]

Para el resto de los pequeños consumidores, por supuesto, los precios elevados eran igualmente desastrosos. Sus gastos aumentaban súbitamente justo en el momento en que el desempleo se incrementaba, puesto que un gran porcentaje del trabajo asalariado era una labor agrícola de medio tiempo, y los trabajadores eran menos necesarios precisamente a causa de la mala cosecha. Además, los productores textiles tendían simultáneamente a bajar la producción a causa de la reducción en la demanda a corto plazo provocada por la mala cosecha, lo que incrementaba aún más el índice de desempleo.[6]

Esto no da una imagen de prosperidad, que es lo que argumenta Morineau; sin embargo tampoco era algo nuevo en el siglo XVIII. Las crisis a corto plazo de la cosecha siempre habían funcionado de este modo en la medida en que el sector agrario operaba con un importante número de pequeños campesinos (propietarios o colonos), las cosechas comerciales constituían una gran parte de la dieta popular, y esas cosechas tenían un elevado coste de transporte. Menos usual era que hubiera alguna inercia de los precios en los años en los que las cosechas eran buenas. La ventaja en favor de los grandes terratenientes (y comerciantes) en los años de mala cosecha normalmente debía haberse compensado con la ventaja en favor de los pequeños campesinos durante los años de buena cosecha. De hecho, sin embargo, al igual que los precios agrícolas después de 1730, también subió la "renta" que los pequeños productores tenían que pagar de un modo u otro a los grandes terratenientes.[7]

¿Por qué ocurrió esto? ¿Una sucesión de varios años de mal tiempo?[8] Frecuentemente recurrimos a este tipo de explica-

[5] Véase Danière (1958a, pp. 318-319). Landes sostiene sin embargo (1958a, p. 335) que este efecto de las cosechas sobre la actividad comercial se restringe a situaciones "extremas" (es decir, a hambrunas).

[6] Hay muchas descripciones de este fenómeno en los escritos de Labrousse y en otras partes. Quizá su formulación breve más lúcida se encuentre en Labrousse (1945, pp. iv-v).

[7] Éste es por supuesto el hallazgo empírico central de la obra de Labrousse. Véase en particular Labrousse (1933, vol. II, pp. 379, 399, 444).

[8] La "verdadera crisis de la agricultura francesa, a finales del reinado de Luis XV y ocasionalmente durante el reinado de Luis XVI, [fue] la crisis provocada por un empeoramiento de las condiciones climáticas" (Morineau, 1971, p.

ción, que Vilar califica de "tentadora". Pero como él mismo nos recuerda, el verdadero problema estriba sin embargo "en el punto de llegada, en el ámbito social" (es decir, en el punto de distribución de los ingresos y los pagos), y "no el punto de partida, en el clima".[9] Esto es, por supuesto, correcto pero, ¿había cambiado tanto el "ámbito social" desde el siglo anterior como para crear un perfil económico diferente del de épocas previas?

Suele perderse de vista en este análisis de las crisis *d'Ancien Régime* un aspecto sobre el que el propio Labrousse llamó la atención oportunamente. Si bien las alzas de precios a corto plazo supusieron una convulsión, en particular cuando estaban relacionadas con una disminución de la producción, las alzas de precios a largo plazo tuvieron el significado opuesto, "el mismo significado que en la actualidad",[10] puesto que condujeron a incrementos en la producción a largo plazo. Y esto tiene que ver con la diferencia entre el modo de operar de los mercados locales (dominio por excelencia del pequeño productor, aunque no sólo de él), por un lado, y de los mercados regionales o de ámbito económico mundial, por el otro (dominio fundamentalmente del gran productor). Las *crises d'Ancien Régime* fueron un fenómeno que afectó a los mercados *locales*. La producción para los mercados más grandes y más distantes constituía un fenómeno capitalista ortodoxo, que funcionaba de acuerdo con el sencillo principio de que los precios altos reflejaban cierta demanda efectiva no satisfecha en la economía-mundo y, por consiguiente, un beneficio potencial a largo plazo para quienes estaban dispuestos a aumentar la producción. En relación con este ámbito más amplio, el clima desempeñaba un papel secundario, incluso en la agricultura; antes bien, lo crucial era la tasa global de acumulación de capital.

Hemos sostenido previamente[11] que durante el largo estancamiento del siglo XVII los países del centro reaccionaron tratando de concentrar las fuentes principales de beneficio capitalista dentro de sus fronteras: la producción de cereales orientada a los mercados-mundo, los nuevos sectores metalúrgico y textil, la nueva infraestructura de transporte y los centros de distribución comercial [*entrepôts*] del comercio atlántico. Más o menos tuvieron éxito. Además, en la lucha dentro del

67; véase también 1969a, p. 419). Pero véase más adelante sobre los problemas del "buen tiempo".

[9] Vilar (1974, p. 40).

[10] Labrousse (1944, p. xvi).

[11] Véase Wallerstein (1984, en especial pp. 362-384).

núcleo, las Provincias Unidas, que inicialmente obtuvieron los mejores resultados, al final fueron socavadas por la competencia inglesa y francesa. La lucha entre Inglaterra y Francia fue más equitativa, y, a finales del siglo XVIII, no podía afirmarse que alguna fuera significativamente más fuerte que la otra dentro de la economía-mundo. La lenta reestructuración de los procesos de producción en el centro condujo a cierta redistribución de los ingresos dentro de cada uno de estos países, de tal modo que se puede hablar de algún incremento de la demanda "interna" y de los inicios tentativos de una mayor expansión de las fronteras de la economía-mundo. En resumen, la mayoría de los procesos que asociamos al periodo posterior a 1750 (cambios tecnológicos en la agricultura y en la industria, expansión geográfica, creciente demanda en el interior del centro) ya se producían en el siglo anterior, aunque a un ritmo más lento.[12] Sin embargo, con la expansión económica de la economía-mundo se produjo una renovada diferenciación geográfica de la producción (especialización) y una mayor mecanización del centro (la "revolución industrial").

El logro principal del siglo XVII, desde el punto de vista de los países del centro, había sido la capacidad de sus capitalistas para acaparar todos los beneficios posibles en ese momento. El mayor inconveniente era la limitada demanda global, uno de cuyos síntomas era el estancamiento del crecimiento demográfico. La eliminación de los productores marginales en toda la economía-mundo, sumada a la limitada redistribución de los ingresos (principalmente en las áreas del centro) sentaron las bases para una nueva era de expansión, que comenzó en la primera mitad del siglo XVIII y que alcanzó un nivel elevado en la segunda mitad, culminando en aquel periodo de rentable turbulencia, las guerras franco-británicas de 1792-1815.

El concepto tradicional de la expansión económica (tanto su manifestación como su consecuencia) es un brusco crecimiento demográfico, y parece existir un acuerdo generalizado en que empezó a producirse uno hacia 1740, diez años antes o después.[13] En el capítulo anterior hemos indicado porqué parece

[12] "Este hábito de rebajar la importancia del cambio tecnológico antes de mediados del siglo XVIII para después a la inversa exagerar su novedad en la segunda parte, tiene una larga historia" (Jones, 1970, p. 49).

[13] Deane afirma que la fecha usual para Inglaterra es la de la década de 1740, y que incluso si ese crecimiento demográfico fue "modesto" antes de los años ochenta de ese siglo, lo cierto es que "el crecimiento que parece datar desde la década de 1740 no se invirtió" (1979, p. 214). Chambers afirma que las fe-

plausible la explicación del crecimiento demográfico en función de las transformaciones socioeconómicas: bien sea a través del descenso de las tasas de mortalidad (en esta época, gracias a una mejor higiene y a la mayor disponibilidad de alimentos, más que debido a avances en la medicina), o bien a causa de un aumento de la fertilidad. La mayoría de los estudiosos actuales parece aceptar la explicación que considera a la fertilidad. Flinn es una voz representativa cuando sostiene que, mientras que la mortalidad en gran medida seguía estando "en manos de Dios", la fertilidad estaba "enteramente en manos del hombre [sic]",[14] y la principal variable la constituía la edad de matrimonio de las mujeres.[15] Ante la evidencia de una edad matrimonial más temprana algunos analistas añaden la evidencia deducida y negativa del descenso de la tasa (inferida) de contracepción (por medio del *coitus interruptus*) que, según se cree, se produjo en la Inglaterra y Francia del siglo XVII como reacción del campesinado a los malos tiempos.[16]

chas usuales para la "revolución demográfica" en Inglaterra son 1750-1800; que incluso si Tucker (1963) está en lo cierto cuando afirma que esto es una compensación de las "bajas tasas" demográficas de 1720-1740, "los efectos secundarios sobre la situación demográfica y económica fueron profundos" (1972, p. 122). De modo similar, Wrigley y Schofield desarrollan un gráfico (1981, p. 207) que muestra una acusada recuperación a partir de 1750 (pero fechada en 1740 en las pp. 210-211). Para Francia la sintética panorámica de Le Roy Ladurie (1975, pp. 364-365) es: "¡Después de 1717, comienza una recuperación *(reprise)* y pronto un brusco incremento *(essor)*!" Califica el periodo 1737-1745 de "una pausa, un estancamiento momentáneo", después del cual el crecimiento "vuelve a reanudarse en 1745-1750" y pronto "se desborda". Toutaien afirma que "ya hacia el 1720, la población [francesa] estaba creciendo" (1963, p. 17).

Es indudable que, como Helleiner (1965, p. 86) nos recuerda, esto no era algo "único", sino comparable con expansiones demográficas anteriores. Wrigley y Schofield afirman lo mismo (1981, p. 211), al igual que Morineau, quien añade una observación escéptica sobre "la progresión demográfica del siglo XVIII en la medida en que se haya demostrado" (1971, p. 85). Flinn (1981, p. 76) manifiesta un escepticismo similar en su énfasis por contrastar el periodo de los siglos XVI-XVII con el XIX, en el que las "tasas de crecimiento en la mayoría de los países europeos fueron sustancialmente mayores".

[14] Flinn (1981, p. 18).

[15] Véanse Flinn (1981, p. 21) y Lee y Schofield (1981, p. 27). Wrigley y Schofield sin embargo (1981, pp. 247-248) indican que, si bien esto es cierto en el caso de Inglaterra, una caída de la mortalidad desempeñó un papel fundamental en otros países como Suecia. Francia se cita como un caso intermedio. Habakkuk (1953, p. 133) también afirma que en la "sociedad preindustrial" la mayor variación se derivaría de la edad de matrimonio y por tanto del efecto de la tasa de nacimientos.

[16] Véase Wrigley (1969, p. 181) para las tesis basadas en Colyton y Chau

En efecto, gracias a la reducción de la población del siglo anterior, los supervivientes comían mejor, produciéndose, por tanto, un lento aumento del nivel del "salario real". Finalmente, esta "psicología" de la austeridad generó su propia ruina. Cuando hubo una "serie de buenas cosechas",[17] como parece haber ocurrido en el periodo 1715-1750 (¿esa serie fue, por sí misma, consecuencia en parte de las mejoras técnicas?) es fácil ver porqué semejante serie pudo inducir el súbito incremento de la fertilidad observado.

Si Inglaterra era quizás un poco más productiva cuando empezó el siglo, la literatura sobre Inglaterra también subraya una recesión —derivada precisamente de esta ventaja— en algún momento del segundo cuarto del siglo: la denominada "depresión agrícola", que fue un caso claro de reducción de precios resultado de las buenas cosechas;[18] sin embargo, es necesario observar dos puntos importantes. Uno es que los cambios de precios en esta época no parecieron interrumpir el crecimiento de la producción agrícola ni en lo que respecta a la productividad del trabajo ni a la producción per cápita.[19] Indudablemente, el segundo es, en parte, explicación del primero: el

(1972a, pp. 295-296) y referentes a Normandía. Chaunu incluye una discusión sobre cómo la teología moral neoagustiniana favoreció un malthusianismo ascético mediante la concepción del *coitus interruptus* como un "mal menor".

Le Roy Ladurie (1969, p. 1600) nos recuerda además que existe un nexo biológico entre las hambrunas agudas (de las que hubo muchas en el siglo XVII) y la infertilidad temporal. "Es como si el organismo suprimiera su función reproductiva, la cual se convierte en un lujo si el precio es el sacrificio de la función vital."

[17] Deane (1979, p. 49). La literatura sobre Francia no reconoce esto directamente, pero sí habla del final de las hambrunas. Véase Meuvret (1971e, p. 275).

[18] La datación usual es objeto de grandes controversias. Mingay (1956, p. 324) la sitúa en 1730-1750, pero en especial hasta 1745. Chambers habla de 1720-1750 (1972, p. 143), Little (1976, p. 5) del "segundo cuarto", pero también de los treinta y cuarenta del siglo XVII. P. K. O'Brien afirma: "No existe una caída de los precios agrícolas, sino sólo estabilidad hasta los años 1740-1750. La perspectiva de John no encuentra respaldo en los datos" (información personal).

[19] Crafts (1981, p. 3) afirma: "La agricultura [...] no era en modo alguno una empresa en decadencia: en el segundo cuarto del siglo la presión de la demanda, mucho mayor, sobre su oferta limitada elevó los precios agrícolas en relación con los precios industriales." Cole (1981, p. 48) se expresa de modo similar: "Las nuevas estimaciones indudablemente proporcionan una poderosa base cuantitativa a la opinión de Johns-Jone [...] según la cual el incremento de la productividad agrícola fue el factor principal del crecimiento de la economía en su conjunto a principios del siglo XVIII." Véase sin embargo las reservas de Ippolito (1975, p. 311) sobre la "magnitud" de la contribución de este periodo a la "revolución industrial venidera".

consenso de que en las décadas 1730-1740 y 1740-1750 las rentas tendieron a caer (y hubo además atrasos más frecuentes en el pago de las mismas), y se dio "el otorgamiento de diversas concesiones por parte del terrateniente a los arrendatarios",[20] de modo que el periodo puede considerarse "una edad de oro para el trabajador agrícola".[21]

Los bajos precios de los cereales, fenómeno que se extendió por Europa desde 1620 y duró hasta 1750 aproximadamente, tuvo así una de sus expresiones más agudas al final de este periodo, y particularmente en el país que era el principal exportador de grano en aquel momento: Inglaterra. Pero esta caída de precios a largo plazo contribuyó a crear fuentes de nueva demanda (en la mejor distribución de los ingresos), lo que impulsó el auge demográfico. También animó a los capitalistas agricultores de los países del núcleo a buscar nuevas fuentes de beneficio. En primer lugar, intensificaron sus esfuerzos por concentrar los cultivos comerciales en sus manos y reducir la participación de los productores directos. En segundo lugar, trataron de captar nuevas fuentes de beneficio por medio de la innovación en la industria, lo que a su vez condujo a la intensificación del conflicto por los mercados mundiales. Expondremos sucesivamente cada uno de estos procesos.

La historia de la agricultura en el siglo XVIII suele contarse en dos lenguajes muy diferentes en los casos de Francia y Gran Bretaña. En Francia se dice que los reinos de Luis XV y Luis XVI se caracterizaron por una "reacción señorial", a la que a su vez se acusa de ser uno de los factores (¿el clave?) que explican la Revolución francesa. En Gran Bretaña se asegura que hacia 1750 se inició una (nueva) oleada de construcción de grandes cercamientos lo que, según se sostiene, fue uno de los factores clave (¿el clave?) para explicar la "primera" revolución industrial. Pero, ¿eran tan diferentes la "reacción señorial" y la "oleada de construcción de cercamientos"? Yo creo que no.

El esfuerzo del siglo XVIII por incrementar los ingresos de las rentas y por extender el control de la tierra y la producción en los países del centro se inició, en mi opinión, como una modesta respuesta a la caída de los beneficios de los grandes terratenientes (afín a la respuesta de los señores de Europa oriental a comienzos del siglo XVII). Con el brusco crecimiento demográfico de la época, se convirtió en una fuente de considerables be-

[20] Mingay (1956, p. 324).
[21] Little (1976, pp. 18-19).

neficios en sí misma. Es decir: la oferta, que en un momento fue excesiva, posteriormente se hizo deficiente, y el precio de los cereales aumentó en toda la economía-mundo europea, al principio despacio, más tarde con ímpetu, en particular después de 1750, aproximadamente.[22]

Una respuesta natural a la deficiencia de la oferta suele ser el esfuerzo por incrementar la producción mediante mejoras tecnológicas. Y, como efectivamente observa Abel, después de 1750 la "agricultura se convirtió de forma tan súbita en el centro de interés de los círculos cultivados que incluso los contemporáneos estaban sorprendidos".[23] Pero el hecho es que, después de los esfuerzos por desarrollar las nuevas técnicas de produción —laboreo continuo, nuevas rotaciones de cosechas, agricultura mixta—[24] los resultados fueron menos espectaculares de lo que implica la "engañosa"[25] expresión "revolución agrícola". Obviamente, no es que no hubiera ningún aumento de la producción o de la productividad, pero muy bien pudo ocurrir que el crecimiento de la población rebasara el de la oferta de alimentos justo lo suficiente para proporcionar la base de unos importantes beneficios, pero no tanto para que intervinieran los tradicionales controles "maltusianos". Esto

[22] Slicher van Bath (1969, pp. 173-174) considera que 1755 es el "punto de inflexión en las tasas de los precios". Observa que el precio medio del trigo en Europa desde 1760 hasta 1790 fue de un 30 a un 40% superior que su precio desde 1721 a 1745 y constituyó "una importante subida después de un periodo más largo de lo usual de precios constantes desde 1660, aproximadamente (con la excepción del periodo de la guerra de Sucesión española)". O'Brien (1977) fecha el inicio de la subida de precios en 1745.

[23] Abel (1973, p. 281). Bourde (1967, vol. III, p. 1571) fecha el periodo de la primera gran "intensificación de la producción" de manuales agronómicos en Francia en 1750-1770.

[24] Véase *inter alia*, Deane (1979, p. 38).

[25] Hufton (1980, p. 23). Las principales polémicas sobre este tema, antes citadas, son las de Kerridge (1967) y Morineau (1971). Goy y Head-König revisan a la baja la estimación de Toutain del incremento de la productividad agrícola francesa en el siglo XVIII (1969, p. 263); véase también Le Roy Ladurie (1975, p. 395). O'Brien (1977, p. 175) no considera que la "capacidad para el cambio" de Gran Bretaña en el periodo 1745-1820 sea "tan impresionante". Nos recuerda que ese fue precisamente el periodo en el que los economistas clásicos inventaron la ley de rendimientos decrecientes.

De modo similar, Turner sostiene que este cambio en la productividad ocurrió en gran parte antes de 1770, y que por tanto fue una condición para el crecimiento demográfico no una respuesta al mismo. Sostiene que la "productividad [en Inglaterra], medida por los mayores rendimientos, se mantuvo invariable desde 1770 o antes hasta después de 1830, y esto en la época de la revolución demográfica" (1982, p. 506).

ocasionaría, por supuesto, un descenso de los ingresos reales de las clases trabajadoras, y existen considerables indicios de que así ocurrió.

¿En qué consistió la denominada reacción aristocrática en Francia? Generalmente se ha definido por medio de dos elementos centrales: la renovada imposición de los derechos y privilegios señoriales que habían caído en desuso o que se utilizaban menos; y la apropiación de los campos comunales por los mismos señores y/o por otros grandes terratenientes locales. Si legalmente la primera operación recurría a una jurisprudencia derivada de la sociedad feudal medieval (y por tanto quizá podía justificar la etiqueta analítica de "refeudalización"), la segunda operación contradecía directamente esa misma jurisprudencia.[26] Por consiguiente, la afirmación de que la reacción aristocrática representó la última boqueada de un régimen feudal se enfrenta a una contradicción elemental. Además, como Forster ha sugerido, la "reacción" se ha entendido "de forma demasiado estrecha".[27] Se produjo en el contexto de un mercado mundial en expansión como reacción "completa" al mismo, reacción que incluía también la moderna gestión de las tierras (es decir, contabilidad, agrimensura, mayor supervisión), acaparamiento, especulación, hipotecamiento y apoyo a la teoría fisiocrática de los precios; en una palabra, todo lo que puede esperarse de los empresarios.

La clave de esta "reacción" estribaba en la renta. La cual no debe confundirse con los derechos señoriales que también se extendieron durante este periodo, pero que constituían sólo un pequeño porcentaje del incremento total de los ingresos. El resumen que hace Le Roy Ladurie de los análisis regionales franceses indica que en una comparación entre la década 1730-1740 y la década 1780-1790 el mayor incremento real se produjo en la renta de tierras propiamente dicha: el 51% a precios deflacionados, utilizando un índice ponderado de todos los precios agrícolas. El incremento más cercano era el de los diezmos pagados en dinero (35%). Los ingresos procedentes de los intereses por dinero prestado, también aumentaron significativamente, a pesar de una importante caída en las tasas de interés. Las fuentes menos importantes del incremento de los

[26] No debería inferirse que toda reafirmación de los derechos feudales fuera legal. Henré Sée (1908, pp. 181-184) hace tiempo detalló cuántas de estas reafirmaciones implicaban abusos legales.

[27] Forster (1963, p. 684).

ingresos agrícolas fueron los tributos, los diezmos pagados en especie y los derechos señoriales.[28]

¿Quiénes se beneficiaron de este espectacular aumento de los ingresos agrícolas en un periodo de sesenta años? Por lo que se refiere al aumento del nivel de precios,[29] la respuesta es sencilla. Salieron ganando quienes "disponían de un excedente comercializable", y salieron perdiendo quienes estaban "obligados a ser compradores aunque fuera durante parte del año".[30] Sin embargo, además del 80% del beneficio que se derivaba del aumento de los precios, había un 20% del beneficio derivado de "la exacción de una plusvalía suplementaria".[31] Es ese 20% lo que refleja el proceso de transformación de la estructura social interna.

En el nivel superior de la jerarquía se encontraban los grandes terratenientes, quienes en su mayor parte eran nobles pero, de hecho, durante la totalidad de los siglos XVII y XVIII Francia se caracterizó por la relativa "facilidad de transición"[32] del estado llano a la nobleza en el caso de quienes eran lo suficientemente ricos para ser grandes terratenientes. Y en este periodo en particular, lo más determinante para los ingresos reales era ser un gran terrateniente.[33]

[28] Véase Le Roy Ladurie (1975, pp. 434-437). Meyer (1966, vol. II, pp. 1248) encuentra el mismo fenómeno en un reducto de privilegios feudales como Bretaña. "En realidad los derechos señoriales en sentido estricto, por elevados que fueran, representaban un porcentaje más bien pequeño de los ingresos de la nobleza. La importancia del sistema 'feudal' estribaba mucho más en el elevado coste de las 'exacciones' irregulares *(casuels: lods et ventes, rachats)* de los diezmos enfeudados y, sobre todo, en el poder social arbitrario que atribuía a quien disfrutara de ellos, fuera noble o perteneciera al estado llano."

[29] Véase un resumen en Labrousse (1933, vol. II, pp. 361-362).

[30] Hufton (1980, pp. 26, 28).

[31] La frase y las estimaciones de porcentajes son de Le Roy Ladurie (1975, p. 434).

[32] Goodwin (1965a, p. 358). Véase también Gruder (1968, pp. 226, 228): "es probable [...] que en las últimas décadas del siglo [XVIII] la burguesía, en especial la alta burguesía, la burguesía rica, no dejara de tener relaciones con los que estaban por encima de ella, y tampoco tuvieran vedado el progreso profesional y social. El rango no era inalterable; el nacimiento ya no predeterminaba las carreras. [El burgués] podía progresar por los caminos aceptados si tenía los instrumentos que se requerían para el éxito: capacidad y dinero. Además, también deseaba convertirse en noble."

¿Eran tan diferentes las cosas en la Inglaterra del siglo XVIII? El hombre común rico se convertía en miembro del parlamento, y desde allí podía aspirar a ser ennoblecido. "En 1784, la Cámara de los Comunes se consideraba universalmente como la ruta hacia la Cámara de los Lores" (Namier, 1957, p. 14).

[33] "[La clase terrateniente] se fortalece más que la nobleza señorial como tal

Aunque los derechos feudales desempeñaron un papel directo limitado, podían convertirse en un beneficio capitalista mediante el mecanismo indirecto de arrendar su exacción (*affermage*). El gobierno central no era el único que delegaba en arrendadores de impuestos; los señores también "daban en arriendo" sus derechos feudales. Es decir, los señores contrataban con uno o más *fermiers* el pago anual de una suma determinada que los *fermiers* recaudarían a su vez en especie de los productores directos. Estos *fermiers* eran quienes vendían realmente el producto en el mercado, lo que en una época de alza en los precios significaba que cualquier incremento de los precios "beneficiaba al *fermier*".[34]

Junto con el aumento de la renta que el terrateniente obtenía de forma directa e indirecta, discurría su intento de incrementar la extensión de sus dominios.[35] Los principales esfuerzos se dirigieron, al principio, a eliminar los derechos comunales de pasto *(vaine pâture)* y su extensión a las tierras vecinas, *el droit de parcours*, que permitían el pastoreo en común de los animales en las rastrojeras después de la cosecha, así como en el barbecho y en las tierras baldías;[36] y, en segundo lugar, a intentar dividir las tierras comunales *(communaux)* y permitir los cercamientos.

En estos esfuerzos, que tienen una historia tan larga en Francia como en Inglaterra,[37] los grandes terratenientes franceses

(derechos señoriales), que la iglesia como tal (diezmos), que el Estado como tal (impuestos)" (Le Roy Ladurie, 1975, p. 584).

[34] Aberdam (1975, p. 75). Como además el *fermier* podía subarrendar a alguien que a su vez podía subarrendar, la categoría de "*fermier*" era amplia.

[35] Esto es una adición a la *calidad* de sus tierras. Como Léon (1966, p. 18) señala en relación al sudeste de Francia, los grandes terratenientes tenían "las mejores tierras cerealeras y en especial los mejores viñedos y campos, fuente de los beneficios más sustanciosos".

Sin embargo, debemos tener en cuenta la advertencia de Marc Bloch (1930, p. 513) sobre las intenciones de la clase señorial: "Sería muy artificial hablar [...] de la política agraria de la clase señorial concebida como un bloque: esto sería atribuir a su actuación una unanimidad en la concepción de sus intereses, una seguridad de pensamiento [...], una conciencia de clase [...] que estaba muy lejos de tener hasta ese punto. Pero al menos si cabe discernir ciertas tendencias generales."

[36] Bourde (1967, vol. I, p. 538, n. 1) señala que el rasgo clave del *droit de parcours* que implica el derecho recíproco de llevar a los animales a pastar a una parroquia vecina es que era "una extensión, *por consentimiento mutuo* [de las dos parroquias], de la zona de *vaine pâture*". Véase la definición legal en el *Répertoire de jurisprudence* citado en Sée (1913, p. 265).

[37] Véase Bloch (1930).

del periodo posterior a 1750 tuvieron menos éxito que los ingleses. Una maquinaria estatal más débil en Francia y un campesinado políticamente más débil en Inglaterra provocaron dos resultados políticos bastante diferentes en los dos países. Sin embargo, también es cierto lo contrario. Los hacendados ingleses del periodo posterior a 1750 tuvieron menos éxito que los franceses en sus intentos por aumentar las rentas percibidas. Los "derechos" consolidados de los arrendatarios ingleses a la renovación de su contrato evitaron la rápida renovación de los arrendatarios, práctica que era "proverbial" en Francia.[38]

Si preguntamos por qué sucedió esto, podríamos llegar a la explicación, casi opuesta a la habitual, de que se debió a dos factores combinados: por un lado, en Francia estaban más difundidos los valores capitalistas (la consagración del derecho del propietario a disponer de su propiedad), mientras que en Inglaterra persistían más los valores tradicionales (los derechos adquiridos de un arrendatario establecido); por otro lado, el Estado francés, en comparación con el británico, tenía menor capacidad para imponer el cambio. Como observa Forster, los esfuerzos de los grandes arrendatarios agrícolas franceses, concentrados en la producción de cereales para aumentar la seguridad de su arrendamiento, los periodos de arrendamiento más largos y los descuentos para seguros fueron considerados "una interferencia injustificada en la libertad del contrato".[39]

La imagen global de los cercamientos ingleses es bastante clara. Hubo una considerable aceleración del ritmo de los cercamientos después de 1750, lograda en gran parte no mediante contratos privados sino a través de decretos parlamentarios (es decir, por medio del Estado). Pero hoy somos conscientes de que esto es sólo la culminación de una larga tendencia que

[38] Forster (1970, p. 1610). "Menos éxito" no quiere decir que las rentas no aumentaran. Pero con más frecuencia, el sistema al que recurrían los terratenientes ingleses para aumentar sus rentas era el cercamiento. Véase Mingay (1960, p. 377). Véase también Parker (1955), que quiere destacar lo graudal del incremento de las rentas y hasta qué punto fue un fenómeno menos cataclismático de lo que a menudo se afirma.

Por supuesto, el poder de la burocracia en Francia iba en aumento, pero no tanto como en Gran Bretaña. Aunque el Estado francés no estaba en posición (a diferencia del británico) de conseguir muchos cercamientos, era lo suficientemente fuerte para hacerse con otras muchas funciones que antes habían justificado la recaudación de derechos del señor. "Desestabilizando" de este modo la función del señor como recaudador de derechos feudales, contribuyó a convertir el señorío en un "negocio" (Root, 1985, pp. 680-681).

[39] Forster (1970, p. 1614).

duró tres siglos.[40] Y también somos conscientes de que el sistema previo, de campos abiertos y parcelas dispersas, que existía desde hacía mucho tiempo, no se basaba únicamente en la persistencia de la insensatez.[41] Sin embargo, a finales del siglo XVIII existió un aceleramiento extra de los cercamientos que se produjo principalmente en las tierras que *menos* se habían prestado al proceso, y no tanto en las que habían sido cercadas previamente,[42] y es este aceleramiento lo que hemos de explicar. Existe otro problema. Como afirma Dahlman, si el cercamiento se derivó fundamentalmente del cambio tecnológico, tuvo que haber menos cercamientos previos de los que hubo realmente. Es preciso, pues, encontrar una explicación en términos de un "elemento de cambio de desarrollo gradual". Dahlman ofrece una interpretación: "la extensión del mercado y la influencia de los precios relativos", que requieren un grado de "especialización" que no cuadra con el sistema de campos abiertos.[43] Y si uno pregunta para qué se precisaba la inte-

[40] Kerridge (1967, p. 24) es quien va más lejos tratando de desmentir su novedad. "En conjunto podría estimarse que en 1700 todavía estaba por llevarse a cabo una cuarta parte del cercamiento del este y el oeste. La vieja fábula de la suprema importancia de los cercamientos parlamentarios debe relegarse al limbo."

[41] El sistema era más "flexible" de lo que al principio se creía, permitía más "progresos" de los que se creía, y estaba sujeto a una mayor "diferenciación y extensión crecientes" de lo que se creía. Véase Yelling (1977, p. 146). Dahlman desarrolla toda una defensa de la racionalidad económica de este sistema en la medida en que la producción se destinaba fundamentalmente a los mercados cercanos. Nos recuerda (1980, p. 178) que la rueda es un gran invento, pero no para el transporte en la nieve. "El sistema de campos abiertos fue adaptado para resolver el problema de cómo obtener dos clases diferentes de producción [labrantía y pastoral] con los mismos recursos, en condiciones de pocos cambios exógenos y, en consecuencia, de mayor estabilidad."

[42] Los primeros cercamientos se habían producido "en aquellos distritos menos favorables a la agricultura labrantía" (Yelling, 1977, p. 58) y que por lo tanto requerían mayores esfuerzos tecnológicos y organizativos para producir en un nivel dado.

[43] Dahlman (1980, p. 154). "Las granjas cercadas se adoptaron una vez que la especialización se hizo rentable y fue deseable una mayor flexibilidad de la producción" (p. 178). Cohen y Weitzman (1975, p. 321), aunque son criticados por Dahlman, dan una explicación básicamente similar: "La principal fuerza que estaba detrás del movimiento de cercamientos era el estímulo para maximizar los beneficios del campo." Cohen y Weitzman consideran esto como una "ruptura con los valores medievales" (p. 304) que al parecer se produjo en esa época, pero eso choca con las sólidas pruebas que muestran la existencia de cercamientos anteriores. La explicación de E. L. Jones (1981, p. 84) va también en la misma dirección: "El principal incentivo a los cercamientos quizá fue externo: la subida, bastante rápida, de los precios de los productos agrícolas de-

vención parlamentaria, Deane tiene una respuesta de lo más plausible: "es razonable suponer que los cercamientos privados se desarrollaron más lentamente que en el periodo anterior a 1760 porque los incentivos para resistirse al deshaucio eran *fuertes* cuando el precio de los alimentos era elevado".[44]

Estimulada por los elevados precios, la producción agrícola avanzó, aunque quizá no al mismo ritmo que el crecimiento demográfico. Pero a pesar de ese avance, la agricultura del siglo XVIII puede considerarse un sector "pesado y lento". Los sectores que "galoparon"[45] fueron la industria y el comercio. A comienzos del siglo XVIII, las industrias de Inglaterra y Francia (el noreste, Languedoc), y también las de los Países Bajos de los Austrias (Bélgica) y Suiza tuvieron una "paridad aproximada" de desarrollo de la industria respecto a la agricultura que estaba situada en torno a la tasa 2:1.[46] Todas estas zonas eran exportadoras, pero el monto principal de su producción industrial seguía vendiéndose dentro de sus fronteras, por lo que estas industrias tendían a defender políticas proteccionistas.[47] La producción industrial comenzó a aumentar de forma paralela a la producción de cereales, y primero en Francia —quizás hacia 1715—[48] que en Inglaterra, donde la fecha que más se suele citar es 1740.[49] Es claro en cualquier caso que la expansión glo-

pués de mediados del siglo [XVIII]. Los avances en eficacia se exageran con facilidad." Finalmente, Abel (1973, pp. 283-284) concuerda con esta idea, señalando: "En la opinión unánime de los contemporáneos, la causa inmediata de la extraordinaria multiplicación de los cercamientos fue la subida de los precios del cereal. Francia ofrece el mismo espectáculo."

44 Deane (1979, p. 44); véase también Hill (1967, p. 269).

45 Labrousse (1970, p. 698).

46 Hufton (1980, p. 31).

47 Véase por ejemplo, Ashton (1924, p. 104) sobre la industria del hierro en Inglaterra a principios del siglo XVIII: "El hierro inglés se vendía en el mercado interior en competencia con un producto extranjero. La competencia se sentía con mayor intensidad debido a que la demanda de hierro era [...] poco elástica. No es de extrañar por consiguiente, que el acosado herrero inglés fuera tan proteccionista." La falta de elasticidad de la demanda de hierro cambiaría con la expansión de la economía-mundo.

48 Marczewski habla de un incremento posterior a 1715 (1963, p. 137), Fohlen de uno posterior a 1715-1720 (1973, p. 12). Léon (1954, p. 200), en referencia al Delfinado, habla de 1732, más próximo a la fecha general de Labrousse de 1733 para la renovada expansión económica francesa.

49 Deane y Cole (1967, p. 58; véase también Deane, 1973a, p. 170) se han convertido en los principales adalides de la década de 1740 como fecha a partir de la cual data la "revolución industrial". Han sido criticados por quienes consideran que los desarrollos industriales a partir de 1740-1780 son de importancia relativamente secundaria, y quieren, como Rostow, subrayar la trascenden-

bal, como cabría esperar, fue un proceso acumulativo. En nión de Hartwell,

> Lo que las buenas cosechas facilitaron lo mantuvo la expansión nómica general después de 1750. Así, después de este año las inver nes en un amplio frente —la agricultura, la industria, el comercio y comunicaciones— sentaron las bases de los grandes avances tecn gicos de los años setenta y ochenta del siglo XVIII, que crearon en dustrias clave oportunidades de beneficios de tal magnitud que empresas respondieron velozmente aumentando con rapidez la pr ducción.[50]

Sin embargo, para Hartwell, como para muchos otros, descripción se aplica únicamente a Inglaterra. Debemos exa nar con más detenimiento hasta qué punto esta "secuencia" sólo un fenómeno inglés y, en la medida en que lo fue, a proceso se debió, es decir: por qué, después de 1790, los cos de producción ingleses cayeron tan deprisa que los producto ingleses lograron "invadir con éxito los grandes mercados Europa".[51] Si es verdad, como sostienen Habakkuk y otros, la mayoría de las invenciones de la época pueden "atribuir más a la presión de la creciente demanda" que al azar, a cam bios en los precios de fabricación, o a innovadores schumpe rianos, ¿por qué, la demanda no tuvo el mismo efecto en Fra cia? Y, ¿efectivamente, no lo tuvo?

Además, la expansión económica no sólo suponía una may producción, sino también un mayor comercio. Tanto Inglater como Francia incrementaron su comercio internacional des pués de 1715, pero no hasta el mismo punto en todos los merc dos. Los británicos, observa Crouzet, "en conjunto no tuvier mucho éxito en los mercados europeos, en los que chocaron co aranceles proteccionistas y la competencia francesa".[52]

cia de la década de 1780 como periodo de "despegue". Véase Whitehead (19 p. 73).

[50] Hartwell (1968, pp. 11-12).

[51] Habakkuk (1955, p. 150).

[52] Crouzet (1967b, p. 147). Los datos de Davis (1979, p. 21, tabla 10) mu tran un continuo *descenso* del valor de las exportaciones de artículos de lana Inglaterra al norte y noroeste de Europa entre 1699-1701 y 1748-1786, cuan vuelve a recuperarse, todo esto en el contexto de un incremento global de la exportaciones de lana. Véase también Butel (1978c, pp. 112-113) sobre Ale nia y el norte de Europa como "centro de gravedad" del comercio exterior fra cés. Deane y Cole (1967, p. 86) observan que el comercio exterior de Gran Br taña se invierte de manera espectacular en el siglo XVIII. Al principio, cua quintas partes del mismo tienen como destino Europa; al final, sólo una qui

Esta situación no cambiaría hasta 1785, con las nuevas innovaciones que se convirtieron en la clave del acceso británico a ese mercado. Pero, en compensación, durante el siglo XVIII los británicos tuvieron un mercado colonial muy superior al de Francia, y lograron, a diferencia de Francia, penetrar extensamente en los mercados de otras potencias coloniales.[53]

El creciente papel del comercio con América en la economía-mundo hizo cada vez más importante esta ventaja de Gran Bretaña en el comercio colonial.[54] Además, es precisamente este comercio colonial lo que aportó los productos de precio elástico que permitieron a Gran Bretaña extender el comercio con Europa en el periodo de expansión posterior a 1750-1760 (y antes de la revolución de los artículos de algodón posterior a 1785).[55] Con todo, el crecimiento de las exportaciones inglesas en conjunto no fue "notablemente rápido"[56] antes de 1780-1790, y es este ímpetu final lo que requerirá explicación.

De forma similar, el famoso "mercado interior" puede resultar, tras un detenido examen, menos diferente entre Inglaterra y Francia de lo que acostumbran a afirmar sus defensores. Hay aquí dos problemas. En primer lugar: ¿tuvieron los productores ingleses una "demanda efectiva total" significativamente mayor dentro de sus fronteras —políticas, aduaneras, y de bajo coste de transporte— que Francia? En segundo lugar: ¿fue el

parte. La razón fue simple: los "mercados protegidos de los competidores europeos [de Gran Bretaña]". A su vez, el comercio británico con Norteamérica, las Indias Occidentales e Irlanda "constituía un sistema casi cerrado del que los competidores estaban excluidos de manera rigurosa.

[53] Davis (1973, p. 306). El mercado de la Norteamérica británica era muy importante dada la decuplicación de su población entre 1700, el inicio de la Revolución americana en 1775 y los elevados salarios de aquellas colonias. Véase Butel (1978a, p. 64). Irlanda fue otro mercado importante para Gran Bretaña, similar al de la Norteamérica británica. Véase Davis (1969, p. 107).

[54] Milward y Saul (1973, p. 104) afirman: "Después [del tratado de Utrecht en 1713] la expansión del comercio entre Europa y otros continentes se hizo más significativa cada vez y aquel comercio creció mucho más de prisa que el que se daba dentro de los confines de Europa."

[55] Véase Deane (1979, p. 55).

[56] Crouzet (1980, p. 50). Un elemento de incertidumbre es que es preciso añadir al cuadro el contrabando. Cole (1969, pp. 141-142) afirma que "las ramas legales e ilegales del comercio de importación [¿y exportación?] de Inglaterra tendían a moverse en direcciones opuestas en el siglo XVII", y que, por tanto, si se tuviera en cuenta el contrabando se amortiguarían las fluctuaciones registradas. Cole estima que las mercancías de contrabando constituyeron una cuarta o quinta parte del valor total. Mui y Mui (1975) critican los datos de Cole. En todo caso, no tenemos una comparación con Francia.

mercado interior, se defina como se quiera, un estímulo dinámico significativamente superior al comercio "exterior" (es decir, al comercio que atravesaba esas "fronteras") para alguno de esos países o para ambos?

Por lo que se refiere a las fronteras políticas, que presumiblemente definen los límites de la influencia inmediata de la política estatal, sabemos que Francia era mucho mayor que Inglaterra, o incluso que Gran Bretaña (la entidad efectiva después de la Ley de Unión), aunque si añadimos los imperios disminuye la tasa del mercado "interior" francés respecto a la de Gran Bretaña. En lo que respecta a las fronteras aduaneras, en la medida en que constituían un factor relevante de los precios internos (lo que es dudoso),[57] Inglaterra tenía más o menos la extensión de los cinco grandes latifundios. En lo que se refiere a las fronteras del transporte a bajo coste, el siglo XVIII fue un periodo de mejoras internas para ambos países, sin duda más para Inglaterra que para Francia (¿pero hasta qué punto más?).[58] En cualquier caso, los avances en la infraestruc-

[57] Braudel (1984, p. 347) concluye, a partir de sus datos que "hacia finales del siglo XVII, Francia estaba en vias de tener una red densa que podría calificarse como propiedad de mercado nacional". De modo similar, Louise Tilly encuentra una "tendencia [...] hacia un mercado nacional [de cereales en Francia] ya a finales del siglo XVII" (1971, p. 43). Le Roy Ladurie (1978, p. 389) habla del "desarrollo del mercado interno" de Francia como uno de los elementos principales de la expansión de la agricultura en el siglo XVIII (1975, p. 398). Morineau (1978, p. 379) advierte sin embargo que la unificación de los precios apunta no tanto un mercado unificado (dado "el difícil y costoso transporte a larga distancia") como un "bloqueo de las transacciones, la creación que hacen sus habitantes de zonas de defensa económica de las fuentes de la oferta local". Véase también Bosher (1965, pp. 577-578).

[58] Por lo que se refiere a los canales, Inglaterra construyó muchos más y estaba por consiguiente muy por delante de Francia en cuanto a vías navegables per cápita o por kilómetro. Sin embargo, los canales franceses representaban mayores logros de ingeniería, en particular en el Languedoc, logros que sentaron la "base técnica [...] para la vasta expansión del sistema de canales en Europa que tuvo lugar en el periodo posterior de desarrollo indsutrial" (Skempton, 1957, p. 458). La bibliografía sobre Inglaterra pone énfasis sobre la "revolución" del transporte en términos de economía de los costes de almacenamiento, disminución de los robos como consecuencia de la reducción del tiempo de transporte, etc. Véase Deane (1979, pp. 85-86); véanse también Girard (1966, pp. 216-217) y Bagwell (1974, pp. 25, 43, 55). Letaconnoux (1909, pp. 282-283), reflexionando sobre el transporte fluvial de Francia, sugiere que las economías se exageraron dado que los analistas pasaron por alto en sus cálculos las pérdidas producidas por el transporte y el bandidaje. Los canales y los ríos eran mejores que las carreteras; Girard (1966, p. 223) afirma que el coste de transporte se reducía de un 50% a un 75%. Arbellot (1973) observa, sin embargo, una gran mejora de las carreteras francesas durante el siglo XVIII

tura de transporte interna también favorecían al comercio "exterior", permitiendo que no se convirtiera exclusivamente en un comercio interportuario.

La cuestión, por tanto, es saber si existía más poder adquisitivo en un lugar que en otro. A este respecto, hay que distinguir entre el tamaño y la prosperidad de las clases medias y la medida en que las clases inferiores disponían de dinero para adquisiciones que, aunque individualmente fueran pequeñas, pudieran tener un importante efecto acumulativo.

En el análisis anterior sobre los desarrollos del periodo 1650-1750,[59] hemos distinguido entre los grandes terratenientes, los productores prósperos (de tamaño medio), los (pequeños) productores no prósperos y los trabajadores sin tierras. Respecto a las dos categorías intermedias (que, como señalamos, no podían distinguirse entre sí en términos de los derechos de tenencia de tierras), vimos que el estrato próspero (de tamaño medio) mejoró en aquel periodo a expensas de los (pequeños) productores no prósperos, tanto en Inglaterra como en el norte de Francia. Tal situación probablemente *redujo* de hecho el poder adquisitivo global, al quedar más que compensados los mayores ingresos del estrato próspero con la reducción de los ingresos del otro. Esto motivó que muchos de los miembros de este último estrato se dedicaran a la industria rural doméstica y al trabajo rural asalariado, fenómeno analizado en años recientes bajo el nombre de protoindustrialización.[60]

Debilitados los pequeños productores durante el largo periodo de estancamiento, quienes habían gozado de una mayor prosperidad relativa en aquel periodo anterior pasaron a ser ahora los más duramente golpeados por la concentración, usurpación y las elevadas rentas del periodo de expansión económica posterior a 1730-1740-1750. Sobre los cercamientos ingleses de finales del siglo XVIII, Chambers concluye que "*no* fue 'devorado' el tipo más pequeño de propietario, sino el intermedio, aquellos que pagaban más de 4 chelines pero menos de 10

Sobre la revolución en los transportes en toda Francia, véase Le Roy Ladurie (1975, p. 397).

[59] Wallerstein (1984, pp. 116-124).

[60] Véase el resumen de los datos sobre el crecimiento del trabajo no agrícola en las áreas rurales después de 1650 en toda Europa en Tilly (1983, pp. 126-128): "regiones importantes del campo europeo durante el siglo XVIII estaban llenas de personas que no se dedicaban a la agricultura y plagadas de manufacturas".

libras".[61] El incremento de las rentas en Francia en este perio-do, que excedió las ganancias en producción y productivid llevó a muchos campesinos que no lo habían hecho ante "buscar un segundo trabajo *(métier)* sólo para poder ha frente a los pagos anuales de sus tierras. El trabajo extra, ind dablemente, sirvió en tales casos únicamente para mantener nivel de vida previo y evitar que bajara aún más."[62]

A esta imagen sombría, que parece ir en contra de la idea una creciente demanda interna, debe añadirse la de los ingre sos salariales que afectaron tanto a las zonas rurales como a urbanas. Pocas dudas hay sobre el hecho de que los salarios re les descendieron en el periodo 1750-1815, aunque la magn de ese descenso sea objeto de debate.[63] La famosa controver Hobsbawm-Hartwell *et al.* (que analizaremos más adelante) s bre si la revolución industrial incrementó o redujo los ingre reales de los trabajadores, se refiere fundamentalmente al p riodo posterior a 1815. Si la demanda interna aumentó en periodo 1750-1815, es muy probable que se debiera a un incre mento demográfico tanto como a un aumento en los ingres per cápita.[64]

Bien puede ser que lo mismo ocurriera en el plano de la eco nomía-mundo. Así, aunque Cole habla de una "expansión s precedentes" del comercio británico a finales del siglo xv como si hubiera tenido lugar "a pesar de, y no a causa de" l condiciones del comerco exterior, añade rápidamente que gr parte del crecimiento se debió al "rápido incremento de l ventas en el mercado norteamericano", y habla de la capacida de Inglaterra para invadir los "mercados relativamente débile del resto de Europa en esta época.[65]

[61] Chambers (1940, p. 119): sostiene (p. 123) que existió en realidad un a mento del "tipo más pequeño de propietario" y lo explica "por el hecho de los ocupantes ilegales" y los campesinos que no se habían considerado suje a los impuestos por tierras se tuvieron en cuenta por primera vez".

[62] Morineau (1978, p. 385); véase también Le Roy Ladurie (1975, p. 584)

[63] Véanse Gilboy (1930, pp. 612-613; 1975, pp. 7, 16-17); Tucker (1975 32); Deane (1979, p. 31); Labrousse (1933, vol. II, pp. 491, 600, 610), y Mo neau (1978, p. 377).

[64] En efecto, Labrousse (1944, p. xviii) hace justamente esta observació "Si los salarios reales cayeron [en el siglo XVIII], el número de trabajadores s lariados aumentó, y también lo hizo el número de empleo disponible junto co [la expansión de] la masa de capital productivo."

[65] Cole (1973, pp. 341-342; cf. Minchinton, 1969, pp. 16-17). La opini "equilibrada" —que fue la demanda interior igual que la demanda extern ha hecho bastante fortuna. Véanse Landes (1969, p. 54); Cole (1981, p. 4 Crafts (1981, p. 14). Sin embargo, de lo que se trata no es de comparar Fra

Cuando el tratado de París puso fin a la guerra de los Siete Años no era en modo alguno obvio que Inglaterra tuviera una actuación económica marcadamente distinta a la de Francia; lo que sí parece obvio es que cada una tenía diferentes ventajas comerciales. Gran Bretaña se iba debilitando en su competencia con Francia en el continente y compensaba este declive con una mejor posición relativa "a ultramar". Esto era muy claro para el perspicaz autor holandés Accarias de Sérionne quien, en un escrito de 1778, analizó las dificultades británicas en función del aumento de sus precios interiores y sus salarios, que hicieron su producción demasiado cara para competir con Francia (y Holanda) en el continente. Las dificultades de Gran Bretaña empujaron a esta nación a "triunfar" en otros lugares del mundo y, por supuesto, también a las innovaciones que pronto volverían a crear una posición competitiva para Gran Bretaña en Europa. Pero este "triunfo" en el resto del mundo debe analizarse cuidadosamente, como subraya Braudel:

> Es fácil ver cómo en general Inglaterra llevó su comercio a estos márgenes exteriores. En la mayoría de los casos, el éxito se logró mediante la fuerza: en India en 1757, en Canadá en 1762, o en las costas de África, Inglaterra desalojó a sus rivales. Sus elevados precios internos [...] impulsaron a Inglaterra a buscar abastecimiento de materias primas [...] en países con costos bajos.[66]

Era precisamente esto lo que Choiseul había intentado en la guerra de los Siete Años: impedir que Inglaterra creara "un poder despótico en alta mar".[67]

Aunque Gran Bretaña emergió victoriosa de la guerra, no alcanzó la victoria total.[68] Pitt, que veía tan claramente como

e Inglaterra con zonas periféricas, sino entre sí. ¿Qué constituía la diferencia entre ambas?

[66] Braudel (1984, pp. 575-578), que cita a Accarias de Sérionne; véase también Frank (1978, pp. 214-218). Deane (1979, p. 10) confirma el análisis de Accarias de Sérionne de manera indirecta en su comparación de los niveles de vida inglés y francés en la década de 1770. "Parece haber pocas dudas sobre el hecho de que el inglés medio era mucho más rico que su equivalente francés." Esta incapacidad para competir en el continente es el aspecto negativo de la ventaja que proporcionaba un mercado interior como el de Gran Bretaña.

[67] Citado por Meyer (1979a, p. 211). Meyer afirma que la política de Francia era insistir en la neutralidad del mar durante época de guerra. Pero un objetivo de neutralidad es en sí mismo un indicio de debilidad militar.

[68] "La paz de París confirmó a Gran Bretaña, con la excepción de España, como el mayor poder colonial del mundo. [Sin embargo], el predominio colonial y marítimo de Gran Bretaña sobre Francia [...] [no] era indiscutible, como hasta entonces" (Anderson, 1965, p. 252).

Choiseul que en aquel momento la lucha por el comercio mundial era crítica, fue relevado de su cargo después de la muerte de Jorge II en 1760. Se hizo la paz, demasiado pronto para Pitt y sus amigos quienes deploraban la devolución de Guadalupe y la Martinica a Francia, así como la concesión de derechos de pesca en los grandes bancos de Terranova. En el debate del tratado, Pitt, apoyado por los comerciantes de la ciudad, aseguró:

Los ministros parecen haber perdido de vista el gran principio fundamental de que hemos de temer a Francia principalmente, si no exclusivamente, debido a su poder marítimo y comercial.[69]

Quienes centraban su atención en el papel que debía adoptar el Estado en las luchas competitivas dentro de la economía-mundo capitalista parecían tan frustrados en Gran Bretaña en este momento como poco después lo estarían en Francia:

Parecían tener todo a su alcance, pero fracasaron porque carecían de poder político. En la derrota, dirigieron su atención a las instituciones y métodos de gobierno. El día de los radicales burgueses despuntaba.[70]

Aunque todavía no se hubiera destruido la base económica de Francia a ultramar, como Pitt y sus amigos esperaban, Gran Bretaña salió de la crisis con activos estratégicos clave: Canadá, Dominica, San Vicente, Menorca, parte de las costas de Senegal y, por supuesto, Bengala. Francia intentó inmediatamente de limitar las consecuencias invocando el mecanismo del equilibrio de poder en la diplomacia europea.[71] La anexión de Córcega en 1768, contribuyó a corregir la situación en el Medi-

[69] Citado en Plumb (1956, p. 104); véase también Barr (1949, p. 195). Si uno se pregunta cómo fue posible que las opiniones de Pitt y de los comerciantes de la ciudad no prevalecieran, debe recordarse que había otros intereses en juego. J. R. Jones (1980, p. 222) observa: "Los comerciantes y propietarios británicos de las Indias Occidentales no mostraron ningún entusiasmo por la anexión de las conquistas en el Caribe, puesto que el resultado sería una mayor competencia en un mercado exterior protegido; Martinica y Guadalupe podrían bajar los precios impuestos por las plantaciones británicas, y Cuba constituía un productor a gran escala que, en potencia, era todavía más eficiente."

[70] Plumb (1950, p. 115).

[71] Véanse McNeill (1982, p. 157), y Anderson (1965, pp. 254 y ss.). Sin embargo, la posición diplomática de Francia se había visto muy debilitada por la derrota de 1763. "En los acontecimientos ceremoniales en las cortes de Europa, los representantes diplomáticos británicos demandaron y recibieron, como resultado de la guerra de los Siete Años, la precedencia sobre Francia, una práctica que en ocasiones condujo a exhibiciones excepcionalmente humillantes" (Bemis, 1935, p. 9).

terráneo,[72] pero fue insuficiente para contrarrestar el debilitamiento de la economía francesa en dos esferas críticas, debilitamiento que sería su ruina.

En primer lugar, la guerra de los Siete Años quebró el ánimo creciente de los complejos comercial-industrial de la costa atlántica, ese nexo entre el comercio triangular, el comercio de esclavos y las fábricas de algodón que, según sabemos, tan bien funcionaba en Gran Bretaña. En los veinte años anteriores al tratado de París, ciudades portuarias francesas como Nantes eran las que habían estado a la "cabeza" del "moderno desarrollo económico".[73] La guerra, sin embargo, fue desastrosa, y el bloqueo afectó al "sector de crecimiento más rápido", y el final de la guerra contempló el surgimiento de un "espíritu más cauteloso", siendo por tanto "un punto de inflexión" para la economía.[74]

En segundo lugar, la guerra "perturbó" profundamente las finanzas del Estado, rompiendo de forma permanente el equilibrio entre los ingresos corrientes y los gastos ordinarios. De este modo, el Estado se deslizó por el peligroso camino de financiarse mediante ingresos futuros que sólo podía obtener haciendo concesiones cada vez mayores a sus acreedores,[75] lo que acabó metiendo en una espiral de endeudamiento al Estado francés, como a muchos otros en condiciones similares.

El periodo que siguió a la guerra de los Siete Años presenció

[72] Véase Ramsey (1939, p. 183). Pero Choiseul fue depuesto en 1770, cuando estaba dispuesto a arriesgar una nueva guerra en lugar de ceder las Malvinas a Gran Bretaña, dado que esas islas controlaban el acceso a los estrechos de Magallanes y al Cabo de Hornos. Véase Guillerm (1981, vol. II, p. 451).

[73] Boulle (1972, p. 109), que sostiene (p. 93): "Gracias al mercado de esclavos, Nantes disponía de bajo precio y cantidad, los dos motores de la industria moderna. Y también de capital, acumulado por la oligarquía de comerciantes de esclavos."

[74] Boulle (1972, pp. 103, 106, 108, 111). Dardel (1963, p. 52) informa del mismo tipo de reversión económica en Ruán, pero considera que es en 1769 cuando se produce el cambio. Bergeron (1978e, p. 349) afirma que la idea de que la economía marítima de Francia era marginal para la auténtica Francia, basada en los artesanos y campesinos, es "simplista" e insiste en los "nexos múltiples y vitales" entre ambas a finales del siglo XVIII. Pero en ese caso, razón de más para inferir de esto que el daño causado a la Francia atlántica tuvo graves repercusiones en otras partes.

[75] Morineau (1980b, p. 298). Lüthy calificó el impacto de la guerra de los Siete Años en las finanzas francesas de un "1914 del siglo XVIII". Citado en Bergeron (1978b, p. 121). Véase también Price (1973, vol. I, p. 365), quien considera la guerra de los Siete Años "un punto crítico de cambio en la historia fiscal de la Francia del XVIII".

un retraso general del comercio mundial, una especie de período B de Kondratieff del que la economía-mundo no emergería plenamente hasta 1792, aproximadamente.[76] Sin embargo, fue Gran Bretaña, y no Francia, la nación mejor situada para beneficiarse del ciclo ascendente, lo que se pondría de manifiesto en la década 1780-1790. Ahora hemos de considerar aquellos desarrollos de la agricultura y la industria que constituyen los beneficios que extrajo Gran Bretaña de la situación; no obstante, sería indicado tener en cuenta hasta qué punto fueron fundamentales para el ciclo ascendente las ventajas político-estratégicas que Gran Bretaña había cosechado en la larga lucha con Francia por los emergentes mercados a ultramar, cuya importancia expresa bien Habakkuk:

> Naturalmente, la aceleración de las exportaciones inglesas en la década 1780-1790 es hasta cierto punto el *resultado* de mejoras técnicas. Pero al menos en los productos textiles de algodón, estas mejoras se derivaron en cierta medida del hecho de que en las décadas precedentes Inglaterra había estado vinculada a mercados que [...] crecían rápidamente. Las industrias textiles del continente [...] abastecían a mercados donde el crecimiento de la demanda era mucho más lento, y por esta razón no se enfrentaban a la misma necesidad de mejorar sus técnicas y métodos de organización.[77]

Al parecer fue en este momento, en la década 1760-1770, cuando las élites francesas —los intelectuales, los burócratas, los agrónomos, los industriales y los políticos— comenzaron a expresar el sentimiento de que de algún modo estaban "rezagadas" respecto a Gran Bretaña, y empezaron a elucubrar sobre

[76] La guerra de los Siete Años había sido en sí misma uno de los motores de la expansión previa del comercio mundial, puesto que el abastecimiento a los ejércitos de ultramar se convirtió en un gran motor para el incremento de las exportaciones. Parte de este efecto se trasladó al tiempo de paz. Davis (1969, p. 114) se pregunta acerca de "qué parte del aumento de las exportaciones [británicas] a Norteamérica en los años [posteriores a 1763] se debió a las demandas de las guarniciones, cuyo número en las colonias era muy superior al de antes de la guerra".

En todo caso, este efecto fue insuficiente. Hubo una caída en el comercio, aunque hay ciertas discrepancias sobre si se inició en la década de 1760 (Cole, 1981, pp. 39-43; Crafts, 1981, p. 16; Crouzet, 1980, pp. 50-51; Fisher, 1969, p. 160; Frank, 1978, pp. 170-171) o data únicamente de 1770 (Labrousse, 1944, XXIII; Davis, 1979, pp. 31-32).

[77] Habakkuk (1965, p. 44). Véase también Cole (1981, p. 41), que especula sobre qué podría haber sido Inglaterra si hubiese sido una economía cerrada: "En lugar de estar adelantada [en 1800] en el camino de convertirse en una nación industrial, [Inglaterra] no hubiera comenzado todavía ese viaje."

los modos de "alcanzarla". A la luz de lo que ahora conocemos, tal impresión probablemente era exagerada, pero eso no disminuye su impacto en el comportamiento social y político de la época. En la agricultura, esto supuso tres esfuerzos sociopolíticos de primer orden: la desamortización de las tierras, la "liberalización" de los precios del grano y las mejoras agronómicas.

La desamortización tuvo dos formas: la división de las tierras comunales y la abolición de la servidumbre colectiva (en particular, el *vaine pâture* obligatorio). Debido a la debilidad legal del Estado francés, este esfuerzo de reforma tuvo que llevarse a cabo provincia por provincia pero, a pesar de esta complejidad, se dictaron sucesivas autorizaciones por edicto provincial para dividir las tierras comunales entre 1761 y 1781, y para poner fin al *vaine pâture* entre 1766 y 1777. La monarquía prestó su apoyo de diversas maneras. Se establecieron incentivos fiscales para desamortizar los terrenos baldíos, lo que favoreció aún más la usurpación de tierras. Bloch califica de "grandioso" este esfuerzo, señalando que fue, en parte, un intento deliberado de imitar los procedimientos parlamentarios en Inglaterra. Observa, sin embargo, que los reformadores tropezaron con "dificultades insospechadas", y que una "oleada de timidez y desánimo" puso pronto fin al proceso.[78] El fracaso de estas reformas no se cuestiona,[79] pero ¿debemos atribuirlo a un mero culto a la tradición? Sin duda, los reformadores evocaron temores que reflejan un deseo de conservar ciertos privilegios "feudales" (tales como zonas de caza), pero la fuente principal de la oposición fue la de los intereses materiales amenazados.

La división de las tierras comunales generalmente fue apoyada por grandes terratenientes que podían obtener un tercio

[78] Bloch (1952, vol. I, p. 226). En su artículo anterior (1930, p. 381), Bloch subrayaba el mismo tema: "La timidez era decididamente la nota dominante de la política agraria de los últimos años del *Ancien Régime*." Sobre la resistencia de los campesinos como una de las "dificultades", véase Gauthier (1977, pp. 59-60).

[79] Véase Sutton (1977, p. 256): "Con relación al área total de las tierras baldías y frente al total de la producción agrícola francesa, la adición de 300-350 mil ha, habría sido un éxito muy limitado para la política gubernamental de desamortización de las tierras." Véase también Le Roy Ladurie (1975, p. 582), quien afirma que en el siglo XVIII, a diferencia de Inglaterra y Prusia, la pequeña parcela del campesino *(lopin)* sólo es "amenazada marginalmente". Las descripciones de Sée (1923b, p. 49; cf. 1908, 1913), sin embargo indican que a pesar de la disminución de la intervención estatal, las usurpaciones señoriales "no hacen más que agravarse a medida que nos acercamos a los años de la revolución".

de las tierras mediante el *droit de triage*. Los trabajadores sin tierras o los que tenían muy pocas también podían percibir ciertas ventajas en una división, pero sólo si las cuotas del reparto no eran proporcionales a la extensión de la propiedad ya existente. Fueron los *laboureurs* en general los que mostraron una mayor oposición, puesto que lo que pudieran ganar en tierras apenas compensaba lo que perderían en derechos de pastoreo, y las tierras que pasaban a los más pobres, aun siendo pocas, eran suficientes para que amenazaran con retirar a estos últimos del mercado de trabajo del *laboureur*. El *laboureur* francés era empujado así al mismo camino de proletarización que el labrador inglés. En efecto, Le Roy Ladurie afirma, a propósito de la Francia del siglo XVIII y no de Inglaterra, que la "proletarización sustituyó al cementerio".[80]

Sin embargo, cuando se trataba de suprimir los derechos colectivos *(vaine pâture, droit de parcours)* los lineamientos políticos eran diferentes. El trabajador rural sin tierras o el pequeño propietario no obtuvieron ningún beneficio de esa supresión, pues la eliminación de tales derechos suponía que no tendrían ninguna tierra de pastoreo para los poquísimos animales que poseían.[81] Fue precisamente el *laboureur*, especialmente el que tenía buenas tierras quien, siendo el perdedor en la "reciprocidad" de la situación existente, podía beneficiarse del cercamiento.[82] En esta cuestión, sin embargo, los grandes terratenientes estaban divididos. Siempre que las unidades en manos de los grandes terratenientes estaban dispersas, esos derechos colectivos eran tan útiles para ellos como para aquellos campesinos que tenían pocas tierras o ninguna, si no todavía más útiles. Pero si sus tierras estaban concentradas, el *vaine pâture* les suponía una pérdida.[83]

[80] Le Roy Ladurie (1975, p. 440; véase también pp. 415-416); y véase Bloch (1952, vol. I, pp. 229-235).

[81] Esto era así incluso aunque los terrenos comunales no fueran divididos, puesto que, como observa Bloch (1930, p. 523), "casi en ningún lugar eran suficientes los terrenos comunales". Véase también Meuvret (1971b, p. 179) sobre las dudosas ventajas de la reciprocidad en los campos productivos. Por consiguiente, "unánimes en su resistencia, los [braceros *(manoeuvriers)*] formaron en todas partes las tropas de choque de la oposición rural" (Bloch 1952, vol. I, p. 228); véase también Sée (1923b, p. 76).

[82] Véase Bloch (1930, p. 531), y Meuvret (1971b, p. 179).

[83] Véase Bloch (1952, vol. I, p. 230). Bloch señala que los grandes terratenientes eran particularmente favorables al *droit de parcours*. Hablando del Franco Condado, donde, en forma abusiva, habían logrado el derecho a mantener rebaños casi ilimitados en las tierras comunales y en las de barbecho, Bloch observa: "Estas explotaciones se habían hecho tanto más lucrativas en la

Pero, esta descripción de la situación, ¿es diferente de la que podría hacerse de Inglaterra? Sí, en un aspecto fundamental: el grado de dispersión de las unidades de tierra era mucho mayor en Francia,[84] lo que, como hemos visto, podía afectar la actitud de los grandes terratenientes. Pero, ¿por qué los terratenientes franceses no intentaron simplemente reagrupar las tierras mediante un edicto legislativo, una acción que era frecuente en las leyes de cercamiento inglesas? Bloch responde así a esta pregunta:

> Siendo natural en un país donde el principal segmento de latifundios *(tenures)* no había logrado en absoluto alcanzar la perpetuidad, ¿era concebible tal imposición [la concentración] en Francia? Ni economistas ni administradores vislumbraron siquiera la posibilidad.[85]

Una vez más, resulta que las sólidas normas que gobernaban los derechos de propiedad existentes en Francia fueron la "desventaja" de dicho país frente a Gran Bretaña, donde los derechos de propiedad no *estaban tan bien* asentados. Esto permitió una mejor resistencia a la usurpación en Francia.

Si ahora volvemos a la imagen de la liberalización de los precios del cereal, descubrimos otra ironía. Fue Francia, no Inglaterra, la primera que intentó aplicar *La riqueza de las naciones* de Smith, incluso antes de que fuera publicada. En la Declaración de mayo de 1763 y en el Edicto de julio de 1764, el gobierno francés rompió con la tradición de la regulación y estableció el "liberalismo cerealero". La Declaración implantó la libre circulación en toda Francia, y el Edicto permitió la libre exportación de grano y harina.[86] Estos decretos fueron en parte una respuesta a la "humillante, [...] desmoralizadora y desorganiza-

medida en que las transformaciones de la economía garantizaban que los ganaderos tenían valiosos mercados al tiempo que abrían todas las puertas de un modo de funcionamiento capitalista."

Meuvret (1971d, pp. 195-196) insiste en que debería distinguirse entre *vaine pâture* en el barbecho y en los campos cultivados, puesto que de hecho el barbecho era utilizado para las ovejas y los campos cultivados para animales con cuernos. La supresión del *vaine pâture* en los terrenos de barbecho no interesaba a los grandes terratenientes dados sus grandes rebaños de ovejas y la rentabilidad de la lana.

[84] Véase Meuvret (1971d, p. 196).

[85] Bloch (1952, vol. I, p. 236).

[86] Kaplan (1976, vol. I, p. 93) cita a un distinguido magistrado bretón de la época que, en un lenguaje que parece vanguardista, afirmó que el Edicto señalaba la entrada de Francia en "el mercado común de Europa".

dora" derrota de 1763. Constituyeron "un acontecimiento sensacional", señalando una "ruptura decisiva" con una larga tradición. Pero esta situación no duró mucho, y dio fin al iniciarse las dificultades económicas en 1770, cuando se proclamó muy apropiadamente, el 14 de julio, un decreto que volvía a prohibir las importaciones.[87]

Si el liberalismo cerealero estaba pensado para bajar los precios, equilibrarlos regionalmente, o reducir las variaciones anuales, no tuvo un éxito notable sobre estos objetivos durante su corta historia. Labrousse atribuye su "débil influencia" a las limitaciones económicas objetivas debidas a las "dificultades" de transporte.[88] Pero esto supone que tomamos las afirmaciones fisiocráticas como la explicación política. Kaplan nos recuerda, sin embargo, que aunque el programa sorprendió por su "radicalismo", fue apoyado por terratenientes muy "tradicionales y conservadores", a quienes no les importaba la ideología del liberalismo sino los beneficios inmediatos del comercio de cereales.[89] ¿Es totalmente un accidente que el liberalismo cerealero se proclamara exactamente en aquellos años (1763-1770) en los que, según Labrousse, los beneficios del arrendamiento de tierras iban en contra del propietario y a favor de quienes las tomaban en arriendo? El liberalismo cerealero puede considerarse una medida para mantener los niveles de beneficio mediante el aumento de las ventas totales, disposición que se hizo menos satisfactoria en el periodo 1770-1789, cuando las rentas subieron y los beneficios de los productores directos cayeron. La breve reaparición del liberalismo cerealero bajo Turgot en 1774 se enfrentó a una fuerte reacción popular esta vez, la *guerre des farines,*[90] sin contar con el necesario apoyo político de las clases terratenientes. En 1776, Turgot trató de exten-

[87] Kaplan (1976, vol. I, pp. 145, 163).

[88] Labrousse (1933, pp. 122, 124).

[89] Kaplan (1976, vol. II, p. 687). El liberalismo cerealero también había sido apoyado por los consejeros del rey que pensaban que supondría un aumento de los precios y por tanto de los impuestos. Esto, sin embargo, "resultó ser un tremendo error" (Hufton, 1983, p. 319).

[90] "Frente al precio desorbitado de los cereales regulado por la oferta y la demanda, que era lo que deseaba el fisiócrata Turgot, la mayoría de los trabajadores ordinarios *(manoeuvriers),* en especial los artesanos, demandaba, en nombre de 'la economía moral de la masa', un precio justo" (Le Roy Ladurie, 1975, p. 388). Riley considera el liberalismo cerealero (y también la reducción de impuestos durante el tiempo de paz) como un "experimento para estimular la expansión económica", un experimento que resultó ser "peligroso" (1987, p. 237).

der el libre comercio de cereales incluso a París, que previamente había sido excluido. Turgot fue depuesto.

Pero este fracaso de la reforma agrícola, ¿acaso fue un signo del debilitamiento de las fuerzas feudales? Uno no lo creería así al escuchar a Labrousse hablar del "feliz patriciado terrateniente", cuyos principales ingresos, los de las rentas, "se incrementaban, vertiginosamente".

> El capitalismo terrateniente no desempeña sólo el papel de un sector de la sociedad poderosamente protegido. Ataca, avanza a un ritmo sin precedentes y, ante él, los beneficios de los campesinos disminuyen en gran medida.[91]

No hay entonces por qué extrañarse si nos encontramos con el hecho de que vuelve el interés por la.propiedad de tierras y la inversión en ellas.[92]

¿Hasta qué punto era diferente la realidad (en oposición a la legalidad) de la libertad del comercio de cereales en Francia en comparación con Gran Bretaña? Como sugiere Morineau, en "ausencia de estadísticas", no podemos realmente estar seguros de las cifras comparativas de exportación de cereales, pero, en cualquier caso, como afirma, el problema no está "correctamente planteado" si se ignora el hecho de que las provincias de Francia que tenían exceso de oferta (por ejemplo, Bretaña y el Languedoc) enviaban cereales a las provincias con poco abastecimiento,[93] y por consiguiente las solas cifras del comercio exterior no son la base apropiada para la comparación.

Si consideramos ahora el tercer ámbito de reforma, el de las mejoras económicas, generalmente suele otorgarse la primera posición a Gran Bretaña. Efectivamente, Bourde concluye su estudio de la influencia de Inglaterra en los agrónomos franceses del siglo XVIII asegurando que las consecuencias en la agronomía en sentido estricto fueron pocas, y su influencia "no fue tanto un tema de la historia económica como de la historia de

[91] Labrousse (1944, p. xxxv). Véase también la descripción de la Borgoña durante el mismo periodo que hace Saint-Jacob (1960, pp. 428, 569). Describe el creciente papel del *fermier,* verdadero autor de la reacción señorial. "Desde ese momento, a los ojos del campesino, el señor es el *fermier*." Sin embargo, esta triunfante emergencia del arrendador capitalista no noble es lo que terminará con la señoría. "El *fermier* que se convertía en arrogante empresario del feudo acababa desacreditándolo."

[92] Véase Bourde (1967, vol. III, p. 1609).

[93] Morineau (1971, pp. 325-326; cf. Lefebvre, 1939, pp. 115-116).

las ideas".[94] Sin embargo, hay que hacer tres observaciones. En primer lugar, los avances de la agronomía inglesa, aunque reales, no fueron (como ya se ha indicado) tanto como suele afirmarse, una "revolución";[95] en segundo lugar, el suelo inglés se prestaba mejor que el francés a los nuevos cultivos forrajeros;[96] en tercero, el nuevo sistema agrícola de Inglaterra *no* incrementó el rendimiento por trabajador, sino únicamente por unidad de tierra.[97]

Por consiguiente, el fracaso de las pretendidas reformas fisiocráticas en la agricultura francesa durante el periodo 1763-1789 puede explicarse de varios modos. Las diferencias reales entre Francia y Gran Bretaña se han exagerado. En la medida en que fueron reales, los titubeos del sector francés de los *fermiers*, dueños de extensas tierras reflejaban la preocupación racional por optimizar las posibilidades de obtener beneficios inmediatos. Las clases bajas francesas tuvieron más éxito que las inglesas en su oposición a ciertos aspectos de la expansión de la explotación capitalista. Quizás estas tres proposiciones sean ciertas.

¿Cómo se presentaba la situación en el ámbito industrial? Aquí también está difundida la opinión de que Francia iba quedándose atrás; opinión que sostenían los protagonistas del momento y que han compartido desde entonces los analistas. ¿Hasta qué punto es exacta esa opinión? El auge de la industria británica del algodón es el punto clave de este análisis. Debemos empezar por recordar que durante un largo periodo del siglo XVIII, la industria del algodón no sólo fue más grande en

[94] En efecto, Bourde (1953, pp. 217-218) exculpa al "feudalismo" como explicación argumentando que el retraso de la agronomía francesa se mantuvo en el siglo XIX. Ofrece así una explicación que subordina la "mentalidad tradicional del campesino francés" a las "condiciones geográficas peculiares de Francia".

[95] Bergeron (1978c, pp. 226-227) nos lo recuerda: "Finalmente, en el caso de que en realidad hubiera una 'revolución agrícola', ¿fue una revolución inglesa? En el siglo XVIII, Inglaterra no hacía más que superar el retraso que tenía en este ámbito respecto a Flandes y Holanda." Además por supuesto, después de 1760 Francia introdujo muchas de las innovaciones del norte del país. Véase Slicher van Bath (1963, pp. 279-280).

[96] Véase O'Brien y Keyder (1979, pp. 1293-1294), quienes también defienden que la mayor densidad demográfica de Francia hizo que se dedicara más territorio a la producción de cereales y a técnicas de trabajo intensivo.

[97] Véase Timmer (1969, p. 392), que afirma: "Al parecer, la revolución agraria [en Inglaterra] no creó trabajo excedente para un ejército industrial de obreros. Proporcionó alimentos para una población que crecía de prisa, de la que se reclutó una mayor cantidad de mano de obra agrícola e industrial" (pp. 384-385).

Francia que en Inglaterra, sino que además en los años 1732-1766 la industria francesa del algodón duplicó su volumen. El crecimiento de la escasa industria inglesa había sido estimulado por la legislación proteccionista antiindia de 1700, pero su crecimiento "se aceleró únicamente a mediados de los años 1760-1770, después de la guerra de los Siete Años".[98] Muchos autores sólo señalarían un avance significativo de Gran Bretaña después de la década de 1780.[99]

Debemos recordar también que Europa, desde el siglo XVII y durante el XIX, presenció una vasta multiplicación de pequeñas industrias rurales basadas en la pequeña y mediana acumulación de capital.[100] Milward y Saul nos recuerdan que, hacia 1780, los "paisajes más industrializados" de Europa todavía no se encontraban en Gran Bretaña, sino en "las áreas rurales en torno a Lille, Ruán, Barcelona, Zurich, Basilea y Ginebra".[101] Y Tilly, resumiendo la extensa bibliografía que existe sobre la denominada protoindustrialización, sugiere que a partir de 1650 y hasta una fecha tan tardía como 1850, "las grandes unidades y el gran capital pudieron experimentar una relativa decadencia".[102]

[98] Davis (1973, p. 311); cf. las cifras sobre las importaciones británicas de algodón y lana desde 1697 hasta 1831 en Rostow (1971, p. 54).

[99] Véase Nef (1943, p. 5): "La tasa de cambio industrial desde más o menos 1735 hasta 1785 no fue más rápida en Gran Bretaña que en Francia. Lo que es sorprendente en la historia económica del siglo XVIII no es tanto el contraste como las semejanzas entre Gran Bretaña y el continente, tanto en la tasa de desarrollo económico como en las direcciones que adoptaba ese desarrollo." Nef sostiene también (1968, p. 971) que en el periodo 1735-1785, la producción global, en particular en la industria del hierro, creció con más rapidez en Francia que en Gran Bretaña. Véanse también Wadsworth y Mann (1931, p. 193); Bairoch (1974, p. 24); O'Brien y Keyder (1978, pp. 57-60); Cole (1981, p. 36), y Crafts (1981, p. 5).

Cole y Deane (1966, p. 11) afirman que "Al comienzo de la revolución (y quizá durante todo el siglo anterior, [Francia] estaba por detrás [de Gran Bretaña] en la productividad media. Pero [añaden] la distancia no era grande según los estándares modernos." Además, consideran que Francia estaba en una "situación de ventaja" que se basaba en su "fuerte tradición científica". Cf. Mathias (1979, pp. 54-55). Véase también Léon (1974, p. 407), quien habla de la Francia del siglo XVIII como de un país "recorrido por fuerzas de renovación activas y poderosas". Mathias afirma que "ya no es preciso demostrar la realidad del progreso industrial, del crecimiento industrial, en un país que afirma, en estos dos dominios, una vocación que lo sitúa en la cabeza de los estados europeos".

[100] Véase Wallerstein (1984, pp. 267-278).

[101] Milward y Saul (1973, p. 94). Véase Le Roy Ladurie y Quilliet (1981, p. 375) sobre lo que denominan el "modelo Oberkampf" en Francia.

[102] Tilly (1983, p. 130). Una de las razones de esto fue la incorporación parcial del sistema de trabajo industrial a domicilio al nuevo sistema fabril. Un

En este contexto, lo que generalmente se denomina revolución industrial debería considerarse como la reurbanización y reconcentración de las principales industrias aunadas al esfuerzo por aumentar su tamaño. Así, por definición, sólo una o dos zonas podrían ser el foco de un esfuerzo semejante. Lo que estaba en juego entre Francia y Gran Bretaña era cuál de los dos países lograría canalizar este contramovimiento, cuyos beneficios serían elevados precisamente debido a la nueva expansión de la economía-mundo.

Es poco seguro que Gran Bretaña iniciara siquiera el proceso, adelantándose a Francia.[103] Por lo que se refiere al tamaño de la industria, en el siglo XVIII era Francia, y no Gran Bretaña, la nación que albergaba más "unidades de gran escala";[104] sin embargo, en el periodo 1780-1840, Gran Bretaña logró alcanzar la posición central del sector industrial de la economía-mundo de mayor escala relativamente más mecanizado y de beneficios relativamente elevados,[105] a expensas del resto y, más directamente, a expensas de Francia.[106] ¿Cómo pudo ocurrir esto?

"empresario textil sería lo que podemos denominar un centro de distribución. Los tintoreros y los que acababan el producto podrían trabajar en telas que pertenecían a mercaderes; los cardadores o hiladores de estambre podrían tomar la lana y devolverla como productos cardados o hilo. El sistema de trabajo industrial a domicilio mostró por tanto una notable capacidad de adaptación, en el que el obrero de los telares desempeñaba la función de *'puttee'* más que la de artesano doméstico" (Heaton, 1972, p. 86).

[103] Roehl (1976) sostiene lo contrario, insinuando incluso que este temprano inicio fue su desventaja. Marczewski (citado en Garden, 1978a, p. 16), contabilizando todas las industrias de transformación, asegura que esa industria representaba en la década de 1780 el 42.6% de todo el valor producido en Francia. Para un repaso de toda la reciente documentación revisionista sobre el crecimiento económico francés, véase Cameron y Freedeman (1983). Para una posición intermedia entre los autores tempranos y los revisionistas, véase Crafts (1984). Para una crítica de Roehl y su réplica, véanse Locke (1981) y Roehl (1981).

[104] Sin embargo, "en el siglo XVIII se creó lo que Gille ha denominado la 'gran empresa capitalista' no en la producción textil, que producía del 60% al 65% de la producción industrial francesa, sino en las minas, industrias metalúrgicas, canales y plantas químicas" (George V. Taylor, 1964, p. 493).

[105] La cuarta edición de la Encyclopedia Britannica, publicada en 1810, muestra su entusiasmo sobre este aspecto: "El algodón en rama de las Indias Orientales se convierte en una libra de hilo que tiene un valor de cinco guineas y una vez tejido en muselina y decorado por niños en el tambor; aumenta su valor a 15 libras, devengando un beneficio del 5.9% en relación con la materia prima" (Anon, 1810, p. 695).

[106] "Las exportaciones de artículos de algodón, casi despreciables en 1770, representaron casi la mitad del total de las exportaciones de productos británicos durante la primera mitad del siglo XIX. La transformación de la función

Parece evidente que hubo un auge súbito de la eficiencia relativa la década de 1780, de la producción británica en la industria del algodón en la década de 1780, consecuencia de la célebre "oleada de artefactos", oleada de innovaciones que fue mayor en Gran Bretaña que en Francia.[107] Si se desea, esto puede atribuirse a una mayor "imaginación",[108] pero otro factor que sin duda contribuyó fue el hecho de que en aquel momento Gran Bretaña tenía una ventaja en el acceso a los mercados.[109] Esto coincidió con un "fenómeno clásico de transferencia de un polo de desarrollo —de Francia a España— complicada quizá por el efecto de la madurez plena en ciertas provincias con un equipamiento obsoleto, como Bretaña".[110]

Existe otra consideración relacionada con los mercados. Los historiadores han insistido mucho en el impacto del mercado interno británico. Semejante insistencia siempre me ha parecido curiosa por dos motivos. ¿Cómo podría explicar tal impacto

que desempeñaban en el comercio de exportación prácticamente estaba concluida en 1800, en el curso de no más de una sola generación" (Davis, 1979, p. 14). Véase también Crouzet (1980, p. 92) sobre el sorprendente cambio del perfil de las exportaciones británicas entre 1782 y 1802.

[107] La historia se ha contado en numerosas ocasiones. Véase las observaciones resumidas de Landes (1969, pp. 84-88). La máquina de hilar de Crompton, que según Lévy-Leboyer (1964, p. 7) fue decisiva, data de 1779. Sobre el incremento de la productividad británica, véanse también Hoffmann (1955, p. 32); Nef (1968, p. 967); Crouzet (1980, p. 65), y Crafts (1981, p. 8).

Decimos que fue "mayor" en Gran Bretaña porque no es cierto que no hubiera innovaciones en Francia durante este periodo. Ballot (1923, p. 22) habla de 1780-1792 como de un periodo de "actividad renovadora" en la industria francesa, incluyendo "la implantación definitiva de la elaboración mecánica del algodón".

[108] Así lo expresa Lévy-Leboyer (1964, p. 24).

[109] "Ambos países dependían hasta cierto punto de los mercados [para los artículos de algodón] de África y América, y allí el transcurso de los acontecimientos desde 1720 favoreció a la industria inglesa a expensas de Francia" (Wadsworth y Mann, 1931, p. 208). "La enorme expansión colonial y naval de Gran Bretaña en el siglo XVIII proporcionó un mercado colonial para la tela de algodón mayor que el de Francia, y fue en la industria del algodón donde se produjeron las principales innovaciones mecánicas" (Milward y Saul, 1973, p. 97). La década de 1780 combinó una ventaja adquirida históricamente en el acceso a ciertos mercados, un "producto que le dio una ventaja competitiva en mercados de primer orden" (Cain y Hopkins, 1980, p. 474) y condiciones de mercado favorables en el área comercial, que "antes de 1780 sólo había madurado con lentitud" (Berrill, 1960, p. 358). El final de la guerra de la Independencia americana (de facto, 1781) fue un importante estímulo para el comercio exterior británico en su "gran salto hacia delante" (Perkin, 1969, p. 100). Sobre las dificultades a las que se enfrentaba Francia en el comercio colonial en la década de 1780, véanse Clark (1981, p. 139) y Stein (1983, pp. 116-117).

[110] Morineau (1978, pp. 411-412).

el avance tecnológico de una industria cuya producción tenía una gran salida al comercio exterior (y dependía tanto de las importaciones extranjeras, que estaba obligada, a su vez, a *vender algo a cambio*)? Y, ¿el mercado interior de Francia no era tan grande o mayor? Léon ofrece lo que me parece una razón más plausible de porqué fue precisamente en este momento cuando se produjo el salto en la productividad británica. "¿No se podría pensar que la atracción del mercado interno [francés] ejerció mucha presión contra cualquier modificación profunda de la dinámica del mercado exterior?"[111] Precisamente a causa de los niveles de beneficio internos, hubo menos presión para ser competitivos en el extranjero, y por eso el tratado de 1786, del que pronto nos ocuparemos, fue tan importante.

Aunque "los costes decrecientes y los mercados expansibles" fueron sin duda de "importancia estratégica en la [mayor] aceleración del progreso técnico",[112] Gran Bretaña contaba con una última ventaja: una maquinaria estatal dispuesta a intervenir activamente en el mercado. Difícilmente puedo hacer nada mejor que reproducir el prematuro y frecuentemente olvidado análisis de Mantoux:

Nada es menos exacto que afirmar que la manufactura de algodón inglesa se desarrolló sin defensa artificial frente a la competencia extranjera. La importación de algodones estampados de cualquier procedencia estuvo prohibida. Ninguna protección podía ser más completa, pues ésta dio a los fabricantes un auténtico monopolio del mercado interior. Y no sólo estaba reservado a ellos el mercado interior, sino que también se tomaron medidas para ayudarles a ganar mercados en el exterior. Se otorgaba una subvención a cada rollo de calicó o muselina que se exportara (21 Geo. III, c. 40 [1781] y 28 Geo. III c. 21 [1783]). Se tomaron severas medidas para evitar la exportación [de la nueva maquinaria] a países extranjeros. Si es cierto que la historia de la industria del algodón puede proporcionar argumentos en favor de la doctrina del *laissez-faire*, estos ciertamente no se encontrarán durante [el] primer periodo.[113]

Pero aunque se admita todo esto, la ventaja británica no era tan grande. Como observa Lévy-Leboyer, "los ingleses no po-

[111] Léon (1974, p. 421).

[112] Deane y Cole (1967, p. 35).

[113] Mantoux (1928, pp. 262-264). Véase Thompson (1978a); véase también Jeremy (1977, pp. 2-5), quien observa que el periodo más riguroso en la prohibición legislativa de la exportación tecnológica en Gran Bretaña va desde los años ochenta del siglo XVII hasta 1824.

dían esperar mantener mucho tiempo su ventaja tecnológica y financiera". No obstante, la mantuvieron y por más tiempo del que parece razonable. ¿Hasta qué punto puede encontrarse la explicación en la Revolución francesa, que Lévy-Leboyer llama "desde este punto de vista [...] una catástrofe nacional"?[114]

Si consideramos la combinación de acontecimientos políticos que condujo a la Revolución francesa, existe un acuerdo extendido de que fue la convocatoria de los Estados Generales lo que puso en marcha el proceso inmediato, y que la decisión de convocar los Estados Generales fue el resultado de una especie de "crisis de la monarquía". Lefebvre ofrece una explicación muy simple de esta crisis:

> La crisis de gobierno se remonta a la guerra americana. La revuelta de las colonias inglesas puede considerarse la principal causa directa de la Revolución francesa, no sólo porque al invocar los derechos humanos agitó los ánimos en Francia, sino también porque Luis XVI, al apoyarla, dejó sus finanzas en muy mala situación.[115]

Esta explicación nos lleva a dos cuestiones inmediatas: ¿por qué no tuvo el mismo impacto ideológico en Gran Bretaña? ¿Qué ocurrió con las finanzas del Estado británico? Una vez más, debemos volver al punto crítico de 1763. Francia percibía que estaba "rezagándose" con relación a Gran Bretaña. Y, básicamente, se analizaron dos soluciones a ese retraso: fortalecer el Estado francés —financiera, social (frente a las fuerzas centrífugas, tanto geográficas como de clase) y militarmente— o "abrir" económicamente el país; ambos movimientos se consideraban de "reforma". Uno proponía utilizar los recursos del Estado para fortalecer la posición económica de Francia apoyando a sus empresarios, y el otro proponía utilizar los recursos del Estado para fortalecer la posición económica de Francia obligando a los empresarios franceses a ser más "competitivos". Este tipo de debate nacional se ha hecho familiar en el último siglo. Es el debate entre los intervencionistas proteccionistas y los intervencionistas "liberales". Después de 1763,

[114] Lévy-Leboyer (1964, pp. 25, 29). Este punto de vista es compartido por Pugh (1939, p. 312), quien consideró el "New Deal" de Calonne en 1783-1787 como medidas destinadas a desarrollar el capitalismo en Francia. "La revolución interrumpió la obra [de Calonne] y permitió que Inglaterra alcanzara tal ventaja en el desarrollo industrial que Francia nunca consiguió ponerse a su altura."

[115] Lefebvre (1939, p. 24).

Francia titubeó entre ambas posiciones, con malos resultados, y con un alto potencial para la explosión política que de hecho se produjo.

Los titubeos se iniciaron con el duque de Choiseul, quien,

> quería el fin, que era el reestablecimiento del poder francés en el mundo y una guerra de revancha contra Inglaterra; pero no quería los medios necesarios, que eran la restauración de la autoridad real dentro de Francia y las reformas de las finanzas reales, sin las que todas las demás reformas serían vanas.[116]

Y esa situación continuó con Vergennes, que ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores desde 1774 hasta 1786, y con la serie de hombres que controlaron las finanzas de Francia: Turgot (1774-1776), Necker (1776-1781), Fleury (1781-1783) y Calonne (1783-1787). Todos se debatieron con los mismos problemas, y cada uno presentó soluciones (diversas) que no gozaron de popularidad. Ninguno logró fortalecer la posición económica básica de Francia en la economía-mundo. Si la monarquía absoluta hubiera sido más absoluta, habría sido capaz de superar la crisis, pero todos los proyectos de reforma financiera desde 1715 hasta 1789 "se estrellaron contra la roca de la oposición de los *parlements*".[117]

Durante todo este tiempo, el punto clave siguió siendo el de las finanzas del Estado. Si la prolongada expansión de la economía-mundo implicaba una acumulación constante de capital por parte de los productores propietarios de tierras, fundamentalmente por medio del mecanismo de la renta, esta concentración de capital no solo implicaba la mera obtención de más plusvalías de los productores directos, sino la reducción del papel del Estado como centro redistributivo. Mientras que los ingresos del Estado como porcentaje del producto nacional habían aumentado constantemente durante el siglo XVII y al menos hasta 1715, a partir de 1730 descendieron.[118] La situa-

[116] Cobban (1963, p. 91).

[117] Cobban (1968c, p. 74). Robin (1973, p. 53) habla del mismo modo del "papel decisivo desempeñado por la magistratura en en el bloqueo de todas las posibilidades, todos los intentos de compromiso". Como nos recuerda Behrens (1967, p. 177), "hasta finales de los años ochenta del siglo XVIII, la lucha por la reforma nunca se había producido entre el tercer estado (o cualquier segmento del mismo) y la nobleza".

[118] Véase Le Roy Ladurie y Quilliet (1981, pp. 387-388). Por supuesto, en términos absolutos los ingresos del Estado aumentaban (véase Price, 1973, vol

ción se había agravado por el sistema de la Compañía de Arrendamientos Generales, que en el siglo XVIII (al menos hasta 1774) había sido la principal agencia de recaudación fiscal, para beneficio de los recaudadores.[119] "La monarquía perdió su independencia [respecto a la compañía]." Tal vez Necker redujera el papel de la compañía, pero "fue necesario nada menos que una revolución para derribarla".[120]

Sin embargo, fue la guerra americana lo que transformó una tendencia constante en un problema agudo al incrementar de forma espectacular el gasto del Estado en una época de caída de ingresos del mismo.[121] Se suponía que la guerra americana

I, p. 375, tabla IV), pero mucho menos que el producto nacional o el gasto del gobierno.

[119] En el siglo XVIII, el 40% de los ingresos del Estado procedía de los arrendamientos generales. Pero esta cifra no lo dice todo. "El retraso reinaba en todas partes. Era casi estructural, dada la escasa coherencia del sistema [fiscal], la mala voluntad intencionada de unos y de otros, las dificultades reales del transporte [...] y todo un complejo de hábitos de lentitud" (Goubert, 1973, p. 147).

[120] Chaussinand-Nogaret (1970, p. 266). "El Terror puso en orden las cosas. El 8 de mayo de 1794, de 36 arrendadores generales arrestados o en prisión, 28 fueron ejecutados. La confiscación de sus bienes dio ocasión, en beneficio de la República, a la última operación financiera de una compañía que se confundía con las finanzas reales."

Estos financieros eran al mismo tiempo "burgueses" y "aristócratas". Su ascenso "fue el ascenso de cierta burguesía, de esa burguesía dinámica con pocos escrúpulos y muchas veces ilustrada, constituida por 'la marchandise'. Los financieros formaban de hecho una oligarquía en la que era difícil discernir si se fundaba en la fortuna o en la herencia" (Chaussinand-Nogaret, 1970, p. 270). "El poder de estas familias, fundado en el dinero, pronto oscurecía sus orígenes y las condiciones de su ascenso estamental [...] Las finanzas penetraban la nobleza, y los aristócratas se ocupaban de ellas tanto en su calidad de financieros como en su calidad de empresarios industriales" (Soboul, 1970b, p. 228). Esta fusión de intereses se basaba en la acumulación común de capital. Como observa Bosher (1970, p. 309), "a la Asamblea Nacional, en su gran mayoría, no le gustaba el sistema financiero precisamente porque estaba en manos de capitalistas —la palabra la utilizaban ellos— orientados al beneficio, y en este respecto la deuda les parecía la peor característica de un mal sistema".

[121] Sobre el creciente desfase entre los gastos del gobierno y los ingresos ordinarios, véase Guéry (1978). Para Morineau (1980b, p. 318), no fue una sola guerra, sino una sucesión de guerras lo que creó el problema. "El impacto más fuerte, como podría sospecharse, venía de la acumulación de deuda pública después de cada periodo de hostilidades." Incluso aunque Morineau reconoce (p. 311) que fue con la dimisión de Necker en 1781 cuando "las finanzas francesas entraron en un periodo angustioso. [Los créditos] devoraban desde dentro los ingresos ordinarios [el sistema francés distinguía entre ingresos ordinarios y extraordinarios] debido al aumento de los intereses de la deuda *(charge des intérêts)*." Esto es tanto más notable si se tiene en cuenta que, en la guerra americana, los franceses no necesitaron, como en las anteriores guerras franco-británicas, mantener grandes ejércitos de tierra en Europa. Véase Anderson

servía a los intereses de Francia, y lo hizo de muchas formas. Después de todo, representó una secesión de aquella zona colonial de Gran Bretaña que era su cliente más importante para las exportaciones. Y, efectivamente, la guerra dañó a Gran Bretaña, provocando una "brusca interrupción",[122] del comercio exterior y una caída en su valor total. Para Francia, fue una "guerra de revancha"[123] y se ignoraron las implicaciones ideológicas.

Aunque Gran Bretaña perdió la guerra con Norteamérica, la ventaja francesa resultó ser una quimera. Lüthy denunció retrospectivamente esa "alianza antinatural" que se derivó de la concepción de Choiseul de una revancha en el Nuevo Mundo y señala que tan pronto como se firmó la paz, "los ingleses y americanos se encontraron de nuevo cara a cara para liquidar su disputa familiar a espaldas de aquellos extraños (latinos y papistas) que se habían entrometido sin ser invitados".[124] ¿Por qué ocurrió esto? En gran medida, por todas las razones que explican la reanudación paralela de los vínculos comerciales entre ex colonizador y ex colonizado después de las denominadas descolonizaciones del siglo XX: es mucho más sencillo —por lo que se refiere a las redes comerciales, sociales y culturales existentes— que el ex colonizado retome sus viejos lazos (alterados de alguna manera), que transferir esta relación a otras potencias del núcleo.[125]

(1965, p. 266). Es por esta razón por lo que el argumento de Skocpol (1979, p. 64) de que fue "su tendencia irreprimible a la guerra [lo que] llevó a la monarquía borbónica del siglo XVIII a una aguda crisis financiera" me parece desacertada. La "tendencia" no me parece mayor en Francia que en Gran Bretaña, tal vez menos. "¿Quién no comprendería [...] los temores de un Turgot" cuando supiera del inicio de la guerra americana? (Morineau, 1980b, p. 309). Por lo que se refiere a Necker, Grange (1957, p. 29) observa que fue "esa guerra americana que odiaba [lo que] le impidió llevar a cabo la mayoría de sus proyectos". Fue Pitt, permítasenos recordar, quien lamentó la paz de París.

122 Mathias (1969, p. 44). Deane y Cole (1967, p. 47) consideran la guerra americana un "interludio desastroso" en medio de lo que, en otros aspectos, fue un "periodo de rápido crecimiento" del comercio exterior británico a partir de la década de 1740. Ashton también habla del "desastre de 1755" (1948, p. 148).

123 Meyer (1979a, p. 187).

124 Lüthy (1961, p. 592). Sobre la decepción francesa en lo tocante a sus esperanzas de un aumento de su cuota del mercado norteamericano, véase Godechot (1980d, p. 410): "En lugar de un comercio activo con los Estados Unidos [1778-1789] que llevara prosperidad a ambos países, [...] hubo un comercio estancado o, peor aún, un comercio unidireccional que despojó a Francia de liquidez sin reportarle ningún beneficio."

125 Una situación típica puede encontrarse en la cuestión de la exportación

Efectivamente, en 1796 un astuto analista francés, Tanguy de la Boissière, al reflexionar sobre las relaciones comerciales franco-americanas desde 1775, podía escribir que:

> Gran Bretaña, al perder la propiedad de las tierras de sus colonias, no ha perdido nada puesto que inmediatamente se ha convertido en la propietaria de su usufructo. Tiene ahora los beneficios que proporciona un comercio inmenso sin tener, como el pasado, los costes de administraciones. Es por tanto obvio que Inglaterra, lejos de haber sufrido una pérdida, ha ganado por la secesión de 1774.[126]

Tal análisis no era desconocido en Gran Bretaña. Indudablemente, se encontraba en la oposición de Burke a la política de Jorge III, y a su concepción de que ese "desastre" representaba "una despedida de las tradiciones establecidas por la Gran Revolución de 1689".[127] Burke no estaba solo, Josiah Wedgwood, un gran empresario "típico de su época y de su clase", también se oponía a la guerra. Wegdwood "bendijo a su estrella y a lord North cuando Norteamérica alcanzó su independencia".[128]

Estas ventajas que Gran Bretaña obtuvo de la descolonización se debieron, fundamentalmente, a la posición dominante que ya había alcanzado en 1763. En tales circunstancias, conservar la Norteamérica británica como una colonia representaba una carga sin las suficientes ventajas concomitantes, incluso aunque no todos los funcionarios británicos lo comprendieran en aquella época. Retrospectivamente, es evidente (¿sólo retrospectivamente?) que "desde el punto de vista comercial, la secesión de las colonias se desarrolló casi en beneficio del país".[129]

de mástiles navales desde Estados Unidos. Bamford (1952, pp. 33-34) se pregunta por qué Francia no importó estos mástiles en mayor cantidad durante el periodo 1776-1786, privando así a la armada francesa "de un gran recurso forestal del que Gran Bretaña había dependido desde hacía largo tiempo y al que se le permitió acceder con libertad sin que los franceses opusieran grandes obstáculos". Halla la respuesta en "la ignorancia y el conservadurismo de muchos oficiales navales en lo que se refería a los recursos exteriores americanos", sumada a algunos casos de irresponsabilidad de los comerciantes americanos, que confirmaron los prejuicios franceses.

[126] Tanguy de la Boissière (1796, p. 19).

[127] Plumb (1950, p. 135).

[128] Plumb (1956, p. 129).

[129] Dehio (1962, p. 122). No fue sólo Francia la que resultó "engañada" por este desarrollo. En Holanda, los dos grupos anti-estatúder, los regentes (grandes burgueses liberales) y los patriotas (demócratas radicales) "estaban convencidos de que la derrota británica en América asestaría un golpe fatal al co-

De este modo, la guerra de Independencia americana, que Francia concebía como "el fin de la grandeza británica", tuvo como contrapartida "una Revolución francesa".[130] La deuda de Francia se duplicó como resultado de la guerra.[131] En el lapso de cinco años, la monarquía "dejó de ser digna de crédito".[132] En 1788, el pago de la dueda alcanzó el 50% del presupuesto.[133] El Estado estaba al borde de la "bancarrota".[134]

¿Pero, el Estado británico en la década de 1780 se encontraba en una mejor situación? El servicio de la deuda en Gran Bretaña en 1782 era aun mayor, como porcentaje de los ingresos públicos, que en Francia, incluso la Francia de 1788, por no hablar de la de 1782. La diferencia no estribaba en el lugar donde se encontraban en época del tratado de paz de 1783, sino en "lo que tuvo lugar después".[135]

mercio inglés y que el interés de su país era por tanto aliarse con Francia. [Sin embargo] el comercio entre Holanda y Estados Unidos [después de 1783] no alcanzó la importancia que habían esperado los mercaderes, puesto que los puertos americanos renovaron sus vínculos con Inglaterra" (Godechot, 1965, pp. 108-109).

Por consiguiente Francia sufrió pérdidas económicas en el norte de Europa (como Gran Bretaña pero ¿quién perdió más?) debido a la guerra americana, puesto que la lucha naval franco-británica creó un vacío comercial parcialmente llenado por el "comercio neutral" de esos países. Véase Meyer (1979a, pp. 213-214).

[130] Cobban (1963, p. 122).

[131] Véase Morineau (1980b, pp. 312-313), quien afirma que la deuda ascendió a unos mil o mil trescientos millones de libras. Es objeto de discusión la importancia que tuvo en este proceso la venta desesperada de rentas vitalicias *(rentes viagères)* durante la guerra americana, sin considerar la edad del comprador. Riley (1973, p. 742) lo considera "costoso"; Harris (1976, p. 256) afirma que "aún está por demostrar que estos créditos fueran catastróficos". Sin embargo, precisamente las *rentes viagères* no eran "créditos", a diferencia de las *rentes perpetuelles*. Véase Taylor (1961, pp. 959-960).

Además, los créditos estatales ofrecían "beneficios especulativos inusuales", y atrajeron capital de Ginebra, Amsterdam, Londres y Génova. El resultado fue que en 1786 "los precios y los créditos estaban demasiado inflados". Esto provocó temor a la insolvencia estatal, amenazando "la entera estructura del capitalismo comercial francés, por no hablar de los centros financieros extranjeros". El nexo con la revolución puede verse con claridad en el hecho de que la Asamblea Nacional dio en 1789 tres garantías explícitas de esos créditos estatales. Y "fue Talleyrand, obispo y agiotista, el que encabezó la lucha por restablecer la solvencia gubernamental nacionalizando la propiedad de la Iglesia". Como sabemos, esto no hizo más que retrasar el final. En 1793, los asignados y la Convención "destruyeron la riqueza especulativa" (Taylor, 1961, pp. 956-957).

[132] Roberts (1978, p. 8).

[133] Véase Le Roy Ladurie y Quilliet (1981, p. 386).

[134] Hobsbawm (1962, pp. 79-80).

[135] Morineau (1980b, p. 329). Y la diferencia tampoco estribaba en el siste-

La disparidad franco-británica aumentó súbitamente. En primer lugar, los británicos recaudaron ingresos adicionales, reduciendo de forma perceptible el pago de la deuda.[136] Pero esto no era suficiente, en especial porque Gran Bretaña tenía otro problema, resultado de la continua repatriación de las inversiones holandesas en la década de 1780.[137] Es decir, Gran Bretaña no podía seguir refinanciando su deuda; sin embargo, sabemos que entre 1783 y 1790 o 1793 la deuda francesa siguió aumentando mientras que la británica era liquidada en gran parte.[138] Davis tiene una explicación, —"el saqueo de la India en las décadas posteriores a Plassey"— que, incluso aunque no fuera la base de la inversión de capital en la industria, pudo haber "proporcionado los fondos que pagaron la deuda nacional contraída con los holandeses y otros países".[139] Una vez más, la ventaja de Gran Bretaña derivaba de una posición adquirida en 1763. Al comparar la feliz década de crecimiento industrial en Gran Bretaña entre 1780 y 1790, que culminó en el "auténtico *boom* de 1792, en la víspera de la [renovada] guerra [franco-británica]",[140] con la desdichada época de la "prerrevolución"

ma de *financiers* en Francia y la existencia del Banco de Inglaterra en Gran Bretaña, diferencia que "se ha exagerado un poco" (p. 332). Ambos servían como "viveros monetarios" *(viviers d'argent)* (p. 332) para sus respectivos gobiernos.

[136] Véase Morineau (1980b, p. 326). A diferencia de lo que ocurrió durante el periodo subsiguiente a la guerra de los Siete Años. Véase Ward (1965, pp. 549-550). Pero en aquel periodo anterior, Gran Bretaña poseía una ventaja diferencial (con respecto a Francia), la de su favorable balanza comercial con la Norteamérica británica, lo que le permitió "mantener su solvencia" durante la guerra de los Siete Años (Andrews, 1924, p. 109). En el caso de Francia, lo "inesperadamente costoso de la guerra" condujo a un par de decisiones políticas que, combinadas, provocaron la dislocación fundamental de las finanzas estatales. Por una parte, Francia decidió en 1755-1756 "basar la guerra en créditos en vez de basarla en impuestos". Esto se debió en esencia a la fortaleza de la oposición de los *parlements* a una mayor presión fiscal. Por otra parte, Francia, a diferencia de lo que había hecho en 1714, decidió en 1764 "preservar la santidad de la [...] deuda", prefiriendo liberalizar los cereales y reducir los impuestos. Una vez más, observamos demasiado *laissez faire*. La primera decisión fomentó un crecimiento significativo de la deuda, en tanto que la segunda "garantizaba el libre imperio de la deuda en la política, la economía y las finanzas" (Riley, 1986, pp. 160, 230-231).

[137] Sobre la importancia de los capitales holandeses en la Gran Bretaña del siglo XVIII, véase Eagly y Smith (1976, pp. 210-211); véase también Wallerstein (1984, pp. 392-393). Sobre la repatriación, véanse Mathias (1969, p. 4), y Davis (1979, pp. 54-55).

[138] Véase Morineau (1980b, pp. 324-325).

[139] Davis (1979, p. 55).

[140] Crouzet (1965, p. 73).

en Francia, es preciso considerar el contexto de una situación muy distinta de las finanzas estatales. La diferencia financiero-fiscal pudo haber sido únicamente una "perturbación pasajera"[141] de no haber "desembocado en una explosión y, por tanto, en un considerable aumento de la disparidad franco-británica".[142]

Por tanto, las ventajas acumuladas por Gran Bretaña en la economía-mundo después de 1763 e incrementadas en la década de 1780, se hicieron definitivas en 1815. El deseo del Estado francés de "alcanzar" a Gran Bretaña tuvo mucha importancia en la década de 1780 para crear las condiciones de una explosión. Una deuda pública creciente sólo podía resolverse re-

[141] El 25 de octubre de 1786 un astuto diplomático británico destinado en París, Daniel Hailes, enviaba este análisis a lord Carmarthen en Londres: "Según el cálculo de M. Necker, las deudas públicas de Inglaterra y Francia, por un singular accidente a finales de la guerra ascendían casi a la misma suma. Considerando todas las circunstancias, Francia había sufrido tanto como Gran Bretaña debido a la guerra, y no podía consolarse sino con la improductiva satisfacción de ver a América separada de su metrópoli desde el punto de vista político, sin que aumentaran sus ventajas comerciales; y ello por razones debidas a su incapacidad para suministrar aquellos artículos de primera necesidad que América precisa igual de buenos, de baratos o a un crédito tan prolongado como los que proporciona Inglaterra. Defraudada en aquellas esperanzas (si es que en realidad las albergaba) de asegurar el comercio con Estados Unidos, podría haberse esperado que volviera sus ojos hacia su propia condición interna y, vistas las desgracias que había atraído sobre sí misma junto con su enemigo, que hubiera tomado algunas medidas efectivas para recortar sus gastos, aplicando a sus heridas la única medicina de la que podría haber obtenido alivio, la de la economía. Gran Bretaña, sentando ese ejemplo, hizo tal conducta doblemente necesaria; estando cada país acostumbrado, y con razón, a medir sus propias carencias y aflicciones por las ventajas y recursos de su rival. Pero Francia, en el momento presente, parece haber perdido por completo de vista esa política; y su señoría habrá observado que he insistido en particular, en el curso de mi correspondencia, en aquellas operaciones financieras que mejor creo que pueden iluminar una conducta tan opuesta a la que cabría esperar.

"Aunque siempre he estado convencido de que los sistemas de reformas propuestos —y hasta iniciados— en este reino por mons. Turgot y mons. Necker son tan impracticables como inaplicables al gobierno de esta monarquía, y aunque es necesario que esa poderosa clase que se encuentra entre el trono y el pueblo reciba el apoyo con parte de los ingresos del país, aunque (si se me permite la expresión) el sabio gobierno de la venalidad, y la economía de la corrupción y del favor —mientras no amontonen, como es el caso en el día presente, demasiados honores y emolumentos en las mismas personas— ofrezcan tan grandes recursos como para constituir, quizá, la única superioridad esencial y practicable de la buena administración de las finanzas respecto a su mala administración. Es en la corte, señor, donde debéis buscar la fuente de los males presentes" (Browning, 1909, pp. 144-145).

[142] Morineau (1980b, p. 334).

cortando los gastos o aumentando los ingresos, directa o indirectamente. El Estado francés eligió el camino de intentar aumentarlos de forma indirecta.

En 1776, Luis XVI escribió en el margen de un memorándum de Turgot: "Es la gran queja de M. Turgot. Para los amantes de la novedad, necesitamos una Francia más inglesa que Inglaterra."[143] Luis XVI parecía dudar. Necker intentó avanzar en la otra dirección, la de tratar de aumentar la cuota del Estado en las plusvalías extraídas, pero fracasó. La década de 1780 volvería a ofrecer oportunidades para quienes quisieran "abrir" Francia a los vientos frescos (que sus adversarios creían fuertes vendavales) de la "novedad" y de la competencia. Por un lado, puede pensarse que quienes se beneficiaban del acaparamiento de la renta, especialmente en la década de 1780, "aserraron la rama en la que se sentaban".[144] Por otra parte, puede acusarse a la monarquía de ayudar a aserrarla al reaccionar frente a sus frustraciones (incapacidad para reformar el sistema fiscal interno) y volver a la solución de abrir sus fronteras (lo que suponía más pagos de aranceles) como fuente de ingresos. De este modo, la monarquía se labró la hostilidad de otro sector del estaro capitalista, el de quienes temían una final "semiperiferialización" de Francia en una economía-mundo dominada por Gran Bretaña.

La primera señal de la nueva política fue el decreto del 30 de agosto de 1784 que abría las colonias francesas al libre comercio exterior. Con ello se intentaba fomentar el comercio entre los estados norteamericanos ahora independientes y las Indias Occidentales francesas, maniobra que acabó beneficiando a Gran Bretaña al menos tanto como a Francia.[145] Ya en aquel

[143] Citado como *item* número 7623 en Osler (1978, p. 680).

[144] Le Roy Ladurie (1975, p. 422).

[145] Calonne y su ministro de las colonias, Castries, autor del decreto, discutieron sobre si las colonias debían abrirse a *todos* los extranjeros o sólo a los norteamericanos. Castries venció sosteniendo que por vía de la claúsula de naciones más favorecidas, una concesión a los norteamericanos significaba una concesión a todos. Calonne trató por tanto de compensar a los pescadores de bacalao elevando el arancel sobre las importaciones y bonificando las exportaciones de bacalao. Véase Pugh (1939, pp. 294-295); véase también Habakkuk (1965, p. 39).

Tanguy de la Boissière en 1796 (p. 22) consideraba el decreto como el resultado de las esperanzas ciegas en sus futuras relaciones comerciales con Norteamérica. "El gabinete de Versalles [...] creía en aquel momento que nada era demasiado para los americanos." Tanguy (p. 5) citaba con aprobación el texto de Arnould (1791, vol. I, p. 233): "Los americanos obtienen, frente a Francia, un balance neto de pagos con el que confunden a la industria inglesa. Eso es

momento protestaron enérgicamente los grandes mercaderes portuarios.[146] Una de las justificaciones del gobierno era que el extenso comercio de contrabando ya había socavado los monopolios. El decreto de 1784 reconocía esto y trataba de capitalizar una realidad de la vida económica.[147] Fue esta lógica lo que condujo al fatal tratado de Eden de 1786, el cual, como sostiene Braudel, "evidenció", no provocó, el fracaso de Francia en la lucha por la hegemonía.[148] Pero, ¿era necesario demostrarlo de forma tan patente? Y, ¿ese tratado no fue en sí mismo, de muchas maneras, el último clavo del ataúd?

¿Qué llevó a Francia no sólo a firmar el tratado comercial anglo-francés de 1786, sino a tomar la iniciativa de buscarlo?[149] Parece evidente que se esperaba matar dos pájaros de un

por tanto el *nec plus ultra* de un comercio cuya esperanza contribuyó a que Francia sacrificara cientos de millones [de libras] y varias generaciones de hombres." Para Arnould, la razón por la que este decreto no resultó rentable era doble: la mala calidad de las mercancías francesas y la competencia activa (en el mercado norteamericano) de otros estados europeos (véase p. 235). Incluso los holandeses suplicaron a Luis XVI que revocara el decreto, afirmando que eran los ingleses quienes se beneficiaban de él, tanto a sus expensas como a las de los franceses. Véase Morineau (1965, p. 225).

[146] Véase Godechot (1980a, p. 81).

[147] Véase Habakkuk (1965, p. 39).

[148] Braudel (1984, p. 379).

[149] Vergennes y Rayneval, los principales negociadores franceses, "deseaban una política de *clearing à la Briand*, solventando las diferencias que separaban a los dos pueblos vecinos. Además, el momento era grave desde un punto de vista financiero; una nueva guerra podía provocar un colapso interno. Era necesaria una larga paz para restablecer el trono y la economía nacional. Una cosa es segura: la negociación fue el resultado de la insistencia francesa" (Cahen, 1939, p. 258). En efecto, la iniciativa francesa "fue recibida con profundas sospechas por Pitt el joven, que sospechaba de los franceses incluso cuando parecían regalar algo" (Cobban, 1963, p. 111). Si los británicos estuvieron de acuerdo en negociar, fue sin duda porque ambos gobiernos "estaban bajo la influencia de consideraciones de carácter práctico porque necesitaban incrementar sus ingresos" (Henderson, 1957, p. 105). Además, los franceses presionaron a los británicos para que negociaran por medio del decreto del 17 de julio de 1785, que volvía a imponer prohibiciones a las manufacturas inglesas, y entablaba negociaciones con Holanda para un nuevo tratado comercial. Véase Dumas (1904, pp. 30-35). También amenazaron con anular (Dumas, 1904, p. 36) el tratado de Utrecht de 1716, es decir, el tratado de navegación y comercio firmado el mismo día que el tratado de paz. Véase Ehrman (1962, p. 30, n. 4). Es útil recordar que en 1716 el parlamento británico había rechazado las cláusulas ocho y nueve del tratado, que hubieran abierto ampliamente el comercio entre ambos países porque en aquel momento la industria francesa "todavía inspiraba tal temor entre los industriales ingleses que se sentían incapaces de luchar contra ella" (Dumas, 1904, p. 3). Briavoinne hizo esta misma observación en 1839 (p. 193). Los franceses cargaron por tanto con las "desventajas"

tiro: resolver la crisis financiera del Estado francés logrando gravar con impuestos lo que anteriormente había sido comercio de contrabando (y extender este comercio globalmente),[150] y resolver las dificultades estructurales a largo plazo de la producción francesa forzando la innovación por medio de las presiones del mercado.[151] Había, además, un factor coyuntural

del artículo v (acceso de la navegación inglesa a los puertos franceses) sin las "ventajas" de los artículos VIII y IX. Véase las quejas de De Rayneval en el memorándum a Calonne (1784, p. 2066) en el que urge a iniciar las negociaciones.

[150] Dupont de Nemours, a quien suele considerarse el principal defensor intelectual del tratado y de un comercio más libre, es bastante claro al respecto. En su memorándum más largo sobre este tema (1786, p. 36 bis) defendió un comercio recíproco y controlado entre Gran Bretaña y Francia que sustituiría el comercio de contrabando que, dado que ninguno de los dos países había sido capaz de suprimirlo, había privado a ambos "de los beneficios que reportarían las mercancías que ambos recibieran"; es decir, los aranceles. Volvió a este tema en su panfleto justificativo dos años más tarde, quejándose de las "costumbres de nuestra nación" que habían mantenido el contrabando y sosteniendo que el tratado había "hecho revertir en beneficio del Estado [...] el dinero que antes se gastaba en primas de seguro para mantener un comercio ilícito (Dupont de Nemours, 1788, pp. 49, 72). Véase también Anisson-Dupéron (1847, p. 16).

El análisis francés de Dupont de Nemours está bastante próximo al del diplomático británico Daniel Hailes: "En Gran Bretaña, los ministros de su majestad, con rara sabiduría, vigilancia y perseverancia, al fin han encontrado medios de llevar a efecto las leyes fiscales, evadidas desde hace tanto tiempo.

"Por consiguiente, es probable que el gobierno francés perciba su propia incapacidad para lograr hacer efectivas sus leyes que prohíben la importación de manufacturas británicas y que en este aspecto puedan considerarse los beneficiados por el tratado.

"Pero creo que puedo comprometerme a asegurar a su señoría que existe otra causa del ansia de Francia por concluir los acuerdos comerciales. Me refiero al alivio inmediato del Tesoro Real al aumentar sus ingresos, aumento que puede suponerse resultará inmenso debido a la súbita afluencia de toda clase de mercancías británicas que paguen los derechos legales, tan pronto como el tratado entre en vigor." (Informe a Lord Carmarthen redactado el 25 de octubre de 1786, citado en Browning, 1909, pp. 149-150.)

[151] Stourm (1885, p. 31), explicando los motivos de Dupont de Nemours, Vergennes y otros, señala que el tratado no fue el único esfuerzo en este sentido. "El remedio heroico de la competencia inglesa fue precedido de una serie de medidas emprendidas con el mismo objetivo durante los años anteriores: contratación de capataces *(chefs d'atelier)* ingleses, incentivos a los inventores, importación a expensas del Estado de máquinas extranjeras pieza por pieza así como las ventajas concedidas a diversos constructores de máquinas, privilegios otorgados al comercio con las colonias, un embargo policial a los obreros ingleses para retenerlos [en Francia] durante la vigencia de su contrato, beneficios excepcionales concedidos a los fabricantes extranjeros que deseaban establecerse en Francia, etc." Lefebvre (1932, p. 14) lo consideraba "una buena idea en principio. Al abrir de pronto las fronteras a la industria inglesa, cuya superioridad era abrumadora [*dixit* Lefebvre], se induciría una sacudida bru-

que, desde el punto de vista de Francia, favorecía el hecho de que la iniciativa fuera francesa. Hubo una espectacular caída de los precios agrícolas en el periodo posterior a 1778,[152] que hizo a los grandes propietarios más reacios a todo mecanismo que transfiriera sus plusvalías al Estado, lo que hizo tanto más atractiva la vía del aumento de los aranceles.

El tratado incluía un mecanismo de compensación comercial [*trade-off*] con Gran Bretaña. Un comercio más libre suponía (a grandes rasgos) más artículos de algodón británicos (y más alfarería, lana y productos de hierro) en el mercado francés frente a más vino francés (y otros productos agrícolas, aunque también seda, lino, vidrio) en el mercado británico. Pero, ¿cuánto más? La respuesta depende de los cálculos económicos. Los negociadores franceses sin duda subestimaron el impacto de las manufacturas británicas[153] y exageraron su capacidad para compensar a los fabricantes franceses de cualquier pérdida.[154] Pero lo peor de todo fue que dieron la impresión de que aprobaban el nuevo papel semiperiférico de Francia. Chap-

tal." Landes (1969, p. 139) comparte este punto de vista. El tratado de Eden de 1786 "abrió el mercado francés a los algodones británicos y convirtió la modernización en cuestión de supervivencia".

[152] Labrousse (1944, p. 147) habla de una caída del 45-50%. "De este modo se perdieron los progresos logrados desde 1760."

[153] Es sorprendente observar que cuando Pitt designó a Eden principal negociador británico, entonces y sólo entonces Vergennes escribió al *chargé d'affaires* en Londres, M. de Barthélémy, solicitándole información tan elemental como si el gobierno británico pagaba o no primas a las exportaciones. Véase Ségur-Dupeyron (1873, pp. 386-387). De Rayneval era igualmente ignorante. Véase Dumas (1904, p. 27). Ambos podían haber recurrido al conocimiento de Holker, inglés de nacimiento pero que llegó a ser inspector general de las manufacturas francesas y que había advertido a De Rayneval el 21 de diciembre de 1785 que los ingleses "podrían proporcionar a Francia tela de algodón de todas clases un 30% más barata que nosotros". (Citado en Boyetet, 1789, pp. 86-87.) Pero Holker murió unos días antes de que Eden llegara a París. Se dice que los comerciantes de Manchester se regocijaron en extremo al enterarse de su muerte, no sólo porque privaba a De Rayneval de un asesor valiosísimo, sino porque esperaban que sus propias fábricas de algodón en Ruán se colapsaran al desaparecer Holker. Véase His de Butenval (1869, pp. 65, 70).

[154] En su carta abierta a la Cámara de Comercio de Normandía, escrita en 1788, en réplica a sus quejas sobre los efectos del tratado de Eden, Dupont de Nemours (1788, p. 8) afirmaba que durante largo tiempo había apoyado la ayuda del gobierno a la industria francesa. "Le dije al ministro, le escribí, le repetí con insistencia que debía intentar hacer soportable e incluso ventajosa la competencia que creía necesario permitir. Él reconoció esa necesidad. [Sin embargo,] la suspensión de la Asamblea de Notables tuvo el efecto, junto con los frecuentes cambios en el ministerio, de retrasar la ejecución [de esta intención]."

tal, en su memorándum de 1802 dirigido a Napoleón, decía, a propósito del tratado, que Francia había confiado en "las ventajas y prosperidad de su agricultura" y afirmaba que los productos del suelo inglés "no tenían nada de especial o raro".[155] Sin embargo, se ha dicho que Rayneval parecía dispuesto a hacer cualquier concesión "siempre que se redujeran los aranceles sobre los productos agrícolas [de Francia]".[156] En efecto, Rayneval escribió a M. Adhemar, embajador francés en Londres en 1786, poco antes de la firma del tratado:

> Sin duda, introdujimos principalmente en Inglaterra los productos de nuestro suelo a cambio de los productos británicos. Pero yo siempre he creído, y sigo creyendo, que un productor agrícola es la persona más interesante desde el punto de vista del Estado.

De Rayneval no se detuvo aquí, pues como justificación adicional del tratado aseguró ante el Consejo de Estado el 21 de mayo de 1786:

> Suponiendo que los resultados no sean los previstos, ¿es preferible procurar la prosperidad de unos pocos fabricantes de hierro y acero, o la del reino? ¿Aumentar el número de fabricantes, o el de productores agrícolas? Y, suponiendo que quedemos inundados de artículos de hierro ingleses, ¿no podemos volverlos a vender en España o en otras partes?[157]

Así, De Rayneval parecía contemplar con gran ecuanimidad la posibilidad de que Francia desempeñara el papel de correa de transmisión en la economía-mundo que había sido el glorioso destino de España y Portugal durante dos siglos. No es de extrañar que Pitt pudiera decir en defensa del tratado en el debate parlamentario: "Está en la naturaleza y en la esencia de un acuerdo entre un país fabril y un país bendecido con producciones peculiares [sic] que las ventajas redunden en favor del primero."[158]

¿Era ésta una estrategia inevitable para el Estado francés, en el mismo momento de apogeo del crecimiento económico bajo

[155] Chaptal (1893, p. 86).
[156] Dumas (1904, p. 78).
[157] Ambas citas se mencionan en His de Butenval (1869, pp. 57, 70). Se echa de ver por qué Weulersee califica el tratado de 1786 de "un éxito brillante" para los fisiócratas (1985, p. 33).
[158] Cobbett (1816, p. 395).

el *Ancien Régime?*[159] ¿Es sorprendente que Gran Bretaña intentara negociar tratados comerciales entre 1785 y 1793 con Portugal, España, Rusia, Inglaterra, Prusia, las dos Sicilias y Holanda junto con sus negociaciones con Francia. También se desarrollaban conversaciones preliminares con Suecia, Turquía y los Países Bajos de los Austrias. Así, el marqués de Carmarthen podía hablar en 1786 de "la actual furia por los tratados comerciales". Ninguna otra negociación obtuvo resultados. "El éxito [del tratado con Francia] fue único."[160] La presión sobre el gobierno francés fue sin duda grande —el estado de las finanzas gubernamentales, la crisis del comercio vinícola—[161] pero también lo fue la decisión, simbólicamente y en la realidad. El Estado francés parecía optar, bajo el aspecto de una reforma, por una desindustrialización parcial que serviría a los intereses de ciertos empresarios agrícolas, pero que comprometía los de las clases obreras. Las "reformas" parecían similares a las que defiende el Fondo Monetario Internacional en el siglo XX para los gobiernos endeudados y que tienen dificultades en sus balanzas de pagos.

Es por tanto comprensible que las objeciones británicas al tratado, aunque reales, fueran superadas fácilmente. Pitt defendió el tratado sobre la base de las ventajas comerciales. Fox se opuso a él por razones puramente políticas, afirmando que "Francia era el enemigo natural de Gran Bretaña".[162] En todo

[159] Marczewski (1965, p. xcv) sitúa el apogeo en 1780-1786.

[160] Ehrman (1962, p. 175). La cita de Carmarthe está en la página 2.

[161] Véase Labrousse (1944, pp. 78-82). Slicher van Bath (1963, pp. 235-236). El apoyo retrospectivo de los viticultores al tratado todavía era fuerte en 1801 cuando el Conseil de Commerce de Burdeos envió al ministro del Interior, Chaptal, un informe en defensa del tratado de Eden. Véase His de Butenval (1869, p. 107).

[162] Cobbett (1816, p. 398). Es cierto que *The Morning Herald*, un periódico de la oposición, sostenía que las manufacturas de algodón francesas eran superiores a las británicas y que los impuestos en Gran Bretaña eran superiores. Véase His de Butenval (1869, p. 134) y Dumas (1904, p. 107). Sin embargo, como sugiere Dumas (p. 121) esto era sin duda una propaganda política concebida para atemorizar a los fabricantes británicos; de hecho, sin éxito. Ehrman (1962, p. 65) considera que fue "quizá la debilidad de tales argumentos [económicos] lo que [llevó a la oposición] a concentrarse en las implicaciones diplomáticas del tratado".

Dull concede cierta credibilidad a esto argumentando que para Vergennes el tratado era "una versión en el siglo XVIII de la política rusa de Nixon y Kissinger" (1983, p. 11). Mantoux cree, sin embargo, que había una división entre los fabricantes británicos: las industrias más antiguas eran partidarias de la protección y opuestas al tratado, en tanto que las que eran más modernas con

caso, Gran Bretaña tenía más de una buena razón económica directa para apoyar el tratado, tenía el mismo incentivo que Francia para encontrar nuevas fuentes de ingresos estatales, para legalizar el comercio de contrabando y someter al fisco los intercambios franco-británicos.[163] A los británicos les preocupaba la pérdida potencial de mercados norteamericanos en favor de Francia (a consecuencia del tratado posterior a la guerra), de España (a causa del Acuerdo Familiar) y de Portugal (que acababa de conceder a Francia el estatus de nación más favorecida) y, por tanto acogieron favorablemente el acceso a los mercados de la propia Francia.[164] Pero, ante todo, sabían que desde el punto de vista de la competencia, lo fundamental era el algodón. No se trataba únicamente de que confiaran en su capacidad para vender en el mercado francés,[165] sino que estaban preocupados por conservar el acceso a las importaciones de algodón desde fuera de las colonias británicas, que en aquella época satisfacían menos del 30% de sus necesidades.[166] Desde ese punto de vista, el proteccionismo vulgar no bastaba.

Para Francia, las consecuencias económicas del tratado se sintieron casi inmediatamente, en especial (como indica un memorándum gubernamental francés de 1788) en el campo del "paño ordinario" en contraposición al "buen paño", es decir, en todos los artículos que se utilizaban para el consumo del "pueblo" y no para el de las "personas ricas".[167] El tratado provocó una importación masiva, un "auténtico diluvio"[168] de manufacturas de algodón británicas (y también de otras manufacturas).

prendían que "su principal interés estribaba en conseguir materias primas baratas y mercados libres para la venta de sus mercancías" (1928, p. 400).

[163] Véase Browning (1885, p. 354).

[164] Véase Dumas (1904, pp. 14-15).

[165] "Los intereses del algodón, el hierro y la cerámica se [...] inclinaban en favor de la política del gobierno. Pues todas estas ramas del comercio tenían mucho que ganar con un acceso más amplio al mercado francés, y ninguno tenía razones para temer una seria competencia por parte de las manufacturas francesas" (Ashton, 1924, p. 171).

Dos estampadores de calicó manchesterianos, Joseph Smith y Robert Peel, consideraban que las ventajas comerciales del algodón inglés se debían a su maquinaria que ahorraba costes. "Es imposible predecir con qué rapidez conseguirán estas máquinas los países extranjeros, pero incluso cuando las obtengan, la experiencia que tenemos en su uso nos dará tal ventaja que yo no temería la competencia" (citado en Edwards, 1967, p. 51).

[166] Véase Bowden (1919, pp. 25-26).

[167] A. E. 46, 1788, p. 239.

[168] Morineau (1978, p. 411). Lo que también se califica de "formidable competencia" (Furet y Richet, 1973, p. 26).

Fue una "revolución económica",[169] uno de los "puntos de inflexión en la historia industrial de Francia".[170] Los artículos británicos "inundaron" el mercado francés, escribía Arnould en 1791,[171] pero no fueron necesarios cinco años para que los franceses se dieran cuenta de esto. Esos efectos fueron objeto de discusión política casi inmediatamente. Desde entonces muchas veces se ha sostenido que esto se debió a un error de la percepción popular, puesto que la decadencia económica se inició en 1786 o incluso en 1785, antes de la fecha de puesta en vigor del tratado, que fue el 1 de julio de 1787.[172] Creo que esto es erróneo. Objetivamente, sus efectos pudieron ser más agudos después de 1787, pero un hecho que explica en parte las dificultades de 1786 fue probablemente la anticipación del tratado. En todo caso, fue la percepción y no la realidad lo que reguló la respuesta política.[173]

[169] Dardel (1963, p. 71).

[170] Markovitch (1966c, p. 130). Schmidt (1913, p. 270) cita un *mécanicien* que en 1788, hablaba de la "revolución comercial en la que estamos atrapados".

[171] Arnould (1791, pp. 181-183). Véanse también Chaptal (1819, vol. I, pp. 95-96); Dumas (1904, pp. 150-151); Schmidt (1908, pp. 91-92); Mantoux (1928, p. 263); Sée (1930, p. 308); Labrousse (1933, vol. II, p. 320); Acomb (1939, p. 42); Guérin (1968, vol. I, pp. 64-65); Tilly (1968, pp. 215-222), y Morineau (1971, p. 331).

Unos pocos investigadores sostienen que como la industria francesa se encontraba en dificultades ya antes del tratado, no debería exagerarse su importancia. Véanse Gaillardon (1909, p. 151) y Murphy (1966, p. 578). Más justo me parece decir, como Bouloiseau (1957, p. liv), que aunque las dificultades de la industria existían al menos desde 1780, fue el tratado lo que "reveló la amplitud del problema" [...] reveló su amplitud, la acentuó y amenazó con institucionalizarla.

[172] Cahen (1939, p. 275), por ejemplo, habla del hecho de que la "total responsabilidad" de la grave crisis económica fue "erróneamente [...] atribuida al tratado". Henderson (1957, p. 110) minimiza la ventaja británica argumentando que el hecho de que se doblaran las exportaciones británicas a Francia entre 1787 y 1792 "tal vez representara sólo una transferencia a canales legimitos de comercio de las mercancías que antes se pasaban de contrabando".

[173] "Los contemporáneos atribuyeron una gran importancia al tratado de 1786" (Lefebvre, 1939, p. 118). Véase también Heckscher (1922, p. 22). En agosto de 1788, circulaba una caricatura en París: un personaje denominado Comercio era ahorcado en una plaza pública. La cuerda de ahorcamiento tenía la leyenda "casas de descuento", un peso colgaba de sus pies desnudos, al que se denominada "derechos de exportación"; tenía las manos atadas con una cuerda en la que se leía "tratado comercial". Véase Schmidt (1908, p. 78).

Tarrade confirma que estas percepciones del momento no eran histeria sino que se basaban en condiciones materiales; este autor señala que tan pronto como se firmó el tratado, los fabricantes ingleses, anticipando los beneficios, especularon con el algodón, lo que conllevó un "rápido" incremento de los

Naturalmente, los fabricantes franceses y otros empresarios reconocieron que los paños británicos se vendían bien porque en el mercado francés eran más baratos que los paños franceses,[174] ventaja que se debía a la mayor mecanización, hecho en el que podía buscarse la solución. Pero, ¿cómo, y con cuánta rapidez? Una enciclopedia francesa publicada en 1789 escribía:

Acabamos de firmar un tratado comercial con Inglaterra que podrá enriquecer a nuestros biznietos, pero que ha privado de alimento a 500 000 obreros en el Reino y arruinado a 10 mil casas comerciales.[175]

Entretanto, los franceses consideraban que el gobierno británico contribuía a un proceso de *dumping*.[176] Se preocupaban por los efectos que sería "difícil reparar", como la emigración de trabajadores calificados desempleados.[177] En la época de los *cahiers de doléance*, el tratado era tan poco popular que incluso en *cahiers* de las provincias "menos directamente afectadas" se encontraban quejas respecto a él.[178] "El deseo general era la derogación total de este tratado."[179]

precios, "perjudicial para las empresas francesas en el momento en que tenían que enfrentarse a la competencia inglesa" (1972, vol. II, p. 691).

[174] Un fabricante de Glasgow, que escribía en 1786 o 1787, relata cómo en un encuentro con Holker en Ruán éste admitió que aunque los fabricantes franceses pagaban salarios más bajos, también tenían una productividad menor a causa de la indisciplina, y que por tanto los costes eran mayores. Véase Auckland (1861, vol. I, pp. 516-517).

[175] Jacques Peuchet, *Encyclopédie méthodique* (Jurisprudence, IX, Police et Municipalitiés, véase agricultura), citado en Bloch (1900, p. 242, n. 1).

[176] "[Los ingleses venden sus productos] a precios muy bajos, incluso más bajos que aquellos a los que los especuladores franceses, que compran sus mercancías en Inglaterra, pueden venderlos sin pérdidas, lo que me lleva a creer que reciben ayuda confidencial del gobierno. Sabemos que ése es su método para arruinar la industria de los países en los que han conseguido introducir sus mercancías" (A. E. pp. 46, 236). Es curioso que ningún investigador posterior haya ahondado en esta percepción francesa de la época para saber si hay pruebas que la justifiquen.

[177] Carta escrita en 1788 citada por Mourlot (1911, p. 106).

[178] Véase Picard (1910, pp. 156, 161). Por supuesto, "los informes de los *bailliages* de las regiones industriales eran unánimemente hostiles al tratado" (Dumas, 1904, p. 182). Qué duda cabe de que algunos distritos agrícolas contemplaron el tratado a una luz opuesta (p. 186).

[179] Champion (1897, p. 164) y Sée (193a, vol. II, p. 950, n. 1) están de acuerdo, en primer lugar, en que el tratado fue "pernicioso", en particular para las provincias de Champaña, Picardía y Normandía y en segundo lugar, en que "en Francia las quejas fueron unánimes en contra de este tratado y en contra del modo en que lo aplicaron los ingleses", como puede observarse en los *cahiers*.

Mourlot, en un artículo de 1911, recogía un sentimiento muy difundido en aquella época. El tratado convertía a Francia en una "provincia económica" de Inglaterra; era una especie de "nueva revocación del Edicto de Nantes".[180] Políticamente, el efecto fue dramático. El sector fabril se sentía abandonado por la maquinaria del Estado precisamente cuando creían que más lo necesitaban. Debió parecer como si hombres del rey estuvieran dispuestos a aceptar la semiperiferialización de Francia bajo el disfraz del liberalismo y de los beneficios de la competencia. Sin duda, en algún sentido, "la partida ya se había perdido [...] [e] Inglaterra ya había ganado el control de la economía-mundo".[181] Sin embargo, el tratado parecía ser el acto que podía hacer esto irreversible, idea que podría provocar a una fuerte reacción, sobre todo en vista de lo bien que parecían ir las cosas en Inglaterra.

Hubo "beneficios claros" e inmediatos para Inglaterra: los ingresos del Estado aumentaron, las oportunidades de exportación se incrementaron y la balanza de pagos "se inclinó bruscamente" en favor de Gran Bretaña.[182] Pero hubo más. El tratado de Eden, al abrir el mercado francés, hizo posible que los fabricantes ingleses alcanzaran las economías de escala que permitieron a los británicos reducir sus precios en Estados Unidos (y presumiblemente en otras partes). Ya en 1789, un cónsul británico observaba que supuso "un sensible obstáculo al progreso de la manufactura del algodón en Filadelfia".[183]

Se había esperado que la desventaja francesa en el algodón se compensara de algún modo por las ventajas de Francia en los vinos, pero, no fue así. Los ingleses, aunque compraron más vino francés, no compraron tanto como se esperaba.[184] La "crisis" provocada por el tratado de Eden supuestamente causó

La hostilidad tampoco terminó en 1789; al contrario. "En la miseria y desorden de 1789-1793, aquel tratado aparecía como el preludio de la profunda conspiración de Pitt para enriquecer a Inglaterra a expensas de Francia. El intento prematuro de 1786, llevado a cabo bajo la antigua monarquía y la reacción que causó bajo la República, han contribuido a identificar una política prohibicionista o estrictamente proteccionista con el gobierno popular" (Rose, 1893, p. 705).

[180] Mourlot (1911, p. 105).

[181] Braudel (1984, p. 381).

[182] Ehrman (1962, p. 206).

[183] Citado en Cain y Hopkins (1980, p. 472).

[184] "El gusto vinícola de los ingleses no cambió sustancialmente [...]; en tanto que las manufacturas de hierro y las telas inglesas encontraron salida inmediata en Francia" (Browning, 1885, p. 363).

una decadencia en el mercado interior francés. Por consiguiente, aunque los productores de vino eran partidarios naturales[185] y de hecho[186] de las políticas de libre comercio encarnadas en el tratado, su situación no mejoró materialmente. Los precios del vino habían estado cayendo desde 1777 y alcanzaron su punto más bajo en 1786, aunque se mantuvieron en un nivel bajo hasta 1791. En los violentos aumentos del precio de los cereales ocurridos en 1788 y 1789, se produjo una caída de los ingresos de los viticultores que les provocó un descenso del 40% en el poder adquisitivo.[187] Para aliviar su situación, recurrieron a una campaña en contra de los diezmos y los derechos señoriales. No es extraño que esta "terrible" crisis del sector manufacturero, en coincidencia con precios muy elevados de los cereales y el pan, "provocara la revolución".[188]

¿Cómo se "explica" un "acontecimiento" tan complejo como la Revolución francesa? No importa mucho que se defina la Revolución francesa como lo que sucedió el 14 de julio de 1789, o como lo que sucedió entre 1789 (o 1787) y 1793 (o 1799 o 1815). Sea cual sea el alcance temporal del acontecimiento, ninguna explicación de un acontecimiento en función de otro acontecimiento puede ser muy satisfactoria. Dos acontecimientos proporcionan una secuencia, y su vínculo puede ser plausible, pero hubo por supuesto otros "acontecimientos" que también intervinieron, lo que siempre plantea de inmediato la cuestión de hasta qué punto esos otros acontecimientos fueron esenciales para la secuencia. Tampoco es razonable descartar, por no ser igualmente probables, otras secuencias que no ocurrieron de hecho. Afirmar que una secuencia es una cadena causal es casi como argumentar *post hoc ergo propter hoc.*

Sin embargo, también es poco satisfactorio explicar un "acontecimiento" por la *longue durée,* la cual explica el cambio estructural a gran escala y a largo plazo, pero no es posible demostrar que tal cambio pudiera suceder sólo a través de determinados acontecimientos. Gran parte del debate sobre la Revolución francesa se encuentra en este nivel, en último término, irrelevante. Un acontecimiento de primera magnitud es el resultado de una coyuntura (en la acepción que la palabra

[185] "El vino es un producto de una economía abierta, un producto orientado al mercado. La economía del vino es internacional" (Labrousse, 1944, pp. 207, 211).

[186] Véase Labrousse (1944, pp. 586-588).

[187] *Ibid.* (pp. 579-580).

[188] Dardel (1948, p. 62).

tiene de "punto de unión"), de *conjonctures* (en el sentido francés de la palabra, es decir, como fases cíclicas de longitud intermedia), y cabe calificar "de primera magnitud" ese acontecimiento más por sus consecuencias que por sus causas. En tal sentido, la Revolución francesa es, sin duda, un "acontecimiento de primera magnitud" del mundo moderno.

Se han utilizado ampliamente dos *conjonctures* "objetivas" como "explicación" del desencadenamiento de la Revolución francesa: la *conjoncture*[189] económica y la *conjoncture* de la maquinaria estatal, específicamente el creciente déficit de las finanzas estatales. Debería ser obvio, a partir de lo que se ha dicho hasta el momento, que es cierto que existían esas *conjonctures*, y que es también verdad que desempeñaron un papel importante. Si estas dos *conjonctures*, sin embargo, hubiesen sido todo lo que ocurrió, habría habido una especie de Revolución francesa,[190] pero me resulta difícil creer que hubiera sido un acontecimiento de tan central importancia en la historia del moderno sistema mundial.

La centralidad de la Revolución francesa es una consecuencia de la centralidad de la lucha franco-británica por la hegemonía en la economía-mundo. La Revolución francesa ocurrió a la zaga de, y como consecuencia del sentimiento francés de una inminente derrota en esta lucha.[191] Y la Revolución france-

[189] Sobre la economía, Lefebvre (1947b, p. 89) dice con autoridad: "Está por tanto fuera de discusión que la crisis económica debería incluirse entre las causas inmediatas de la revolución." Sin duda, hay al menos tres versiones de la crisis económica: una crisis de "miseria" (véase, *inter alia*, Labrousse, 1944, p. xlii); una crisis de "crecimiento" (LeRoy Ladurie, 1976, pp. 29-30); o una crisis de "curva en J", es decir, una fase de mejora seguida de una caída súbita (Tocqueville, 1955, pp. 176-177).

[190] Yo sin embargo estoy de acuerdo con la tesis defendida en forma persuasiva por Higonnet (1981), de que tal "acontecimiento" no era inevitable incluso aunque fuera probable.

[191] Ésta no es una tesis popular. Como observan Hartwell y Engerman (1975, p. 193): "Los historiadores podrían sostener que las guerras napoleónicas fueron el resultado de rivalidades capitalista-imperialistas, del mismo modo en que los historiadores han sostenido que la primera guerra mundial fue el resultado de imperialismos rivales, pero no lo hacen."

Como si quisiera demostrar esta observación, Furet exclamaba poco después (1978, p. 92): "Por supuesto uno podría convertir [las guerras de 1792-1815] en la culminación de la antigua rivalidad comercial franco-inglesa. Pero ir más allá y magnificar este aspecto del conflicto haciendo de él el principal contenido y la causa 'objetiva' de la guerra interminable, requiere un salto que ningún historiador de la Revolución francesa, a excepción de Daniel Guérin, está dispuesto a dar."

Pero ésta es una pista falsa. Nadie requiere saltos hercúleos. Lo que se nece-

sa tuvo el mismo impacto del sistema mundial precisamente porque sucedió en el país que había perdido la lucha por la hegemonía. Puede decirse que la Revolución francesa, en la que muchos confiaron para que invirtiera las corrientes de la victoria británica, fue por el contrario decisiva para garantizar una duradera victoria británica. Pero precisamente a causa de esta derrota geopolítica, y geoeconómica, los revolucionarios alcanzaron sus objetivos ideológicos a largo plazo.

Consideremos la historia de la Revolución francesa fundamentalmente en función de sus consecuencias y no de sus supuestas causas. En primer lugar, ¿cuál fue la auténtica política económica de los primeros gobiernos revolucionarios, la estructura de la producción agrícola y el papel del Estado en relación con la producción industrial?

Hace mucho tiempo, Marc Bloch formuló una opinión que, en sus puntos más destacados va en contra de la creencia simplista de que la revolución representó la caída del gran dominio agrícola:

> Todos saben cómo se derrumbó el edificio señorial entre los años 1789 y 1792, arrastrando consigo un régimen monárquico con el que se había identificado.
>
> Por mucho que quisiera imaginarse como cabeza de su campesinado, en realidad el señor de nuevo cuño se había vuelto a convertir, sobre todo, en un gestor a gran escala; como habían hecho de forma similar muchos burgueses corrientes. Si pudiéramos imaginar lo que por supuesto es absurdo, el estallido de la revolución en torno al año 1480, encontraríamos que las tierras libres de cargas señoriales se habrían redistribuido casi sin excepción a un gran número de pequeños ocupantes. Pero los tres siglos que transcurrieron entre 1480 y 1781 presenciaron la rehabilitación del gran latifundio. Sin embargo, dicha rehabilitación no fue, como en Inglaterra y en la zona oriental de Alemania, omniabarcante. Grandes extensiones de tierra, en su conjunto quizá más grandes que las ocupadas por los grandes latifundios, eran todavía propiedad de los campesinos. A pesar de esto, la victoria fue considerable, aunque fuera más o menos completa según las regiones. La revolución habría de dejar relativamente intacto el gran latifundio. La imagen que presenta la Francia rural de nuestros propios días —que no es, como se afirma a veces, un país de pequeños propietarios sino más bien un país en el que coexisten grandes y pequeños propietarios en proporciones que varían considerablemente de provincia a

sita es reconocer que lo que Dehio (1962, p. 139) dice del conflicto militar —"la revolución entabló la gran lucha no con un sentimiento de su propia fuerza sino más bien con el coraje de la desesperación"— se aplica *mutatis mutandis* a toda la última fase de la lucha por la hegemonía de la economía-mundo.

provincia— puede explicarse por su evolución entre los siglos XV y XVIII.[192]

¿De dónde, pues, hemos sacado la impresión de que la función de la producción campesina se incrementó de hecho como resultado de la Revolución francesa? Una razón es que efectivamente hubo algunos actos jurídicos espectaculares que afectaron los derechos "tradicionales" de los señores. La Asamblea Nacional abolió formalmente, en la famosa noche del 4 de agosto de 1789, el "régimen feudal", incluyendo los diezmos y ciertos derechos señoriales (aunque no todos).[193] Sin embargo, los derechos señoriales que se mantuvieron serían abolidos a su vez y sin indemnización el 17 de julio de 1793. Además, el Código Rural adoptado el 28 de septiembre de 1791 autorizó el cercamiento de las tierras comunales. Las tierras eclesiásticas se nacionalizaron y finalmente se vendieron.

No obstante, los resultados no fueron lo que podría parecer. Por un lado, los gobiernos revolucionarios no abolieron ni el *vaine pâture* ni el *droit de parcours* en mayor medida que los reformadores agrarios de las últimas décadas del *Ancien Régime*. (En efecto, el *vaine pâture* se aboliría en 1889, e incluso entonces su abolición estuvo sujeta al consentimiento local.[194] Sólo después de la primera guerra mundial fue abolido incondicionalmente.) Y la ley que permitía la división de las tierras comunales se derogó en 1797.

En segundo lugar, y esto es más importante, los "beneficios" que obtuvieron algunos campesinos favorecieron a los que tenían alguna propiedad, a los *laboureurs* razonablemente acomodados, y con frecuencia se obtuvieron a expensas de los pequeños arrendatarios, de los pequeños aparceros y de los trabajadores agrícolas sin tierras.[195] Sin duda, las diversas re-

[192] Bloch (1966, p. 149).

[193] Véase Hirsch (1978). Lefebvre (1972, p. 407) considera esta abolición de los diezmos "la consecuencia más importante de la revolución agraria". Sewell va más allá. Considera la noche del 4 de agosto "el punto de inflexión crucial de la revolución, como lucha de clases y como transformación ideológica. Fue un holocausto de los privilegios" (1985, p. 69).

[194] Véase Bloch (1930, p. 549). Para una explicación detallada del destino del *vaine pâture* en el siglo XIX, véase Clère (1982).

[195] La consolidación general de los derechos de propiedad en realidad retrasó el proceso de cercamiento, a pesar de la autorización formal. Como consecuencia de esto, Milward y Saul (1973, p. 263) observan "un brusco aumento [en el periodo revolucionario] de la renta de muchos campesinos". Esto sin duda explica la consecuencia política que señala Labrousse (1966, p. 62): "La reforma agraria de la revolución y la tradición que estableció siempre encontró

formas crearon orden administrativo en Francia.[196] Sin embargo, como Bourgin sugiere con cierta amargura, fue "una administración mucho más coordinada de lo que se cree [...] puesta al servicio de una legislación mucho más conservadora de lo que se cree".[197]

en el campo, a pesar de los movimientos realistas *(les chouanneries)*, numerosos y apasionados defensores."

Sin embargo como observa Chabert la prosperidad agrícola resultante bajo el consulado y el imperio fue más rentable para los grandes propietarios (1949, p. 91). Por consiguiente la polarización rural no disminuyó, sino que aumentó: "El acontecimiento revolucionario, más que ninguna otra cosa, confirmó a los fuertes en su fuerza, en tanto que dejó sin fondos a los pequeños *laboureurs* afanados en redondear su finca *(clos)*. Aumentó más que nunca la distancia entre estos últimos y las grandes haciendas. La revolución endureció los rasgos dominantes de cada espacio regional" (Perrot, 1975a, pp. 38-39).

La dura conclusión de Bloch (1930, p. 544) parece justificada: "En su política agrícola, las legislaturas, no sólo la Asamblea Constituyente, [...] sino incluso la Convención, lejos de destruir [...] las reformas impuestas por la monarquía, siguieron sus pasos. Es cierto que nuevos rasgos caracterizan la obra de la revolución. Si [las legislaturas revolucionarias] sacrificaron de forma deliberada a los jornaleros *(manoeuvres)* igual que el *Ancien Régime*, estando libres de la necesidad de contentar a los sectores privilegiados, pudo dedicarse con más intensidad a los intereses de los propietarios medios." El resultado fue muy duro en el norte de Francia, como sugiere Soboul (1976a, p. 63), a consecuencia de la desintegración de la comunidad campesina: "Los campesinos pobres, proletarizados, proporcionaron la mano de obra necesaria para la agricultura moderna y la industria a gran escala."

El daño tan limitado que se infligió a la gran hacienda aristocrática durante la revolución fue más o menos reparado durante la era napoleónica, cuando "se asistió a la reconstitución de la riqueza basada en las tierras de la anterior nobleza" (Tulard, 1970, p. 643). Véase también Chabert (1949, p. 330); Meyer (1966, vol. II, p. 1254); Laurent (1976a, p. 643); Soboul (1976b, pp. 126, 132), y Gauthier, 1977, capítulo 5 y parte III, *passim*).

[196] La segunda nueva característica de la política agrícola bajo la revolución observada por Bloch (1930, p. 544) fue que:

"Menos tímida [que el *Ancien Régime*] y en esencial unitarista, procedió a través de medidas que se aplicaron a todo el territorio nacional."

[197] Bourgin (1911, p. 192). "Las innovaciones económicas y jurídicas sirvieron para consolidar la situación de los propietarios anteriores, o de los nuevos hombres que, aprovechándose de las circunstancias excepcionales pasaron a formar parte de las clases destacadas de la nueva sociedad" (p. 185). Mackrell es aún más acerbo (1973, pp. 176-177): "Una vez abandonados los nombres [...] los derechos feudales y señoriales se hicieron respetables. Los gobiernos sucesivos estaban ansiosos por acelerar la asimilación de los anteriores derechos a los derechos de propiedad. Los derechos feudales en su nueva forma no sólo sobrevivieron, sino que prosperaron."

Roots ve en este fracaso del intento de transformación de la agricultura una continuidad de las limitaciones del débil Estado francés: "El gobierno revolucionario tenía que abandonar su compromiso con la reforma agraria a causa de las prioridades fiscales y no por la amenaza de la resistencia campesina.

Lefebvre atribuye nuestra errónea percepción como estudiosos de la radicalidad de la reforma agraria bajo la revolución a la "violencia" y "obstinación" de la revuelta campesina, y al "ruido" producido por la noche del 4 de agosto en lo relativo a la abolición de los derechos feudales. Lejos de ser una reforma radical, sostiene, la legislación no supuso más que un "compromiso". Añade también que no deberíamos despreciarlo como tal porque, aunque retrasó el progreso económico, también "causó menos sufrimiento y fue más humano" que las transformaciones agrarias británicas.[198] Ésta es una forma de describir lo que ocurrió, pero tiene un dejo un tanto voluntarista para mi gusto. El "compromiso", como veremos, fue el resultado de una feroz lucha de clases entre los que se beneficiaban del desarrollo de la economía capitalista mundial y los que eran perjudicados por él.[199]

Tanto antes como durante la revolución, el Estado francés, acuciado por las guerras internacionales, el caos fiscal y la debilidad administrativa, se mostró incapaz de promover el desarrollo agrícola" (1987, p. 241).

[198] Lefebvre (1963, pp. 366-367). Podemos señalar otro aspecto menos humano de la transformación económica británica. La sustitución británica de otros combustibles por el carbón (tantas veces alabada) condujo a "la servidumbre vitalicia de las minas de carbón escocesas" en el siglo XVIII. Los dueños de las minas "encontraban difícil contratar trabajadores" y por tanto consiguieron que el Estado impusiera una forma de servidumbre (Duckham, 1969, p. 178).

[199] Si uno considera el asunto de este modo, es más fácil integrar los espinosos problemas de la "contrarrevolución". LeGoff y Sutherland (1974, p. 101) señalan que bajo el *Ancien Régime*, la Bretaña era gobernada de forma muy ligera por el centro, al que las comunidades rurales mantenían "a una distancia saludable". La revolución trajo consigo un centro más activista. En su disposición centralizadora, las legislaturas revolucionarias no tuvieron en cuenta las peculiaridades del sistema de arrendamiento denominado *domaine congéable*, que tenía el efecto de aumentar mucho la precariedad de los arrendatarios razonablemente acomodados. Ya hemos visto que en otros lugares de Francia fue este estrato el que se benefició de la reforma agraria. LeGoff y Suhterland (1983, p. 75) estiman que en la parte occidental de Francia, la consecuencia final de las reformas varió desde un efecto nulo a un *incremento* del 40% en las cargas del campesinado. Por consiguiente, sugieren (1974, p. 109) que tendría sentido entresacar de las obras de Bois, Faucheux y Tilly un tema común poco desarrollado, el de que "en general la masa de pobres que habitaban el campo francés se benefició poco de la revolución, si acaso se benefició, y en las áreas contrarrevolucionarias fueron estas personas quienes dotaron de desesperación, y en ocasiones de peso numérico, al descontento y a los levantamientos". Uno puede interpretar las *chouanneries* como revoluciones campesinas (disfrazadas de realismo popular) contra una autoridad urbana de "hombres cuyos antecedentes eran idénticos a los de la clase de terratenientes burgueses que habían tomado el poder en las elecciones de 1790 y lo retuvieron después" (LeGoff y Suhterland, 1983, p. 86). En esta interpretación, la contrarrevolución toma un aspecto sospechosamente revolucionario. A la vista de este argumento

La "humanidad" del resultado se debió a la firmeza de las fuerzas anticapitalistas.[200]

Si volvemos ahora al papel del Estado en la promoción de la producción industrial, veremos que los logros de la revolución en este ámbito fueron al menos tan significativos como en el ámbito de la reforma agraria, y probablemente más aún. Chaptal, en un escrito de 1819, y recordando la situación comparativa de la producción industrial británica y francesa en 1789, consideró que Gran Bretaña tenía una clara ventaja en lo que se refería a la extensión geográfica de su mercado, la cantidad de las mercancías vendidas y sus precios inferiores. Proponía una serie de explicaciones de la ventaja británica, la primera de las cuales era "el sistema seguido por Inglaterra, durante más de un siglo, de permitir acceder a sus mercados internos únicamente los productos de sus propias fábricas, y de rechazar los de los productores extranjeros por medio de prohibiciones o mediante enormes aranceles que tenían un efecto equivalente".[201]

La vuelta al proteccionismo fue claramente una de las preocupaciones inmediatas de un gran segmento de quienes hicieron la revolución y/o llegaron al poder como consecuencia de ella. "No hay dudas de la falta de popularidad del tratado [comercial anglofrancés de 1786] entre los miembros de la Asamblea [Constituyente] y en el país en su conjunto."[202] En

to, Mazauric abandona el apelativo "contrarrevolucionario" por un modo más anodino de calificar las oposiciones populares, denominándolas "antirrevolucionarias" (1985, p. 239).

[200] Para la versión de un liberal que sostiene que la "timidez [francesa] frente a oportunidades obvias" a lo largo del siglo XIX fue consecuencia del temor de los campesinos a que "la solución agraria revolucionaria" pudiera invertirse, véase Grantham (1980, p. 529). Grantham lamenta (p. 527) la inadecuación del genio capitalista francés: "Si la propiedad de las tierras en Francia hubiera estado más concentrada, es cierto que los terratenientes indviduales se hubieran esforzado más por asegurar la consolidación de sus tierras."

[201] Chaptal (1819, vol. I, p. 90). Las otras seis explicaciones son similares a las de la literatura de investigación contemporánea: ausencia de regulaciones constrictivas, mecanización, abundancia de carbón y canales internos, división técnica del trabajo, posesiones coloniales y supremacía en los mares, el apoyo del gobierno en la búsqueda de mercados externos y en la supresión de la competencia extranjera (pp. 91-93). Como dice Crouzet: "En verdad eran pocos los factores invocados por los observadores modernos para explicar el crecimiento económico de Inglaterra durante el siglo XVIII de los que no hayan tenido al menos un atisbo los observadores y escritores franceses de aquel periodo" (1981, p. 72).

[202] Milward y Saul (1973, p. 167). En un informe del Ministerio de Asuntos Exteriores escrito por Theremin en 1797 en el que analizaba el tratado de 1786,

1793, el tratado fue desconocido formalmente por la Convención.

Esto no estaba en modo alguno en contradicción con la otra decisión económica principal que afectaba a la producción industrial, la abolición de los aranceles internos, y que cumplía, al fin, el sueño de Colbert.[203] Por esta última decisión (así como la abolición de los gremios) la revolución recibe el aplauso de Heckscher, quien celebra su "resultado negativo" de desmantelar la "monstruosidad irracional" de la legislación industrial del *Ancien Régime*. Heckscher califica esto de "una tarea ingente de reforma".[204] Soboul, que en principio estaría de acuerdo con él puesto que considera la revolución como el triunfo del liberalismo burgués, sin embargo observa, refiriéndose a las diversas medidas proteccionistas (los aranceles, el *Exclusif*, la Ley de Navegación de 1793), que "La burguesía de la Asamblea Constituyente, enfrentada a los peligros de la competencia extranjera, transigió con su liberalismo comercial." Y considera esto "una prueba más del realismo de los hombres de 1789".[205] Pero, ¿por qué "transigió"? Sólo fue transigencia si uno da por supuesto que los capitalistas favorecen por definición el libre comercio y un papel mínimo para el Estado.[206]

el autor sostiene que los británicos buscaban la "reciprocidad" porque tenían dos ventajas en el mercado. En primer lugar, eran productores más eficientes en aquel momento histórico y, en segundo lugar, abrían un mercado inglés de ocho millones de personas a un mercado francés de 30 millones (A. E. pp. 46, 287). Unos pocos años más tarde, un informe posterior escrito por un tal Arnould (A. E. pp. 46, 331 bis) criticaba una renovación del tratado de 1786 basándose en las siguientes razones: "La opinión pública parece muy satisfecha de haber resarcido al interés nacional del daño que se le habia causado con el tratado de 1786, reconocido como *disastrous*, en especial para nuestros fabricantes."

Crouzet (1962, p. 217) sin embargo advierte en contra de la suposición de Jouvenel (1942, pp. 127-128) que fue únicamente la resistencia económica de Francia a Gran Bretaña lo que condujo a la ruptura del tratado de Amiens en 1802 por Bonaparte. Crouzet señala que un informe británico de ese año indica la reticencia británica a la revisión del tratado de 1786. Son muchas las razones por las que Gran Bretaña pudo haberse mostrado reticente en dicho año, entre ellas que hubiera podido dar un mensaje geopolítico erróneo y que el dislocamiento de la economía francesa pudiera haber hecho la reanudación del comercio menos tentadora.

[203] Véase Cobban (1963, p. 176).

[204] Heckscher (1934, vol. I, p. 456-459).

[205] Soboul (1976a, p. 14).

[206] Al menos Pitt no se hacía tales ilusiones sobre el papel del Estado francés. Otra de las acciones agresivas de este último fue la "apertura" del Escalda cerrado desde la revuelta de los Países Bajos en el siglo XVI. Véase Wallerstein (1980, pp. 262-263); 1984, pp. 73-74, 274-275). Esto se consideró como "un

Para muchos, todo el empeño de la Revolución francesa estribaba en aumentar, y no en disminuir, el papel del Estado. ¿Quién quería esto y por qué? Rousseau, en efecto, planteó el problema claramente en su distinción entre la voluntad general y la voluntad de todos, es decir, el interés común contra la suma de las voluntades particulares.[207] El Estado moderno dentro del sistema interestatal es precisamente el campo de batalla de esta tensión sin fin. El fortalecimiento del Estado obviamente supone la reducción (no la eliminación) de la capacidad de las voluntades particulares de prevalecer sobre otra voluntad más general cuyo objetivo es optimizar las ventajas del Estado y de sus ciudadanos-beneficiarios (categoría más restringida que la de la totalidad de ciudadanos) en la economía-mundo respecto a los ciudadanos-beneficiarios de otros estados. El Estado puede convertirse así en el mecanismo mediante el cual los intereses colectivos de los burgueses situados en un Estado dado prevalecen (cuando lo consiguen) sobre los intereses particulares de burgueses particulares. Sin duda, se trata de un conflicto permanente que a veces tiende a agudizarse, lo que impone algún tipo de acción, siempre que uno o varios de los demás estados están a punto de lograr un avance importante y repentino en su posición relativa frente al Estado en cuestión. Como hemos visto, éste fue precisamente el dilema de Francia en la década de 1780.[208]

Como observa Lüthy, en el "caos" jurídico del *Ancien Régime*, "no había un grupo establecido [...] que no tuviera privilegios que defender", con lo que cualquier administración regia del siglo XVIII, fuera neocolbertista, liberal o fisiócrata, "tenía que hacerse revolucionaria o estancarse". Todas las tendencias "progresivas" ponían sus esperanzas en un "despotismo ilustra-

amenaza directa al comercio y a la seguridad militar de Gran Bretaña. El que los barcos de guerra franceses forzaron su entrada en el río, supuso que Amberes, la proverbial 'pistola' dirigida al corazón de Inglaterra, podía usarse como una base naval antibritánica o incluso como una base de invasión. Ningún otro acto aislado hizo más por sacar al reticente Pitt de su política de neutralidad" (Ascherson, 1975, p. 90).

[207] Rousseau (1947 [1762]), libro II, capítulo III.

[208] Todo parecía estar desmoronándose; ya no se trataba sólo de problemas tan directos como las consecuencias económicas del tratado de Eden. Cf. la exposición de Lefebvre (1947b, pp. 32-33) para las consecuencias diplomáticas indirectas de la crisis de las finanzas francesas: "Por falta de dinero, el gobierno francés tuvo que permitir que los prusianos intervinieran en Holanda [en 1788] en apoyo de los estatúder en contra de la burguesía holandesa; los estatúder rompieron su alianza con Francia y se unieron a Inglaterra."

do".[209] La Revolución francesa junto con Napoleón proporcionaron precisamente ese despotismo ilustrado como estructura administrativa del Estado, lo que Tocqueville, aquel prudente conservador, reconocería y, en buena medida, deploraría.[210]

Con todo, lo cierto es que no existe una voluntad auténticamente general, sólo la voluntad de un Estado o el consenso que se basa en una confluencia política más o menos estable de voluntades particulares. Es ahora común reconocer que la ruptura de esta "estabilidad" en Francia (es decir, la revolución) tomó dos formas diferentes: una ruptura entre los estratos privilegiados y un conflicto entre los dichos estratos y los carentes de privilegios. Expresado con tanto tacto, casi nadie estaría en desacuerdo. Las batallas historiográficas de la Revolución francesa (y a través de ellas las luchas políticas básicas del moderno sistema-mundo) se han librado en torno al esfuerzo por vincular una terminología conceptual a estas dos luchas.

La terminología de "clases" que casi todos utilizan para describir a los actores políticos de este debate —aristócratas, burgueses, extremistas, campesinos y (a veces) proletarios— se integra en una serie de códigos políticos que han llegado a opacar las luchas reales. Por consiguiente, esbozaré mis opiniones en torno a tres debates que considero cruciales: 1] ¿Cuál fue en realidad la relación entre la "aristocracia" y la "burguesía" durante este periodo? 2] ¿Cuáles fueron en realidad el papel y los objetivos de las "fuerzas populares" (urbanas y rurales) en la Revolución francesa? 3] ¿Quiénes eran los jacobinos?

Es incuestionable que la aristocracia y la burguesía eran categorías sociojurídicas diferenciadas bajo el *Ancien Régime*. Lo que se debate, sin embargo, es si eran miembros de *clases* diferentes. Los lectores de esta obra sabrán que soy muy escéptico respecto a que estos tipos de categorías sociojurídicas sean indicativas, si acaso lo son en alguna medida, respecto a los papeles económicos de estos grupos, en Francia o en otras partes a partir del surgimiento de una economía-mundo capitalista en

209 Lüthy (1961, pp. 14-15).

210 "Las mismas condiciones que habían precipitado la caída de la monarquía favorecieron la absolución de su sucesora. Así, en una nación que hacía bien poco había derribado su monarquía, surgió una autoridad central con poderes más amplios, estrictos y absolutos que los que cualquier rey francés hubiera ostentado jamás. Napoleón cayó pero las partes más sólidas de lo que había logrado perduraron; su gobierno murió pero su administración sobrevivió y siempre que se ha intentado acabar con el absolutismo lo más que ha podido hacerse ha sido trasplantar la cabeza de la Libertad a un cuerpo servil" (Tocqueville, 1955, pp. 205, 209).

el siglo XVI. Si no son indicativas, y si los miembros de estas categorías tienden a solaparse como empresarios capitalistas *de facto*, entonces el triunfo (si puede llamarse así) de la "burguesía" sobre la "aristocracia" en la Revolución francesa no es ni prerrequisito ni correlato ni consecuencia de una transición desde el feudalismo al capitalismo en Francia, sino más bien la expresión de una lucha aguda en el interior de la "élite" (o, si se quiere, una lucha intraburguesa) en torno a la constitución y la política básica del Estado francés.

¿Puede sostenerse este punto de vista? Para afirmar que la revolución comenzó como una pugna interna de la clase superior, no tenemos que invocar a Chateaubriand ni a Lefebvre ni a ningún otro comentarista posterior. El propio Robespierre lo expresó acertadamente: "Así, en Francia fueron los magistrados, los nobles, los eclesiásticos, los ricos quienes dieron el impulso inicial a la revolución. Solo después apareció el pueblo en escena."[211] En efecto, uno de los hechos más irónicos de este gran drama es que uno de los elementos del "ejemplo" británico que atrajo la atención y la admiración en Francia en el periodo anterior a la revolución, y por tanto contribuyó a crear la disposición a iniciar una vía "revolucionaria", fue la fortaleza política y económica de la *aristocracia* británica.[212] Después de todo, no hay que olvidar que uno de los países en los que la "aristocracia" como tal tuvo un papel más importante cuanto más se avanzaba en la era moderna, ha sido precisamente Gran Bretaña, metrópoli simbólica de tantas cosas del moderno capitalismo.

[211] Citado por Cobban (1963, p. 137).

[212] "En el siglo XVIII, la preeminencia política y la fortuna económica de la nobleza británica había suscitado en el continente, y en particular en Francia, la misma admiración y envidia que la propia Constitución británica. Tales impresiones, aunque basadas en una experiencia limitada del funcionamiento interno y de las convenciones de la vida política inglesa y distorsionadas por los prejuicios políticos, no eran del todo erróneas" (Goodwin, 1965b, p. 368).

Esta admiración de los franceses hacia el papel de la aristocracia inglesa no fue sin duda más que una parte de un sentimiento más amplio de las deficiencias de Francia frente a Gran Bretaña durante este periodo, deficiencias que se extendían prácticamente a todos los dominios. Véase la investigación de Crouzet (1981) sobre los escritos franceses del siglo XVIII que tratan el tema. Puede que la admiración por el papel de la aristocracia (terrateniente) británica no estuviera fuera de lugar. Perkin sostiene que fue "el dominio del gobierno y la sociedad por una aristocracia terrateniente celosa de la Corona" lo que permitió a Gran Bretaña dar el "paso decisivo hacia el industrialismo". Perkin considera que esta aristocracia creó los prerrequisitos políticos del "despegue" (1969, pp. 63-64).

La denominada interpretación social de la Revolución francesa (que ve en ella principalmente una "revolución burguesa") ha sido sometida a muchos ataques sistemáticos en los últimos años, como ya hemos expuesto. Pero algunas de las dudas respecto a la descripción que se hace de la revolución como obra de una burguesía que tenía una necesidad estructural de la misma por sus propios intereses (frente a los de la aristocracia feudal), pueden encontrarse leyendo los análisis de los propios defensores de la interpretación social. Mathiez comienza su obra principal reconociendo que, en 1789, la situación era tal que los poderes reales de la monarquía absoluta eran limitados, todo el poder público de los señores había sido transferido al Estado, la servidumbre prácticamente ya había desaparecido y las rentas feudales se habían convertido en un fenómeno secundario, y la burguesía, "a pesar de las trabas del régimen corporativo, no [estaba] sin embargo tan en la oposición como creíamos", puesto que, a pesar de todas las limitaciones, "el comercio y la industria habían crecido a lo largo del siglo [XVIII]".[213] Si esto era así, ¿qué necesidad había de una revolución?[214]

Lefebvre, al analizar la Declaración de los Derechos del Hombre, explica la falta de insistencia en el derecho de propiedad por el hecho de que a los redactores les parecía innecesario, "dado que era un derecho que el Antiguo Régimen no cuestionaba. Por el contrario, los ministros y administradores del siglo XVIII siempre hablaban de la propiedad con respeto, de manera absolutamente burguesa."[215] Y Vovelle y Roche argumentan persuasivamente que en la Francia del siglo XVIII el término "burgués", aunque sin duda denotaba a un hombre del estado llano, no obstante estaba "restringido a categorías no activas". En efecto, lejos de conceder a este grupo un triunfo "la Revolución francesa asestó un golpe mortal a esta clase social".[216]

[213] Mathiez (1923-1924, p. 9).

[214] *Ibid.* (p. 47) procede a enumerar los agravios sociales sufridos por la burguesía. Pero atribuir la revolución al intento de vengar el *amour propre* es menos que una interpretación social. Además, concluye semejante *mise en scène* introductoria con esta observación, un tanto sorprendente: "Si Luis XVI hubiera montado en su caballo [el 25 de junio de 1789], si hubiera tomado en persona el mando de sus tropas, como hubiera hecho Enrique IV, quizás habría logrado mantener [a sus tropas] fieles a su deber, consiguiendo así que su demostración de fuerza diera resultado. Pero Luis XVI era un burgués."

[215] Lefebvre (1947b, p. 175).

[216] Vovelle y Roche (1965, p. 26).

¿Pero, ¿es ésta una "sutileza trivial", como diría Barrington Moore, dado que el "resultado último" fue una democracia parlamentaria occidental, y que "la destrucción del orden político de la aristocracia terrateniente constituye el proceso más significativo en el curso de la modernización francesa"?[217] Al contrario: difícilmente puede considerarse una mera sutileza, por dos razones. Si la Revolución francesa ha de seguir interpretándose ante todo como una revolución antifeudal de la burguesía capitalista, debemos prestar mayor atención a las razones por las que fracasó en el intento de lograr una transformación económica más significativa. Hobsbawm, sorprendido ante esta "paradoja", culpa, en lo fundamental, al campesinado.[218] Pero esto, por supuesto, sólo nos lleva a planteamos dos preguntas: ¿una "revolución burguesa" depende de un campesinado políticamente débil? Y si la revolución burguesa "clásica" "no logró" alcanzar sus objetivos burgueses, ¿dónde está la utilidad del concepto?

La segunda razón de que no estemos ante una simple sutileza se deriva de eso. El énfasis dado a la centralidad de la lucha burguesa contra el orden feudal ha conducido a una concepción distorsionada y, considerando todas las circunstancias, muy subordinada de la revuelta de las clases populares, incluso (si no especialmente) entre los partidarios de la interpretación social, la mayoría de los cuales se consideran defensores de las clases populares. Y esto es así a pesar de la gran cantidad de esfuerzo de investigación invertido últimamente en el estudio de los extremistas y los campesinos.[219]

Por consiguiente, tenemos que volver a nuestra segunda pregunta sobre la función y los objetivos de estas "fuerzas popula-

[217] Moore (1966, pp. 105-106). O de forma más suave: "fuera quien fuese quien ganara la revolución, el terrateniente noble perdió" (Forster, 1967, p. 86). Véanse afirmaciones similares en Rudé (1964, pp. 288, 290); Shapiro (1967, p. 510); Tilly (1968, p. 161); y Hirsch (1980, p. 330).

[218] Hobsbawm (1962, pp. 212-213) habla de la "gigantesca paradoja" de la Francia de mediados del siglo XIX. Debería haberse desarrollado más rápido allí, puesto que Francia poseía "instituciones ideales para el desarrollo capitalista". Sin embargo, este desarrollo fue "mucho más lento" que en otras partes. Explica la paradoja en función de la historia de la Revolución francesa. "El componente capitalista de la economía francesa era una superestructura erigida sobre la base inamovible del campesinado y la pequeña burguesía."

[219] Creo que en este aspecto Furet (1982, p. 74) acierta: "Es precisamente lo no burgués en esta revolución, y lo que es además interesante —los campesinos y la masas urbanas populares— lo que se conoce mejor: prueba quizá de que el concepto de revolución burguesa no es tan operativo, puesto que no ha abierto un dominio de investigación para la historia social."

res", que son las que Mathiez denomina el "cuarto estado", fueron en gran parte rurales, por supuesto. Todo lo que se ha dicho sobre la alianza entre la burguesía y esas fuerzas populares se fundamenta en un hecho básico, con respecto al cual Mathiez señala:

> La burguesía propietaria se percató súbitamente del rostro feroz del cuarto estado. No podía permitir que la nobleza fuera expropiada sin sentir temor por sí misma, pues tenía en sus manos una gran parte de las tierras de la nobleza y recibía de los aldeanos rentas señoriales.[220]

Más que una alianza, parece haber existido desde el principio una acción independiente de las clases populares, a la que los estratos capitalistas (en cualquier bando de las luchas políticas internas) respondieron con diversos grados de ferocidad y temor.

Comencemos con la "revolución campesina", que se refiere a una serie de luchas que, incluso para Soboul, se encuentran "en el núcleo de la Revolución francesa".[221] Si uno las considera como un conflicto continuo que se extiende a lo largo del siglo XVIII, y que simplemente culmina en la violencia más densa de los años 1789-1793,[222] parece razonable considerar este descontento campesino como una resistencia a la "ofensiva capitalista", en palabras de Saint Jacob,[223] que en muchas zonas (especialmente en el noroeste, el este y el centro-oeste de Francia) trataba de destruir o disminuir, y con fecuencia lo consiguió

[220] Mathiez (1923-1924, p. 59).

[221] Soboul (1976a, p. 17).

[222] "Entre un señorío que poco a poco se 'fisiocratizaba' y se hacía urbano por un lado y por otro, las minorías campesinas, cada vez más educadas que se negaban a sacrificar sus esperanzas en el altar señorial de una revolución capitalista al estilo inglés, hubo escaramuzas y combates de vanguardia a lo largo del siglo XVIII. En 1789, el acontecimiento revolucionario puso inesperadamente en primer plano estos conflictos, hasta entonces menores o reprimidos" (Le Roy Ladurie, 1974, p. 22).

"El odio de los campesinos a los señores no era una cosa de ayer. Sin embargo, una de las razones de que fueran empujados a un estado de rebelión general en 1789 debe buscarse en la convocatoria de los Estados Generales" (Lefebvre, 1947b, p. 143).

[223] Saint Jacob (1960, p. 572). Véase también Lefebvre: "La intrusión del capitalismo en la agricultura tuvo lugar bajo el disfraz de los derechos feudales, lo que los hizo incluso aún más insoportables. Pervirtió su naturaleza, pues se habían fundado para sostener a un señor que vivía entre sus campesinos y ahora cayeron en manos de capitalistas que pensaban sólo en extraer beneficios de ellos" (1963, p. 352).

los "derechos colectivos" de los campesinos franceses. Éstos respondieron con "acciones defensivas".[224]

La convocatoria de los Estados Generales se produjo después de varias décadas de tales acciones defensivas. Además, tuvo lugar, como sabemos, en un momento de crisis alimentaria particularmente aguda. Las agonías extra de los pobres rurales se combinaron e interactuaron con sus temores (que eran también los del estrato de campesinos con mejor situación) por sus "derechos colectivos".

En esta lucha contra la "ofensiva capitalista", tanto los campesinos mejor situados como los pobres a menudo establecieron menos distinciones entre la "aristocracia" y la "burguesía" de las que establecían estos últimos o que los estudiosos posteriores han sido proclives a establecer.[225] Para los trabajadores rurales, tanto los aristócratas como los burgueses formaban parte de las "clases privilegiadas".[226]

Si las revueltas campesinas han de considerarse como el "ingrediente insurreccional crucial"[227] de la Revolución francesa, tenemos que explicar qué hizo esas revueltas tan explosivas. Yo considero que fue la combinación de la resistencia a un largo proceso de proletarización con una demanda breve pero muy

[224] Esta frase de Charles Tilly se utiliza en su análisis de East Anglia entre 1500 y 1900 (1982, p. 30), pero lo que describe parece también aplicable a Francia: "La versión campesina de la agricultura de subsistencia —en la que las unidades domésticas que controlan la tierra dedican una porción de su producción al mercado— se extendió en las primeras fases del capitalismo y la constitución del Estado, antes de entrar en decadencia en las últimas fases de los mismos procesos" (p. 9). Fue la resistencia a esta última fase, más exitosa en Francia que en Inglaterra, lo que encontramos en los siglos XVIII y XIX en Francia.

[225] "Desesperado por el hambre, el campesino era una amenaza inevitable para la aristocracia, y la propia burguesía tampoco estaba en modo alguno segura, pues no pagaban su parte de los impuestos; tenían un buen número de señoríos; proporcionaban jueces e *intendants* a los señores del feudo; como arrendadores de impuestos, se hacían cargo de la recaudación de los derechos feudales. Los grandes terratenientes, agricultores ricos y comerciantes de cereales se beneficiaban tanto como los recaudadores de los diezmos y los señores de la política agrícola del rey, que restringía los *droits collectifs*, tan caros al campesino, y que con su insistencia en la libertad comercial aumentaba el precio de los alimentos. Como el pueblo no deseaba morir de hambre, no veía razón por la que los ricos, fueran quienes fueran, no se llevaran la mano al bolsillo para ayudar a los pobres. Abogados, *rentiers*, mercaderes, propietarios rurales y, en Alsacia, los judíos, fueron tratados igual que sacerdotes y nobles. También tenían motivos para sentir miedo" (Lefebvre, 1973, pp. 32-33).

[226] Lefebvre (1973, p. 40).

[227] Skocpol (1979, pp. 112-113).

intensa de pan.[228] María Antoineta no fue la única que no supo percibirlo. Una gran parte de la burguesía "revolucionaria" también parece haber interpretado mal el hecho de que para las masas populares la revolución fue "tanto una revolución por el pan como por los derechos políticos del hombre".[229]

Un breve examen de la secuencia de acontecimientos del Gran Temor ilustrará la dinámica de esos sentimientos populares. En las zonas rurales, la "anarquía creciente" de 1788-1789 inspiró la "conspiración de nobles y burgueses en un intento de proteger su propiedad del 'cuarto estado'". Si el 14 de julio hizo tambalearse esta alianza, "durante los posteriores desórdenes volvió a aparecer en las provincias con mucha mayor frecuencia de lo que se cree".[230] Después del 14 de julio, cuando el Gran Temor se extendió a vastas zonas de la Francia rural, la burguesía revolucionaria culpó a la "conjura de los aristócratas", y los aristócratas provinciales culparon a su vez a los burgueses revolucionarios. Lefebvre ha refutado ambas teorías en su detallada exposición de los hechos tal como sucedieron. Lo que está claro es que después del 14 de julio, los campesinos empezaron a llevar a efecto sus reivindicaciones, dejando de pagar impuestos y derechos y retomando los derechos colectivos que habían perdido. "La población campesina tomó en sus manos su propia causa."[231] El Gran Temor aumentó considerablemente la agitación y "desempeñó su papel en la preparación de la noche del 4 de agosto".[232] La denominada abolición del feudalismo del 4 de agosto de 1789 no era el programa de la burguesía revolucionaria, le fue impuesta por el campesinado insurgente. La Asamblea Nacional agotó

[228] "Una vez considerado todo, la conclusión inevitable sigue siendo que el motivo fundamental y más constante que impulsaba a las masas revolucionarias durante este periodo fue la preocupación por el abastecimiento de alimentos baratos y abundantes" (Rudé, 1967, p. 208). Véase Hufton (1983) sobre las razones por las que en Francia las revueltas del pan fueron tradicionalmente un fenómeno del área de la *grande culture* (desde el Canal de la Mancha al Loire, excepto Bretaña) y de la viticultura, pero no de la zona de *petite culture*. Esto tiene cierta correlación con las zonas fundamentales de apoyo a la Revolución francesa.

[229] Rose (1956, p. 171). Criticando a los "historiadores favorables a la revolución" por su creencia en el interés paralelo de la burguesía y las "masas populares", Lefebvre (1937, p. 324) sostiene que "el hambre desempeñó un papel más importante" de lo que han admitido esos historiadores.

[230] Lefebvre (1973, pp. 46, 49).

[231] *Ibid.* (p. 101).

[232] *Ibid.* (p. 211). Véase también Aulard (1913, pp. 200-201).

su propia energía intentando limitar la realidad de esta transformación institucional.[233]

En algún sentido esta historia iba a repetirse durante los siguientes cuatro años: el gobierno y la legislatura adoptaron acciones "radicales" sólo bajo presión directa de las masas populares, y siempre trataron de limitarla en algún sentido.[234] Esto puede interpretarse, como hacen Soboul y muchos otros, como si los campesinos y los extremistas hubieran obligado a los tímidos burgueses a seguir la lógica de la revolución burguesa.[235] A mí me parece más directo y obvio considerar que los campesinos y los extremistas hicieron su propia revolución, una revolución en contra de lo que en su lenguaje eran las "clases privilegiadas", los estratos capitalistas en el mío.[236] Esta

[233] Véase la discusión en Zapperi (1972). Véase también Soboul (1976d, p. 268): "El feudalismo fue destruido en su forma institucional y jurídica; se mantuvo como realidad económica." Pero, ¿fue el feudalismo o el capitalismo lo que se mantuvo? Como escribe Lefebvre (1963, p. 356), al revisar las acciones de la Asamblea Nacional y de la Convención desde 1789 hasta 1793, la suma total de lo que se consiguió parece clara: "La revolución no tuvo en cuenta los deseos de la mayoría de los campesinos."

[234] "Cuando el vizconde de Noailles, en la tarde del 4 de agosto de 1789, invocó las demandas de las comunidades y propuso que se mostrara al pueblo 'que no nos oponemos a él en lo que él cree interesante preservar', trataba de circunscribir el asalto popular al ámbito de los 'privilegios' y del sistema feudal, y salvar durante algunos años más el privilegio de la propiedad. Uno debe ser consciente de la amenaza para entender el clamor" (Hirsch, 1980, pp. 327-328).

Además, el campesinado logró "recuperar" gran parte de sus derechos entre 1789 y 1792, que no fueron legitimados hasta más tarde por las leyes del 28 de agosto de 1792 y del 10 de junio de 1793. Véase Gauthier (1977, pp. 149-150, 163-166); véase también Hunt (1983, p. 137).

[235] "La revuelta campesina fue también crónica en gran parte de Francia desde 1789 hasta 1793. Constituyó, cosa que muchas veces no se entiende, la fuerza dinámica de la revolución. Que la Revolución francesa sea burguesa no quiere decir que fuera únicamente obra de la burguesía" (Soboul, 1973, pp. 86-87).

Ado (1977, p. 127) va aún más lejos y reprende a las masas por adelantarse a la burguesía: "El problema general planteado al principio de este ensayo es el siguiente: ¿cuál fue el contenido y la importancia histórica de este programa campesino igualitario en la revolución burguesa de finales del siglo XVIII? ¿Fue este programa anticapitalista y por tanto [¡sic!] retrógrado, conservador desde un punto de vista económico? En la mayoría de los casos la respuesta tiene que ser que sí."

[236] "Al destruir el *Ancien Régime*, los campesinos también querían reaccionar contra el proceso que conducía a la sociedad a la libertad económica y el individualismo competitivo, hacia la sociedad capitalista. Junto con los artesanos, se oponían al libre comercio de cereales y demandaban controles de precios (la *taxation*). En todas partes volvió a tomar posesión de los derechos consuetudinarios de los que había sido privado" (Lefebvre, 1978, p. 242).

oposición se hizo mayor, y no menor, en el periodo 1789-17[..] puesto que la eliminación de la "aristocracia" y la iglesia co[..] receptores de rentas rurales muchas veces no hizo sino inte[..]ficar la lucha de clases en las zonas rurales entre los trabaja[..]res rurales y los beneficiarios rurales de la plusvalía.[237]

El famoso problema de cómo interpretar las revueltas de [..] Vendée y la *chouannerie* es menos difícil de entender desde es[..] perspectiva. Incluso Mazauric, cercano en su interpretación [..] Soboul, asegura que fueron "ante todo antiburguesas".[238] Pa[..] Bois sitúa la causa esencial de estas revueltas en la decepci[..] de quienes participaron en ellas por la falta de beneficios rea[..] de la Revolución francesa para el agricultor. "Bajo un concep[..] u otro tenía que seguir pagando."[239] Charles Tilly no solo [..]

[237] "Muchos historiadores suponen que cuando la alianza revolucionaria [..] los campesinos y la burguesía derrotó al fin al sistema feudal, se consideró [..] las cuestiones rurales quedaban resueltas y que los campesinos no querían [..] que disfrutar de sus beneficios recientemente adquiridos en el orden resta[..]do. Pero no fue así en absoluto. La eliminación del rival feudal y eclesiást[..] el incremento de los precios de los productos agrícolas despertó el apetito [..] los terratenientes. Como lo más frecuente era que controlaran los municip[..] les resultaba fácil transformar aquellas defensas tradicionales del campesin[..] en armas en contra de quienes trabajaban la tierra" (Aberdam, 1975, p. [..] Aberdam observa además la aparición de la expresión "diezmo burgués" [..] 88): "Los aparceros de la revolución, herederos de tres siglos de lucha anti[..]dal en la resistencia a sus señores defendían en lo esencial una forma encub[..]ta de salario."

[238] Mazauric (1965, p. 71) da muchas evidencias detalladas de esto, pero [..] continuación concluye (p. 75): "En suma, la *chouannerie* se desarrolló allí d[..] de la burguesía era considerada parasitaria, en cualquier lugar en el que a[..]zó un compromiso con el sistema feudal en lugar de introducir los procesos [..]volucionarios de la división del trabajo y el capitalismo, cuando dio el ejem[..] de un 'fracaso' histórico." Y una vez más condena a los campesinos por ade[..]tarse a su época. "[Si un historiador] considera que la Revolución frances[..] presentó un progreso, no puede considerar 'legítima' la *chouannerie*, inclu[..] aunque le conmuevan su respaldo popular y su rico cúmulo de miserias y g[..]dezas individuales." En otro pasaje, Mazauric (1967, p. 364) nos recuerda [..] opinión de Jaurès: "Fue el pueblo quien impuso sus puntos de vista y s[..] la revolución burguesa de la Ilustración." Por consiguiente, sin "el pueblo" [..] revolución burguesa habría fracasado, pero cuando "el pueblo" de Francia [..]cidental se opuso al gobierno revolucionario, actuaba de forma "ilegítima".

[239] Bois (1971, p. 347). "Fue en aquellas áreas en las que se hizo presente [..] mayor deseo de acabar con todas las formas de dominación, donde más pr[..]funda se hizo la desconfianza a una toma final del poder por parte de la bu[..]guesía urbana" (p. 344). Véase Sutherland (1982) sobre la base de clases de [..] *chouannerie* rural (agricultores en régimen de arriendo en vez de campesi[..] propietarios independientes). Aunque Sutherland afirma que esto no es [..] sólo modifica detalles del argumento. Mitchell también considera la Ven[..] como una "manifestación del descontento popular" (1974, p. 117).

a la misma conclusión sobre los campesinos,[240] sino que encuentra que las fuerzas contrarrevolucionarias tenían una fuerte base también entre los obreros de las fábricas.[241] ¿Por qué no considerar la Vendée simplemente como parte de la lucha antiburguesa campesina que se extendía a toda Francia?

En general, las cosas no eran muy distintas en las zonas urbanas, sobre todo en París, donde puede decirse que los extremistas fueron un fenómeno urbano paralelo a los pequeños campesinos con algunas tierras (en particular, los *laboureurs*), es decir, trabajadores oprimidos pero no indigentes. Al igual que los campesinos lucharon contra las "clases privilegiadas" (que incluían indistintamente a aristócratas y burgueses), los trabajadores urbanos lucharon contra una "aristocracia" en cuya definición no se incluye únicamente a los nobles sino,

> a los ricos y ociosos, a los grandes terratenientes y capitalistas, a los especuladores, a los girondinos, a quienes pagaban salarios insuficientes a los trabajadores, a quienes llevaban los cabellos largos y empolvados, a los que frecuentaban sacerdotes que no habían jurado fidelidad a la república, a los que tenían opiniones políticas moderadas de cualquier tipo, e incluso a los que eran simplemente indiferentes a la política.[242]

[240] "Desde el principio de la revolución [los campesinos] resistieron y se sintieron agraviados por los esfuerzos de la burguesía para controlar al municipio" (Tilly, 1968, p. 281).

[241] "De hecho, numerosos incidentes de la denominada revuelta campesina de 1781 en la zona occidental resultan implicar, al examinarlos con más detalle, núcleos de trabajadores rurales o semiurbanos más que campesinos. Puede que no sea mera coincidencia que tres de las series de revueltas populares más turbulentas de toda la revolución —las revoluciones 'agrarias' del Maine y la Norman Bocage en 1789, las guerrillas *chouan* del Maine, Normandía, Bretaña y el norte de Anjou a partir de 1793, y la propia Vendée— estallaran en la zona occidental de producción textil rural" (Tilly, 1968, p. xi). Recuérdese que muchos de estos obreros textiles habían perdido su trabajo cuando disminuyó la producción textil como consecuencia del tratado de Eden.

Faucheux sostiene que tanto los insurgentes rurales como los urbanos estaban "fundamentalmente motivados por preocupaciones materiales" (1964, p. 384). La Vendée había conocido peores hambrunas que el resto de Francia durante años (p. 191). Bendjebbar observa que las zonas de *bocage* estaban orientadas al mercado y que "el *assignat* destruyó el circuito de comercialización de la carne a la venta" (1987, p. 95).

[242] Sewell (1980, p. 111). Este uso estaba, en palabras de Sewell, "estrechamente vinculado a la idea extremista del lugar del trabajo en la sociedad. Para el extremista, sólo aquellos que trabajaban con las manos [...] hacían un trabajo útil."

Con semejante definición, no es sorprendente que los extremistas y el gobierno revolucionario fueran enemigos tantas veces como aliados. Lo que más provocó la ira de los primeros fue la depreciación del *assignat*[243] y el precio del cereal, cosas ambas que provocaron una virtual "ruptura" entre ellos y el gobierno.[244] La burguesía jacobina no les concedió libremente su exigencia de un máximo, sino sólo "coaccionada y forzada", como dice Soboul.[245] Pero, ¿por qué, hablar entonces de la "posición ambigua de los extremistas, como hace Soboul?[246] Fehér parece mucho más acertado al calificar la democracia directa parisina como "el ejemplo más sorprendente de una voluntad política anticapitalista en la historia moderna".[247] ¿Qué otra

[243] Fehér (1987, p. 40) demuestra de manera bastante convincente, tomando como base la obra de Falkner (1919), que la historia del *assignat* no fue la de una desgracia accidental sino la de una elección política en la que la "devaluación constante garantiza la prioridad política y temporal de las necesidades presupuestarias, incluso a costa de los que viven de un salario".

[244] Soboul (1958a, p. 259). "La hostilidad de los extremistas hacia el capital comercial se simbolizó de manera fundamental en la persistencia de sus demandas contra el comercio en moneda" (p. 475). Precisamente a causa de su desconfianza hacia el gobierno, nunca "cesaron de reclamar la aprobación de las leyes por el pueblo" (p. 510).

Los extremistas sintieron con tanta fuerza este antagonismo que estaban dispuestos a rechazar incluso a los burgueses más pequeños. "La violencia popular enajenó al movimiento extremista las simpatías de una masa de pequeños *bourgeois*, caseros, pequeños tenderos, gente *ayant pignon sur rue*, que aunque pertenecía a la misma categoría social que la capa superior de la sans-*culotterie*, se sentían alarmados y disgustados por la destrucción de la propiedad. El jacobino medio no podía dejar de condenar un movimiento que parecía no ofrecer ninguna garantía de paz civil; el *Ancien Régime* había sido derribado por no ser capaz de mantener el orden interno, y el tendero de París no había denunciado la violencia predatoria de los *seigneurs* franceses [...] para encontrarse expuesto él mismo a la ciega furia de mujeres casi muertas de hambre." (Cobb, 1959, p. 64).

[245] Soboul (1958, p. 11).

[246] Soboul (1954, p. 55). Esta "ambigüedad" explica, dice Soboul, "ciertos errores de perspectiva" como los de Daniel Guérin.

[247] Fehér (1987, pp. 82-83), sin duda insiste en un aspecto negativo de ésta afirmando que esta "voluntad política anticapitalista [...] estaba inextricablemente ligada a la idea de terror". Incluso aunque esto fuera cierto como descripción de 1793, no puedo estar de acuerdo con cualquier inferencia que afirme que así tenía que ser de manera inevitable.

También Tónnesson (1959, p. 347), al discutir las insurrecciones de Germinal y Prairial del año III (1795), nos recuerda que es "este odio de los extremistas hacia los ricos [...] lo que da a las insurrecciones su carácter de conflicto de clases", añadiendo que esta actitud "no era menos consciente en el otro lado de las barricadas". Sobre los extremistas como desposeídos y como militantes políticos, véase Burstin (1985, pp. 45-46). Respecto al debate sobre si los extre-

actitud cabía esperar frente a un gobierno que prohibió a los trabajadores organizarse en su lugar de trabajo *(loi Le Chapelier)* y, en vísperas de termidor, denunciaba sus manifestaciones y huelgas como "maniobras criminales"?[248]

Una cuestión secundaria muchas veces confunde el estudio de la lucha de clases entre los trabajadores urbanos y la burguesía: el supuesto carácter no proletario de los extremistas. La mayoría de los analistas parece estar de acuerdo en la descripción ocupacional de ese término esencialmente político. Fue una "palabra-acordeón"[249] que incluía a pequeños tenderos, pequeños comerciantes, artesanos, jornaleros, obreros, vagabundos y a los pobres de la ciudad.[250] Sin embargo, su "corazón y núcleo"[251] fueron los artesanos. Los trabajadores asalariados eran sólo una minoría, "un elemento entre otros".[252] Soboul incluso quiere negar a esta minoría el estatus de auténticos proletarios, denominándolos "asalariados del viejo tipo",[253] lo que seguramente significa que trabajaban en tiendas pequeñas y no en grandes fábricas.

mistas deberían considerarse fundamentalmente como un movimiento social o político, véanse Rudé, (1962, pp. 370-372) y Zacker (1962, p. 384).

[248] Kaplan (1979, p. 75), que añade: "¿Había tanta diferencia entre esto y el hecho de que la policía del Consulado imputara a las actividades del 'comité inglés' la agitación de los trabajadores? ¿Era muy diferente de la tesis de una conspiración que permitió a Turgot negar el carácter espontáneo y popular de la guerra del trigo? Lo que fuera crimen de insubordinación en el Antiguo Régimen se convirtió, por una transferencia casi inconsciente, en crimen de contrarrevolución. El uno no era menos subversivo ni infame que el otro."

Además puede afirmarse que la revolución había sido en parte el medio por el que la burguesía redujo la presión de clase de los trabajadores urbanos. Garden (1970, p. 592) describe la aguda "lucha de clases" de los fabricantes de seda y sus obreros, en particular intensa en los últimos años del *Ancien Régime,* pero "de manera paradójica, la historia de la revolución en Lyon se caracteriza por una rebaja de las exigencias de los obreros y un debilitamiento de su posición. Los obreros de Lyon necesitarían muchos años para recuperar su cohesión y su fortaleza, para tratar de sacudirse una vez más las ataduras de la dependencia en que los mantenían los fabricantes-comerciantes."

[249] Williams (1968, p. 19).

[250] La lista es de Rudé, (1967, p. 12).

[251] Williams (1968, p. 20). Pero véase Sonenscher que afirma que, de hecho, los extremistas se nutrían más de los trabajadores a jornal que de los artesanos, y que si su lenguaje político asimilaba ambas categorías "era una incorporación que se basaba en muy gran medida en las condiciones impuestas por los trabajadores a jornal" (1984, p. 325).

[252] Tønnesson (1959, p. xviii). Véase también Chaussinand-Nogaret (1981, p. 548).

[253] Soboul (1968, p. 192). Contrástese esta opinión con la descripción de Lyon que hace Garden (1970, p. 595): "Antes de 1789, en una ciudad donde la

Sin duda, todo esto es cierto desde el punto de vista descriptivo; sin embargo, en la descripción se encuentra implícito un agudo contraste con los movimientos obreros en los países auténticamente industrializados que tienen una composición diferente. ¿Es esto tan definitivo? ¿No se ha dicho sucesivamente de la mayoría de los movimientos obreros que su fortaleza y sus cuadros se han extraído de un segmento de la población obrera con una mejor situación económica, formado por artesanos técnicamente independientes o trabajadores asalariados calificados mejor pagados? Buscar a quienes verdaderamente no tenían nada que perder excepto sus cadenas nos llevaría en la época de la Revolución francesa, a los *indigents* y nos lleva hoy a lo que se denomina de modos diversos como subproletariado, lumpenproletariado, trabajadores no calificados (muchas veces inmigrantes), marginales, desempleados crónicos. Si tenemos que sostener, como hace Soboul, que "no existía" un auténtico "espíritu de clase"[254] en las masas populares urbanas porque fueron conducidas por los artesanos (incluso aunque esto hubiera sido siempre así durante la Revolución francesa, cosa que no es cierta), ¿qué podemos decir del espíritu de clase de la clase trabajadora de los países industrializados del siglo XX?

Antes de concluir, volvamos al último debate, el relativo a la naturaleza y función de los jacobinos. Este análisis se solapa mucho más que ningún otro con implicaciones políticas contemporáneas. Para gran parte de quienes participan en el debate, "jacobino" suele servir como palabra en clave para los comunistas de la Tercera Internacional, en el poder en la URSS y en otras partes. Este análisis en clave, apenas velado dificulta el estudio desapasionado de la función que desempeñaron en realidad los jacobinos. Parece haber, sin embargo, básicamente dos posiciones que, de forma curiosa, son comunes a diversos planteamientos. O bien los jacobinos representaron algo radicalmente diferente de quienes previamente ocupaban el poder

nobleza desempeña un papel limitado, a lo largo del siglo XVIII se habría construido sin duda una sociedad de clases, a pesar de la fuerza de las tradiciones. En más de un sentido, la sociedad de Lyon del siglo XVIII presagia la del XIX: la dominación de la burguesía sobre la mano de obra industrial ya era su característica esencial." Véase el debate "entre los historiadores marxistas" acerca del uso del término "preproletariado" para describir a los extremistas (Rudé, 1962, pp. 375-377); Lotté, 1962, pp. 387-390; Soboul, 1962, pp. 392-395).

[254] Soboul (1981b, p. 356). De modo similar, Tønnesson habla de que los *indigents* se convirtieron en "la clientela política de patrones extremistas" (1959, p. xv).

—no solo el *Ancien Régime* sino también los girondinos—, o bien fueron una variante más del mismo grupo gobernante. El campo de quienes creen que las diferencias fueron grandes une a Soboul y a Furet, símbolos de concepciones agudamente contrapuestas, y también incluye a Fehér. El otro campo es más pequeño pero incluye a personas tan diversas como Tocqueville, Guérin y Higonnet.

Mathiez formuló de forma bastante explícita la posición de los partidarios de la interpretación social:

> Entre los girondinos y los montañeses el conflicto era profundo. Era casi un conflicto de clases.
>
> El 2 de junio [de 1793] [...] fue más que una revolución política. Lo que derribaron los extremistas era algo más que un partido; hasta cierto punto era una clase social. Después de la minoría de la nobleza que sucumbió con el trono, le tocaba el turno ahora a la alta burguesía.
>
> Robespierre fue, empezando por la Asamblea Constituyente, el revolucionario más popular entre la clase de artesanos y pequeños propietarios, de cuya entera confianza gozaba. Era el jefe indiscutido de los extremistas, sobre todo después de la muerte de Marat.[255]

Indudablemente, Furet y Richet señalan como punto culminante de la revolución más el 10 de agosto de 1792 (la constitución de la Comuna Revolucionaria de París) que el 2 de junio de 1793 (el arresto de los diputados girondinos).[256] Y sostienen que el punto de inflexión tuvo que ver más con valores políticos que con la lucha de clases:

> Después del 10 de agosto de 1792 la revolución fue arrastrada por la guerra y la presión de las masas parisinas fuera del gran camino trazado por la inteligencia y la riqueza en el siglo XVIII. Más allá de la revolución que Jaurès entendió tan bien, existía la revolución que Michelet sintió instintivamente: la de las fuerzas oscuras de la miseria y la cólera.
>
> Obligados a pactar con ellas, los políticos de la Montaña cedieron a todas sus demandas: la conscripción, el control de los precios, el terror. Pero conservaron lo que era esencial para ellos: el poder.[257]

[255] Mathiez (1923-1924, pp. 262, 383, 405). Ésta es la razón por la que es una "tragedia irónica" (p. 577) que los "mal dirigidos extremistas" al final se volvieran contra Robespierre.

[256] "El 2 de junio de 1792 no tiene ni con mucho la misma importancia para la historia de la revolución que el 10 de agosto de 1792", incluso aunque marcara una "ruptura", una "derrota del gobierno parlamentario", y por tanto una "derrota de la revolución" (Furet y Richet 1973, pp. 201-202).

[257] Furet y Richet (1973, p. 253).

Más allá del hecho de que para Mathiez el periodo jacobino fue muy positivo y para Furet y Richet muy negativo, todos concuerdan en que fue profundamente diferente de la "primera fase" de la revolución y que los jacobinos y las masas populares se encontraban básicamente del mismo lado.

Fehér, por su parte, presenta una versión un tanto diferente del mismo punto de vista. Para él, los jacobinos sí representan políticamente a los extremistas y a otras masas populares; sin embargo, no lo hacen como los representantes avanzados de una burguesía radical, sino, por el contario, como "antiburgueses y anticapitalistas".[258] Pero para Fehér, al igual que para Furet y Richet, la experiencia jacobina es negativa. Para estos últimos, fue negativa porque supuso un *dérapage* de la vía liberal y parlamentaria, la vía británica, la que había abrazado la Ilustración. Fehér, por el contario, no ve sólo en ella, sino detrás de ella, toda una tradición del pensamiento ilustrado que representa precisamente el rechazo de la "solución" británica del capitalismo.[259] Si para Fehér el periodo jacobino fue negativo, es porque cree que el socialismo es más que un mero anticapitalismo, y que el terror no puede ser parte del socialismo.[260]

Tocqueville nunca discute explícitamente la cuestión, pero todo su énfasis en las continuidades pesa en contra de cualquier punto de inflexión fundamental en el transcurso de la revolución. Las pasiones en conflicto de la igualdad y la libertad ya existían bajo el *Ancien Régime,* y las luchas simplemente continuaron después, con altibajos. "A pesar de lo radical que pueda haber sido, la revolución hizo cambios mucho menores de lo que se supone generalmente." Más bien, lo que hizo la revolución fue llevar a cabo muy rápidamente "lo que de cualquier modo iba a suceder, aunque gradualmente".[261]

[258] Fehér (1987, p. 131).

[259] *Ibid.* (pp. 54-55) insiste en el grado en que el jacobinismo fue un esfuerzo consciente por impedir el "desarrollo británico o al menos la percepción jacobina de este desarrollo". Cita el discurso de Robespierre (*Oeuvres, IX,* p. 499) a la Convención del 10 de mayo de 1973: "Observad Inglaterra donde el oro y el poder del monarca inclina constantemente las balanzas del mismo lado [...] una forma monstruosa de gobierno, cuyas virtudes públicas son sólo un espectáculo escandaloso en el que la sombra de la liberdad aniquila la propia libertad, la ley consagra el despotismo, los derechos del pueblo son abiertamente vendidos y donde la corrupción no se ve frenada por la vergüenza."

[260] Véase Fehér (1987, pp. 149-154) sobre cómo "aprender del jacobinismo" que el anticapitalismo y el socialismo no son idénticos.

[261] Tocqueville (1955, p. 20). Un estudio empírico reciente que refuerza esta

Guérin en muchos aspectos es un miembro ortodoxo de la escuela de la interpretación social. La Revolución francesa de las asambleas fue una revolución burguesa, y lo siguió siendo, como dice Rudé, "incluso en los momentos culminantes de la democracia jacobina".[262] Con la salvedad de que, para Guérin, ni siquiera entonces fue una "democracia", sino más bien una "dictadura burguesa"[263] que luchaba en contra de una segunda revolución proletaria independiente. Robespierre no fue el agente de esta segunda revolución sino su opositor más inteligente. "Soñaba con un plan audaz [...]: hacer concesiones a los *bras nus* sin ceder en nada crucial."[264]

Higonnet aborda estas cuestiones desde un punto de vista más cercano (objetiva, si no subjetivamente) al rechazo de Cobban y Furet al concepto de revolución burguesa que a la interpretación social, si bien llega a conclusiones no tan diferentes de las de Guérin. Higonnet considera el periodo 1792-1793 como de "anti-nobilismo oportunista" en el que el Terror fue un "gesto estratégico [...] ideado para uncir 'al pueblo' a la causa de la burguesía revolucionaria". En efecto, la persecución de los nobles (tanto por parte de los girondinos como de los montañeses) fue "oportunista, táctica y demagógica" porque servía esencialmente a desviar el descontento popular de su objeto real, el "orden mundial burgués, individualista y capitalista" en el que los nobles, los *officiers* y los burgueses estaban implicados por igual desde hacía largo tiempo.[265]

¿Qué podemos concluir con respecto a los jacobinos? Desde el punto de vista de la *longue durée*, me parece claro que las continuidades tocquevillianas dominan el equilibrio de las estructuras políticas y económicas francesas, y que por tanto, en

tesis es el de Brugière (1986), quien demuestra la continuidad de las finanzas francesas desde Luis XVI, pasando por la revolución y Napoleón, hasta épocas posteriores, no sólo en sus estructuras y políticas, sino también hasta cierto punto en su personal.

[262] Rudé (1954, p. 247).

[263] Guérin (1968, vol. II, p. 11).

[264] Guérin (1968, vol. I, p. 405). Muchas veces se critica a Guérin, como hace Rebérioux (1965, pp. 197-198), por no tener en cuenta "la imposibilidad de hacer una auténtica elección socialista en 1793-1794". Pero incluso aunque esto fuera así, se trata de una crítica al acierto de lo que lograron las masas urbanas y no a lo que de hecho buscaban.

[265] Higonnet (1981, pp. 39, 91, 112, 131). Los argumentos de Higonnet nos permiten explicar con facilidad lo severo de algunas de las acciones de la Convención, como cuando el 13 de marzo de 1793 decretó la pena de muerte para "todos los que propusieron la ley agraria" (es decir, la redivisión forzosa de la propiedad rural). Véase Rose (1984, p. 113).

lo que se refiere a los jacobinos, Guérin y Higonnet están más cerca de la verdad que otros. Convertir a Robespierre en un proto Lenin (sin importar la opinión que se tenga de Lenin) me parece que es hacer una interpretación errónea de su papel, tal como él y sus contemporáneos lo percibieron. Me parece además que la teoría de una revolución burguesa no puede superar el hecho de que las realidades del capitalismo en Francia y en otras partes de Europa occidental eran muy anteriores a 1789.

¿Qué pasa entonces con la Revolución francesa? ¿"Mucho ruido y pocas nueces"? Sin duda no. La Revolución francesa fue tres cosas muy diferentes, pero todas ellas profundamente entrelazadas. En primer lugar, fue un intento relativamente consciente de un grupo diverso del estrato capitalista dominante de imponer reformas del Estado francés que eran urgentemente necesarias en vista de lo que se percibía como un salto hacia delante de Gran Bretaña hacia la hegemonía en la economía-mundo. Como tal se desarrolló bajo Napoleón, y aunque las reformas se impusieron, no se alcanzó el objetivo de impedir la hegemonía británica. En efecto, el proceso revolucionario francés probablemente fortaleció, como veremos, el liderazgo británico.

En segundo lugar, la revolución creó una situación de quiebra del orden público, a tal grado, que surgiera el primer movimiento antisistémico (es decir, anticapitalista) significativo de la historia del moderno sistema mundial, el de las "masas populares" francesas. Y esto no porque la Revolución francesa fuera una revolución burguesa, sino precisamente porque no lo fue.

En tercer lugar, la revolución ocasionó al moderno sistema mundial en su conjunto la necesaria conmoción para poner finalmente la esfera ideológico-cultural a la altura de la realidad económica y política. Los primeros siglos de la economía-mundo capitalista se vivieron en gran medida cubiertos de ropajes ideológicos "feudales". Esto no es ni anómalo ni inesperado. Este tipo de retraso es normal y estructuralmente necesario, pero no podía durar siempre, y la Revolución francesa, que en este sentido era sólo una parte (pero la parte clave) de la "revolución mundial de Occidente", constituyó el momento en el que la ideología feudal se derrumbó por fin. La prueba se encuentra en la reacción intelectual de Burke y de Maistre. No es necesario defender explícitamente las ideas "conservadoras" sólo cuando se cuestionan de forma fundamental y dejan de ser aceptadas por la mayoría; y hasta 1789

éste no fue el caso.[266] Fue un cambio apasionante, y como tal apasionó a muchos, pero no señala el inicio de una era burguesa y capitalista, sino su plena madurez.

Volvamos al problema de la competencia franco-británica por la hegemonía en el sistema mundial, y a esta última fase crucial que transcurre de 1792 a 1815, periodo que suele identificarse en la bibliografía sobre los ciclos de Kondratieff como fase A de expansión económica.[267] Serge Chassagne nos advierte, en su estudio sobre la industria de la lana francesa desde 1790 hasta 1810, que este periodo, simultáneamente "reveló debilidades existentes desde hacía largo tiempo y [...] aceleró transformaciones inevitables". Por consiguiente, afirma, no debemos exagerar los rasgos accidentales del periodo revolucionario ni confundirlos con "transformaciones estructurales" más profundas, tratando de "glorificar o vilipendiar la revolución".[268] Pero ¿fue la revolución sólo un factor accidental, incluso desde un punto de vista estrictamente económico? Nuestra tesis, hasta el momento, nos lleva a poner esto en duda. La revolución estalló en gran parte precisamente como respuesta a las transformaciones estructurales que se producían en la economía-mundo y, por su dinámica, "aceleraría" esas evoluciones, como el propio Chassagne observa.[269] Nunca sabremos si estas evoluciones hubieran sido de otro modo "inevitables", lo que sí sabemos es que se produjeron.

En esta fase de la rivalidad franco-británica, el elemento político clave y diferencial respecto a las fases anteriores fue la intervención prácticamente automática de ambos estados, en lados opuestos, en cada lucha "revolucionaria" que se produjo. Hablando con propiedad, esta diferencia no se inició en 1789, sino bajo el *Ancien Régime*, en la década de 1770.[270] Como sa-

[266] Véase Western (1956, pp. 603-605) sobre la ideología conservadora británica como "producto de la Revolución francesa".

[267] Para Gran Bretaña, véase Gayer *et al.* (1975, pp. 486-500, 623-658, y vol. II *passim*); para Francia, véase Labrousse (1965, pp. 480-494).

[268] Chassagne (1978, pp. 164-165). Véase también Markovitch (1976a, p. 484).

[269] Esto puede ilustrarse por medio de una elemental estadística comparada del crecimiento de la metalurgia. Entre 1720 y 1790, Inglaterra creció un 100%, en tanto que Francia creció un 468%. Entre 1720 y 1830, sin embargo, el porcentaje de crecimiento en Inglaterra fue del 2608%, pero para Francia sólo del 908%. Véanse Léon (1960, p. 179); cf. Lévy-Leboyer (1964, pp. 326-332); Birch (1967, pp. 45-56).

[270] "La lucha revolucionaria [...] fue inseparable de la lucha entre Inglaterra y Francia. El gobierno británico se opuso a todo esfuerzo revolucionario. El francés, por otro lado, tanto bajo los borbones como bajo los posteriores go-

bemos, en última instancia Gran Bretaña triunfó globalmente desde el punto de vista militar. Pero puede en verdad afirmarse que "dentro de una *conjoncture* en general favorable, Gran Bretaña creó política, y a veces militarmente, su propia *conjoncture*".[271] Fueron estas victorias político-militares las que aumentaron de forma crítica las distancias económicas: en la agricultura, la industria, el comercio y las finanzas.

En la agricultura, la diferencia clave fue que mientras en Francia la fortaleza política demostrada por los campesinos en la revolución retrasó (e incluso detuvo) el proceso de concentración de la propiedad,[272] el periodo de guerra en realidad

biernos republicanos, fomentó prácticamente todos los disturbios revolucionarios" (Palmer, 1954, pp. 9-10).

[271] Morineau (1976b, p. 69). Hobsbawm defiende la misma tesis. "Sea lo que sea aquello a lo que se deba el avance británico, no fue a la superioridad científica y tecnológica. [Gran Bretaña] poseía una economía tan fuerte y un Estado tan agresivo que logró adjudicarse el mercado de sus competidores. En efecto, las guerras de 1793-1815 [...] prácticamente eliminaron a todos los rivales del mundo no europeo, con la excepción, hasta cierto punto, de Estados Unidos" (1962, pp. 47, 51).

Nef (1957, p. 86) va aún más lejos, sugiriendo que si no se hubiera producido la revolución, Francia podía haber adelantado a Gran Bretaña: "[En el siglo XVIII] el desarrollo tecnológico a imitación de Inglaterra se convirtió en una consigna en Francia. Hacia finales de siglo, en muchos casos Francia había empezado a adelantar a Inglaterra. De no haber sido por la Revolución francesa y las guerras napoleónicas, es posible que en esa época hubiera adelantado a Gran Bretaña incluso en el desarrollo tecnológico que debió su pujanza al uso del carbón como combustible." Pero esto, por supuesto, relega los desarrollos políticos al ámbito de lo accidental, si no de lo irrelevante.

Hartwell por otro lado es escéptico, pues afirma que Inglaterra también sufrió. Sostiene que si no hubiera habido guerras, "la situación habría sido la misma: Inglaterra habría estado a la cabeza, y Francia y Alemania se hubieran industrializado un poco después" (1972, p. 373). McNeill, por otra parte, se mofa de la idea de que la guerra no hubiera supuesto una gran diferencia económica para Gran Bretaña. Señala que el crecimiento de los gastos del gobierno aumentó la demanda interna y que los subsidios incrementaron la demanda externa, para así hablar de los gastos de la guerra como preparación del camino para las exportaciones. Sin todo esto, "parece imposible creer que la producción industrial británica hubiera aumentado ni mucho menos al ritmo que lo hizo" (1982, p. 211).

[272] Véanse Bergeron (1970, p. 490); Tulard (1970, pp. 645-646), y Milward y Saul (1973, pp. 262-263). Crouzet, en un debate con Soboul, arguye como abogado del diablo que la supresión de los tributos feudales "no fue necesariamente un factor de crecimiento", puesto que pudo haber disminuido la demanda. A la respuesta de Soboul de que los campesinos vivían mejor en la época napoleónica, Crouzet replica: "estoy de acuerdo; pero el hecho de que vivieran mejor significa un incremento en el consumo de subsistencia y además tal vez existió un incremento en el acaparamiento con vistas a la adquisición de tierras. Desde el punto de vista del análisis económico, esto representó una caída del crecimiento" (1971, pp. 556-557).

aceleró la concentración en Gran Bretaña,[273] aumentando la distancia en consecuencia y dando a Gran Bretaña, durante el siglo XVIII, ventajas a largo plazo en el rendimiento de las tierras cultivables.[274]

También en la industria, la guerra parece haber tenido un impacto claro en la producción de la crucial industria textil. Por una parte, las revisiones más recientes de los datos del crecimiento económico británico, particularmente en la industria del algodón, sugieren que la imagen anterior de "aceleración espectacular" del periodo que se inicia en la década de 1780 parece exagerada,[275] y que debería hablarse más bien de una "aceleración constante" tanto de la renta per cápita como de la productividad total.[276] Además, las impresiones anteriores de que la industria a gran escala[277] o la máquina de vapor[278] tuvie-

[273] Cole (1952, p. 42) afirma que el ritmo de diversos cambios agrícolas que se habían estado desarrollando en Gran Bretaña durante el siglo XVIII fue "acelerado de manera prodigiosa" por las guerras. John (1967, p. 30) observa que el alza de los precios produjo "un aceleramiento de los cercamientos"; la mitad de los cercamientos entre 1727 y 1845 se produjo en el periodo 1793-1815. Hueckel (1976a, p. 343) observa que las ventajas del aumento de los precios revertieron a los propietarios de tierras como "incremento no ganado" de tierras inelásticas, al contrario de los arrendatarios cuya oferta consistía sólo en su propio trabajo y capital. Aunque estos arrendatarios podían incrementar sus beneficios absolutos mediante inversiones en nuevas técnicas, los "porcentajes de rentabilidad del capital por encima del nivel habitual duraban poco", puesto que la agricultura era una "industria competitiva".

[274] Véase O'Brien y Keyder (1978, pp. 136-138) que observan que el "atraso de Francia [en el siglo XIX] [...] [se derivaba] de la capacidad limitada de unidades pequeñas de propiedad y cultivo para generar un superávit inversible, situación que atribuyen al hecho de que la "revolución impidió rehabilitar latifundios mayores". Grantham (1978, p. 311) atribuye el retraso en la adopción de una agricultura intensiva mixta en el norte de Francia al "lento crecimiento de la demanda de carne y productos lácteos antes de 1840", pero esto sin duda se debió, al menos en parte, a la misma falta de concentración de la agricultura, que conllevaba un mayor grado de producción de subsistencia.

Laurent, no obstante afirma (pero sin comparar estos datos con los de Gran Bretaña) que existió una continua mejora de los rendimientos del trigo y el centeno franceses desde 1815 hasta 1880 (1976b, p. 683).

[275] Crafts (1983, p. 186).

[276] Harley (1982, p. 286). Es sorprentente que dos revisiones tan similares "a la baja" del ritmo de crecimiento de la economía británica a fines del siglo XVIII —Harley y Crafts (1983)— se hayan publicado en el espacio de un año en las dos principales revistas de historia económica del Reino Unido y Estados Unidos.

[277] Chapman (1971, p. 75), concluye: "En efecto cuanto más se examina la temprana industria algodonera en detalle, tanto menos revolucionarias parecen ser las fases iniciales de su ciclo de vida" (p. 76).

[278] Véanse Chapman (1972, pp. 18-19) y Crouzet (1958, p. 74). Sobre la importancia perdurable de la energía hidráulica hasta 1840 (en oposición al mo-

ron un papel fundamental en esta aceleración, parecen igualmente exageradas en lo que se refiere a este periodo. Finalmente, Chapman sostiene que la distinción entre los productos británicos "producidos en masa" y los productos franceses "de moda y orientados al diseño" no "puede sostenerse después de 1790".[279]

Sin embargo, sabemos que, por otro lado, en 1815 Gran Bretaña tenía una "ventaja económica incuestionablemente superior" en la industria del algodón en relación al continente en general, y con relación a Francia en particular.[280] ¿Cómo pudo ocurrir esto? Gayer insiste en que no podemos inferir que la expansión británica "habría sido menos rápida en una época de paz".[281] Esto quizá sea cierto, aunque la guerra incrementó claramente la cuota del algodón en relación con la producción de lino y lana a causa de la mayor disponibilidad de las fuentes de oferta del primero en situación de guerra.[282] Lo que tal vez ocurrió no fue tanto que la expansión británica fuera mucho más rápida que antes sino que existió "una notoria lentificación" del ritmo de la industrialización francesa.[283]

Un examen detallado de la datación indica exactamente lo que ocurrió en Francia y, por extensión, en el resto de la Europa continental cuando cayó bajo el control de Francia. La tasa de crecimiento de los periodos revolucionario y de guerra pue-

tor de vapor, menos económico), véanse Bairoch (1983) y Endrei (1983). Véase también Gille (1959, p. 28); Robinson (1974, p. 101); Musson (1976, pp. 416-417), y Von Tunzelmann (1978, p. 6).

[279] Chapman (1972, p. 22).

[280] Gayer *et al.* (1975, p. 649). Véase Godechot (1972, p. 370, cuadro 53).

[281] Gayer, *idem.*

[282] Edwards (1967, p. 33) que observa que la ventaja del algodón en el mercado interior británico en los años 1790-1800 fue demorada por la estrella en alza de Beau Brummel como árbitro de la moda masculina, con su énfasis en el planchado y el almidonado. "Los calicós y muselinas se adaptaban bien a esas exigencias" (p. 35), y los sirvientes podían imitarlas.

[283] Fohlen (1973, p. 69). Véanse también Crouzet (1967a, p. 173) y Lévy-Leboyer (1968, p. 282). Incluso Godechot que reprocha a Lévy-Leboyer la exageración de los efectos negativos de la Revolución francesa en su industria, admite que es "indiscutible" que las revoluciones "no sólo impidieron" a la Europa continental alcanzar el nivel de la industria británica, "sino que incluso aumentaron la distancia" (1972, p. 370). En el caso de Francia en particular, afirma que la revolución "perturbó gravemente la industrialización" (Godechot 1972, p. 362). Además, está su efecto sobre regiones concretas de Francia. Crouzet (1959) afirma que 1793 señala un punto de inflexión para el suroeste de Francia, que de ser una región no menos industrializada que otras zonas de Francia se convirtió en una región desindustrializada y seguiría siéndolo hasta después de 1815.

de subdividirse en un periodo de crecimiento lento desde 1790 hasta 1800, un periodo de crecimiento relativamente mayor entre 1800 y 1810, y un nuevo periodo bajo desde 1810 hasta 1815.[284] El primero fue el de la disrupción autoimpuesta de la revolución; el tercero fue el de la disrupción impuesta por los británicos. Los valientes esfuerzos de Napoleón, en el intermedio, no fueron suficientes.

Debemos hacer notar una diferencia más entre Gran Bretaña y Francia con relación a la industria del algodón. Mientras que este periodo fue el de la liquidación, más o menos, del sistema de trabajo industrial a domicilio en la industria textil británica y de la urbanización de sus actividades productivas, fue por el contrario el periodo de la auténtica creación de una estructura de trabajo industrial a domicilio en la industria textil francesa, un periodo que se prolongaría hasta 1860. Chassagne califica esto de un "proceso de industrialización dual" que separó físicamente en la década de 1790 los procesos de hilado mecánicos "concentrados y muy capitalistas" basados en la energía hidráulica, de las actividades en el entorno rural donde se producía el tejido.[285]

Si preguntamos por qué sucedió esto, Schmidt sugiere una clave que tiene que ver precisamente con el impacto de la revolución. Recordando que una de las preocupaciones de los franceses era ponerse a la altura de los nuevos avances de los telares mecánicos de Gran Bretaña, Schmidt señala que para conseguir esto de forma rápida y a bajo coste era preciso utilizar las fábricas ya existentes. La nacionalización de la propiedad eclesiástica fue un golpe de suerte a este respecto: el gobierno revolucionario entregó gratis o a bajo precio a los fabricantes un gran número de conventos, escuelas de la iglesia y

[284] Marczewski (1963, p. 127) sugiere una nueva depresión y un segundo punto de ruptura en 1812. Soboul (1976a, p. 4) acusa al *assignat* y a la inflación de crear una "ruptura" desde 1790 hasta 1797 "que interrumpió el crecimiento durante algún tiempo y produjo consecuencias sociales irremediables". Crouzet (1962, p. 214) habla de una "recesión durante el Directorio y a comienzos del Consulado" que atribuye a "la pérdida de mercados extranjeros por parte de la industria francesa". Bergeron (1970, pp. 504-505) dice que los buenos años de 1800-1810 "se sitúan entre dos episodios desastrosos: el desbaratamiento de las perspectivas del *Ancien Régime* por los primeros años de la revolución y guerra y el fracaso relativo de la política de bloqueo y la derrota de Napoleón".

[285] Chassagne (1979, p. 104). Aunque éste observa que esta ruralización de las industrias textiles de algodón de Francia se había iniciado ya a fines del *Ancien Régime*, "la revolución aceleró esta 'revolución' socioeconómica".

abadías con la finalidad de que instalaran telares.[286] Esta propiedad, sin embargo, tenía que tomarse donde se encontrara, es decir, frecuentemente en las zonas rurales. Además, se tenía la sensación de que un sistema de trabajo a domicilio era una "excelente garantía de orden social",[287] él mismo una reacción al fuerte impulso antisistema de la clase obrera francesa durante la revolución.

Sin duda, el elemento que tuvo mayor influencia tanto en la agricultura como en la industria fue el impacto de las guerras en el comercio interestatal, el sector clave del crecimiento en aquel momento. En las dos últimas décadas del siglo XVIII, casi el 60% de la "producción industrial adicional" de Gran Bretaña fue exportado.[288] Justo en aquel momento fue cuando el comercio exterior de Francia, que había desempeñado una función clave en el crecimiento económico francés de las últimas décadas del *Ancien Régime*, sufrió una "decadencia catastrófica",[289] provocada, en primer término, por la revolución,[290] en segundo lugar por la pérdida de Santo Domingo,[291] y, en tercero, por las guerras napoleónicas.

Por tanto, parece claro que fueron las guerras lo que hizo posible la "espectacular transformación"[292] de las exportacio-

[286] Véase Schmidt (1914, p. 51).

[287] Chassagne (1979, p. 107).

[288] Crafts (1988, p. 199).

[289] Marczewski (1965, p. lx), que sostiene que hasta 1855 Francia no volvería a alcanzar el nivel de comercio exterior de 1787-1789.

[290] Braudel dice que "el colapso [del comercio] exterior de la Francia revolucionaria, incluso antes de los acontecimientos dramáticos de 1792-1793, ha pesado mucho en su historia" (1982, p. 219).

[291] Un tercio del comercio exterior de Francia en los últimos años del *Ancien Régime* se producía en forma exclusiva con Saint-Domingue. "Mientras Francia tuvo todavía 'las Islas', y en especial la 'perla de las Indias Occidentales' [Saint-Domingue], el sistema económico de la Francia del *Ancien Régime* permaneció intacto." Pero este fue "el primer elemento" del *Ancien Régime* que "se colapsó" (Lüthy, 1961, p. 596). Bergeron añade que "desde aquel momento la economía francesa, con su sector más dinámico cercenado, se encontró expuesta a las tentaciones de la ruralización, o al menos se vio obligada a enfrentar la transición a la era industrial en condiciones menos favorables" (1970, p. 476).

[292] Deane y Cole (1967, p. 30). Véanse también Schlote (1952, p. 42, cuadro 8); Crouzet (1958, pp. 178-192); Deane y Habakkuk (1963, p. 77), y Edwards (1967, pp. 27-29). Incluso un autor como Davis (1974, p. 66), que destaca la tecnología en contraposición a la demanda como el factor explicativo de la expansión de la producción textil algodonera en Gran Bretaña, observa un rápido incremento en las exportaciones en los años 1790 a 1800, que sufrió lo que denomina una "distorsión" de las modalidades de comercio causada por las guerras. El término "distorsión", en mi opinión, distorsiona la realidad. Habakkuk y Deane (p. 78) son más acertados al sostener que, "El poder de la Armada

nes británicas de productos textiles de algodón, a la vez que "impusieron una traba a Francia",[293] creando por consiguiente una "permanente ventaja comercial en los mercados mundiales"[294] en favor de Gran Bretaña. Por supuesto, Napoleón intentó invertir esta situación y el mismo mes en que llegó al poder (brumario del año VIII) un memorándum interno del

británica contribuyó al menos tanto como la inventiva de los industriales británicos a la expansión del mercado que tuvo lugar en la década de 1790 y durante los primeros años del siglo XIX."

[293] Fohlen (1973, p. 13). Lévy-Leboyer (1964, pp. 246-247) observa que en la primera mitad del siglo XIX "la lucha por los mares se libraba casi exclusivamente entre anglosajones", algo que era "difícil de prever" sobre todo en el caso de Francia. "El aislamiento de 1793 y la aparición de nuevas fuerzas de abastecimiento fue un golpe fatal al tráfico [marítimo de Francia y Holanda]." Véase también Crouzet (1962, p. 215): "A principios del Consulado Francia carecía de mercados exteriores y no de capacidad productiva, la cual, pese a las pérdidas sufridas durante la revolución, en buena parte estaba aún subempleada." Ellis (1981, p. 102) confirma los descubrimientos de Crouzet (1962) —sobre el papel crucial de la falta de mercados para sus industrias (en contraposición a la falta de capacidad industrial) durante este periodo— para el caso de Alsacia.

[294] Deane (1973a, p. 208). Véase también O'Brien y Keyder (1978, p. 76) que nos recuerda la explicación de Adolphe Thiers: "No ganamos la batalla de Trafalgar. No somos los dueños de los mares y no tenemos 200 millones de consumidores, como Inglaterra. Ése es todo el secreto de nuestra inferioridad." Morineau (1978, p. 416) señala esta secuencia: las ventas tradicionales de Gran Bretaña a las que se añadieron las obtenidas en el continente como resultado de la "forzosa abstención de Francia", y a las que se añadieron además la expansión en América del Sur. "Después de lo cual, las cosas estaban en marcha, y el juego se había acabado." Crouzet (1980, p. 72) observa que el 60% de las "exportaciones adicionales" de Gran Bretaña entre 1783 y 1812 se destinaron al Nuevo Mundo, y el 23% a Europa continental.

Incluso Landes (1969, p. 145), cuyo énfasis principal radica en lo que denomina los determinantes locales del crecimiento industrial, habla de "efectos secundarios" causados por el retraso en la industrialización continental como resultado del levantamiento revolucionario: "En particular la distancia entre el equipamiento industrial británico y el continental había aumentado, y aunque una extensión de este tipo podía significar en teoría un mayor incentivo a la modernización, constituyó un obstáculo." Landes ofrece dos explicaciones a este fenómeno. Uno es que el aumento de la capacidad significó que el último equipamiento era "menos adecuado al mercado continental posterior a Waterloo" (p. 146), pero esto por supuesto era porque Gran Bretaña logró ahora el acceso al mercado no europeo. La segunda razón es el mayor "volumen de inversión inicial" (p. 147) que ahora se precisaba. Landes, por consiguiente, habla de que la industria continental se entregó a una "obsolescencia voluntaria" que, admite, "contribuyó a mantener la ventaja competitiva de Gran Bretaña en terceros mercados". Pero, ¿hasta qué punto es voluntaria una estructura económica creada en gran parte por el dominio político-militar? Landes describe de hecho la situación de "hegemonía". Véase a este respecto Milward y Saul (1973, pp. 307-309).

gobierno francés observaba: "La existencia de Inglaterra se debe únicamente a su comercio y a su crédito. Si se logra hacer que se tambalee uno u otro, Inglaterra se arruina, está perdida."[295] Y sin embargo sabemos que, pese a los mejores esfuerzos de Napoleón, nunca logró que el comercio exterior alcanzara el nivel que había tenido en 1789.[296]

La política de Napoleón, desde luego, no comenzó realmente con Napoleón; comenzó con la vuelta al proteccionismo en 1791, continuó con la ley de navegación francesa de 1793, la prohibición de que las mercancías británicas entraran en barcos comerciales neutrales en 1798, y culminó en los decretos de Berlín y Milán de 1806-1807 que organizaron el bloqueo continental.[297]

El propio bloqueo parecía fundamentalmente dirigido contra la producción de telas de algodón británicas, "amenazada de sobreproducción a causa de una expansión excesivamente rápida",[298] especialmente entre 1799 y 1802, años en los que Napoleón experimentaba su primera crisis comercial.[299] El bloqueo era una amenaza "grave", puesto que Gran Bretaña era efectivamente "vulnerable".[300] Napoleón esperaba afectar al comercio británico en muchos frentes: cerrando la venta de productos manufacturados en Europa, bloqueando la importación de materias primas y debilitando el crédito financiero británico (al crear una balanza de pagos negativa que condujera al agotamiento de las reservas de metales preciosos y por consiguiente al colapso de la confianza en el papel moneda).[301]

[295] A. E. 46, f. 326. En 1847, un autor alemán escribía: "Esta guerra [entre Francia y Gran Bretaña, 1792-1815] —¿la creerá la posteridad?— fue proclamada como cruzada contra el azúcar y el café, contra los percales y las muselinas" (Schlegel, citado en Lingelbach, 1914, p. 257).

[296] Soboul (1976b, p. 105) dice que esto "subrayó una vez más la importancia del comercio colonial a gran escala al final del *Ancien Régime* y las consecuencias irremediables de su ruina".

[297] Véanse Bergeron (1978e, p. 358) y Rose (1893, p. 704). Por lo que se refiere al bloqueo de Gran Bretaña, Meyer sostiene que las presiones británicas sobre Holanda ya en 1778, para que denunciaran su tratado comercial con Francia fue "uno de los antecedentes distantes del bloqueo 'continental' inglés durante la revolución y el imperio" (1979a, p. 213, nota).

[298] Crouzet (1958, vol. I, p. 86).

[299] Véase Butel (1970) quien observa que la mejoría de la situación en 1802 con la paz de Amiens pronto se invirtió en el verano de 1803 con la reanudación de la guerra marítima. Pero en este momento el bloqueo británico era "todavía muy tolerante" en la medida en que permitía a Gran Bretaña "el comercio indirecto con las colonias mediante intermediarios neutrales, en particular los americanos" (p. 546).

[300] Crouzet (1958, vol. I, p. 203).

[301] *Ibid.* (pp. 57-63, 91-97, 102, 122-123).

El único de estos objetivos alcanzado siquiera parcialmente fue el de cerrar el mercado europeo a los productos británicos.[302] La prohibición de las importaciones de materias primas a Gran Bretaña fracasó por el hecho de que el poder de Napoleón, en la ácida prosa del capitán Mahan, "acababa, como el de ciertos hechiceros, al llegar al Agua".[303] Por lo que se refiere al crédito financiero británico, siguió siendo bueno porque los vínculos financieros con el continente en realidad nunca se rompieron,[304] por no hablar del hecho de que Gran Bretaña era receptora permanente del flujo de metales preciosos como refugio de los capitales fugitivos de la revolución primero y más tarde del sistema continental de Napoleón.[305] Las finanzas estatales de Gran Bretaña se mantuvieron equilibradas, en primer lugar gracias a los ingresos procedentes de un comercio exterior en expansión;[306] más tarde, cuando los costes de la guerra aumentaron, gracias a los créditos[307] y a un sistema fiscal que repartía las cargas de forma desproporcionada, gravando al sector agrícola y protegiendo la industria y el comercio.[308]

Aunque Napoleón utilizaba el poder del Estado para fomentar la industria, incluso por medio de subsidios,[309] los británi-

[302] *Ibid.* (pp. 126-152).

[303] Mahan (1893, vol. II, p. 279). En referencia a 1806, Mahan habla de "aquella supremacía y omnipresencia de la Armada británica que hizo imposible que los barcos bajo bandera enemiga se mantuvieran en el mar" (p. 308). La conclusión de Mahan: "Mediante el dominio del mar, mediante la destrucción del sistema colonial y del comercio colonial de Francia [...] [Gran Bretaña] empujó al enemigo al campo de batalla del sistema continental, donde su ruina final era cierta" (pp. 400-401).

[304] Véase Fugier (1954, p. 236).

[305] Véase Lévy-Leboyer (1964, p. 708). Braudel habla de una "fuga de capitales a gran escala" de la Francia revolucionaria (1982, p. 219).

[306] Véase Sherwig (1969, p. 12).

[307] "La práctica prematura de pedir créditos para financiar la guerra fue más beneficiosa de lo que por lo general se admite, tanto para mantener los niveles de empleo como para preservar la energía del progreso durante un periodo quizá crítico en el desarrollo económico de Gran Bretaña" (Anderson, 1974, p. 618.)

[308] Véase Deane (1979, p. 52) y John (1967, p. 47).

[309] Existieron tres formas principales de ayuda estatal: 1] el arrendamiento o la venta a bajo precio de las propiedades de la iglesia a fabricantes (cuyas implicaciones para la estructura de la industria a largo plazo ya hemos observado antes); 2] el fomento gubernamental de nueva maquinaria derivada de modelos británicos; 3] subsidios modestos a quienes instalaran esta maquinaria (utilizada principalmente para ayudar a los empresarios que, de lo contrario se habrían visto amenazados por la bancarrota). Véase Bergeron (1978b, pp. 213-214). Leleux dice que los grandes industriales —Dollfus, Oberkampf, Richard-

cos eran igualmente activos apoyando a la suya[310] y tratando con cierto éxito de bloquear las fuentes de suministro de materias primas a las industrias francesas y continentales.[311] Crouzet insiste en que el bloqueo continental no fue desde el punto de vista económico "ineficaz" pues afectó seriamente a la actividad económica británica, pero Napoleón no pudo aplicarlo el tiempo suficiente para lograr sus objetivos, fundamentalmente por razones políticas y militares.[312] Por una parte, Francia se enfrentó a resistencias políticas nacionalistas dentro de su imperio;[313] por otra, en esta fértil atmósfera, Gran Bretaña compraba aliados a través de subsidios considerables.[314] Bajo la

Lenoir, Ternaux, Bauwens— "se sentían comprendidos, ayudados, apoyados" (1969, p. 122) durante el imperio de Napoleón. Véase también Chassagne (1980, p. 336).

310 Gran Bretaña era proteccionista activa respecto a su ventaja tecnológica. Estableció diversas leyes reunidas en una ley general de 1795 que prohibía la exportación de maquinaria (incluyendo instrumentos y bosquejos o modelos de máquinas) así como la emigración de trabajadores calificados, cuyo quebrantamiento se castigaba con severas sanciones (pérdida de la ciudadanía británica, confiscación de las propiedades). Sin duda tales leyes no tuvieron éxito en un 100%, fueron efectivas y se derogaron en 1824, e incluso entonces sólo de manera parcial; la abolición completa no se produciría hasta 1843. Véase Clough (1957, p. 1346).

311 Véanse Cobban (1965, p. 52) y Godechot (1967b, pp. 167-168). Bouvier (1970, p. 512) atribuye la crisis industrial de Francia en 1810-1811 a las "dificultades para obtener suministro de materias primas" debido al bloqueo. Véase también Fugier (1954, pp. 237-238).

312 Crouzet (1958, vol. II, pp. 855-860).

313 Véase Godechot (1967a, pp. 180-200) sobre la resistencia en España, Alemania e Italia. Crouzet (1958, vol. I, p. 408) observa que los resultados del Bloqueo en España fueron "desastrosos" para Francia. Ésta tuvo que contemplar al final cómo Gran Bretaña la desalojaba de forma significativa del mercado español. Véase Broder (1976, p. 310). Véase también Dupin (1858, p. 160) que muestra que la venta de los productos británicos en la península británica se quintuplicó entre 1807 y 1812.

La resistencia nacionalista a Napoleón tenía una base económica y política. Véase Pollard sobre el intento de Napoleón: "Otros países del bando [de Francia], en particular Italia, tuvieron que convertirse en proveedores de ciertas materias primas y mercados para sus fabricantes. El resto de Europa, en la medida en que entró en juego, se convertiría en una dependencia, sería inundado por las industrias protegidas y mimadas de Francia, en tanto que los artículos producidos allí fueron excluidos por completo del mercado metropolitano. La visión de Francia era la del nacionalismo exclusivo" (1981, p. 24).

314 Los subsidios se iniciaron con la amenaza prusiana de 1794, y se hicieron cada vez más generosos "bajo la presión de los acontecimientos". En el invierno de 1806-1807, los subsidios "se repartían [...] a manos llenas" (Sherwig, 1969, p. 181). Hacia 1812-1814, tales subsidios componían cerca del 14% de los ingresos fiscales totales de Gran Bretaña (p. 354). La cifra total del periodo 1793-1816 fue de "más de 57 millones de libras" (Clapham, 1917, p. 495).

contrapresión Napoleón comenzó a retirarse en el terreno económico ya en 1810, cuando reabrió los puertos de Francia a los productos coloniales por vía de licencias. Por consiguiente, logró que el tesoro del Estado absorbiera el margen de beneficios de los contrabandistas, aunque esto no hizo más que agravar la resistencia política dentro de Europa, pues suponía un pacto económico encubierto con Gran Bretaña a expensas de otros países europeos. Por lo tanto, añadió un elemento más que propiciaba la inversión de alianzas que se produciría más tarde.[315]

¿Fue, pues, un gigantesco fracaso todo el esfuerzo de los gobiernos revolucionarios y de Napoleón por acabar con la creciente ventaja relativa de Gran Bretaña sobre Francia? Probablemente no del todo. Crouzet sostiene que "hacia 1800, Europa Central estaba amenazada por la pastoralización y por el destino que corrió la India en el siglo XIX".[316] Esta amenaza no se materializó. Sin embargo, Gran Bretaña tenía una ventaja muy superior en 1815 que en 1793,[317] la cual debía precisamente a los efectos, directos e indirectos, de las eras revolucionaria y napoleónica.

Sin embargo, existe un factor más que hay que tener en cuenta: el curso de las luchas de clases de nivel estatal en Francia y Gran Bretaña. En Francia, ya hemos expuesto la tendencia antisistema de las clases urbanas en los años revolucionarios. Sabemos que los *enragés* o *jacquesroutains*, así como los *babouvistes*, fracasaron de forma decisiva como movimientos políticos.[318] Las reformas de la política social previstas, que las masas populares habían logrado arrancar al gobierno revolucionario, nunca se llevaron a cabo. Sin embargo, el ideal de la *bienfaisance* jacobina —el derecho a la asistencia social de quienes se encontraban por debajo del límite de la pobreza— dejó un legado político "que no debe menospreciarse",[319] y este legado se dejó sentir en la era napoleónica.

Napoleón preservó todas las reformas legales instituidas por

[315] Véase Jouvenel (1942, pp. 399-417). Ellis (1981, p. 266) sostiene que una de las explicaciones del fracaso de la política económica de Napoleón fue su "deliberada unilateralidad" frente al resto de la Europa continental. En lugar de promover una *Zollverein* continental, Napoleón creó un vasto "mercado no común encadenado a los intereses de Francia".

[316] Crouzet (1964, p. 579).

[317] Véase Crouzet (1958, vol. II, p. 872).

[318] Véanse Tønnesson (1959); Markov (1960); Soboul (1963); Rose (1965, 1972, 1978); Higonnet (1979).

[319] Forrest (1981, p. 172).

la revolución, es más, las codificó.[320] Por supuesto, eso no significó necesariamente mayor seguridad y derechos para el trabajador asalariado, cuya situación económica no fue mejor bajo Napoleón, sino que probablemente empeoró.[321] No obstante, las condiciones económicas de las masas populares mejoraron considerablemente bajo Napoleón. La suya fue una época dominada por un "alza de los salarios". Esta mejora de las condiciones materiales era "incuestionable", hasta el punto que después del desplome económico de 1817, los campesinos y los trabajadores urbanos consideraban retrospectivamente el imperio como "una especie de edad de oro".[322] Sin duda, la *conjoncture* favoreció a Napoleón, pero eso no supuso de forma automática el apoyo popular. Es pertinente comparar la atmósfera de Francia con la de Gran Bretaña en la misma *conjoncture*.

La Revolución francesa despertó al principio considerables simpatías entre quienes podríamos llamar en sentido lato la izquierda del espectro político británico. Mientras que sus defensores moderados comenzaron a perder la fe en ella durante la fase jacobina, quedó un grupo fiel entre los denominados jacobinos ingleses, cuya política estaba de hecho más cercana a la de los extremistas que a la de los jacobinos. Tenían su fuerza en la clase de artesanos y mantuvieron una "oposición radical" a la monarquía, la aristocracia, el Estado y los impuestos.[323] Pero una vez que estalló la guerra, los miembros de estas sociedades populares quedaron políticamente "aislados" de los grupos Whig más cercanos a la corriente principal.[324]

Sin embargo, el gobierno consideraba a estos grupos una amenaza real y temía "cualquier forma de actividad popular autónoma" porque le parecía que ponía en peligro no sólo la autoridad tradicional sino la "nueva ideología de la economía política".[325] El resultado fue una represión seria y relativamente eficaz, de tal modo que los radicales británicos durante la

[320] Véase Soboul (1970a, p. 335), que afirma que Bonaparte respetó "los logros sociales" de la Asamblea Constituyente. Véase también Godechot (1970, pp. 795-796).

[321] Lefebvre (1969, p. 153).

[322] Tulard (1970, pp. 659-661).

[323] Thompson (1968, pp. 171-172). Sobre el liderazgo de los artesanos en el radicalismo obrero inglés de esta época, véase también Gareth Stedman Jones (1974, p. 484); Prothero (1979), y Calhoun (1982, p. 7).

[324] Goodwin (1979, p. 26).

[325] Thompson (1971, p. 129).

década de 1790 "creyeron estar experimentando un reino de terror"[326] que incluía la suspensión del hábeas corpus.

Las dos políticas nuevas más importantes, en lo tocante al control de los trabajadores durante este periodo, fueron el "sistema de subsidios" de Speenhamland de 1795 y las Leyes Antiasociación [Anti Combination Acts] de 1799. Speenhamland relajó la antigua Ley de Radicación [Act of Settlement] de 1662, cuyo efecto fue, según afirma Thorold Rogers, "vincular al trabajador a su parroquia de residencia, y convertirle en un siervo".[327] El sistema revisado de las Leyes de Pobres proporcionaba en efecto un salario mínimo (mediante los subsidios del gobierno) ligado al coste de la vida más un sistema de subsidio familiar.

Sería preciso plantear tres preguntas sobre Speenhamland. ¿Benefició a los trabajadores? ¿Benefició a los patronos (en gran parte de trabajadores agrícolas)? ¿Por qué se llevó a efecto? Está claro que tenía algunas ventajas para los trabajadores en la medida en que suponía que incluso en los años malos "podían contar con escapar a la pura inanición".[328] ¿Benefició a los patronos? Al subsidiar lo que de hecho eran "salarios por debajo de la media", el efecto fue que, entre 1795 y 1824, "hizo bajar los salarios agrícolas". Blaug, sin embargo, sostiene que estos subsidios a los patronos de hecho eran pagados por ellos mismos mediante el sistema de cuotas, siendo muy estrecho el "vínculo" entre ambos.[329]

Entonces, ¿cuál bono? Lo que de hecho hizo fue evitar el desempleo extendiendo el subempleo en un país que en buena medida era aún agrícola.[330] Si preguntamos por qué se llevó a efecto, la motivación parece clara e inmediatamente política, "el temor al levantamiento popular",[331] el espectro de la Revolución francesa como revolución anticapitalista. En este sentido, Speenhamland tuvo éxito.[332] Pero sólo lo tuvo porque se

[326] Emsley (1981, p. 155). Además de la persecución por traición y sedición, se producían considerables "represalias personales" (p. 174). Lefebvre (1968, p. 616) señala el uso extendido de lo que en Francia se denominaba *guillotine sèche*, es decir, la deportación.

[327] Rogers (1884, p. 434).

[328] McNeill (1982, p. 209). Sin duda lo hizo mediante un sistema que eliminaba todo incentivo a la productividad. En palabras de Polanyé (1957, pp. 79-80), esto "supuso el abandono de la legislación Tudor no para reducir sino para aumentar el paternalismo". A largo plazo afirma, "el resultado fue pésimo".

[329] Blaug (1963, pp. 162, 168, 176).

[330] Véase Blaug (1963, pp. 176-177).

[331] Mantoux (1928, p. 448).

[332] Véase el análisis de McNeill (1982, p. 209): "En ausencia de la ley de ayu-

complementó con las Leyes Antiasociación, "por las cuales Speenhamland pudo haber tenido el efecto de elevar los salarios en lugar de bajarlos, como de hecho hizo".[333] Plumb señala que las Leyes Antiasociación lograron dos cosas simultáneamente: mantener bajos los salarios a pesar del alza del precio de los alimentos, y permitir al gobierno "erradicar uno de los mejores viveros para la propaganda subversiva".[334]

De este modo, la política frente a las masas populares fue, a fin de cuentas, más dura en Gran Bretaña que en Francia, probablemente porque el impulso antisistema en Francia, aunque reprimido, había sido más eficaz. Una prueba de lo que afirmamos es el nivel real de los salarios y el abastecimiento de alimentos en ambos países durante la guerra. Ya hemos visto que los trabajadores franceses consideraron la época napoleónica como un periodo de aumento de los salarios reales, pero Gran Bretaña presenció una caída durante ese periodo.[335]

Cuando esto se combina con años de escasez de pan, como los de 1809 a 1811, la difícil situación produjo graves revueltas, en algunos aspectos comparables a las que ocurrieron en la Francia prerrevolucionaria, con la salvedad de que no expresaban en sí mismas un sentimiento antigubernamental, sino un sentimiento antipatronos y antimáquinas, el luddismo.[336] Si

da a los pobres, los trabajadores rurales, en épocas de escasez y en las estaciones del año en las que había poco trabajo no habrían tenido más alternativa que marcharse a las ciudades. Multitudes compuestas por este tipo de personas habían inundado París como consecuencia de las malas cosechas de 1788-1789." Después de 1795, sin embargo, difícilmente podía ocurrir lo mismo en Inglaterra; Polanyi cita la afirmación de Canning de que "la Ley de Pobres salvó a Inglaterra de una revolución".

Esto lleva a tomar con ciertas reservas la conclusión de Chambers y Mingay (1966, pp. 109-110) de que "fue básicamente una política humanitaria lo que contribuyó a mantener con vida a una desbordante población rural a expensas de los beneficios de los agricultores y las rentas de los terratenientes".

[333] Polanyi (1957, p. 81). "Entre 1793 y 1820, el parlamento aprobó más de 60 leyes dirigidas a reprimir la acción colectiva de los trabajadores. En 1799, casi cualquier forma de asociación de trabajadores o acción colectiva era ilegal o estaba sometida a los permisos de los jueces de paz" (Munger, 1981, p. 93).

[334] Plumb (1950, p. 158). De modo similar, Mantoux (1928, p. 456) sostiene que la ley se inspiraba en "el temor a una revolución como la que tenía lugar en Francia".

[335] Mantoux (1928, p. 436) califica de brusca la caída. "El aumento nominal de los salarios [...] no guardaba proporción con el alza de los precios debida a la guerra." Véanse también Foster (1974, p. 21); Jones (1975, p. 38), y Von Tunzelmann (1979, p. 48). O'Brien y Engerman (1981, p. 169, cuadro 9.1) muestran algo más cercano a un nivel estable de salarios reales, aunque con una caída en el punto medio.

[336] Sobre las revueltas por el hambre, véase Stevenson (1974). Sobre la con-

embargo, el resultado neto no fue, o no llegó a ser, un estallido revolucionario.[337] A pesar que las condiciones empeoraron durante la guerra, fue posible mantener bajo control a los trabajadores británicos: en parte por la represión gubernamental, en parte sin duda (como muchas veces se ha afirmado) por el metodismo,[338] pero también en parte utilizando el sentimiento nacionalista (antifrancés) para la causa de la estabilidad política.[339] Después de esto, todo lo que tenía que hacer la clase gobernante británica era empezar a repartir una parte del pastel con sus estratos inferiores. Pero para esto habría que esperar a la nueva era de hegemonía (incluso aunque ésta tardara en llegar).

Con el final de las guerras, Gran Bretaña quedó como potencia hegemónica en el sistema-mundo. Consolidó su poder mundial adquiriendo una serie de bases marítimas que, añadidas a las que ya tenía, le permitían ahora circundar estratégicamente el globo. Entre 1783 y 1816 Gran Bretaña adquirió, en el Océano Atlántico: Santa Lucía, Trinidad, Tobago, Bathurst, Sierra Leona, Ascensión, Santa Elena, Tristan da Cunha, y la isla Gough; en el Océano Índico: la Colonia del Cabo, Mauricio, las Seychelles, las Islas Lacadivas, las Maldivas, Ceilán, las islas Andaman y Penang; en Australasia: Nueva Gales del Sur, Nueva

paración entre la Inglaterra de 1809-1811 con la Francia de 1786-1789, véase Cunningham (1910, pp. 75-77). Sobre el luddismo como respuesta al profundo descontento de los trabajadores, véase Thomis (1972, pp. 43-46).

[337] Nairn (1964, p. 43) tiene una impresión global un tanto diferente: "La historia temprana de la clase obrera inglesa es [...] una historia de revueltas que se prolonga durante más de medio siglo, desde el periodo de la Revolución francesa hasta el clímax del Chartism en la década de 1840." No estoy en desacuerdo con él, pero creo que la revuelta francesa tuvo más éxito, en gran parte debido a sus éxitos anteriores como una fuerza antiburguesa, anticapitalista. Se hicieron más duros, siendo la burguesía francesa algo menos resistente que su equivalente británico y una burguesía que disponía de menos excedentes tenía más dificultades para cooptar a los trabajadores franceses.

[338] El argumento más completo es el de Semmel, que estructura los datos empíricos para sostener (1973, p. 7) que "El metodismo pudo contribuir a bloquear un violento equivalente inglés de la Revolución francesa apropiándose por anticipado del atractivo crítico y los objetivos de aquella revolución." Véase también Kiernan (1952, p. 45) y Thompson (1968, p. 419).

[339] Véase Anderson (1980, pp. 37-38). "El sentimiento de comunidad nacional, orquestado de manera sistemática por el Estado, bien pudo tener una mayor realidad en la época napoleónica que en cualquier otro momento del siglo anterior. La importancia estructural del [nacionalismo contrarrevolucionario], general y duradera, era en verdad algo más que el fenómeno del metodismo, más local y limitado." Pero véase no obstante Colley, que arguye que el Estado británico era lo bastante fuerte como para no sentir la necesidad de "promover y explotar la conciencia nacional" (1986, p. 106).

Zelanda, las islas Macquarie, las islas Campbell, la isla Auckland, la Isla Lord Howe y las Islas Chatham; y en el Mediterráneo: Malta y las islas jónicas.[340]

Además, durante el proceso de la guerra Gran Bretaña había logrado acabar con el último vestigio de la antigua hegemonía holandesa, su función como centro financiero de Europa.[341] Mediante su dominio en el comercio y las finanzas, Gran Bretaña comenzó a adquirir créditos masivos invisibles —beneficios de la marina mercante, comisiones comerciales, giros de técnicos y oficiales coloniales en el extranjero, beneficios de inversiones— que fueron suficientes para compensar un continuo y creciente déficit comercial, déficit existente pese al volumen de sus exportaciones. Gran Bretaña, por consiguiente, pudo mantener una balanza de pagos constantemente favorable.[342] Inició también su papel como "maestra de la Europa industrial",[343] manteniendo no obstante sus elevadas barreras proteccionistas.[344]

En este periodo, el sentimiento del retraso francés con relación a la industria británica se convirtió en un dogma aceptado. Un industrial francés de la década de 1830 explicaba la superioridad británica por la mayor especialización de su industria, lo que suponía que Gran Bretaña podía producir más deprisa y a un precio más bajo.[345] La explicación que daba Chaptal en la época de porqué ocurría aquello subrayaba los bajos salarios franceses como elementos disuasivos de la mecanización.[346] Esto parece dudoso, sin embargo, a la luz de datos

[340] Véanse Graham (1966, p. 5), Shaw (1970, p. 2) y Darby y Fullard (1970, pp. 12-13).

[341] Véanse Graham (1966, p. 7) y Braudel (1982, p. 395).

[342] Véase Imlah (1958, pp. 40-42).

[343] Henderson (1972, p. 212).

[344] El proteccionismo industrial británico no se liquidó hasta 1842. Véase Imlah 1958, pp. 16, 23). Las Leyes de Navegación británicas no se derogaron hasta 1849. Véase Clapham (1966, pp. 169-170). Véanse también Lévy-Leboyer (1964, pp. 213-214) y Deane (1979, p. 203). Por supuesto el proteccionismo francés duró todavía más. Véanse Lévy-Leboyer (1964, p. 15); Broder (1976, pp. 334-335); Daumard (1976, pp. 155-159); Léon (1976a, p. 479); Chassagne (1981, p. 51), y sobre Europa en general, Gille (1973, p. 260).

[345] Citado por Gille (1959, p. 33). Véase Stearns (1965) para un análisis de la sensación de los industriales franceses entre 1820 y 1848, de la "abrumadora superioridad de la industria británica" (p. 53).

[346] Chaptal (1819, vol. II, p. 31). Landes (1969, pp. 161-164) está de acuerdo con él. Crouzet (1972c, p. 286) sin embargo cita una "mano de obra barata e inteligente" como una de las pocas ventajas de Francia frente a Gran Bretaña en el periodo posterior a 1815.

recientes según los cuales los obreros de las industrias francesas de la época "alcanzaron niveles de productividad superiores a los de sus equivalentes" en Gran Bretaña.[347] Y es aún más dudoso si recordamos que los datos que indican que los salarios en Francia eran inferiores a los pagados en Gran Bretaña no se refieren necesariamente a "niveles de ingresos medios", dada la diferente estructura de la renta familiar, "y por tanto [al] bienestar en ambos países".[348]

Uno de los resultados claros del salto hacia delante de Gran Bretaña y la derrota de Francia en las guerras fue el surgimiento de una estructura demográfica bastante diferente en ambos países. Le Roy Ladurie, de forma un tanto drástica, califica la Revolución francesa de "islam demográfico"[349] de Francia, lo que quiere decir que a causa de la revolución el control de la natalidad se convirtió en una práctica extendida en las zonas rurales. Reinhard, más solemnemente, sugiere que la estructura de Francia fue únicamente el "prototipo" de lo que más tarde ocurriría en todas partes.[350] McNeill, sin embargo, considera la cuestión de forma muy diferente, contemplando las guerras napoleónicas como una forma de "atenuar las tensiones sociales que surgieron de un rápido crecimiento demográfico" en el siglo XVIII.[351]

¿No podríamos, por tanto, considerar la estructura demográfica posterior a 1815 como un ajuste a la realidad económica y política? Los británicos, habiendo conquistado la mejor posición en el mercado mundial, tenían que aumentar su mano de obra para maximizar su ventaja. Hicieron esto fomentando las elevadas tasas de incremento demográfico natural, favoreciendo la inmigración y potenciando el paso a mayores campos de trabajo asalariado frente al no asalariado.[352] Francia, inca-

[347] O'Brien y Keyder (1978, p. 174); véase también el cuadro 4.3, p. 91). Los autores observan que éste es un "descubrimiento heterodoxo".

[348] O'Brien y Keyder (1978, p. 74).

[349] Le Roy Ladurie (1975, p. 378). Sédillot dice lo mismo de manera más moderada. Afirma que entre 1789 y 1815 la población aumentó un 9% en Francia y un 23% en Gran Bretaña, lo que "contribuyó a reducir la brecha en el volumen de población y a preparar el foso que se construiría" (1987, p. 37).

[350] Reinhard (1965, p. 451).

[351] McNeill (1982, p. 201). Dupâquier (1970, pp. 340-341) parece compartir esta perspectiva.

[352] Véase la discusión en Tranter (1981, pp. 209-216), que sostiene que la mayor parte del aumento de la mano de obra de 1780 a 1860 derivó del crecimiento natural. Véase también Reinhard (1965, p. 458). Sobre el papel de Irlanda en el crecimiento de la población de Inglaterra, véase Connell (1969, p. 39).

paz de soportar una mayor mano de obra mediante los ingresos del comercio internacional, la inversión extranjera y los servicios mercantiles en general, como Gran Bretaña, decidió apoyar una producción doméstica per cápita paralela mediante "restricciones a la fertilidad".[353] En este caso, no sería el lento crecimiento demográfico lo que explicaría la lenta mecanización,[354] sino a la inversa. De ser así, podría perdonarse a los franceses que creyeran que "el mercantilismo triunfante, no el sistema de fábricas [...] [estaba] en el núcleo de la superioridad británica durante un siglo después de Waterloo".[355]

Considerando todo esto debemos leer la larga controversia que existe sobre el estándar de vida de la clase obrera británica. En efecto, es un debate centrado en gran parte en lo que sucedió entre 1815, aproximadamente, y 1840. Ashton lanza el debate posterior a 1945 afirmando que, dada la caída de los precios y el aumento de las importaciones a Gran Bretaña, "es díficil creer que los trabajadores no participaran de los beneficios". Hobsbawm sugiere, por el contrario, que dado el incremento de las tasas de mortalidad y desempleo, la evidencia dispersa "apoya un punto de vista pesimista y no halagüeño". Hartwell, por su parte sugiere que se produjeron mejoras, "lentamente durante la guerra, más deprisa después de 1815, y rápidamente después de 1840". Y Hobsbawm replica que existieron mejoras de la renta nacional pero, ¿hubo una distribución más equitativa? Taylor sigue el debate sugiriendo que "el progreso de la clase trabajadora iba rezagado con respecto al de la nación en su conjunto".[356]

[353] O'Brien y Keyder (1978, p. 75).

[354] Esta opinión se refleja en Gille (1959, p. 40), Léon (1976a, p. 478) y Sewell (1980, p. 153).

[355] O'Brien y Keyder (1978, p. 75).

[356] Ashton (1949, p. 28), Hobsbawm (1957, p. 52), Hartwell (1961, p. 412), Hobsbawm (1963, p. 126) y Taylor (1960, p. 25). Véanse también Imlah (1958); Hartwell (1963; 1970a); Williams (1966); Neale (1966); Gourvish (1972); Flinn (1974); Hartwell y Engerman (1975); Hueckel (1981); O'Brien y Engerman (1981); Crafts (1983), y Lindert y Williamson (1983).

Es fascinante leer las reflexiones que hizo Briavoinne sobre esta cuestión en 1838: "El hecho de que existe un beneficio material está claro. Pero un resultado que hasta ahora parece menos probado, aunque ya no es puesto en duda por muchas personas distinguidas, es saber si el nuevo sistema industrial tiende a inspirar al trabajador un sentimiento más firme de su dignidad, hábitos de orden más regulares, una tendencia más acusada al ahorro, una moral más pura. Se cita la existencia de cajas de ahorro. A esta prueba material puede contraponerse con facilidad los registros de nacimientos y los de hospicios, que revelan un triste estado de desorden dentro de las familias; y estadísticas

No parece difícil reconciliar los actuales hallazgos empíricos expuestos; parece más difícil negar que los precios descendieron considerablemente, aunque, a causa de las Leyes de Cereales, los del pan descendieron menos de lo que hubieran descendido en otras circunstancias.[357] Los salarios reales de los asalariados aumentaron un poco, pero esto no se aplica necesariamente al trabajo agrícola, ni a los desempleados y parcialmente empleados en las ciudades. Tampoco excluye la probabilidad de que por el incremento de sus salarios reales, los trabajadores asalariados y sus familias tuvieran que trabajar más arduamente y durante más horas que antes. Es decir, el salario real anual podía aumentar sin que el salario real por hora subiera. Finalmente, está claro que los beneficios de la industria del algodón (y otras industrias) se "mantuvieron bien" pese a la caída de los precios, y que una de las razones es que los industriales "disfrutaron de una oferta de mano de obra a bajo precio casi inagotable".[358] Materialmente, un segmento de la clase obrera británica obtuvo una porción ligeramente mayor del pastel, pero considerándolo desde el punto de vista de la economía-mundo en su conjunto, esto es perfectamente coherente con la afirmación de que la clase obrera a *nivel de la economía-mundo* obtuvo una porción menor del mismo pastel.

Debemos recordar el doble movimiento que se producía en la economía-mundo justo en este momento. Había una significativa incorporación de nuevas zonas a la economía-mundo, nuevas periferias que sufrían un *descenso* significativo en su nivel de vida. Sin embargo, Europa Occidental en general (y en particular Francia, Bélgica, "Alemania" occidental y Suiza) y también los estados del norte de Estados Unidos, habiendo quedado a la zaga de Gran Bretaña, iniciaban su "industrialización" y serían capaces de (re)surgir como fuertes zonas del centro a mediados del siglo XIX. Entretanto, la resistencia de sus clases trabajadoras al desarrollo capitalista pudo haberles reportado *pequeños* incrementos similares en los niveles de vida reales.

Ambos desarrollos serán sometidos a un detallado análisis

criminales, que muestran un continuo aumento de delitos mayores y menores. La cuestión no está aún madura; no hay suficientes datos que permitan un análisis claro" (1838, p. 98). Uno se pregunta, todavía hoy, si la cuestión está "madura".

[357] Deane (1979, p. 208) dice que entre 1815 y 1846, las Leyes de Cereales fueron "un símbolo del conflicto entre ricos y pobres".

[358] Deane (1979, pp. 99-100).

más adelante. Ahora es el momento de hacer unas pocas observaciones preliminares para completar la comparación francobritánica. En el periodo 1815-1840, Francia logró "modernizar" su industria textil en particular, "superando su retraso"[359] con respecto a Gran Bretaña. Obsérvese, sin embargo, cómo se logró esto y a qué mercado abasteció. Francia recurrió a una especialización en productos textiles de calidad junto a una ruralización de los lugares de producción, como ya hemos observado. Una de las razones clave fue el volumen del mercado. Despojada del mundo, Francia tenía que reorientarse para proveer a Francia, lo que logró mediante la reestructuración y la relocalización industrial.[360] Por consiguiente, si éste fue un periodo de desindustrialización de la periferia, en Europa este "mal, no desconocido, fue menos profundo", lo que se debió a que los estados eran aún lo suficientemente fuertes para intervenir activamente en contra de esa amenaza.[361] ¿Pero, ¿no es también cierto que Gran Bretaña no necesitaba la desindustrialización de Europa? Más bien al contrario; dada la extensión del mercado periférico, Gran Bretaña necesitaba un segundo estrato de países en vías de industrialización detrás de sí para recoger las sobras a medida que progresaba hacia nuevos avances tecnológicos. O así funcionó durante, al menos, 50 años.

Sin embargo, por el momento nosotros hemos de detenernos en 1830/1832, un punto de inflexión político. En Francia, julio de 1830 fue "más que una revuelta, y ciertamente menos que una revolución".[362] En muchos aspectos, con relación a la Revolución francesa, dicha revuelta desempeñó la misma función que la Revolución Gloriosa de 1688-1689 desempeñó con relación a la Revolución inglesa. Representó un compromiso ideológico entre las clases dominantes que de algún modo hizo menos enconadas las luchas ideológicas causadas por la violencia extrema de la revolución anterior. Garantizó el hecho de que las luchas mutuamente destructivas entre los estratos superiores se libraran desde entonces de una forma política "normal" (aunque no siempre constitucional). De este modo, liberó

[359] Lévy-Leboyer (1964, pp. 144-145, 169-171, 342, 411-414).

[360] Véase Crouzet (1964, p. 586). Este desplazamiento desde la costa hacia el interior se produjo desde luego durante las guerras y afectó a la totalidad de la antigua ex Lotaringia: noreste de Francia, Gante, Vervier, Lieja, Aquisgrán y Alsacia.

[361] Lévy-Leboyer (1964, pp. 186-191).

[362] Montgolfier (1980, p. 7).

a los trabajadores de su dependencia intelectual de los pensadores burgueses. Los trabajadores "tomaron el lenguaje de la revolución y lo reformaron para adaptarlo a sus propios objetivos".[363]

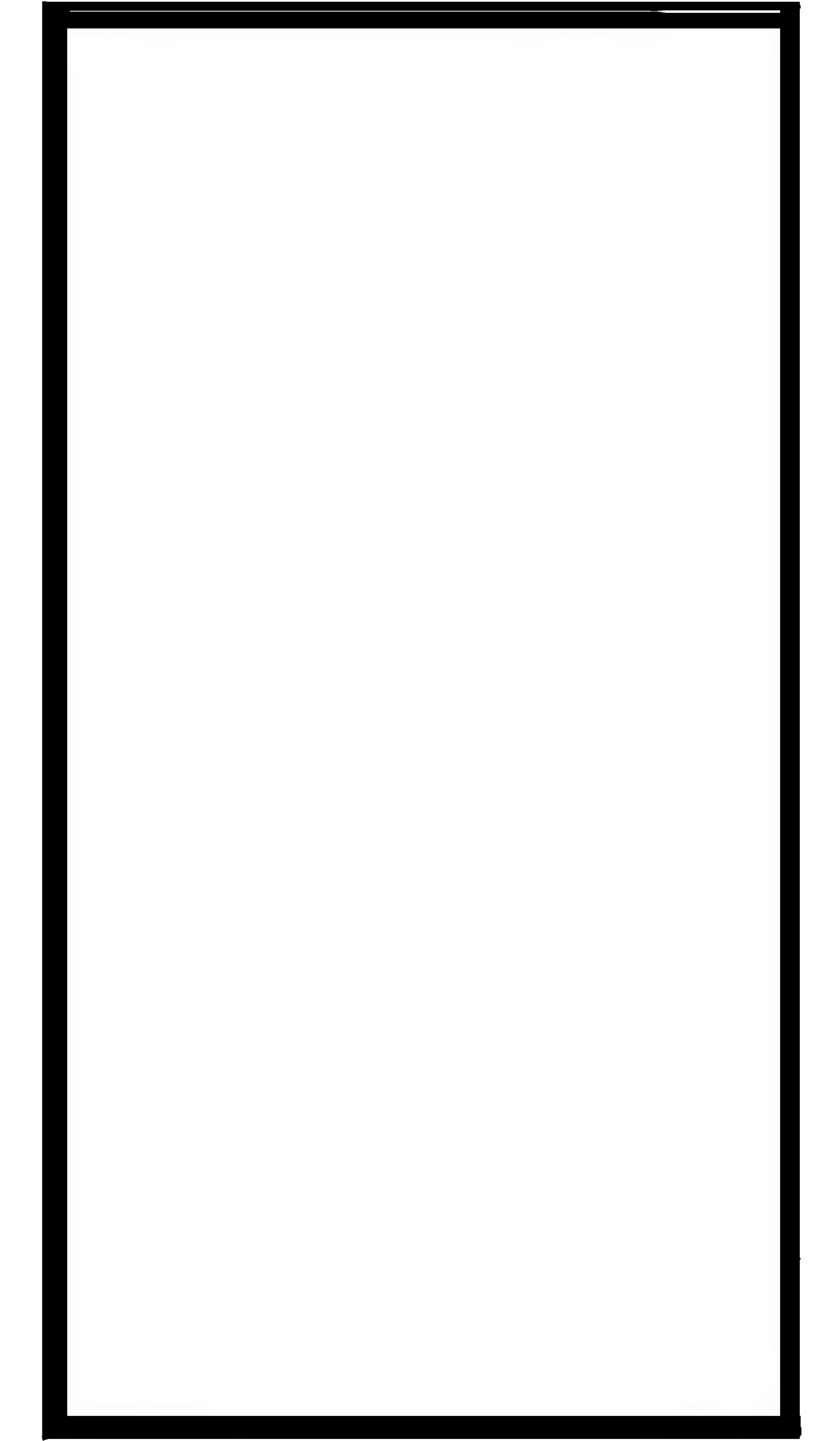
La Revolución francesa de 1830 tuvo un eco inmediato en Gran Bretaña y condujo hacia la Ley de Reforma de 1832.[364] En efecto, sólo "se impidió en el último momento"[365] un estallido violento en Gran Bretaña en 1832. La Ley de Reforma de aquel año resultó ser, por lo tanto, una especie de coda ideológica de 1688-1689, incluyendo en el juego político a los industriales, quienes anteriormente habían sido excluidos "no porque su propiedad fuera industrial, sino porque era pequeña".[366] Esta coda tuvo para Gran Bretaña la misma función que 1830 tuvo para Francia: liberó terminológicamente a la clase trabajadora. Ahora, los trabajadores británicos podían empezar a expresar la acción, imbuida de conciencia de clase, que llevaban tiempo ejecutando.

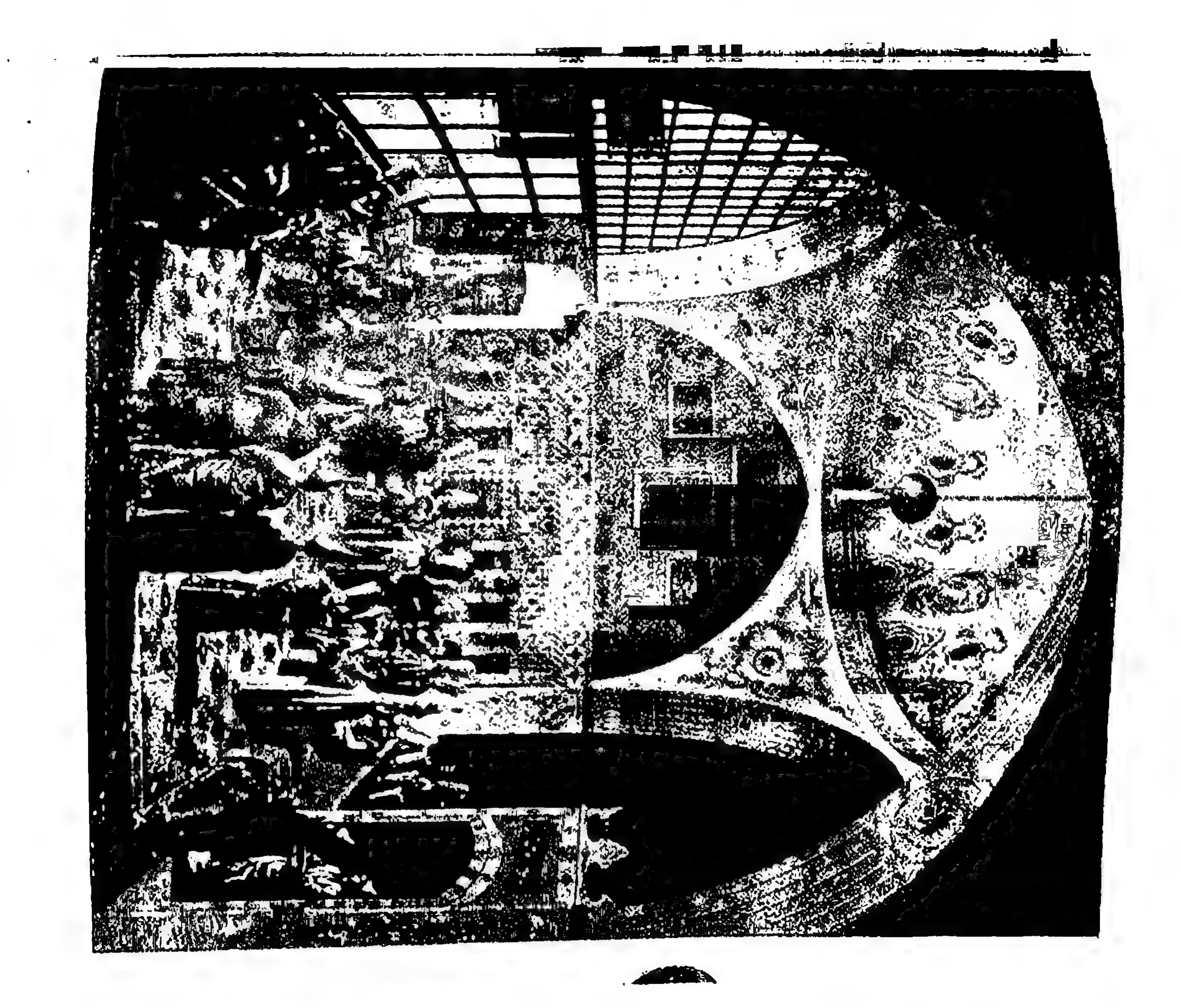
[363] Sewell (1980, p. 281) quien también dice: "La conciencia de clase surgió en Francia por vez primera durante la agitación que siguió a la revolución de 1830." Pero como he sostenido antes la conciencia de clase ya estaba presente, lo que faltaba era la teorización, que empezaría ahora.

[364] Véase Thompson (1968, p. 911).

[365] Thompson (1978b, pp. 46-47) quien añade este comentario historiográfico muy pertinente: "Si no hubiera existido, es obvio suponer que la revolución habría precipitado un proceso muy rápido de radicalización, que habría desbordado la experiencia jacobina; y fuese cual fuese la forma que hubiera podido tomar una contrarrevolución y final estabilización, es poco probable que muchas instituciones del siglo XVIII hubieran podido sobrevivir: la Cámara de los Lores, la iglesia establecida, la monarquía y la élite militar y política quizás hubiesen sido barridas, por lo menos de forma temporal. De haber sucedido de este modo, al menos los teóricos de modelos estarían satisfechos: 1832 sería *la* revolución burguesa inglesa, y 1640 caería en el olvido como una eclosión 'prematura', una especie de amalgama de guerras hugonotas y la Fronda. Se hubiera reforzado la tendencia a pensar que en Gran Bretaña existió algún tipo de sociedad 'feudal' hasta la víspera de 1832, de lo que da fe la difusa noción que acecha en los márgenes de algunas interpretaciones marxistas de la Revolución francesa, según la cual el 'feudalismo' prevalecía en Francia en 1788."

[366] Thompson (1978b, p. 50).





El grabado ilustra una parte del elaborado proceso de recepción de un embajador europeo en la corte otomana: el banquete ceremonial ofrecido por el gran visir que precede inmediatamente a la presentación del embajador al sultán. El grabado es obra de Bénoist y data de 1785 (probablemente se trata de M. A. Bénoist, que trabajó en París entre 1780 y 1810), y fue completado por Delvaux (probablemente, Rémi Delvaux, 1750-1832). Fue publicado como ilustración en una de las primeras introducciones importantes a las costumbres y la historia otomana para un público europeo. Este libro, *Tableau général de l'Empire Othoman*, fue escrito por Ignatius Mouradgea d'Ohsson, quien había sido encargado de negocios de Suecia en la Sublime Puerta, y fue publicado en francés en París en tres volúmenes en 1787, 1790 y 1820

3. LA INCORPORACIÓN DE VASTAS ZONAS NUEVAS A LA ECONOMÍA-MUNDO: 1750-1850

En el curso de la renovada expansión económica (e inflación monetaria) del periodo 1733-1817 (aproximadamente), la economía-mundo europea rompió los límites que había creado durante el siglo XVI y comenzó a incorporar vastas zonas nuevas a la división efectiva del trabajo que abarcaba. Empezó incorporando zonas que ya se encontraban en su área externa desde el siglo XVII, en concreto y sobre todo el subcontinente indio, el imperio otomano, el imperio ruso y África Occidental.

Estas incorporaciones tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX. El ritmo, como sabemos, se aceleró y a finales del siglo XIX y principios del XX el mundo entero, incluso aquellas regiones que nunca habían formado parte del área externa de la economía-mundo capitalista fueron arrastradas a su interior. Las pautas de este proceso de incorporación al proceso ya existente de acumulación de capital quedaron establecidas en estas cuatro zonas. Aunque el proceso de incorporación de cada una de ellas fue en cierto modo diferente en cuanto a los detalles, los cuatro procesos se produjeron más o menos simultáneamente y exhibieron similitudes en sus rasgos esenciales.

La incorporación a la economía-mundo capitalista nunca se produjo a iniciativa de los que eran incorporados, este proceso se derivó más bien de la necesidad de la economía-mundo de expandir sus fronteras, una necesidad que era resultado de presiones internas de la economía-mundo. Además, procesos de gran alcance y escala, como esta incorporación, no son fenómenos abruptos, emergen del flujo de actividades continuas. Aunque podemos datarlos retrospectivamente (y en forma aproximada), los puntos de inflexión raras veces son nítidos y los cambios cualitativos que encarnan son complejos y compuestos. Sin embargo, su impacto es real y acaba por percibirse que han ocurrido.

"Trataremos las diferencias entre las relaciones mantenidas por Rusia y Europa del este con Europa occidental bajo tres encabezamientos distintos: *a*] una diferencia en la naturaleza

del comercio; *b*] una diferencia en la fuerza y el papel del aparato de Estado, y *c*] como consecuencia de los dos puntos anteriores, una diferencia en la fuerza y el papel de la burguesía urbana indígena."[1]

La cuestión que tratamos ahora es la naturaleza del proceso mediante el cual una zona que en un momento dado se encontraba en el área externa de la economía-mundo pudo llegar a encontrarse, en un momento posterior, en la periferia de esa misma economía-mundo. Concebimos esta transición como un periodo de duración media que denominamos periodo de "incorporación". Por consiguiente, el modelo que estamos utilizando implica tres momentos sucesivos para una "zona": encontrarse en el área externa, ser incorporado, ser periferializado. Ninguno de esos tres momentos es estático, todos implican procesos.

La incorporación significa fundamentalmente que al menos algunos procesos de producción importantes en un lugar geográfico dado se convierten en parte integrante de varias de las cadenas mercantiles que constituyen la división del trabajo corriente en la economía-mundo capitalista. ¿Cómo sabemos si un proceso de producción concreto es "parte integrante de" esta división del trabajo? Un proceso de producción sólo puede considerarse así integrado si su producción responde en algún sentido a las siempre cambiantes "condiciones de mercado" de esta economía-mundo (sea cual sea el origen de estos cambios) en términos de esfuerzos por parte de quienes controlan estos procesos de producción para maximizar la acumulación de capital dentro de este "mercado", si no a plazo muy corto, al menos a un razonable plazo medio. En la medida en que no se pueda afirmar que se dan tales procesos, ni siquiera a grandes rasgos, en la medida en que las irregularidades de los procesos concretos de producción puedan explicarse por consideraciones que no sean las que permiten la acumulación máxima de capital en la economía-mundo, la zona en la que se den estas condiciones particulares puede considerarse situada en el área externa de la economía-mundo, pese a la existencia de lazos comerciales y con independencia de la extensión o la rentabilidad del "comercio" en curso.

Por supuesto, por mucho que pueda aclararse teóricamente la diferencia desde el punto de vista de la definición, es poco

[1] Wallerstein (1980, p. 427).

útil como indicador empírico de la descripción correcta de una situación particular. Para encontrar tales indicadores, tenemos que dirigir nuestra atención a algunas de las consecuencias empíricas de tal integración. Y aquí tenemos que establecer una distinción entre el momento (por largo que sea) de "incorporación" y el momento posterior de "periferialización". Si puede permitirse una analogía, la incorporación implica "enganchar" la zona a la órbita de la economía-mundo, de tal manera que, en la práctica, no tenga ya ninguna posibilidad de escapar; la periferialización, por su parte, implica una transformación continua de las microestructuras del área en cuestión, transformación que a veces se describe como profundización del desarrollo capitalista.

Si nos preguntamos qué se requiere para que un proceso de producción local responda en algún sentido a las condiciones siempre cambiantes del mercado de una economía-mundo, tal vez podamos encontrar los criterios que necesitamos. Parece claro que la capacidad de respuesta, al menos parcialmente, se da en función del tamaño de la unidad de toma de decisiones. Una unidad grande tiene más probabilidades de causar impacto en *sí misma* y en sus propias expectativas de acumulación de capital mediante la alteración de sus decisiones de producción con base en las condiciones que considere alteradas en un mercado dado. Esto significa que para que las empresas de una zona empiecen a responder de este modo, tal vez deban aumentar su tamaño. La creación de tales unidades mayores de toma de decisiones puede ocurrir en un lugar de producción directa (por ejemplo, creando una "plantación"), o en un sitio de captación mercantil de la producción, en el supuesto de que el captador, es decir, el comerciante, tenga algún mecanismo para controlar a su vez las actividades de múltiples pequeños productores (por ejemplo, títulos de deuda). En segundo lugar, las decisiones en el caso más sencillo, las de expandir o contraer la producción deben ser posibles en lo que se refiere a la capacidad de adquirir (o liberarse de la responsabilidad de) los elementos que forman parte del proceso de producción: las máquinas, los materiales, el capital y, sobre todo, la mano de obra, la cual, de algún modo, ha de ser "coercible". En tercer lugar, quienes controlan los procesos de producción tienen mayores probabilidades de responder si las instituciones políticas cuyo poder y autoridad es relevante permiten, instigan y subsidian tales respuestas, que si no lo hacen. Finalmente, las respuestas requieren de una infraestructra institu-

cional de seguridad razonable y dispositivos monetarios apropiados.

De aquí se desprende que para analizar si los procesos de producción de una zona dada están integrados en la división del trabajo más amplia de una economía-mundo debemos investigar la naturaleza de las estructuras de la toma de decisiones económicas, los modos diferenciales de disponibilidad de la mano de obra para el trabajo en esos procesos productivos, el grado en que las unidades de gobierno se relacionan con los requisitos de la superestructura política de la economía-mundo capitalista y, finalmente, la aparición de la infraestructura institucional necesaria, o más bien, la extensión de la que ya existe en la economía-mundo capitalista para cubrir la zona objeto de incorporación. Ésta es la historia que intentaremos contar en este capítulo.

Comencemos por revisar en qué sentido estas cuatro zonas *no* fueron incorporadas al largo periodo 1500-1750, durante el cual puede decirse que todas ellas tuvieron una relación comercial constante con la economía-mundo europea como parte de su área externa.

Tenemos, en primer lugar, la naturaleza del comercio. La característica específica del comercio entre dos zonas que no se encuentran dentro de la misma división del trabajo gira en torno a la distinción, expresándonos en el lenguaje de épocas anteriores, entre el "comercio en artículos suntuarios" [*rich trades*] y el comercio en artículos "en bruto" o "bastos" [*coarse or gruff goods*]. Hoy hablamos de la distinción entre "artículos de lujo", por un lado, y "artículos a granel" o "artículos de primera necesidad", por otro. El término "de lujo" es, por supuesto, una definición operacional que está en función de la evaluación normativa. Hoy sabemos que incluso un concepto tan aparentemente fisiológico como el nivel de renta mínimo de supervivencia está definido desde el punto de vista social. Aunque no fuera por otra razón, esto es así porque es preciso incluir en la ecuación la duración del tiempo a lo largo del cual se mide la supervivencia. Es difícil decidir cuándo un producto concreto —especias, té, pieles o incluso esclavos— pertenece o no, en un contexto dado, a las exportaciones de lujo, por no hablar del caso especial de los metales preciosos. Digo *exportación* de lujo porque desde un punto de vista económico no tiene mucho sentido la idea de una *importación* de lujo. Si un artículo se compra en un mercado, es porque alguien siente subjetivamente la "necesidad" de ese artículo, y sería fatuo que el observador analítico afirmara que esa

"necesidad" no era real. En la expresión clásica de los dos Thomas, "si los hombres definen una situación como real, sus consecuencias son reales".[2] Evidentemente, el precio unitario de algunos artículos es elevado y el de otros no, pero lo relevante para el comerciante es el margen de beneficio de la totalidad vendida multiplicado por el volumen de ventas.

El concepto de exportación de lujo puede tener, sin embargo, una definición más analítica. Se refiere a la disposición de artículos de bajo valor social a precios muy superiores a los que pueden obtenerse de sus usos alternativos, concepto que únicamente puede aplicarse si se está tratando con el comercio entre dos sistemas históricos separados, en cuyo caso cabe concebir que tengan diferentes medidas del valor social. Por consiguiente, los conceptos de "lujo" y "área externa" van de la mano. Si tomamos en cuenta la bibliografía al respecto, encontramos que los autores han utilizado frecuentemente el lenguaje del comercio de "lujo" en la descripción de India y África Occidental. Kulshresthra, por ejemplo, observa: "'Los objetos del tráfico oriental eran espléndidos y triviales', afirma Gibbons. Y esto es particularmente cierto en lo que se refiere a los siglos XVI y XVII."[3] Northrup, hablando del desarrollo del comercio atlántico en el delta del Níger, observa que al principio los aro comerciaban como "artículos de lujo: esclavos, caballos y ganado para fines rituales y abalorios",[4] y que tal comercio no se desarrollaba en los mercados locales.

[2] Thomas y Thomas (1928, p. 572).

[3] Kulshresthra (1964, p. 220). Das Gupta critica en forma específica el argumento (de Leur) de que el comercio en el Océano Índico anterior a 1750 era comercio "de lujo", aduciendo que el argumento es "insostenible" ya que, a pesar de que parte de este comercio era de "artículos de lujo", esa parte del comercio era "marginal respecto a la masa del comercio textil que, de forma abrumadora, se realizaba con variedades bastas" (1974, p. 103). Sin embargo, hemos de tener cuidado aquí con las fronteras sistémicas. Das Gupta está hablando del comercio dentro de los límites del Océano Índico, que no es lo que se está discutiendo, sino el comercio entre la zona del Océano Índico y la economía-mundo europea.

Raychaudhuri defiende una tesis similar en relación con el comercio interregional por el que entiende, sin embargo, el comercio entre diferentes "regiones" del subcontinente indio: "A pesar de los elevados costes del transporte por tierra [...] el comercio en artículos de alimentación y una amplia variedad de productos textiles, algunos de los cuales sin duda no pueden describirse como artículos de lujo, eran los componentes más importantes del comercio interregional del periodo [anterior a 1750]" (1982b, p. 329). No obstante cuando se trata de lo que Raychaudhuri denomina "comercio exterior" textil, este autor observa que las compras europeas eran "una simple fracción del comercio total" (1982b, p. 331).

[4] Northrup (1972, p. 234).

Pero, ¿qué hace del lujo un lujo? Amin considera que la variable crucial es la ignorancia. Este autor vincula la "rareza" de los artículos en el "comercio a larga distancia" con el hecho de que tal comercio se basa en el intercambio de mercancías "respecto de las cuales cada uno desconoce el coste de producción del otro".[5] Si la ignorancia es un elemento crucial, inmediatamente entendemos cómo ese comercio de lujo puede ser autoliquidatorio. A medida que se extiende el comercio, la base de la ignorancia puede desaparecer, y esto nos lleva al segundo elemento crucial que planteó Karl Polanyi y que se aplicó particularmente, de forma ilustrativa, al caso de Dahomey en el siglo XVIII. Es el concepto de "puerto de comercio" que podemos reconceptualizar como el mecanismo político mediante el cual se salvaguarda la "ignorancia".

De acuerdo con la explicación Rosemary Arnold del funcionamiento del "puerto de comercio" de Dahomey, Whydah, la clave estaba en la "drástica separación institucional de la organización comercial y la organización militar" del reino de Dahomey.[6] Institucional a la par que espacial, puesto que las guerras se situaban "en el interior" y el comercio en la costa, lo que significaba que los objetivos militares del reino, incluyendo la captura de esclavos, podían perseguirse "sin interferencia de los comerciantes, fueran europeos o de Dahomey".[7] Pero, ¿qué interferencia era ésta? Evidentemente, Arnold está pensando no en la interferencia militar, sino en la económica, y ésta implica el conocimiento de las condiciones de mercado.

Para mantener este monopolio del conocimiento, el concepto de "puerto de comercio" está vinculado con el monopolio comercial del gobernante, y con los mercaderes fungiendo únicamente como empleados o agentes del gobernante.[8] Además de la separación física y del monopolio real, Austen añade un ter-

[5] Amin (1972b, p. 508). Para North (1985), tal ignorancia podría definirse como un "coste de transacción" incrementado que constituiría una desviación respecto a la eficiencia de mercados competitivos.

Chamberlain (1979, p. 421) contrasta el "comercio de exportación a granel" de África Occidental que constituía, según afirma, el denominado comercio legítimo con el "comercio de exportación de lujo", definiendo este último como "mercancías con un elevado valor por libra". Aunque la tasa valor/libra funciona en numerosos casos, no me parece esencial. En ciertas partes del mundo y en algunos contextos, la exportación de elefantes para uso en ceremonias de corte era la quintaesencia del producto "de lujo": costoso, no esencial, "recolectado" y no producido, raro, pero a pesar de todo bastante pesado.

[6] Arnold (1957a, p. 174).

[7] *Ibid.* (p. 175).

[8] Polanyi (1966). Véase también Elwert (1973, p. 74 y *passim*).

cer elemento: "un sistema de *recolección* de mercancías destinadas al comercio internacional que se mantuvo separado de la *producción* de bienes para el uso africano interno".[9] Esto supone, y no tiene por qué ser erróneo, que la infraestructural de la "recolección", en comparación con la "producción" es mucho más tenue, y que, por consiguiente, los costes de expansión y contracción de la cantidad de actividades de recolección son significativamente menores que los que implican las actividades productivas.

Indudablemente, la tesis de Polanyi-Arnold no ha carecido de críticas como descripción empírica del reino de Dahomey. En particular, el monopolio real sobre el comercio de esclavos no parece haber sido total. Sin embargo, Argyle, que lanzó esta crítica, sí hace notar que el poder del rey era lo bastante fuerte como para que tanto los africanos dedicados a la captura de esclavos como los mercaderes europeos tuvieran que hacer negocios con el rey antes de tratar con otros, para vender al rey a "precios fijos", y para comprar del rey a precios superiores "a los que pagaban al resto de los comerciantes".[10] El tipo de crítica que formula Manning es quizá más apropiado, pues sugiere que el modelo Polanyi-Arnold, al confundir tres siglos diferentes, es "distorsionado y ahistórico".[11] Por tanto, es posible que la descripción sólo se aplicara al primer periodo. Además, el

[9] Austen (1970, p. 268).

[10] Argyle (1966, p. 103). Law sigue la tesis de Argyle según la cual el tráfico de esclavos era compartido entre el rey y muchos otros vendedores, y califica el concepto de un monopolio comercial real "en esencia mitológico" (1977, p. 556). Sin embargo, Law observa además: "No parece que los reyes de Dahomey permitieran a comerciantes de los estados del interior tratar en forma directa con los mercaderes europeos en Whydah" (p. 564). Por consiguiente, en lugar del concepto de un monopolio real que se interponía entre quienes capturaban esclavos y los comerciantes europeos y los separaba físicamente, Law propone un monopolio compartido entre el rey y los comerciantes privados de Dahomey. En lo que se refiere al bloqueo del flujo de información, puede que esto no hiciera las cosas muy distintas. Véase Peukert, quien también subraya el papel de los comerciantes privados de Dahomey (1978, pp. xiii-xiv), pero que intenta equilibrar sus críticas a la tesis de Polanyi sobre Dahomey como una "economía sustantiva" con un rechazo igualmente fuerte del "análisis de la historiografía mundial eurocéntrica" (p. 224).

[11] Manning (1982, p. 42). Sin embargo al final el propio Manning aduce ignorancia histórica: "No podemos decir aún hasta qué punto el Estado se conformaba con regular y proteger el tráfico de esclavos, y hasta qué punto dirigía en realidad la captura y comercialización de esclavos. Por ejemplo, si la mayoría de los esclavos se capturaba en la guerra, tuvo que existir un mecanismo para transferirlos del Estado, que tal vez los reclamaría como suyos al capturarlos a los traficantes que los exportaban. Sobre esto y sobre los detalles más importantes, los observadores europeos contemporáneos adujeron ignorancia" (p. 43).

puerto de comercio, establecido para evitar la integración, puede haber conducido a otras formas de dependencia igualmente integradoras, ya que el puerto de comercio requería una forma de Estado más fuerte, una característica de la implicación de África Occidental en el comercio de esclavos que se ha subrayado con frecuencia, y a la que volveremos más adelante. Y la supervivencia misma de ese Estado más fuerte puede llegar a depender de mantener los vínculos comerciales.[12]

La fortaleza de la maquinaria estatal en el área externa resulta ser una variable crítica, pero cuyo impacto en la incorporación es más complejo de lo que nos hemos inclinado a reconocer. Desde el punto de vista del contacto inicial con otro sistema-mundo, las maquinarias estatales poderosas pueden garantizar que el comercio se lleve a cabo como intercambio equitativo entre dos áreas mutuamente externas. El proceso mismo de tal comercio puede fortalecer algunas maquinarias estatales en ambos lados, como sabemos que ocurrió en este particular caso histórico. El fortalecimiento de algunos estados en el área externa provocó, por tanto, que quienes ostentaban el poder en la economía-mundo europea tuvieran que invertir más fuerza en la relación para quebrar esta barrera "monopolista" a la incorporación. En cierto sentido, los estados del área externa pasaron de su fortaleza inicial a una mayor fortaleza y a una relativa debilidad.

Nolte ha criticado mi anterior distinción entre Polonia, y

[12] Consideremos lo que ocurrió en el último periodo del reino de Dahomey. A finales del siglo XVIII, las autoridades de Dahomey limitaron el comercio de esclavos, en parte para reducir la dependencia de lo que se consideraba como un mercado deprimido e inestable (quizás un tipo de razonamiento que se inspiraba en el concepto de "puerto comercial"), en parte para apaciguar al reino de Oyo, que en aquella época era nominalmente soberano de Dahomey y también su competidor en la oferta de esclavos. Sin embargo, esa limitación tuvo suficientes consecuencias negativas para varios grupos del reino como para que en 1818, hubiera una especie de golpe de Estado que hizo acceder al trono a Gezo. En efecto, hoy Gezo es considerado como uno de los grandes líderes históricos de Dahomey. ¿Qué hizo?: "Gezo reanimó un tráfico de esclavos estancado e inauguró una época de expansión territorial y crecimiento económico. La economía de su reino fue estimulada por el trabajo de cautivos forzados a laborar en las plantaciones de Dahomey, por los ingresos de la venta de esclavos a través del mercado de Whydah, y por el monopolio comercial que Dahomey estableció sobre los territorios recién conquistados" (Yoder, 1974, pp. 423-424). Este modo concreto de implicación en la economía-mundo, pues eso era en lo que se había convertido en esta época, parece haberse desarrollado de forma directa a partir de la fuerte estructura estatal ideada para evitar dicha implicación. Sólo acabó con él el activo bloqueo británico del comercio esclavista de Whydah en 1843.

incorporada y periférica en los siglos XVI y XVII, y Rusia que, según afirmaba yo, entonces todavía se encontraba en el área externa. Su argumento se articula en torno a la extensión del comercio ruso con Europa occidental. Nolte admite que el "proceso de integración" de Rusia comenzó más tarde que el de Polonia; no obstante, esto ocurrió, según afirma, "más por razones políticas y sociales que por razones económicas",[13] y eso es precisamente lo que yo sostengo.[14]

Tampoco debemos dejarnos engañar por meros préstamos culturales. El reinado del sultán Ahmed III en el imperio otomano (1718-1730) llegó a ser conocido como la "Edad del Tulipán" por la supuesta fascinación de la corte hacia los tulipanes importados de Holanda. Hodgson nos conmina a percibir este préstamo cultural occidental por parte del imperio otomano no como "manifestación de lujo exótico" (lo que encaja con nuestra insistencia en que las importaciones nunca son lujos), sino más bien como un intento de los gobernantes otomanos "por restaurar el absolutismo" frente a la descentralización regional que se había estado produciendo. Y cuando los adversarios de este absolutismo invocaron los valores del islam para clamar contra los "lujos infieles (y comercialmente competitivos) de la corte", Hodgson afirma que estaban golpeando "a sabiendas" los vínculos comerciales con Occidente "que podían haber fortalecido el poder de la corte".[15]

[13] Nolte (1982, p. 47).

[14] Asimismo, estoy de acuerdo con la inferencia que extrae Nolte: "Además es una cuestión abierta la de si el retraso de la incorporación de Rusia al sistema mundial fue una ventaja o una desventaja a largo plazo. Desde el punto de vista económico, este retraso condujo al desarrollo de las propias manufacturas de Rusia. También tuvo ventajas políticas, desde el punto de vista del zar puesto que la lucha contra Suecia legitimó el absolutismo" (p. 48). Una vez más, ésa es precisamente mi tesis. En última instancia, el debate se reduce a si Rusia se "incorporó" después de 1750 (en apariencia bajo Catalina II) o se había incorporado ya bajo Pedro el Grande o antes incluso. Discutiremos el problema de fechas más adelante.

Considérese por ejemplo la evaluación de Pedro el Grande de Blanc: "Pedro era un proteccionista convencido. Los gobiernos que siguieron al reinado de Pedro fueron en ocasiones más liberales que el suyo. Los aranceles de 1731, o incluso los beneficios otorgados a los ingleses en virtud del tratado de 1734, marcan un progreso definitivo que subraya por contraste el indiscutible 'mercantilismo' de Pedro el Grande" (1974, p. 29).

[15] Hodgson (1974, vol. II, pp. 139-140). Rustow (1970, vol. I, p. 677): "El idilio de la Era del Tulipán en Estambul fue sacudido con rudeza por la guerra ruso-otomana de 1736-1739/1768-1774 y no antes. En el tratado de paz de Küchük Kaynarja, el sultán fue obligado a ceder Crimea: la primera tierra musulmana cedida por los otomanos a los cristianos." La Era del Tulipán fue "efímera", dice

Asimismo, los estudios recientes del Océano Índico tienden a reducir, no a aumentar, nuestra percepción del predominio oceánico portugués en el siglo XVI. (Nunca se ha planteado la creencia en un predominio terrestre significativo del subcontinente indio por poder occidental alguno antes de la segunda mitad del siglo XVIII.) Los portugueses, observa Digby, compitieron "sólo con éxito calificado" por una participación en el denominado comercio nacional (es decir, intrarregional), e incluso para alcanzar lo que lograron tuvieron que llegar a "acuerdos con otros poderes" regionales.[16]

Finalmente, tenemos la conocida historia del surgimiento de nuevos reinos y el fortalecimiento de los antiguos en las zonas a lo largo de o inmediatamente contiguas a la costa occidental y central de África en el proceso del tráfico de esclavos. El resultado fue, en su mayor parte, una situación "en la que los africanos marcaron la pauta",[17] especialmente en lo que se re-

Heyd (1970, vol. I, p. 363). Es cierto sin duda pero deberíamos considerarla como parte de un último esfuerzo por resistir la presión de la incorporación.

En ocasiones, como prueba de la debilidad otomana y de manera implícita de su incorporación anterior a 1750-1850, se cita cómo los portugueses obstruyeron la función que desempeñaban los súbditos otomanos en el comercio del Océano Índico. Hess (1970, pp. 1917-1918) dice que éste es un punto de vista muy lisitocéntrico. "Según los estándares del siglo [XVI] y de acuerdo con las instituciones que conformaban su sociedad, los otomanos se enfrentaron con éxito a los desafíos navales externos en sus fronteras. Los alrededores del Mediterráneo y no las áreas abiertas del Océano Índico eran las principales fronteras de la armada otomana del siglo XVI.

[16] Digby (1982, p. 150). Véase también Marshall (1980, p. 19): "En el Océano Índico occidental, el poder naval portugués se ejerció en gran medida en ausencia de una oposición efectiva; más al oriente fue cada vez más contestado."

La capacidad de Japón en 1637 para excluir todo comercio occidental excepto un pequeño volumen canalizado a través del "puerto comercial" de Nagasaki a mediados del siglo XVII es notoria. "Una vez que se ejecutó la orden de exclusión, el "Bakufu" o gobierno del shogun [...] desarrolló una burocracia organizada bajo un consejo de ancianos. Así, con la restauración de la paz después de un largo periodo de luchas internas y con un fuerte gobierno central, Japón pudo enfrentarse al mundo sin temor" (Panikkar, 1953, p. 87). De modo similar, "la sustitución de los debilitados Ming por una nueva y vigorosa dinastía fortaleció a China en un momento muy importante" (p. 77).

[17] Martin (1972, p. 14). Esta descripción se refiere a la Costa Loango, pero lo mismo podría decirse de otras zonas. Martin señala las dos condiciones principales que hicieron esto posible: "una fue la intensa competencia europea, la otra que ningún europeo consiguió establecerse de forma permanente en la costa" (p. 115). Por supuesto, en África Occidental la segunda condición terminó siendo violada al erigirse fuertes, y se hicieron esfuerzos para reducir la competencia. Sin embargo, hasta que los acontecimientos en Europa tomaron otro rumbo (digamos a partir de 1815) no se logró limitar la competencia de forma significativa.

fería a configurar el funcionamiento general del sistema comercial en África Occidental; es decir, los africanos que gobernaban estos reinos intermediarios, y no los de las regiones sometidas a pillaje. Naturalmente, no debería perderse de vista que la fortaleza de los reinos iba de la mano con la fortaleza de la clase comercial local.[18]

Existe una cuarta característica del comercio de estas áreas externas con la economía-mundo europea (y capitalista): el persistente desequilibrio comercial a largo plazo.[19] El flujo de metales preciosos al subcontinente indio en el periodo anterior a 1750 se ha subrayado desde hace tiempo. Chaudhuri considera una "paradoja" que incluso el aumento de la demanda india de importaciones europeas en el periodo 1660-1760 fuera insuficiente para superar el "desequilibrio estructural fundamental".[20] Existen dos maneras de considerar este fenómeno como la adquisición, por parte de estas zonas, de una mercancía necesaria, el metal precioso que, por consiguiente, se convierte en un indicio de que dichas zonas no se encuentran en el área externa sino precisamente al contrario, están integradas en la economía-mundo europea. Tal es el camino que sigue Chaudhuri al hablar de que esto "se debe esencialmente al aumento de liquidez creado por la explotación de las minas de oro y plata americanas",[21] lo que creó "una diferencia relativa en los costes y precios de la producción internacional".[22] Perlin va más lejos al sostener que la importación de metales preciosos fue "un comercio de mercancías que en términos de Sraffa se incluye [...] en la producción de toda mercancía".[23] Ésa es la misma línea argumental que utiliza Nolte al tratar el flujo de metales preciosos hacia Rusia: "Eran esenciales para la circulación del dinero."[24]

[18] Sobre el papel de los denominados lusoafricanos, en especial durante los siglos XVI y XVII, véase Boulègue (1972).

[19] Sobre el flujo de plata a la India, el imperio otomano y Rusia en el siglo XVII véase mi análisis anterior (Wallerstein, 1984, pp. 147-152).

[20] Chaudhuri (1978, p. 159). "La fundación del comercio con la India Oriental tal como fue llevada a cabo por las naciones marítimas de Europa Noroccidental se basaba en gran medida en un intercambio de metales preciosos occidentales por artículos manufacturados asiáticos" (p. 97).

[21] Chaudhuri (1981, p. 239).

[22] Chaudhuri (1978, p. 456). Los europeos occidentales tenían que pagar las mercancías indias con metales preciosos, dice Chaudhuri, porque "no eran capaces de comercializar productos occidentales a precios que generaran una gran demanda de éstos". Esto es poco convincente. ¿Cómo venden Estados Unidos ordenadores a India en la actualidad?

[23] Perlin (1983, p. 65).

[24] Nolte (1982, p. 44).

¿A qué se debe, pues, todo el debate acerca del flujo de metales preciosos? Si, de hecho, los metales preciosos no son otra cosa que una mercancía más, nunca podrá existir una distinción significativa entre el comercio dentro de un sistema mundial frente al comercio entre dos sistemas mundiales (es decir, estructuras económicas independientes y probablemente divergentes). ¿Por qué, entonces, se alteró de forma tan drástica ese flujo en el caso de la India? "La importación de metales preciosos [...] fue interrumpida después de 1757".[25]

Otra forma de ver ese flujo hacia el exterior es la de considerarlo, desde el punto de vista de la economía-mundo europea, como flujo de una plusvalía prescindible (y por tanto una exportación "de lujo") durante la prolongada contracción de la economía-mundo europea a lo largo del siglo XVII (cuando la mayor parte de ese flujo fue hacia el exterior), flujo que dejó de ser prescindible con la renovada expansión de la economía-mundo europea después de 1730-1750, aproximadamente. Por consiguiente, desde el punto de vista de la economía-mundo europea, los vínculos con estas áreas externas tuvieron que transformarse o cortarse. Ya que existían otros motivos que empujaban a tomar la incorporación como solución, el proceso se inició.

Desde la perspectiva de las zonas externas a la economía-mundo europea el hecho de que el subcontinente indio, el imperio otomano, Rusia, insistieran en recibir metales preciosos indica que otros productos europeos ejercían relativamente poca atracción para ellos, lo que puede traducirse en el sentido de que no estaban implicados en los vínculos integrados que constituían las cadenas de mercancías de la economía-mundo capitalista. Hace tiempo que se han hecho notar las dificultades de los europeos para vender, al contrario de lo que ocurría para comprar. Por ejemplo, los portugueses primero y posteriormente los holandeses y los ingleses, tuvieron que dedicarse al comercio "nacional" (o "de transporte") en el área del Océano Índico para financiar sus compras.[26] Lo mismo ocurrió inicialmente en el imperio otomano[27] y en África Occidental.[28]

[25] Datta (1959, p. 318).

[26] En fechas tan tardías como en 1730-1740, "parece que no hay duda de que sólo se incrementa el comercio interior inglés" (Furber, 1965, p. 45).

[27] "La demanda de los pueblos balcánicos [en el siglo XVIII] de mercancías europeas era menor que la demanda occidental de mercancías balcánicas" (Stoianovich, 1960, p. 300). El comercio de transporte europeo continuó en el imperio otomano hasta bien entrado el siglo XIX. Véase Issawi (1966, 1980a).

[28] "Para obtener el oro y el marfil (así como la pimienta) que precisaban para el mercado interior, los portugueses tuvieron que gastar considerables

En algún momento en torno a 1750, todo esto empezó a evolucionar rápidamente, y el subcontinente indio, el imperio otomano (o al menos Rumelia, Anatolia, Siria y Egipto), Rusia (o al menos su parte europea) y África Occidental (o al menos sus áreas más costeras) se incorporaron al conjunto de procesos productivos interrelacionados (la denominada división del trabajo) de la economía-mundo capitalista. Este proceso de incorporación se terminó hacia 1850 (quizá más tarde en África Occidental). En lo que se refiere a los procesos de producción, hubo otros tres cambios principales que discutiremos sucesivamente: una nueva modalidad de relaciones de "exportación" e "importación"; la creación de "empresas" (o entidades de decisión económica) económicas más grandes en las cuatro zonas, y un incremento significativo en la coerción de la fuerza de trabajo.

La nueva pauta de "exportaciones" e "importaciones" habría de reproducir la dicotomía entre núcleo y periferia que constituyó la división axial del trabajo en la economía-mundo capitalista. Esto significaba, esencialmente en aquella época, el intercambio de materias primas de la periferia por manufacturas del centro. Para que las cuatro zonas se concentraran en la exportación de materias primas, era preciso que se produjeran cambios en sus procesos productivos en dos direcciones: creando o extendiendo significativamente la agricultura de cultivos comerciales [*cash-crop*] (y formas análogas de producción del sector primario) destinada a la venta en el mercado de la economía-mundo capitalista, y reduciendo o eliminando las actividades manufactureras locales. De las dos, la mencionada en primer término fue la primera cronológicamente y quizás en importancia, pero finalmente tuvo que producirse también la segunda. A su vez, la creación de exportaciones de cultivos comerciales (y análogos) implicaba algo más que establecer una serie de unidades de tierra en las que se cultivara una cosecha determinada, por ejemplo el algodón. Si estas unidades de tierra se utilizaban para el algodón, eso significaba generalmente que dejaban de utilizarse para cultivos alimentarios. Por consiguiente a medida que un porcentaje cada vez mayor de tierra se especializaba en el cultivo de cosechas específicas para la "exportación", era preciso que otras unidades de tierra comen-

energías como intermediarios, transportando mercancías a lo largo de la costa occcidental" (Northrup, 1978, p. 22). Northrup concluye: "La llegada de los portugueses [...] no impuso cambios bruscos en la vida comercial de la región [del delta del Níger]; al contrario, fueron integrados en modalidades de organización comercial bien establecidas" (p. 29).

zaran a especializarse en cultivar productos alimentarios para vender a los trabajadores del primer grupo de unidades de tierra. Y, a medida que la racionalidad económica se dirigía hacia la creación de jerarquías en la mano de obra, quizá bajo la autoridad de los propietarios de las tierras, otras áreas comenzaron a especializarse en exportar gente que trabajara en las unidades de tierra dedicadas a los cultivos comerciales y a la producción de alimentos. La aparición de una especialización espacial de tres niveles dentro de una misma zona —cultivos comerciales de "exportación", cosechas para la alimentación del "mercado local", y "cosechas" de trabajadores emigrantes— ha sido un importante indicador de la incorporación de un área otrora externa a la división del trabajo puesta en marcha en la economía-mundo capitalista.

Después de 1750, el comercio de Gran Bretaña y Francia —los dos centros económicos principales de la economía-mundo capitalista de la época— se expandió de forma significativa a la totalidad de las cuatro zonas que estamos analizando. Para ambos países, las guerras napoleónicas supusieron un repliegue de este comercio, y después de 1815 el papel de Francia se hizo notablemente menor que el de Gran Bretaña, aunque todavía no desapareció por completo (excepto, quizás, en la India). En todas partes, las exportaciones de estas cuatro zonas a Europa Occidental se expandieron a un ritmo más rápido que las importaciones, pero la balanza de pagos ya no estaba cerrada gracias a las exportaciones de metales preciosos de Europa Occidental. Una rápida visión de conjunto confirmará lo consistente de este cuadro.

La historia mejor conocida es, sin duda, la del subcontinente indio. En el siglo anterior, 1650-1750, los antiguos centros del comercio oceánico —Masulipatnam, Surat y Hugli— perdieron importancia y empezaron a ceder lugar a nuevos centros vinculados al comercio europeo, como Calcuta, Bombay y Madrás.[29] El periodo 1750-1850 está nítidamente marcado por dos acontecimientos políticos que tuvieron un impacto directo en las pautas comerciales. La irrestricta combinación de control político y económico de la Compañía de las Indias Orientales en la India se desarrolló de 1757 a 1813. Chaudhuri sostiene que, sin

[29] Watson (1980a, p. 42), que también hace notar hasta qué punto los comerciantes privados ingleses suplantaban a una parte de la clase mercantil indígena. La tesis de que quienes sobrevivieron fueron aquellos que cooperaron con los ingleses, como ha sugerido Das Gupta (1970), "está pendiente de respuesta", afirma Watson.

embargo, en este periodo el comercio "siguió discurriendo a lo largo de los canales tradicionales" y con idéntica composición.[30] Datta se muestra de acuerdo, aunque sitúa el punto de inflexión en 1793 (el acuerdo permanente de Cornwallis), fecha que parece más plausible.[31]

De todos modos, existió una gran diferencia entre el periodo 1757-1793 y el anterior: no hubo exportación de metales preciosos,[32] pero hubo dos formas de cubrir este desequilibrio en la balanza comercial sin las exportaciones de metales preciosos de Europa. Una fue utilizar la hacienda estatal de la recién adquirida presidencia de Bengala, que parece bastar en este periodo para cubrir la administración de Bengala, los costes de la conquista británica y la administración del resto del subcontinente, además de dejar un margen para la adquisición de los artículos exportados a Gran Bretaña.[33]

La segunda fue el sistema que data de 1765 conocido como hipotecación. La Compañía de las Indias Orientales vendía letras de cambio en Londres sobre las presidencias indias, y compraba cartas de pago en India sobre Inglaterra. Los bienes indios exportados mediante la compañía a casas mercantiles inglesas eran "hipotecados" como una seguridad colateral de los créditos de la compañía en Inglaterra, con los que ésta compraba las exportaciones británicas a la India. La compañía, entretanto, anticipaba dinero a los vendedores de las mercancías en la India, créditos que eran devueltos con artículos que se utilizaban como exportaciones indias a Gran Bretaña. En ninguno de estos dos casos se requerían flujos de metales preciosos, y la compañía recibía además el beneficio del embarque más cualquier diferencia sobre las tasas de interés de sus créditos indios, superiores a los de sus préstamos en Londres.[34]

Aunque el saqueo de la presidencia de Bengala podría proporcionar un nexo de transición, sólo podemos hablar de incorporación con la "espectacular expansión" posterior a 1757 del comercio a lo largo del Ganges, unido, vía Calcuta, a la eco-

[30] Chaudhuri (1983a, p. 806).

[31] El acuerdo permanente tuvo el efecto de eliminar obstáculos a las tierras que eran "una mercancía a adquirir y vender en un mercado" (Cohn, 1961, p. 621).

[32] Véase Datta (1959, pp. 317-318).

[33] Véanse Bagchi (1976c, p. 248); Ganguli (1965); Arasaratnam (1979, p. 27). N. K. Sinha afirma: "Las existencias de plata en Bengala en 1757 no sólo no se repusieron sino que gran parte de las mismas fueron gastadas de formas diversas" (1956, p. 14).

[34] Véanse Sinha (1970, pp. 28-29); Chaudhuri (1966, pp. 345-346).

nomía-mundo,[35] y con la expansión paralela en el sur de la India después de 1800.[36]

Hacia la primera mitad del siglo XIX había cuatro materias primas que dominaban las exportaciones, siendo responsables del 60% del total: índigo, seda en bruto, opio y algodón.[37] Mientras que los dos primeros artículos se dirigían a Occidente, a Europa, en esta época el algodón y el opio se destinaban principalmente a China. Discutiremos más adelante las razones por las que esto era así y la importancia que tuvo este (así denominado) comercio triangular indo-chino-británico.

El impulso inmediato a las primeras fábricas europeas de índigo, establecidas en 1778, o 1779, parece haber sido la revolución americana, la cual privó a Gran Bretaña de su anterior abastecimiento norteamericano.[38] Esta carestía en la oferta de la economía-mundo se agravó más tarde con la eliminación de la oferta de Santo Domingo debido a su revolución[39] y el virtual abandono de su cultivo en Hispanoamérica a finales de siglo.[40] Así, la producción de índigo, que ya había sido comercialmente importante en la India mogol, se triplicó o cuadruplicó, en valores absolutos, bajo el dominio británico.[41]

El algodón también era un cultivo producido desde hacía mucho tiempo en la India, fundamentalmente en Gujarat. Sin embargo, antes de 1770 el algodón de Gujarat no se había exportado más que a Sind, Madrás y Bengala,[42] y la producción había ido disminuyendo desde hacía un siglo.[43] Hacia 1775, los británicos iniciaron un comercio de exportación de algodón de India a China.[44] Después de 1793, con la guerra en Europa, también hubo un mercado europeo, aunque se trataba de un "asunto menor" comparado con las exportaciones de Estados

[35] Kessinger (1983, p. 252). "A finales del siglo XVIII, había precios elevados y una creciente demanda de ciertos cultivos de plantación, como la caña de azúcar, el opio y el índigo" (Cohn, 1961, p. 61).

[36] Bhattacharya (1983, p. 359).

[37] Chaudhuri (1983a, p. 844), que aporta más detalles en (1966, pp. 348-349). Véase también Sovani (1954, pp. 868-870).

[38] Véase Marshall (1976, p. 153).

[39] Véase Dutt (1956, p. 280).

[40] Sinha (1970, p. 1).

[41] Véase Habib (1963, p. 44).

[42] Véase Guha (1972, p. 2).

[43] Véase Habib (1963, pp. 39-40).

[44] Véase Nightingale (1970, p. 128). Originalmente éste sólo procedía de la India Occidental y centro-norte. El sur de la India comenzó a exportar algodón a China a partir de 1803. Véase Ludden (1985, pp. 137-138).

Unidos.[45] El incremento de la demanda mundial parece haber sido uno de los factores para la anexión de Surat en 1800.[46] La expansión de la producción de seda también estaba vinculada al sistema continental-napoleónico, que privó al mercado británico de su abastecimiento italiano.[47] Únicamente la expansión de la producción de opio carece de vínculos directos con la producción en otras zonas de la economía-mundo, pero fue en función de las necesidades de la compañía en el comercio con China.[48] A largo plazo, ninguna de estas cuatro mercancías perduraría como una contribución esencial de India a la división del trabajo en la economía-mundo (si bien el algodón siguió siendo importante en su producción de exportación durante mucho tiempo), pero proporcionaron el modo por el cual India pudo incorporarse en el periodo 1750-1850.

La historia del imperio otomano es similar. El volumen de comercio se incrementa repentinamente alrededor de 1750. Por ejemplo, el comercio francés, que dominó el ámbito otomano durante el siglo XVIII, se cuadruplicó durante la segunda mitad del siglo.[49] A lo largo de ese mismo periodo se produjo un continuo desplazamiento de las exportaciones de los "bienes manufacturados o parcialmente tratados [a] las materias primas": hilado de angora en lugar de camelotes, seda en bruto en vez de telas de seda, algodón en lugar de hilo de algodón.[50]

En los Balcanes, lo más notorio fue la expansión de los cultivos de exportación,[51] en particular cereales después de 1780, cuyo incremento ha sido considerado "espectacular".[52] El algo-

[45] Harlow (1964, vol. II, p. 292). Siddiqi (1973, p. 154) atribuye la baja de la producción después de 1820 a la competencia de Estados Unidos. Hacia 1850-1860, "el algodón era un cultivo secundario en la India, producido principalmente para el consumo interno" (Tripathi, 1967, p. 256). El algodón tuvo un auge momentáneo durante la guerra de Secesión (1861-1865), pero incluso entonces la política británica hacia el algodón siguió siendo "tibia" (p. 262).

[46] Véase Nightingale (1970, p. 160).

[47] Véase Sinha (1970, p. 2).

[48] Véase Guha (1976, pp. 338-339). Para una visión general de los cultivos comerciales indios y su distribución regional en esa época, véase Dutt (1956, pp. 272-285).

[49] Véase Frangakis (1985, p. 152). Véase también Davis (1970, p. 204).

[50] Frangakis (1985, pp. 241-242); cf. Karpat (1972, p. 246). Sobre la expansión de la producción de algodón orientada a la exportación en el sur de Siria/Palestina, véase Owen (1981, p. 7).

[51] McGowan (1981a, p. 32) hace notar que se inició como un comercio intraotomano.

[52] Stoianovich (1976, p. 189). Keith Hitchens duda de que esto pueda aplicarse a Valaquia y Moldavia antes de 1830-1840 (información personal).

dón era muy importante también en la producción balcánica,[53] así como en Anatolia occidental. A finales del siglo XVIII, fue la fuente clave de materias primas para la industria algodonera francesa, hasta el punto de que la Cámara de Comercio de Marsella pudo afirmar en 1782 que "el destino del Levante es alimentar [...] la industria francesa".[54] En esta época, "se había establecido un firme vínculo entre la producción en Ankara y la exportación en Esmirna".[55]

Los británicos y los austriacos sustituyeron a los franceses como principales socios comerciales directos en el siglo XIX. El papel del algodón anatolio disminuyó al enfrentarse (como ocurrió en la India) con la competencia americana,[56] al igual que, en este caso, con la competencia egipcia.[57] Sin embargo, la exportación de algodón todavía tendría una etapa de florecimiento temporal durante la guerra civil americana.[58] Además, la relativa decadencia de las exportaciones anatolias de algodón a Gran Bretaña quedó más que compensada por el continuo incremento, en este mismo periodo, de las exportaciones de trigo de los Balcanes otomanos a Gran Bretaña y Austria, en competencia con el sur de Rusia como zona de exportación.[59]

También en el caso de Rusia este comercio con Europa Occidental tuvo un "notable incremento" en 1750-1850,[60] cuando la composición de sus exportaciones también se modificó de for-

[53] Stoianovich (1983, p. 349). Paskaleva también habla (1968, p. 275) de una "gran expansión" de las exportaciones de algodón de los Balcanes.

[54] Y prosigue: "tomamos de él sólo materias primas; lo explotamos con los productos manufacturados del reino". Citado en Masson (1911, pp. 431-432). Masson afirma que Levante desempeñó el mismo papel respecto a Francia en este periodo que el que Mantoux atribuye a las Indias Orientales en relación con Inglaterra (véase p. 434).

[55] Fragakis (1985, p. 248).

[56] Véase Issawi (1966, p. 67).

[57] Véase Richards (1977, p. 17). Los egipcios en este momento se impusieron con el algodón de tallo largo, que tenía múltiples ventajas.

[58] En 1862 Farley escribió: "En el momento actual [...] se siente una gran preocupación respecto al abastecimiento futuro de este importante producto [algodón]; no estaría de más que llamara la atención de los interesados en las facilidades que existen para la producción y mejora de esta planta en el imperio otomano" (p. 55).

[59] Véase Puryear (1935, p. 1; véase también pp. 132-139, 180-226). Puryear observa que a finales de este periodo, los británicos importaron cada vez menos trigo ruso por motivos políticos, sustituyéndolo por el trigo balcánico (véase pp. 215-217, 227).

[60] Gille (1949, p. 154). Sobre el rápido desarrollo del comercio anglo-ruso después de 1750, véase Newman (1983, p. 96).

ma espectacular, llegando a un 95% en productos primarios.[61] Las exportaciones rusas de productos primarios durante este tiempo fueron cáñamo y lino, "materias primas vitales para las industrias manufactureras británicas",[62] y al principio también para Francia.[63] Fue la calidad del cáñamo ruso, "tratado con deferencia" por sus cultivadores y con un "lento y meticuloso" procesamiento —características que Crosby atribuye al "trabajo barato y experimentado"[64] de Rusia— lo que lo hizo tan útil.

A finales del siglo XVIII, el hierro ruso (que era procesado en Rusia) seguía siendo una exportación importante porque Rusia (junto con Suecia) tenía los dos elementos esenciales —grandes bosques y ricas minas—[65] para un producto de calidad basado en la tecnología del carbón vegetal y además, como veremos, en el trabajo en régimen de servidumbre. Cuando la nueva tecnología británica provocó el colapso de la industria rusa de exportación de hierro a comienzos del siglo XIX, un nuevo producto básico de exportación remplazó al hierro: el trigo.[66] En 1850, las exportaciones de trigo suponían el 20% de la cosecha anual. Rusia exportaba fundamentalmente la variedad cara de trigo, "que casi no se consumía a nivel nacional".[67] Es obvio que Rusia estuvo respondiendo al alza continuada de los precios mundiales de trigo, al menos hasta la década de 1820.[68]

[61] Gille muestra (1949, p. 156) que desde 1778-1780 hasta 1851-1853, el porcentaje de las exportaciones "primarias" sumadas a las de "alimentos" pasó del 71 al 95%, en tanto que la exportación de manufacturas pasó del 20 al 2.5 por ciento.

[62] Kahan (1979, p. 181), que continúa: "estamos autorizados a concluir que las voluminosas exportaciones de materias primas de Rusia a las industrias británicas en expansión contribuyeron de forma significativa a mantener el crecimiento y la demanda de mano de obra" (p. 182). Ésta era la percepción un tanto interesada en la época de Foster, agente de la compañía de Rusia quien en 1774 testificó ante el parlamento que sin las importaciones rusas "nuestra armada, nuestro comercio, nuestra agricultura están acabadas". Citado por Dukes (1971, p. 374). Cuando el sistema continental de Napoleón interfirió con las exportaciones rusas a Gran Bretaña, ésta descubrió sin embargo que todas esas importaciones eran en general remplazables o secundarias a excepción del cáñamo. Véase Anderson (1967, pp. 73-74).

[63] Véase Bessel (1982, pp. 207-208).

[64] Crosby (1965, p. 20-21)

[65] *Ibid.* (p. 16).

[66] Las restricciones del gobierno ruso sobre las importaciones de trigo estuvieron vigentes hasta la segunda mitad del siglo XVIII. Cuando Catalina II adquirió los puertos del Mar Negro, "las exportaciones centrales empezaron a aumentar" (Blum, 1961, p. 287). Después de la abolición de las leyes británicas sobre cereales en 1846 hubo otro importante avance.

[67] Regemorter (1971, p. 98).

[68] Véase Confino (1963, p. 22, nota 1).

después de lo cual los principales vendedores, la nobleza rusa, estaban tan comprometidos con la producción de trigo que tenían pocas alternativas.[69]

Es preciso señalar que los principales socios comerciales de Rusia en este periodo no eran solamente Inglaterra (y, a finales del siglo XVIII, Francia), sino dos zonas semiperiféricas, que lograron fortalecerse mediante la incorporación de Rusia: Escocia y Estados Unidos. En el caso de Escocia, el progreso económico "verdaderamente espectacular" de finales del siglo XVIII estuvo "particularmente" marcado por el incremento del comercio con Rusia, país que se convirtió en el "principal exportador continental" a Escocia en la última década del siglo XVIII.[70] En el caso de Estados Unidos, su economía "en una medida apreciable [...] prosperó porque tuvo acceso al inagotable trabajo y destreza primaria del mujic (campesino) ruso".[71]

Por lo que se refiere a África Occidental, aquí como en todas partes, su incorporación a la economía-mundo capitalista no fue algo que buscaran los incorporados. Como señala Walter Rodney, "históricamente, la iniciativa provino de Europa".[72] Es frecuente afirmar que el paso del comercio de esclavos al denominado comercio legítimo es lo que produjo esta incorporación, pero eso no es correcto. El impulso inicial tuvo su origen en la expansión del propio comercio de esclavos, con la cual la captura de esclavos, traspasó la barrera de proporcionar una exportación de lujo de "plusvalías" recolectadas para convertirse en una empresa auténticamente productiva que se incorporó a la división del trabajo vigente en la economía-mundo capitalista.[73] Puede considerarse que el paso se dio en el siglo XVIII, con el alza continua del precio de los esclavos,[74] que reflejaba

[69] Sobre la dependencia de la nobleza rusa respecto al comercio externo para mantener su estilo de vida, véase Crosby (1965, p. 36).

[70] Macmillan (1979, pp. 168-169). En un artículo anterior, Macmillan discute el uso en Escocia de "créditos a largo plazo a mercaderes y productores rusos" para estimular este comercio y concluye que su importancia para el crecimiento económico de Escocia es "innegable" (1970, pp. 431, 441).

[71] Crosby (1965, p. 24). Entre 1783 y 1807, el comercio de Norteamérica con Rusia se convirtió en "un negocio de no poca importancia". Los estadunidenses compraban sobre todo hierro y cáñamo, y "sus compras tuvieron cierto reflejo en los precios en San Petersburgo" (Rasch, 1965, p. 64).

[72] Rodney (1970, p. 199).

[73] Por ejemplo, Gemery y Hogendorn (1978, pp. 252-253) observan el cambio tecnológico en lo que denominan comercialización: reorientación y regularización de redes a larga distancia, establecimiento de campos de transferencia y depósitos, barcos nuevos, utilización doble de los esclavos como porteadores.

[74] Curtin habla del "pronunciado incremento del precio real de los esclavos

la combinación de la creciente demanda de esclavos, la creciente competencia entre los mercaderes de esclavos europeos y la creciente dificultad para aumentar la oferta al mismo ritmo,[75] fenómenos todos típicos de un periodo de expansión global de la economía-mundo. El punto culminante del comercio de esclavos parece haberse producido en la década previa a 1793,[76] en tanto que las guerras franco-británicas produjeron una decadencia en este tipo de comercio como en todos los demás comercios oceánicos y, posteriormente, el efecto combinado de la abolición y de la revolución haitiana impidió que las cifras volvieran a ser tan elevadas, aunque siguieron siendo significativas al menos hasta comienzos de la década de 1840.[77]

Una de las cuestiones más debatidas y peor planteadas, siempre presente en el estudio del comercio de esclavos durante este periodo, es la de la "rentabilidad" del tráfico de esclavos. Nos inclinaríamos a creer que cualquier tipo de comercio que floreciera durante un largo periodo tuvo que haber sido renta-

durante el siglo XVIII" (1975a, p. 165). La abolición del tráfico de esclavos a comienzos del siglo XIX al incrementar los costes del tráfico persistente, aumentó todavía más los precios. Véase Argyle sobre Dahomey después de que Ghezo accediera al poder en 1818: "Cierto número de barcos de esclavos seguía llegando hasta Whydah y pagaban precios muy altos por los esclavos, con lo que los ingresos derivados de este tráfico no eran mucho menores incluso aunque se exportaran menos esclavos" (1966, p. 42). Véase también Le Veen: "[El papel de la Armada británica] duplicó el que hubiera sido el precio de los esclavos recién importados a Brasil y a Cuba sin interferencia" (1974, p. 54). Por supuesto, cuando se acabó suprimiendo la demanda de esclavos "los precios de esclavos cayeron sustancialmente" (Manning, 1981, p. 501), pero esto quizás, ocurrió mucho después.

[75] Véase Martin (1972, p. 113). Sin duda hubo fluctuaciones anuales debidas en gran parte a "la incidencia de la guerra" (Lamb, 1976, p. 98).

[76] La Costa Loango tuvo su momento de auge entre 1763 y 1793. Véase Martin (1972, p. 86). Desde el punto de vista europeo, el tráfico de esclavos de Nantes fue "muy importante" en el periodo 1783-1792, "sobrepasando —con mucho— la gran explosión de prosperidad de 1748 a 1754" (Meyer, 1960, p. 122). Debido a la expansión del mercado mundial de azúcar, el gobierno francés de la segunda mitad del siglo XVIII ofrecía incentivos a los barcos negreros y pagos adicionales si esos barcos atracaban en las Indias Occidentales francesas. Véase Hopkins (1973, p. 91). Northup afirma que "hasta mediados del siglo XVIII el comercio de esclavos no adquirió una posición dominante en el comercio del golfo de Biafra" (1978, p. 50). Curtin (1969, p. 266) sitúa el punto álgido global del tráfico atlántico de esclavos en la década de 1790.

[77] Véase Eltis (1977), Manning (1979) y Northrup (1976). Y aunque quizá no alcance las cifras del periodo 1790-1800, Flint sostiene que, debido a la demanda de Brasil, Cuba y Estados Unidos, "el tráfico de esclavos en realidad aumentó [en África Occidental] desde 1807 hasta 1830, a pesar de la abolición británica y francesa" (1974, p. 392).

ble para alguien; de lo contrario, es difícil imaginar que los comerciantes privados, sin ninguna clase de obligación legal de dedicarse a ese tipo de comercio, hubieran seguido ejerciéndolo. Este debate se originó como ejercicio de descolonización cultural. Al enfrentar la imagen tradicional de los abolicionistas británicos como personas dotadas de grandes sentimientos humanitarios, que se encuentra de la forma más destacada en la obra clásica de Coupland (1964, aunque la primera edición es de 1933), Eric Williams (1944) intentó desprestigiar dicha imagen, de evidente autocomplacencia, señalando los motivos económicos subyacentes a la abolición del comercio esclavista. Su tesis era que, en gran parte como resultado de la guerra de Independencia de Estados Unidos y la Revolución industrial, las colonias azucareras británicas de las Indias Occidentales se hicieron "cada vez más irrelevantes para el capitalismo británico".[78] Esto permitió que los capitalistas británicos impusieran con éxito una triple reforma sucesiva: contra el comercio de esclavos en 1807, contra la esclavitud en 1833, y contra los aranceles del azúcar en 1846. "Los tres acontecimientos son inseparables."[79] La razón de estas acciones era que, con la pérdida de la competitividad y el "monopolio" británicos en las Indias Occidentales, el principal problema fue la "superproducción" de azúcar, y la solución eran esas tres medidas legislativas.[80]

De hecho, esta tesis manifiestamente central del libro de Williams, que ha sido sometida a un ataque técnico que dista de

[78] Williams (1944, p. 132). Véase, sin embargo, la crítica de Drescher, cuya línea argumental es que "el abolicionismo no llegó a rebufo de las tendencias hostiles a la esclavitud, sino frente a las tendencias propicias a ella" (1976a, p. 171). Asiegbu, por otro lado, sostiene que fue "la gran promesa de una enorme ventaja en mano de obra sobre los rivales [de Gran Bretaña] que la abolición internacional había ofrecido a los plantadores [lo que] explica en gran medida las actuaciones en las Indias Occidentales en 1807, cuando las colonias se sumaron a la madre patria al suscribir la ley de abolición" (1969, p. 38).

[79] Williams (1944, p. 136).

[80] Véase Williams (1944, pp. 154-168). Hancock los considera también relacionados pero en el error: "Sin embargo, la mano izquierda del idealismo británico era poco consciente de lo que hacía su mano derecha. La eliminación de los aranceles sobre el azúcar, que siguió a la abolición de la esclavitud, tuvo el efecto de exponer el azúcar de las Indias Occidentales a una competencia devastadora del azúcar cubano cultivado por esclavos. La demanda cubana de mano de obra africana aumentó los beneficios [¡esos beneficios, una vez más!] del tráfico ilegal de esclavos, causando una renovada exportación de alto nivel en África Occidental. No es de extrañar que el 'comercio legítimo' decayera" (1942, p. 160).

ser devastador,[81] no es en absoluto lo que levantó las pasiones. La tesis más fundamental es que el comercio de esclavos, sumado al trabajo esclavo en las plantaciones de azúcar, fue una de las fuentes principales de acumulación de capital para la denominada Revolución industrial de Gran Bretaña. Ésta es, naturalmente, una primera versión de la tesis de la dependencia, sostenida con más osadía que solidez. Los contracálculos de Anstey le llevaron a concluir que la contribución del comercio de esclavos a la acumulación británica de capital fue "ridícula".[82] Thomas y Bean van más allá al sostener que, teóricamente, dado el mercado perfectamente competitivo del comercio de esclavos, los mercaderes de esclavos eran "pescadores de hombres". Al igual que en la pesca, en el mercado de esclavos los beneficios eran necesariamente demasiado bajos, los precios de los esclavos demasiado bajos también y, en consecuencia, el precio de las mercancías de plantación demasiado bajo. Los únicos beneficiarios de esta empresa, en apariencia económicamente absurda, eran "los consumidores de tabaco, azúcar, índigo, arroz, algodón, etcétera".[83]

Este ingenioso argumento tiene sólo tres defectos: el comercio de esclavos distaba de ser perfectamente competitivo, como veremos más adelante; los principales "consumidores" de las materias primas eran los fabricantes europeos (por lo que, lejos de debilitar, se refuerza la tesis de Williams); y el comercio de esclavos fue lo suficientemente atractivo en la segunda mitad del siglo XVIII como para *alejar* a los inversionistas de la producción textil.[84]

81 El ataque más directo de Anstey a Williams concluye de manera más prudente de lo que cabría esperar: "Y sin embargo el argumento económico —que, referido a 1833 puede resultar persuasivo, mientras que referido a 1807 es demostrablemente vulnerable— sigue sin estar demostrado" (1968, p. 316).

82 Anstey (1974, p. 24). Véase Robinson que critica a Anstey por restringir su análisis a los beneficios de aquellos que "de forma bastante literal, manipulaban a los esclavos [...] [Anstey no parece] entender que podían obtenerse beneficios de la especulación con las mercancías, la circulación del dinero, multiplicadores de la expansión del crédito y de los proyectos de utilización de la esclavitud y de cualquier clase de forma de capital (por ejemplo, los seguros)" (1987, pp. 134-135).

83 Thomas y Bean (1974, p. 912). El artículo de estos autores dio lugar a una serie de respuestas polémicas: Inikori (1981), Anderson y Richardson (1983), Inikori (1983), Anderson y Richardson (1985) e Inikori (1985).

84 Véase Boulle: "Puede ser que la decadencia de la producción textil en Ruán entre 1763 y 1783, con la excepción de las *indiennes* [que se exportaban a África Occidental a cambio de los esclavos] no era tanto el resultado de bancarrotas como de la transferencia deliberada de capital desde un sector en decadencia a otro más prometedor. En este caso puede decirse que el tráfico de es-

La objeción principal, sin embargo, es la irrelevancia del porcentaje exacto. Como estamos intentando demostrar, los últimos años del siglo XVIII fueron un periodo de expansión global de la economía-mundo capitalista. Cada producto de una zona dada sólo podía constituir un pequeño porcentaje del total, éste era considerablemente rentable, y de hecho condujo a una notable acumulación de capital que acabó concentrándose, por razones que ya hemos discutido, más en Gran Bretaña que en Francia o en otras partes de Europa Occidental. No hay ninguna necesidad de sostener que los beneficios del comercio de esclavos eran excepcionalmente grandes[85] para concluir que constituyeron un elemento central del cuadro y que supusieron la contribución, por llamarla así, de África Occidental a la acumulación global de este periodo.[86]

clavos permitió a Ruán y a su región dar un paso más en la dirección de la revolución industrial" (1975, pp. 320-321). Viles señala que "el tráfico de esclavos [...] se consideraba [en Francia] una variante más rentable del comercio con las Indias Occidentales" (1972, p. 534).

[85] Boulle señala que los elevados beneficios por cada viaje con éxito deben contrapesarse teniendo en cuenta el largo tiempo que se tardaba en realizarlos, haciendo que no fueran "tan acusadamente diferentes de los que se obtenían de inversiones no marítimas como parece en un primer momento" (1972, p. 83). Véase también Richardson quien afirma que después de los ajustes adecuados, la tasa de retorno, "aunque no espectacular [...] era [...] sólida y en apariencia razonable" (1975, p. 305).

En todo caso, como afirma Darity: "No se trata de que la rentabilidad o los beneficios del tráfico de esclavos sean esenciales en la teoría de William, sino de que las colonias americanas no hubieran podido desarrollarse sin la esclavitud" (1985, p. 703).

[86] Los términos de este argumento se han expuesto con claridad en el coloquio entre Sheridan y Thomas. El primero sostiene: "En lugar de ser piedras de molino en el cuello de la madre patria, las colonias de las Indias Occidentales se convirtieron en un elemento esencial de la economía británica en el siglo XVIII [...] [las colonias] hicieron una aportación nada desdeñable al desarrollo de la economía metropolitana" (1965, p. 311).

Thomas replica: "La contribución de una colonia [...] al desarrollo económico de la economía global es precisamente la diferencia (positiva o negativa) generada por los recusos empleados allí en comparación con la que hubieran generado en la siguiente mejor alternativa disponible [...] [puede] ser un tremendo despilfarro de recursos" (1968b, p. 31).

La contrarréplica de Sheridan es que "Thomas, de hecho, especula con lo hubiera ocurido en el caso de que hubiera ocurrido algo que no hubiera podido ocurrir" (1968, p. 60). A lo que Thomas contesta insistiendo en que, a no ser que Sheridan "pueda demostrar que los beneficios totales para Gran Bretaña excedieron sus costes para cubrir de forma suficiente la tasa de rembolso que el capital invertido en las Indias Occidentales hubiera podido generar en la siguiente mejor alternativa disponible, no ha conseguido resolver el problema que se planteaba al principio" (1968b, p. 47).

El hecho de que los británicos tuvieran motivos económicos para la abolición del comercio de esclavos puede contemplarse con menos apasionamiento si se consideran los debates daneses y franceses. Los primeros efectivamente, se anticiparon a los británicos (y de forma deliberada). El ministro de finanzas danés de la época nombró un comité consultivo en 1791, cuyo principal hallazgo, que le condujo a proponer el edicto de abolición, fue que su población de esclavos en las Indias Occidentales se podía sostener por sí misma sin un abastecimiento adicional después de un periodo de transición y luego de la introducción de ciertas mejoras sociales.[87] En el caso de Francia, el comercio de esclavos había sido abolido durante la revolución,[88] restablecido posteriormente y más tarde prohibido en los tratados de Viena en 1815. La resistencia de facto fue, sin embargo, enorme.[89] Y por una sencilla razón: Los franceses interpretaron esta imposición como "la invención maquiavélica de Inglaterra, que desea arruinar nuestras colonias privándolas de la mano de obra servil indispensable para su prosperidad".[90] Así, el análisis de la época se anticipó 125 años al de Williams.

¿Por qué utilizar como unidad de valoración "los beneficios totales de Gran Bretaña"? Los empresarios operaban en su propio interés y, al parecer, eran racionales. El gobierno británico podía tener en la práctica muchos objetivos distintos a los de optimizar los beneficios totales de Gran Bretaña. Al final, en toda esta historia contrafáctica deberíamos preguntarnos por qué no se adoptó de hecho "la siguiente mejor alternativa".

[87] Véase Green-Pedersen (1979, p. 418).

[88] Respecto a la resistencia de la Asamblea Constituyente a votar la abolición, véase Quinney (1972) sobre el papel pro-plantadores del *Comité des Colonies* y Resnick (1972, p. 561), quien muestra que, incluso para la *Société des Amis des Noirs*, "la esclavitud no dejaba de ser [...] una preocupación secundaria". Véase también Dubois y Terrier (1902, p. 29). En 1789, incluso la preocupación secundaria de la *Société des Amis des Noirs* respecto a la abolición condujo a que fuera acusada de ser el "instrumento de una potencia extranjera" (es decir, Inglaterra) que trataba de "envenenar" el sustento del imperio francés. Citado por Vignols (1928a, p. 6).

[89] "El desmoronamiento del sistema colonial francés no tanto acabó como modificó el tráfico de esclavos francés. Desde el punto de vista técnico, el tráfico fue ilegalizado en 1814-1815, pero en realidad prosiguió hasta la segunda mitad del siglo XIX" (Stein, 1979, p. 198). Véase también Daget (1975, pp. 131-132).

[90] Debbasch (1961, pp. 315-316). "La abolición había sido impuesta [por el vencedor] al vencido" (Daget, 1971, p. 57). En 1838, Chateaubriand, refiriéndose al Congreso de Verona de 1822, escribió que "todos estos tories se han opuesto durante 30 años a la propuesta de Wilberforce, [pero de pronto] se han convertido en defensores apasionados de la libertad de los negros. El secreto de estas contradicciones estriba en los intereses privados y en el genio comercial de Inglaterra." Citado por Escoffier (1907, pp. 53-54).

Es cierto, no obstante, que la abolición del comercio de esclavos tuvo finalmente su consecuencia. La exportación de esclavos entró en decadencia para ser sustituida por la de materias primas. El cambio se produjo en gran parte durante el periodo de 1800 a 1850, si bien ambos comercios de exportación no eran antitéticos per se. Como nos recuerda Rodney, "los esclavos nunca fueron la exportación exclusiva de África Occidental".[91] Lo que cambió en este periodo es que, por primera vez, las exportaciones dejaron de ser artículos "recolectados" (como el marfil, el oro, el caucho, las maderas para la extracción de tintes y, por supuesto, los esclavos), para convertirse en productos agrícolas que constituían artículos "vulgares, de bajo valor a granel" como el aceite de palma y los cacahuates.[92] Si el valor total de estas exportaciones seguía siendo bajo (el periodo posterior a 1817 en la economía-mundo fue deflacionario), las cantidades eran más impresionantes; en efecto, el incremento en volumen fue "sorprendente", multiplicándose "por seis o siete".[93]

Básicamente, la pauta de las exportaciones de África Occidental a la economía-mundo europea durante el periodo de incorporación atravesó tres fases: 1] incremento y concentración sostenidos de las exportaciones de esclavos, en términos absolutos y probablemente relativos, desde más o menos 1750 (y especialmente) hasta 1793; 2] mantenimiento de un comercio de esclavos significativo junto con un continuo incremento del denominado comercio legítimo, desde la década de 1790 hasta la de 1840; y 3] eliminación del comercio de esclavos del Atlántico y expansión continua de las exportaciones de productos primarios (en particular, aceite de palma y cacahuates) desde la década de 1840 hasta el comienzo de la época colonial a plena escala en el decenio de 1880-1890.

Es importante no perder de vista que, aunque la captura de esclavos y la producción de cosechas comerciales son ciertamente incompatibles a largo plazo, puesto que la combinación

[91] Rodney (1970, p. 152).

[92] Munro (1976, p. 48). Véase también Coquery-Vidrovitch y Moniot (1974, pp. 297-298).

[93] Newbury (1971, p. 92). Véase además estos otros comentarios suyos: "La característica más destacada del comercio en África Occidental a principios del siglo XIX es el aumento de las importaciones y exportaciones a granel desde un punto de partida relativamente bajo. Las valoraciones 'oficiales' de las estadísticas británicas y francesas del comercio con África antes de la década de 1850 tienen que ignorarse, pues son subvaloraciones; las cantidades de exportaciones manufacturadas proporcionan una guía más fiable" (1972, p. 82).

de ambas tiende a crear un conflicto sobre el uso de la mano de obra que es irresoluble a largo plazo, lo dicho no se aplica al corto plazo. Ambas exportaciones pudieron florecer simultáneamente, y así lo hicieron durante unos 30 o 40 años. En efecto, como sostiene Northrup, precisamente uno de los factores que explica la rapidez del desarrollo de la producción de aceite de palma —considerando, por supuesto, la indispensable (y novedosa) demanda europea de grasas y aceites para la lubricación industrial, la higiene personal y la iluminación mediante bujías— fue el previo y masivo crecimiento del comercio de esclavos que había estimulado la demanda africana de productos extranjeros, había ampliado la red de comunidades comerciales y (algo que frecuentemente se pasa por alto) había ampliado "la infraestructura económica de mercados, carreteras y monedas".[94] Además, los esclavos podían utilizarse directamente en la producción de artículos "legítimos": en primer lugar, como porteadores en ambas direcciones[95] y, en segundo, como trabajadores en las plantaciones (de la forma más notable en Dahomey entre 1830 y 1870.[96] Ambos usos sirvieron para reducir los costes de producción.[97]

Aun así, el aceite de palma empezó a desplazar a la captura de esclavos como la principal empresa productiva. Su expansión se inició en la década de 1770 en la región del delta del Níger.[98] En 1830-1840 existía ya un tráfico en continuo creci-

[94] Northrup (1976, p. 361). Véase también Manning: "El tráfico de esclavos restringió el sistema de intercambio de mercancías debido a la guerra y a la exportación de esclavos; por otro lado, expandió el sistema de intercambio de mercancías mediante la circulación de manufacturas importadas y dinero importado" (1982, p. 12). Latham, sin embargo, basa su defensa de la compatibilidad de la exportación de esclavos y la producción de aceite de palma en que este último requería escaso trabajo y, por consiguiente, sólo "un pequeño desplazamiento de las preferencias de ocio" (1978, p. 218).

[95] Véase Adamu (1979, p. 180 y Martin (1972, p. 118).

[96] Véase Manning (1982, p. 13). Véase Reynolds (1973, p. 311) sobre el uso del trabajo esclavo en las plantaciones danesas de la Costa de Oro a principios del siglo XIX.

[97] Manning sostiene que "las economías logradas [en las plantaciones] tal vez tuvieron más que ver con hacer trabajar largas horas a los esclavos que con algún incremento de la eficiencia técnica" (1982, p. 54). ¡No importa! Las economías no dejan de ser economías.

[98] Véase Northrup (1978, p. 182). Esto era en realidad, lo que algunos se habían temido. En 1752, el Consejo de Comercio [Board of Trade] negó el permiso a la Compañía Mercantil de África para iniciar el cultivo de azúcar en África, afirmando: "Nadie puede decir dónde podría acabar esto. Los africanos que ahora se sostienen mediante la guerra podrían convertirse en plantadores." Citado por Rawley (1981, p. 424). El Consejo de Comercio consideraba que sería

miento a lo largo de la costa, "a pesar de las fluctuaciones de los precios".[99] Por supuesto, la mejora general de los precios en el mercado europeo después de la década de 1840 le dio un nuevo incentivo económico.[100]

En un primer momento, los franceses fueron culturalmente reacios a los productos de aceite de palma, a diferencia de los británicos, alemanes y estadunidenses, pero esto acabó en 1852, con el descubrimiento de un método químico para blanquear el jabón amarillo.[101] En efecto, el origen del comercio de cacahuates se encuentra precisamente en la resistencia que el consumidor francés opuso al jabón amarillo. En la primera mitad del siglo XIX los jaboneros marselleses habían descubierto que la combinación de aceite de cacahuate y aceite de oliva producía un jabón azul mármol.[102] El comercio de cacahuates comenzó en la década de 1830-1840 y confirmó la decisión de Francia de permanecer en Senegal a pesar del fin del comercio de esclavos, lo que constituyó la "base económica de ulterior participación", en coincidencia con varias presiones internas en Francia en favor de una política colonial "más activa".[103]

No se ha prestado una atención suficiente al nexo entre la producción de cultivos comerciales y la expansión de la producción de alimentos orientada al mercado, especialmente en lo que afecta al proceso que hemos venido denominando "incorporación". Aun así, parece que hay indicios de su existencia en los casos de India y África Occidental. Habib considera que la diferencia crítica, en lo que se refiere a la producción agrícola, entre la India mogol y la India británica no tenía tanto que

más difícil controlar las plantaciones de azúcar en África Occidental que en las Indias Occidentales porque en África Occidental los ingleses "sólo tenían en arriendo el suelo que poseían bajo la buena voluntad de los nativos".

[99] Metcalfe (1962, p. 116), que se refiere en específico a la costa del Cabo y áreas adyacentes.

[100] Véase Newbury (1961, p. 43). Inglaterra ya había reducido los elevados aranceles previos en 1817.

[101] Véase Schnapper (1961, pp. 118-128). Sobre los anteriores y fracasados esfuerzos del ministro de las colonias francés a finales de la década de 1820 para estimular la producción de cultivos de plantación, véase Hardy (1921, pp. 215-216, 231-249). En el ínterin, los franceses siguieron haciendo dinero del comercio del caucho, utilizando esclavos para recolectar el caucho. Véanse Charles (1977, p. 29) y Hardy (1921, pp. 353-354).

[102] Martin A. Klein (1968, pp. 36-37).

[103] Klein (1972, p. 424). Klein data el inicio de la producción de cacachuates en 1833 en Gambia (británica) y 1841 en Senegal (francés). Brooks (1975, p. 32) afirma que los cacahuates se comercializaron por primera vez en Gambia en 1829 o 1830.

ver con la "producción para mercados distantes" como con la "considerable concentración geográfica de cultivos determinados en ciertas zonas", lo que permitía que el suelo fuera destinado a los fines para los que era "más adecuado".[104] La autosuficiencia de la región estaba dejando paso a la autosuficiencia de la economía-mundo. Gough analiza la forma como, en Madrás, durante la primera mitad del siglo XIX, junto a las áreas de plantación (de algodón, índigo, pimienta, tabaco), algunas áreas empezaron a especializarse en cereales para el mercado regional,[105] mientras que otras empezaron a exportar trabajadores coloniales, al principio sólo al sur de la India, pero más tarde a Ceilán, Burma, Malasia, Mauricio y, finalmente, a las Indias Occidentales.[106] Y Bayly hace la importante observación de que surgió una nueva expansión de "frágiles" economías urbanas en áreas de plantaciones de índigo y algodón como resultado del establecimiento de "cadenas de intermediarios dependientes de un grupo reducido de cultivos comerciales".[107]

En lo que se refiere a África Occidental, Rodney nos recuerda que el "avituallamiento" de los barcos de esclavos no ha recibido un "tratatamiento serio".[108] Pero está claro que requirió una ingente cantidad de alimento y que se empleó a numerosos esclavos en la producción local de alimentos para abastecer al resto de los esclavos enviados a América. Latham, por ejemplo, observa que existió un gran asentamiento de esclavos al este de Calabar entre 1805 y 1846 que, sin embargo, no eran empleados en la producción de aceite de palma. Latham especula con la posibilidad de que probablemente fueran utilizados "para cultivar alimentos para Calabar".[109] Finalmente, Newbury ob-

[104] Habib (1963, pp. 56, 75).

[105] Gough (1978, p. 32).

[106] *Ibid.* (p. 35).

[107] Bayly (1975, p. 499).

[108] Rodney (1968, p. 282). Véase también Johnson (1976, p. 26). Northrup afirma: "A principios del siglo XIX, se afirmaba que el cultivo de cosechas (alimenticias) había cesado en Bonny" (1978, p. 89). Esto se debió a su plena integración en el tráfico de esclavos. Obviamente, éstos debían adquirir víveres en alguna parte. El propio Northrup alude a la producción de alimentos basada en trabajo esclavo para las áreas de producción de aceite de palma (p. 220).

[109] Latham (1973, p. 92). Véase también Dike (1956, p. 156). Otro uso de la especialización en cultivos comerciales de plantación era político. Latham sostiene que los traficantes efix de aceite de palma "invirtieron los beneficios de este nuevo comercio [de aceite de palma] en esclavos, que establecieron en las áreas agrícolas recién descubiertas, para que actuaran como servidores autosuficientes, esenciales para la seguridad de su señor en la política interregional" (p. 146).

serva el estrecho vínculo de los "centros de embarque" con el desarrollo de los mercados locales de alimentación dada la considerable migración a estos lugares de las redes comerciales.[110]

La segunda parte de la reconstrucción del modelo de exportación-importación que impuso la incorporación fue la decadencia del sector manufacturero en las zonas que eran incorporadas. Este tema se ha relacionado durante tanto tiempo con la experiencia del subcontinente indio que puede ser ilustrativo entender que esto no era, en modo alguno, algo peculiar de la India. No obstante, comencemos con el caso indio. Es claro que, antes de 1800, el subcontinente indio era, según los estándares mundiales, un centro de producción textil de primera magnitud. En efecto, Chaudhuri sostiene que "probablemente era el mayor productor mundial de tejidos de algodón".[111] La decadencia fue súbita. Aunque los años primeros de las guerras napoleónicas contemplaron un breve auge de las exportaciones, los acuerdos de Berlín, sumados a la competencia inglesa, supusieron "el final de la exportación de artículos de Surat a Londres".[112] Por lo que respecta a los artículos de algodón de Bengala, "prácticamente desaparecieron" de la lista de exportaciones de la Compañía de las Indias Orientales alrededor de 1820 y, poco después, también de la de los exportadores priva-

[110] Newbury (1971, p. 96).

[111] Chaudhuri (1974, p. 127). Morris considera que no lo era tanto como parece: "Está muy extendida la idea de que la India fue una gran nación manufacturera preindustrial. Es mucho más probable que en el siglo XVIII la India hubiera adquirido una tecnología equivalente a los niveles productivos de finales de la Europa medieval [...] Aunque la India producía tejidos de calidad y unos pocos ejemplos de notable artesania, no debemos confundir la destreza manual con la productividad ni asumir que la destreza implicaba la presencia de sofisticadas herramientas y técnicas de manufacturación. De hecho, lo cierto es lo contrario" (1968, pp. 5-6).

Raychaudhuri responde a Morris: "Semejante punto de vista no hace justicia al hecho de que la India era *el* principal productor de tejidos —no sólo vestidos de calidad, sino ropa de uso cotidiano para las masas— de todo el sudeste asiático, Irán, los países árabes y África Oriental [Además,] excluyendo un insignificante porcentaje de artículos de lujo, [...] la India *no* importaba productos de metal manufacturados antes del siglo XIX" (1968, p. 85). No obstante, Raychaudhuri sí admite que, "En sorprendente contraste con la preeminencia de India como exportador de productos manufacturados, su tecnología era en verdad arcaica en comparación con otras civilizaciones avanzadas del periodo, en particular Europa y China." (1982a, p. 291.) Y añade: "Un nivel de habilidad manual que rayaba en lo fantástico servía como sustituto de técnicas e instrumentos sofisticados" (p. 294).

[112] Nightingale (1970, p. 233).

dos.[113] Durante algún tiempo subsistió (o se inició) un comercio de exportación de tejidos a China, pero éste también desapareció, de manera que las estadísticas muestran un descenso sostenido, con una disminución del 50% del valor de la exportación de artículos de algodón entre 1828, y 1840, a partir de una base ya muy reducida.[114] Además, observando la brusca decadencia de la producción de Bihar en el siglo XIX, un área que nunca exportó a Europa, también podemos ver el impacto en el mercado "interno".[115]

Una de las explicaciones es, simplemente, la nueva ventaja tecnológica y competitiva de Gran Bretaña. Smelser atribuye al telar automático el crédito de la "conquista definitiva" de Gran Bretaña sobre el mercado indio.[116] Si esto es así, uno se pregunta porqué los británicos tuvieron que recurrir a medidas políticas para garantizar su supremacía en el mercado. En 1830, Charles Marjoribanks testificó lo siguiente ante el parlamento:

> Hemos excluido las manufacturas indias de Inglaterra mediante elevados y prohibitivos aranceles, y fomentado la introducción de nuestras propias manufacturas en la India. Mediante nuestra política egoísta (utilizo la palabra con envidia) hemos derrotado a los fabricantes nativos de Dacca y otros lugares e inundado su país con nuestros artículos.[117]

También explicaba por qué el comercio con China tenía el mismo éxito: "no poseemos el mismo poder sobre el imperio chino que sobre el indio". En 1848, como comisionado parlamentario, defendió la no "necesidad" de las importaciones indias de

[113] Sinha (1970, p. 4). El valor de exportación pasó de 61 rupias de *lakh* en 1792-1793 a 14 *lakh* en 1819 y a 3 *lakh* en 1823 (p. 3).

[114] Chaudhuri (1968, p. 34). Al mismo tiempo las importaciones de hilo de algodón aumentaron en un 80% y las de tejidos de algodón en un 55 por ciento.

[115] Véase Bagchi (1976a, pp. 139-141).

[116] Smelser (1959, p. 127, nota 5). Véase sin embargo Mann: "El telar automático se recibió como una máquina casi perfecta pero no se extendió con rapidez. En 1839 los beneficios no habían excedido las 7 000 libras" (1958, p. 290).

[117] Citado en Sinha (1970, p. 11). Los puntos de vista del propio Sinha son que los aranceles de los artículos de algodón exportados a la "Europa extranjera" así como a Estados Unidos, sumados a los aranceles internos, "quizá contribuyeron acabar con la industria algodonera india con mayor rapidez y eficacia de lo que lo hubiera hecho sólo la competencia de los artículos baratos de algodón británicos" (p. 7).

Obsérvese también, en relación con la manufactura de seda, que cuando la prohibición de las exportaciones indias a Francia se suspendió brevemente en la década de 1830, las exportaciones británicas a Francia casi desaparecieron, en tanto que las indias se incrementaron de manera espectacular. Véase el cuadro de la p. 12.

textiles, justificando así, la eliminación de los aranceles sobre la importación de azúcar a Gran Bretaña en los siguientes términos: "Si se quita el mercado de azúcar a la India, en la misma proporción o en proporción aún mayor, se destruye el mercado para los artículos manufacturados de Inglaterra."[118] En todo caso, es difícil negar la tesis de la desindustrialización deliberada de la India cuando el propio presidente de la asociación británica de India Oriental y China se jactaba de ella en esa época. En 1840, George G. de H. Lampert testificó que:

Esta compañía, animada y auxiliada por nuestro gran ingenio y destreza fabril, ha conseguido transformar a la India de un país fabril en un país exportador de materias primas.[119]

El imperio otomano no se convirtió en colonia británica durante este periodo, como ocurrió con el subcontinente indio, pero la historia es notablemente paralela y su desarrollo cronológico incluso anterior. En la primera mitad del siglo XVIII, el imperio otomano seguía exportando tejido de seda e hilo de algodón a Europa. En 1761, Francia impuso elevados aranceles protectores sobre las importaciones de hilo de algodón del imperio otomano, y estos aranceles, sumados a la máquina de hilar inglesa, clausuraron el mercado de Europa Occidental.[120] Genç sitúa el punto álgido del sector industrial entre 1780 y 1880, y afirma que, después de ese lapso, los caminos hasta entonces paralelos de la producción textil europea y otomana empezaron a diverger, y la industria otomana inició su decadencia, no sólo en lo que a las exportaciones se refiere sino incluso con relación a "los niveles de producción que había alcanzado en su propio pasado".[121] A pesar de toda una serie de contramedidas políticas y económicas propuestas por la Sublime Puerta, empezando con las medidas de Selim III en 1793-1794,[122] en 1856 un autor inglés habla de que la industria manufacturera había

[118] British Parliamentary Acts [Actas del Parlamento Británico] (BPP), informes de los comités (1848b, p. 10).

[119] *Ibid.* (1840b, p. 24).

[120] Issawi (1966, p. 41).

[121] Genç (1976, pp. 260-261). Issawi (1966, p. 49) data el punto de cambio en torno a los años 1815-1820. Köymen (1971, p. 52) afirma que la crisis se inició en 1825.

[122] Éstas se enumeran en Clark (1974), que no ofrece una buena explicación del colapso final en la década de 1850. Observa de pasada que con la Convención Comercial Anglo-Turca de Balta Limann en 1838, al gobierno otomano se le impuso la retirada de todo el control sobre importaciones y exportaciones.

"declinado considerablemente" en Turquía, afirmando que Turquía ahora exportaba materias primas que posteriormente volvían allá como manufacturas.[123] En 1862, otro autor británico comentaba en un tono aún más definitivo: "Turquía ha dejado de ser un país manufacturero".[124]

La historia es idéntica si trasladamos nuestro punto de vista del núcleo anatolio a las zonas periféricas de Egipto y Siria. El intento de Mohammed Ali de crear una "industrialización forzada" en Egipto fracasó.[125] Y el hecho de que las provisiones de la Convención Comercial Anglo-Turca le fueran impuestas en 1841 y de que esto "trajera el abandono y la ruina a sus fábricas en el Nilo",[126] no es la menos importante de las razones de ese fracaso. En lo que se refiere a Siria, en la década de 1820 se inició una "decadencia catastrófica" de sus manufacturas,[127] y ya en la década de 1840 el proceso se había completado en Aleppo y Damasco.[128]

¿Estaba Rusia en mejores condiciones de resistir estos embates? Sólo un poco. La primera mitad del siglo XVIII había sido de auge para la industria rusa. La industria metalúrgica de los Urales tuvo un periodo de rápida expansión a partir de 1716.[129] Bajo la zarina Isabel, y especialmente desde 1745 hasta 1762, hubo una "*segunda* expansión de la industrialización" que alcanzó una "edad de oro" bajo Catalina II,[130] momento en el que las exportaciones a Inglaterra crecieron "drásticamente".[131] No es sorprendente que el historiador ruso Tarle sostuviera en su libro de texto de 1910 que en el siglo XVIII "el retraso de Rusia no parece muy grande si se sitúa en el contexto europeo general".[132]

[123] M. A. Ubicini, en el libro *Letters on Turkey* (Londres: 1856, vol. II), reimpreso en Issawi (1966, p. 43). Ubicini no habla sólo de artículos de algodón, sino también de acero y armas, así como de seda, hilo de oro, cuero de tinte, cerámica, productos de guarnicionería y todo tipo de tejidos.

[124] Farley (1862, p. 60).

[125] Issawi (1961, p. 6).

[126] Clark (1974, p. 72).

[127] Smilianskaya en Issawi (1966, p. 238). Véase también Chevallier (1968, p. 209).

[128] Polk (1963, p. 215).

[129] Véase Koutaissoff (1951, p. 213), véase también Goldman (1956, p. 20).

[130] Coquin (1978, pp. 43, 48).

[131] Portal (1950, p. 307). La guerra de Independencia de Estados Unidos sumada a las guerras revolucionarias napoleónicas, tuvieron cierta influencia en esto. Portal observa que "la producción metalúrgica rusa, en su gran fase de expansión después de 1750, estaba [...] en gran parte orientada a la exportación" (p. 373).

[132] Citado en Dukes (1971, p. 375).

Sin embargo, después de 1805, Rusia comenzó a retrasarse respecto a Gran Bretaña en la producción de hierro fundido, y cuando la fundición de coque se convirtió en la tecnología dominante, la producción de Rusia estaba en desventaja.[133] Además, bajo Nicolás I (1825-1855) los funcionarios de mayor rango se hicieron "fríos" o incluso "hostiles" respecto al crecimiento industrial, temiendo disturbios sociales. Aun así, a pesar de la drástica decandencia de las exportaciones de la principal industria, el hierro en lingotes, los rusos lograron mantener un mercado interno para sus tejidos mediante la combinación, después de la década de 1830, de una elevada protección arancelaria y cierta importación tecnológica. También consiguieron establecer una industria de refinamiento del azúcar de remolacha.[134] Esta capacidad limitada para resistir la desindustrialización total, en la que conservar la relativa fortaleza del ejército ruso no fue un insignificante factor coadyuvante, explica en parte su capacidad para desempeñar un papel en la economía-mundo a principios del siglo XX distinto al de India o Turquía.

Finalmente, no es frecuente pensar que África Occidental haya tenido industria. Y, efectivamente, ya en el siglo XVIII había importaciones textiles hacia África Occidental.[135] Sin embargo, tampoco en este caso se debería exagerar. Antes de 1750, como observa Rodney, el algodón local de la costa de Guinea "resistía la competencia" de las manufacturas inglesas.[136] Y Northrup, refiriéndose al delta del Níger en el siglo XVIII, observa que importaciones tales como las de pletinas de hierro seguían requiriendo un procesamiento significativo "y tenían así un efecto multiplicador en la economía interna".[137] No es hasta después de las guerras napoleónicas y el abandono del comercio de esclavos por parte de los navíos británicos después de

[133] Véase Baykov (1974, pp. 9-13).

[134] Véase Falkus (1972, pp. 36-39). El primer auge del refinado de azúcar comienza en los años de 1820 a 1830.

[135] De hecho, los tejidos indios llegaban allí por los mercaderes europeos ya a comienzos del siglo XVII. Véase Furber (1965, p. 12). Boulle (1975, p. 325) sostiene incluso que el mercado de África Occidental era "de gran importancia" *(de taille)* en lo tocante a las exportaciones inglesas y francesas a mediados del siglo XVIII. En la década de 1760, por ejemplo, de todos los tejidos ingleses exportados, el 43% tuvo como destino África, y sólo el 39% América. Metcalf observa que los productos textiles eran una importación más atractiva que las armas de fuego, y que esos tejidos se comercializaban como artículo de "consumo de masas y no como producto de lujo para las élites" (1987, p. 385).

[136] Rodney (1970, p. 182).

[137] Northrup (1978, p. 149).

1807, cuando "cambian la naturaleza y la calidad de las importaciones".[138] Esto se refiere no sólo a los productos textiles, sino también a los de hierro. Las forjas y fundiciones de hierro quedaron "arruinadas" por las importaciones europeas a bajo precio a principios del siglo XIX.[139]

La producción primaria a gran escala orientada a la exportación, es eficiente, como ya hemos explicado, si responde al mercado, y eso sólo puede ocurrir realmente cuando las corporaciones que toman las decisiones efectivas son lo suficientemente grandes como para que un cambio en sus decisiones de producción y comercialización pueda afectar de verdad su propia fortuna. El interés propio del actor económico insignificante no es necesariamente el de "ajustarse" al mercado o, en todo caso, lo es mucho menos que en lo que respecta al actor a gran escala.

Existen dos lugares principales en los que se pueden crear grandes nódulos de corporaciones de toma de decisión. La producción primaria se puede agrupar en grandes unidades, lo que podríamos llamar la solución de la "plantación", o se pueden crear grandes nódulos en una fase posterior a la de las zonas de producción inicial en la cadena de comercialización. Por ejemplo, algunos grandes "intermediarios" (lo que los franceses denominaban *négociants* en contraposición a los *traitants* o *commerçants*) pueden establecerse en los cuellos de botella de los flujos comerciales. No es suficiente, pues, crear una situación cuasimonopolística u oligopolística de la comercialización. Para este (llamémosle así) comerciante a gran escala (o comerciante-banquero) es también importante hacer que parte de la masa de pequeños productores dependa de él. La forma más simple y quizá más eficaz de conseguirlo es la servidumbre por deudas. De este modo, cuando el comerciante a gran escala quiere "ajustarse" al mercado mundial, puede modificar rápidamente las pautas de producción de la forma que considere rentable.[140] La creación de estas unidades económicas a gran escala (sean plantaciones o cuellos de botella comerciales a gran escala) es una característica básica de la incorporación.

[138] Northrup (1978, p. 175). Véase también Johnson (1978, p. 263). Curtin (1975a, p. 326) da una fecha un poco posterior para Senegambia, en torno a la década de 1830.

[139] Flint (1974, p. 387).

[140] La "contratación por adelantado" también minimiza la capacidad del productor directo de controlar los precios y permite al gran mercader estabilizar su mercado de abastecimiento (Chaudhuri, 1978, p. 143).

En este periodo, las exportaciones indias se centraron en tres cultivos principales: índigo, algodón, seda y opio. De los cuatro, el índigo era el más orientado a la plantación. En el último cuarto del siglo XVIII, en respuesta a la falta de oferta en el hemisferio occidental, cierto número de comerciantes privados ingleses establecieron plantaciones.[141] Además, otorgaron anticipos a productores a pequeña escala. Se exigió pronto el pago del anticipo "al primer signo de recesión", lo que trajo consigo el embargo de tierras, y concentró aún más la propiedad de la tierra.[142] El sistema de producción industrial doméstica,[143] que fue crucial en este proceso, no se empezó a utilizar en la producción de índigo hasta este periodo.[144] En todo —producción directa o sistema de anticipos a pequeños productores— los plantadores de índigo conservaron en sus manos las decisiones básicas sobre la producción utilizando la "opresión en pequeña escala" o la "servidumbre por deudas" para conseguir sus objetivos.[145]

De modo similar, en la producción de algodón en bruto, a medida que se orientó más a la exportación, se fue produciendo un "poder cada vez mayor del capital usurero y comercial sobre la producción" conforme "las cargas reales de la renta y el interés se hicieron [...] más pesadas".[146] En el caso del opio, el hecho de que se tratara de un monopolio comercial del Estado (a través de la Compañía de las Indias Orientales) sirvió a los mismos propósitos de control de la cantidad y calidad de la producción, del establecimiento de precios y, de hecho, del control de la competencia internacional en el mercado chino.[147] En 1848, F. W. Prideaux testificó ante un comité restrin-

[141] Véase Fuber (1951, pp. 290-291).

[142] Siddiqi (1973, p. 151).

[143] Chaudhuri dice que este concepto "europeo" "oculta tanto como revela" (1974, p. 259). Quizá sea así. Busquemos pues otro término. Arasaratnam cita esta opinión de Chaudhuri con aprobación, pero sigue admitiendo el punto esencial del sistema en lo que se refiere a una comunidad de tejedores: "Aunque existía esa libertad de disponer del producto final, la naturaleza restrictiva del acceso al mercado y las condiciones cuasimonopolísticas en la adquisición de artículos vigentes en numerosas aldeas remotas de tejedores hacían que esa libertad fuera inútil" (1980, p. 259).

[144] Véase Raychaudhuri (1965, p. 756; véase también 1962, pp. 180-181).

[145] Fisher (1978, p. 115). En la página 118 Fisher sopesa las desventajas de cada sistema: el cultivo directo era más caro; un sistema de adelantos tenía más probabilidades de suscitar el descontento entre los campesinos.

[146] Guha (1972, pp. 18, 28).

[147] Véase Richards (1981, p. 61). El monopolio estatal utilizaba el mismo sistema de mercaderes privados a gran escala para otros productos: "Todo el

gido de la Cámara de Diputados que "nada se cultiva en India sin anticipos, se trate de azúcar, índigo o cualquier cosa que se cultive para exportarse desde aquel país".[148] Sin embargo, a pesar de la casi ausencia de "plantadores" europeos como los de las Indias Occidentales, no es menos cierto, como sostiene Clapham, que la mayoría de estos artículos de exportación tenían "algo de lo que denominábamos un carácter de plantación o colonial de viejo cuño".[149] Rothermund considera que el paso del área externa a la incoporación se produce precisamente en lo que él describe como las cambiantes funciones de la factoría (comercial): de comprar y vender en barcos pasó a hacer encargos comerciales específicos, de ahí a financiar esos encargos mediante anticipos para luego utilizar esos anticipos como estímulo de la producción, y finalmente a organizar la producción mediante un sistema de producción doméstica y control de talleres.[150]

El auge de *çiftliks* similares a plantaciones en el imperio otomano ha sido tema de discusión desde hace tiempo. *Çiflik* es un término jurídico que denota una forma de tenencia de tierras. El origen de la palabra es la referencia a un *çift* (o yunta) de bueyes, y por lo tanto se refiere a la extensión de tierra que una yunta de bueyes podía arar en un día.[151] Esto ha originado cierta confusión, puesto que fueron básicamente estos *çiftliks*, mucho mayores que un *çift* y más próximos al significado usual de plantación, los que parecen haber estado directamente relacionados con la producción de cultivos comerciales orientados a la exportación.

Stoianovich vincula directamente la difusión del *çiftlik* (en particular del *hassa-çiftlik*, más extenso) con la "difusión del cultivo de nuevos productos coloniales: algodón y maíz" a partir de la década de 1720 en los Balcanes.[152] Gandev, asimismo,

proceso, desde la preparación del terreno para la semilla [del opio], hasta la subasta final en Calcuta, se basaba en un elaborado sistema de pagos por adelantado" (Owen, 1934, p. 26).

[148] BPP, informes de los comités (1848a, p. 21).

[149] Clapham (1940, p. 232).

[150] Véase Rothermund (1981, p. 76).

[151] Véase Gandev (1960, p. 209); Stoianvich (1953, p. 401) y Busch-Zantner (1938, p. 81).

[152] Stoianovich (1953, p. 403). "Las nuevas factorías textiles de Austria, Sajonia, Prusia y Suiza necesitaban la lana y el algodón de Macedonia y Tesalia, y la creciente demanda de Francia e Italia triplicó la producción de Macedonia entre 1720 y 1800" (Stoianovich, 1960, p. 263). Véase también Stoianovich (1976, p. 184).

considera su desarrollo en el noroeste de Bulgaria como el surgimiento de unidades de tierras de plantación a gran escala, que eran objeto de inversión y acumulación de capital.[153] Peter Sugar también destaca su orientación al mercado, la producción de nuevos cultivos y la servidumbre por deudas de sus campesinos.[154] McGowan observa que estaban situadas junto al mar y que su desarrollo en el imperio otomano tardío "casi siempre estuvo relacionado [...] con el comercio de artículos extranjeros".[155] Finalmente, Inalçik también relaciona los *çiftliks* de gran extensión con una orientación al mercado y "estructuras de tipo plantación", que se extendieron, afirma, particularmente en conjunción con el reclamo de nuevas tierras y su mejora en terrenos baldíos marginales (mîrî).[156]

En lo que se refiere a Egipto, es claro que el auge de la producción de algodón estaba directamente relacionado con la creación de grandes latifundios a lo largo del siglo XIX.[157] Ya en 1840, John Bowring explicó el porqué en su comparecencia ante la Cámara de los Comunes. Habló de la resistencia del *fellah* a producir algodón por el temor a ser engañado y a la exacción fiscal, ya que implicaba únicamente una cosecha anual. ¿La solución?

> Últimamente, numerosos terrenos se han transferido a los capitalistas que aceptaron pagar los atrasos en la renta y que, en consecuencia, emplean a los *fellahs* como jornaleros, liberándoles de la responsabilidad de sufragar el impuesto sobre la tierra, y de rehusar la cantidad estipulada de producto a los precios fijados por el *pacha*.[158]

[153] Véase Gandev (1960, pp. 210-211).

[154] Véase Sugar (1977, pp. 211-221).

[155] McGowan (1981a, p. 79). De todos modos, McGowan advierte que "el sector de la agricultura de exportación otomana tuvo [...] que crecer con lentitud durante el periodo [de los siglos XVII y XVIII]" (p. 170), y que "el *chiftlik* balcánico medio era una operación de arrendamiento, mucho más cercana en carácter y escala a la *Grundherrschaft* a partir de la cual evolucionó más tarde hasta adquirir el carácter de *Gutsherrschaft* que con frecuencia se le ha atribuido" (p. 79). Sin embargo, McGowan distingue entre los *çiftliks* de mayor tamaño, orientados al comercio de exportación, y los de tamaño medio que tenían menos probabilidades de dedicarse a ese fin (véase 1981b, p. 62).

[156] Inalçik (1983, p. 116). En Anatolia occidental fue precisamente la "elevada productividad y alto valor de la tierra [...] [lo que] explica el menor tamaño de los *çiftliks*" (p. 117). La adquisición de derechos sobre tierras por reclamación ya es característica del periodo clásico del imperio otomano, y no tenía ningún nexo legal con el tamaño de la unidad que se reclamaba. Ahora, sin embargo, se utilizó para crear grandes *çiftliks*.

[157] Véase Baer (1983, pp. 266-267).

[158] Reproducido en Issawi (1966, p. 387).

En Rusia, naturalmente, ya se había producido una considerable concentración de tierras en manos de la aristocracia. Lo que sucedió durante la etapa de la incorporación fue el acentuamiento de este proceso y la intensificación de su nexo con la producción de plantación. Como observa Blum, los señores rusos eran "con mucho, los mayores proveedores del mercado", produciendo hasta el 90% del grano, por ejemplo.[159] Es en este mismo periodo cuando se produce la fundamental innovación agronómica de la rotación del cultivo por tercios.[160]

A finales del siglo XVIII, por tanto, la "economía rural adoptó un carácter cada vez más mercantil".[161] La transformación de las pautas de servidumbre —desde el *obrok* (o pago en especie y dinero) hasta la *barshchina* (o pago en trabajo, es decir, *corvée*)[162] —cambio que será discutido más adelante desde el punto de vista de la coerción de la mano de obra— también debería considerarse como una forma de concentración de tierras. No se trata de que se concentrara la propiedad, puesto que ya lo estaba, sino de que se concentraran los procedimientos de toma de decisiones en la producción, y esto era de vital importancia para una agricultura comercializada. Y en aquellos latifundios donde persistía el *obrok*, los señores frecuentemente alentaban y protegían a los campesinos que se convertían en empresarios mercantiles (a pesar de las restricciones legales), puesto que esto no sólo permitía a tales campesinos pagar mayores *obrok*, sino que también permitía a los señores utilizarles como "garantes de los miembros menos prósperos de la comunidad aldeana".[163]

Una vez más, la situación en África Occidental es más seme-

[159] Blum (1961, pp. 391-392).

[160] Véase Confino (1969, p. 39). Éste fue en especial el caso en la zona norte y central *nečernozem* y en la parte norte de las tierras negras.

[161] Kizevetter (1932, p. 637).

[162] Sobre la diferencia, véase Confino (1961b, p. 1066, nota 2). El paso a la *barshchina* comenzó ya a mediados del siglo XVII, pero se extendió a mediados del siglo XVIII, en particular en la zona *nečernozem*. Esto fue contrarrestado en parte por el descenso del porcentaje de campesinos en fincas privadas, puesto que los que se encontraban en fincas estatales o imperiales por lo general pagaban *obrok*.

[163] Blum (1961, p. 289). Muchos de estos empresarios se reclutaron entre los antiguos creyentes perseguidos. Tal vez su teología no fuera en absoluto "protestante", pero el factor de la persecución les creó la necesidad de lectura de textos, de dinero para defenderse y de escribir en secreto, actividades todas, por supuesto, relevantes para la formación de una clase mercantil. Véase Gerschenkron (1970, pp. 35-37).

jante de lo que cabría atribuir a la casualidad. Comenzamos con un tráfico de esclavos que, lejos de impulsar la competencia infinita, condujo a cuellos de botella comerciales. En todas partes encontramos que existen "asociaciones y prácticas comerciales restrictivas, a veces oficiales, a veces privadas, y que en ocasiones implican la colaboración entre ambas".[164] Además, el cambio a cultivos comerciales como el aceite de palma fue acompañado de intentos por crear estructuras de plantación. En efecto, los propios abolicionistas apoyaron directamente esto como medio, según creían, para dotar de una sólida base económica al comercio legítimo.[165] Las plantaciones tuvieron éxito en un principio en Dahomey y Yoruba. La combinación de monarcas fuertes, trabajo de esclavos y, presumiblemente, capital, supuso que los monarcas consiguieran exportar aceite de palma desde una considerable distancia en el interior, lo que de otra forma hubiera sido demasiado caro.[166] Pero donde el transporte no era tan problemático, la tecnología de la producción del aceite de palma (y cacahuate) lo hacía accesible a los agricultores a pequeña escala.[167]

Sin embargo, como observa Law a propósito del debilitamiento de la posición dominante del rey y de los jefes militares en el proceso de producción, cuando finalmente se pasó del tráfico de esclavos al comercio de aceite de palma, "los beneficiarios de este cambio, no obstante, fueron tanto comerciantes

[164] Lovejoy y Hogendorn (1979, p. 232). Hogendorn observa además: "La captura de esclavos fue una propuesta costosa emprendida contra pueblos que sabían defenderse. Es como si los peces [los de Thomas y Bean] pudieran contratacar" (1980, p. 480). Sundstrom destaca el mismo tema: "Uno de los aspectos más sorprendentes del comercio exterior de África fue la posición de fuerza, en ocasiones equivalente a un monopolio, de los intermediarios. El monopolio comercial se fundaba en parte en el control exclusivo del transporte fluvial" (1974, pp. 254-255). Véase también Dantzig (1975, p. 264), quien subraya la intensidad en capital del tráfico de esclavos y la tendencia a operaciones en gran escala que se derivaba de ella.

[165] Véase Ajayi y Oloruntimehin (1976, p. 211). Sobre los intentos daneses de establecer plantaciones posteriores a la abolición, véase Nørregard (1966, pp. 172-185). Müller sostiene que al menos entre los igbo en áreas densamente pobladas, la producción de aceite de palma para la exportación se inició en una zona que ya "producía aceite y otros artículos de intercambio" (1985, p. 58).

[166] Véase Manning (1969, p. 287).

[167] Véase Hopkins (1973, p. 125). Augé (1971, p. 161) sin embargo, describiendo la producción de aceite de palma en Costa de Marfil durante la segunda mitad del siglo XIX, observa las dificultades en el reclutamiento de trabajadores entre el linaje y el consiguiente recurso al trabajo cautivo. Esto supone, por tanto, unidades de mayor entidad.

a gran escala como pequeños agricultores".[168] En otras palabras, el centro de la concentración había pasado de un punto de recolección de un producto a otro, un punto que pasaríamos por alto si atendiéramos sólo a la unidad, relativamente pequeña, de extracción de aceite de palma. En efecto, el nexo entre el poder estatal y la concentración mercantil fue particularmente fuerte durante este periodo de concentración. Newbury presenta este fenómeno con claridad:

> Los estados mercantiles de Dahomey y del delta del Níger [...] [ofrecen buenos] ejemplos de gobernantes africanos sostenidos por los ingresos comerciales [...] Gobernantes tales como Ja Ja de Opobo o Nana de Warri eran astutos comerciantes, no burócratas africanos que explotaban a los mercaderes.[169]

Para entender lo que estaba sucediendo, debemos recordar el surgimiento de una estructura de comerciantes de múltiples niveles. En los puertos atlánticos eran los mercaderes, o exportadores-importadores generalmente europeos, quienes representaban a las firmas europeas. Estos mercaderes, a su vez, trataban con *brokers* o intermediarios a gran escala (en francés, los *négociants*), que a su vez trataban con otros intermediarios que eran comerciantes itinerantes (en francés, los *traitants*) y eran éstos quienes normalmente trataban con los productores directos. Es generalmente en el nivel de los *brokers* donde se da la concentración siempre que había producción en pequeña escala. Fueron estos *brokers* quienes posteriormente serían absorbidos y sustituidos por las firmas europeas cuando la zona cayó bajo gobierno colonial.[170]

Hemos sostenido que el proceso de incorporación condujo a la creación de uno u otro tipo de unidades de decisión relativamente grandes, cuyo interés propio era responder a las exigencias cambiantes del mercado mundial. El tamaño de estas unidades sirvió en parte para motivarlas, puesto que los cambios que introducían tenían un impacto significativo en sus posibili-

[168] Law (1977, p. 572).
[169] Newbury (1969, pp. 74-75).
[170] Sobre los múltiples niveles, véase Chamberlin (1979, pp. 422-423) y Newbury (1971, p. 100). Sobre la distinción entre *négociants* y *traitants*, véase Hardy (1921). En general, en este momento el nivel inferior del comercio itinerante no estaba regulado y era competitivo y conflictivo. Las tres áreas en las que esto no ocurría —la cuenca fluvial del antiguo Calabar, el delta del Níger (Opobo) y Dahomey— eran precisamente las zonas de concentración política y de producción máxima para la exportación. Véase Chamberlin (1979, p. 434).

dades de acumulación, pero también sirvió, en parte, para incrementar su capacidad de respuesta, puesto que controlaban el capital y las mercancías suficientes como para tener a su vez cierto impacto sobre el mercado mundial. Queda por analizar la capacidad de respuesta de otro elemento: la disponibilidad de suficiente mano de obra a un precio que hiciera competitivo el producto.

Para un trabajador, especialmente uno agrícola, participar en la producción de monocultivos comerciales, en particular aunque no sólo con estructuras de tipo plantación, tenía un escaso atractivo intrínseco, puesto que inevitablemente reducía el tiempo y la disponibilidad física para todo tipo de prácticas de subsistencia que ofrecieran garantías de supervivencia e incluso de un relativo bienestar. No sorprende, por tanto, que al menos al principio y por cierto tiempo el aporte de trabajo que requería la producción para el mercado en una zona en proceso de incorporación tuviera que ser sometido por coerción, directa o indirecta, al trabajo en los lugares adecuados al ritmo adecuado. Esta coerción implicaba dos elementos que deben distinguirse conceptualmente: los métodos utilizados para que el trabajador trabajara más arduamente (¿más eficientemente?) y durante más tiempo (por día, por año, por tiempo de vida); y los derechos formales o estatus jurídico del trabajador y, por consiguiente, su espectro de opciones en relación con su trabajo.

La India mogol es una de las pocas áreas sobre la que tenemos algunos datos relacionados con el nivel de vida de los estratos trabajadores antes de su incorporación a la economía-mundo. Existen cuatro clases de comparación. Habib sostiene que la producción agrícola per cápita en 1600 no era menor que la de la misma área en 1900, y que tampoco era inferior a la de Europa Occidental en 1600.[171] Spear afirma que el habitante medio de la India mogol se alimentaba mejor que su equivalente europeo.[172] Y Desai ha acumulado datos cuantitativos para sostener la tesis de que el "estándar medio de consumo de alimentos [...] [era] apreciablemente superior" en el imperio Akbar que en la India de los años sesenta.[173] Sin embargo, tan

[171] Véase Habib (1969, p. 35).

[172] Véase Spear (1965, vol. II, p. 47), que prosigue: "Considerando una perspectiva global, la India mogol con una población estimada de cien millones de habitantes, tuvo durante siglo y medio un nivel de vida casi comparable al de la Europa contemporánea. El campesino tenía un poco más para comer, el mercader menos oportunidades para gastar."

[173] Desai (1976, p. 61). Moosvi (1973, p. 189) apoya este punto de vista. Existe una refutación de Heston (1977), cuya revisión de los cálculos afirma.

pronto como comienza la incorporación después de 1750, escuchamos quejas (británicas) sobre la "indolencia" del campesino bengalí.[174] Pronto se encontró una solución a esta "indolencia", a la que ya hemos aludido anteriormente: el sistema de "anticipos". Descubrimos que de este fenómeno surgió de súbito en todas las áreas de cultivos comerciales como el principal mecanismo de coerción.

En este momento se desarrollaron dos sistemas de tenencia de la tierra: *zamindari* y *ryotwari*, definidos ambos, o más bien redefinidos en el sentido de propiedad con derechos quiritarios. Esta dirección de la evolución de las formas de tenencia es característica de la participación en la economía-mundo capitalista, puesto que los derechos quiritarios son indispensables para la comercialización de la tierra, en sí misma un elemento necesario en la liberación de todos los factores que posibilitan la acumulación incesante de capital. El sistema *zamindari* fue instituido en Bengala por el acuerdo permanente de 1793.[175] En este sistema, los *ryots* (o campesinos) que vivían en sus tierras eran considerados colonos de los *zamindars*, quedando por tanto sujetos a pagar una renta o a ser despojados. Como consecuencia, "las rentas aumentaron y los despojos se hicieron corrientes".[176] Pero también se plantaron nuevos cultivos y se adquirieron nuevos trabajadores.[177]

"sin duda debilita la tesis [de Desai] de que los salarios reales descendieron desde Akbar" (p. 394). Desai a su vez refuta a Heston, revisando también los cálculos y concluyendo que existieron tanto un "mayor rendimiento de las cosechas" como "un mayor poder adquisitivo de los salarios urbanos en lo que se refiere a cereales" en la época de Akbar en comparación con la década de 1960 (1978, pp. 76-77).

[174] Véase la discusión en Sinha (1962a, vol. II, pp. 217-218), quien señala que un suelo fértil, tres meses de duro trabajo y unas pocas semanas más durante la época de cosecha bastaban para producir una cosecha de arroz que mantenía ese razonable nivel de vida. Esta cantidad de trabajo quizá que no bastara sin embargo para producir cosechas comerciales destinadas al mercado mundial.

La situación en Bengala y la consiguiente opinión respecto a la "indolencia" de los campesinos, fue sin duda exacerbada por la "desastrosa" hambruna de 1770 que intensificó la escasez de la mano de obra y sin duda reforzó la capacidad negociadora de quienes sobrevivieron. Véase B. B. Chaudhuri (1976, pp. 290-292).

[175] Por supuesto, habían existido *zamindars* bajo los mogoles, pero éstos no tenían derechos quiritarios y, en todo caso, a excepción de algunas "bolsas", su papel en el sistema de explotación agraria había sido "secundario" (Moosvi, 1977, p. 372).

[176] Neale (1962, p. 69).

[177] Véase Bhattacharya (1983, p. 308) sobre el uso de trabajo tribal por par-

El sistema *ryotwari*, por contraste, supuestamente eliminó al *zamindar* como intermediario transfiriendo los derechos quiritarios al propio *ryot*. Este sistema se consideró "más sólido en la teoría, más expeditivo y benéfico en la práctica y más acorde con las instituciones, costumbres y modos de la gente".[178] El sistema se aplicó inicialmente en Madrás y suele considerarse que es propio del sur de la India, pero también se utilizó en el norte, incluso en Bengala. En realidad, los *ryots* que obtuvieron los derechos quiritarios resultaron ser, en la mayoría de los casos, individuos prominentes y de elevada casta de las aldeas. Eran agricultores, por supuesto, pero también eran intermediarios (si bien en menor escala que los *zamindars*), puesto que en muchos casos habían sido capataces de trabajadores directos de casta baja.[179]

Para nosotros, lo relevante es que en ambos sistemas la combinación de derechos quiritarios más el sistema de anticipos hizo posible una coerción considerable. Tal como señalaba un informe de 1861 al parlamento británico acerca de la producción de índigo,

> Cuando el plantador tiene derechos zemindarios, el ryot probablemente tiene pocas opciones [...] La mejor forma de describir la influencia es como una compulsión moral y un temor a la fuerza física.[180]

Pero, de hecho, el índigo se cultivó con mayor frecuencia bajo el sistema *ryotwari*. No obstante, esto no mejoraba en nada las cosas para el productor directo:

> Incluso en la mejor de las temporadas, el cultivo de índigo apenas se rentabilizaba con los precios pagados por los plantadores de índigo [...] [los plantadores de índigo] imponían un sistema de anticipos y los ryots no podían aportar la cuota de tierra que exigía la plantación de índigo [...] No sería equivocado describir el sistema de cultivo de índigo como esclavitud del índigo.[181]

No es de extrañar que se considerara que los plantadores de índigo "destacaban por su opresión".[182]

te de los *zamindars* bengalíes. B. B. Chaudhuri (1976, pp. 320-323) también describe el reclutamiento de trabajo inmigrante, tanto por las tribus como por los musulmanes.

[178] Gupta (1963, p. 126).

[179] Véase Mukherjee y Frykenberg (1969, p. 220).

[180] BPP, Accounts of Papers (1861, p. xv).

[181] Sinha (1970, pp. 21-22).

[182] Sinha (1956, vol. I, p. 199).

Los productores de tejidos de algodón no estaban en una situación mucho mejor que la de los campesinos que cultivaban índigo. En la Normativa de Tejedores, promulgada en Bengala en julio de 1787, cuando un tejedor aceptaba anticipos de la Compañía de las Indias Orientales, se le obligaba a suministrar tejido a la compañía, y era ilegal venderlo a cualquier otro cliente. Se otorgó a la compañía el derecho a vigilar a los tejedores para controlar el cumplimiento de sus contratos.[183] El resultado, por supuesto, fue un "visible deterioro de sus condiciones económicas" y los tejedores "sufrieron una depauperación que les expulsó de sus ocupaciones".[184] La compañía extendió su política a la India Sudoriental. Una vez que la compañía logró liquidar a su competencia holandesa y francesa, lo que consiguió en la década de 1770, hizo que sus mercaderes "impusieran duras condiciones a los tejedores".[185] La renta real de los trabajadores disminuyó tanto por la reducción de sus ingresos directos como por su incapacidad, bajo las nuevas condiciones, de compaginar su profesión "con el cultivo de los campos".[186] En lo que se refiere al cultivo del algodón en sí, tenemos el elocuente testimonio de 1848, de J. A. Turner, de la Manchester Commercial Association, quien afirma que la "India, con su mano de obra barata, estará en todo momento en condiciones de competir con los esclavos de América."[187]

La producción de sal presentaba condiciones aún peores para el trabajador. Dada la magra paga y las malas condiciones de trabajo, era "obvio" que la producción de sal no podía tener lugar "sin coerción". El uso de anticipos tuvo aquí un giro distinto. Una vez que un hombre era empleado, incluso voluntariamente, estaba "obligado a seguir trabajando" en el futuro; además, sus descendientes también estaban ligados "a perpetuidad". Ante tales circunstancias, es fácil imaginar la reticencia a aceptar los anticipos, los cuales, sin embargo, frecuentemente eran arrojados ante la puerta de un potencial trabajador. "La mera visión del dinero le ponía en situación de ser enviado a los *aurangs*.[188] Semejante sistema de imposición de anticipos a los trabajado-

[183] Véase Embree (1962, pp. 105-108).

[184] Hossain (1979, pp. 324, 330). Con el paso del tiempo, añade, existió "una explotación progresiva de las organizaciones productivas y un fortalecimiento de la estructura jerárquica promovida por ella" (p. 345).

[185] Arasaratnam (1980, p. 271).

[186] *Ibid.* (p. 262). "La tendencia de los cambios introducidos por la Compañía Inglesa fue convertir al tejedor en un trabajador asalariado" (p. 280).

[187] BPP, informe de los comités (1848a, p. 83).

[188] Serajuddin (1978, pp. 320-321).

res está documentado en la producción de salitre en Bihar después de 1800.[189] En general, este sistema de anticipos producía coerción a largo plazo. Como afirma Kumar, una de las razones de que la "servidumbre" resultara "tan duradera en la práctica" fue la "carga del endeudamiento" creado por estos anticipos.[190]

En Rusia, como ya hemos observado, la forma más opresiva de servidumbre, la *barshchina* (obligación de cumplir trabajos forzados), creció a expensas del *obrok* (obligación de pagar rentas) y no al contrario (como se había supuesto con excesiva precipitación anteriormente), en especial durante el periodo comprendido entre 1780-1785 y 1850-1860.[191] La explicación que Confino da a este desplazamiento hacia la *barshchina*, es precisamente el desarrollo del mercado y de la doctrina capitalistas, a pesar de que, superficialmente, el *obrok* parece más compatible. Confino considera que el punto de inflexión se produjo en 1762, cuando los nobles comenzaron (y después de 1775 lo hicieron aceleradamente a volver a sus tierras, fenómeno vinculado directamente con al alza de los precios del cereal en el mercado mundial. Al parecer, la *barshchina* fue, en la mayoría de los casos, "más conveniente" que el *obrok* para el terrateniente dedicado a los cultivos comerciales.[192] Kahan llama la atención sobre un segundo factor que favorecía a la *barshchina*. La "occidentalización" de la nobleza rural provocó un considerable aumento de las importaciones, lo que requería un

[189] Singh (1974, p. 283).

[190] Kumar (1965, pp. 75-76). Sin duda, añade que el otro factor explicatorio de su perdurabilidad fue el sistema de castas. Pero esto explica por qué la servidumbre se intensificó en esta época, pero no por qué en otros lugares carentes de un sistema de castas se produjo una servidumbre de tipo similar. Quizá la forma que adoptó el sistema de castas en este periodo y después es una consecuencia y no una causa de la servidumbre.

[191] Véase Confino (1963, p. 197). Confino se refiere a los 20 *guberniya* de la Rusia europea. El sistema de *barshchina* pasó del 50% en los años 1790 a 1800 al 70% en la década de 1850. Véase Yaney (1973, p. 151) y Kizevetter (1932, p. 636). Dukes sostiene que tal servidumbre en la Rusia de comienzos del siglo XIX era de hecho comparable a la esclavitud de Estados Unidos del mismo periodo: moral, política y económicamente.

[192] Confino (1963, p. 229). Blum sitúa el cambio en una fecha algo anterior a 1762. Empezando con Pedro el Grande, los "gobernantes reforzaron los vínculos de servidumbre" (1961, p. 277). El sistema de *barshchina* estuvo extendido en particular en la Rusia de las tierras negras, Bielorrusia, Ucrania, el área del Volga y la estepa oriental. El final del siglo XVIII marcó "el punto culminante del desarrollo del sistema económico de servidumbre". En aquella época "consumía la mayor parte del tiempo de trabajo del siervo [es decir, de cinco a seis días por semana] dejándole una porción insignificante de tiempo para proveer a su propia subsistencia" (Lyashchenko, 1970, pp. 277, 314).

"incremento sustancial" de la renta real de los nobles y que, por consiguiente, tuvo como consecuencia un aumento en la presión ejercida sobre los siervos.[193] El acrecentamiento de la *barshchina* permitía una expansión de los latifundios a expensas de las fincas de los campesinos, siendo el latifundio "más flexible y más capaz de obtener beneficios a corto plazo de las cambiantes situaciones del mercado".[194]

No se trata de que la *barshchina* se convirtiera en la única forma de trabajo rural. Confino, de hecho, indica las ventajas de una forma mixta de *barshchina-obrok*, que le ofrecían al señor la seguridad del trabajo en la hacienda además de algunos ingresos líquidos en los años de mala cosecha. Esta forma combinada se hizo más frecuente durante esta época.[195] Era cuestión de prioridades. Considerando el hecho de que los dominios habían adoptado el carácter de "empresa económica", las desventajas del sistema de *obrok* parecían mayores que sus ventajas. Cuando los señores intentaban imponer una renta al siervo *obrok*, éste frecuentemente buscaba empleo en otras partes para cumplir las obligaciones del *obrok*. Así, a finales del siglo XVIII se consideraba *obrotchnik* a alguien que ya no cultivaba las tierras y la palabra era frecuentemente "empleada en el sentido peyorativo de 'vagabundo'".[196] Para producir el trigo, que seguía siendo su fuente básica de ingresos, los terratenientes necesitaban *barshchina*.

[193] Kahan (1966, p. 46).

[194] Kahan (1966, p. 54). En relación con la disminución de las cargas sobre los siervos que Kahan observa desde la década de 1730 hasta la de 1790, Longworth sostiene que incluso en este periodo la imagen es "insatisfactoria", ya que los cálculos se basan sólo en las rentas pagadas por la liberación de servicios feudales y en las capitaciones, "sin tener en cuenta los servicios en trabajo, los impuestos indirectos, los recursos de las tierras, el peculado ni el efecto acumulativo de los atrasos de la capitación" (1975b, p. 68, nota 14).

Incluso así la argumentación de Kahan todavía se sostiene. Hubo una disminución en las rentas pagadas por la liberación de servicios feudales y en las capitaciones. Pero precisamente esto es lo que produjo una reacción: "En los años de 1760 a 1770, los terratenientes consideraban que se encontraban en una situación apurada: los precios del grano y el coste de la vida aumentaban, mientras que los ingresos permanecían estables o disminuían en relación con el poder adquisitivo. Pensaron que la solución a sus dificultades estribaba en la mayor disponibilidad de grano, bien a precios de adquisición inferiores u obteniendo un superávit agrario comercializable con mayores beneficios. Pensaron que una de las formas de incrementar sus ingresos era obligar a los campesinos a permanecer en el campo y cultivar las tierras con preferencia a cualquier otra ocupación" (Raeff, 1971a, p. 97).

[195] Véase Confino (1961b, pp. 1079, 1094-1095).

[196] Laran (1966, p. 120).

Por otra parte, es preciso olvidar el mito de que el trabajo de *corvée* era necesariamente ineficiente.[197] De hecho, la región en la que se produjo el mayor incremento en la *barshchina*, la zona de tierras negras, contempló también la mayoría de las innovaciones agronómicas (por ejemplo, la introducción de patatas como cultivo hortícola). En todo caso, tanto la expansión de las tierras arables como el incremento de los rendimientos tuvo lugar, ante todo, en las haciendas, no en las tierras de los campesinos *obrok*.[198]

Finalmente, debemos tener en cuenta que esta intensificación del trabajo forzado no era accidental, sino resultado de decisiones políticas. El aumento en la producción de cereales se vio facilitado por la abolición de las aduanas interiores en 1754 y la autorización de las exportaciones de cereales en 1766. La adquisición de las estepas del sur y de los puertos del Mar Negro también favoreció las exportaciones cerealeras y, por lo tanto, la integración en la economía-mundo. El edicto de 1762, que liberaba a los señores del servicio burocrático, les otorgó la disponibilidad para convertirse en empresarios agrícolas capitalistas.[199]

Además, el aumento en la concentración de tierras fue coadyuvado en gran medida por el amplio estudio catastral ordenado por Catalina II en 1765, puesto que, al validar todos los límites existentes a menos que se recurriera contra ellos de forma fiscal, el Estado reconocía ocupaciones previas, tanto en tierras de hacienda como en espacios sin dueño, y "ratificaba el despojo de los campesinos libres y de los pequeños siervos-propietarios".[200] Le Donne ve en la gran reforma administrativa de Catalina, el establecimiento de la *guberniya*, la creación de "un aparato capaz de facilitar la más extrema explotación del trabajo servil".[201] Y fue también bajo el régimen de Catalina cuando la categorización legal de la servidumbre por fin se desarrolló plenamente, ratificando una situación de facto pero excluyendo también a casi todos los campesinos del denominado estatus legal personal. El resultado fue que los campesinos libres de facto se convirtieron en "siervos potenciales que podían llegar a serlo de hecho en cuanto el gobierno deseara utilizarlos".[202]

197 Cf. Blum (1961, p. 343) para las críticas pertinentes.
198 Véase Kahan (1966, p. 50).
199 Véase Confino (1963, pp. 21-22).
200 Raeff (1971b, p. 168).
201 Le Donne (1982, p. 164).
202 Yaney (1973, p. 135).

Uno de los aspectos más interesantes de la incorporación rusa fue el modo como la manufactura del hierro desempeñó el papel de transición hacia un énfasis más convencional en las exportaciones de cultivos comerciales, papel en cierto modo paralelo al del tráfico de esclavos en África Occidental y al de las exportaciones de tejidos en India. El significativo crecimiento de la industria de manufactura del hierro en los Urales se produjo a mediados del siglo XVIII, y debió su despegue real al aumento de la demanda producido por las guerras europeas de 1754-1762, como resultado de las cuales el gobierno ruso y el mercado inglés se convirtieron en clientes importantes.[203] Este papel de las exportaciones manufactureras no sería duradero y dependía en gran medida del trabajo sometido a coerción.

El trabajo en las factorías de los Urales era duro y mal pagado. Para muchos, las "condiciones y el trato eran peores que las de los siervos agrícolas".[204] Esto era así especialmente en el caso de los aprendices no calificados y en el de los "jóvenes de las minas", es decir, los niños empleados para cumplir tareas auxiliares.[205] Algunos de los trabajadores calificados eran extranjeros (contratados, se supone, en condiciones atractivas), en parte metalúrgicos contratados en Rusia central y, en parte, artesanos locales,[206] que eran trabajadores asalariados industriales. Los obreros calificados no sólo tenían un salario en dinero, sino que en muchos casos contaban con una pequeña parcela que les producía tantos ingresos como los salarios obtenidos en la factoría.[207]

Sin embargo, los trabajadores no calificados eran campesinos "adscritos" que llevaban a cabo múltiples tareas auxiliares: tala de árboles, producción de carbón vegetal, transporte de

[203] Véase Portal (1950, p. 131, nota 1, y *passim*, pp. 131-174). No cabe duda de que los orígenes de la industria se encuentran en 1716, cuando Pedro el Grande fundó empresas industriales en los lejanos Urales, ya que las guerras del norte le habían dejado sin su anterior proveedora, Suecia, nación con la que estaba en guerra. Sin embargo el gobierno pronto perdió interés y la supervivencia de la industria se debe a unos pocos empresarios privados, entre los que destaca Nikita Demidov. Véase Portal (1950, pp. 26, 34, 52-130).

[204] Falkus (1972, p. 25).

[205] La tasa de trabajadores calificados respecto a la de los no calificados estaba en torno a 1:3, o por cada 12 especialistas y 20 obreros calificados, existían 50 aprendices y 50 "jóvenes de las minas". Véase Portal (1950, pp. 258-259).

[206] Portal (1950, p. 44).

[207] *Ibid.* (pp. 251-252). Lyashchenko (1970, p. 288) señala que muchas fábricas se componían de unidades dispersas e incluían la posibilidad de trabajo a tiempo parcial en casa por los *kustars* (o pequeñas unidades domésticas).

materias primas y productos finales. Inicialmente, los campesinos "adscritos" eran simplemente pobladores locales que hacían este trabajo en pago de sus impuestos,[208] pero no bastaba con estos pobladores locales. Una ley de 1721 permitió a los propietarios de factorías comprar aldeas enteras de siervos, que entonces eran conocidos como siervos en posesión, vinculados a la factoría y no a su propietario.[209] Existían, además, fugitivos de los dominios del Estado que se presentaban como voluntarios en las factorías y eran reintegrados al sistema feudal como siervos en posesión.[210] Finalmente, también había siervos *obrok* en las factorías, quienes se asignaban más a las factorías textiles que a las metalúrgicas. Este tipo de siervo estaba "desvinculado" de sus aldeas, y eran relativamente más libres que otros trabajadores en régimen de servidumbre, con una mejor posición negociadora frente al propietario de la factoría.[211] Todo esto constituía un sistema que, desde el punto de vista de los propietarios de las factorías, proporcionaba "trabajo dócil y barato",[212] pero que, desde las perspectiva del trabajador, era "repugnante".[213]

[208] Véase Koutaissoff (1951, p. 254).

[209] Véase Falkus (1972, pp. 24-25). Portal (1950, p. 47). Estos siervos en posesión llegaron a constituir el 30% del total. En 1736, un decreto los vinculó "para siempre" a las fábricas. Véase Koutaissoff (1951, p. 255). En 1734, la zarina Ana Ivanovna decretó que cualquiera que estableciera una fábrica metalúrgica obtendría entre 100 y 150 familias de campesinos del Estado asignados a la planta por cada horno de fundición y 30 familias por cada forja. Véase Blum (1961, p. 309). Blanc habla del "progresivo sojuzgamiento del trabajo en el segundo cuarto del siglo XVIII" (1974, p. 364).

A medida que la industria cobró importancia, la situación de los trabajadores continuó deteriorándose. Véase Portal (1950, p. 366). En 1797, Pablo I reforzó la consagración judicial del concepto de los trabajadores en posesión. En 1811, el Ministerio de Finanzas distinguió de manera formal la empresa privada y las fábricas posesionales, siendo estas últimas las que obtenían el derecho a recibir del Estado campesinos o tierras, bosques y minas. Véase Confino (1960a, pp. 276-277).

[210] Se trató meramente, afirma Portal, de "una conquista provisional de libertad mediante la huida, conquista a la que el Estado puso un rápido fin" (1950, p. 233). Véase también Blum (1961, p. 311).

[211] Véase Portal (1950, pp. 236-237).

[212] Tscherkassowa (1986, p. 26).

[213] El sistema proporcionaba de manera formal la posibilidad de que el siervo pudiera sustituirse a sí mismo con un suplente, posibilidad que sólo podía llevarse a efecto en los Urales del sur, donde existía como probables sustitutos una población de *bashkir* libres. Véase Portal (1950, pp. 272-273). "Las elevadas indemnizaciones que los campesinos acordaban pagar por sus sustituciones eran un elocuente testimonio de su repugnancia a trabajar en la factoría" (p. 277).

Dadas las condiciones de opresión, los propietarios tenían que recurrir a una gran cantidad de medidas coercitivas y mantenían prisiones hacendales para castigar a borrachos, tipos pendencieros e incluso a trabajadores perezosos o incompetentes.[214] No hace falta añadir que el trabajo bajo coerción, las malas condiciones y los castigos disciplinarios constituían las bases para la rebelión. A mediados del siglo XVIII comenzaron los problemas en los Urales.[215] Cuando Pugachev inició su gran revuelta en 1773, los campesinos industriales de los Urales, así como los siervos agrícolas, se unieron a él,[216] y no fueron los únicos, como veremos más adelante.

La cuestión de la "esclavitud" dentro de África Occidental ha sido muy debatida y ha provocado mucha confusión sobre fechas y definiciones y, por consiguiente, sobre sus causas y su significado social. La esclavitud resulta ser un concepto cuyo contenido empírico ofrece un espectro al menos tan amplio como el del trabajo asalariado. Si proponemos una definición mínima, como la de cierto tipo de obligación laboral de duración indefinida por parte de una persona hacia otra de la cual el trabajador no puede separarse unilateralmente (y, en esa medida al menos, el esclavo se encuentra a merced de su dueño), entonces no cabe duda de que en África Occidental, o al menos en ciertas zonas de África Occidental, existieron formas de esclavitud durante mucho tiempo. Sin duda, en muchas regiones existió algún tipo de lo que se conoce como esclavitud doméstica, forma de vasallaje que implica la integración forzosa de un no-pariente como pseudopariente en un papel familiar relativamente subalterno. Éste parece un fenómeno significativamente diferente del proceso de esclavización para la venta a terceros, o del uso de esclavos como trabajadores "agrícolas". Incluso en este último caso, el término se ha utilizado para referirse no sólo a esclavos de plantación sino también a personas que debían a su señor una renta en especie o una renta en trabajo (en cuyo caso el término se está utilizando de forma bastante laxa,

[214] Véase Portal (1950, p. 243).

[215] *Ibid.* (p. 290). Los factores inmediatos fueron una combinación del súbito empeoramiento de las condiciones de vida de los campesinos por la redefinición (al alza) de los derechos señoriales, por los crecientes porcentajes de campesinos asignados a las fábricas (donde además los salarios para los siervos en posesión y otros siervos adscritos eran inferiores a los de los trabajadores contratados que hacían la misma tarea), por el aumento de la vigilancia y por el aumento del precio de los alimentos. Véase Portal (1950, pp. 278-290) y Lyashchenko (1970, pp. 279-280).

[216] Véase Blum (1961, p. 313) y Portal (1950, pp. 337-341).

puesto que estos últimos, en un contexto europeo, se hubieran denominado históricamente siervos y no esclavos). Por el momento no intentaremos despejar esta confusión definitoria, sino que nos concentraremos en examinar cuáles eran las tendencias cuando África Occidental entró por primera vez en el área europea externa y posteriormente se incorporó a la economía-mundo capitalista.

Parece bastante claro que hubo una secuencia que se siguió de manera imperfecta en todas partes, desde un periodo de predominio (cuando no de exclusiva existencia) de algún tipo de esclavitud doméstica (y no en todas partes), pasando por una fase en la que la captura de esclavos (que luego eran vendidos por medio de redes comerciales) se convirtió en un fenómeno dominante, hasta un tercer periodo en el que los esclavos eran cada vez más utilizados en empresas productivas dentro de la propia África Occidental. La captura de esclavos adquirió importancia inicialmente cuando África Occidental se encontraba en el área externa y prosiguió (e incluso aumentó su importancia) como forma de incorporación, siendo sustituida, durante ese proceso de incorporación, por una forma del denominado comercio legítimo que, en la práctica, implicaba una importante cantidad del trabajo esclavo en la producción de cultivos comerciales de África Occidental, fenómeno que se extinguiría lentamente. Por consiguiente, a finales del siglo XVIII y durante el XIX hubo un gran número de esclavos dentro de África Occidental, entre otras razones porque quienes vendían a los cautivos "conservaban a algunos para sus propias necesidades".[217]

Por expresarlo con las sencillas y claras palabras de Kopytoff, "en África, en todos los casos, cuando aumenta la posibilidad de beneficiarse del uso laboral de una persona adquirida, dicho uso se incrementa".[218] Pero, como hemos visto, éste no fue un fenómeno peculiar de África.

Por lo tanto el primer cambio se produjo cuando los africanos empezaron a pensar en el "esclavo" no como alguien que era entregado en servidumbre por sus crímenes o por "pura necesidad", y por consiguiente se convertía en pseudopariente en

[217] Rodney (1967, p. 18). Sobre la secuencia de la esclavitud doméstica, pasando por el tráfico de esclavos, al empleo de esclavos en los cultivos comerciales en África Occidental, véase Aguessy (1970, p. 76) y Meillassoux (1971a, pp. 20-21, 63-64). Como subraya Aguessy, los tres periodos no estuvieron "radicalmente separados" (p. 90).

[218] Kopytoff (1979, pp. 65-66).

una nueva familia, sino como una "mercancía comercializable", concepto que pudo haberse originado con el comercio de exportación de esclavos.[219] Además, parece poder afirmarse que los pueblos que vendían esclavos y los pueblos que los utilizaban coincidían, coincidencia que fue estableciéndose con el tiempo. La secuencia no está clara, pero es más probable que la venta precediera al uso que viceversa.[220]

Cuando se empezó a poner más énfasis en los cultivos comerciales, especialmente durante las décadas que siguieron a la proclamación británica de la abolición, los estados vendedores de esclavos se enfrentaron a dificultades económicas al perder clientes para sus esclavos y, además, al perder algunos de los beneficios comerciales derivados de la reventa de los productos europeos. Al no poder demorar los efectos, reaccionaron "desviando a los esclavos que no podían vender a la producción de cosechas alternativas". Por consiguiente, como

[219] Johnson (1976, p. 38, nota 31; cf. Martin, 1972, p. 104). Véase no obstante Fage, que insiste en que la esclavitud interna acompañó al desarrollo estatal y "ya estaba muy avanzada antes de que comenzara en el siglo XX el comercio marítimo europeo con África Occidental" (1969, p. 397). Uzoigwe insiste sin embargo en que la masiva clase servil a la que dio origen el comercio de esclavos era nueva. En la medida en que se hubieran conocido tales esclavos antes, "su número había sido insignificante" (1973, p. 205). En cierto sentido, Lovejoy va más allá al subrayar que ya en los siglos XVII y XVIII, "a pesar del aumento de la esclavitud, las exportaciones de esclavos y la esclavitud doméstica, las áreas en las que los esclavos eran básicos para la economía y la sociedad todavía eran relativamente restringidas [...]" (1979, p. 36). Véase también Manning: "La inmensa extensión de la esclavitud en el siglo XIX era un fenómeno reciente en casi la totalidad del continente, fenómeno que no puede proyectarse hacia el pasado" (1981, pp. 525-526). Al final, Rodney insiste en que la "situación en los últimos años del siglo XVIII en el norte de la costa de Guinea era cuantitativa y cualitativamente diferente" de la esclavitud doméstica (1975a, p. 293-294).

[220] Van Dantzig nos recuerda que en general los pueblos eran o productores de esclavos (es decir, el objeto de la captura de esclavos), captores de esclavos o vendedores de esclavos. "Tan pronto como un Estado se convertía en predador o participaba en la venta de esclavos, su futuro parecía asegurado" (1975, p. 267). Una consecuencia de esto fue que su población aumentaba: por la prosperidad, al no perder personas en la esclavitud, quizá por "inmigración" a un área floreciente y es muy probable que por la esclavitud. En lugar de que la venta de esclavos supusiera "un paliativo de la superpoblación" (p. 266) como, por ejemplo, sugiere Fage (1975, p. 19), las zonas vendedoras de esclavos tenían una densa población como resultado del comercio de esclavos.

Véase también Rodney: "Es un hecho sorprendente que los mayores agentes del comercio atlántico de esclavos en la costa norte de Guinea, los mande y los fulas, fueran las mismas tribus que más tarde siguieron manejando el comercio interno de esclavos, y cuya sociedad llegó a incluir un número significativo de individuos subprivilegiados que trabajaban bajo coerción" (1966, p. 434).

subraya Ajayi, la abolición condujo directamente a "un uso más extensivo e intensivo de los esclavos domésticos".[221]

Este uso más extensivo e intensivo de la esclavitud en África Occidental constituye la característica distintiva de la incorporación a la economía-mundo y representa una ruptura más decisiva que el auge del tráfico de esclavos per se.[222] Además de encontrarse a la venta como trabajadores en empresas integradas en las cadenas mercantiles de la economía-mundo, los esclavos se convirtieron en objetos de inversión financiera: un bien de capital, un medio de acumular riqueza y un objeto de especulación.[223]

Este incremento de la coerción ejercida en aras de la producción mercantil adoptó, también en África, la otra forma que adquirió en otras partes: la servidumbre por deudas. Esta fórmula se inició con los anticipos que hacían los barcos europeos a los intermediarios africanos;[224] la práctica se extendió al interior, desde los intermediarios a los mercaderes itinerantes. Por ejemplo, en el delta del Níger, el desarrollo de la Ekpe, una so-

[221] Ajayi (1965, p. 253). Creo sin embargo que el adjetivo "doméstico" induce un tanto a confusión, porque en realidad nos estamos refiriendo a actividades como la producción de caucho o de aceite de palma. Véase Catchpole y Akinjogbin (1984, p. 53) que observan la alta correlación de "mercancías de exportación" y esta "esclavitud doméstica". De forma similar en Freetown y Bathurst que ya antes habían cedido a las presiones para que dejaran de intervenir en el comercio atlántico de esclavos, Fyfe percibe que "un comercio interno de esclavos todavía era necesario para proporcionar la mano de obra para la cosecha y la producción de vegetales. Los esclavos, que ya no eran exportados al otro lado del Atlántico para trabajar en forma directa para los europeos, se vendían ahora dentro del África Occidental costera para que trabajaran en forma indirecta para el mercado europeo" (1976, p. 186).

Klein y Lovejoy en respuesta a mi artículo de 1976 afirman: "Revisamos la tesis de Wallerstein para tomar en consideración el uso intensivo de esclavos en África Occidental, lo que sugiere que el proceso de 'periferialización' estaba más avanzado en los siglos XVIII y XIX de lo que admite Wallerstein" (1979, p. 211, nota 103). La observación es acertada en lo que se refiere a aquel artículo, si bien yo llamaría "incorporación" y no "periferialización" a lo que estaba sucediendo.

[222] Véase Aguessy (1970, p. 89) para una perspectiva similar.

[223] Véase Latham (1971, p. 604).

[224] "Para los cristianos, las ventajas de conceder créditos a los africanos a pesar de los riesgos [dado que los créditos se verificaban a través de fronteras culturales y al principio más allá de la jurisdicción de gobiernos 'civilizados'] no era sólo el pago de intereses, sino el hecho de que los créditos conferían al prestamista una ventaja competitiva sobre otros compradores. La práctica de conceder créditos para garantizar un cuasimonopolio sobre el negocio de deudores ya fue sugerida en 1677 por la delegación en Gambia de la Royal African Company" (Curtin, 1975a, p. 303). Véase también Martin (1972, p. 103).

ciedad secreta con funciones de cobro de deudas, data del periodo de la rápida expansión del tráfico de esclavos a mediados del siglo XVIII. La Ekpe era, en palabras de Latham, una "institución capitalista elemental".[225] El paso siguiente fue fácil de dar: importaciones europeas a crédito de "provisiones de cultivos de temporada". Newbury considera que esto es "una innovación estructural de primer orden surgida del nuevo comercio en productos a granel".[226]

El hecho de que la bibliografía otomana no analice a fondo el incremento de las obligaciones laborales durante este tiempo puede deberse simplemente a que los estudiosos han descuidado el tema. Pero sí existen indicios en este sentido. Al debatir la estructura fiscal otomana, Stoianovich estima que el campesino peloponeso, a fines del siglo XVIII, tenía que proporcionar "al menos un 50% más de trabajo" que un campesino francés de la época.[227] McGowan observa que Macedonia está sujeta a un incremento de la servidumbre: en parte por el palo, sujeto a deudas, en parte por la zanahoria, a través del huerto. También habla, en referencia a Rumania y el sur del Danubio, de las formas como el gobierno colaboró con los señores locales "para someter a casi toda la clase campesina, los clacasi, a completa servidumbre, legislando requisitos de *corvée* cada vez más represivos".[228] Issawi hace notar, en relación con Siria, la transformación de los propietarios campesinos en aparceros, observando que la producción de cultivos comerciales llevó a los terratenientes a incrementar el uso del trabajo forzado.[229] La aparcería también era común en Anatolia.

Hemos tratado de establecer que la incorporación implicó la integración de la esfera de producción en los círculos mercantiles de la economía-mundo capitalista y que esta integración tendió a exigir, en el periodo de incorporación, tanto el establecimiento de unidades mayores de decisión económica (incluyendo plantaciones frecuentemente, aunque no siempre) como una mayor coerción de la mano de obra. En ocasiones se ofrecen ejemplos contradictorios que sólo causan confusiones y no

[225] Latham (1973, p. 29). En efecto, Drake acredita la capacidad del delta del Niger para sostener una gran red interna para su sistema de créditos basados en la *Ekpe* "que, aunque con un origen tradicional, parece que logró ser empleada como una agencia de recaudación de deudas" (1976, p. 149).

[226] Newbury (1971, pp. 97-98; véase también 1972, p. 85).

[227] Stoianovich (1976, p. 177).

[228] McGowan (1981a, pp. 72-73).

[229] Issawi (1966, p. 236).

son necesariamente relevantes. Esto es así porque se produjo un fenómeno secundario que muchas veces no se ha distinguido lo suficiente de la incorporación.

Cuando una zona determinada se incorporaba a la economía-mundo, esto tenía como resultado que otra zona adyacente fuera arrastrada al área externa. Es como si se produjera una onda externa de expansión. Cuando India fue incorporada, China pasó a formar parte del área externa; cuando los Balcanes, Anatolia y Egipto se incorporaron, partes del Creciente Fértil y del Maghreb se unieron al área externa. Cuando la Rusia europea se incorporó, Asia central (e incluso China) pasó al área externa; cuando la costa de África Occidental se incorporó, el área de la sabana de África Occidental devino área externa.

Desde el punto de vista de la economía-mundo capitalista, un área externa era una zona de la que la economía-mundo capitalista deseaba obtener mercancías pero que se resistía (quizá culturalmente) a importar productos manufacturados a cambio y era lo bastante fuerte políticamente como para mantener sus preferencias. Europa había comprado té en China desde principios del siglo XVIII, pero no había encontrado más medio de pago aceptable que la plata. La incorporación de India ofreció algunas alternativas a Gran Bretaña preferibles para ella y todavía aceptables para China. Éste fue el origen de lo que se ha dado en denominar comercio triangular indo-chino-británico.

El comercio triangular fue una invención de la Compañía de las Indias Orientales. En 1757, la compañía empezó a transportar plata de Bengala para adquirir té en China.[230] Durante los 70 años siguientes, las compras de la compañía en China (el 90% de las cuales eran té) se quintuplicaron;[231] el costo en plata habría sido muy elevado, y la compañía estuvo sometida a fuertes presiones para evitarlo.[232] Se encontró una fórmula que solucionó simultáneamente dos problemas. Por una parte, como hemos visto, estaba en marcha un proceso para reducir

[230] Sinha (1956, vol. I, p. 222). En esta época los británicos también empezaron a penetrar en el Tíbet (en 1772-1774) "para mantener abierta la ruta por tierra hacia China" (Hyam, 1967, p. 124). Esto fue necesario porque los gurkas amenazaban con cerrarla. Véase Marshall (1964a, p. 17).

[231] Chung (1974, p. 412).

[232] "Ambiciosos fabricantes [en el Reino Unido] se irritaron al ver la importación masiva de artículos indios y chinos a Londres con la consiguiente exportación, y la culpa se atribuyó sólo a la East India House" (Harlow, 1964, vol. II, p. 489). Muchos sostuvieron que las prácticas monopolísticas de la compañía limitaban la expansión de la red comercial de los comerciantes privados.

las manufacturas de tejido de algodón en India, que habían encontrado un mercado en Europa Occidental y en varias zonas del subcontinente indio, y para sustituirlas por importaciones de tejidos británicos. Pero este proceso planteaba el problema de qué salida dar a la producción india de algodón, ya que en este momento no resultaba económico enviarla a Europa. Resultó que China requería más algodón en bruto y que, a diferencia de las manufacturas textiles de la India, las de China no se exportaban a Europa y no planteaban ninguna amenaza competitiva. Las exportaciones de algodón indio a China proporcionaron así una salida de mercado adecuada[233] desde el punto de vista británico y, simultáneamente, eliminaron la necesidad de exportaciones de plata británica a China.[234]

No obstante, las exportaciones de algodón planteaban un problema, ya que China producía algodón por sí misma y las importaciones de India eran meramente suplementarias. El precio del algodón indio en China variaba según el resultado de la cosecha anual de algodón en China, lo que volvía inciertos los beneficios y llevó a la compañía a actuar como agentes comisionados en China, desplazando la carga económica de la inestabilidad de la cosecha china a los mercaderes de Hong mediante contratos a largo plazo. La década de 1820 fue particular- mente difícil por la disminución de la demanda en China.[235]

Los británicos encontraron entonces un sustituto del algodón: el opio, cultivado en Malwa y Bengala. Aunque, en teoría, el emperador chino prohibió su importación, la combinación de "un mandarinato corrupto y la debilidad naval" abrió los puertos chinos al comercio de opio.[236] Los niveles de importa-

[233] "En 1789 el algodón en bruto ya no era exportado en cantidades significativas de Gujarat a Bengala, sino que era masivamente enviado a China. El gran aumento en el comercio comenzó en torno a 1784, cuando la Commutation Act de Pitt [ley que conmutaba los aranceles sobre el té] permitió a la Compañía de las Indias Orientales incrementar en gran medida sus compras de té en cantón" (Nightingale, 1970, p. 23). Véase también Mui y Mui (1963, p. 264).

[234] Aunque Sinha (1956, vol. I, p. 222) data el final de las exportaciones de plata a China en algún momento entre 1790 y 1800, Greenberg (1951, p. 10) afirma que 1804 fue la fecha. Marshall asegura que a finales del siglo XVIII "el crecimiento del comercio indio [con Gran Bretaña] se había hecho inexplicable sin referencia a las demandas y oportunidades creadas por Cantón" (1964a, p. 16).

[235] Véase Greenberg (1951, pp. 80-81, 88).

[236] Greenberg (1951, p. 111). Si bien los beneficios del algodón eran reducidos e inciertos, "ninguna mercancía podía ser tan rentable como el opio que requería escasas inversiones" (Chung, 1974, p. 422). Véase también Sinha (1970,

ción crecieron tanto que, invirtiéndose la situación original, China empezó a *exportar* plata para pagar el opio. En 1836, el emperador trató de hacer cumplir la prohibición del opio, con lo que provocó la guerra del Opio en 1840 y, con el tratado de 1842, la propia China inició el proceso de incorporación.[237] Pero ésa es otra historia.

La incorporación de India a la economía-mundo provocó cambios en las pautas de producción (decadencia de las manufacturas textiles) que ocasionaron problemas a los productores de algodón en Gujarat, los cuales se resolvieron encontrando una salida comercial (China) en el área externa. Asimismo, la incorporación de la costa de África Occidental a la economía-mundo produjo cambios en sus pautas económicas (en último término, el fin del tráfico de esclavos) que crearon problemas en las zonas de venta de esclavos. Algunas volvieron a los cultivos comerciales que se vendían en la economía-mundo capitalista; otras, por diversos motivos, fueron incapaces de seguir ese camino en aquel momento, y encontraron nuevas salidas comerciales a nuevos productos en la nueva área externa, la sabana de África Occidental.

El volumen del comercio del Sahara —por el que nos referimos al comercio de la sabana o zona del Sahel de África Occidental tanto hacia el norte, a el Maghreb, como hacia el sur (oeste), a las zonas selváticas y costeras de África Occidental— tuvo un "auge renovado" y un "rápido crecimiento" entre 1820 y 1875.[238] Ashanti, uno de los más importantes estados vendedores de esclavos en la zona forestal a finales del siglo XVIII, aumentó de forma significativa su exportación de cola al norte, hacia las áreas hausa, como "respuesta del gobierno ashanti a la decadencia del comercio atlántico de esclavos a principios del siglo XIX".[239] Pero el cambio más notable se produjo en la propia zona de la sabana que estuvo marcada por dos fenómenos de importancia central: la espectacular expansión de los

p. 27). En 1821 el opio sobrepasó al té como el primer artículo del comercio triangular (Chung, 1974, p. 420), y en 1840 las exportaciones de opio de la India a China triplicaban sus exportaciones de algodón (Fay, 1940, p. 400). Véase también Owen (1934, p. 62 y ss.).

[237] Véase Greenberg (1951, pp. 141, 198-206, 214).

[238] Meillassoux (1971a, pp. 13, 57). Alcanzó su punto máximo en la década de 1870, y su valor era igual al del comercio costero de aceite de palma en África Occidental en la década de 1860. Véase Newvbury (1966, p. 245).

[239] Wilks (1971, p. 130). Las relaciones de Hausa con la costa se remontaban al principio del siglo XVIII (Colvin, 1971, p. 123), pero crecieron de forma considerable en el siglo XIX.

principales movimientos islámicos reformistas y constructores de estados expansionistas, muy en particular los de Uthman dan Fodio, Al Hajj Umar y Samory, y la expansión, igualmente espectacular, del fenómeno de la esclavitud.

En el caso de los movimientos islámicos, la historia se inició, con el renacimiento de las órdenes sufíes a través de todo el mundo islámico a finales del siglo XVII, lo que, indudablemente, estuvo relacionado con la percepción de las amenazas planteadas por el expansionismo europeo (cristiano) y la decadencia de las tres principales entidades políticas islámicas de la época: el imperio mogol, el safavid y el otomano.[240] En África Occidental, las continuas perturbaciones en el interior causadas por el comercio atlántico de esclavos dieron sin duda más motivos a este sentimiento de malestar.[241] Los grandes movimientos religiosos no pueden reducirse a la política meramente instrumental, como han subrayado muchos estudiosos.[242] Pero también es evidente que las transformaciones políticas, que provocaron estos movimientos religiosos, pueden explicarse únicamente en el contexto más amplio de las transformaciones

[240] Véase Martin (1976, pp. 2-3).

[241] Por ejemplo, al describir la situación en Kayor y Boal (situadas en la actualidad en Senegal/Malí), Becker y Martin observan: "Existía una estrecha relación entre el comercio de esclavos y los desórdenes en el interior, que las fuentes describen con gran énfasis" (1975, p. 272). Continúan: "El examen de estas resistencias campesinas [...] muestra que no se trataba en lo fundamental de una cuestión de problemas políticos internos, sino de reacciones específicas a las consecuencias de la participación de los jefes en el comercio atlántico. El objetivo de las revueltas era acabar con el 'pillaje' y la captura de esclavos" (pp. 291-292, nota 31).

[242] Waldman (1965) examina cómo Uthman dan Fodio logró apoyos dando unidad a múltiples motivaciones, siendo la de los oprimidos contra los opresores —el factor que enfatiza Hodgkin (1960, p. 80)— sólo una entre otras. Last (1974, p. 10) insiste en que los campesinos y comerciantes estaban "apenas implicados" en la jihad. Hiskett (1976, pp. 136-139), sin embargo, pone de manifiesto el trasfondo social y económico de la jihad, incluyendo los "violentos procesos de esclavización" y la inflación del cauri producida por la afluencia de conchas europeas a las costas.

En lo que se refiere a Al Hajj Umar, 75 años posterior, Oloruntimehin (1974, pp. 351-352) critica a Suret-Canale (1961, pp. 191-192) afirmando que Al Hajj Umar movilizó a sus seguidores sobre la base de una lucha antiaristocrática e insiste en el "factor religioso". Last sostiene que la lucha de Al Hajj Umar con los franceses "no era esencial para su jihad" (1974, p. 21). Hiskett, de nuevo es hasta cierto punto más receptivo a la tesis social, pero sólo hasta cierto punto. La jihad "tuvo lugar durante el auge de la penetración colonial francesa en África Occidental. Como consecuencia, a menudo fue presentada como movimiento de resistencia africana frente al colonialismo europeo. Tal interpretación, aunque no del todo inválida, es demasiado simple" (1976, p. 155).

sociales y económicas. Discutiremos brevemente estos cambios políticos por sí mismos, pero, de momento, concentrémonos en los cambios económicos.

¿Por qué se expandió tanto la esclavitud en la sabana en este momento? En cierto sentido, la respuesta es sencilla; la demanda de esclavos aumentó en las regiones adyacentes, tanto las del norte como las del sur, y dentro de la propia sabana.[243] Ya he descrito las fuentes de la demanda procedente del sur. El desarrollo de la producción a gran escala creó "economías que utilizaban de forma intensiva el trabajo y que dependían del crecimiento del número de esclavos".[244] La exportación de esclavos al norte, hacia Trípoli, Egipto, Chipre y Constantinopla, se duplicó en comparación con el siglo XVIII, lo que se debió al carácter de "explosión" económica del siglo XIX. Este comercio, sin embargo, siguió siendo principalmente de esclavas, lo que seguía reflejando su naturaleza de gasto doméstico "suntuario".[245]

Finalmente, un número considerable de esclavos se retuvo para su uso en la zona de la sabana en las nuevas estructuras de plantación que se utilizaron para la producción en la economía regional.[246] En cierto sentido, la repercusión de la incorporación de la costa de África Occidental provocó, durante el siglo XIX en la sabana de África Occidental el mismo fenómeno que se había producido en la costa cuando todavía era un área externa a principios del siglo XIX: el auge de los estados vendedores de esclavos y la expansión del uso de los mismos para la producción local/regional.

[243] Véase Lovejoy (1979, p. 42).

[244] Tambo (1976, p. 204), quien describe el califato de Sokoto como la fuente principal de esclavos para los golfos de Benin y Biafra en esta época. Véase también Klein y Lovejoy: "También en el área de la selva la producción a gran escala era común en el siglo XIX. Alrededor de Kumasi en Ashanti había plantaciones y muchos miles de esclavos se utilizaban en las minas de oro. En los estados de Dahomey y Yoruba el gobierno también estaba implicado en la producción a gran escala que dependía del trabajo esclavo tanto en la agricultura como en el comercio. En las nuevas tierras agrícolas del noreste de Igboland, las plantaciones de ñame eran corrientes. Cuando en la zona central de Igbo se plantaron palmeras, las fronteras del norte se convirtieron en una fuente importante de productos alimentarios. Una pauta similar siguió el proceso desarrollado en el hinterland inmediato de Calabar" (1979, p. 197).

[245] Austen (1979, pp. 60-61, cuadro 2.7). Boahen (1964, p. 128) estima las esclavas en el 60%, los niños de menos de 10 años en el 10%, y afirma que los hombres se utilizaban principalmente como eunucos. Véase también M'Bokolo (1980).

[246] Véase Lovejoy (1979, pp. 1267-1268; véase también 1978). Meillassoux describe (1971b, pp. 184-186) un fenómeno similar al oeste en la zona de la sabana.

La incorporación a la economía-mundo supone necesariamente la inserción de estructuras políticas en el sistema interestatal. Eso significa que los "estados" ya existentes en estas zonas o se transforman en "estados dentro del sistema interestatal", o bien son sustituidos por nuevas estructuras políticas que adoptan esta forma, o son absorbidos por otros estados que ya se encuentran dentro del sistema interestatal. Un sistema integrado de división del trabajo no puede funcionar con fluidez sin ciertas garantías relativas a la posibilidad de flujos regulares de mercancías, dinero y personas a través de las fronteras. No se afirma que estos flujos sean "libres". Al contrario, raras veces lo son. Pero se trata de que los estados que imponen limitaciones a estos flujos actúen dentro de los lineamientos de determinadas reglas que, de algún modo, hacen respetar la colectividad de los estados miembros del sistema interestatal (si bien, en la práctica, son unos pocos estados más fuertes los que las imponen).

Desde el punto de vista del sistema interestatal existente, la situación ideal en un área sometida a la incorporación es la existencia de estructuras estatales que no sean ni demasiado fuertes ni demasiado débiles. Si son demasiado fuertes, pueden estar en condiciones de evitar los flujos transfronterizos necesarios basándose en consideraciones distintas a la de maximizar la acumulación de capital en la economía-mundo. Si son demasiado débiles, quizá no sean capaces de evitar que otros, dentro de su territorio, interfieran estos flujos. Al finalizar el proceso de incorporación, cabría esperar encontrar estados que, internamente, tengan burocracias lo suficientemente fuertes como para afectar de forma directa los procesos de producción que, externamente, están ligados a las redes diplomáticas y monetarias del sistema interestatal.

Meillassoux, en su estudio de las relaciones de los estados de África Occidental con los comerciantes durante el siglo XIX describe en forma extraordinaria la transformación implicada:

[No se ha] establecido con claridad que la existencia de sistemas estatales potenciara el comercio en todas partes. El militarismo de dicho sistema se enfrentaba al pacifismo de los comerciantes. Según los viajeros del siglo XIX, las regiones más peligrosas, evitadas por las caravanas, se encontraban en el territorio de los estados más centralizados debido a las guerras que libraban entre sí. El Estado empieza a desempeñar un papel positivo en el fomento del comercio cuando sus medios administrativos (transporte, moneda, orden público) se convierten en los medios de comercio. Esta tendencia conduce a la

integración del comerciante como súbdito del Estado y elimina su estatus de "extranjero". Este fenómeno se encuentra en mayor medida en el golfo de Guinea, donde prevaleció el comercio de esclavos.[247]

Como zona incorporada a la economía-mundo, este comercio transfronterizo se hizo "interno" a la economía-mundo y dejó de ser algo "externo" a ella. El comercio pasó de significar un gran riesgo a ser algo promovido y protegido por el sistema interestatal. Es esta transformación la que estamos discutiendo.

Naturalmente, las situaciones políticas previas de las cuatro regiones que hemos ido analizando diferían bastante unas de otras; por consiguiente, fueron considerablemente distintos los detalles del resto de las transformaciones políticas que se precisaron. Sin embargo, como veremos, al final de la incorporación los resultados acabaron siendo menos diferentes que los puntos de partida, si bien nunca se borraron por completo las peculiaridades de cada región.

Empecemos nuestro análisis con el imperio otomano. El imperio había sido sometido a presión en todas sus fronteras desde el fracasado sitio de Viena en 1683. Las sucesivas guerras, principalmente con Austria y Rusia, significaron una lenta pero continua pérdida de territorio a lo largo del siglo XVIII (y posteriormente del XIX), cuyo resultado último sería la República de Turquía, que en sus actuales fronteras ha quedado esencialmente reducida a Anatolia, el núcleo original del imperio otomano. El retroceso físico del imperio otomano estuvo, durante largo tiempo, acompañado por el retroceso continuo de su capacidad para controlar políticamente su imperio con las instituciones que había creado en su época de expansión. Específicamente, el Estado contemplaba una grave disminución de su capacidad para controlar los medios de producción, de circulación, de coerción y de administración.[248]

El final de la expansión territorial del imperio supuso un fuerte golpe a uno de los basamentos de su estructura, el sistema de *timar*, por el que las tierras recientemente adquiridas eran distribuidas a los funcionarios intermedios *(sipahis)* que actuaban como representantes locales del Estado central y, en particular, como sus recaudadores de impuestos. Al mismo tiempo que el Estado central perdía su capacidad de recompensar con tierras a los funcionarios, sufrió una prolongada

247 Meillassoux (1971a, p. 74).

248 Este tema se trata de forma más detallada en Wallerstein y Kasaba (1983, pp. 338-345).

decadencia de su capacidad para mantener los niveles de ingresos: en parte debido a la inflación (el impacto de encontrarse en el área externa de la economía-mundo y de ser receptor de las exportaciones de plata de esta economía-mundo), en parte debido al desvío de rutas comerciales antes lucrativas (a causa del auge de las nuevas redes atlántica e índica en la economía-mundo europea en los siglos XVI y XVII). Para solucionar este problema, el Estado recurrió a un sistema de arrendamiento de impuestos que, en último término, tuvo como resultado la cuasiprivatización de la tierra imperial.

Hubo una decadencia paralela en el control detallado de la actividad mercantil mediante las regulaciones *hisba*. La capacidad del gobierno para controlar las transacciones comerciales con el fin de dar prioridad al aprovisionamiento del centro otomano fue sustituida por un sistema en el que las monedas europeas circulaban con facilidad en el imperio, y el préstamo de dinero a la burocracia se convirtió en una práctica generalizada.

En el ámbito militar, el imperio empezó a quedar rezagado en relación con los europeos a finales del siglo XVII. Para remediar esto, el gobierno central autorizó a los administradores provinciales a crear unidades mercenarias (tropas *sekban*) e incrementó sus propias fuerzas mercenarias (los jenízaros). Dadas las crecientes dificultades financieras, el aumento de los militares mercenarios supuso, a largo plazo, un cuerpo creciente de soldados difícil de controlar e inactivo.

Finalmente, en el imperio el poder de los funcionarios provinciales y los notables locales (los *ayans*) se fortaleció a medida que fueron obteniendo sus ingresos del arrendamiento de impuestos, y su poder militar de las tropas *sekban*.[249] Cuando se firmó el "desastroso tratado de paz"[250] de Küçük Kaynarca en 1774, después de la derrota en la guerra con Rusia, los *ayans* se habían constituido en "los gobernantes de facto de varias zonas" y estaban en condiciones de "competir por el poder".[251]

El surgimiento de poderes regionales se produjo en todas partes dentro del imperio otomano: en Rumelia (los Balcanes), en el Creciente Fértil, en Egipto y en el norte de África. Tuvo su forma más notable en Egipto, con la virtual secesión de Mohamed Ali, cuyo nuevo Estado de facto surgió como resultado de la invasión napoleónica. Sin embargo, la autonomía de Egipto

[249] Sobre la aparición de *ayans* en función de la decadencia del *timar*, véase Sucéska (1966).

[250] Heyd (1970, p. 355).

[251] Karpat (1972, p. 355).

no estuvo meramente en función de la decadencia interna otomana, que sí fue su condición previa. De haber sido únicamente por eso, Mohamed Ali pudo haber creado un nuevo y poderoso contraimperio. En el contexto del proceso de incorporación, la guerra entre Gran Bretaña y Francia inicialmente permitió su secesión pero, posteriormente Gran Bretaña limitó (durante 40 años) su capacidad para consolidar una nueva estructura imperial de este tipo.[252]

La aparición de "autonomías" virtuales en los Balcanes es igualmente impresionante. El control otomano sobre las provincias balcánicas se hizo "puramente nominal".[253] Figuras como Pasvanoğlu Osman Pasha en Serbia y Ali Pasha en Janina se habían hecho "semiindependientes". Su base estaba, indudablemente, en la clase de los grandes terratenientes, pero también contaban con el apoyo de las clases de mercaderes locales, que "tenían todo tipo de intereses en la creación de una fuerte estructura gubernamental que pudiera controlar la anarquía frente a la que la Sublime Puerta era ya impotente".[254] Las fuertes estructuras emergentes se crearon, sin embargo, dentro del marco de unidades de mediano tamaño, más grandes que los *sandjaks* del imperio.

Las reformas del sultán Mahmud II tenían como objetivo acabar con esta fragmentación del poder central y, en último término, consiguió abolir los *ayans* y a los jenízaros.[255] Su principal logro fue la "fundación de una monarquía absoluta apoyada por una burocracia centralizada y un ejército estatal reclutado entre el pueblo y constituido conforme a una nueva orientación secular y progresista".[256] Sin embargo, esta consolidación tuvo un precio. En cierto sentido, a largo plazo tuvo

[252] Véase Abir: "La autoridad y el poder del gobierno central otomano decayó muy pronto en la segunda mitad del siglo XVIII y principios del XIX. Entre los *valis* que intentaron consolidar su autonomía a expensas del gobierno central, Mohamed Ali de Egipto fue excepcional. La expansión de Mohamed Ali se vio facilitada por la debilidad e incertidumbre que prevalecían en el imperio otomano. Coincidió, por desgracia para él, con el creciente interés británico por la región" (1977, pp. 295, 309).

[253] Skiotis (1971, p. 219). Los *ayans* planteaban en aquel momento "el desafío más peligroso al Estado otomano" (Jelavich y Jelavich, 1977, p. 16). Con respecto al mismo fenómeno en el Creciente Fértil, véase Hourani (1957, pp. 93-95).

[254] Buda (1972, p. 102). Sobre una base conjunta paralela de poder local (terratenientes y mercaderes) en Damasco, Aleppo y las ciudades santas, véase Hourani (1968, pp. 52-54).

[255] Véase Karpat (1972, pp. 243-256).

[256] Berkes (1964, p. 92).

éxito al crear un moderno "Estado dentro del sistema interestatal", pero únicamente dentro de una zona más reducida que la totalidad del antiguo imperio otomano.

Los intentos de Mahmud II de reforma y recentralización a principios del siglo XIX fueron la "causa inmediata del levantamiento griego",[257] la primera secesión auténtica que tuvo éxito. Aunque la causa griega acabó por adoptar una forma nacionalista clásica, construida en torno a la lengua y la religión,[258] su base como resistencia a la recentralización otomana, puede evaluarse gracias al importante papel que los "búlgaros" desempeñaron en sus primeros momentos, tanto en la guerra de Grecia como en la resistencia política en Rumania.[259]

Es este intento por contener la decadencia del poder centralizado y de poner coto a la presión militar externa, el contexto en el que el imperio otomano se convirtió en el "primer país no cristiano que tomó parte en el sistema estatal europeo y el primero que aceptó incondicionalmente su forma de diplomacia".[260] Aunque el primer "diplomático" occidental, un inglés llamado William Harborne, llegó a Estambul ya en 1583,[261] el unilateralismo otomano y su desprecio por los estados europeos todavía eran ilimitados en aquella época y seguirían sién-

[257] Braude y Lewis (1982, p. 19). Y continúan: "Durante el final del siglo XVIII y principios del XIX, las comunidades marítimas y mercantiles griegas habían prosperado mucho. La bandera otomana, neutral durante alguno de los años cruciales de las guerras revolucionarias y napoleónicas, les había dado considerables ventajas comerciales; la administración laxa y bastante descentralizada del imperio otomano durante este periodo les ofreció la oportunidad de establecer sus propias instituciones administrativas, políticas e incluso militares. Los gobernantes y dinastías locales que regían gran parte de Grecia eran, en su mayoría, musulmanes. Sin embargo presidían principados en gran parte griegos, tenían a su servicio a ministros y agentes griegos e incluso empleaban tropas griegas. Los intentos de Mahmud II de restablecer la autoridad directa del gobierno central otomano representaron por tanto un grave recorte de las libertades de las que ya disfrutaban los griegos."

Debería observarse que Mahmud II requirió de un tiempo para desarrollar sus planes reformistas. Dado el importante papel que desempeñó en su acceso al poder en 1807 el *ayan* de Rusçuk, Alemdar Mustafa Pasha, Mahmud II comenzó su reino emitiendo en 1808, la Senedi Ittifak, que otorgaba a los *ayans* una libertad considerable en sus dominios de Rumelia y Anatolia, acto que Karpat considera "una concesión humillante" (1974, p. 275).

[258] Véase Dakin (1973, p. 56).

[259] Véase Todorov (1965, p. 181).

[260] Hurewitz (1961a, pp. 455-456; 1961b, p. 141) que añade: "La aceptación otomana de la plena reciprocidad diplomática con Europa constituyó, por tanto, un paso decisivo en la transformación del sistema estatal europeo en un sistema mundial."

[261] Véase Anderson (1984, p. xv).

dolo en gran medida hasta finales del siglo XVIII. Sin embargo, el tratado de Karlowitz de 1699, que fue el primer paso en la recesión geográfica otomana en Europa, marcó el inicio de lo que fue una episódica aquiescencia en las negociaciones y reconocimiento de reglas y, por consiguiente, una nueva concepción otomana de la diplomacia.[262]

Una evolución similar empezó a producirse con la función del "cónsul". Las "capitulaciones" fueron originalmente un privilegio concedido a extranjeros pertenecientes a una comunidad religiosa no musulmana, o *millet*, cuyo representante era el "cónsul". Todavía en 1634 el sultán "designaba" al embajador francés sin consultar a las autoridades de París, pero después de 1683, cuando la recesión geográfica empezó, las capitulaciones se convirtieron en un activo que la Sublime Puerta podía negociar a cambio de "apoyo diplomático" europeo frente a otras potencias europeas.[263] En 1740, los franceses obtuvieron este tipo de recompensa por su asistencia en las negociaciones de paz con los rusos en Belgrado en 1739. Esto tuvo como resultado un considerable incremento del comercio de Francia con el imperio otomano.[264]

Sin embargo, lo más importante de este nuevo acuerdo con Francia es que los otomanos redefinieron el significado de las "capitulaciones", extendiendo los certificados de protección (los *berats*), más allá de los extranjeros, a súbditos otomanos no musulmanes, respecto a quienes se aceptaba que se encon-

[262] Un veneciano presente en Karlowitz, Carlo Ruzzini, observó cambios específicos en el modo de negociación de los otomanos. Ruzzini subrayó su aceptación de la "igualdad de los participantes", su disposición a someter diferencias a un "método" y su "deliberación en las formalidades de la negociación". Ésta no era, sin embargo, la imagen que los otomanos tenían de sí mismos Ellos intentaron "garantizar que ninguno de los aliados pudiera exigir un cambio en los 'antiguos' procedimientos de negociación para dictar términos" (Abou-el-Haj, 1974, pp. 131, 134).

En el tratado, los otomanos renunciaron a Hungría, Transilvania, reconocieron la conquista de Morea y Dalmacia, devolvieron Podole y (en 1702) Azov (véase Sugar, 1977, p. 200). Esto supuso la necesidad de demarcar líneas divisorias, un proceso que se completó en 1703. Las fronteras fluidas ya no eran legítimas y la "estabilización de las fronteras requirió la disposición del Estado [otomano] de contener en forma directa a elementos en la frontera [tártara] hasta que se efectuara un cambio en su modo de vida" (Abou-el-Haj, 1969, p. 475).

[263] Inalçik (1971, pp. 1180, 1185).

[264] Véase Paris (1957, pp. 93-101). Pero cuando en el periodo 1768-1789 Francia ya no pudo ayudar en forma eficaz contra la ofensiva austro-rusa, las relaciones comerciales con aquel país disminuyeron e Inglaterra empezó su auge como socio comercial (véase pp. 104-106).

traban bajo la protección del cónsul extranjero.[265] Esto tendría como consecuencia un profundo cambio en la composición social global de las clases comerciales, pasando de una situación en la que los musulmanes habían constituido "o la mayoría, o una poderosa minoría" en la mayor parte de las regiones a una situación en la que en las finanzas, la industria y el comercio exterior predominarían los no musulmanes (griegos, armenios, judíos, levantinos), vinculados a través de las capitulaciones a cónsules extranjeros.[266]

Cuando el tratado de Küçük Kaynarca de 1774 impuso a los otomanos el "hecho amargo" de que ya no estaban en situación de prescindir de ayuda exterior para defenderse militarmente, "legaron a la conclusión obvia" de que tenían que integrarse al "complicado mecanismo" del sistema interestatal europeo.[267] Fue en el reino de Selim III (1789-1807) cuando el imperio otomano hizo su primer "experimento con la diplomacia recíproca",[268] al mismo tiempo que trataba de "reducir

[265] Véase Hodgson (1974, vol. III, p. 142).

[266] Issawi (1982, p. 262). Incluso en la agricultura aunque predominaban los musulmanes (turcos en Anatolia, árabes en el Asia Occidental), los *millets* eran importantes, en especial en el algodón, que se había convertido en "el sector agrícola de más rápida expansión" (p. 263).

[267] Heyd (1970, vol. I, p. 356). Gibb y Bowen sostienen que antes de esta época los líderes de la clase gobernante del imperio otomano no tenían ningún sentimiento de inferioridad respecto a Europa. "Fue sólo la experiencia de dos guerras desastrosas, una de las cuales se prolongó de 1767 a 1774 y la otra de 1788 a 1792, lo que indujo un cambio de actitud" (1950, p. 19).

Además de las implicaciones militares de Küçük Kaynarca, Karpat nos recuerda sus consecuencias económicas: "La apertura del Mar Negro a los rusos mediante los tratados de paz de Küçük Kaynarca y Jassi en 1774 y 1792, junto con la pérdida de territorios a lo largo de la orilla norte del mismo mar, privaron al Estado otomano de su principal base económica. El Mar Negro había sido un área comercial exclusivamente otomana, lo que compensaba el dominio francés y británico del comercio mediterráneo" (1972, p. 246).

[268] Hurewitz (1961a, p. 460). En 1792 se envió al extranjero la primera embajada permanente. Francia resultaba ser la elección lógica. "Sin embargo, después de estudiar el asunto, se experimentó temor de que esta actuación pudiera ofender a aquellos estados europeos que se encontraban en guerra con Francia y que, por tanto, pudieran rechazar un enviado otomano" (Naff, 1963, p. 303). Por ello, se abrió la embajada en Londres, y después en Viena en 1794, en Berlín en 1795 y en París en 1796. Véase también Shaw (1971, pp. 187-189, 247-248).

La reciprocidad diplomática implicó también el fin del maltrato otomano de los embajadores durante sus audiencias con el sultán. El embajador británico informó en 1794 que "en lugar de aquella pomposa y desdeñosa dignidad con la que, según se afirma, los anteriores sultanes concedían audiencia a los ministros de las cabezas coronadas, me encontré con una recepción del princi-

el abuso" de la administración de las capitulaciones. A este último esfuerzo, no obstante, se opondrían con éxito los embajadores y cónsules europeos, "quienes de cualquier reforma únicamente veían un nuevo intento de reducir los beneficios" que ellos y los mercaderes que protegían obtenían gracias a esos "abusos".[269]

Esta nueva atmósfera no impidió que las potencias europeas prestaran su apoyo a las fuerzas descentralizadoras dentro del imperio. Bonaparte invadió Egipto, poniendo fin definitivamente a las prudentes reservas del *Ancien Régime*, que temía que tal intrusión sólo redundaría en beneficio de Rusia y Gran Bretaña,[270] lo cual efectivamente ocurrió.[271] Los británicos apoyarían de facto la lucha por la independencia de Grecia, cuya épica fue cantada por Lord Byron.[272]

Las reformas llevadas a cabo por Selim resultaron ser insuficientes porque la diplomacia otomana carecía de una base organizativa representada por una burocracia especializada permanente. Este sería otro de los logros del reino de Mahmud II (1808-1839).[273] Una vez que Gran Bretaña alcanzó su posición hegemónica definitiva, sustituyó a Francia como protectora de la integridad otomana, a la que consideraba un freno frente a las ambiciones de Austria y Rusia y una garantía de acceso a la India, que en aquel momento se había convertido en una preocupación prioritaria para Gran Bretaña.[274] Pero lo más importante de todo es que Gran Bretaña podía

pe reinante tan generosa y atenta como hubiera podido esperar de cualquier otro soberano en Europa" (citado en Hourani, 1957, p. 116).

La reciprocidad diplomática entre Europa Occidental y China no tuvo lugar hasta 1875, con Japón en 1870, con Persia en 1862. "En contraste, las principales potencias europeas y algunos países de menor importancia mantenían legaciones diplomáticas en Estambul antes de finales del siglo XVIII" (Hurewitz, 1961b, p. 144-145).

[269] Shaw (1971, pp. 178-179).

[270] En 1784 Vergennes dio instrucciones al embajador francés, el conde de Choiseul-Gouffier, para ofrecer enviados militares que ayudaran a los turcos en la "renovación de sus ejércitos" (Roche, 1985, pp. 84-85).

[271] "El resultado inmediato de la expedición de Bonaparte fue la pérdida de la Puerta frente a los enemigos de Francia, Gran Bretaña y Rusia. Así, la apuesta de Bonaparte le costó a Francia su posición y activos en Oriente Medio, construidos a lo largo de varios siglos" (Shaw, 1971, pp. 262-263).

[272] Lo mismo ocurriría con Estados Unidos. Véase Earle (1927).

[273] Véase Findley (1980, pp. 126-140). Findley (1972, pp. 399-400) sin embargo concede a las "efímeras" innovaciones de Selim el crédito de haber sentado los cimientos. Sobre las contribuciones de Mahmud II, a las que "aún hay que hacer justicia", véase Berkes (1964, p. 92).

[274] Véase Jelavich y Jelavich (1977, p. 22).

ahora imponer sus condiciones a los otomanos como pago por su protección del imperio; y esas condiciones fueron gravosas. En 1838, ya al final del reinado de Mahmud II, Gran Bretaña y el imperio otomano firmaron la Convención Comercial Anglo-Turca (CCAT) de Balta Limann. El preludio inmediato a la firma de esta convención en agosto había sido la proclamación de la independencia de Egipto (y Siria) por Mohamed Ali. Gran Bretaña ayudaría al imperio a negar esta proclamación.[275] A cambio, la CCAT confirmó "para siempre" todos los privilegios capitulativos y limitó los derechos otomanos a imponer aranceles ad valórem superiores al 3% para las importaciones y el comercio en tránsito, y al 12% para las exportaciones. Se puso fin a todos los monopolios, y Gran Bretaña obtuvo la condición de nación más favorecida.[276] Esto tuvo el efecto de apoyar al centro otomano frente a secesionistas potenciales como Egipto.

Todos los observadores coinciden en que este tratado supuso que los otomanos, "en la práctica, adoptaron el libre comercio".[277] El impacto negativo del tratado fue grande,[278] pues aparte de su influencia sobre la composición de la producción (la decadencia de las manufacturas otomanas), también redujo considerablemente los ingresos del Estado otomano, lo que tuvo como consecuencia que en 1854 éste se convirtiera en una potencia deudora y, en última instancia, culminó en el fracaso de 1878, y la subsiguiente tutela crediticia.[279] Después de 1838,

[275] Al actuar así también eliminaban toda necesidad de que los otomanos buscaran más tarde ayuda en Rusia, socavando de este modo el tratado de Hunkâr-Iskelesi de 1833, que había otorgado a los rusos su demanda de que, en caso de guerra, los dardanelos se cerraran. Véase Puryear (1935, cap. 3).

[276] Véase Puryear (1935, pp. 123-125).

[277] Findley (1980, p. 341). Inalçik (1971, p. 1187) afirma que convirtió al imperio otomano en "un mercado del todo abierto justo en un momento en el que la industria mecanizada europea buscaba mercados para su producción. Durante los diez años siguientes, la industria local se colapsó". Karpat (1972, p. 247) habla de que otorgó a Gran Bretaña una "indiscutible superioridad competitiva respecto a los fabricantes del país", provocando por consiguiente el colapso virtual de la economía estatal otomana. Issawi nos recuerda que el establecimiento de esta "área de comercio sustancialmente libre" seguía una pauta: "El gobierno británico y más en concreto lord Palmerston, estaba [...] ansioso por aplicar un correctivo a Mehmet Ali. Además, aplicaba en Turquía la misma política económica que habría de seguir en Irán en 1841, en China en 1842 y en Marruecos en 1856, el denominado 'Imperialismo del Libre Comercio'". (1980b, p. 125).

[278] Véanse Kançal (1983), pero también Kurmus (1983), que es escéptico.

[279] Véase Puryear (1935, pp. 104-105) quien afirma: "Mehmet Ali tenía razón: a largo plazo la Convención Comercial Anglo-Turca hizo más daño a Turquía que a Egipto."

Turquía se convirtió en el cuarto mejor cliente de Gran Bretaña, y en 1846 lord Palmerston podía declarar al parlamento que no había "ningún país extranjero con el que hayamos tenido relaciones comerciales en el que los aranceles hayan sido tan bajos y liberales como los de Turquía".[280]

Las reformas políticas y administrativas de los tanzimat en el rescripto de Gulhane de 1839 al inicio del nuevo sultanato de Abdülmecid I señalaron la última etapa de este proceso. "Las puertas se abrieron de par en par a Occidente".[281] La incorporación fue tan completa que, en 1872, el súbdito británico J. Lewis Farley, cónsul de la Sublime Puerta en Bristol, podía sostener que *puesto que* Turquía "se había sumado a la comunidad de naciones", *puesto que* su sistema administrativo había sido "remodelado" y *puesto que* reconocía la supremacía del universalismo sobre las exigencias de la secta, podrían quizá revisarse algunas de las capitulaciones.[282] En pocas palabras, ya no eran precisas.

La reconstrucción de los mecanismos políticos del subcontinente indio siguió una trayectoria muy distinta a la del imperio otomano. En el caso de éste, en 1850 el resultado fue un Estado internamente más fuerte que en 1750, pero externamente más débil y de un alcance geopolítico reducido. En última instancia, el territorio se subdividiría todavía más, pero todos los estados sucesores participarían totalmente en y serían limitados por el sistema interestatal. En contraste con esta situación, en 1750 el imperio mogol se encontraba al final de un proceso desintegrador mucho más avanzado que el del imperio otomano e, indudablemente, la dinastía mogol en India jamás tuvo una cohesión interna y una extensión geográfica comparable a la de los otomanos. El resultado de la incorporación fue la abolición total del imperio mogol en 1857 y la del resto de las estructuras políticas más pequeñas que habían existido en el subcontinente indio, así como su sustitución colectiva por una sola (aunque compleja) unidad administrativa, India que, sin embargo, no era soberana. Es esta entidad la que accedería a la in-

[280] Citado en Köymen (1971, p. 50).

[281] Berkes (1964, p. 137). Véase también Findley: "Parece que a finales de la década de 1830 los reformadores entendían con bastante claridad hasta qué punto la reforma innovadora implicaba avanzar hacia un orden racional-legal [...] la percepción contemporánea de Mustafa Reşid [atestigua que] el apoyo que prestaba Europa al imperio frente a Mohamed Ali era cuestión de que el Estado otomano participara *dans le droit européen*" (1980, p. 163).

[282] Farley (1972, p. 161).

dependencia en el siglo XX bajo la forma de dos (y posteriormente tres) estados soberanos. No obstante, la evolución histórica de las dos zonas entre 1750 y 1850 muestra ciertos paralelismos claros en la (re)construcción de estructuras estatales, ni demasiado débiles ni demasiado fuertes, plenamente instaladas en el sistema interestatal.

Las razones de la debilidad del imperio mogol de los siglos XVII y XVIII han sido muy debatidas en la historiografía india. Dos de las principales explicaciones son las de Irfan Habib y Satish Chandra. En esencia, Habib sostiene que la administración central intentó obtener los suficientes ingresos fiscales del campesinado para consolidar su fortaleza militar, pero no tantos como para hacer imposible la existencia misma del campesinado. Sin embargo, el imperio mogol, como todas las estructuras de este tipo, tenía que descansar en ciertos cuadros intermedios, en este caso los *jagirdars*, para recaudar los impuestos. Los intereses de los intermediarios diferían bastante de los de la administración central, por lo que con el tiempo aumentaron continuamente el nivel de las exacciones con el fin de retener un porcentaje mayor para ellos mismos. En palabras de Habib, esto era "despiadado", y el resultado fueron (en el imperio mogol y en otras partes, debería añadirse) los abandonos de tierras, la resistencia armada y la decadencia de la agricultura, minando a largo plazo la base económica de la estructura imperial.[283]

Satish Chandra plantea su explicación de forma un tanto distinta, pues afirma que el sistema se enfrentó al "problema básico" de que la plusvalía disponible era "insuficiente para sufragar el coste de la administración, financiar guerras de uno u otro tipo y dar a la clase dirigente un estándar de vida acorde con sus expectativas".[284] Athar Ali pretende encontrar una contradicción entre los argumentos de Chandra y los de Habib, afirmando que este último sostiene que el sistema de *mansabdar* funcionaba demasiado bien, mientras que Chandra considera que no lo hacía lo suficientemente bien. Por mi parte, no veo la contradicción. El proceso que describe Habib condujo a la presencia europea en Asia, situación que describe Chandra. La única cuestión es saber si precipitó este proceso de forma significativa. La respuesta del propio Athar Ali es que, dada la falta de expansión de la producción, la demanda europea de

[283] Véase Habib (1963, pp. 319-338).
[284] Véase S. Chandra (1972, p. xlvi).

productos asiáticos redundó en el aumento de los precios reales de esos productos en los mercados asiáticos, provocando una "grave perturbación" en sus economías e intensificando "las dificultades financieras" de las clases dirigentes.[285] Esto explicaría parcialmente el aumento de la presión fiscal de la que habla Habib, y afectaría no sólo a los productores directos, sino a los que se encontraban en un nivel superior al de ellos en la estructura. Y efectivamente, tuvo como consecuencia, sostiene Gupta, un drenaje de capital local de tales dimensiones que, incapaces de pagar los "impuestos exorbitantes" al Imperio, quienes controlaban las tierras locales se vieron obligados a transferir sus derechos de recaudación de impuestos mediante venta o hipoteca, a pesar de que esto era ilegal. Así, de acuerdo con Gupta, los "requisitos previos de funcionamiento de un mercado de tierras en India [...] comenzaron a existir en los últimos días del imperio mogol".[286]

La desintegración militar del imperio mogol, las extensas guerras en el subcontinente y el surgimiento de nuevas zonas autónomas, sin duda hicieron conscientes a las compañías comerciales europeas en la década de 1740 de "las oportunidades políticas abiertas a la promoción de sus propios intereses económicos".[287] Pero el mero hecho de que existan "oportunidades" no quiere decir que se aprovechen, pues tales oportunidades tienen su precio. La conquista política y la administración directa poseen muchas ventajas, pero requieren un desembolso financiero importante. En general, si puede obtenerse un beneficio igual o superior sin ellas, los estados que representan a poderosos actores económicos intentarán evitar tales desembolsos. Es evidente que no sólo en la década de 1740, sino durante medio siglo o incluso durante todo un siglo hubo muchas personas poderosas en Gran Bretaña que consideraron prudente evitar tales desembolsos; pero, como sabemos, acabaron por hacerse.

La guerra de los Siete Años, en la que la India fue un impor-

285 Athar Ali (1975, p. 388).

286 Gupta (1963, p. 28).

287 K. N. Chaudhuri (1982, p. 395). Desde luego que Perlin tiene razón al subrayar hasta qué punto estas "oportunidades" eran por sí mismas producto de los europeos. "Estas condiciones de anarquía y desorden, tanto en las fronteras como en territorios recién adquiridos que tanto estimularon la cólera moral de los británicos y que justificaron en última instancia la intervención militar, fueron el resultado de un movimiento de agresión del que éstos formaron parte, tanto a corto como a largo plazo." (1974, p. 181.) Véase también Watson (1978, pp. 63-64).

tante escenario del enfrentamiento bélico franco-británico, desempeñó su papel. Como afirma Spear, dio a los europeos una nueva "confianza en la superioridad de sus fuerzas armadas en la situación india"[288] y el periodo de Clive pudo, además, propagar o extender el mito de la India como "tierra de abundantes riquezas"[289] que eclipsó la realidad de los costes de los gastos militares y administrativos. El hecho de que los gobernantes locales percibieran en aquella época la existencia de una relación entre la mayor implicación en las redes productivas de la economía-mundo y la consecuente reestructuración de las redes políticas, queda ilustrado por la anécdota que relata un mercader de Malabar que viaja a Calicut en 1784. Según se relata,

> en su viaje, vio que todos los árboles de sándalo y plantas de la pimienta eran talados. La gente le contó que el nabob [Tipu Sultán] había dado órdenes estrictas para su destrucción, puesto que esas mercancías eran la causa de que los europeos pretendieran hacerle la guerra.[290]

Como subraya Marshall y demuestra esta anécdota, la India no era, en modo alguno, "una víctima inerte, en situación de que

[288] Spear (1965, p. 79) que continúa: "De este modo, el poder del ejército indio principal fue centralizado y se restableció el equilibrio, como en los tiempos clásicos, con una infantería muy entrenada y de tamaño reducido." Por supuesto, el poder naval europeo prevalecía desde hacía tiempo en el comercio del Océano Indico. Los portugueses habían quebrado el monopolio musulmán en el siglo XVI gracias a la superioridad de su fuerza naval. Véase Boxer (1969, p. 46) y Chaudhuri (1981, p. 230), que insiste en "la violencia de los métodos aplicados por los exploradores lusitanos". Sir Josiah Child explicaba en el siglo XVII que los mogoles no podían entablar una guerra con los ingleses porque éstos podrían "obstruir su comercio con todas las naciones orientales" causándoles el hambre y la muerte (citado en Woodruff, 1953, p. 73). Prakash señala que los holandeses pudieron imponer a los mercaderes indios un sistema de "pasaportes" (permisos para comerciar en determinados puertos e inmunidad frente a ataques navales) dada "la casi total ausencia de una fuerza naval en la India mogol" (1964, p. 47). Pero todo este poder naval era insuficiente para transformar la producción o las estructuras políticas del subcontinente indio.

[289] Butel (1978b, p. 102).

[290] Das Gupta (1967, p. 113). Además, Tipu acertaba plenamente. Cuando Tipu atacó Travancore en 1789, lord Cornwallis, que había sido partidario de la paz y de la disolución de la presidencia de Bombay (es decir, del abandono de la India Occidental) cambió de posición y, en 1790 "estas ideas más bien vagas [de Cornwallis] de restablecer la situación de India Occidental previa al levantamiento de Mysore habían dado lugar a una firme y definitiva política de anexión" (Nightingale, 1970, p. 58).

cualquier estado europeo que decidiera afirmar su poder irresistible pudiera conquistarla".[291] Además, en el siglo XVIII ni el gobierno británico ni el consejo de directores de la Compañía de las Indias Orientales manifestaron fuertes deseos de que se utilizara la fuerza militar.[292] Sin embargo, "paradójicamente", como afirma Harlow,[293] el resultado real fue la adquisición de la mayor y más poblada masa de territorio que fuera colonizada antes o después.

Una de las razones de esta colonización fue que no había dos, sino tres protagonistas británicos en la escena india. Además del gobierno británico y del consejo de directores de la Compañía de las Indias Orientales, también estaban los comerciantes privados. Asimismo, existían al menos dos tipos de comerciantes privados: los que servían a la compañía y los que no.[294] Obviamente, los que eran empleados de la compañía tenían conflictos de intereses; sus intereses privados contaban con el margen de actuación que les otorgaban las realidades de la distancia y las extremas dificultades de un control centralizado eficaz. Es evidente, además, que la persecución de estos intereses económicos privados frecuentemente condujo a los empleados de la compañía a utilizar su autoridad para presionar políticamente a los estados indios. Como observa Marshall, "estaban dispuestos a utilizar [su ascendiente militar] para obtener concesiones de los gobernantes indios cuyo efecto acumulativo fue debilitar y, finalmente, destruir esos estados".[295]

Este apetito de control político no cumplió sus objetivos sin un debate considerable en el seno de la compañía. Ése fue el núcleo de las disensiones que se produjeron de 1770 a 1780 entre las denominadas facciones de Hastings y Francis.[296] Pero,

[291] Marshall (1975b, p. 30).

[292] "Los aventureros políticos o imperiales en la India eran contemplados con desconfianza por la compañía en Inglaterra por la misma razón que, en el periodo anterior, se contemplaba con desagrado la apertura de factorías nuevas. Éstas tendían a incrementar los costes globales sin reportar beneficios financieros inmediatos" (K. N. Chaudhuri, 1978, p. 56). Además como afirma Rothermund: "La interferencia de las factorías europeas en la economía india era bastante eficaz sin el dominio territorial" (1981, p. 88).

[293] Harlow (1964, p. 1).

[294] El cuadro en realidad era más complicado. Watson (1980a, p. 81) distingue cinco tipos de comerciantes privados: los empleados de la compañía, comandantes y marinos de los barcos regulares indo-europeos, los mercaderes libres residentes en Oriente, comerciantes no autorizados y banqueros y mercaderes indios empleados por la compañía.

[295] Marshsall (1975b, p. 43).

[296] Véase Embree (1962, p. 62). La facción de Hastings por supuesto tenía

de hecho, ni siquiera estaba clara la actitud de las fuerzas hostiles a la intervención política: Ambas facciones, por ejemplo, estuvieron de acuerdo en la anexión de Oudh, territorio del interior finalmente anexionado por Wellesley en 1801. Pero las fuerzas contrarias a la intervención política tenían objetivos económicos no menos claros que los que deseaban la anexión. Como señala Marshall:

El libre comercio es un juego que requiere más de un jugador. Si los europeos habían de renunciar a su influencia política para apoyar su comercio, sabían que era preciso persuadir al visir [de Oudh] de que remediara las condiciones que, desde su perspectiva, hacían necesario el uso de la influencia política.[297]

En última instancia, existía una relación de toma y daca entre la compañía y los comerciantes. Estos últimos muchas veces se veían forzados a recurrir a la "protección de nacionalidad", así como a la credibilidad que les otorgaba la presencia de la compañía; a la inversa, utilizaban la infraestructura comercial de la compañía; pagaban tasas y estimulaban el comercio. "El beneficio percibido por 'conceptos invisibles' tales como descuentos sobre transferencias, pagos por licencias, daños declarados, gravámenes y multas sobre artículos prohibidos, contribuiría a eliminar el malestar ocasional." Todo esto conformaba una relación "difícil" y "ambivalente".[298] De ese modo, estos intereses comerciales privados pudieron imponer, en primer lugar a la compañía y posteriormente al gobierno británico, un mayor compromiso del que deseaban.

Aun así, cabe preguntarse por qué en determinados puntos cruciales no se puso freno con mayor firmeza. Creo que esta pregunta es especialmente pertinente en relación con dos periodos, de 1757 a 1793 y a partir de 1793. El hecho es que la anexión política de Bengala resultó ser bastante rentable en el periodo inmediato que se analiza. Cesaron las exportaciones británicas de metales preciosos y, como los artículos de algodón y otros productos seguían llegando a Gran Bretaña, es evi-

poder político no sólo en India, sino también en Gran Bretaña. Véase Philips (1961, pp. 23-24).

[297] Marshall (1975a, p. 470).

[298] Watson (1980a, pp. 179, 189). Watson señala además que "siempre estuvo presente un interés nacional" inglés en el comercio de la Compañía de las Indias Orientales. "La gran intervención pública en la Compañía de las Indias Orientales después de 1708, reflejó el vigor de su fe en Inglaterra" (p. 361).

dente que algo se pagaba a cambio de ellos. Los ingresos estatales tuvieron que ser ese algo. En efecto, la plata de Bengala empezó a transferirse a las demás presidencias y a usarse para financiar su conquista y administración.[299] Como esto ocurría en un momento de gran esfuerzo financiero del Estado británico (y del francés) tras la Revolución americana, el aflujo financiero proveniente del subcontinente indio no pudo dejar de ser bien recibido ni pasar desapercibido. Cain y Hopkins resumen bastante bien la situación: "El saqueo de Plassey no inició la Revolución industrial, pero ayudó a que Gran Bretaña pudiera recomprar a los holandeses la deuda nacional."[300] En resumen, existió una justificación a corto plazo de la colonización directa que sirvió como contrapeso de las consecuencias negativas a medio plazo por las que, de otro modo, se hubieran podido regir las decisiones políticas de Londres.

La rivalidad con Francia fue crucial. En parte, sin duda, fue una rivalidad del tipo directo que normalmente sugiere la palabra, es decir, competencia por el control de una nueva zona periférica de la economía-mundo; sin embargo, a este respecto debería recalcarse que esto se aplica más a Gran Bretaña que a Francia a la vista de sus diferentes estrategias geopolíticas en la economía-mundo, en particular después de 1763.[301] Pero en gran medida fue crucial de una forma indirecta al permitir a Gran Bretaña solucionar la crisis financiera estatal de la década de 1780 que Francia fue incapaz de superar, hecho que ya hemos discutido desde el punto de vista de su relación con la Revolución francesa. Como hemos observado, el resultado final de esta tercera ronda de rivalidad anglofrancesa tuvo como

[299] Véanse Bagchi (1976c, p. 248); Ganguli (1965), y Arasaratnam (1979, p. 27). N. K. Sinha afirma: "Las existencias de plata en Bengala en 1757 no sólo no se repusieron, sino que disminuyeron de varias formas" (1956, p. 14).

[300] Cain y Hopkins (1980, p. 471).

[301] Lüthy capta esta diferencia al describir la relación de la *Compagnie des Indes* con el gobierno francés: "Para la política francesa, la India representaba una mera diversión a la que se renunció con facilidad cuando no se tuvo éxito o se volvió demasiado costosa. Sin duda desde la guerra de la sucesión de los Austrias a las guerras napoleónicas, cuando hacía tiempo que Francia había perdido la partida, tras cada nuevo conflicto se vio cómo los agentes, funcionarios y *condottieri* franceses formalizaban alianzas con príncipes indios y reanimaban las guerras en India. Fue precisamente esta amenaza, renovada con frecuencia, lo que hizo la conquista inglesa irreversible al impedirles siempre a los ingleses abandonar, incluso aunque quisieran hacerlo. Para Inglaterra la diversión eran los compromisos en el continente europeo" (1960, pp. 860-861). Véase tambien Mukherjee (1955, p. 85).

consecuencia la consagración definitiva del liderazgo económico de Gran Bretaña.

El dilema que se planteaba al consejo de directores y al gobierno británico era, por tanto, claro. Por descontentos que pudieran estar respecto al espinoso dominio político al que iban derivando, se les impidió frenar el proceso. Llegaron a convencerse de que el gobierno británico no tenía más que una posibilidad, y era hacerse cargo de la operación de forma más directa. Ésta era la solución de Pitt, y finalmente fue la que se impuso. Como observa Harlow, los empleados de la compañía, al haber quedado fuera de control, representaban "una amenaza para la compañía", y tuvieron que "ser transformados en cuasifuncionarios".[302] De acuerdo o no, y el consejo de directores no lo estaba, la compañía no podía imponerse por sí sola; era preciso que interviniera el Estado británico. Lord Stormont planteó claramente los objetivos en aquel momento: "un gobierno fuerte en la India, sujeto a la vigilancia y control de un gobierno aún más fuerte en la nación".[303] Y fue lo que se logró. Con la Ley de India de Pitt de 1784[304] y las reformas de lord Cornwallis en la década siguiente, los empleados de la compañía desaparecieron de la escena como actores independientes.[305]

Naturalmente, como habían anunciado los sabios y prudentes, los costes del gobierno, directos e indirectos, resultaron ser mayores de lo que se había previsto. Volvió a plantearse la cuestión de la "balanza de pagos" y otra vez se empezó a exportar plata. Además, hubo una exportación continua de plata a la otra gran zona comercial del Este, China. Para solucionar el problema, Gran Bretaña pudo ahora hacer buen uso de su dominio político emergente. Spear resume así la situación a finales del siglo XVIII:

[302] Harlow (1964, p. 18). Véase Bolton: "Los nabobs de la Compañía de las Indias Orientales demostraron ser una complicación tan considerable para los sucesivos gobiernos británicos como los colonos angloirlandeses y americanos. Al buscar la complicidad británica en su posición de influencia sobre una comunidad ultramar, sólo podían ser dominados si se extendía el poder de Whitehall, proceso que combatieron paso por paso" (1966, p. 196).

[303] Citado en Harlow (1940, p. 142).

[304] En su discurso sobre la Ley de India, Pitt expresó de la forma más explícita sus objetivos: "El fin primero y principal sería evitar que el gobierno fuera ambicioso y proclive a la conquista. El comercio era nuestro objetivo y, siendo de extensión inédita, debería prevalecer un sistema pacífico, un sistema de defensa y conciliación." Por consiguiente, el comité de control debía supervisar el consejo de directores. "Los días de los bucaneros en la India, en la medida en que la legislación pueda decidir, se han acabado." (Citado en Nightingale, 1970, p. 8.)

[305] Véase Sinha (1956, p. 219).

> El comercio de la compañía en la India ya no era rentable, puesto que sus beneficios, en lugar de aumentar con los ingresos de Bengala, en realidad quedaban absorbidos por los costes de administración. Sus beneficios provenían de China [...] un poderoso argumento económico para la hegemonía en la India era la preservación del comercio con China.[306]

Como controlaba a la India, podía producir las cosechas de exportación que encontrarían un mercado en China, donde todavía no podía imponer una reestructuración de los procesos de producción.

El compromiso implícito en la modalidad elegida para renovar los gestores de la compañía en 1793 sirvió bien a estos intereses. El gobierno británico aumentó su control sobre la compañía, la cual, sin embargo, retuvo su monopolio sobre el comercio con China y algunos monopolios en la India. Pero los comerciantes privados obtuvieron nuevos derechos estatutarios sobre cierto porcentaje del comercio naval. Este compromiso combinaba la estabilidad en un momento en que Gran Bretaña iniciaba sus largas guerras con Francia[307] —una estabilidad de la que los comerciantes privados también se beneficiarían—[308] con las garantías de que la compañía desarrollaría agresivamente el comercio con China. Por otro lado, 1793 fue también el año del acuerdo permanente de Cornwallis, culminación de un proceso de reformas legales y administrativas que tuvo el efecto de suprimir las limitaciones que impedían que la tierra fuera considerada "una mercancía a vender y comprar en el mercado".[309]

[306] Spear (1965, p. 113) añade otros dos motivos para perseguir el dominio: "la esperanza de ventajas venideras" y los intereses establecidos. Como señala Chung, el "té proporcionó a los intereses indios un buen instrumento para convertir el dinero británico en la India en dinero británico en la patria" (1974, p. 416).

[307] Tripathi considera que ésta era "la única [actitud] posible en 1793", es decir "en vísperas de la mayor de las guerras que Gran Bretaña había iniciado jamás". Añade: "Un nuevo sistema podía haber puesto en peligro la existencia de la compañía por una ventaja todavía quimérica" (1956, pp. 32-33).

[308] Véase Philips: "El inicio de la guerra con Francia en 1793 dio lugar a una revolución en el mundo comercial. En los mares orientales, corsarios franceses, operando desde las islas de Borbón y Mauricio, capturaron el mayor número de barcos privados construidos en la India, en particular entre 1803 y 1809, y no cabe duda de que si el comercio indio hubiera estado abierto a los comerciantes privados británicos en 1793, habrían sufrido graves pérdidas" (1961, p. 99). El comercio de la compañía estaba salvaguardado por los convoys.

[309] Cohn (1961, p. 621). Sobre las disposiciones del acuerdo, véase Wright (1954, p. 212), que cita las actas: "para simplificar la demanda del dueño del te-

Ante el fin inminente de las guerras napoleónicas en 1813, el gobierno británico pudo aumentar su control directo cuando volvió a renovarse el consejo de la compañía. Entretanto, los comerciantes privados habían extendido con éxito su comercio y manifestaban su irritación por las restricciones y las pérdidas en los partidas enviadas a través de la compañía. Los fabricantes de Lancashire también tomaron parte en la disputa, deseosos de extender sus propios mercados en la India. Por consiguiente, el nuevo consejo puso fin a todos los monopolios en la India pero extendió en 20 años el monopolio de la compañía en China. El consejo también determinó la total separación de los asuntos territoriales y comerciales, preparando así el camino para una administración auténticamente colonial.[310] "En el año 1837, los británicos ya no era meramente *un* poder en la India. Eran *el* poder sobre la India."[311]

La incorporación de Rusia fue una cuestión distinta. El hecho de que Rusia fuera o no parte de Europa (y por tanto, del sistema interestatal europeo) en los siglos XVI y XVII ha sido y sigue siendo materia de discusión académica (y popular). El hecho de que Rusia sea parte de "Europa" sigue siendo para algunos materia de discusión incluso en lo que se refiere al siglo XX, pero no cabe duda de que la URSS ha sido un participante activo en el sistema interestatal (ahora mundial). Yo sostendré que Rusia no llegó a ser un miembro plenamente integrado en el sistema interestatal (entonces europeo) hasta el siglo XVIII.

Como recuerda Dehio, por un lado "los rusos, a diferencia de los turcos, eran primos lejanos de los pueblos occidentales, tanto étnicamente como en la mentalidad", si bien, por otro lado, "el joven Leibniz seguía refiriéndose en los mismos términos a Rusia, Persia y Abisinia".[312] En todo caso, si se utiliza el criterio de la existencia de diplomacia recíproca, no encontramos sus inicios hasta el reinado de Pedro el Grande (1689-

rreno sobre los ryots o agricultores, tenemos que empezar fijando la demanda del gobierno sobre el primero". Gupta afirma que el objetivo más importante, aparte de garantizar los ingresos fiscales, era "promover la extensión del cultivo a las vastas áreas de tierras baldías, promoviendo de este modo el comercio de la provincia" (1963, p. 72).

310 Véase Tripathi (1956, pp. 132-136). Esto fue respaldado desde luego por lo que Nightingale denomina el "imperialismo del comerciante privado" (1970, p. 127). En lo que se refiere a los intereses de los fabricantes, véase Nightingale (1970, pp. 236-237).

311 Frykenberg (1965, p. 24).

312 Dehio (1962, pp. 94-95; véase también pp. 93-107, *passim*).

1725),[313] simultáneos con la significativa expansión del comercio exterior y "la gradual eliminación del aislamiento político y cultural de Rusia del resto de Europa".[314]

Pedro se presentaba como el gran "occidentalizador" o, expresándolo en el lenguaje actual, como el gran "modernizador" y muchos, en Rusia y fuera de ella, entonces y ahora, han aceptado esa descripción. Éste es el mismo papel que, *mutatis mutandis,* reclamaban Mohamed Ali de Egipto o, con menos aprobación, el sultán Mahmud II. Pedro indudablemente inició el proceso de crear una burocracia centralizada al establecer el senado gobernante en 1711-1722.[315] También transformó el ejército al hacer obligatorio y permanente el servicio de la nobleza en él.[316] Y existe un acuerdo generalizado respecto a que fue-

[313] Véanse Summer (1949, p. 59) y Anderson (1978, pp. 77-78).

[314] Kahan (1974a, p. 222) sostiene que "uno de los factores más destacados en la expansión del comercio internacional [fue] la necesidad de apoyar la activa política exterior de Pedro el Grande, que terminó en guerras casi ininterrumpidas, incluyendo la guerra del norte con Suecia y las guerras con el imperio otomano y con Persia" (p. 223). Así, Kahan da por supuesta una secuencia: las necesidades bélicas condujeron a mayores impuestos que provocaron a un aumento de las cosechas comerciales. Pero, ¿de dónde provenían estas "necesidades bélicas"? De seguro, en la guerra del norte tuvo parte la preocupación de Suecia por impedir que los intentos de Pedro de integrarse a la economía-mundo no tuvieran lugar, a largo plazo, a expensas de Suecia. Véase Wallerstein (1984, pp. 303-308). Y las guerras con el imperio otomano y Persia tuvieron como objetivo garantizar una posición más fuerte para Rusia en esta economía-mundo. Kahan señala (véanse pp. 224-225) una de las limitaciones a este intento. Los mercaderes rusos no podían competir en la obtención de crédito con los mercaderes de Europa Occidental en el comercio del transporte entre ambos. Estos últimos tenían mayores facilidades de acceso a los mercados de capital, inferiores tasas de seguro y costes de transporte, etc. Sin embargo, en el comercio con el imperio otomano, Persia y China, los mercaderes rusos prosperaron. Rusia estaba adquiriendo una típica posición semiperiférica. Véase Foust (1961).

[315] Véase Yaney (1973, p. 7) que detalla los pasos posteriores bajo Catalina II y más tarde en el siglo XIX.

[316] Véase Raeff (1966, pp. 38-47). Se atribuye a esta medida algo más que la transformación del ejército. Raeff sostiene "El servicio en la institución racional y burocrática modernizada inculcó en los nobles la idea de que una cadena de mando clara, la subordinación jerárquica y la obediencia absoluta eran la esencia de una buena administración" (p. 49). Véase también Yaney: "En el ejército, la nobleza rural rusa podía trabajar con los campesinos rusos en el marco de una organización *sistemática*" (1973, p. 61).

Portal extrae la consecuencia más importante de esta experiencia: "[El noble] llevó a la administración de su dominio esas ideas militares y de orden. Impuso al campesinado una política de vigilancia, deformando instituciones relativamente libres cuyo símbolo teórico es el *mir*. Los líderes electos de esta comunidad se convirtieron en los agentes del señor" (1963, p. 10).

ron los logros del ejército modernizado los que establecieron el "estatus de Rusia como parte importante del sistema político europeo".[317]

Aun así, los investigadores actuales se han mostrado más escépticos respecto a cuáles fueron los logros que Pedro el Grande alcanzó realmente, no lo que esperó lograr o pretendió haber logrado. Cracraft sostiene que el mito de Pedro puede tener "mayor significado histórico que cualquier logro atribuido a su régimen".[318] Torke, por su parte, estima que las reformas administrativas llevadas a cabo por Pedro han sido "exageradas" y afirma que no logró "casi nada" a este respecto. Él sostiene que el auténtico "punto de inflexión" se produjo en 1762, es decir, el año en que Catalina II subió al trono.[319]

La obra de Pedro fue, en cierto sentido, de transición. Puso la nobleza al servicio regular del ejército y también introdujo al ejército en la administración. Así, dominó las tendencias descentralizadoras al absorber el tiempo de la nobleza y al utilizar a ambas para garantizar un mejor flujo interno de la plusvalía. Catalina (1762-1796) fue quien se encargó de acabar con el servicio militar vitalicio obligatorio para la nobleza, creando en su lugar un aparato civil que, además, tuvo la virtud de dejar a la nobleza tiempo suficiente para convertirse en empresarios dedicados a los cultivos comerciales. Catalina abolió las antiguas provincias y dividió a Rusia en unas 50 *gubemiyas* (subdivididas en *uezds*), cada una de las cuales disponía de estructuras administrativas colegiadas compuestas en parte de funcionarios designados centralmente y en parte de representantes elegidos localmente.[320] De este modo transformó básicamente el gobierno de Rusia "de una jerarquía recaudadora de tributos en una administración civil cuyos empleados, como los del

[317] Anderson (1978, p. 6). Seton-Watson lo expresa aún con mayor vigor: "Sin embargo ahora no cabía duda de que el imperio ruso [título que inventó Pedro] era una de las grandes potencias de Europa" (1967, p. 10); véase también Fedorov (1979, p. 137).

[318] Cracraft (1980, p. 544).

[319] Torke (1971, pp. 457-458). Keep (1972) critica las opiniones de Torke y éste le replica (1972). La mayoría de los estudiosos rusos consideran que fue en la década de 1760 cuando "se estableció el sistema capitalista" en Rusia (Druzhinina, 1975, p. 219). Véase también Baron (1972, p. 717) sobre el importante documento de 1965 *Perekhod ot feodolizma k kapitalismu v Rossii.*

[320] Véase Yaney (1973, p. 69). Griffiths insiste en la percepción de Catalina y sus consejeros de que Rusia "estaba considerablemente rezagada" respecto a las naciones avanzadas de Europa Occidental y que mediante una legislación inteligente podía eliminarse la distancia y hacer el retraso "transitorio" (1979, p. 471).

ejército, eran conscientes de los fines generales".[321] En 1766, Catalina firmó el tratado comercial anglo-ruso, que establecía aranceles reducidos sobre la exportación de materias primas, algo muy ventajoso para Gran Bretaña.[322] Es en este contexto en el que hay que evaluar la política militar, un tanto agresiva, de Catalina que triunfó sobre el imperio otomano, participó en la partición de Polonia y dio una "abrumadora impresión [...] de dinamismo ruso".[323] Pero era como si esta política externa sirviera para compensar la política comercial exterior y para permitir a Catalina la posibilidad de acometer con seriedad, mediante sus reformas administrativas, "la organización del espacio interno [ruso]".[324]

Evidentemente, esta reorganización interna supuso, entre otras cosas, una cada vez más eficaz represión de la mano de obra, como ya hemos visto.[325] Y esta represión condujo a una "huida masiva" del campesinado ruso hacia el oriente, atravesando el Volga, a los Urales e incluso a Siberia,[326] llegando a desencadenar rebeliones populares relacionadas con el "deterioro [...] de las condiciones económicas".[327] A medida que aumentó la participación en la economía-mundo, este "desarrollo" afectó progresivamente a los otrora remotos y libres hombres de la frontera, los cosacos.[328] Sus quejas, relacionadas con las de los siervos industriales y las de los afectados por la intensificación de la servidumbre en las fincas estatales (que ya hemos expuesto), además de la oposición de los antiguos creyentes,[329] crearon una mezcla explosiva que alcanzó su apogeo en la revuelta de Pugachev, precisamente en tiempos de Catalina. El tema ideológico implícito fue el recuerdo de los campesinos "de aquellos tiempos en los que sus antepasados eran hombres libres",[330] o al menos más libres de lo que imponían las condiciones de incorporación a una economía-mundo capitalista.

[321] Yaney (1973, p. 59).

[322] Véase Clendenning (1979, pp. 145-148, 156).

[323] Dyck (1980, p. 455).

[324] Le Donne (1983, p. 434) aplica esa frase de Garrett Mattingly a la política de Catalina. Para ser justos, Catalina sí dedicó "una considerable energía [...] a fomentar la marina mercante nacional" (Ahlström, 1983, p. 156).

[325] Gerschenkron data estas medidas en el reinado de Pedro el Grande, cuyas políticas "aumentaron en un sentido muy real la eficacia del sistema de servidumbre" (1970, p. 91).

[326] Portal (1966, p. 37).

[327] Longworth (1975b, p. 68).

[328] Véase Longworth (1969, pp. 26-27, 88).

[329] Véase Gershenkron (1970, pp. 28-29).

[330] Longworth (1979, p. 269).

Catalina, sin embargo, se mantuvo firme; reprimió a los campesinos y mantuvo el libre comercio; su política tuvo los suficientes efectos negativos como para inducir a sus sucesores a seguir a consejeros "francamente proteccionistas" como M. D. Chulkov, que presionaron en favor de una mayor reciprocidad en las relaciones ruso-británicas. La ofensiva de los proteccionistas contra "los comerciantes británicos, detestados desde hacía mucho tiempo" alcanzó un punto en el que el zar Pablo rompió relaciones con Gran Bretaña en 1800, embargó los artículos británicos y confiscó los barcos de esa nacionalidad.[331]

Sin embargo, Rusia se encontraba atrapada en las limitaciones del sistema interestatal y descubrió que su libertad de acción era muy limitada. Ya en la década de 1780 los intentos de Rusia por aumentar su margen de maniobra respecto a Gran Bretaña desarrollando relaciones comerciales con Francia, fracasaron por los intereses contrapuestos de ambas naciones respecto al imperio otomano.[332] Rusia dependía de su papel expansionista en el "Este" —tanto política como económicamente— para asegurar que su incorporacion se produjera como Estado semiperiférico y no como zona periferializada. Y, en efecto, el triunfo sobre los otomanos en el tratado de Küçük Kaynarca significó un "salto cuantitativo en la posición internacional de Rusia".[333] Su capacidad para lograrlo se debió indudablemente al hecho de que, en 1783, Francia y Gran Bretaña estaban absorbidas en sus luchas en torno a la guerra de Independencia americana y poco podían hacer para llevar a efecto "su declarada oposición a la anexión rusa de Crimea".[334]

Pero este juego tuvo un precio. Rusia necesitaba la neutralidad benevolente de al menos una de las grandes potencias europeas occidentales en Oriente Medio. Como Francia apoyaba diplomáticamente a los otomanos en el siglo XVIII, Rusia sabía que necesitaba conservar sus vínculos con Gran Bretaña. Así, los gestos de Pablo en 1800-1801 no podían ser satisfechos, especialmente teniendo en cuenta las intenciones a largo plazo de Napoleón, y Rusia se vio obligada a volver al campo británico. Rusia estaba atrapada y limitada por sus intentos de consolidar su dominio e influencia en Europa Sudoriental, el Mar Negro y la región caucásica, por un lado y por otro, labrarse

[331] Macmillan (1979, pp. 171, 176-177).
[332] Véase Sirotkin (1970, p. 71).
[333] Davison (1976, p. 464).
[334] Fisher (1970, p. 137).

una posición más fuerte respecto a Europa Occidental.[335] Para lograr lo primero sacrificó lo último y así fue incorporada a la economía-mundo capitalista de un modo que garantizó y promovió el famoso "retraso" del que escribirían autores posteriores. Sin embargo, Rusia no dejó de disfrutar de una posición interestatal menos débil que la de otras zonas incorporadas, y este hecho tendría como consecuencia su capacidad para llevar a cabo la Revolución rusa.

África Occidental se diferenciaba de las otras tres zonas en que en 1750 no existía en aquella región ningún imperio mundial comparable en extensión u organización al otomano, mogol o ruso. En lugar de ello existían varios estados fuertes, dedicados en gran parte a la venta de esclavos, y una multitud de pequeñas entidades militar y políticamente débiles.

Hemos sostenido que la incorporación a la economía-mundo requiere estados que no sean ni demasiado fuertes ni demasiado débiles, estados que puedan responder a las "reglas de juego" del sistema interestatal. Es frecuente afirmar que una de las razones de que existieran las presiones políticas de los estados europeos occidentales en estas zonas fue la de restablecer el "orden" en áreas en las que la "anarquía" hacía imposible el comercio pacífico. Ya hemos indicado que pensamos que esta explicación es dudosa en lo que se refiere al subcontinente indio, donde el "orden" que restablecieron los británicos después de 1750 fue en gran medida el remedio de una "anarquía" en cuya creación la intrusión occidental desempeñó un papel importante durante los 100 años anteriores. La cuestión es que el capitalismo no requiere "orden", sino lo que podría denominarse "orden favorable". La promoción de la anarquía muchas veces sirve para abatir el "orden desfavorable", es decir, el orden capaz de resistir la incorporación.

En la historiografía de África Occidental, un tema recurrente es el del denominado "ciclo de esclavos y armas". Las pruebas que relacionan la adquisición de armas de fuego y de esclavos son, en general, bastante sólidas. "Para los captores profesionales de esclavos, las armas de fuego representaban un recurso importante."[336] Richards insiste en que esta "elevada correlación" ya se encuentra en el periodo 1658-1730, y que

[335] Véase Dojnov (1984, pp. 62-63).

[336] Inikori (1977, p. 351) que señala: "El área comercial de Bonny no sólo importó en términos absolutos (durante el periodo 1750-1807) más armas de fuego que otras partes de África Occidental, sino que también importó muchas más armas de fuego por cada esclavo exportado" (p. 361).

posteriormente condujo a los "cambios más drásticos" en la escena política de África Occidental,[337] pues fue precisamente en ese periodo cuando tomaron forma los grandes estados vendedores de esclavos, como Dahomey y Ashanti. Sin duda, estos estados consideraban que estaban creando una barrera que les aislaba del impacto del mercado mundial, como sostiene Polanyi. Pero también es cierto que "una vez atrapados en el círculo vicioso de la guerra para la captura de esclavos, la dependencia sólo se podía intensificar".[338] Desde el punto de vista de las fuerzas económicas de la economía-mundo, sin embargo, estas estructuras en desarrollo de venta de esclavos creaban "anarquía" en otras zonas, quebrando por tanto un "orden desfavorable". Ésta es la fuente de lo que Akinjogbin llama la "mayor paradoja" del tráfico de esclavos.

> A comienzos del siglo XVIII, la política aja se había sumido en el caos por el desarrollo del comercio. A finales del siglo, la inestabilidad estaba a punto de instalarse en el reino de Dahomey porque el comercio estaba en decadencia.[339]

El ahora "orden favorable" de los estados que vendían esclavos dependía, no obstante, de una definición excesivamente restringida de la actividad económica. Cuando el foco central de la integración de África Occidental en la economía-mundo fue desplazándose de un periodo basado fundamentalmente en la exportación de esclavos, pasando por un periodo de exportaciones mixtas, a un periodo en el que prácticamente no se produjeron exportaciones de esclavos —proceso que ya hemos descrito—, las bolsas más bien escasas de estados vendedores de esclavos en el entorno de una zona más amplia y "anárquica" perdieron utilidad. Lo que se requería eran nuevos estados, en la mayoría de los casos más grandes que los ya existentes, pero estados que, una vez más, no fueran demasiado débiles ni fuertes.

De este modo, los mercaderes británicos de la Costa de Oro se alinearon con los estados fanti que se oponían a la expansión ashanti, puesto que "estaban convencidos de que si podía destruirse el poder ashanti, se abría ante ellos un vasto campo de comercio".[340] El movimiento islámico del siglo XIX tendía,

[337] Richards (1980, p. 57).
[338] A. Norman Klein (1968, p. 221).
[339] Akinjogbin (1967, p. 209).
[340] Fynn (1971, p. 28). El principal logro del tratado firmado en 1831 entre los ashantis y George MacLean (en representación del comité de comerciantes

como hemos visto, a la "integración política en gran escala de numerosos estados y principados menores".[341] Y donde no existía una forma estatal, como en la tierra ibo, se desarrolló una "formación estatal parcial" bajo la forma de Aro Chuku.[342]

Entre otras cosas, la actuación británica contra el tráfico de esclavos puede interpretarse como destinada a quebrar el "orden desfavorable" de las unidades menores en el interés de recrear unidades mayores. También tuvo como finalidad, por supuesto, debilitar las posiciones de Francia y otros competidores económicos.[343] Aunque no podemos hablar de diplomacia recíproca en este periodo, sí podemos observar la aparición de entidades políticas más estructuradas que comenzaron a garantizar los flujos de la producción emergente de cultivos comerciales destinados a la economía-mundo.

Hemos insistido en datar este proceso de incorporación en torno a 1750-1850 (en el caso de África Occidental, quizá 1750-1880). ¿Es ésta la única periodización posible? Obviamente no, y el debate empírico es amplio en lo que se refiere a esta cuestión. Desgraciadamente, muchos de quienes toman parte en él no tienen un modelo claro del proceso, o al menos no han utilizado el mismo modelo que nosotros aplicamos: área externa-incorporación-zona periférica (o semiperiférica). En términos de este modelo, observamos que algunos autores datan la incorporación én el momento en que una zona se convierte en parte del área externa. Algunos investigadores, por otro lado, no consideran que una zona está incorporada hasta que comienza a funcionar como zona periférica de la economía-mundo. Ninguno de estos dos grupos de estudiosos percibe la "incorporación" como un proceso distintivo del tipo que nosotros sostenemos.

Un modo estándar de formular este debate es discutir en qué

en la costa del Cabo) fue obligar a los ashantis a "declarar a las tribus [fanti] aliadas independientes de su control" (Metcalfe, 1962, p. 140).

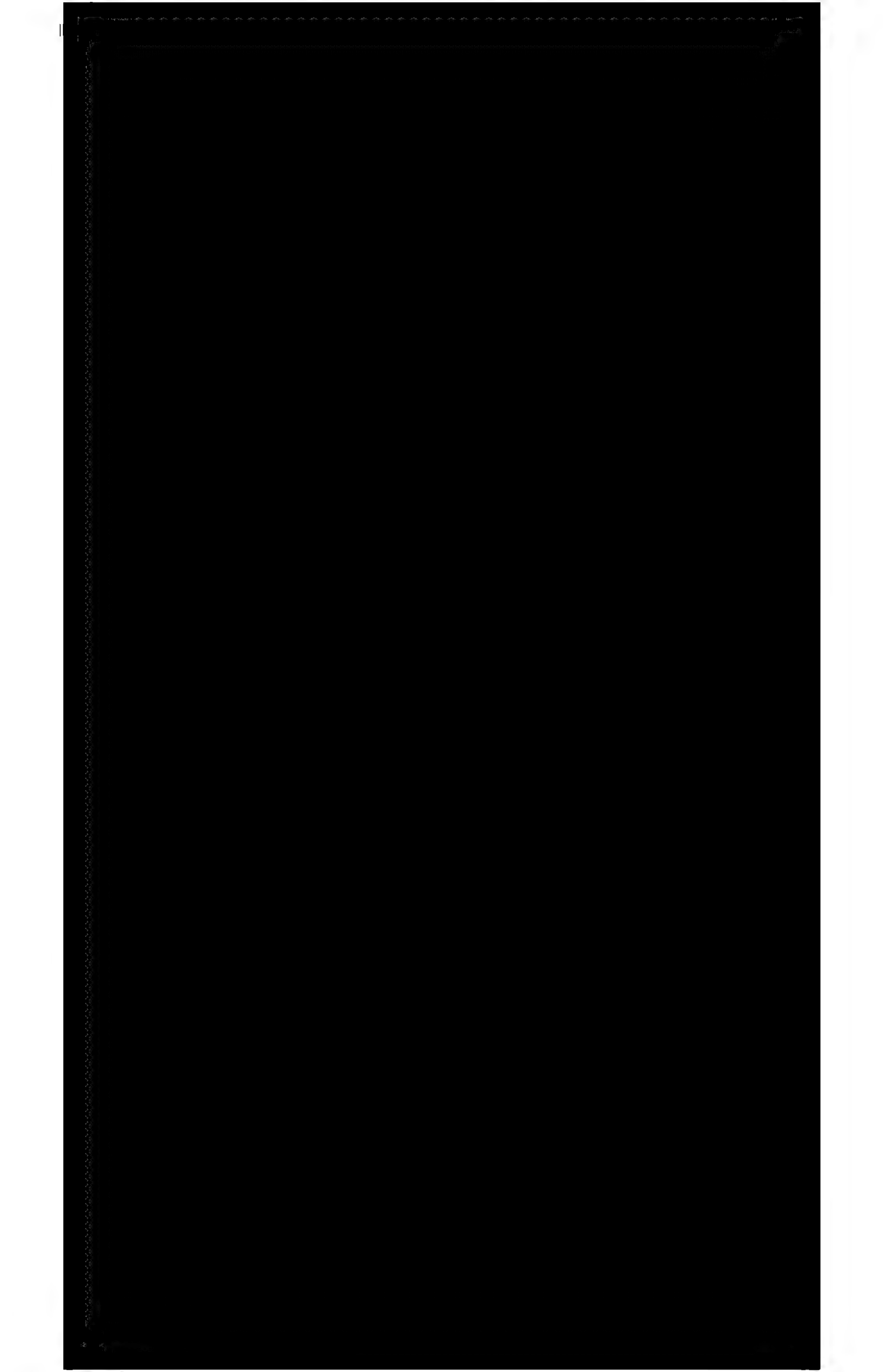
[341] Oloruntimehin (1971-1972, p. 34).

[342] Stevenson (1968, p. 190; cf. Dike, 1956, p. 38). No obstante, Northrup (1978, pp. 141-142) mantiene sus reservas sobre tal designación.

[343] "Una vez que los británicos, que habían manejado la mayor cuota del comercio en el siglo XVIII, decidieron renunciar a ella, les convenía persuadir a otros de que también renunciaran" (Ajayi y Oloruntimehin, 1976, p. 207).

Gorée, que había sido la principal base mercantil de Francia en África Occidental, estaba tan debilitada en el periodo posterior a 1815 que sólo pudo sobrevivir transformándose en puerto franco. Véase Zuccarelli (1959). En general, la *Exclusif*, aunque pomposamente restablecida en 1817, fue desmantelada en 1868. Véase Schnapper (1959, pp. 150-151, 198).

fecha se inició el "capitalismo". Algunos autores insisten en que con el difundido desarrollo del comercio a larga distancia en el periodo anterior del "área externa" ya tenemos capitalismo, o al menos protocapitalismo. Frecuentemente se acompaña esta tesis con un argumento relacionado con las raíces "indígenas" del capitalismo, o con la "interrupción" de este proceso por la intrusión europea. Otros autores insisten en que el primer periodo "capitalista" es muy posterior. En casos extremos, algunos sostienen que apenas existe hoy. Hemos insistido en que no hay múltiples estados capitalistas, sino un sólo sistema mundial capitalista, y que para formar parte de él es preciso estar mínimamente integrado en sus redes de producción o cadenas de comercialización, y situado en estados que participen en el sistema interestatal que constituye la superestructura política de esta economía-mundo capitalista. La incorporación se define, por consiguiente, como el periodo preciso en el que se produce tal integración.





El artista y litógrafo francés Francisque-Martin-François Grenier de Saint-Martin (1793-1867), discípulo de David, se especializó en temas históricos. Este grabado, ejecutado en 1821, muestra al general Toussaint l'Ouverture entregando dos cartas al general que mandaba las tropas inglesas que se encontraban en Haití en 1798. Las cartas expresan la petición de los comisionados franceses de que Toussaint arreste al general inglés y la negativa de Toussaint a hacerlo porque sería una deshonra que él faltara a su palabra. "Una noble negativa", afirma Grenier. Al pie se ve el sello de Haití, con la inscripción: "Liberté Egalité".

4. LA DESCOLONIZACIÓN DE AMÉRICA: 1763-1833

A mediados del siglo XVIII, más de la mitad del territorio de América estaba jurídicamente, compuesto por colonias de estados europeos, en particular de Gran Bretaña, Francia, España y Portugal. El territorio restante se encontraba fuera del sistema interestatal de la economía-mundo capitalista. A mediados del siglo XIX, estas colonias se habían convertido en estados soberanos independientes (después de varias combinaciones y divisiones de previas entidades administrativas). Además, en esa época estos nuevos estados reclamaban su jurisdicción sobre el resto del área terrestre del hemisferio.

Estamos ante una notable reconfiguración de la fisionomía del sistema interestatal. Esta "descolonización" de América se produjo bajo la égida de los pobladores europeos, con la exclusión no sólo de las poblaciones amerindias, sino también de los africanos trasladados, a pesar del hecho de que, en muchos de los nuevos estados soberanos, los amerindios y los negros constituían una proporción sustancial (incluso mayoritaria) de la población. Indudablemente, existía una excepción, Haití, que desempeñaría una importante función histórica, como veremos más adelante. De cualquier modo, esta descolonización difirió de modo impresionante de la segunda gran "descolonización" del sistema mundial moderno, la que se produjo en el siglo XX, estribando tal diferencia en las poblaciones que controlarían los estados soberanos resultantes.

Convencional, y acertadamente, se sitúa el principio de la historia en 1763, "un gran punto de cambio".[1] El resultado de la guerra de los Siete Años fue que Gran Bretaña logró imponerse a Francia en el hemisferio occidental. Y este solo hecho habría bastado para hacer imposible que los españoles y portugueses intentaran sacar partido de la renovada expansión de la economía-mundo y (re)afirmar un auténtico control económico sobre sus colonias americanas. Pero el triunfo de Gran Bretaña planteó agudamente, por primera vez en América, la cuestión de cómo distribuir sus réditos en el interior de la élite.

[1] Andrews (1924, p. 122).

Como sabemos, la disputa llevaría a los colonos, primero a los de la Norteamérica británica y después a los de Hispanoamérica y Brasil, a fundar estructuras estatales independientes.

Los problemas a los que se enfrentaba Gran Bretaña en 1763 quedan bien ilustrados en un importante acontecimiento diplomático. En las discusiones que dieron lugar al tratado de París, una de las principales cuestiones era si Gran Bretaña obtendría de los franceses el control territorial sobre Canadá o sobre Guadalupe. Desde el principio se aceptó que Gran Bretaña no podría obtener ambos, pero eran los británicos quienes tenían la elección. Los que defendían la retención de Guadalupe señalaban que la pequeña isla azucarera era mucho más rica que el inhóspito Canadá, y que sería una bendición para Gran Bretaña y una gran pérdida para Francia. Por supuesto, éste era el temor de los plantadores de azúcar de los territorios británicos de las Indias Occidentales, ya que veían en el azúcar de Guadalupe una competencia indeseable. Fueron sus puntos de vista los que, en último término, prevalecieron.[2]

Además de este argumento estrictamente económico se produjo un debate geopolítico. Quienes estaban a favor de conservar Guadalupe indicaban que la defensa de Canadá imponía una sangría continuada a Francia, cuya armada no era lo suficientemente poderosa para una empresa bélica imperial de tal calibre. Pero incluso más importante que el impacto de Canadá sobre la estrategia francesa era su impacto potencial sobre las actitudes de los colonos británicos en América del Norte. El 9 de mayo de 1761 el duque de Bedford escribía al duque de Newcastle:

> Ignoro si la cercanía de los franceses en nuestras colonias del Norte no era la mayor garantía de su dependencia de la Madre Patria, que yo temo que tendrán en menor estima cuando pierdan el temor a los franceses.[3]

[2] Véase Nicolas (1967); véanse también Whitson (1930, p. 74) y Hacker (1935, pp. 289-290).

[3] Citado en Namier (1930, p. 320). El general Murray, en Quebec, expresaba las mismas opiniones en la época: "Si somos hábiles no lo conservaremos [Canadá]. Nueva Inglaterra necesita algo que la entretenga y se lo daremos al no conservar a ese país." Citado en Ryerson (1960, p. 197). Estudiosos posteriores se han mostrado de acuerdo: "La conquista de Canadá cortó el principal lazo material que vinculaba a estas colonias con Gran Bretaña e hizo su independencia una posibilidad política" (Beer, 1907, pp. 172-173).

El francés Pierre Kolm expresaba exactamente la misma opinión ya en 1749: "Sin la vecindad de los franceses, los americanos pronto romperían los

El argumento era presciente. Además, existía una contrapartida de los colonos británicos a este argumento: "[Las colonias] parecen desear que Canadá sea francés, esto les da cierta importancia [para los británicos]."[4]

Si este argumento geopolítico que defendía dejar Canadá en manos francesas no prevaleció fue porque, además del peso de los intereses del azúcar de las Indias Occidentales en Londres, por parte de los británicos existía cierto orgullo en la conquista territorial y despreocupación respecto a los colonos, cuyos "celos mutuos" se consideraban una garantía de su dependencia continuada de la metrópoli. Pero sin duda, el argumento más poderoso fue el de las finanzas estatales:

> Gran Bretaña se ahorraría muchos gastos al no verse obligada a mantener el elevado número de fuerzas regulares que sería preciso mantener si se deja el más pequeño rincón en manos francesas en ese continente.[5]

Como hemos defendido anteriormente, la capacidad británica para mantener un mejor control que el de Francia sobre sus finanzas estatales fue un elemento crucial en la última fase de su lucha por la hegemonía. De modo que, quizás éste fue un argumento tan presciente como el otro.

Durante mucho tiempo, el problema de Gran Bretaña había sido el de crear un Estado fuerte, tanto dentro de sus fronteras como dentro del sistema interestatal, sin incurrir en las consecuencias negativas de sobrecargar en exceso las finanzas públicas. Este problema había sido sumamente exacerbado por la guerra de los Siete Años.[6] El "inflado Leviatán del gobierno" erigido por Walpole sobre la base del "amplio consenso" de la Revolución Gloriosa ya había sido atacado por haber "engordado con la corrupción, ser complaciente y estar ávido de po-

lazos que les unen a Inglaterra." Citado en Vignols (1928b, p. 790). En 1758, un alto cargo del Ministerio de Marina francés defendía que se pusiera fin al gobierno francés de Canadá para alcanzar ese objetivo. Véase Eccles (1971, p. 21, nota 96). Es bien conocido que Choiseul pronosticó que ésta sería la consecuencia del tratado de París.

4 John Watts al general Monckton el 16 de mayo de 1764, citado en Namier (1930, p. 327).

5 Carta del conde de Morton al conde de Hardwicke del 15 de enero de 1760, citada en Namier (1930, p. 323).

6 "La deuda nacional [británica] se ha duplicado debido a la guerra de los Siete Años, y el coste anual de las colonias americanas se ha quintuplicado" (Brebner, 1966, p. 44).

der".[7] El nuevo *rapport de force* mundial después del tratado de París parecía ofrecer a los británicos dos beneficios a este respecto: una reducción del gasto militar por el debilitamiento de Francia, y la posibilidad de desviar parte de la base fiscal de la metrópoli a los colonos británicos en Norteamérica.

Sin embargo, desde la perspectiva de estos colonos británicos el tratado de París tenía un significado casi opuesto. Ahora estaban "liberados" de sus temores a los franceses (y a los españoles) y podían por tanto dedicar sus energías y recursos a la perspectiva de "un vasto crecimiento en poder y riqueza con [...] la expansión hacia Occidente".[8] Así, aunque tanto en Gran Bretaña como entre los colonos de Norteamérica "se paladeaban las dulzuras de la victoria",[9] ambos extrajeron de ella expectativas opuestas. Los británicos esperaban una "racionalización" del imperio y trataron por tanto de "hacer más riguroso el control". Los colonizadores, por otro lado, esperaban una "relajación de las restricciones".[10] Lo que a los británicos no les parecía sino un objetivo razonable, la necesidad de "una organización imperial [...] más estricta"[11] para asegurar sus éxitos, a los colonos les parecía "un ataque fundamental al orden moral que existía dentro del imperio".[12] Era inevitable un choque, aunque no la secesión.

Buena parte de la historiografía de la revolución en la Norteamérica británica se ocupa de explicar sus raíces en anteriores tendencias —económicas, sociales y/o ideológicas— desarrolladas durante un largo plazo y que culminaron, afirman los diversos historiadores, en los acontecimientos de 1765-1776, y que por tanto nos permiten definir la verdadera naturaleza de la "Revolución americana". Gran parte de lo que se ha dicho es cierto, pero otra gran parte es irrelevante como explicación. Todos los acontecimientos políticos importantes tienen sus raíces en procesos desarrollados durante largos periodos, si bien dichas raíces son más fáciles de distinguir *ex post facto* que en el momento. Pero raras veces ocurre que estas tendencias a largo plazo puedan desembocar únicamente en el resultado concreto (incluso definido en sentido amplio) que de hecho se produjo. No se trata que el resultado fuera lógicamente accidental. Se

[7] Bailyn (1973, pp. 8-9).
[8] Gipson (1950, p. 102).
[9] Brebner (1966, p. 32).
[10] Meinig (1986, p. 295).
[11] Christie y Labaree (1976, p. 274).
[12] Greene (1973a, p. 79).

trata más bien que, a medida que hacemos cada vez más específico el resultado concreto, necesitamos incluir más factores precisos en la explicación, y muchos de éstos tienen inevitablemente un carácter coyuntural[13] y no estructural.

El cambio coyuntural general más importante fue la renovada expansión de la economía-mundo capitalista en el siglo XVIII y la capacidad de Gran Bretaña de ganar a Francia la lucha por la hegemonía. Pero también existieron tendencias coyunturales más específicas propias de la situación en la Norteamérica británica, cuyas condiciones económicas generales habían ido mejorando desde 1720, al principio de forma gradual, y posteriormente, a partir de 1745, con mayor rapidez.[14] Pero la expansión, por supuesto, no supuso una distribución equitativa de los beneficios. Por un lado, condujo a un "súbito aumento de la concentración de la riqueza"[15] en las colonias, lo que explica

[13] En el sentido en que este término es usado por Braudel (1958) y más en general por los historiadores económicos que escriben en lenguajes europeos que no sean el inglés. En sus clásicas lecciones sobre la Revolución americana, Charles M. Andrews (1924, p. 28) ofreció lo que considero una explicación de sus orígenes más estructural que coyuntural: "De este modo, las características más destacadas de la historia británica pueden resumirse en las conceptos de procesos de 'expansión' y 'centralización' que se manifiestan en las esferas, cada vez más amplias, del comercio, las colonias y la supremacía oceánica. La política de Gran Bretaña respecto a sus plantaciones era garantizar una administración colonial abundante y eficaz en bien del comercio de sus comerciantes; mientras que los colonos, aunque aceptaban sus obligaciones como súbditos leales de la Corona, desde muy pronto empezaron a aspirar a una mayor libertad de acción de la que se les permitía como colonos en el sentido estrictamente legal del término."

Nettels sin embargo insiste en que antes de 1763 "los colonos, en conjunto, no eran en realidad hostiles al imperio británico [...] [pero] después de 1763 la historia es diferente" (1952, pp. 113-114). Los beneficios de los colonos disminuyeron, y las exigencias británicas (fiscales, aplicación de restricciones, etc.) aumentaron de manera significativa.

[14] Véase Egnal y Ernst (1972, p. 11). Por ejemplo, Klingaman estima que el aumento fue del 35% en las colonias productoras de tabaco entre 1740 y 1770, aumento de una combinación de las exportaciones de tabaco y trigo (1969, p. 278). Shepherd y Walton insisten en que el aumento de los ingresos por el transporte naval y otras actividades comerciales es incluso más importante que el de la "producción de mercancías" (1972, p. 158). Véase, sin embargo, la opinión discrepante de Terry L. Anderson que sostiene que en la prolongada tendencia al crecimiento de Norteamérica desde la colonización inicial hasta la actualidad, "el único periodo sombrío [...] fueron los primeros ochenta años del siglo XVIII" (1979, p. 256).

[15] Lockridge (1973, p. 416). La otra cara de la concentración de la riqueza es el aumento de la pobreza. Nash sostiene que había una pobreza crónica del 20% de los hogares en las ciudades que tenían puertos marítimos en esa época (1976b, p. 574) y que esto produjo un "aumento de los antagonismos y de la

la paradoja aparente de que la sociedad colonial se hizo "menos coherente y más rígida al mismo tiempo".[16] Por otro lado, también agudizó la rivalidad entre los intereses económicos privados en Inglaterra y los de las colonias. La función del capital inglés ganaba importancia en detrimento incluso de los comerciantes y plantadores más ricos de las colonias. Los "agentes" de las firmas británicas estaban desplazando a los comerciantes coloniales. A lo largo de medio siglo, "disminuyeron los beneficios marginales y se sacrificaron las posibilidades de desarrollo local".[17]

Las crecientes dificultades de los comerciantes coloniales durante este periodo nos llevan a la "eterna cuestión"[18] de hasta qué punto resultaron gravosas para los colonos norteamericanos las Leyes de Navegación. Ha sido una cuestión eterna para los sucesivos historiadores de la Norteamérica colonial, pero ¿lo fue para la gente de la época? Greene asegura que "el nivel de cumplimiento colonial" de las disposiciones mercantilistas de Gran Bretaña sugiere un "grado muy elevado de adaptación" al sistema. Este argumento sería razonable si aceptáramos que tal nivel de cumplimiento era elevado. Greene añade que, dado el grado de prosperidad, muchas personas tenían "fuertes intereses establecidos" en el mantenimiento de sus vínculos con los británicos. Una vez más, esto es posible si se considera que el nivel de prosperidad se mantuvo alto.[19] La supuesta "carga" de las regulaciones mercantilistas ha sido objeto de un continuo debate cuantitativo desde que Lawrence Harper ofreció cifras por primera vez; como en la mayoría de estos debates, la cuestión es qué hay que contar y cuánto es demasiado. La conclu-

conciencia política" (1976a, p. 18). Alice Hanson Jones, en su estudio de las desigualdades en la distribución de la riqueza durante los 150 años anteriores a la revolución, sostiene que la desigualdad aumentó "pero no de manera espectacular" (1980, p. 269). Para un escepticismo todavía mayor sobre la importancia de la desigual distribución de la riqueza, véanse Brown (1955b) y Warden (1976).

Berthoff y Murrin, por otro lado, sugieren una analogía con el "renacimiento feudal" contemporáneo en Europa. "En 1730 las antiguas colonias estaban lo bastante pobladas como para hacer muy lucrativos los antiguos derechos feudales. Se reintrodujeron [...] antiguos privilegios sólo porque habían sido rentables. En las colonias, como en Francia, estos derechos produjeron rencores justo porque separaban la búsqueda del beneficio de cualquier sentimiento más amplio de bienestar en la comunidad" (1973, pp. 265-267).

[16] Greene (1973b, p. 10).

[17] Egnal y Ernst (1972, p. 3).

[18] Egnal (1975, p. 192).

[19] Greene (1973a, pp. 47, 50).

sión original de Harper fue que, incluso aunque las leyes mercantiles fueran administradas con "perfecta justicia" por una administración que equilibrara los derechos, las decisiones se tomaban en la remota Inglaterra y "las colonias estaban en desventaja".[20] Aparte del subsiguiente y enconado debate sobre la calidad de los datos de Harper,[21] buena parte de la discusión se ha centrado en los cálculos de sí hubiera significado o no una diferencia el hecho de que la independencia se hubiera conquistado antes, la denominada premisa contrafáctica.

Esta documentación basada en la premisa contrafáctica se inició con Robert Paul Thomas en 1965 y se ha prolongado desde entonces. Thomas intentó demostrar que "la carga más pesada hubiera sido ligeramente superior al 1% de la renta nacional",[22] y por tanto insignificante. Price consideraba que incluso los cálculos de Thomas eran exagerados, puesto que la "unidad significativa de la vida económica" era la empresa y no la transacción, y las firmas tienen en cuenta otros factores además de los precios de venta sobre transacciones concretas. Las empresas consideran algo que Price denominó el equilibrio de "intercambio global" (en el que, por ejemplo, se incluye el cálculo de los costes de crédito) y, por lo tanto, podían tener "sólidas razones comerciales" para mantenerse fieles a los centros de distribución incluso aunque no hubieran existido restricciones mercantilistas.[23] Los argumentos de Price pretendían debilitar todavía más la tesis de Harper, aunque de hecho la reforzó al recordarnos (y en especial a los cliometristas) que los cálculos económicos reales del beneficio tienen que hacerse en un contexto amplio de espacio y tiempo.[24]

Ransom señaló después que los cálculos agregados norteamericanos podían ocultar los diferentes efectos regionales de

[20] Harper (1939, p. 31). Véase también los cálculos y su meditada evaluación en Harper (1942). La polémica de Dickerson contra Harper exagera en forma notable la acusación, sugiriendo que Harper creía que las Leyes de Navegación "reducían a los americanos, de manera permanente, a una condición de pobreza sin esperanza" (1951, p. 55).

[21] "Por mucho que uno extienda su generosidad, no puede calificar sino de absurdas las técnicas de cálculo de Harper" (McClelland, 1973, p. 679).

[22] Thomas (1965, p. 638).

[23] Price (1965, p. 659).

[24] En su crítica a Thomas, McClelland afirma con acierto (1969, p. 376) que "En la medida en que [la hipótesis contrafáctica] quede confinada a los treinta años [1763-1775], la posibilidad de influencias dinámicas que aumentaran de forma importante el porcentaje [del producto nacional bruto colonial sacrificado por la interferencia británica en el comercio ultramarino] parece bastante remota."

las Leyes de Navegación y que las exportaciones de los estados meridionales se vieron afectadas de forma particularmente negativa.[25] En su réplica, Thomas se mostró de acuerdo y admitió que tales argumentos podrían justificar una "interpretación económica" de los orígenes de la Revolución americana, puesto que disparidades semejantes podrían tener como consecuencia la formación de una "minoría apasionada" que propugnaría un resultado político de ese tipo. Observó incluso que muchos de los acontecimientos de la época, como las protestas contra la Ley de Moneda y la Ley de Timbre [Stamp Act], otorgan credibilidad a esta interpretación.[26] Y éste es, quizás, el punto relevante. Como Broeze observó en su comentario a este debate, aunque la nueva historia económica pueda contribuir al cálculo del crecimiento económico real (y el propio Broeze no es en absoluto hostil a tales intentos), nada puede aportar acerca de una "noción subjetiva" tal como la "carga" que sentía la gente. La percepción de los historiadores sobre los sentimientos de la gente "sólo pueden recogerse y entenderse a partir de sus escritos y acciones".[27] El tema del coste real de las Leyes de Navegación puede haberse vuelto "muy aburrido",[28] pero el tema de las motivaciones colectivas sigue siendo esencial.

La cuestión que nos ocupa es pues cuál era la coyuntura económica de la década de 1760 y cómo se percibía en América. El final de la guerra de los Siete Años produjo una depresión posbélica[29] que siguió a la "prosperidad sin precedentes"[30] de la guerra de los Siete Años y que afectó negativamente a casi to-

[25] Ransom considera que las exportaciones de los plantadores del sur podrían haber sido "superiores en un 67% sin las restricciones", y la renta global del sur un 2.5% superior, "una cantidad nada desdeñable" (Ransom, 1968, pp. 433-434). Recuérdese que para Thomas el 1% se consideraba una cantidad sin importancia.

[26] Thomas (1968a, p. 438).

[27] Broeze (1973, p. 678).

[28] Krooss (1969, p. 385).

[29] En realidad, Bridenbaugh la data en 1760, el año "culminante" para las clases mercantiles de las ciudades coloniales (1955, p. 282). Véase Rothenberg sobre los índices de precios para la Norteamérica británica (1979, p. 981).

[30] Hacker (1935, p. 293) señala "el mercado en expansión de las Indias Occidentales, los grandes gastos de los furrieles británicos, el comercio ilegal y de contrabando con las fuerzas enemigas, todo lo cual proveía de empleo estable a los trabajadores y mercados lucrativos a la producción de los pequeños agricultores". El final de la guerra produjo desempleo, la bancarrota de pequeños comerciantes y redujo el mercado de los pequeños agricultores. "Además, la vía de escape hacia las zonas de frontera —siempre el último refugio de los desposeídos— quedó cortada" (pp. 293-294).

dos los sectores de la economía norteamericana: comerciantes, plantadores, pequeños agricultores y trabajadores.

Schlesinger, en su tratado sobre los comerciantes norteamericanos, parte de la premisa de que el siglo que precedió al tratado de París había sido su "Edad de Oro".[31] Cuando, la recesión y reajustes normales de la posguerra fueron "sustancialmente prolongados" debido a los intentos británicos por reorganizar el imperio y "situar a los colonos en un estatus más subordinado",[32] esto dio a las clases comerciales "motivos para hacer una cuidadosa reflexión".[33] Fueron los mercantes más que nadie quienes se sintieron sorprendidos y agraviados por las "nuevas reglas del juego después de 1763".[34] Como medida de autoprotección, intentaron mejorar su situación dejando de importar artículos británicos.[35]

Al mismo tiempo, los dueños de las plantaciones meridionales empezaron a tener problemas por su endeudamiento crónico con los intermediarios escoceses. En 1762, un colapso del crédito sacudió a los plantadores de Maryland y Virginia.[36] Los gobiernos coloniales habían financiado sus gastos corrientes mediante un sistema denominado "financiación monetaria", que implicaba la emisión de billetes en anticipo de futuros ingresos fiscales.[37] La expansión de este proceso preocupó a los comerciantes británicos respecto a la seguridad prometía que de las deudas y la aprobación de la Ley de Moneda de 1764, que prometía que el papel moneda seguiría siendo un instrumento válido para las deudas públicas pero no para las privadas. Los principales perjudicados fueron los plantadores coloniales que "se orientaron a la política".[38] La crisis de 1762 fue

[31] Schlesinger (1917, p. 15).

[32] Bridenbaugh (1955, p. 251).

[33] Schlesinger (1917, p. 91).

[34] Walton y Shepherd (1979, p. 175) de algún modo consideran que esto demuestra que el problema no era de tipo económico, sino que radicaba en las amenazas a una "libertad ya conquistada" (p. 153), aunque la retórica de la libertad muchas veces se confunde con las realidades del bolsillo.

[35] Según Egnal y Ernst esto fue "sólo incidentalmente ideado para forzar al parlamento a rechazar una legislación odiosa" (1972, p. 17). Quizá, pero el hecho de que se concentraran en una demanda política al menos daría un objetivo concreto y realizable a su agitación.

[36] Véase Egnal y Ernst (1972, p. 28).

[37] Véase Ernst (1973a, p. 22); véase también Ferguson (1953).

[38] Ernst (1973a, p. 360) habla de un "salto cuantitativo en la deuda americana" (p. 356), pero Walton y Shepherd (1979, p. 108) afirman que la deuda "no era tan amplia en vísperas de la revolución". Andrews está de acuerdo en que el problema no fue grave antes de 1770, momento en el cual, sin embargo, una

seguida por otra peor en 1772. En el contexto general de la tensión en las relaciones entre la metrópoli y los colonos, los "efectos psicológicos" de la Ley de Moneda fueron muy importantes al servir como "recordatorio constante"[39] de la dependencia colonial respecto a las prioridades económicas del gobierno imperial en detrimento de los colonos.

La situación general exacerbó las relaciones entre los pequeños agricultores y la élite de plantadores. En cuanto los grandes plantadores, de un modo u otro, desafiaban al gobierno británico, los pequeños agricultores llevaban a cabo una agitación rural cuyo efecto fue "oponerse y socavar la autoridad de las instituciones provinciales",[40] controladas por las élites locales. A medida que los pequeños agricultores participaban en la agitación política, en algunas localidades radicalizaban las actividades "patrióticas",[41] y en otras las atacaban.[42] Sin duda los pequeños agricultores estaban tan preocupados por sus luchas contra los plantadores como por la lucha contra los británicos.

Finalmente, los pobres urbanos tampoco estaban tranquilos. En el periodo posterior a 1763, la "desigualdad avanzó rápidamente"[43] en los centros urbanos, y especialmente en Boston, la "gran ciudad que menor prosperidad disfrutaba" de 1765 a 1775; por tanto no fue casual que Boston fuera "la ciudad más

"orgía" de compras en las colonias y ventas en Inglaterra incrementó la deuda en unos 3 millones de libras e "introdujo un breve periodo de derroche e inflación. La recesión fue rápida" (1924, p. 109). Lo que tuvo como consecuencia la grave crisis de la balanza de pagos de 1772 y un periodo de aguda "restricción del crédito" que fue explosivo (Sheridan, 1960, p. 186).

39 Greene y Jellison (1961, p. 518). Ernst (1976) sostiene que la crisis de 1772 marca la transformación de un movimiento de propuesta reformista en un movimiento independentista.

40 Countryman (1976a, p. 57). Barker califica la lucha contra el sistema de propietarios de Maryland de "escuela de la revolución" (1940, p. 375).

41 "La revolución no era ya [la] propiedad exclusiva [de los intelectuales y comerciantes urbanos que se habían ganado el título de radicales], si es que lo había sido alguna vez. Y al no serlo, era tanto más una revolución" (Countryman, 1976a, p. 61).

42 Véase el papel ambivalente de los reguladores en la zona occidental de Carolina del Norte (Greene, 1943; Kay, 1976) y el de otros "revolucionarios reticentes" (Hoffman, 1976). Por otra parte, Schlebecker sostiene que el apoyo de los pequeños agricultores a la revolución se demuestra en que los británicos tuvieran la necesidad de enviar comida y forraje a sus ejércitos durante la guerra revolucionaria (1976, p. 21).

43 Kulikoff (1971, p. 409). Véase también Nash (1979, p. 253), que afirma que en Boston, Nueva York y Filadelfia el malestar económico que se inició en 1763 produjo el "rápido desarrollo de una clase de personas realmente empobrecidas" entre las clases trabajadoras.

radical" durante esos años.[44] Para Nash, fue en estos agravios donde se originó "gran parte de la fuerza social que vio en la revolución la posibilidad de crear un nuevo orden social".[45]

Para Gran Bretaña, sin embargo, 1763 marcó un punto de inflexión más significativo que una mera depresión posbélica, pues señaló el final de la segunda fase de la lucha por la hegemonía franco-británica. No obstante, esta lucha aunque ganada en principio por Gran Bretaña en 1763, requeriría un último e inmenso espasmo que abarcó de 1763 a 1815 antes de que Francia renunciara a la disputa. Ya hemos tratado de situar este triunfo final de Gran Bretaña en el contexto de la renovada expansión de la economía-mundo capitalista (la fase A de la logística) que hemos datado aproximadamente entre la década 1730 y (convencionalmente) 1817.

La hegemonía, como ya hemos visto en el ejemplo holandés en el siglo XVII (vol. II, cap. 2) es un estado en el que la potencia líder ya no teme la competencia económica de otros estados del centro. Por lo tanto, tiende a favorecer la máxima apertura de la economía-mundo. Esta política es la que algunos historiadores han denominado imperio informal (es decir, imperialismo no colonial e incluso anticolonial). En la situación específica de las instituciones imperiales británicas, ésta fue la base estructural de lo que Vincent Harlow ha denominado la fundación del "segundo" imperio británico. Harlow señala que, después del tratado de París en 1763, Gran Bretaña emprendió un "sostenido ímpetu de campañas de exploración marítima" cuyo único paralelo anterior fue el de la época Tudor. Estas campañas tenían como objeto crear una "red de intercambio comercial" a través de los océanos Pacífico e Índico, basada en una cadena de puertos comerciales y bases navales, pero *no* en las colonias. La excepción a este modelo era la India, y ya hemos discutido por qué la India era una excepción.

¿Dónde encajaban en este esquema las "antiguas" colonias, las del "primer" imperio británico? Estas "antiguas" colonias se encontraban fundamentalmente en América. Como señala Harlow, en el transcurso de la última parte del siglo XVIII, cuando se agudizó la disputa con los colonos americanos, "economistas radicales de Inglaterra predicaron la sorprendente doc-

[44] Price (1976, pp. 708-709).

[45] Nash (1984, p. 250). Price es más escéptico: "Está por confirmar si la clase de pobres dependientes [...] tuvo mucho que ver con la actividad revolucionaria" (1976, p. 709).

trina de que la separación política era un acto deseable".[46] Pero, ¿estaba realmente difundida semejante doctrina entre los responsables políticos? Tenemos escasas pruebas de que esto sea así, en particular al principio del proceso. Quizá pueda defenderse la débil posición de que semejante opinión subyacía a las tesis de Edmund Burke sobre la Revolución americana.[47] Sin embargo, en general, los políticos raras veces son innovadores audaces y clarividentes, como tampoco lo son la mayoría de los capitalistas. Los inversionistas de la época mostraron pocos indicios de ser "conscientes de la necesidad de escoger" entre un imperio comercial oriental y un sistema colonial en el hemisferio occidental. En lugar de ello, invertían "siempre que un beneficio pareciera probable".[48]

Empero, la cuestión no es la clarividencia. Los cambios estructurales, por sí mismos, modificarán lenta pero decisivamente actitudes y políticas. La causa de la inquietud de los colonos americanos fue, sin duda, compleja. Pero cuando el gobierno británico respondió, se encontró en una situación en la que el aumento de su poder en la economía-mundo le obligaba a tener en cuenta un conjunto de intereses más amplio que antes. Esto planteaba dilemas y, como indica Peter Marshall, que "fueron antecedentes de desastres",[49] o al menos de lo que al principio parecieron desastres.

El primer dilema era el de encontrar soluciones políticas que pudieran reconciliar las demandas que las remotas poblaciones de colonos blancos empezarían a plantear al tiempo que se conservaban los requisitos para conservar los equilibrios políticos internos británicos. Hemos discutido la importancia política de la Revolución Gloriosa de 1688-1689 como base de un con-

[46] Harlow (1952, pp. 3-5).

[47] Felix Cohen, en un informe de 1949 de una comisión británica sobre las colonias, planteaba la cuestión de esta forma: "¿Por qué, esa fuerza reaccionaria en la política interna (Edmund Burke y W. R. Hearst, por poner dos ejemplos notables) siempre muestra su apoyo a los movimientos independentistas de los pueblos sometidos? La respuesta a ambas cuestiones se encuentra, creo, en reconocer el hecho de que el imperialismo económico no depende necesariamente del imperialismo político, y a veces incluso se ve obstaculizado por él. Allí donde surjan tales obstáculos irá en interés de los imperialistas económicos eliminar la fase política del colonialismo" (1949, p. 103). Por otra parte, la observación de Namier (1930, p. 45) es al menos digna de tenerse en cuenta: "Si Burke hubiera estado en el poder durante la Revolución americana, sólo habríamos tenido que datar su torismo contrarrevolucionario unos veinte años antes."

[48] Marshall (1964a, p. 21).

[49] *Ibid.* (1964b, p. 145).

senso entre las fuerzas poderosas de Inglaterra, y después de la Ley de Unión de 1797, de Gran Bretaña.[50] La clave institucional del compromiso fue la supremacía constitucional del parlamento con una función limitada para el monarca, la cual sería cada vez más limitada en los siglos venideros. Cualquier demanda de los colonos blancos para legitimar la descentralización del poder legislativo no sólo amenazaba el control central del Estado británico sobre las colonias, sino que también amenazaba el compromiso constitucional interno en Gran Bretaña, compromiso que ya había sufrido tensiones "con la anexión de Escocia en 1707 y la corrupción del parlamento bajo Walpole y Jorge III".[51] Pedirle al rey que ejerciera cualquier tipo de poder fuera del parlamento británico parecía, por expresarlo con las palabras de Namier, "un retroceso peligroso e inconstitucional a la 'prerrogativa' ",[52] es decir, la prerrogativa real.

Para Gran Bretaña, era demasiado pronto para pensar en —y mucho menos adoptar— la solución de la Commonwealth de los siglos XIX y XX, en particular porque el monarca británico era todavía demasiado fuerte internamente. Y en un momento en el que Gran Bretaña entraba en una "era de intereses" en la que se esperaba del parlamento que respondiera, en ejercicio de su poder, a múltiples grupos de presión, los colonos de la Norteamérica británica eran menos poderosos que muchos intereses rivales. "La influencia política de Norteamérica no igualaba, en modo alguno, su importancia económica."[53]



[50] Véase Wallerstein (1984, caps. 3, 6). Greene (1968a, p. 168) habla del "notable acuerdo sobre los principios fundamentales" de la cultura política británica en el siglo XVIII, basado en la inviolabilidad del acuerdo de 1688-1714. Esto era tanto más cierto en la medida en que la guerra de los Siete Años había supuesto el fin definitivo del jacobitismo. "En 1760, la *Scots Magazine* calculaba que uno de cada cuatro escoceses en edad militar servía en el ejército y en la Armada británicas; una gran cantidad de estos reclutas se quedó en Inglaterra después de la guerra, y se casó con inglesas antes de regresar a su tierra" (Colley, 1986, p. 100).

[51] Innis (1943, p. 321).

[52] Namier (1930, p. 42).

[53] Kammen (1970, pp. 95, 113). "Los contemporáneos consideraban los territorios de las Indias Occidentales, no los continentales, como las joyas del imperio" (Ragatz, 1935, p. 8). Véase también Palmer (1959, p. 173): "Habría que admitir que el gobierno británico tenía que considerar muchos intereses que los americanos rechazaban como extraños", como los de los plantadores de azúcar de las Indias Occidentales, los de los canadienses franceses, los indios americanos y los de la Compañías de las Indias Orientales, por no hablar del contribuyente británico.

Visto desde la perspectiva de los colonos británicos de Norteamérica, ése era precisamente el problema. Una de las primeras cosas que hizo el gobierno británico después de 1763 fue cumplir una obligación que había contraído en un tratado formalizado en 1758, con los indios del valle de Ohio. El tratado estipulaba que si los indios abandonaban a los franceses, estarían "seguros en sus tierras".[54] El 7 de octubre de 1763, los británicos publicaron una proclamación en virtud de la cual el valle de Ohio se mantenía como reserva india y por lo tanto quedaba clausurado a los colonos. Pero el inmenso crecimiento de la población de colonos en las dos décadas precedentes se había producido partiendo de la premisa de "tierra barata y disponible".[55] La creación de la "línea de proclamación" parecía cerrar aquella salida.

¿Por qué crearon los británicos la línea de proclamación? Era cierto que habían firmado un tratado con los indios, pero esto por sí mismo difícilmente bastaba para explicar el hecho. La victoria británica sobre los franceses pareció abrir el "noroeste" a dos grupos ávidos por explotar la zona: en lo más inmediato, los tramperos de Nueva Inglaterra excluidos por los franceses, y tras ellos potenciales colonos y especuladores de tierras. La "dureza"[56] inmediata de los nuevos tramperos con los indios y los temores generales de los indios respecto al tratado de París[57] tuvieron como consecuencia un importante levantamiento: la conspiración de Pontiac, que implicó una organización militarmente significativa de diversos grupos indios. La revuelta fue aplastada en una "guerra de completo exterminio",[58] pero los británicos aprendieron una lección.

La Proclamación Real dividió a Nueva Francia. Constituyó en el norte un nuevo gobierno llamado Quebec (aunque vinculó Labrador y Anticosti a Terranova). Sin embargo, convirtió a todas las zonas al oeste de los Montes Allegheny en reservas

Como añade Bolton, demandas similares de exención de impuestos se planteaban en todas partes del imperio en aquella época. "Considerada en este contexto, la Revolución americana no representa más que el intento de reconciliar estos intereses que menos éxito tuvo" (1966, p. 200).

[54] Gipson (1950, p. 94).

[55] Meinig (1986, p. 289).

[56] Chaunu (1964, p. 170).

[57] "Las noticias de que se había cedido el oeste transpalachiano consternaron a los indios" (Jennings, 1976, p. 334).

[58] Rich (1960, vol. II, p. 4), que asegura que el general Amherst, comandante en jefe británico, "consideró [...] incluso extender la viruela entre las tribus hostiles y trató a los indios más como animales que como seres humanos".

bajo la protección de un servicio indio.[59] Los comerciantes británicos pronto asumieron la función de los franceses en Montreal, desarrollando en el plazo de diez años "una organización que tenía características muy similares a las del régimen francés".[60] En efecto, a medida que se desarrolló la praxis británica, el comercio de pieles se convirtió de hecho en "una industria subsidiada"[61] porque los indios recibían ahora recursos de dos fuentes: los que obtenían de los comerciantes como pago de las pieles y regalos de artículos idénticos ofrecidos por el gobierno inglés.

De este modo la proclamación subrayó una "divergencia de intereses de gran alcance" entre los británicos y sus colonos en Norteamérica. Los británicos intentaban "detener la expansión hacia el oeste de sus colonias" y utilizar la zona transapalache como fuente de extracción mediante el comercio pacífico con poblaciones indígenas seguras, política dictada tanto por "razones comerciales [como por] consideraciones de economía".[62]

Al mismo tiempo, los británicos trataron que los colonos empezaran a pagar los costes del imperio y a poner en vigor rigurosamente las disposiciones comerciales mercantilistas. Esto produjo una década de controversias en las que la oposición colonial logró repetidas veces que el gobierno británico cediera de facto —por ejemplo, imposición y posterior derogación de la Ley de Timbre, imposición y posterior derogación de los aranceles Townshend— lo que siempre era seguido de nuevos intentos británicos por seguir las mismas políticas. En el proceso, ambas partes fueron haciendo la disputa más "de principios" o ideológica. En 1766, cuando el parlamento derogó la Ley de Timbre, al mismo tiempo aprobó la Ley Declaratoria, que afirmaba el derecho abstracto a gravar con impuestos

[59] Véase Ryerson (1960, p. 201); véase también Chaunu (1964, p. 171), que asegura que los británicos "adoptaron una política de salvaguardia de los indios, dilapidando así el inmenso capital de simpatía que habían adquirido en el oeste mediante la guerra de los Siete Años.

[60] Innis (1956, p. 176). Es decir, las casas comerciales de Montreal relacionaban las casas de Londres con comerciantes más pequeños en ciudades del oeste como Michilimackinac y Detroit, que a su vez trataban con pequeños comerciantes itinerantes que viajaban con los indios, lo que los franceses denominaban *coureurs de bois*. Los británicos siguieron utilizando comerciantes franceses, aunque ahora diversas personas inglesas, escocesas e irlandesas también entraron en el circuito. Este grupo se dedicaba en esencia a operaciones de crédito para los indios que se rentabilizaban con los beneficios de las cacerías. Véase Stevens (1926, pp. 122-124, 145).

[61] Stevens (1926, p. 161).

[62] Harlow (1952, pp. 179, 184).

las colonias. A lo largo de un periodo de 10 años, aquellos colonos que planteaban objeciones contra actos concretos eran considerados como personas que negaban al parlamento británico este derecho abstracto: "ningún impuesto sin representación".

Estamos ante un proceso de aceleración del conflicto, o de elevación de su tono. "La década de controversias no logró resolver ni una sola cuestión básica",[63] pero las cuestiones no parecen retrospectivamente tan intratables, ni tampoco eran tan nuevas. Knollenberg sostiene que datan de 1759,[64] y Greene que de 1748,[65] Al parecer hay pocos motivos para dudar de que, de no haberse dado la aguda recesión económica, toda la controversia hubiera quedado reducida a una tempestad momentánea.[66]

Existe otro punto de vista, cuyo principal expositor ha sido Bernard Bailyn, según el cual las preocupaciones fundamentales de los colonos no eran económicas sino "ideológicas", situación que Bailyn define como lucha entre el poder y la libertad.[67] Según esta perspectiva,

La imposición inconstitucional de impuestos, la invasión de funcionarios, el debilitamiento de la judicatura, la acumulación de cargos

[63] Smith (1964, p. 6).

[64] Knollenberg (1960, p. 1) se refiere a la reacción a la Ley de Timbre como el "levantamiento colonial de 1765-1766", situación a la que habían llegado los colonos por las "provocadoras medidas británicas" adoptadas entre 1759 y 1764; la anulación por el Consejo Privado [Privy Council] en 1759 de la Ley de Virginia, la generalización de las autorizaciones de registro del servicio aduanero en 1761, la prohibición en 1761 de que los gobernadores dictaran provisiones no revocables por el rey y los intentos de la iglesia anglicana de fortalecer su posición.

[65] La decisión de las autoridades coloniales británicas de "abandonar la política de acomodación de Walpole y de intentar someter a las colonias a controles mucho más rigurosos [...] se tomó, no de forma abrupta en 1763 [...] sino de forma gradual en la década que empezó en 1748" (Greene, 1973a, p. 65). Así para Greene lo que Knollenberg considera nuevas medidas fueron "simplemente una renovación y extensión del anterior programa de reforma" (p. 74).

[66] Lo que Barker afirma de Maryland me parece cierto de forma más general: "Sin la persistente depresión del comercio de tabaco ni el descontento político ni las alianzas intercoloniales habrían sido tan destacadas. La lucha constitucional no pudo desarrollarse sólo partiendo de la tradición inglesa o de consideraciones legalistas; el factor que le imprimió dinamismo fue la necesidad económica" (1940, p. 376).

[67] No soy yo sino Bailyn quien le da un carácter antropomorfo a la cuestión: "Lo que otorgó importancia trascendental a la agresividad del poder fue que su presa natural, su víctima necesaria, era la libertad o el derecho o la justicia" (1967, p. 57).

políticos, Wilkes, los ejércitos permanentes: todas eran las pruebas relevantes de un asalto deliberado del poder a la libertad.[68]

Y fue la Ley del Té, afirma, el punto crítico para los colonos, cuya ira ya no podía ser "tomada a la ligera, como mero adorno que encubría cuestiones económicas más fundamentales".[69]

No obstante, Bailyn debilita su propia posición respecto a la primacía de las motivaciones ideológicas cuando lucha en otro frente. Ante quienes defienden que la importancia de la Revolución americana estriba en que fue socialmente revolucionaria, una lucha que logró derribar un *ancien régime*, Bailyn insiste en que de facto el gran objetivo revolucionario de la "igualdad de rango ante la ley" ya se había logrado en la práctica en la Norteamérica británica. En la práctica, sostiene, pero no, admite, en la teoría. "Muchos consideraban que los cambios [...] representaban una desviación que carecían, en una palabra, de legitimidad." Esto suponía una "divergencia entre hábitos de pensamiento por un lado" —hábitos que, afirma Bailyn, seguían siendo "aristocráticos" en el sentido en que los colonos "concedían a las clases de los procedentes de buena cuna y ricos el derecho a ejercer los cargos públicos"— y la "experiencia y la conducta por otro". Esta divergencia finalizó con la revolución: "este aludir a la conciencia y dotar de un elevado propósito moral elementos incipientes y confusos de cambio social y político [...] constituyó la revolución americana".[70]

Pero Bailyn no puede defender ambas cosas a la vez. Si los motivos que impulsaron a los colonos fueron, antes que nada, ideológicos, no pudieron ser inconscientes de ellos; no pueden haber actuado impulsados por "elementos incipientes y confusos del cambio social y político".[71] En primer lugar, como afirma Arthur Schlesinger, la perspectiva de que la revolución fue "una gran controversia forense sobre derechos abstractos de

[68] Bailyn (1967, p. 117).

[69] Afirmación de Merrill Jensen en 1963, citada con aprobación por Bailyn (1967, p. 118, nota 26).

[70] Bailyn (1962, pp. 348, 350-351).

[71] Para una crítica aguda y generalizada de las opiniones de Bailyn sobre la ideología y su papel en la Revolución americana, véase Ernst (1973b). Es extraño que la insistencia de Bailyn en las implicaciones ideológicas de la Revolución americana encuentre eco en Herbert Aptheker, quien escribe como materialista histórico: "La promulgación de la soberanía popular [...] como única base legítima para el poder gubernamental fue un acontecimiento básicamente revolucionario [...] la revolución representó [...] una ruptura fundamental en la teoría del gobierno" (1960, pp. 233-234).

gobierno no sostiene un examen detenido", y ello por la simple razón de que el punto de vista ideológico nunca se planteó coherentemente:

En el mejor de los casos, una exposición de los temas políticos del partido antiparlamentario es un relato de su retirada de una posición estratégica a otra. Abandonando una perspectiva que basaba sus libertades en cartas de derechos, apelaron a sus derechos constitucionales como ingleses, y cuando esa situación se hizo insostenible, invocaron la doctrina de los derechos del hombre.[72]

Es evidente que los colonos saltaban ideológicamente de demanda en demanda. En el fragor de una disputa política importante, todos tendemos a utilizar cualquier argumento que encontremos a mano y en ocasiones no cabe duda de que llegamos a creer en su validez. Más tarde pensamos que siempre sentimos del modo en que acabamos sintiendo, pero para el analista es una práctica dudosa hacer algo más que reconocer la utilidad a posteriori de las posiciones ideológicas. El hecho es que los colonos no se rebelaron mientras siguieron experimentando "los beneficios tangibles del imperio", pero cuando "la conclusión de la guerra de los Siete Años alteró radicalmente la situación",[73] su posición política y por consiguiente su posición ideológica evolucionó.

Pero, aun así, ¿por qué no fueron más "pacientes"? Christie y Labaree sostienen que sus preocupaciones sobre "el establecimiento de precedentes imperiales parecen revelar una curiosa ceguera sobre las implicaciones de las tendencias demográficas del momento", afirmando que si hubieran esperado menos de dos generaciones, los colonos habrían estado en posición de "disputar con Gran Bretaña desde una posición de superioridad material".[74] Pero esa "curiosa ceguera" es una idea arrogante del analista. ¿Por qué no acudir a la explicación más sencilla? La oposición a la Ley de Timbre en 1765 y los aranceles de Townshend en 1767 tuvieron que ver en primer lugar con su

[72] Schlesinger (1919, p. 76).

[73] Ernst (1976, p. 172).

[74] Christie y Labaree (1976, p. 276). Es interesante que las tendencias demográficas a las que aluden sean en esencia el número de los colonos blancos. Ignoran otra tendencia demográfica: de 1670 a 1770, los negros pasaron de constituir el 4 al 20% de la población de la Norteamérica británica, y entre 1700 y 1775, el número de esclavos africanos importados igualó el número de inmigrantes europeos. Véase Walton y Shepherd (1979, pp. 56-57). También esto era un "incipiente y confuso elemento de cambio social" que pudo formar parte de la conciencia latente de los colonos.

impacto financiero inmediato, tanto de forma directa, como impuesto, como indirectamente, desde el punto de vista de sus efectos en la balanza comercial, y tanto los colonos como sus amigos en Gran Bretaña temieron que iban a acabar "matando a la gallina de los huevos de oro".[75] Además, como en la mayoría de las crisis económicas, los factores negativos se acumularon. Por ejemplo, una serie de malas cosechas en Inglaterra, que se inició en 1764, produjo una creciente demanda de las exportaciones de cereal de las colonias centrales. Eso beneficiaría a algunos sin duda, pero dada la alta tasa de desempleo y pobreza en las ciudades, la consecuente alza brusca en los precios de los alimentos en la Norteamérica británica dio origen a peticiones para que se prohibieran las exportaciones.[76] La acumulación de agravios alcanzó un punto tal que una pequeña chispa parecía bastar para empujar a las dos partes a posiciones más militantes todavía. Hemos visto las razones por las que los británicos se fueron haciendo cada vez menos flexibles a medida que sus colonos blancos se sentían más irritados. Los elementos "radicales" que clamaban por la independencia parecían cada vez menos razonables. En esta atmósfera, los británicos desarrollaron una maniobra brillante pero imprudente, la Ley de Quebec, que entró en vigor el 22 de junio de 1774 como constitución de la provincia.

Esta ley tenía dos aspectos; uno era la cuestión de la forma de gobierno que habría de tener Quebec, tema que tenía como trasfondo un conflicto entre los antiguos colonos de habla francesa (y católicos) y los colonos de habla inglesa protestantes, que se habían establecido más recientemente. La segunda cuestión era la extensión de las fronteras de Quebec para incluir el valle de Ohio, tema cuyo trasfondo era un conflicto entre los intereses de los cazadores de pieles y los colonos agrícolas por el control del valle de Ohio.[77]

Los colonos de habla inglesa protestantes de Quebec habían intentado establecér un gobierno local autónomo desde la conquista por Gran Bretaña, pero un tipo de gobierno que excluyera a los "papistas" de habla francesa. Las autoridades británicas, y en particular el gobernador Carleton, habían rechazado sus demandas bajo la contrapresión de los francoha-

[75] Andrews (1925, p. 139).

[76] Véanse Sachs (1953, pp. 284-290); Ernst (1976, pp. 180-181), y Nash (1979, p. viii).

[77] La Ley de Quebec también restableció la provincia de Labrador, islas de la Madeleine y la isla Anticosti.

blantes. El debate se prolongaba desde 1764. Finalmente, los administradores británicos persuadieron a un reticente Jorge III a conceder a los francohablantes lo esencial de sus demandas: libertad de culto católico dentro del marco de una "supremacía" laxamente interpretada de la iglesia anglicana; reinstauración del derecho civil francés (es decir, romano-holandés); permiso para que la iglesia católica recaudara los diezmos; y eliminación del requisito de que los funcionarios prestaran un juramento antipapista.[78]

Al mismo tiempo, el valle de Ohio pasó a formar parte del territorio de Quebec, lo cual no tenía un interés especial para el campesinado francohablante de Quebec, pero era crucial para los intereses peleteros. Por supuesto, cabe preguntarse porqué el sistema de reserva india establecido en 1763 no era suficiente. Neatby sostiene que el propio éxito del comercio de pieles, su expansión, que "implicaba complicadas relaciones con los indios", originó la necesidad de algún tipo de administración directa que podían llevar a cabo Montreal o Albany, los dos centros de distribución del comercio de pieles. Planteada la elección, "era inevitable que se eligiera Quebec". Pero, para quienes buscaban tierras para establecerse, la situación se había hecho ahora más "opresiva",[79] por no hablar de la hostilidad de los comerciantes de pieles que operaban desde Albany.[80]

La decisión irritó a las colonias costeras por múltiples motivos; en primer lugar, "[parecía] sacrificarse el fruto de la guerra de los Siete Años, y el terror de quedar atrapados por indios y franceses desde el norte y el oeste revivió con facilidad".[81] En segundo lugar, los colonos "temían que en sus alrededores se constituyera un gobierno absolutista [y] una religión católica

[78] Véase Lanctot (1965, pp. 21-38).

[79] Neatby (1966, pp. 134-135).

[80] "La Ley de Quebec [...] reconoció el predominio de las pieles en la economía canadiense así como el control de Montreal sobre el oeste. [...] Sentó las bases de un nuevo esfuerzo de expansión" (Ouellet, 1971, p. 102). Ouellet señala también que los mercaderes de pieles de castor con base en Montreal hasta aquel momento sólo habían hecho "lentas conquistas", pero que ahora podía emerger una élite acomodada. Al mismo tiempo, "los años 1774-1775 marcaron el declive de Albany, tanto en lo que se refiere a la exportación de pieles como en la redistribución comercial hacia el oeste".

[81] Van Alstyne (1960, p. 38). Innis (1965, p. 178) observa: "En gran medida, la Revolución americana y la caída de Nueva Francia fueron fases de la lucha de los colonos sedentarios frente a los intereses peleteros." Observa un paralelismo entre la ocupación francesa del valle de Ohio en 1754 como el detonante inmediato de la guerra franco-india de 1754-1763 y la Ley de Quebec en relación con 1776.

que identificaban con la intolerancia y la Inquisición".[82] En tercer lugar, quedaron especialmente preocupados por el hecho de que las leyes que gobernaban el valle de Ohio permitieran "una modalidad de tenencia de tierras tan poco inglesa".[83] Al final, la Ley de Quebec se aprobó al mismo tiempo que las Leyes Intolerables y por consiguiente "quedó contaminada por esta asociación". La ley, por tanto, fue considerada por los colonos "natural, aunque incondicional, [...] como la recreación sistemática de la antigua amenaza septentrional a las colonias costeras, esta vez para favorecer los fines británicos".[84]

Los delegados del Congreso Continental de Filadelfia se encontraban, por tanto, frente a un dilema: cómo ganarse a Quebec para su causa denunciando simultáneamente la Ley de Quebec. La solución fue que el Congreso Continental desarrolló una "sutil" campaña en la que subrayaron el problema de los impuestos y sostuvieron que la Ley de Quebec era, en lo esencial, el triunfo de una alianza entre los clérigos y los terratenientes.[85] Esto no dejó de tener repercusión entre los campesinos de habla francesa ordinarios.[86]

En lo que se refiere a los comerciantes, aunque el Congreso Continental estaba "dispuesto a hacer cualquier concesión posible para ganarse a la clase comercial canadiense",[87] esta última reaccionó con gran prudencia. Por una parte, estaban irritados con la Ley de Quebec, que les privaba de las leyes civil y mercantil inglesas (así como del juicio mediante jurado y del hábeas corpus); por otra, se encontraban en competencia directa con los comerciantes de Nueva Inglaterra.[88]

[82] Trudel (1949b, p. 16).

[83] Knollenberg (1975, p. 124).

[84] Brebner (1966vb, p. 54).

[85] Esto no era incorrecto. Como indica Ouellet: "En 1774, todo empujaba al clero y a los señores a estar de parte del gobierno. La creencia en una monarquía absoluta basada en el derecho divino adquirió mayor importancia aún, puesto que la burguesía no demandaba un gobierno parlamentario ni proponía un nuevo sistema de valores para la sociedad" (1971, p. 118).

[86] Lanctot (1965, pp. 87-88). Ouellet señala que la reacción del campesinado francohablante fue "más compleja de lo que se creyó en la época". En ella influyó el temor por su seguridad a causa de la debilidad militar de las autoridades británicas. Pero al mismo tiempo los campesinos se oponían al servicio militar voluntario porque habían llegado al convencimiento de que, desde 1760, "la única intención del gobierno inglés al reclutarles era organizar mejor una deportación masiva" (1971, p. 122).

[87] Stevens (1926, p. 49).

[88] Ouellet (1971, p. 120). Además sentían el temor de que el "comercio de pieles pasara a manos de los canadienses [francohablantes]" (Lanctot, 1969, p.

En septiembre de 1774, el Congreso Continental envió un "mensaje al pueblo canadiense" en el que subrayaba la ausencia de un gobierno democrático en las disposiciones de la Ley de Quebec, citando a Montesquieu sobre la libertad popular, y elogiaba el ejemplo de la confederación suiza de cantones protestantes y católicos. Incluso imprimieron el mensaje en francés y dieron una amplia difusión a sus dos mil copias,[89] sin embargo, enviaron simultáneamente una moción a Gran Bretaña en protesta por la Ley de Quebec, en la que hablaban del derramamiento de sangre causado por los católicos en Inglaterra y de su impiedad e hipocresía. El gobernador Carleton distribuyó esa carta en Quebec, donde no se apreció el doble lenguaje.[90] No obstante cuando el ejército continental invadió la provincia en otoño de 1775, muchos de los campesinos francohablantes lo consideraron como "un auténtico ejército de liberación"[91] a pesar de las amenazas del clero, que se volcó en apoyo de la causa británica, y amenazó con negar los sacramentos, incluso excomulgar a quienes se negaran a combatir a los invasores.[92]

La acción militar tuvo éxito en un primer momento (Montreal cayó), pero después fracasó. Los colonos rebeldes todavía estaban indecisos; la declaración de independencia aún era cosa del futuro.[93] La clase mercantil protestante determinó que sus "más profundas necesidades", es decir, "la estrecha relación con Londres y el comercio irrestricto con los indios en el lejano oeste" eran precisamente las cuestiones que los colonos rebeldes no podían garantizar.[94] Y los *habitants* de habla francesa

51). Como consecuencia, "caben pocas dudas de que sus intereses movieron a quienes estaban relacionados con la industria peletera a permanecer leales a Gran Bretaña" (Stevens, 1926, p. 49). Véase también Clark (1959, p. 118): "Fue la resistencia de los comerciantes de Montreal a renunciar al mercado británico lo que les llevó a rechazar [la] propuesta de enviar delegados al Congreso Continental."

[89] Ryerson (1960, pp. 208-209).

[90] Véase Trudel (1949b, pp. 25-31).

[91] Clark (1959, p. 101).

[92] Véase Ryerson (1960, pp. 208-210).

[93] Ryerson considera que esto marcó la diferencia: "La cuestión principal sobre cuya base los canadienses *podrían* haberse levantado en alianza con los americanos era la de la independencia nacional respecto al gobierno ajeno. Pero los colonos americanos todavía no habían adoptado una posición decidida en favor de la independencia. Su Declaración de Independencia sólo se adoptaría *después* de la invasión de Canadá. 'Si esta declaración se hubiera adoptado nueve meses antes', se lamentaba [...] Samuel Adams, 'Canadá sería nuestro hoy' " (1960, p. 214).

[94] Creighton (1937, p. 64).

comprendieron que se les pedía que se sumaran a los fines, todavía más radicales, de los colonos americanos, pues los objetivos de éstos eran "de carácter liberal y protestante". No se desafiaba únicamente a la autoridad del Estado, sino también a la de "un orden eclesiástico autoritario". De este modo, la simpatía inicial de los *habitants* se transformó en un mayor antagonismo.[95] Al final, como dice Dehio, Gran Bretaña conservó a Canadá "precisamente porque allí no había colonos ingleses". Los católicos locales consideraban a sus vecinos puritanos más fanáticos que el "régimen, negligente y tolerante, de Londres".[96]

A medida que los colonos americanos se hacían más militantes, la base social de apoyo a su movimiento empezó a desplazarse, como ocurre con frecuencia en las situaciones revolucionarias. Los elementos socialmente conservadores suelen sentir cierto temor del ímpetu que cobran las protestas que elevan en su propio interés. Lo que Schlesinger observa respecto a los comerciantes de las colonias del norte tal vez sea cierto en un sentido más general:

> La experiencia de los años 1764-1766 dio a la clase comerciante motivos para otro tipo de reflexión. Intentando defender una posición propia, en su afán se extralimitaron al llamar en su ayuda a elementos ingobernables de la población. Oscuramente, los comerciantes percibieron el peligro que despertara un grupo autoconsciente de elementos radicales.[97]

Así que, como señala Jensen, aunque antes de 1774 o 1775 el movimiento revolucionario no era democrático o radical "excepto por inadvertencia", la movilización popular transformó de algún modo la situación y dio mayor relieve a los objetivos populares.[98] ¿Cambió la situación hasta tal punto que puede afirmarse que la lucha fue fundamentalmente una "guerra popular",[99] en la que "la fuerza del partido revolucionario residía en su mayor parte en el pueblo llano, al estar diferenciado de la aristocracia"?[100]

[95] Clark (1959, p. 117).
[96] Dehio (1962, p. 122).
[97] Schlesinger (1917, pp. 91-92).
[98] Jensen (1957, p. 326). Jensen concluye de esto que "la Revolución americana fue un movimiento democrático no en su origen, sino en su resultado" (p. 341).
[99] Aptheker (1960, p. 59).
[100] Jameson (1926, p. 25).

¡Quizá¡ Lo evidente es que los "contemporáneos no tenían duda alguna de que la guerra de Independencia fue acompañada de una lucha sobre quién gobernaría en el país".[101] Pero hubo dos tipos de reacciones conservadoras a esta creciente radicalización; una fue retirar completamente el apoyo; y algunos lo hicieron.[102] La segunda fue sumarse a ella con el fin de retomar el liderazgo de la lucha para desviar los objetivos de clase hacia objetivos nacionales.[103]

Ambas reacciones se produjeron, y eso es lo que explica la división entre revolucionarios y realistas entre los estratos acomodados. Quienes intentaron moderar el resultado político del movimiento de independencia sumándose a él fueron históricamente más significativos que los *tories* y, a largo plazo, lograron sus objetivos porque la situación se mantuvo en un punto en el que "de hecho [...] los elementos radicales constituyeron una minoría de la población colonial".[104]

Aún así, es importante tener en cuenta que los grupos dispuestos a insistir en sus vindicaciones frente al gobierno británico no siempre ganaron. Después de 1763, había 30 colonias británicas en América, todas ellas sometidas a las leyes comerciales y de navegación. Como afirma Harper, una explicación válida de la guerra de Independencia americana "debe mostrar por qué 13 colonias se sumaron a la revuelta mientras que 17 siguieron siendo leales".[105] Esto es cierto si se considera que las

[101] Lynd (1961, p. 33) quien continúa: "Precisamente el temor de una revolución interna de este tipo hizo dudar durante mucho tiempo a Robert R. Livingston en vísperas de la independencia".

[102] "Muchos comerciantes [...] actuaron con una percepción más amplia de los intereses de clase, apostando de manera franca [en 1775-1776] por la madre patria" (Schlesinger, 1917, p. 604).

[103] "La mayoría de los líderes whig fuera de Nueva Inglaterra parecían considerar la guerra con Gran Bretaña no como un medio para alcanzar la independencia, sino como una alternativa, incluso una garantía frente a la revolución. La guerra [...] confirió un pasajero conjunto de objetivos a todos los americanos excepto a los tories declarados, y también dirigió contra los británicos energías que de otro modo podrían haberse vuelto en contra del orden social establecido en las colonias" (Nelson, 1961, p. 117).

Véase también Hoerder: "Al sancionar *post facto* algunas de las revueltas espontáneas, la élite whig apareció como líder incluso cuando intentaba seguir a las masas. Las demandas populares fueron desviadas por la retórica sobre la unión de intereses y por la condescendencia de los líderes" (1976, pp. 265-266).

[104] Schlesinger (1919, p. 75).

[105] Harper (1942, p. 24). La cifra de 30 a la que se refiere Harper quizá sea inexacta por baja. Utilizando el New Cambridge Modern History's *Atlas*, cuento 39. Sin duda se trata de cómo se cuenten diversas unidades de las Indias Occidentales.

13 colonias hicieron diversos esfuerzos para asegurarse la adhesión de las otras colonias.

El intento de arrastrar a Canadá a la revolución fracasó; sin embargo Quebec era un caso especial, considerando el hecho de que la mayoría de sus habitantes había estado sometida recientemente a Gran Bretaña y no se consideraban "británicos". La Florida oriental también era un caso especial similar.[106] Existía, sin embargo, otra colonia británica en el continente norteamericano cuyo reclutamiento era factible puesto que, en gran medida, estaba poblada por colonos de Nueva Inglaterra: Nueva Escocia. Brebner señala que si en el continente norteamericano existía un núcleo geográfico de colonias donde se encendieron las "hogueras de la revolución inminente" en 1774, el calor parecía menos candente a medida que uno se desplazaba hacia los márgenes. Georgia, Vermont, Maine y Nueva Escocia "estaban indecisas",[107] pero sólo Nueva Escocia no se sumó al final.

En aquel momento, había estrechos vínculos económicos (e incluso familiares) entre Nueva Escocia y Nueva Inglaterra. Además, al igual que los plantadores del sur, los habitantes de Nueva Escocia estaban "abrumados por las deudas" en ese momento y habrían podido sentir la tentación de rebelarse para repudiarlas.[108] A pesar de esto, mostraron "apatía"[109] frente a

[106] La Florida oriental le fue adquirida a España en 1763. Hubo unos pocos colonos británicos que intentaron reproducir la estructura de economía de plantación de Carolina del Sur, pero el fracaso del arroz y el lento desarrollo del índigo fueron "inhibidores obvios de la colonización" (Chesnutt, 1978, p. 14).

Estas plantaciones utilizaban trabajo servil de Europa del sur. Unos 1 400 trabajadores fueron reclutados para Nueva Esmirna, en su mayoría menorquines, con unos 100 italianos de Livorno y algunos griegos. "El heterogéneo grupo desbordó los escasos recursos de la colonia y dos meses después de su desembarco [en 1768] estalló una revuelta dirigida por los griegos e italianos." Aunque la revuelta fue reprimida y sus dos líderes ejecutados, prosiguieron los disturbios. "Con el inicio de la Revolución americana, se dio en creer que los menorquines, hasta entonces el elemento más pacífico de la colonia, habían conspirado con los españoles de La Habana" (Morris, 1946, pp. 178-180). Entre los plantadores lealistas y los menorquines simpatizantes de los españoles, parece que había escaso margen para adeptos a la causa de la Revolución americana.

[107] Brebner (1966b, pp. 56-57). Terranova estaba poco poblada y tenía una economía demasiado débil para considerar siquiera la rebelión; todavía era "incapaz de seguir una dirección propia".

[108] Brebner (1937, p. 293).

[109] *Ibid.* (p. 353) quien afirma que "puede atribuirse a la pobreza tanto como a las barreras topográficas entre los asentamientos. [Nueva Escocia] no podía ni siquiera permitirse estar adecuadamente representada en su propia

la propuesta de solidaridad activa y afirmaron una posición de "neutralidad".[110] En parte, su debilidad militar como península expuesta con asentamientos muy dispersos fue un factor decisivo en su reticencia a considerar la rebelión.[111] Por otra parte, Nueva Inglaterra había reservado su energía "expansionista" para Quebec y no consideraba que Nueva Escocia fuera lo importante para arriesgar sus recursos militares.[112]

En todo caso, los habitantes de Nueva Escocia eran gente de la frontera, y "como toda la gente de la frontera, eran separatistas".[113] Sin embargo, se consideraban demasiado débiles para resistir políticamente, es decir, desde el punto de vista militar. Por lo que buscaron salida en un movimiento religioso, el Gran Despertar [Great Awakening]. Los pequeños asentamientos de Nueva Escocia estaban poblados en gran parte por congregacionalistas que temían que desde Londres y Halifax (la capital) se les impusiera la recurrente "amenaza del episcopado". Cuando además se vieron forzados a elegir contra su voluntad entre sus parientes de Nueva Inglaterra y la lealtad a la Corona, el renacimiento de la religión "ofreció al mismo tiempo un escape y una vindicación".[114]

El movimiento renovador denominado Nueva Luz se desarrolló a partir de las "mismas condiciones de inquietud e insatisfacción social"[115] que los movimientos revolucionarios en

asamblea." Véase también Kerr (1932a, p. 101): "El hecho de que los ingleses de Nueva Escocia albergaban una simpatía pasiva hacia sus parientes insurrectos no puede dudarse pero también es claro que no contemplaron en serio actuar por sí mismos."

[110] "Afirmar una posición de neutralidad ofrecía un medio de proteger los lazos con las colonias revolucionarias vecinas, al tiempo que se evitaba romper abiertamente con Gran Bretaña" (Clark, 1959, p. 105).

[111] "En 1776 sólo la Armada y el ejército británicos impidieron que Nueva Escocia [...] se sumara a las colonias revolucionarias. El fracaso de la revolución estuvo determinado en gran parte por las ventajas militares británicas al desarrollar la guerra en áreas que podían ser rodeadas o bloqueadas por las fuerzas navales. El movimiento revolucionario americano fue un movimiento continental" (Clark, 1959, p. 102). Véase también Rawlyk (1963, p. 380), que considera que la explicación más satisfactoria de la reticencia de Nueva Escocia a sumarse a la rebelión, a pesar de la "extendida simpatía hacia los principios revolucionarios", es su carencia de armada.

[112] Rawlyk (1973, p. 230) sostiene que la invasión de Nueva Escocia por Massachusetts en 1776 fracasó por su debilidad. "Es difícil imaginar de qué forma Massachusetts hubiera podido actuar con más descuido en Nueva Escocia en 1776" (p. 240).

[113] Clark (1959, p. 70).

[114] Armstrong (1946, p. 54).

[115] Clark (1959, p. 111).

otros lugares pero, como es obvio, para los británicos era más aceptable políticamente. Además, confirió a los habitantes de Nueva Escocia "un nuevo sentimiento de identidad" tal que en 1783 parecía que Nueva Escocia se había convertido en un "centro vital del mundo cristiano".[116] De este modo, Nueva Escocia se sustrajo a la órbita de Estados Unidos en formación. Esto carecía de importancia económica para los futuros Estados Unidos, y quizá fuera beneficioso a corto plazo para Nueva Escocia.[117] Pero tuvo una gran trascendencia geopolítica a largo plazo, puesto que si Nueva Escocia se hubiera convertido en el decimocuarto estado, no hay duda de que Inglaterra hubiera tenido dificultades para mantenerse en Canadá y probablemente habría sido "expulsada" de América.[118] De haber sucedido esto, todo el proceso de descolonización habría tomado un giro diferente.

En el Caribe, la relación de las colonias con Gran Bretaña se presentaba bajo un aspecto distinto. A diferencia de la Norteamérica británica, que sufría un periodo de depresión económica, las Indias Occidentales iniciaban una fase de explosión económica para su principal producto de exportación, el azúcar.[119] Y además la Ley de Puertos Francos de 1766 contrarrestó con éxito la depresión comercial de las Indias Occidentales, una de cuyas raíces se remontaba a 1751. El comercio de las Indias Occidentales había tenido, durante más de un siglo, un importante componente contrabandista, y ésta era, en efecto, la principal modalidad del comercio entre Gran Bretaña e Hispanoamérica. Alrededor de 1751 se produjo un "cambio radical" en este comercio.[120] De ser los barcos británicos los que comerciaban en puertos españoles, pasaron a ser los barcos españoles los que empezaron a frecuentar los puertos británicos. Esto, por supuesto, era totalmente ilegal bajo las leyes de navegación, pero al principio existió connivencia por parte de las autoridades locales británicas. En 1763-1764, como parte del ma-

[116] Rawlyk (1973, pp. 250-251).

[117] "Con la ruptura de las relaciones comerciales con Nueva Inglaterra [...] la posición militar estratégica de Halifax confirió a esta ciudad una nueva importancia como centro comercial. Poco a poco se fueron consolidando las ventajas económicas que disfrutaba la colonia como miembro del imperio británico, dado que las antiguas colonias estaban excluidas del comercio" (Clark, 1959, pp. 110-111).

[118] Weaver (1904, p. 52).

[119] Pares (1960, p. 40) llama a los años entre la paz de París y el inicio de la Revolución americana "la edad de plata del azúcar".

[120] Armytage (1953, p. 22).

yor rigor generalizado en la aplicación de la ley promovido por Grenville, se aprobaron nuevas leyes que hacían susceptibles de incautación los barcos extranjeros que merodearan junto a los puertos británicos.[121]

Al acceder Rockingham al ministerio en 1765, se anuló la Ley de Timbre para apaciguar a los norteamericanos y se aprobó la Ley de Puertos Francos para apaciguar a los comerciantes de las Indias Occidentales. La motivación inicial tuvo que ver con el azúcar de las islas francesas. Los colonos británicos se habían opuesto a la adquisición de Guadalupe porque temían su competencia; sin embargo, la producción de las islas británicas, aunque suficiente para abastecer a Gran Bretaña, no podía satisfacer las demandas de reexportación al continente. Al abrir los puertos de las Indias Occidentales británicas a las exportaciones ilícitas de las islas francesas, cuyo azúcar pasaba más tarde a Gran Bretaña para venderse en el continente, ésta podía nadar y guardar la ropa, cosechando los beneficios del comercio y del transporte sin los costes políticos de la administración colonial.

La ley, tal como fue aprobada, no sólo tenía como finalidad la adquisición del azúcar de las islas francesas; también tenía como objetivo revitalizar el comercio con las Indias españolas, en particular a través de Jamaica. Aunque esa revitalización fuera lenta al principio, tendría gran éxito a largo plazo, pero en cualquier caso, precipitó una inmediata reacción española.[122] Tal reacción a la Ley de Puertos Francos no fue, sin embargo, más que una pequeña parte del dilema más amplio que se planteaba España. A largo plazo, el tratado de París tenía tantas consecuencias para Hispanoamérica como para las colonias británicas por una razón muy sencilla. Eliminada Francia

[121] La Ley del Azúcar (4 Geo. vol. III, c. 15) regulaba en su cláusula XXIII la confiscación de los barcos extranjeros en los puertos británicos. "Fue a estas palabras [...] a las que los comerciantes de Jamaica atribuyeron la decadencia del comercio español" (Christelow, 1942, p. 320). Sobre la Ley de Puertos Francos como esfuerzo para reparar el efecto de la confiscación de barcos españoles, véase Williams (1972, pp. 378-379).

[122] "Tanto españoles como franceses se sintieron, con toda razón ofendidos por los métodos utilizados por los británicos para romper el monopolio que cada nación practicaba en su imperio colonial. En el caso de los españoles, la apertura de los puertos francos británicos fue seguida por varios intentos de fortalecer la barricada que protegía el monopolio español" (Armytage, 1953, p. 48.) Véase también Hammett (1971, p. 27). Las reacciones españoles sólo redoblaron los esfuerzos británicos por hacer de las Indias Occidentales "un centro de comercio con las áreas prohibidas" (Goebel, 1938, p. 289).

como uno de los protagonistas en la escena americana. "España se quedó sola frente a la amenaza inglesa durante las siguientes dos décadas".[123] El problema básico de España seguía siendo el que había tenido durante más de un siglo. Expresándolo con las sarcásticas palabras del autor alemán del siglo XVII Samuel Pufendorf, "España mantenía a la vaca y el resto de Europa se bebía la leche".[124] Pero ahora se cuestionaba incluso el mantenimiento de la vaca.

Esa amenaza, obviamente, era anterior al tratado de París. Los comerciantes británicos que operaban desde Jamaica ya en la década de 1740 intentaban dejar al margen el centro de distribución de Cádiz.[125] En 1762, los británicos habían tomado La Habana (y Manila) y amenazado Veracruz. Aunque el tratado de París devolvía La Habana a España, e incluso aunque además Francia cedía Luisiana a España como compensación por su ayuda durante la guerra de los Siete Años, la amenaza británica seguía siendo muy real y en 1765 Carlos III de España inició las famosas reformas relacionadas con su reinado, la instauración del comercio libre.

Es indudable que el libre comercio era la "estrategia"[126] de Carlos III, pero debe tenerse en cuenta que en esta situación la libertad comercial tenía un sentido bastante restringido. La política española en realidad suponía "sólo una liberalización del comercio *dentro* del marco imperial".[127] Los sucesivos decretos de 1765, 1778, y 1789 establecían básicamente tres cosas: una considerable libertad para el comercio entre las colonias españolas, la eliminación del monopolio peninsular español de los puertos de Sevilla y Cádiz y la autorización a los colonos españoles para que transportaran las mercancías desde las colonias españolas a los puertos españoles.[128] El objetivo esencial de esta liberalización intraimperial del comercio era "vengarse de Gran Bretaña".[129]

Se pretendía lograr el desquite por dos vías; una era que, al hacer el comercio de los colonos con la España peninsular más

[123] Brown (1928, p. 187). Véase también Savelle (1939, p. 162).
[124] Citado en Christelow (1947, p. 3).
[125] Véase Stein y Stein (1970, pp. 95-96).
[126] Avelino (1978, p. 83).
[127] Stein y Stein (1970, p. 100).
[128] Véase Arcila (1955, pp. 94-95). El segundo de estos aspectos de las reformas fue también, por supuesto, una cuestión interna de la España peninsular y representó "el triunfo de las áreas periféricas españolas frente al centralismo monopolista de Cádiz". Pero, como añade Vázquez de Prada (1968, p. 220), este triunfo fue "más aún el de la economía americana sobre la española".
[129] Navarro García (1975, p. 137).

rentable para los colonos españoles, el difundido comercio de contrabando con los británicos (y otros) resultaría menos atractivo. De este modo, socavaría el objetivo que la Ley de Puertos Francos de Gran Bretaña pretendía reforzar. La contrapartida de la liberalización del comercio intraimperial era una mayor administración real del imperio por parte de la metrópoli. El espíritu de la burocracia imperial colonial española bajo los Habsburgo era el de "obedezco pero no cumplo". Los borbones, empezando con Carlos III, estaban decididos a tratar de cambiar esto y, así la "liberalización", que aparentemente suponía más libertad, en realidad suponía una "menor libertad de facto [...] puesto que [los americanos] estaban sujetos ahora a un monopolio más eficiente y específicamente excluidos de los beneficios extendidos a los españoles".[130] Esta paradoja aparente se derivaba del hecho de que, al mismo tiempo que el gobierno español reducía las diferencias en los derechos comerciales de las personas residentes en la España peninsular y los de las colonias, aumentaba las diferencias de facto entre los derechos de los españoles peninsulares residentes en las colonias y los de los criollos coloniales.

Es importante observar que en 1763 los británicos y los españoles se enfrentaban a problemas paralelos en ambos campos. En primer lugar, sus leyes sobre el gobierno colonial eran violadas por los propios ciudadanos "casi impunemente" y cuando no lo eran, se debía más "a conveniencia y complacencia que al temor de la coerción".[131] Después de 1763, como respuesta, tanto británicos como españoles tendieron a aumentar el uso de la coerción.[132]

El segundo problema paralelo para ambos gobiernos era la creciente carga financiera de la maquinaria estatal y por consiguiente ambos intentaron aumentar los impuestos en las colonias después de 1763. Los colonos de ambos países reaccionaron de forma semejante, los británicos tiraron el té al puerto de Boston en 1770 y los españoles tiraron aguardiente (y también

[130] Lynch (1973, p. 13).

[131] Christie y Labaree (1976, p. 27) se refieren a la América británica, pero también podía aplicarse a Hispanoamérica. Chaunu estima que el comercio de contrabando *excedió* al comercio monopolista legal de Cádiz durante el siglo XVIII, aunque a finales, debido a la liberalización, el "comercio monopolista crecía con mayor rapidez que el de contrabando" (1963, p. 409, nota 14).

[132] Existía sin embargo una diferencia en el grado en el que utilizaron la coerción. "Lo que Gran Bretaña se propuso lograr en parte reforzando la leyes comerciales, España se lo propuso en parte relajándolas" (Humphreys, 1952, p. 215).

quemaron tabaco) en Socorro en 1781. Estas reacciones, sin embargo, no detuvieron el intento británico/español de imponer orden, lo que provocó un resentimiento paralelo en ambas zonas coloniales, en ambos casos en el nombre de una anterior tradición de descentralización. La única diferencia, como observa Phelan, fue que la descentralización anterior del imperio británico había sido en gran parte legislativa, mientras que la del español fue en gran medida burocrática.[133]

La guerra de los Siete Años también supuso un revés para Portugal. El marqués de Pombal, que accedió al cargo de secretario de Asuntos Exteriores en 1750, había iniciado una política de lograr mayor independencia económica para Portugal creando situaciones en las que "los beneficios de los dominios americanos se acumularan en gran parte, si no exclusivamente" en los nacionales de Portugal.[134] El mecanismo fundamental era el aumento del "control estatal" de la economía colonial, lo que Pombal consideraba el "fundamento" de su concepción de la economía política.[135] Sus intentos, sin duda, se vieron considerablemente auxiliados por los medios que el espectacular crecimiento de la extracción de oro en Brasil puso a disposición del país.[136] Y en efecto, como resultado, Portugal logró una mayor renta per cápita que Francia en esta época. Braudel sugiere una analogía con Kuwait en la segunda mitad del siglo XX.[137]

Pombal no intentaba cuestionar la alianza histórica de Portugal con Gran Bretaña, únicamente intentaba beneficiarse del "gran margen de maniobra" que la nueva situación de la economía-mundo ofrecía a Portugal. Sin embargo, la invasión española de Portugal en 1762 significó un "desafío devastador a los

[133] Véase Phelan (1978, p. 34).

[134] Christelow (1947, p. 9).

[135] Reis (1960, vol. I [2], p. 327). Véase Novais sobre la razón por la que las reformas internas en Portugal inspiradas por las ideas ilustradas y el creciente mercantilismo en las colonias fue "sólo aparentemente una contradicción: era la propia situación de atraso lo que la imponía". (1979, p. 223).

[136] Véase Navarro García (1975, p. 249).

[137] Véase Braudel (1984, p. 304). Sin embargo se trataba de un Kuwait cuya fuente de ingresos estaba situada, principalmente, en las colonias. "Es en función de la exportación de los productos brasileños como el comercio internacional portugués logra tener superávit" (Novais, 1979, p. 293). Ya en 1738, el embajador portugués en París don Luis da Cunha había escrito: "para conservar Portugal, el rey necesita las riquezas de Brasil más que las del propio Portugal". (Citado en Silva, 1984, p. 469.) Pereira (1986) opina que esto sobrestima con mucho la "desarticulación" de la economía portuguesa en el siglo XVIII y que sólo es cierto referido a la fase posterior a 1808.

supuestos básicos" de Pombal, y la continua amenaza española en América después de 1763 "hizo esencial para Portugal conservar la buena disposición británica".[138] El precio impuesto por Gran Bretaña sería el abandono de las pretensiones de Portugal, y los sucesores de Pombal invertirían su política, si bien eso no se llevaría a cabo hasta sus últimas consecuencias de inmediato.[139] Entretanto, la política de Pombal redujo considerablemente el comercio portugués (y por consiguiente el brasileño) con Gran Bretaña,[140] y suscitó una importante reacción negativa en los comerciantes brasileños.[141]

Así fue como, en 1763, no sólo Gran Bretaña sino también España y Portugal empezaron a enfrentarse a la creciente deslealtad de sus colonos en América. De hecho, podría decirse que estas naciones provocaron la grave deslealtad de sus colonos por sus esfuerzos, logrados hasta cierto punto, por reestablecer su fortaleza en el sistema mundial, cosa que hicieron revitalizando la cohesión administrativa de ambos imperios, reforzando sus ejércitos y situando a los gobiernos centrales sobre bases financieras mucho más sólidas.

Carlos III actuó en muchos frentes a fin de fortalecer la capacidad del Estado español para tratar con la metrópoli (la España peninsular), con sus territorios coloniales en América y con el mundo. Aunque animado por la versión española de la ideología de las Luces, la *Ilustración*, sus políticas efectivas estaban ideadas para (re)crear en España el Estado absolutista, disminuir el papel de la aristocracia, debilitar el poder de la iglesia y basar su administración en una burocracia asalariada más profesional, tanto civil como militar. El objetivo era lograr una expansión de la actividad económica reformando la legislación comercial y fomentando las exportaciones coloniales

[138] Maxwell (1973, pp. 22, 33, 38). Véase Silva (1984, pp. 484-485) sobre la petición de ayuda de Pombal a Inglaterra después de las derrotas infligidas por España a Portugal en Sudamérica en 1763.

[139] "El movimiento pendular [del comercio británico con Portugal] de retorno fue acelerado por la Revolución francesa. La guerra con Francia, como antaño, volvió a unir a Inglaterra y Portugal" (Manchester, 1933, p. 53.)

[140] El comercio con Portugal "pasó de ser 'el comercio más ventajoso' que Inglaterra 'practicaba en cualquier parte' a un humilde sexto lugar entre las naciones extranjeras que compraban a Inglaterra" (Manchester, 1933, p. 46).

[141] "La reacción más fuerte de los colonos se produjo contra la política pombalina de nacionalización del comercio luso-brasileño. Con demasiada frecuencia, el comerciante brasileño sintió que sus intereses se sacrificaban a los de la Corona y los comerciantes metropolitanos, como ocurrió con la política de Pombal de establecer "reales compañías" [*chartered companies*] monopolísticas para Brasil" (Russell-Wood, 1975, pp. 28-29).

para posteriormente, mediante esta burocracia de nueva eficacia, "recolectar [la] cosecha fiscal". Al principio, el éxito económico (y fiscal) fue "extraordinario",[142] pero esta gran revitalización de la fortaleza española resultó descansar en "un frágil equilibrio"[143] que no podría mantenerse debido a fuerzas de la economía-mundo que escapaban al control del Estado español. Es a esta historia a la que debemos dedicar ahora nuestra atención.

Como el "catalizador del cambio" fue la guerra de los Siete Años en la que España sufrió humillantes reveses militares (el más notable, aunque no el único, fue la caída de La Habana), las reformas militares fueron las primeras emprendidas por Carlos III. Los soldados habrían de tener un papel esencial en la revolución administrativa que se ha llegado a calificar de "Reconquista de América".[144] No obstante, los cambios más radicales se produjeron en la administración civil, donde se revivió la institución de la *visita general*, el envío desde Madrid de un funcionario con poderes para investigar y actuar al más alto nivel. El individuo clave en el proceso de reforma, don José de Gálvez, aparece originalmente en escena como el primero de estos visitadores generales en Nueva España de 1765 a 1767.

Sin embargo, la reforma más importante fue la introducción de intendentes, ese clásico mecanismo colbertiano de centralización estatal. Los intendentes habrían de sustituir a los magistrados de distrito denominados alcaldes mayores y corregidores (recaudadores de los tributos indios, que se ocupaban de reclutar y asignar la mano de obra india), cuyos cargos se habían vendido durante más de un siglo y que habían utilizado su puesto (y su poder fiscal) para obtener beneficios comerciales privados. En 1768, Gálvez, junto con el virrey Croix de Nueva

[142] Brading (1984, p. 408). Desde el siglo XVI, el reinado de Carlos III había sido "el menos lesivo para el orgullo nacional" (Whitaker, 1962a, p. 2). Véase también Chaunu, que califica el periodo 1770-1800 como el de la "recuperación de España" (1963, p. 417). Finalmente García-Baquero considera el periodo posterior a 1778 como "una fase de expansión espectacular" del comercio gaditano (1972, p. 127). Pero esto también puede decirse de Cataluña: véase Delgado (1979, pp. 25-26). Por último, Fisher califica la política comercial de Carlos III de "éxito asombroso, en particular en su impacto sobre la vida económica de Hispanoamérica. Sus efectos sobre la economía peninsular fueron un tanto más modestos" (1985, p. 62).

[143] Brading (1984, p. 439). Véase también Humphreys (1952, p. 213): "Bajo Carlos III y durante los primeros años de Carlos IV, [España] disfrutó lo que retrospectivamente parece un verano de prosperidad. Lo mismo puede decirse de su imperio."

[144] Brading (1984, pp. 399-400).

España, propuso la abolición directa de esta categoría de funcionarios que, simultáneamente, oprimía a los indios y se quedaba con la mayor parte de los ingresos fiscales de la Corona. Cuando Gálvez asumió el Ministerio de las Indias en 1776, llegó a personificar el "celo reformista del gobierno Borbón",[145] y finalmente, en 1786, logró imponer su reforma. Esto puede considerarse como la recompensa de la perseverancia, e igualmente puede interpretarse como prueba de lo difícil que era hacer reformas en el clima de la "inmovilidad metropolitana".[146]

La influencia duradera de Gálvez se dejó sentir en la transformación de la geografía política que efectuó, una transformación que influiría en gran medida en el futuro proceso de descolonización. En 1776, uno de sus primeros actos como ministro de las Indias fue establecer el Virreinato de La Plata. En el siglo XVI sólo existían dos virreinatos, el de Nueva España y el de Perú; un tercero, el de Nueva Granada, se desgajó en 1739. ¿Por qué creó Gálvez un cuarto virreinato en 1776 (al igual que cierto número de unidades menores, como Capitanías Generales y Audiencias)? La de 1776 no era una fecha fortuita. La guerra de Independencia de la Norteamérica británica había comenzado. Parecía una ocasión de oro para actuar contra Gran Bretaña y su aliado, Portugal, que entre otras cosas, estaba invadiendo económicamente en las zonas indias de Sudamérica mediante el comercio ilegal a lo largo de la ruta Sacramento-Buenos Aires. Carlos III intentó crear un gobierno fuerte que contrarrestara esa invasión. Este gobierno iba a ser el de La Plata, que incluía la actual Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia. "En circunstancias normales, Inglaterra no le hubiera tolerado realizar sus propósitos",[147] pero éstas no eran circunstancias normales. La revigorización de las fuerzas militares rindió frutos. Una expedición de 8 500 hombres cruzó el Río de

[145] Navarro García (1975, p. 160).

[146] Stein (1981, p. 28). La visión de Stein sobre el éxito de Gálvez es un tanto amarga: "18 años después de que Gálvez presentara un plan sobre los intendentes en Nueva España, diez años después de que fuera nombrado ministro de las Indias, seis años después de que se iniciara en los Andes centrales el masivo levantamiento indio de Túpac Amaru y dos años después de que Perú recibiera su estatuto, el 4 de diciembre de 1786, Gálvez logró por fin imponer su estatuto, tanto tiempo acariciado, para Nueva España. Meses después, moría" (p. 13). Y casi inmediatamente el coautor del plan original Croix, ahora virrey de Perú, recomendaba restablecer en Perú el reparto de mercancías, el principal mal del antiguo sistema de corregidores.

[147] Céspedes del Castillo (1946, p. 865).

la Plata en 1776 y se apoderó de Sacramento "por tercera y última vez".[148] Esta victoria española se ratificaría en el tratado de San Ildefonso en 1778, y acabaría definitivamente con las aspiraciones de Portugal sobre La Banda Oriental (actual Uruguay).

La lucha en Norteamérica ejerció una presión continua sobre Hispanoamérica. Dio un "carácter de urgencia"[149] al movimiento reformista que condujo al segundo grupo de decretos sobre libre comercio de 1778. España estuvo sometida a fuertes presiones para sumarse a la guerra contra Gran Bretaña en 1779, apoyando a Francia que ya había declarado la guerra en 1777. La decisión francesa, en cierto sentido, fue bastante obvia, pues había intentado reducir el poder británico en América desde 1763. Tras abandonar el cargo en 1770, el duque de Choiseul dejó un informe en el que reiteraba los cinco elementos necesarios en una política de este tipo: evitar la guerra, aliarse con España y Holanda, debilitar el crédito financiero británico, promover la independencia de las colonias de Norteamérica británica y reducir el comercio entre Gran Bretaña y las colonias de España y Portugal. Cuando Vergennes accedió a su cargo en 1774, revisó las políticas de Choiseul.[150] Las colonias americanas, sin embargo, habían forzado la intervención de Francia iniciando una guerra.

Al principio, Francia se limitó a ayudar en secreto a los revolucionarios norteamericanos. El gabinete francés estaba dividido. Turgot creía que la guerra, "como el mayor de los males",[151] debía evitarse, y no había la menor certeza de que los norteamericanos pudieran resistir por mucho tiempo. Después de todo, habían perdido la batalla de Long Island el 27 de agosto de 1776. Así, la derrota del general Burgoyne en Saratoga, el 16 de octubre de 1777, tuvo un inmenso impacto sobre Francia y sobre España.[152] Francia, súbitamente, empezó a temer algo

[148] Brading (1984, p. 401). La revigorización del ejército continuaría mostrando sus frutos pocos años después, cuando España entrara en la guerra norteamericana e invadiera Pensacola.

En 1783 Gran Bretaña cedió Pensacola y Florida oriental a España. Fue en esa misma época cuando España expulsó al fin a los británicos de la Costa de los Mosquitos (ahora Nicaragua oriental).

[149] Rodríguez (1976, p. 23).

[150] Véase Savelle (1939, pp. 164-165).

[151] Van Tyne (1916, p. 530).

[152] "El 16 de octubre de 1777 el general Burgoyne se rindió en Saratoga al general Gates. Para nosotros es difícil calibrar el significado de esta noticia en la época. Hasta entonces la guerra se había visto en Europa, en palabras de un

peor que una victoria británica: una victoria de las fuerzas rebeldes sin ayuda de Francia, es decir, la posibilidad de unos Estados Unidos independientes y hostiles.[153] Francia firmó un tratado con Estados Unidos el 6 de febrero de 1778, y se sumó abiertamente a la guerra.

Ahora la presión se ejercía sobre España, y los españoles eran muy reticentes. España dudaba ante la idea de emprender cualquier actuación que pareciera legitimar la revuelta colonial. Además, España negociaba su neutralidad como contra-

panfletista inglés de 1776, como 'la insolencia' de 'los líderes de los colonos enajenados, demagogos ambiciosos' que habían 'dirigido a un populacho ignorante, paso a paso hasta un punto en el que retroceder ante la ruina es difícil, si no imposible'. De pronto este populacho ignorante derrotaba a uno de los mejores ejércitos del Antiguo Mundo, uno de los más ricos en historia militar" (Madariaga, 1948, p. 300).

[153] "Vergennes había estado obsesionado con la idea, a partir de 1776, de que como resultado de la lucha de América por la independencia, Francia y España perderían sus posesiones en las Indias Occidentales" (Van Tyne, 1916, p. 534). En 1776, Silas Deane, el delegado del Congreso Continental en París, "advertía a los franceses que sin ayuda suficiente los americanos se verían obligados a reunificarse con los británicos. Una América independiente, por otro lado, haría a Francia la sucesora de Gran Bretaña en el dominio del comercio mundial" (Kaplan, 1977, pp. 138-139). El 23 de julio de 1777 Vergennes envió un informe al rey Luis XVI en el que afirmaba: "Si Inglaterra no aplasta pronto la revuelta americana, tendrá que llegar a acuerdos con ella. Puede convertir en aliados a aquellos a quienes no ha logrado mantener como súbditos en un asalto conjunto a las riquezas de Perú y México y las Islas del Azúcar francesas." (Citado en Corwin, 1915, p. 34.)

La desconfianza de Francia hacia las verdaderas intenciones de Estados Unidos fue uno de los factores principales durante las posteriores negociaciones de paz en París en 1782-1783 para que Francia presionara a Gran Bretaña a fin de que se le permitiera conservar Canadá. Ya en 1778, el Congreso Continental había pedido a los franceses que se comprometieran a favorecer la conquista de Canadá (así como de Nueva Escocia y las Floridas) por los colonos. Vergennes sin embargo, en las instrucciones que diera el 29 de marzo de 1778, a su diplomático en Estados Unidos, Conrad-Alexandre Gérard, escribía que "la posesión de estos tres territorios (*contrées*), o al menos de Canadá, por parte de Inglaterra sería un útil principio de inquietud y de vigilancia para los americanos que les haría sentir mayor necesidad de la amistad y la alianza del rey, y no le interesa que esto se destruya" (reimpreso en Frégault y Trudel, 1963, p. 153). En 1779 en Lucerna, Vergennes afirmaba que Francia no tenía ningún interés "en ver a América septentrional desempeñar el papel de una potencia en situación de inquietar a sus vecinos". Cuando llegó a las negociaciones de París, Gran Bretaña en realidad estaba dispuesta a conceder más de lo que los franceses deseaban que concediera (por ejemplo, derechos de pesca en el San Lorenzo y, lo que es más importante, unas fronteras más amplias que las que los colonos tenían en 1775). No es necesario decir que los americanos no se sintieron satisfechos con la actitud de Francia. Véase Trudel (1949b, pp. 213-214).

partida a la cesión por Gran Bretaña de Gibraltar y Menorca, concesiones que los británicos no necesitaron. Los franceses tenían mayor interés en lograr el apoyo de España y aceptaron sus condiciones en el tratado de Aranjuez de 1779. Esas condiciones fueron la promesa de una invasión conjunta de Inglaterra, que era la forma como España pensaba que se podía acabar la guerra antes de que fuera atacado "su imperio colonial, demasiado extenso y vulnerable".[154] España firmó su tratado con Francia, no con Estados Unidos.[155] Su objetivo era bastante explícito: recuperar Menorca y Gibraltar, por supuesto, pero también "desalojar a los ingleses de todas sus posiciones en el Caribe —Luisiana, Mosquitia, Jamaica, Antillas Menores—".[156]

España pagó un elevado precio "en sangre y dinero":[157] la guerra desembocó en la primera de las sucesivas interrupciones de los nexos entre Hispanoamérica y España; la compañía de Caracas quedó arruinada; el tesoro estatal no percibió ingresos de América; la industria algodonera catalana se resintió;[158] y la actividad mercantil de los comerciantes de Cádiz que seguían siendo el grupo más importante cayó "dentró del más absoluto confusionismo, lo que lógicamente redundó en beneficio del contrabando que conoce en estas fechas su mayor desarrollo".[159]

Probablemente, la peor de las consecuencias fue el ciclo inflacionista que se inició en ese momento. Ya en 1774 el conde de Campomanes citaba la ausencia de la inflación del papel moneda español como un "gran activo nacional". Pero los gastos de la guerra, combinados con una disminución de las rentas, agotaron el tesoro real. Esta pauta se repetiría después de 1793. Como los costes eran reales, el estado español tenía que resarcirse de algún modo. En efecto, "los colonos americanos fueron sujetos a tributación para redimir" el papel moneda,[160] al igual que el pueblo en la metrópoli. En último término, esta

[154] Dull (1985, p. 108).

[155] "Durante la Revolución anglo-americana, España [fue] aliada de Francia, pero nunca de Estados Unidos, cuya independencia no reconocería hasta que lo hizo Gran Bretaña" (Bemis, 1943, p. 16).

[156] Navarro García (1975, p. 141). De hecho todo lo que obtuvo España fueron las Floridas y la Costa de los Mosquitos, a cambio de lo cual tuvieron que entregar Belice. También obtuvo Menorca, pero no Gibraltar.

[157] Hamilton (1944, p. 40).

[158] Véase Herr (1958, pp. 145-146).

[159] García-Baquero (1972, p. 43). El modo preferido de contrabando era "hacerse el sueco", es decir adoptar los colores neutrales de Suecia.

[160] Hamilton (1944, pp. 41, 48).

inflación se convirtió en un factor tanto de la conquista napoleónica de España como de los movimientos de Independencia.

La "indiferente" implicación española en la guerra de Independencia de Estados Unidos tuvo, por consiguiente, "repercusiones en y sobre Hispanoamérica".[161] Precisamente en este momento se produjeron dos revoluciones de importancia, la de Túpac Amaru en Perú y la de los comuneros de Nueva Granada.[162] La revuelta de Túpac Amaru conmovió hasta tal punto a América que su propio objetivo sigue sujeto a gran controversia. ¿Fue el primer heraldo del movimiento de independencia o fue casi lo contrario?

Algunos consideran que el levantamiento indio de los Andes dirigido por Túpac Amaru —que aunque no fue, recordémoslo, más que la culminación de una larga serie de levantamientos, sí fue el que tuvo mayor impacto—[163] como "el último esfuerzo importante de los indios no sometidos".[164] Obviamente, ésta fue la visión de muchos administradores de la época: en el peor de los casos, un rechazo primitivo a adoptar la civilización; en el mejor, un "grito social"[165] que, por lo tanto, podía entenderse si no aprobarse o tolerarse. Este frente se sitúa en oposición a los que han intentado cooptar la historia de las revueltas indias en los Andes como una "fase previa de la independencia". Este intento de algunos historiadores peruanos tardíos es denunciado por Chaunu, que lo califica de "completo contrasentido". Para Chaunu, estas revueltas indias, lejos de implicar una revuelta de América contra Europa, fueron una revuelta de los indios contra "su único enemigo [...] la opresión criolla".[166] En esta versión de los acontecimientos, se pone gran énfasis en el hecho de que Túpac Amaru afirmó que su movimiento era leal[167] al rey, aunque no a los servidores del rey. Pero esa lealtad actuaba en ambos sentidos. Uno de los resultados del levantamiento de Túpac Amaru fue hacer que parte de la población

[161] Liss (1983, p. 137).

[162] Como observa en forma pertinente Madariaga," Las rebeliones pueden ser contagiosas. En cualquier caso, es significativo que los movimientos revolucionarios relacionados con el levantamiento de Túpac Amaru-Condorcanqui duraran hasta 1783, es decir hasta la paz de Versalles" (1948, pp. 302-303).

[163] Véase Bonilla (1972, p. 17).

[164] Harlow (1964, p. 636).

[165] Valcárcel (1960, p. 358). La única alternativa que Valcárcel contempla es que lo consideremos como "movimiento político de independencia encaminado a la formación de un nuevo Estado", y ello sería "insensato", afirma.

[166] Chaunu (1964, p. 194).

[167] Valcárcel (1957, p. 241).

blanca viera en el mantenimiento del orden colonial "la mejor defensa de su propia hegemonía, y en ésta la única garantía contra el exterminio a manos de las más numerosas castas indígenas y mezcladas".[168]

Existe, sin embargo, una tercera posición: la de no considerar a Túpac Amaru ni un lealista enfrentado a los criollos ni el primer luchador por la independencia, sino como revolucionario social. Estas revueltas sólo tienen sentido si las situamos dentro de la fase cíclica (o *conjoncture*) de la economía-mundo. Hay tres consideraciones: en primer lugar, conocemos la recesión económica general después de 1763, que en 1776 había producido los acontecimientos de la revolución de Norteamérica británica y la intervención de España contra los británicos en 1779; en segundo lugar, conocemos el movimiento reformista lanzado por Carlos III y que tuvo su segundo gran impulso en 1778; en tercer lugar está el efecto de la caída de los precios agrícolas en la región de los Andes. Resulta que los años 1779-1780 "corresponden, con bastante exactitud, a una de las mayores caídas del siglo". Los precios se encontraban en su nivel más bajo desde 1725-1727; además, los años 1779-1780 fueron únicamente el dramático punto inferior de un ciclo con tendencia a la baja desde 1759.[169]

Lejos de constituir una resistencia primitiva, las revoluciones fueron causadas por la integración de los indios a la economía-mundo capitalista, que sólo recientemente había adquirido mayor eficacia mediante los diversos intentos de "fortalecer el brazo de la administración central".[170] En Perú era proverbial la corrupción y los abusos de sus corregidores. Cuando José Gabriel Condorcanqui, afirmando ser el Inca Túpac Amaru II, se levantó en 1780, utilizó como argumento principal el "mal gobierno" que oprimía a los indios mediante impuestos demasiado elevados que arruinaban la economía.

En realidad, no es pertinente tratar de descifrar las motivaciones sociales personales de Túpac Amaru. El núcleo de la rebelión se encontraba en la población rural india, pero no en el mismo grado en todas partes. Golte ha hecho algunos cálculos

[168] Halperín-Donghi (1972, p. 118). Véase también el propio Chaunu (1963, p. 406), que considera la revuelta de Túpac Amaru como "una de las causas esenciales del lealismo de Perú".

[169] Tandeter y Wachtel (1983, pp. 231-232). Estos autores señalan los paralelismos con el escenario que Labrousse esboza para la Revolución francesa.

[170] Cornblit (1970, p. 131), que sostiene: "el proyecto decisivo de modernización [...] tuvo la consecuencia de generalizar los conflictos" (p. 133).

aproximados, pero convincentes, estableciendo un índice de la renta total per cápita en cada provincia (que, obviamente, variaba con la naturaleza del suelo, la cantidad de producción para la exportación y las oportunidades de salarios por empleos en la minería). Golte dedujo de esto el nivel medio de tributos realmente recaudados, legal e ilegalmente, y encontró una correlación casi exacta entre lo exiguo de la suma resultante y el grado de participación en la revuelta.[171] Piel señala con acierto los numerosos paralelismos entre el levantamiento de Túpac Amaru y el levantamiento, casi simultáneo, de Pugachev (1773-1775), que ya hemos discutido antes: la pretensión de ser un "zar" o un "inca", la rebelión de campesinos en grandes latifundios, y una importante actividad minera, basada parcialmente en el trabajo forzado; en resumen, un elevado índice de coerción laboral para una actividad orientada al mercado.[172]

Túpac Amaru buscó el apoyo de los criollos. En efecto, al principio las autoridades sospecharon que los corregidores, irritados con las reformas proyectadas, habían inspirado a Túpac Amaru, y quizás existieron algunas pruebas de esto;[173] pero los intereses de ambos grupos seguían direcciones opuestas. El "orgullo de sangre" de los criollos frente a los indios, negros mestizos y mulatos no sólo fue un hecho social de Hispanoamérica desde el principio, sino que además había aumentado durante el siglo XVIII.[174] El sentimiento de distancia social era correspondido.[175]

La demografía era clara. En 1780, el 60% de la población de Perú era india, pero pocos indios vivían en Lima; sólo el 12% eran españoles (criollos o peninsulares). El resto pertenecían a las denominadas castas: principalmente negros, mestizos y mulatos.[176] Para los indios, sus enemigos más inmediatos eran

[171] Véase Golte (1980, pp. 176-179).

[172] Véase Piel (1975, p. 205, nota 22).

[173] Véase Fisher (1971, pp. 409-410).

[174] Konetzke (1946, p. 232).

[175] "El criollo blanco, hijo de españoles o europeos, nada quería tener en común con el indio, y éste apegado a su raza y a su tradición, no tenía ningún contacto con el criollo, al cual ignoraba o detestaba" (Gandia, 1970, p. 10).

[176] Véase Golte (1980, pp. 42-43). Éste por supuesto no era el único patrón demográfico de América. Las proporciones eran similares en México, Guatemala y Bolivia. Pero en Nueva Granada el elemento mestizo era mucho mayor que el indio. En Brasil y en el Caribe, los negros eran dominantes en número, y en Estados Unidos y Canadá, los blancos. Véanse los mapas de Humboldt de 1820 reproducidos en Chaunu (1964, p. 196). Sobre las categorías utilizadas en el sistema racial de Hispanoamérica, véase McAlister (1963).

aquellos que controlaban la vida económica y social y, "en general, éstos eran criollos" y no peninsulares.[177] Además, Túpac Amaru prometió liberar a los esclavos y expresó opiniones "sospechosas" sobre la propiedad, destruyendo, por ejemplo, *obrajes* propiedad de los criollos. Enfrentados a este tipo de revuelta, los "criollos pronto hicieron causa común con los españoles".[178] En general, en Hispanoamérica, como observa Lewin, hubo en este momento dos movimientos revolucionarios simultáneos, el criollo y el indio. "A veces sus caminos se cruzaban [...] y a veces discurrían separados".[179]

La rebelión de Túpac Amaru fue suprimida mediante una combinación de concesiones —la supresión de los repartimentos[180] y la fuerza militar. Pero la importancia de la rebelión estriba en sus consecuencias políticas para Hispanoamérica. Los indios "perderán de manera definitiva toda iniciativa en la gestación de las revueltas más significativas".[181] Y la razón fue que la extensión, éxito inicial y fuerza de la rebelión de Túpac Amaru aterrorizó completamente a los blancos. No volvería a haber más "adhesiones" de blancos y cuasiblancos a tales rebeliones después de 1780.[182] Por el contrario, a partir de este momento los criollos asumirían el liderazgo de las revoluciones. Incluso después de que esto llegara a ser así, como regla general la profundidad del compromiso con el separatismo y la independencia mantendrían una relación "inversamente proporcional a la masa de indios y de negros dominados".[183] En las guerras de independencia, particularmente en Perú, ambas partes provocaron el sufrimiento de los indios. "Fueron saqueados por todos los ejércitos".[184]

Los éxitos iniciales de Túpac Amaru inspiraron un movimiento conocido como de los comuneros en el vecino virreina-

[177] Fisher (1971, p. 421).

[178] Humphreys y Lynch (1965a, p. 28). "La manumisión de los esclavos negros de Tungasua, la destrucción de los obrajes de los criollos en el curso de la rebelión y, sobre todo, el peligro potencial que revestía la movilización independiente de la población india, fueron razones más que suficientes para separar y más tarde volver a los criollos en contra de los indios" (Bonilla, 1972, p. 19).

[179] Lewin (1957, pp. 143-144).

[180] Véase Golte (1980, p. 202) y Fisher (1971, p. 411).

[181] Bonilla (1972, p. 16).

[182] Campbell (1981, p. 693).

[183] Chaunu (1963, p. 408). Los lugares donde el porcentaje de blancos era más elevado eran Venezuela y La Plata, los dos centros de la revolución, y después Nueva Granada, seguida de Nueva España y Perú (p. 408, nota 13).

[184] Lynch (973, p. 276).

to de Nueva Granada.[185] También ésta fue una manifestación del "gran proceso revolucionario" desencadenado (pero no causado) por el proceso de la reforma borbónica.[186] Los éxitos de Túpac Amaru también mantuvieron a los criollos de Santa Fe de Bogotá, la capital de Nueva Granada, y a los de los demás centros urbanos, en un estado de "constante inquietud".[187]

La causa inmediata del levantamiento de los comuneros el 16 de marzo de 1781 fue la indignación provocada por la dureza de los nuevos procedmientos y el aumento de la alcabala (impuesto sobre las ventas) del nuevo visitador general, Juan Francisco Gutiérrez de Pinedes. La cuestión central era "quién tenía la autoridad para imponer nuevas exacciones fiscales".[188] Por consiguiente, se trataba de una cuestión constitucional y paralela a la que habían planteado los colonos de Norteamérica británica. La diferencia era que en Nueva Granada existía una población india significativa mucho menos interesada en la devolución del poder fiscal central que en los abusos de ese poder, tales como la tributación excesiva y la invasión de los resguardos, las tierras comunales de los indios, que estaban siendo subastadas a los grandes hacendados criollos y a compradores menores que, en gran parte, eran mestizos. La situación empeoraba por el hecho de que la industria textil local estaba en decadencia, una vez más como consecuencia de los problemas económicos generales de la economía-mundo.[189]

Mientras que en Perú la yesca social, una vez inflamada, cayó bajo el liderazgo indio (si bien se trataba de indios que eran caciques y que pretendían ser descendientes de la antigua aristocracia india), en Nueva Granada la insurrección tuvo un importante elemento mestizo desde el principio y el liderazgo fue asumido por un criollo, Juan Francisco Berbeo, un hacendado (aunque modesto). Por lo tanto, en Nueva Granada hubo virtualmente dos revueltas, más o menos bajo el liderazgo de un criollo —mestizo—, una centrada en Socorro y la otra india, en los llanos de Casanare.

Los rebeldes marcharon sobre Santa Fe, donde, en la confu-

[185] "Los socorranos [Socorro era la localidad de la insurrección] estaban embriagados por los supuestos éxitos de Túpac Amaru" (Phelan, 1978, p. 68).

[186] Liévano Aguirre (1968, p. 467) quien también observa que la revuelta de Túpac Amaru "tuvo resonancias decisivas en el curso de la Revolución de los comuneros" (p. 470).

[187] Cárdenas Acosta (1960, vol. I, p. 88).

[188] Phelan (1978, p. xviii).

[189] Véase Loy (1981, p. 255).

sión, el poder había sido temporalmente asumido por el arzobispo Antonio Caballero y Góngora, cuya línea de actuación era sutil y conciliadora. Berbeo "contuvo al ejército rebelde"[190] y entró en negociaciones con Caballero. El resultado fue un compromiso, las capitulaciones de Zipaquirá (8 de junio de 1781) que redujeron los impuestos, garantizaron mayor facilidad de acceso a los cargos oficiales a los españoles no peninsulares y ofrecieron algunas mejoras a los indios. Estos últimos, sin embargo, consideraron las capitulaciones una "traición"[191] y una forma de evitar que ellos entraran en Santa Fe (lo que apaciguaba a los elementos criollos y mestizos de la revuelta). Los indios intentaron continuar la lucha en solitario, pero fueron aplastados con la ayuda de sus antiguos aliados.

Al final, la alianza temporal de una parte de la élite descontenta con España y la "plebe", los "desheredados", resultó imposible.[192] Los primeros se inspiraron en el levantamiento de sus equivalentes, los colonos británicos norteamericanos;[193] los últimos siguieron el ejemplo de Túpac Amaru y, al final, los terratenientes criollos "no sólo no los apoyaron [su movimiento], sino que los rechazaron abiertamente y colaboraron con las autoridades".[194] Sin embargo, en Nueva Granada las élites (apoyadas por una demografía algo distinta) habían aprendido con rapidez la lección de Túpac Amaru y asumieron el liderazgo de la revuelta dándole forma desde dentro, con lo que conservaron mucho mejor las expectativas de futuro de sus propios intereses frente a España. Bolívar emergería en Nueva Granada, y sufriría un recibimiento muy ambiguo en Perú en la década de 1820.

[190] Lynch (1985, p. 34).

[191] Lynch (1985, p. 36); véase también Arciniegas (1973), cuyo capítulo XIX se titula "La traición".

[192] Liévano Aguirre (1968, p. 447).

[193] Véase Cárdenas Acosta (1960, vol. I, p. 88).

[194] Izard (1979, p. 134). Había otro factor a tomar en cuenta: los esclavos negros. Túpac Amaru había atemorizado a los criollos proclamando el fin de la esclavitud. Aunque la cuestión no se planteó en forma directa durante el levantamiento de los comuneros, sí era latente. Venezuela había sido desde hacía tiempo una zona en la que florecían comunidades importantes de esclavos fugados, denominados *cimarrones*. Muchos practicaban un "bandidaje social" y mantenían una relación de colusión con los esclavos de las plantaciones, permitiendo a éstos que utilizaran la amenaza de las represalias de los *cimarrones* como arma de negociación frente a sus señores. "Venezuela no era un lugar idílico, pacífico" (Domínguez, 1980, p. 48). Una revuelta india prolongada quizás habría desencadenado otra revuelta de esclavos negros.

La aspiración criolla a la independencia encontró de este modo sus dos acicates: los agravios de los criollos frente a los peninsulares y el temor de ambos frente a los estratos inferiores no blancos. El primero de ellos el tema de la rivalidad criollo-peninsular, es el que ha dominado prácticamente la historiografía del periodo colonial tardío de Hispanoamérica (y en menor grado de Brasil); un criollo era, por definición, el descendiente de un peninsular. Durante el periodo colonial de Hispanoamérica, al igual que en casi todas las colonias pobladas por la metrópoli, un segmento de los colonos nacía en la colonia y otro emigraba de la metrópoli. Entre estos últimos algunos eran nuevos colonos y otros eran personas que emigraban temporalmente para desempeñar cargos de algún tipo con la intención de retornar a la metrópoli; algunos cumplían esta intención y otros no. En todo caso, incluso si un peninsular regresaba a la metrópoli era muy posible que tuviera hijos nacidos en la colonia que optaran por permanecer en ella.

En cierto sentido el estudio ha atravesado dos fases. La posición clásica es que los criollos eran excluidos de los cargos oficiales en el siglo XVIII en beneficio de los peninsulares y que éste era el origen de su descontento.[195] A partir de los años cincuenta esta posición empezó a ser atacada. Eyzaguirre, por ejemplo, sostiene que los criollos mantenían "un indudable predominio en la burocracia", y lo que se produjo fue un intento criollo de transformar esa mayoría en "exclusividad" de acceso a los cargos oficiales.[196] Los revisionistas sostienen que la secuencia —reformas borbónicas que conducen al descontento criollo— fue, de hecho, inversa. El control de los criollos "alarmó" a la burocracia española.[197] La reforma borbónica fue "una consecuencia y no una causa de la reivindicación criolla".[198]

Es evidente que, independientemente de cuál fuera el desarrollo del problema y del grado de realidad de la percepción del mismo, el tema del "lugar" que los peninsulares ocupaban en Hispanoamérica se había hecho "más agudo", es decir, más

[195] Ésta era la postura de los historiadores liberales del siglo XIX. Todavía la reflejan Diffie (1945, p. 488) y Haring (1947, pp. 136, 194). Collier (1963, p. 19) dice que es una perspectiva exagerada pero real. Bonilla (1972, p. 58) considera que es cierta en lo que se refiere al periodo 1776-1787. Para una discusión de la historiografía, véanse Campbell (1972a, p. 7) y Burkholder (1972, p. 395).

[196] Eyzaguirre (1957, pp. 54, 57). Barbier (1972, p. 434) también subraya el papel preponderante de los criollos en la administración.

[197] Campbell (1972a, p. 20).

[198] Marzahl (1974, p. 637).

público y en la controversia, la administración colonial puso "todo su peso" en favor de los peninsulares.[199] Se trataba no tanto de promulgar nuevas leyes como de aplicar las antiguas.[200] El problema también se agudizó porque, por un lado, hubo un significativo aumento demográfico de criollos,[201] y por otro también una importante afluencia de nuevos inmigrantes debido precisamente al esfuerzo español por "reconquistar" América y lograr una expansión económica.[202] Además, no hay duda de que la situación fue exacerbada por las "arbitrariedades" de las autoridades metropolitanas a los ojos de los criollos[203] y por la "ineptitud y sospechas de deslealtad" de los criollos a los ojos de las autoridades españolas.[204]

Al igual que en Norteamérica británica, las sospechas mutuas crecieron, quizá lenta pero continuamente. Existió, sin embargo, una complicación más: el racismo. En Norteamérica británica, la situación estaba más o menos clara: por un lado había blancos, por otro negros; la barrera racial era fuerte. Los indios eran desdeñados, pero en gran parte eran ajenos al sistema económico; los mulatos eran negros; y entre los blancos las distinciones se trazaban en gran parte conforme a barreras clasistas claras, no complicadas por demasiadas cuestiones étnicas. Sin duda, existían colonos de origen no británico sino alemán por ejemplo. Pero fueran cuales fueran los antagonismos a este respecto, casi no desempeñaron papel alguno en la revuelta política. Había lealistas y patriotas, pero no peninsulares ni criollos.

Las distinciones raciales eran mucho más complejas en Hispanoamérica (y en las colonias portuguesas y francesas). En lugar de una simple división de blancos-negros (o no blancos), había una jerarquía muy compleja. Las realidades de los hábitos sexuales a lo largo de tres siglos supusieron que los peninsulares fueran "blancos puros" pero los criollos "más o menos

[199] Halperín-Donghi (1972, p. 127).
[200] Véase Konetzke (1950).
[201] Véase las cifras en Chaunu (1964, p. 195).
[202] "Los burócratas y comerciantes acudieron en forma masiva a las colonias en busca de un nuevo mundo, un mundo adecuado para los españoles que seguían siendo preferidos en la administración superior, y donde el comercio libre tenía incorporadas salvaguardias para los monopolistas peninsulares" (Lynch, 1973, p. 16).
[203] Liévano Aguirre (1968, p. 439).
[204] Campbell (1976, p. 55). Campbell se refiere de manera específica a la reacción de Gálvez al papel de la milicia criolla en el levantamiento de Túpac Amaru.

blancos". Como Señala Lynch, de hecho muchos criollos tenían pieles oscuras y ásperas y labios gruesos, "como el propio Bolívar".[205]

Sin duda, el hecho de tener sangre mixta (dos de cada tres, según Chaunu)[206] en una estructura en la que se cotizaba la "blancura" llevó a muchos criollos a traducir su elevado estatus como "descendientes" (aunque teñidos de ambigüedad racial) en una superioridad de clase sobre los recién llegados. El grupo criollo, compuesto en gran parte por personas cuyos antepasados habían llegado de Andalucía, Extremadura y Castilla en los siglos XVI y XVII consideraban a los llegados en el siglo XVIII no como españoles, sino como procedentes, en proporción exagerada, de las montañas cántabras y de Galicia. "El folclor 'antigachupín' [gachupín era una de las expresiones con que se ridiculizaba a los peninsulares] no deja de recordar al folclor anticántabro y muy especialmente al antigallego de Sevilla."[207] Los criollos también llamaban a los peninsulares godos, tal vez aludiendo a un paralelismo con la invasión de los "bárbaros" godos en la España romana.[208] Los peninsulares replicaban calificando a los criollos de "vagos",[209] y los que se establecían como colonos a menudo eran personas pobres con movilidad social ascendente.[210] Los criollos muchas veces parecían verse "atrapados en una dinámica de movilidad económica descendente".[211] El hecho es que los criollos y los peninsulares se tomaban estos estatus muy en serio, aunque sólo hasta cierto punto. Gandía nos recuerda que cuando finalmente llegó la confrontación de la lucha política, las etiquetas muchas veces no reflejaron la historia familiar sino la opinión política del momento: "lo curioso es que estos supuestos criollos no eran siempre criollos, sino españoles, y los españoles no eran españoles, sino criollos".[212] Con frecuencia, la posición económica era la consideración crucial. Como afirma Izard, en referencia a Venezuela, "el enfrentamiento entre comerciantes y terratenientes en realidad no se producía entre metropolitanos y crio-

[205] Lynch (1973, p. 19).
[206] Chaunu (1964, p. 197).
[207] Chaunu (1963, pp. 412-413). Chaunu señala que estas tensiones persistieron durante las guerras carlistas en el siglo XIX.
[208] Véase Chaunu (1964, p. 197).
[209] Brading (1971, p. 213).
[210] Véase Congreso Hispanoamericano (1953, p. 273).
[211] Brading (1973b, p. 397)
[212] Gandia (1970, p. 27).

llos, sino entre productores y compradores".[213] La prueba, sostiene, es que los conflictos continuaron después de la independencia, cuando todos los mercaderes peninsulares habían desaparecido de la escena.

Lo que se manifiesta con claridad es que las reformas borbónicas cristalizaron los problemas. El intento por reafirmar la autoridad central, tan necesario si España quería limitar el inminente avance definitivo de los intereses económicos británicos en Hispanoamérica —una "acción desesperada de retaguardia"—[214] era un juego en el que no se podía ganar. Si Carlos III y su ministro Gálvez hubieran fracasado, los británicos habrían ganado; pero Carlos III y Gálvez no fracasaron. Por ejemplo, tuvieron bastante éxito imponiéndose en la Iglesia. La expulsión de los jesuitas se logró con notable facilidad y resolvió varios problemas financieros y de autoridad para el Estado español. Pero, en el proceso, la lealtad de los criollos fue sometida a una dura prueba, puesto que los más de mil jesuitas americanos que se embarcaron hacia Europa eran de hecho "la flor y nata de la élite criolla".[215] El precio de esta política fue la "hostilidad" de quienes permanecieron;[216] y esta "hostilidad" —causada por la expulsión de los jesuitas, por la sustitución de los corregidores por intendentes, por la subida de los impuestos y la mayor eficacia en su recaudación— orientaría a las élites hacia la independencia, en especial dada la evolución del clima político del sistema mundial. En 1781, Marcos Marrero Valenzuela escribió un informe a Carlos III prediciendo que esto sucedería.[217]

Así ocurrió que, con posterioridad al tratado de París de 1763, en menos de 20 años América —toda América— parecía ineludiblemente encaminada a establecer una serie de estados de colonos independientes. Los siguientes 50 años fueron únicamente el desarrollo de un modelo cuyas líneas generales, si no su bosquejo detallado, ya se habían trazado. La razón de este proceso quizá no estribe tanto en cierto tipo de devoción heroica a la "libertad" por parte de los colonos o en algunos

[213] Izard (1979, p. 54).

[214] Brading (1984, p. 438).

[215] *Ibid.* (p. 402). Véase también Bauer (1971, pp. 80-85). La expulsión de los jesuitas marcó otro punto de crítico de cambio de la política de los habsburgo a la de los borbones. "Donde los habsburgo utilizaban sacerdotes, los borbones empleaban soldados" (Brading, 1971, p. 27).

[216] Brading (1984, p. 403).

[217] Véase Muñoz Oraá (1960).

"errores" de juicio de los poderes metropolitanos —dos líneas de argumentación predilectas— como en la acumulación de sucesivas evaluaciones de costes y beneficios (por todas las partes) en el contexto del orden mundial británico que acababa de surgir. Es indudable que no todo era frío cálculo, pues una vez desencadenada, la aspiración de los colonos a la independencia desarrollaría su ímpetu propio, el cual condujo a resultados que muchas veces excedían los cálculos, más estrechos, de los intereses colectivos. El resultado final fue beneficioso de formas distintas tanto para los británicos como para los colonos de América, tanto del norte como del sur. Por supuesto, el grado y la calidad de los beneficios variaron. Los principales perdedores fueron los estados ibéricos y las poblaciones no blancas de América. Fue un enfrentamiento desigual y, en retrospectiva, el resultado podría parecer evidente. La alianza a largo plazo de los vencedores fue la que proporcionó la mayor estabilidad política inmediata al sistema mundial y fue, por consiguiente, óptima para la acumulación mundial de capital.

En 1781, las fuerzas de Estados Unidos derrotaron a las británicas en Yorktown. En Gran Bretaña, esto se vivió como una gran derrota y sin duda bajó los humos a los británicos; pero la paz no se concluyó hasta el tratado de Versalles de 1783. La razón de esto da cierta perspectiva a la verdadera situación militar mundial. Gran Bretaña no combatía únicamente con sus colonias; estaba también en guerra con Francia, España y los Países Bajos, y la mayor parte de Europa estaba alineada en contra de ella. En los dos años que transcurren entre 1781 y 1783, la flota británica derrotó decisivamente a la francesa en las Indias Occidentales en la Batalla de los Santos. Y el ataque franco-español a Gibraltar fracasó. Estos éxitos británicos frente a sus enemigos europeos compensaron la derrota de Yorktown y supusieron que, después de 1783, "Britannia siguiera gobernando las olas a pesar de haber perdido sus trece colonias continentales".[218]

Desde el punto de vista británico, 1783 no señaló una paz, sino una tregua en las operaciones bélicas. No hubo interrupción en el avance hacia la hegemonía. Ya hemos discutido (en el capítulo 2) cómo los franceses abordaron después la cuestión británica: el tratado de Eden, la revolución, las guerras revolucionarias, la expansión napoleónica y el bloqueo continental. Ahora tenemos que ocuparnos de la historia de cómo

[218] Gottschalk (1948, p. 7). Véase también Anderson (1965, pp. 267-268).

intentaron defender sus intereses las poblaciones de colonos. Después de 1783, hubo tres "momentos" clave que alteraron el equilibrio de fuerzas en la lucha de los colonos: la revolución de Haití, la invasión napoleónica de España y el colapso definitivo de los franceses en 1815. Intentaremos seguir la historia desde la perspectiva de los americanos con estos tres puntos de referencia.

Después de 1783, Estados Unidos recientemente independiente intentó cosechar los frutos de su victoria, lo que demostró ser más difícil de lo que esperaba. En particular, dos de sus objetivos económicos principales —obtener una expansión significativa de sus exportaciones a Europa, al Caribe y a otros lugares, y obtener el acceso a y el control de los territorios fronterizos del continente norteamericano- no estaban en modo alguno garantizados por el mero hecho de acabar con el sometimiento a Gran Bretaña. Además, la guerra revolucionaria había suscitado numerosos conflictos sociales internos que amenazaban la estabilidad del nuevo Estado y, por consiguiente, sus posibilidades de alcanzar los objetivos económicos que los colonos se habían propuesto.

Durante la guerra de Independencia, el Congreso Continental había cortado, obviamente, los lazos económicos con Gran Bretaña. Internacionalmente, el Congreso Continental adoptó una sólida posición en favor del libre comercio ya desde 1776, posición que mantuvo durante toda la guerra.[219] La pérdida del acceso a las manufacturas británicas se compensó en parte incrementando las manufacturas interiores y aumentando las exportaciones de Francia, los Países Bajos y España. Estas últimas se financiaron en una pequeño porcentaje mediante las exportaciones, y en mayor medida por subsidios y créditos así como por el hecho de que las fuerzas expedicionarias francesas apuntalaron el sector productivo por sus propios gastos. En general, sin embargo, la guerra no tuvo "efectos revolucionarios" sobre la economía y, en particular, sobre el sector manufacturero.[220]

[219] Véase Bemis (1935, pp. 45-46) y Nettels (1962, pp. 1-6).

[220] Nettels (1962, p. 44); véase también Walton y Shepherd (1979, pp. 181-182). Por contraste, la guerra de Independencia estadunidense parece que prestó un buen servicio a Escocia a este respecto. Al acabar con la función de Glasgow como centro de distribución comercial, obligó a reestructurar las prioridades económicas. "Mientras Glasgow retuvo su monopolio del tráfico de tabaco con América, las manufacturas —incluso la manufactura de algodón— tendieron a conservar su subordinación al comercio" (Robertson, 1956, p. 131).

Además, en la depresión comercial de la posguerra inmediata Gran Bretaña (la derrotada) pareció correr mejor suerte que Estados Unidos y Francia (los vencedores). En lo esencial, Estados Unidos mantuvo una relación de dependencia respecto a Gran Bretaña,[221] cosa que causó cierta frustración tanto en Estados Unidos como en Francia. Basándonos en los datos actuales, las razones parecen bastante obvias. Para Estados Unidos, los centros comerciales británicos eran sólidos y su oferta no era cara; sobre todo, los comerciantes de Estados Unidos "hacía tiempo que habían establecido relaciones comerciales" con ellos, lo que significaba que se disponía de créditos a largo plazo. Tampoco debe olvidarse el valor de un lenguaje y una cultura comunes.[222] Además, después de 1783 los comerciantes británicos "se habían puesto en marcha para reconquistar el comercio americano". El gobierno británico les ayudó ofreciendo a esos comerciantes las mismas quitas, exenciones y bonificaciones que recibían cuando Estados Unidos todavía era colonia británica.[223] Por contraste, para los comerciantes franceses desarrollar el comercio con Estados Unidos implicaba crear nuevos canales comerciales y, dadas las pérdidas que los comerciantes portuarios habían sufrido durante la guerra, en 1783 no podían "permitirse el lujo de grandes innovaciones".[224]

Así, Estados Unidos volvió a encontrar su comercio en manos británicas, aunque con un volumen global inferior[225] y con ambos países "en posición desigual" Esto se debía a que, "por muy valioso que el comercio americano fuera para Inglaterra, el comercio inglés era vital para América".[226] No es de extrañar

[221] "Para Gran Bretaña, la pérdida [de la guerra] fue mayor en lo referente a prestigio que a intereses materiales: la independencia material de Estados Unidos quedó muy rezagada respecto a la consecución y uso de la soberanía nacional" (Marshall, 1964a, p. 23.)

[222] Clauder (1932, p. 16).

[223] Nettels (1962, p. 47), que también señala que los "mercaderes británicos, en posesión de abundante capital, adelantaban mercancías con cargo a créditos de doce a dieciocho meses vista" (p. 231).

[224] Meyer (1979b, p. 181). Véase también Fohlen (1979) sobre las razones de que los comerciantes franceses perdieran su "oportunidad única para expulsar a los británicos del mercado norteamericano" (p. 98).

[225] "El comercio exterior, medido por las exportaciones a Gran Bretaña a lo largo de la década de 1780, no llegó a los dos tercios de su nivel prerrevolucionario" (Jeremy, 1981, p. 14).

[226] Benians (1940, p. 16). Bemis también sostiene que en esta época, el comercio anglo-americano "era vitalmente necesario para la existencia nacional de Estados Unidos. El 90% de las importaciones americanas [1789] prove-

la reflexión de Arthur Young, en una conversación con el abate Raynal en 1789, sobre que "era un suceso de lo más extraordinario en la política mundial" que se perdiera un imperio "y se ganara con la pérdida".[227]

La zona más obvia para desarrollar las expectativas de expansión comercial de Estados Unidos era el Caribe, con el que mantenían relaciones comerciales desde hacía tiempo. Pero también aquí la década de 1780 demostró ser un periodo difícil, pues ninguna de las islas de las Indias Occidentales británicas se había sumado a la guerra de Independencia norteamericana, pese a diversas declaraciones de simpatía en toda la zona y cierto grado de apoyo secreto.[228] La razón, probablemente, fuera doble: la demografía, es decir, el hecho de que los negros (en su mayoría esclavos) constituyeran siete octavas partes de la población[229] y la vulnerabilidad militar de las islas pequeñas a la fuerza naval británica.[230]

Sin embargo, el vínculo entre las colonias continentales y las Indias Occidentales británicas se había consolidado en las décadas anteriores al inicio de la revolución, precisamente por el hecho de que la producción de azúcar, cada vez más en régimen de monocultivo, había originado en las islas de las Indias

nían de Gran Bretaña, y los ingresos fiscales americanos provenían en su mayor parte de la tarifa sobre las importaciones. El haber desbaratado de súbito las relaciones comerciales [...] habría significado la destrucción de tres cuartas partes del comercio exterior americano. Para utilizar una fórmula posterior de Alexander Hamilton, habría cortado de raíz el crédito" (1923, pp. 35-36).

Además, los británicos eran conscientes de su ventaja en esta época. Lord Sheffield argumentó en favor de mantener el rigor de las Leyes de Navegación del siguiente modo: "Podemos sin duda ser amistosos y estar bien dispuestos hacia ellos, pero debemos esperar los acontecimientos en lugar de intentar forzarlos [...] y con una administración prudente [Gran Bretaña] obtendrá tanto del comercio [con Estados Unidos] como pueda desear." (Citado en Stover, 1958, p. 405.)

[227] Young continúa en el estilo de un sofisticado descolonizador imperial del siglo XX, manifestando dudas respecto a si los estados colonizadores podrían ponerse en situación de abandonar a voluntad sus colonias, incluso aunque "renunciar a ellas fuera juicioso". Y continúa: "Francia se aferró a St. Domingue; España a Perú; e Inglaterra a Bengala." (Citado en Lokke, 1932, p. 155.) Como sabemos, las dos primeras potencias estaban a punto de perder su capacidad de aferrarse a estas colonias.

[228] Véanse Brathwaite (1971, pp. 68-71) y Kerr (1936, p. 61).

[229] Véanse las cifras en Knollenberg (1960, p. 298). Las dos colonias que apoyaron más activamente a las trece colonias fueron Bermudas y las Bahamas, únicos lugares con una mayoría de colonos blancos.

[230] Véase Brown (1974, p. 20). Ésta es por supuesto una de las principales afirmaciones que se ofrecen para explicar por qué Nueva Escocia no apoyó la guerra de Independencia.

Occidentales una gran necesidad de importar alimentos. Las interrupciones de la guerra causaron "graves dislocaciones a corto plazo" de este nexo comercial y elevaron el coste de la producción de azúcar,[231] dando a las Indias Occidentales una importante motivación para reanudar las relaciones tan pronto como fuera posible. Sin embargo, después de 1783 Gran Bretaña impuso en sus colonias en las Indias Occidentales el veto a los barcos estadunidenses, que también estaban excluidos de las colonias españolas,[232] lo que también supuso un revés para los propietarios de las plantaciones de azúcar. "A partir de 1783 las plantaciones marginales comenzaron a hundirse."[233]

Dado que las perspectivas comerciales externas parecían sombrías de momento para el nuevo Estado de colonos, pensaron que al menos podían expandir su desarrollo económico en el continente colonizando las zonas "fronterizas". Pero ni Gran Bretaña ni España tenían intención alguna de facilitar esta ambición, diametralmente opuesta a sus propios intereses. Cabe imaginar la mitad oriental del continente norteamericano como un rectángulo en el que, en 1783, los nuevos Estados Unidos constituían una caja dentro de otra. Aunque su frontera oriental coincidía con la de la caja mayor, el Océano Atlántico,

[231] Knight (1983, pp. 243, 246-247).

[232] Véase Walton y Shepherd (1979, p. 183). Williams cree que el razonamiento que subyace al decreto de diciembre de 1783 que veta a los barcos estadunidenses se basa en la arrogancia respecto a la incapacidad de Estados Unidos para tomar represalias: "Fue la consideración del interés del comercio marítimo [...] la que prevaleció. Se insistió en que Gran Bretaña no tenía que temer ni la competencia exterior ni la interior en el mercado americano de productos manufacturados.

"Los hechos parecieron justificar rápidamente la suposición de que el control británico del mercado americano era firme" (1972, pp. 220, 222).

También perdieron la protección de los navíos de guerra británicos para su comercio mediterráneo, lo que tendría como consecuencia sus problemas con los piratas berberiscos. En lo tocante a Irlanda, el comercio directo había sido "insignificante durante el periodo colonial" y no se expandió ahora (Nash, 1985, p. 337).

El único aspecto positivo, aunque sólo fuera significativo a largo plazo, fue la apertura del comercio con China, "consecuencia directa de la revolución" (Steeg, 1957, p. 366).

[233] Craton (1974, p. 240), llega a afirmar que ni "el crecimiento del 70% [de la producción de azúcar] entre 1783 y 1805 era indicativo de una gran rentabilidad sino al contrario: representaba un intento de volver a alcanzar beneficios incrementando la producción, con resultados inflacionistas" (pp. 245-246).

La pérdida de las importaciones de alimentos estadunidenses estuvo acompañada de una serie de huracanes sin precedentes de 1780 a 1786, que devastaron la vegetación. El resultado, señala Sheridan (1976a, p. 615), fue una "crisis de subsistencia".

al norte estaba rodeado por Canadá, que estaba excluido de su jurisdicción; al sur, todo el margen septentrional del Golfo de México (de Luisiana a Florida) estaba bajo jurisdicción española; y al oeste, existía una vasta zona entre el Misisipi y los Apalaches cuya jurisdicción estaba sujeta a controversia.

En las negociaciones de paz en Versalles, estaba descartado el hecho de que Estados Unidos pudiera obtener Canadá. Ni militar ni políticamente habían logrado asegurarlo durante la guerra; además de que carecían de apoyo diplomático francés a este respecto.[234] Los británicos mostraban, si cabe, más desinterés que los franceses respecto a Canadá.[235] La cuestión importante era si se permitiría a Estados Unidos expandirse hacia el oeste. El tratado de 1783 dispuso que Gran Bretaña entregaría los denominados puertos occidentales, ocho puestos fronterizos en el lado americano de la línea fronteriza que iba del lago Michigan al lago Champlain. Los británicos adoptaron tácticas dilatorias. con la excusa de que Estados Unidos se negaba a restituir las propiedades confiscadas a los lealistas, mientras que éste replicaba que los británicos habían permitido a miles de esclavos negros emigrar a Canadá (por tanto, no "restituían la propiedad"). En realidad, los británicos sólo intentaban dar a los comerciantes de pieles canadienses tiempo suficiente "para reorganizar su negocio y retirar sus propiedades".[236] La cuestión quedaría pendiente hasta el tratado de Jay de 1796; pero la disputa con los británicos acabaría resolviéndose porque Gran Bretaña confiaba que sería capaz

[234] Sobre la continuidad de la política francesa en este aspecto de Choiseul a Vergennes, véase Trudel (1949b, p. 131). En 1778 Choiseul, desde su retiro, escribió un informe a Vergennes, en el que defendía que Francia debía buscar que, como resultado de la guerra, Estados Unidos alcanzara la independencia, pero que Canadá, Nueva Escocia y las Carolinas siguieran en manos británicas. Vergennes a su vez explicó a Gérard que tal resultado garantizaría que las colonias, una vez independientes, "prolongarían en forma indefinida su ruptura con Inglaterra en beneficio de Francia".

[235] "La despreocupación con que lord Shelburne y su enviado Richard Oswald parecían dispuestos durante la primavera de 1782 a desprenderse de todo Canadá como una adición gratuita a un Estados Unidos independiente, puede explicarse [por sus opiniones sobre el libre comercio]. A grandes rasgos su idea era que Gran Bretaña poseía tal ventaja sobre Estados Unidos en la industria y en el comercio que la antigua Norteamérica británica debía seguir siendo un mercado rico y en expansión, independiente o no. El objetivo real era excluir a Francia tanto como fuera posible" (Brebner, 1966b, p. 62).

[236] Jones (1965, p. 508). Véase también Burt (1931). Rippy sugiere otro motivo para las reticencia británica a ceder los puertos, el temor de que esto permitiera a Estados Unidos "amenazar a Canadá" (1929, pp. 23-24).

de mantener a Estados Unidos como una especie de satélite económico.[237] Además, es probable que los británicos fueran escépticos respecto a las posibilidades del gobierno de los nuevos Estados Unidos para resolver el obstáculo real a su expansión hacia el oeste, la fuerte tendencia al separatismo por parte de los hombres de la frontera.[238]

La situación en el noroeste era compleja. Además de Estados Unidos y Gran Bretaña, cada uno de los estados de Estados Unidos tenía intereses divergentes, del mismo modo que los comerciantes de pieles y los especuladores de tierras o que los pioneros blancos y los americanos nativos (los denominados indios).

El problema, visto desde la perspectiva del nuevo país, implicaba dos cuestiones sucesivas: en primer lugar, dar una solución interna a las reivindiciones de algunas de las trece colonias frente a las demás: solucionar después las disputas entre la costa este (en algunas zonas llamada la "Ribera" [Tidewater]) y la frontera (en gran parte, aunque no exclusivamente, la zona transapaláchica).

El primer problema giraba en torno a supuestos derechos históricos. Seis estados —Massachusetts y Connecticut (en el

Los franceses no estaban descontentos con las tácticas dilatorias británicas. Véase Trudel (1949a, p. 195). Canadá no era una fuerza unida a este respecto. Los grandes comerciantes pensaban que el tratado de 1783 había destruido el antiguo imperio comercial del San Lorenzo y hasta 1815 mantuvieron la presión para que se controlaran las fronteras. Pero 1783 también señaló la llegada a Canadá de los lealistas de las colonias ahora independientes, lealistas que eran fundamentalmente agricultores y establecieron una "producción para la exportación en el corazón del primitivo Estado comerciante de pieles" (Creighton, 1937, p. 89).

En lo que se refiere a Estados Unidos el acceso al oeste se presentaba como una especie de "compensación" que les permitiría tanto absorber la deuda pública como conceder a una importante cantidad de personas la oportunidad de "de rehacer sus fortunas" (Henderson, 1973, p. 187). Por consiguiente la demora británica parecía inadmisible.

[237] "Durante las primeras dos décadas posteriores a 1783, la relación económica de Inglaterra con Estados Unidos redujo el papel [de Canadá y Terranova] a uno de menor importancia" (Graham, 1941, p. 56). Véase también Brebner (1966, p. 85), que observa que el "contraste entre la intransigencia británica [frente a Estados Unidos] en cuestiones marítimas y su condescendencia en las continentales".

[238] Harlow (1964, p. 603) sostiene que la opinión prevaleciente en los círculos del gobierno británico en este Momento era que "parecía probable que la frontera occidental de Estados Unidos se mantuviera en los Montes Allegheny y Apalaches. No parecía viable que un gobierno federal junto a la costa atlántica pudiera extender su autoridad sobre el vasto territorio ultramontano despoblado".

norte) y Virginia, Carolina del Norte, Carolina del Sur y Georgia (en el sur)— pretendían que sus cartas fundacionales "de mar a mar" les permitieran una expansión indefinida hacia el oeste. Los estados intermedios —Pennsilvania, Maryland, Delaware y Nueva Jersey— que no tenían tales cláusulas en sus documentos de fundación y que por consiguiente quedarían excluidos de la fiebre de la especulación con tierras, intentaron organizar compañías privadas (por ejemplo, la Indiana Company y la Illinois-Wabash Company) y recurrieron a la ayuda del nuevo Estados Unidos, como en épocas anteriores habían recurrido a Gran Bretaña.[239] El resultado fue la ordenanza noroccidental de 1787. Los estados con derechos "de mar a mar" los cedieron a Estados Unidos, permitiendo la venta de tierras (y reduciendo de este modo la deuda de Estados Unidos), pero sólo en parcelas de 640 acres (lo cual satisfacía a los grandes especuladores de tierras de forma "democrática").

La ordenanza, sin embargo, incluía otra cláusula, la posibilidad de crear nuevos estados en la región. Esta cláusula, que una vez más excluía cualquier "imperialismo" de la costa oriental, sería finalmente la solución para la tensión entre los habitantes de la costa y del interior que acosó al Congreso Continental durante toda la revolución: la hostilidad de los "reguladores" en Carolina del Norte y la ambivalencia de Vermont hacia la causa revolucionaria.[240] En general los "occidentales", en particular los habitantes de los nuevos territorios de

[239] Véase Jensen (1936, pp. 28-30; véase también 1939). Los planes de expansión fueron interrumpidos por la guerra de Independencia americana. Antes de ella se había constituido la Vandalia Company mediante la fusión de la Indiana Company y la Ohio Company. En 1773 la empresa había obtenido de los comisionados de comercio y plantaciones un informe recomendando que se le cediera un territorio que, aproximadamente, incluiría la actual Virginia occidental y el este de Kentucky y que sería denominado Vandalia. "Aunque todos los procedimientos de transferencia a excepción de unas pocas formalidades se habían efectuado, el estallido de la Revolución americana detuvo la cesión" (Turner, 1895, p. 74).

[240] En los libros de texto de Estados Unidos, Ethan Allen es un héroe revolucionario. En realidad él y sus hermanos establecieron una comunidad independiente en 1777 y negociaron con los británicos el reconocimiento de la independencia de Vermont, negociación que se prolongó hasta 1789 cuando Levi Allen viajó a Londres para ofrecer un trato a Jorge III. Después de ulteriores negociaciones con el estado de Nueva York (que renunció a algunas reivindicaciones territoriales en 1790), Vermont "entró" en Estados Unidos como decimocuarto estado en 1791. Véase Brebner (1966b, pp. 66-67). La "independencia" de Maine frente a Massachusetts implicó procedimientos semejantes. Véase Greene (1943, pp. 408-409).

Kentucky y Tennessee, consideraban el control del congreso como "liberación del gobierno de los territorios costeros en las legislaturas".[241] Los habitantes de la frontera se veían como "colonos oprimidos" y veían a los gobiernos estatales de la costa este en el papel de "tirano anteriormente desempeñado por Jorge III".[242] Además, la geografía económica de la situación era tal que resultaba más fácil embarcar sus productos por las vías acuáticas interiores hacia las zonas británicas y, al sudoeste, hacia las zonas españolas, que enviarlos por tierra a los estados de la costa este.[243]

La ordenanza noroccidental desvió este resentimiento creando una distinción entre el gobierno central de Estados Unidos y los estados orientales. Pero existía una segunda cuestión que disuadía a las zonas fronterizas del separatismo al que se sentían tentados: los indios. Los británicos desarrollaron la táctica tradicional de intentar crear un "Estado tapón indio neutral" dentro de Estados Unidos,[244] y los pobladores de la frontera codiciaban sobre todo las tierras indias "no cedidas". Aquí era donde Estados Unidos podía ayudarles, en particular después de 1789, cuando se creó formalmente un gobierno federal y, al mismo tiempo, la atención de Gran Bretaña se desvió por causa de la Revolución francesa y sus consecuencias. "Los quebrantos de Europa fueron la ventaja de América."[245] Es decir, una ventaja para los colonos blancos, no para los americanos nativos. Para estos últimos,

> el presidente estadunidense era un hombre a temer, la figura directamente análoga al zar, emperador y sultán: para los creeks y los cherokees, chickasaws, shawnees, winnebagos y muchos otros, la nueva ciudad de Washington era lo que San Petersburgo fue para los finlandeses, Pekín para los miao o Constantinopla para los serbios: la sede de un poder caprichoso y tiránico.[246]

[241] Turner (1896, p. 268).

[242] Whitaker (1962a, p. 92).

[243] Véase Bemis (1916, p. 547).

[244] Bemis (1923, p. 109). Stevens (1926, pp. 14-15) sostiene que el éxito británico con los indios les permitió mantener la supremacía comercial en el noroeste hasta después de la guerra de 1812. Véase también Wright (1975, p. 35).

[245] Bemis (1943, p. 18).

[246] Meinig (1986, pp. 369-370). Chaunu (1964, p. 183) considera que los comerciantes en pieles y los colonos desarrollaron frente a los indios una operación de conquista espacial en dos fases. "Una vanguardia de tramperos precedía a la auténtica frontera, la de los agricultores (con el fuego y el hacha)

Mientras que la actitud de Gran Bretaña respecto a la expansión de la frontera estadunidense era la de un poder hegemónico manejando un problema menor, aunque perturbador, los españoles tenían que tomar la cuestión con más seriedad. España estaba defendiendo un imperio americano ya asediado, y no podía permitir ni el éxito económico de Estados Unidos ni la difusión de su ejemplo político. Los tratados de paz británico-estadunidenses y el tratado de paz hispano-británico fueron firmados el mismo día, el 3 de septiembre de 1783. Sin embargo, se contradecían mutuamente en un aspecto crucial que afectaba a todo el valle del Misisipi. El tratado con Estados Unidos le otorgaba la libre navegación del río Misisipi y fijaba la frontera sur en el paralelo 30'. El tratado con España no mencionaba la navegación del Misisipi, pero establecía que España retendría Florida occidental que, de acuerdo con un decreto real de 1764, incluía el puerto fluvial de Natchez en el Misisipi y todo el territorio al norte hasta un punto situado en torno a los 32°26'.[247]

Al principio, los españoles tuvieron dificultades para distinguir entre su enemigo tradicional, Inglaterra, y su descendiente, Estados Unidos, a quien se referían como "angloamericanos".[248] Pero la distinción empezó a tomar carta de naturaleza, y no en beneficio de Estados Unidos. Quizá los españoles leyeron la astuta predicción de Jacques Accarias de Sérionne de 1776:

> La Nueva Inglaterra quizás es más de temer que la antigua, en lo que se refiere a la pérdida de las colonias españolas. La población y la libertad de los angloamericanos parecen un anuncio distante de la conquista de las zonas más ricas de América y el establecimiento de un nuevo imperio de ingleses, independiente de Europa.[249]

Los españoles descubrieron que los comerciantes británicos de los puertos recientemente adquiridos de St. Agustine, Mobile y Pensacola les favorecían respecto a los mercaderes de Estados Unidos, con los que tenían "enconadas rencillas". Los españoles, sin embargo, tuvieron que pagar un precio derivado de su propia debilidad económica. "Para evitar que los americanos [estadunidenses] comerciaran con sus vecinos indios, [España]

haciendo retroceder a los indios, ya conquistados por el whisky, el ron y, con más seguridad, por las armas de fuego."

[247] Véase Whitaker (1962a, p. 11).

[248] *Ibid.* (pp. 33-34).

[249] Accarias de Sérionne (1776, vol. I, p. 73).

tuvo que permitir que los ingleses comerciaran con ellos a través de sus propios puertos."[250]

España como defensora del comercio de pieles en el sudoeste frente a Estados Unidos como especulador de tierras, tenía todavía menos posibilidades de triunfar que Gran Bretaña en esa misma función en el noroeste, en especial si se tiene en cuenta el importante papel de los no españoles en la economía local de Luisiana y las Floridas. España nunca logra integrar estas zonas (todas recién adquiridas) en su propio sistema colonial, y esto presagió la pérdida de las dos colonias (en 1815 y 1819, respectivamente) en favor de Estados Unidos.[251]

El nuevo Estados Unidos no sólo era una nueva potencia americana que perseguía intereses económicos; también era un símbolo de la independencia de los colonos que se convirtió en adalid de un principio de republicanismo. Pero, ¿qué era una república? Muchos consideraban que era la combinación de una ideología de libre comercio, hombres libres e igualdad. Ya hemos visto que en la década de 1780 Estados Unidos no tuvo mucho éxito en el fomento del libre comercio. En efecto, como observa McCoy, la crisis comercial de la década 1780 tuvo un "efecto profundamente perturbador en la imagen que los americanos tenían de sí mismos y de su sociedad".[252] El fracaso en el comercio exterior fue sin duda uno de los elementos que produjeron la crisis constitucional de 1783-1791, momento en el que estuvo en tela de juicio la supervivencia del nuevo Estado como entidad política unificada. Pero, a largo lazo, lo que tuvo mayor importancia para el sistema mundial, en la medida en que Estados Unidos se presentaba como modelo de independencia de los colonos y era considerado como tal, fue el modo como resolvieron las cuestiones de la libertad y la igualdad en este periodo.

La cuestión de la libertad no giraba en torno a los americanos nativos. Eran ajenos al Estado (y desde el punto de vista

[250] Whitaker (1962a, pp. 37, 43). Véase también Williams (1972, pp. 57-59). Esto tuvo un precedente. Cuando los españoles asumieron el control efectivo de Luisiana de los franceses con la llegada del general O'Reilly a Nueva Orleans en 1769, expulsaron a la clase comercial inglesa. Pero cuando en 1770 O'Reilly, de vuelta en La Habana, prohibió la exportación de tabaco de Luisiana de calidad inferior por la amenaza que suponía para las exportaciones cubanas, los ingleses regresaron de facto como comerciantes clandestinos. Véase Clark (1970, pp. 170-180).

[251] Véase Whitaker (1928, p. 198) y Clark (1970, p. 220).

[252] McCoy (1980, p. 105).

constitucional, en Estados Unidos siguieron siéndolo hasta 1924). Los colonos deseaban desplazar a los indios de sus tierras y no incorporarlos como mano de obra a sus actividades económicas.[253] Los negros, en gran parte esclavos, no eran ajenos al Estado; eran una parte integral, es más, central, del proceso productivo. En 1774, la población de las trece colonias (excluyendo a los indios) era de 2.3 millones de personas. De éstas, un 20% estaba formado por esclavos negros y otro 1% por negros libres.[254] El siglo XVIII contempló un continuo aumento de las importaciones de esclavos a América.[255] Una de las principales razones de esto fue la brusca decadencia y eliminación final del sistema de contratación de trabajadores inmigrantes durante un plazo fijo [*indentured labor*]. En el caso de Norteamérica, durante el siglo XVII la mayoría de estos trabajadores contratados era inglés, pero el perfil étnico cambió en el siglo XVIII, durante el cual un gran porcentaje fue de alemanes, suizos, escoceses, irlando-escoceses, irlandeses, etcétera.[256] Las dos últimas décadas de la era colonial contemplaron el "rápido abandono del trabajo servil" en las principales ciudades del norte. En parte esto se debía a las dificultades económicas y condujo incluso al "resentimiento por la competencia del trabajo esclavo" de los artesanos y a ataques contra la esclavitud.[257] Pero la razón a largo plazo fue que, dada la creciente demanda de trabajo, la elasticidad de la oferta de esclavos era mucho mayor que la de los trabajadores contratados, y por tan-

[253] Sobre el limitado significado para los indios de la propia Ley de Ciudadanía de 1924, véase Lacy (1985, pp. 914 y ss.). Los debates sobre los artículos de la Confederación respecto a los indios giraban en torno al papel del gobierno central frente al de los estados. La victoria del centro fue de hecho una victoria de la exclusión ideológica de los indios del cuerpo político. "El concepto de territorio indio [Indian Country] salió fortalecido. El territorio indio no solo eran aquellas tierras más allá de las fronteras prohibidas a los colonos y a los comerciantes no autorizados, sino también era el área a la que se extendía la autoridad federal. Las leyes federales que gobernaban a los indios y al comercio con los indios únicamente tenían vigencia en el territorio indio; fuera de él, no tenían validez" (Prucha, 1970, p. 31).

Esta actitud de exclusión divergía de la adoptada en el periodo colonial temprano, cuando se pensaba que los indios podían "incorporar [las costumbres europeas] a su propia vida" (McNickle, 1957, p. 8).

[254] A. H. Jones (1980, p. 39, cuadro 2.4). Las cifras de Main para 1760 muestran el 23% de la población como esclavos negros, de los que 4/5 se encontraban en los estados del sur (1965, p. 271).

[255] Véase Curtin (1969, p. 216, cuadro 6.5) para un cálculo que muestra una duplicación de su volumen a lo largo del siglo.

[256] Véase Morris (1946, pp. 315-316).

[257] Nash (1979, pp. 320-321).

to los costes de estos últimos aumentaron respecto a los costes de los primeros.[258]

Cuando Jefferson intentó incluir en la Declaración de Independencia una sección que denunciaba a Jorge III por obstaculizar los esfuerzos por prohibir el tráfico de esclavos, se topó con "airadas objeciones" no sólo de los delegados de Georgia y Carolina del Sur, donde los esclavos eran abundantes, sino también de los delegados de Massachusetts, Connecticut y Rhode Island, estados en los que el tráfico de esclavos seguía siendo un negocio importante.[259] La esclavitud existía incluso en los estados del norte, donde aun siendo "relativamente reducida" numéricamente, seguía siendo una "práctica común y aceptada".[260] La guerra de Independencia estadunidense replanteó la cuestión, puesto que tanto británicos como colonos consideraron la posibilidad de utilizar negros como soldados. Aunque la idea no era popular, incluso en Inglaterra, "la guerra impuso sus propias realidades". Al principio los británicos reclutaron negros y después, con mayores reticencias, también lo hicieron el Congreso Continental y la mayoría de los estados del norte, concediendo la libertad como "recompensa por la fidelidad en el servicio".[261]

[258] Véase Galenson (1981b, p. 175). Entre las razones que se adujeron en Georgia en esta época en defensa pública de la esclavitud estaba la de que los "esclavos podían ser alimentados, vestidos y alojados con una cuarta parte del coste de la manutención de sirvientes blancos". Además, se decía que los esclavos trabajaban mejor que los sirvientes blancos, quienes eran "seleccionados entre los desechos de la sociedad blanca, no estaban acostumbrados al trabajo agrícola, no aceptaban la idea del trabajo duro, eran vulnerables a los 'calores' y 'fríos' de Georgia, y tenían grandes probabilidades de huir con éxito de sus señores" (Gay y Wood, 1976, p. 356).

En 1774, los franceses abolieron formalmente el sistema de *engagés* (trabajadores contratados), recurriendo desde entonces al trabajo esclavo como "la única solución al problema de la mano de obra colonial" (Vignols, 1928a, p. 6).

[259] Aptheker (1960, p. 101). El tráfico de esclavos estaba concentrado sobre todo en manos de los comerciantes de Rhode Island, que entre 1725 y 1807 pasaron a controlar del 60 al 90% del tráfico. Véase Coughtry (1981, pp. 6, 25).

[260] Zilversmit (1967, p. 7).

[261] Quarles (1961, pp. 100, 198). Véase también Berlin (1976, pp. 352-353). Quizá la rivalidad entre británicos y colonos por el apoyo negro fue iniciada por lord Dunmore, gobernador de Virginia, quien en noviembre de 1775 prometió la libertad a los esclavos que se sumaran a sus filas y portaran armas. "Los británicos no intentaban iniciar una revolución, sino poner fin a una rebelión. Su política básica era la del *status quo ante bellum*" (Robinson, 1971, p. 105). Cuando las tropas británicas abandonaron Estados Unidos al finalizar la guerra, se llevaron consigo "miles" de negros a Gran Bretaña, Canadá, las Indias Occidentales e incluso a África (Berlin, 1976, p. 355). Esto se convirtió,

Los negros (libertos y esclavos) maniobraron lo mejor que pudieron. Los que se hicieron lealistas no eran tanto "probritánicos como pronegros", y se consideraban como "abogados de la liberación negra".[262] Otros se unieron a la causa revolucionaria, contribuyendo a un proceso de erradicación de la esclavitud que, al final de la guerra, se había iniciado en todos los estados del norte con la excepción de Nueva York y Nueva Jersey.[263] En el mejor de los casos, estaba claro que el mensaje era ambiguo. Y la pauta de actuación de la posguerra siguió siéndolo. La ordenanza del noroeste de 1787 sí prohibió la esclavitud en esta región, y la cuestión del tráfico de esclavos fue muy debatida en la Convención Constitucional. El famoso compromiso, una abolición total del tráfico de esclavos que habría de tener lugar 20 años después (en 1808) tuvo el importante efecto colateral de empujar a la esclavitud "más hacia el sur".[264] Setenta años después, en 1857, el magistrado Roger Taney declararía en la sentencia sobre el caso Dred Scott que, en 1787, los negros "no tenían derechos que el hombre estuviera obligado a respetar". Como dice Litwack, esto no era "tanto un síntoma de crueldad moral como una importante verdad histórica".[265] Los "derechos inalienables" de los colonos no incluían todavía a los negros.

¿Eran al menos todos los colonos blancos iguales? No del todo, pues se sabe que existió una desigualdad creciente en el periodo anterior a la guerra de Independencia. Se trata más bien de saber si la propia guerra y el periodo inmediatamente posterior tuvo un impacto significativo en el grado de polarización económica y en la ideología política en formación. Lo que en un principio dividió a los lealistas y rebeldes en Norteamérica británica no era tanto la percepción de la política británica

como ya hemos observado, en una fuente de disputas con el gobierno de Estados Unidos.

[262] Walker (1975, pp. 53, 66).

[263] Véanse Zilversmit (1967, pp. 137, 146-152) y Litwack (1961, pp. 3-4).
El proceso sin embargo fue lento. Sólo dos estados habían abolido totalmente la esclavitud: Vermont en 1777 y Massachusetts en 1783. Otros tomaron medidas parciales en un proceso que en los estados del norte se prolongó hasta 1846, cuando el último, Nueva Jersey, por fin abolió la esclavitud en su totalidad.

[264] Freehling (1972, p. 89). Debería señalarse además que la exclusión de los indios estaba estrechamente relacionada con la mayor inclusión de los esclavos negros. "La Revolución americana liberó a los propietarios de esclavos sureños de diversas restricciones imperiales, abriendo el camino a la expulsión de los indios y a la expansión de la esclavitud hacia el oeste" (Davis, 1983, p. 273).

[265] Litwack (1987, p. 316).

(considerada equivocada en amplios círculos), como la actitud hacia ella. Los *whigs* pensaban que se rebelaban en favor de los ideales nacionales británicos; los *tories* creían que era preciso mantener la lealtad a la Corona pese a la estupidez ministerial. El acto positivo de crear una nueva nación vino después. Fue el "desarrollo de los acontecimientos de la revolución [lo que] empujó inexorablemente a los americanos a formar la imagen de una nación".[266] Es importante recordar esto, puesto que la dinámica de un nacionalismo en formación tuvo una importante influencia sobre la percepción social de la desigualdad.

Para comprender lo que ocurría, tenemos que considerar a quienes eran indiferentes a la revolución. No debemos perder de vista que aquí, como en la mayoría de las situaciones revolucionarias, al principio sólo una minoría se encontraba comprometida con alguno de ambos bandos. La mayoría era "titubeante, temerosa, incierta, indecisa".[267] Al parecer hubo tres zonas en las que el torysmo (o al menos el lealismo) tuvo sus bastiones más fuertes. Una zona era la que constituían las regiones marítimas de las colonias medias; éste era el torysmo del conservadurismo social, integrado por la gente que temía a los activistas de Nueva Inglaterra como "revolucionarios [*levellers*] radicales";[268] la gente que se veía a librando una gran batalla con otros colonos sobre "el tipo de instituciones que debía tener América". Si se confronta a estos *tories* con los patriotas, puede hablarse de una "guerra civil" en la que los patriotas representaban el partido de la revolución frente a los tories, que representaban el partido del orden.[269] Ésta es la base de la mitología, plausible hasta cierto punto, de la Revolución americana como revolución social.

Pero había otros tories. Un segundo grupo importante eran los hombres de frontera de Georgia a Vermont, muy destacadamente el Movimiento Regulador en el oeste de Carolina del Norte. "Allí donde los marineros y pescadores, tramperos y comerciantes superaban en número a los agricultores y plantadores, los tories también eran más que los whigs",[270] quienes eran los lealistas que veían en el gobierno británico un freno a los rapaces especuladores de tierras de la costa este. Como acabamos de ver, el temor tenía una base real y estaba justificado, y

[266] Savelle (1962, p. 916).
[267] Shy (1973, p. 143).
[268] Henderson (1973, p. 180).
[269] Nelson (1961, p. 1).
[270] *Ibid.* (p. 88).

la victoria de los colonos patriotas fue la perdición de estos pioneros de la frontera. Quizás estuvieran de todos modos "perdidos", pero la Revolución americana indudablemente aceleró el proceso. Para estos lealistas, los patriotas representaban una fuerza conservadora no radical.

Había un tercer nódulo de resistencia: las "minorías culturales", todas las cuales parecen mostrar un elevado índice de lealismo. Este grupo, que se solapaba con el formado por los hombres de frontera, estaba más acosado por la pobreza. Desde Pennsilvania a Georgia, los condados del interior estaban "poblados en gran parte" por escoceses, irlandeses y alemanes. El lugar donde eran más marcadas las diferencias de origen entre los habitantes del interior y los de la costa era en las Carolinas, donde de hecho se produjeron graves enfrentamientos.[271] Las minorías religiosas y étnicas (que, como es natural, muchas veces coincidían) también estaban inclinadas al lealismo. Los episcopalianos en las colonias del norte, los presbiterianos en las del sur, los pietistas y bautistas en todas partes, no se inclinaban a la causa revolucionaria.[272] Estas personas se mostraban escépticas sobre la atención que la nueva mayoría nacional y nacionalista prestaría a sus intereses. Temían que el énfasis en los intereses individuales erradicaría sus intereses de grupo.

Por consiguiente, desde el punto de vista de la defensa de los privilegios sociales, había lealistas que lo eran porque temían las tendencias igualitarias y lealistas que también lo eran por la razón opuesta. A fin de cuentas, la valoración de Palmer parece bastante acertada: "los patriotas eran quienes veían una mejora de oportunidades en la ruptura con Gran Bretaña, y los lealistas, en gran medida, quienes se habían beneficiado de la relación con Gran Bretaña", o al menos, podría añadirse, quienes no veían ninguna razón para suponer que se beneficiarían de la ruptura.[273]

Una última consideración. ¿Por qué no fue más fuerte lo que podría denominarse el *toryismo* de la izquierda, aquellos que no eran patriotas precisamente porque temían las mayorías no igualitarias? Pues, de haber sido más fuerte este bloque desde

[271] Greene (1943, p. 158).

[272] Nelson (1961, p. 90). Los católicos y los judíos fueron sin embargo una excepción. ¿Fue porque se sintieron "obligados a seguir lo que parecía la opinión mayoritaria por su propia seguridad", o porque no tenían ninguna razón para pensar que los británicos les protegerían? Los católicos de Irlanda actuaron de forma diferente.

[273] Palmer (1959, vol. I, p. 201).

el punto de vista político, es probable que los colonos nunca hubieran ganado la guerra con los británicos. Morgan señala lo diferente que fue la intensidad de este conflicto de clase en la atmósfera de 1676, época de la rebelión de Bacon,[274] y en 1776. Entretanto, afirma, "el desarrollo de la esclavitud había quebrado el desarrollo de una clase baja libre deprimida y, por tanto, aumentado las oportunidades sociales y políticas de los blancos".[275]

La ambivalencia en relación con las implicaciones sociales de la guerra de Independencia estadunidense se mantuvo después de 1783, y de hecho la realidad de la polarización aumentó. Si Boston, por ejemplo, núcleo de la veta radical de la revolución, había sido intensamente desigual antes de la revolución, después de ésta desarrolló "una sociedad aún más desigual".[276] Cuando en el periodo posterior a 1783 los comerciantes de Nueva Inglaterra se vieron excluidos de las Indias Occidentales como represalia británica, tradujeron sus dificultades económicas en el "cobro de deudas". Al encontrar resistencia en los pequeños agricultores del oeste de Massachusetts, se dictó una legislación represiva que "empujó a muchos agricultores a la acción directa"; la insurrección se conoce como la rebelión de Shay de 1786.[277] Fue reprimida.

Esta ambivalencia fue el contexto en el que se redactó la Constitución en 1787, y es en este sentido en el que hay que valorar la interpretación de Beard,[278] muy discutida en la documentación estadunidense de los cincuenta y sesenta. Si los revolucionarios sociales desempeñaron una importante función en el estallido de la revolución y parte de su empuje radical había cobrado fuerza por el propio proceso de la revolución, es evidente que la Convención Constitucional representó un intento de invertir ese empuje. Todos los líderes populares desta-

[274] Véanse los documentos en Middlekauff (1964).

[275] Morgan (1973, p. 296).

[276] Kulikoff (1971, p. 376).

[277] Szatmary (1980, p. 92).

[278] Véase Beard (1913; 1915). Para una complicada defensa reciente de Beard, véase McGuire y Ohsfeldt (1984, p. 577), que sugieren que las pautas de voto de la Convención Constitucional apoyan una estricta interpertación beardiana en el sentido de "que los únicos intereses económicos que contaban eran aquellos en los que estaba en juego de forma directa un importante interés financiero", pero que los votos de las convenciones ratificadoras apoyarían una "interpretación beardiana amplia" en el sentido de que todos los intereses económicos contaban sin importar la escala de su impacto.

cados de 1776 estaban ausentes de la Convención de 1787, la mayor parte de cuyos miembros "deploraban la democracia y coincidían en que un gobierno central poderoso era imprescindible para remediar los males que habían afligido a la nación por su causa".[279] Este sentimiento fue tan acusado que casi anuló el proceso de ratificación que condujo a las concesiones de 1791 con la adopción de las primeras diez enmiendas a la Constitución, la Carta de Derechos.[280]

Si la paz de 1783 inauguró un periodo de gran incertidumbre para Estados Unidos, a largo plazo tuvo consecuencias aún más graves para Hispanoamérica, precisamente porque España no sólo tuvo que enfrentarse a sus propias poblaciones y rivales europeos, sino ahora también a Estados Unidos.[281] En cierto nivel, fue un periodo de oro para la economía colonial española. El promedio anual de exportaciones de España a Hispanoamérica entre 1782 y 1796 (el año en que empezó la guerra entre España y Gran Bretaña y por lo tanto el bloqueo naval británico interrumpió el comercio) cuadruplicó el de 1778, justo antes de que Gran Bretaña y España entraran en guerra. En particular, hubo una "expansión masiva" del comercio en 1784-1785.[282] Esto se debió en parte a la capacidad de España para reducir en gran medida el comercio de contrabando, capacidad que había ido aumentando continuamente desde 1760.[283]

Por supuesto esta edad de oro sería "breve" y la expansión comercial de España entre la declaración del comercio libre en 1778, y el bloqueo naval británico de 1796 parece "mucho menos impresionante" si se sitúa en el contexto del desarrollo global de la economía-mundo.[284] Los Stein hablan incluso de los

[279] Jensen (1974, p. 172).

[280] Este intento conservador de contrarrestar los efectos "desestabilizadores" de la revolución tampoco se detendría entonces. La "élite más antigua y consolidada" seguiría intentando erigir "barreras [...] para asegurar los derechos de propiedad establecidos y mantener el statu quo" (Bruchey, 1987, p. 309).

[281] "Si ha habido alguna paz que no consiguiera pacificar, ésa fue la de 1783. Pues ningún tratado definió las relaciones ni contuvo la rivalidad de los imperios más antiguos y más recientes en América, España y Estados Unidos" (Whitaker, 1962a, p. 1).

[282] Fisher (1981, p. 32). Navarro García (1975, p. 173) afirma que Nueva España alcanzó "cotas de prosperidad nunca antes conocidas" durante este periodo.

[283] "Parece que en 1792-1795 el comercio de contrabando no llegaba más que a la tercera parte del tráfico oficial metropolitano, lo que invertía totalmente la situación con respecto a las épocas anteriores (a excepción del siglo XVI)" (Bousquet, 1974, p. 21).

[284] Brading (1984, vol. I, pp. 413, 418).

"escasos resultados" que los esfuerzos españoles (y portugueses) obtuvieron en favor del nacionalismo económico. El comercio colonial británico únicamente "apuntaló el 'edificio gótico', y ése no era precisamente el modo de ponerlo a punto para la gran crisis".[285] La producción artesanal y manufacturera local en Hispanoamérica "desfallece"[286] por la liberalización comercial española. Esto sólo redundó momentáneamente en beneficio de la España metropolitana por la incapacidad de dicho país para competir con Gran Bretaña como productora de mercancías y exportadora de capitales. Así, precisamente allí donde la penetración extranjera era más profunda, en Caracas y La Plata, algunos colonos empezaron a pensar que quizá "les esperaba un futuro dorado con tal de que pudieran sacudirse el yugo español".[287] Mientras, la posición de los comerciantes británicos radicados en Cádiz (y Lisboa) "parecía particularmente afortunada y feliz" dado que pudieron beneficiarse de forma inmediata de la abolición de los monopolios.[288] Además, puede ser incluso que el éxito relativo de los españoles frente a los contrabandistas fuera negativo para España desde el punto de vista político, puesto que estos contrabandistas británicos, "cubriendo las necesidades de las colonias hispanoamericanas, impidieron que éstas se volviesen prematuramente contra el dominio de España".[289]

Pese a todo, durante este breve interludio de la década de 1780, las aguas estuvieron tranquilas en Hispanoamérica, y Estados Unidos se mantuvo absorto en sus propias dificultades. El estallido de la Revolución francesa en 1781 fue perturbador, pero lo fue aún más el hecho de que el estallido de la revolución en Francia desencadenara en St. Domingue un proceso que tendría como resultado la creación de la primera república negra en el sistema-mundo moderno. El violento nacimiento de Haití fue un factor más crítico en la historia de América de lo que normalmente se sugiere. A él debería atribuírsele la aceleración y esclarecimiento de las pautas de actuación del independentismo de los colonos en cualquier otro lugar, pues la revolución

[285] Stein y Stein (1970, p. 104). Y Whitaker (1962a, p. 16) utiliza la expresión de "el enfermo de América".

[286] Bousquet (1974, p. 42). Sobre la decadencia de los *obrajes* en México durante este periodo, véanse Greenleaf (1967, p. 240) y Salvucci (1981, p. 199).

[287] Whitaker (1928, p. 202).

[288] Christelow (1947, p. 8).

[289] Pantaleão (1946, p. 275). Esto implicaría que era menos deseable de lo que parecía que el comercio de España con Hispanoamérica durante este periodo gozara "de una amplitud increíble" (Villalobos, 1965, p. 10).

haitiana fue en realidad, en palabras del racista académico T. Lothrop Stoddard, "el primer gran enfrentamiento entre las ideas de supremacía blanca e igualdad racial".[290]

Las dificultades comenzaron en el área económica. St. Domingue había sido una de las joyas de la corona francesa, el principal exportador de azúcar de América, y todo ello en beneficio de Francia. Posteriormente, el tratado de Eden de 1786 y la convención franco-americana de 1787 "abrieron una amplia brecha" en el *Pacte Colonial*,[291] e hicieron que los plantadores franceses estuvieran conscientes de que ahora tenían que vigilar sus intereses económicos en el ámbito político. Así, cuando Luis XVI convocó los Estados Generales en 1787, hubo un debate inmediato sobre si St. Domingue debería exigir estar representado. Los partidarios de la representación ganaron la partida, y de este modo St. Domingue se vio en el epicentro de los acontecimientos de París.[292]

En la Asamblea Nacional francesa, los colonos blancos tropezaron casi de inmediato con resistencias a sus intereses desde dos frentes diferentes: la resistencia a la idea de autonomía colonial y la resistencia de quienes deseaban conceder derechos individuales (y por tanto, participación en el control de cualquier autonomía potencial) a las denominadas "personas de color libres" (una categoría legal) e incluso consideraban la emancipación de los esclavos.[293] La reacción no se hizo esperar. El 15 de abril de 1790, en Saint-Marc, la Asamblea General del sector francés de St. Domingue se reunió y rechazó el título de colonia. Su presidente, Bacon de la Chevalerie, planteó la siguiente pregunta "¿Por qué sutil razonamiento se ha llegado a una situación en la que se somete a conquistadores libres e in-

[290] Stoddard (1914, p. vii). El libro de Stoddard, aunque sesgado, es una exposición clara, detallada paso a paso, de toda la historia política de la revolución haitiana.

[291] Stoddard (1914, p. 18). Debien (1953, p. 52) explica las actitudes de los colonos blancos en 1786 por el hecho de que se negaron a seguir desempeñando el papel de Cenicienta. "Percibían al mismo tiempo la incompetencia de la metrópoli y su propia competencia para gobernar sus propios asuntos y, en primer lugar, sus asuntos comerciales."

[292] Este reclamo de la representación colonial no estaba prevista por Luis XVI y por consiguiente constituyó "un acto revolucionario" (Césaire, 1961, p. 37).

[293] El censo oficial de 1788, mostraba una población blanca de 28 mil personas, unas 22 mil "de color libres" y 405 mil esclavos. Dos estimaciones de los intendentes en 1789 ofrecen cifras ligeramente más altas para las dos primeras categorías y tal vez sean más exactas, pero la diferencia no era grande. Véase Stoddard (1914, pp. 8-9).

dependientes al yugo más asombroso del despotismo?"[294] (ecos de 1776). Brutalmente anunció a las poblaciones "de color" que serían mantenidas detrás de su línea de demarcación (ecos de 1787).

La diferencia estribaba en que, en Francia, la revolución había proclamado el objetivo de poner fin a los privilegios legales, mientras que los colonos blancos de St. Domingue reivindicaban su autoridad autónoma sobre la base de "la inexistencia política de otros hombres libres y [...] la inexistencia política y civil de los esclavos". En resumen, en lugar de terminar con los privilegios legales, deseaban conferir rango legal permanente a "una casta dominante".[295] No lograron este objetivo.

La Asamblea Constituyente francesa de 1790 concedió de manera ambigua el voto a los mulatos propietarios de St. Domingue. Cuando un líder político de los mulatos regresó a St. Domingue e intentó poner en vigor este derecho mediante la rebelión, fue capturado, torturado y ejecutado. La Asamblea Nacional, irritada, aprobó otro decreto menos ambiguo. Los colonos blancos se levantaron contra los franceses y contra los mulatos, de repente, en medio de esta situación, nos encontramos con el primer levantamiento de esclavos negros. En lugar de la "alianza de clase" del gobierno, los plantadores y los mulatos ricos contra los blancos pobres, los mulatos y los esclavos negros, tal como se dio en otras colonias francesas, como Isle-de-France e Isle de Bourbon, se declaró la "guerra racial".[296]

La guerra racial no era lo que deseaban los colonos blancos cuando buscaban su autonomía racialmente pura. Tampoco era lo que deseaban los revolucionarios franceses de París, pues para ellos el principio de "conservación territorial" seguía siendo poderoso.[297] Tampoco era lo que deseaban las "personas de color libres —muchas veces mulatos ricos y propietarios de

[294] Citado en Debien (1953, p. 215). Sobre el trasfondo de este sentimiento de "patriotismo americano" entre los colonos blancos antes incluso de 1786, véase Debien (1954). Sobre el anterior levantamiento blanco de los plantadores de café, en 1769, véase Troubillot (1981). Sobre la percepción francesa de las tendencias "descolonizadoras" antes de 1789 y su ambivalencia respecto a ellas, véanse Sée (1929) y Lokke (1932).

[295] Saintoyant (1930, vol. II, pp. 75-76, 423).

[296] Véase Stoddard (1914, pp. 97-99).

[297] Saintoyant (1930, vol. I, p. 376), que también defiende que la convención no podía sino considerar la revolución haitiana como "más amenazadora para la existencia no sólo del nuevo régimen sino de la misma Francia" que el resto de las diversas insurrecciones internas, incluyendo la Vendée (vol. I, p. 233).

esclavos— cuando reivindicaron su igualdad de derechos. Pero fue impuesta por los propios esclavos negros, en lo que no puede sino considerarse como la rebelión de esclavos de mayor éxito de la historia de la economía-mundo capitalista. Comenzó entonces el periodo de la "guerra civil en tres frentes"[298] en St. Domingue, fruto de los tres levantamientos sucesivos: "la fronda de los blancos importantes, la revuelta mulata y la revolución negra".[299]

La situación alarmó, horrorizó y disgustó a las cuatro potencias de la región: Francia, Gran Bretaña, Estados Unidos y España. Las opiniones en la Asamblea Nacional y posteriormente en la convención estaban mezcladas y quizás eran confusas. Pero, en conjunto, la convención tendía a ponerse de parte de los mulatos como garantes de una transición civilizada. Como Césaire señala, la famosa *Société des Amis des Noirs de París* era "sobre todo la *Société* de mulatos".[300]

En lo que se refiere a los británicos, tan pronto como se declaró la guerra entre Gran Bretaña y Francia en febrero de 1793, los colonos blancos solicitaron ayuda británica e iniciaron negociaciones secretas con los británicos,[301] quienes consideraron que se presentaba una buena oportunidad para arruinar el comercio de Francia. Los británicos enviaron una expedición, pero su ocupación de St. Domingue tuvo efectos totalmente contraproducentes, contándose "entre los mayores desastres de la historia militar británica".[302] Su intervención, al crear una rivalidad entre tropas francesas, españolas y británicas por el apoyo de los esclavos, "amplió de manera espectacular el alcance de la revuelta [de esclavos] que en ese momento

298 Ott (1973, p. 51).

299 Césaire (1961).

300 Césaire (1961, p. 85). En un capítulo titulado "Los límites de la Revolución francesa", Césaire escribe: "es preciso reconocer que las asambleas francesas hablaron mucho sobre los negros e hicieron muy poco en su favor" (p. 159). Como observa Sala-Molins: "La convención no abolió la esclavitud de los negros [el 4 de febrero de 1794] por su cara bonita, sino porque los rebeldes le habían obligado a hacerlo y porque la política inglesa española del momento amenazaba, en las lejanas Islas de Barlovento, con socavar la unidad e indivisibilidad de la República" (1987, p. 262).

301 Véase Debien (1954, pp. 53-54).

302 Geggus (1981, p. 285). "Ninguna bandera de regimiento lleva las palabras 'St. Domingo'. Ningún ministro ni general deseó registrar en sus memorias la historia de la ocupación. Era un episodio que era mejor olvidar y que el siglo XIX no tenía necesidad alguna de recordar" (Geggus, 1982, p. 387).

languidecía, y la rescató de lo que bien pudo haber sido su extinción".[303]

Estados Unidos, que temía tanto como Gran Bretaña que "el virus de la libertad pudiera infectar a los esclavos en sus propias posesiones", no manifestó, sin embargo, "el menor entusiasmo" por la intervención británica que amenazaba con situar a su socio comercial, St. Domingue, "tras los barrotes del sistema de navegación".[304] Estados Unidos por consiguiente se esforzó por mantener y ampliar su papel como proveedor de alimentos a St. Domingue, al tiempo que evitaban todo compromiso político.[305]

Los españoles, por supuesto, también se mostraron cautos, pues la mitad oriental de la isla era su colonia de Santo Domingo. La revolución negra no se extendió allí en realidad, salvo por conquista. La economía era diferente (ganadería y agricultura de subsistencia en lugar de plantaciones de azúcar). La demografía, por tanto, también era distinta: blancos, libertos (en su mayoría mulatos, pero también algunos negros) y esclavos negros en proporciones iguales. Finalmente, la estructura social también era distinta. Los libertos no eran una importante

[303] Geggus (1981, p. 389). De momento todo esto benefició mucho la prosperidad de las Indias Occidentales británicas. Entre la guerra civil en St. Domingue y la toma de las colonias holandesas en 1796, "Gran Bretaña de pronto se convirtió en la única proveedora [de azúcar] a Europa" (Checkland, 1958, p. 461).

Esta "fase final" de prosperidad duró hasta 1799. Los británicos también aplicaron las enseñanzas de St. Domingue a sus propias posesiones en las Indias Occidentales negras. Armaron a los negros en regimientos de las Indias Occidentales a partir de 1795. De este modo, lograron controlar a los colonos blancos y a los esclavos negros, ya que ahora los británicos tenían esclavos "que podían vigilar el enorme imperio esclavista del Caribe" (Buckley, 1979, p. 140).

[304] Perkins (1955, p. 106). Jordan observa que, para Estados Unidos, "Saint Domingue adoptó el carácter de un terrorífico volcán de violencia", amenazando con reabrir el "tema cerrado" de la esclavitud. Además, los colonos refugiados procedentes de Haití trajeron consigo a Estados Unidos esclavos que se constituyeron en "vectores de la plaga insurreccional". Estos acontecimientos se consideraron, "desde el principio del todo [...] una amenaza a la seguridad estadunidense" (1968, pp. 380-386).

Pero esta visión tuvo su contrapeso, como señala Ott, con una segunda perspectiva "en ocasiones enfrentada" con la línea que defendía la sociedad esclavista del sur. Esta segunda perspectiva, que representaba los intereses de los comerciantes de Nueva Inglaterra, defendía la idea de "conservar Saint Domingue como base comercial", línea que "por lo general suponía el apoyo del gobierno en el poder" (1973, pp. 53-54). En el periodo 1798-1800, cuando Estados Unidos iniciaba una "cuasiguerra" con Francia, John Adams llegó a establecer una "cuasialianza" con Gran Bretaña y Toussaint L'Ouverture, a quien se le extendió un "cuasirreconocimiento" (Logan, 1941, p. 68).

[305] Véase Trendley (1961).

fuerza económica, como los mulatos de St. Domingue, y la administración española logró mantenerlos bajo un control más estricto.[306] La intervención española inicial en St. Domingue no tuvo más éxito que la británica.

Toussaint L'Ouverture consiguió sacar partido de la guerra franco-británica para consolidar su administración y crear un ejército disciplinado. Mantuvo en funcionamiento las plantaciones, confinando en ellas a los trabajadores negros pero dándoles una cuarta parte de la producción. Sin embargo, cuando los europeos dejaron de combatir entre sí por un tiempo, convirtieron su preocupación respecto a la república negra en un nuevo intento de decapitarla. Las tropas de Napoleón arrestaron a Toussaint en 1802, y España, Estados Unidos y Gran Bretaña colaboraron tácitamente con Francia en este intento de recolonización.[307] Aunque la isla mantuvo su independencia con la coexistencia, poco después, de dos gobiernos, su reconocimiento por parte de las cuatro potencias siguió siendo "impensable" durante bastante tiempo.[308]

[306] Véase Franco (1968). Aún así las autoridades españolas estaban preocupadas. En 1791 el conde de Floridablanca instruyó a los virreyes de México y Santa Fe, a los gobernadores de La Habana, Puerto Rico, Santo Domingo, Trinidad y Cartagena para que tomaran medidas a fin de que "el contagio de la insurrección no se comunique a las posesiones españolas a cuyo fin el gobernador de Santo Domingo (español) establecerá un cordón de tropas en la frontera". (Citado por Verna, 1984, p. 747.) Sobre los efectos de la revolución de St. Domingue en Santo Domingo, véase Dilla Alfonso (1982, pp. 83-90). El gobierno español reprimió conspiraciones antiesclavistas en Luisiana en 1795, en Martinica y Guadalupe en 1794, en Tierra Firme en 1795 y en Guatemala en 1797.

[307] Véase Lokke (1928). En aquel momento, el presidente Thomas Jefferson habló de intentar "reducir a Toussaint al hambre" y calificó a Haití de "otro Argel" (p. 324).

La expedición de Bonaparte, pese a la muerte de Toissaint L'Overture, fue un desastre. El mayor beneficiario no fue Francia, sino Estados Unidos. Suele admitirse que esta experiencia indujo a Napoleón a ceder (vender) Luisiana a Estados Unidos. Véanse Léger (1934, p. 17); Sloane (1904, p. 514); Logan (1941, pp. 142-144), y Whitaker (1962b, pp. 234-236). Sobre los amplios vínculos sociales anteriores entre Luisiana y St. Domingue, véase Baur (1970, pp. 401-404). Sobre los motivos por los que Jefferson temía amenazas en Luisiana como resultado de la victoria napoleónica, véanse pp. 411-412. Pero como observa Jordan: "Estados Unidos no se desbordó, ni entonces ni después de gratitud por la ayuda haitiana, puesto que en 1804 los estadunidenses apenas veían en la nueva República de Haití otra cosa que no fuera un ejemplo de poder negro" (1968, p. 377).

[308] Logan (1941, p. 152). Liévano Aguirre habla de que se rodeó a "Haití de un '*cordón* de seguridad' a fin de aislarlo" (1968, p. 954). Francia no reconoció a Haití hasta 1825, Gran Bretaña en 1833 (año de emancipación de los escla-

De forma retospectiva, tal vez podemos afirmar que la revolución negra de St. Domingue retrasó el avance hacia la independencia de Hispanoamérica, a pesar de las amistosas pero ambiguas relaciones de Simón Bolívar y Alexandre Pétion, presidente de uno de los dos estados sucesores en Haití, la parte del sur dominada por los mulatos. El efecto de St. Domingue fue infundir una buena dosis de prudencia no sólo en las potencias europeas, sino sobre todo entre los colonos blancos de América.[309]

Durante este mismo periodo se puso fin a las perspectivas de una revolución irlandesa, que inicialmente pareció avanzar sobre la misma ola que barrió a Norteamérica británica, pero que después empezó a adquirir la forma de una revolución social. Irlanda había desempeñado un importante papel en la precipi-

vos), Estados Unidos muy posteriormente, en 1862. Véanse Logan (1941, pp. 76-77), y Jordan (1968, p. 378, nota 2). Incluso las repúblicas hispanoamericanas mantendrían a distancia a Haití. Colombia lideró la exclusión de Haití del Congreso de Panamá de 1824. Véanse Verna (1969, pp. 477-495) y Baur (1970, p. 410). Ningún país latinoamericano reconoció a Haití hasta que lo hizo Brasil, en 1865. México no reconoció a Haití hasta 1934.

La "negritud" de Haití pareció cobrar mayor énfasis aun después de la muerte de Toussaint. Su sucesor inmediato Dessalines prohibió a los no negros tener propiedades exceptuando sólo a los franceses que habían apoyado la independencia, y a los alemanes y polacos que desertaron a la causa haitiana (Verna, 1969, p. 64; Nicholls, 1978, p. 179). Sobre los polacos, véase Pachoński y Wilson (1986). Fue después del asesinato de Dessalines cuando Haití fue dividido en un reino gobernado por los negros en el norte, bajo Henri Christophe, y una república dominada por los mulatos en el oeste y en el sur, bajo Alexander Pétion, más tarde amigo de Bolívar. Ambos sectores volverían a unirse en 1811. Sobre este periodo y en particular sobre la reforma agraria en Haití, véase Lacerte (1975); véase también Lundhal (1984). Trouillot (1971) considera que el fin del proceso fue el triunfo de lo que denomina los criollos negros. Véase una perspectiva similar en Bénoît (1970).

309 Véanse Madariaga (1948, pp. 324-325) y Sheridan (1976b, p. 237).

Tuvo un impacto especial en Cuba, que sustituiría ahora a St. Domingue como país proveedor de azúcar. La insurrección de esclavos de St. Domingue sirvió como una "terrible advertencia" a los criollos y españoles en Cuba (Humphreys y Lynch, 1965a, p. 19).

También fue una advertencia tan poderosa, añade Thomas, como para "evitar que los plantadores cubanos cedieran un centímetro ante sus esclavos durante casi cien años" (1971, p. 77).

Véanse también Knight (1970, p. 25) y Corwin (1967, p. 22), que también observa que "cuando en noviembre de 1791 llegaron las noticias de la gran rebelión de esclavos de Haití, [Francisco de] Aranga [y Parreno, representante de los intereses del azúcar en Cuba] no consideró esto como un ejemplo amenazador para Cuba, donde los esclavos eran todavía relativamente escasos, sino como una oportunidad de oro para Cuba a expensas del Haití francés" (pp. 13-14).

tación de la crisis imperial británica de la década de 1760. En muchos aspectos, Gran Bretaña repetía en Norteamérica actitudes y desarrollaba políticas ya inventadas para la situación irlandesa.[310] La propia Irlanda se encontraba en muchos aspectos peor que la Norteamérica británica. Los colonos británicos protestantes habían impuesto su dominio sobre una densa población campesina católica irlandesa, no sobre un grupo disperso de tribus dedicadas en su mayoría a la caza. Era una situación estructuralmente más afín a la de Perú o México central que a la de las trece colonias.[311]

La total carencia de derechos políticos para los católicos (en 1691) significó, sin embargo, que fueron los colonos protestantes quienes sintieron "la fuerza de los celos comerciales ingleses". Por tanto, era esta "leal 'guarnición' [la que] era tratada como una amenaza comercial".[312] A los colonos protestantes no se les autorizaba ni siquiera a poseer una industria naval (que sí tenían los colonos de Nueva Inglaterra) y a Irlanda no se le permitía ser un centro de distribución comercial entre América y Europa. Uno de los temores explícitos de los norteamericanos en esta época era que pudieran ser reducidos a "la desdichada condición de Irlanda del Norte".[313]

Por lo tanto, con la derrota de Francia en la guerra de los Siete Años se desarrolló un "nacionalismo colonial angloirlandés"[314] por las mismas razones que en Norteamérica. En el parlamento irlandés surgió un grupo reformista conocido como el de los patriotas. En el mismo momento en que Charles Townshend intentaba imponer la Ley de Timbre sobre Norteamérica británica, enviaba a su hermano George como lord Teniente a Irlanda para "estrechar el control directo británico y hacer pagar a los británicos una cuota mayor de la defensa imperial".[315] Son obvias las razones por las que los colonos norteamericanos

[310] Por ejemplo, la Ley de Declaración de Rockingham adoptada después de la derogación de la Ley de Timbre en 1766, y que tanto irritó a los norteamericanos, estaba "copiada casi palabra por palabra de la Ley de Irlanda de 1720, con la que estaban familiarizados los británicos y los líderes coloniales" (James, 1973, p. 296).

[311] Sobre esta comparación en concreto, véase Harlow (1952, p. 503), que indica que en el siglo XVI "Irlanda y los irlandeses eran considerados de forma muy semejante a como la Orden Teutónica había considerado a los nativos salvajes que vivían entre el Oder y el Vístula." Véase también James (1973, pp. 289-290).

[312] Harlow (1952, pp. 505-506).

[313] Savelle (1953, p. 207).

[314] Palmer (1959, vol. I, p. 165).

[315] Doyle (1981, p. 152).

e irlandeses sentían que compartían agravios y objetivos constitucionales. De este modo, numerosos irlandeses "simpatizaron de forma natural" en 1775 con los norteamericanos: muchos irlandeses protestantes, puesto que los católicos tendían a apoyar la política británica en Norteamérica.[316]

La Revolución americana empeoró la situación económica en Irlanda. La derrota británica estimuló las demandas irlandesas y en 1782 los británicos estaban dispuestos a conceder una mayor autonomía política. Pitt propuso incluso concesiones económicas a condición de que los irlandeses compartieran los gastos de la defensa imperial.[317] Tan pronto como se firmó el tratado de paz con Francia en 1783, la actitud británica volvió a endurecerse.[318] Aun así, los patriotas irlandeses no estaban en disposición de presionar en favor de la independencia porque no estaban dispuestos a crear "un partido de inclusión" y no eran "un movimiento plenamente nacional".[319] El temor a la revolución social interna les contuvo (entonces al igual que en el siglo XX).

La Revolución francesa tuvo un gran impacto en Irlanda, y abrió nuevas posibilidades. Los católicos y los disidentes presbiterianos comenzaron a unirse en una intentona rebelde republicana. Los católicos exigían la emancipación; los arrendatarios agrícolas católicos también comenzaron a rebelarse contra su opresión por parte de los terratenientes, que eran protestantes. Fue en este momento, en 1795, cuando se formó la Orden de Orange como sociedad secreta protestante de resistencia a las demandas católicas. En 1796, Wolfe Tone, líder de los Irlandeses Unidos, el movimiento nacionalista, viajó de Estados Unidos a París para planear una expedición a Irlanda. Convenció al directorio de que Irlanda estaba "madura para la revolu-

[316] McDowell (1979, p. 241). Sobre el reclutamiento de soldados católicos por parte de Gran Bretaña para enviarlos a Norteamérica, véase Kraus (1939, pp. 343-344).

[317] Véanse Kraus (1939, p. 346) y Harlow (1952, p. 495).

[318] Véase Godechot (1965, p. 145).

[319] Doyle (1981, p. 157). De este modo, podían beneficiarse incluso de la limitada autonomía que habían conquistado. Sobre la incapacidad de Irlanda para controlar su vida comercial tal como queda ilustrada en el vano intento de negociar un tratado comercial con Portugal entre 1770 y 1790, véase Lammey (1986, p. 40).

Los protestantes sí intentaron conseguir el apoyo de los católicos, sin embargo eran reticentes a concederles representación en el parlamento irlandés. "Los católicos estarían representados 'virtualmente'. Aquí es donde flaqueó la Revolución irlandesa" (Harlow, 1952, p. 511).

ción".[320] Contaba con el apoyo no sólo de los católicos, sino también de los presbiterianos del Ulster, que tenían una larga tradición republicana y cuyos líderes justificaron su demanda de ayuda francesa por el "precedente" de 1688.[321]

La invasión fracasó; el clima no fue propicio; la competencia marinera fue deficiente; los franceses eligieron mal la región de desembarco, la Bahía de Bantry, pues era la zona donde menor apoyo tenían los Irlandeses Unidos. Sin embargo, casi tuvieron éxito. El dominio británico sobre Irlanda descansaba en este momento sobre una "base extremadamente precaria";[322] no obstante, el desembarco de la Bahía de Bantry fue el punto de cambio, y sus consecuencias para el sistema mundial fueron grandes. Como indica Thompson, "puede sostenerse que Francia perdió Europa no ante Moscú, sino en 1797, cuando sólo la Armada amotinada la separaba de una Irlanda en vísperas de la rebelión"[323]

La rebelión de los Irlandeses Unidos se produjo en 1798, momento en el que la fe de los presbiterianos del Ulster en la Revolución francesa se había enfriado y las filas de Orange se habían reforzado. Los británicos no dieron cuartel a los rebeldes. Napoleón se decidió por no lanzar una segunda invasión, y desvió sus tropas a la conquista de Egipto, decisión que, según se afirma, lamentó después. El fracaso de los revolucionarios dañó también la posición de los reformadores moderados del parlamento irlandés, como Arthur Grattan. Los británicos decidieron presionar para abolir las reformas de 1782. Pitt impuso la Ley de Unión en 1800. El parlamento irlandés fue disuelto. Los colonos protestantes abandonaron (fueron presionados para que abandonaran) toda perspectiva de autonomía, puesto que temían que se convirtiera en una autonomía que no pudieran controlar, una autonomía demasiado democrática.[324]

[320] Lecky (1972, p.309).

[321] *Ibid.* (p. 388).

[322] *Ibid.* (p. 313). El general Lake, comandante en jefe del Ulster, declaró en su informe al virrey lord Camden en la primavera de 1797: "La clase baja del pueblo y la mayor parte de la clase media son republicanos decididos, están impregnados de los principios franceses y no les satisfará nada que no sea una revolución" (p. 315). Camden recomendaba "medidas coercitivas en el grado más alto".

[323] Thompson (1968, p. 470).

[324] "El estamento dominante [el *establishment* protestante en Irlanda] fue seducido con halagos, atemorizado, engañado y persuadido para suprimir los logros de 1782. En 1800 una Ley de Unión determinó que irlandeses y británicos se fundieran en un reino con su parlamento en Londres. En los años poste-

De este modo, la década de 1790 contempló dos importantes derrotas de los colonos blancos: en St. Domingue y en Irlanda. Las situaciones históricas eran diferentes y los resultados finales también: una república negra sometida a ostracismo en Haití y una reintegración a la metrópoli en Irlanda. Pero ambas sirvieron como señal, al advertir a los colonos blancos de América que la vía a una república de colonos era difícil y estaba plagada de riesgos, y que el ejemplo de las trece colonias sería difícil de emular si se pretendía lograr el resultado deseado. Y los acontecimientos de la década de 1790 en Haití e Irlanda se produjeron después de Túpac Amaru y los comuneros en la década de 1780. La independencia era, indudablemente, un asunto arriesgado.

No es de extrañar que quienes, como Miranda y Bolívar, predicaban la revolución de los colonos, por lo general fueran recibidos con cautela. Más tarde, un suceso transformó la situación política mundial: la invasión de Napoleón a España en 1808. Sin embargo, antes de discutir por qué pudo cristalizar este acontecimiento y dar renovado aliento a la causa de la independencia de los colonos en América, debemos observar qué había sucedido en la única república de colonos existente hasta entonces.

Los años 1793-1807 fueron "extraordinariamente prósperos" para el joven Estados Unidos. En lo que en retrospectiva parece una curva de prolongado desarrollo económico en Estados Unidos, este periodo fue una destacada "protuberancia" en la que dicha nación logró sacar partido de su posición "neutral" en las guerras franco-británicas, obteniendo una cuota sustancial del comercio transatlántico.[325]

Lo que hizo esto posible fue una decisión estratégica de Estados Unidos en 1794, inclinar su "neutralidad" hacia el vence-

riores a 1782 el estamento dominante había demostrado su incapacidad, en cierto sentido, para comprender el significado de su propia victoria: que la nacionalidad tenía que convertirse en acción política" (Doyle, 1981, p. 179).

[325] North (1974, pp. 69, 73). Véase también Nettels (1962). Goldin y Lewis manifiestan reservas sobre el grado hasta el cual el "considerable estímulo" a las industrias naviera y de exportación estadunidenses derivado de la neutralidad incrementó la tasa de crecimiento per cápita (1980, p. 22). Véanse opiniones similares en David (1967, pp. 154, 188-194) y Adams (1980, pp. 714, 734). Cuenca sin embargo presta un apoyo considerable a North, destacando de manera particular la importancia del comercio con el mundo hispánico, que fue "una compensación oportuna y una corrección vital en un periodo en el que [...] el endeudamiento internacional se incrementaba hasta el punto de no poder pagar los vencimientos" (1984, p. 540). Véase también George Rogers Taylor (1964, p. 437).

dor final y la potencia hegemónica, su antiguo señor colonial Gran Bretaña. De hecho, fue la ruptura de las hostilidades en 1793 lo que precipitó la decisión que adoptó la forma del tratado de Jay en 1794. Gran Bretaña se había negado a reconocer las aspiraciones estadunidenses al pleno derecho sobre el comercio con las islas de las Indias Occidentales francesas durante la guerra. Estados Unidos cedió de manera tácita en este terreno a cambio de la devolución de los puertos occidentales (¡por fin¡, legalmente habían estado en posesión de Estados Unidos desde 1783) y algunos derechos comerciales nuevos sobre las Indias Occidentales británicas.[326] En lo fundamental, los términos del tratado fueron desfavorables para Estados Unidos, pero estos temían la guerra con Gran Bretaña más de lo que la temían los británicos. En esencia el tratado de Jay "sirvió para posponer las hostilidades" hasta 1812, momento que sería más favorable a Estados Unidos.[327] Los británicos, entretanto, interpretaron el tratado como una garantía de la libertad de comercio con Estados Unidos en beneficio de la industria británica.[328]

Parece que hubo dos grandes presiones económicas sobre Estados Unidos aunadas a esta elección estratégica. La economía de transporte todavía abocaba a Estados Unidos a obtener una gran parte de sus ingresos del comercio exterior, aunque esto cambiaría después de 1820.[329] El segundo factor fue la oportunidad de revitalización agrícola que ofreció a los estados meridionales la invención de la desmotadora de algodón en 1793. La guerra revolucionaria había sido bastante destructiva para la agricultura en el Bajo Sur y no parecía haber mercados en expansión para sus productos principales, el índigo y el

[326] Véase Nettels (1962, pp. 324-325). Esto tuvo como consecuencia una "cuasiguerra" con Francia.

[327] Bemis (1923, p. 270). Beard sostiene que una interrupción de las relaciones comerciales en 1794 con Gran Bretaña hubiera supuesto "pérdidas irreparables a los comerciantes estadunidenses" y un debilitamiento del crédito público y privado. La paz por otro lado implicó "al menos un alivio momentáneo para los acreedores del sur y no supuso graves dificultades para los agricultores en ninguna parte" (1915, pp. 274-275). Véase también Williams (1972, p. 228).

[328] Véase Graham (1941, p. 91).

[329] "En la época de la Revolución americana, transportar una tonelada de mercancías por vía marítima tres mil millas, desde Europa a Norteamérica, costaba lo mismo que transportarla 30 millas por vía terrestre en la nueva nación" (North, 1965, p. 213). Los costes del transporte interno en Estados Unidos disminuirían de manera espectacular con la introducción del buque de vapor en 1816 y con la construcción del sistema de canales a partir de 1825. Véase también Cochran (1981, pp. 44-48).

arroz.[330] En la década de 1790 el sur "necesitaba con urgencia un nuevo cultivo";[331] el algodón lo fue y necesitaba a Gran Bretaña como cliente.[332]

No hay duda que este acuerdo geopolítico-económico de Estados Unidos con Gran Bretaña tuvo sus aspectos negativos para la parte más débil, pues retrasó el desarrollo de las manufacturas estadunidenses que no podían competir como sector de inversión dados los "elevados beneficios que podían obtenerse en el comercio exterior" en el periodo posterior a 1793.[333] En 1808, un autor estadunidense James Cheetham se jactaba de que Estados Unidos se había convertido, "como por encanto, en el triunfante rival de la mayor nación comercial de la Tierra".[334] Quizá fuera una suerte para Estados Unidos que la renovación de las hostilidades con Europa reventaran esa ingenua burbuja. El 11 de noviembre de 1807, Gran Bretaña impuso una prohibición total al comercio de Estados Unidos con los puertos europeos que estaban bajo el control de Napoleón. El presidente Thomas Jefferson trató de presionar a Gran Bretaña y Francia con un embargo sobre ambas. La Ley de Embargo de 1808, se mantuvo sólo un año y fue derrotada por sí misma,[335] si bien en último término desembocó en la renovación del conflicto con Gran Bretaña en 1812, del que nos ocuparemos más adelante. Lo que sí logró fue renovar el papel de Estados Unidos como rivales y colaboradores de Gran Bretaña en la descolonización de América.[336]

Mucho se ha escrito sobre la inspiración ideológica del pen-

[330] Véase Bjork (1964, p. 557).

[331] Nettels (1962, p. 184).

[332] En 1787 más de la mitad de la importación británica de algodón provenía de las Indias Occidentales (sometidas a las potencias europeas) y una cuarta parte del imperio otomano. En 1807 Estados Unidos proporcionaba 171 000 de sus 282 000 balas. Véase North (1966, p. 41).

[333] Bruchey (1965, pp. 90-91). Sobre los obstáculos económicos para la creación en Estados Unidos de una industria textil competitiva en el mercado mundial, véase Jeremy (1981, pp. 34-35). El florecimiento de manufacturas causado por la depresión comercial de 1786-1792 fue aplastado por la explosión comercial posterior a 1793. Véase Nettels (1962, p. 125).

[334] Frase del libro de Cheetham *Peace or War* (p. 20), citada en Clauder (1932, p. 134).

[335] "La Ley de Embargo fracasó a causa de su propia severidad" (Fitton, 1958, p. 313). Aunque económicamente perjudicó más a Gran Bretaña que a Estados Unidos, provocó agudas divisiones políticas internas. Véase Frankel (1982, p. 309), que insiste en el grado en que el embargo fue "bien ejecutado" y "eficaz".

[336] Véase Rippy (1929, pp. vi-vii).

samiento de los criollos de Hispanoamérica en los estadunidenses y sobre todo en la Revolución francesa. Esto es, sin duda, cierto, al menos en el caso de alguos estratos.

Sin embargo, resulta muy fácil exagerar la importancia de semejante difusión de ideas *ex post facto* en aquellos casos en los que el resultado político final hace plausible la importancia de tal difusión. Sin embargo, la conclusión a la que llega Eyzaguirre en el caso de Chile puede ser cierta en un sentido más amplio: "no puede señalarse la revolución francesa como catalizadora de las ideas separatistas, sino más bien a la inversa, como ocasión para que los criollos reafirmaran su lealtad a la monarquía".[337]

España estuvo en guerra con la Francia revolucionaria de 1793 a 1796. Pero en 1796, el ministro español Manuel de Godoy orientó a España a una alianza con Francia en el tratado de San Ildefonso. Gran Bretaña contraatacó cortando las comunicación marítima de España con América.[338] Sin embargo en este punto Gran Bretaña titubeó a la hora de dar un apoyo serio al floreciente movimiento de independencia de los colonos.[339]

En cualquier caso, todo el impacto de las reformas económicas de Carlos III, el neoproteccionismo combinado con un liberalismo intraimperial que tuvo como resultado la revitalización de la prosperidad de España, fue "completamente invertido" entre 1797 y 1814.[340] El impacto fue igualmente grande en

[337] Eyzaguirre (1957, p. 79). Véase Brading (1938) sobre las dos perspectivas de la independencia hispanoamericana, una como tercer acto de la revolución atlántica, otra que la considera precipitada por los acontecimientos de 1808.

[338] Véase Chaunu (1964, pp. 193, 205).

[339] "Del mismo modo en que Gran Bretaña antes había titubeado entre saquear las colonias hispanoamericanas y comerciar con ellas, así ahora [1796-1808] dudaba entre su conquista y su emancipación" (Humphreys, 1952, p. 225). Ninguna de las dos cosas era en realidad necesaria porque, como dice Chaunu, de 1797 a 1810 "Iberoamérica se convirtió [...] en la más hermosa de las colonias británicas" (1964, p. 210). Sin duda había algunas personalidades británicas como Thomas Pownall que defendían la creación de un grupo independiente de naciones americanas unido a Gran Bretaña en una federación atlántica. Véase Schutz (1946, p. 264). Y ya en 1785 el embajador francés en España informaba que Floridablanca, ministro de asuntos exteriores español, manifestaba su temor de que los británicos intentaran compensar la pérdida de las trece colonias con una pérdida paralela para España. Véase Ségur-Depeyron (1873, p. 376, nota). Pero Gran Bretaña de hecho actuó con la mayor prudencia.

[340] Bousquet (1974, p. 14). "La tendencia hacia la quiebra fue acelerándose después de la Revolución francesa en 1789" (Rodríguez, 1976, p. 23.) Esto tuvo

algunas zonas de Hispanoamérica; Venezuela, en particular, empezó a tener dificultades económicas en 1797, una de las respuestas fue la legalización del contrabando.[341] La aguda inflación de precios en México incrementó la polarización económica y condujo al descontento entre las clases menos privilegiadas.[342] Pero estas dificultades reaparecían de manera cíclica, y en otras condiciones geopolíticas habrían tenido escasas consecuencias políticas trascendentes.

En 1806, una fuerza expedicionaria británica no autorizada ocupó Buenos Aires. Sin embargo, la población local demostró ser leal a España y los derrotó; se mostraron "reacios a cambiar un señor imperial por otro".[343] La reducida expedición de Miranda para liberar Venezuela fracasó ese mismo año, desbaratada al menos en parte al parecer que era apoyada por Haití.[344] La falta de entusiasmo por la independencia, incluso en Venezuela y Argentina (que pronto marcarían la pauta independentista) era evidente.

Todo esto cambiaría bruscamente. En 1807, Napoleón indujo a España a colaborar en la conquista de Portugal. Don Juan huyó a Brasil. El permiso de Godoy a que las tropas francesas entraran en España de camino a Portugal desencadenó una reacción nacionalista española y la caída de Godoy. Carlos IV fue depuesto por su hijo Fernando VII. Llamado a Bayona por Napoleón, Fernando devolvió el trono a Carlos quien pronto abdicó en favor de José Bonaparte. Fernando también renunció a sus derechos. Súbitamente dejó de haber una autoridad legítima en el imperio español, pero una Junta Central asumió la autoridad en Sevilla y firmó una alianza con los británicos. Declaró que los territorios americanos no eran colonias y los invitó a participar en las cortes. Sin embargo, los franceses obligaron a

importantes consecuencias internas. Los conflictos de España, primero con Francia (1793-1795), después con Gran Bretaña (1796-1808), fueron costosos. Para asegurarse los suficientes ingresos fiscales a fin de "demorar la bancarrota", en 1801 España abrió sus puertos a los barcos neutrales, el denominado comercio neutral (Barbier, 1980, p. 37).

Esto implicó el "abandono de los principios nacionalistas subyacentes al reglamento de 1778" (Fisher, 1985, p. 63). "En el proceso aquella economía unificada que los borbones habían intentado crear tuvo que ser sacrificada, comenzando entonces bajo el auspicio real una desintegración que sería sancionada por la independencia" (Barbier, 1980, pp. 21-22).

[341] Véase Izard (1979, pp. 27-41).

[342] Véase Garner (1972) y Florescano (1969, pp. 188-194).

[343] Lynch (1985, p. 25).

[344] Véanse Lubin (1968, pp. 304-305) y Lynch (1985, pp. 48-49).

la junta a huir a Cádiz y ésta se disolvió poco después. La confusión se extendió por doquier en Hispanoamérica. Juntas regionales y locales tomaron el poder en nombre de Fernando VII, en muchos casos deponiendo a las autoridades españolas. Ahora, los criollos ejercían de facto el autogobierno en nombre del lealismo.[345] En Caracas en 1810 la junta local fue más lejos. En nombre de la lealtad a Fernando VII, negó de manera explícita la autoridad del nuevo consejo de regencia español (sucesor de la junta de Cádiz). Esto fue seguido por revueltas en Argentina, Chile y México, países que declararon sus puertos abiertos al libre comercio. Bolívar viajó a Londres en 1810 y fue recibido por el secretario de Asuntos Exteriores lord Wellesley que "aconsejó mantener la lealtad a España como la mejor vía para obtener la ayuda británica".[346]

La lucha de México por su independencia demostró ser la más radical desde el punto de vista social. Cuando un párroco local, Miguel Hidalgo y Castillo, llamó a acabar para siempre con los virreyes en su Grito de Dolores (¿copió el nombre de los *Cahiers de doléance*?) unió contra él tanto a la totalidad del gobierno criollo como a las autoridades españolas. El levantamiento de Hidalgo barrió el centro de México, "extendiendo el terror y la conmoción". Los indios, "prácticamente desarmados", lograron llegar a la capital, sumando 20 mil hombres en el proceso y ejecutando a unos dos mil gachupines de una población total estimada en 15 mil. Hidalgo fue derrotado por el Regimiento de Nueva España, criollo en su mayoría. Uno de los lugartenientes de Hidalgo, José María Morelos, también sacerdote, continuó la lucha, creando esta vez un "ejército bien organizado y eficaz" y un programa político claro que incluía reformas sociales radicales. La segunda fase de la revuelta fue apoyada más por los mestizos que por los indios. Morelos no fue tan fácilmente derrotado, pero su poder militar decayó poco después de que el congreso criollo vaciara de

[345] Estas nuevas juntas pretendían ser pacíficas y basarse en su legitimidad. Halperin-Donghi se pregunta por la sinceridad de la imagen que los revolucionarios tenían de sí mismos, y afirma que no debería olvidarse que éstos, en 1810 "no se sienten rebeldes, sino herederos de un poder caído, quizá para siempre: no hay razón alguna para que marquen disidencias frente a ese patrimonio político-administrativo que ahora consideran suyo y al que pretenden utilizar para sus fines" (1972, p. 129).

[346] Kaufmann (1951, pp. 50-51). Entretanto Gran Bretaña utilizó este momento de debilidad española para establecer "firmes relaciones comerciales" con varios de los principales puertos coloniales de España (Cuenca, 1981, p. 419). Véase también Rippy (1959, pp. 18-19).

contenido su programa proclamando la independencia en 1813.[347]

Tres elementos entraron ahora en juego para disponer la escena para la fase final de la independencia de los colonos hispanoamericanos: la guerra de 1812 (en realidad de 1812-1814) entre Estados Unidos y Gran Bretaña, la restauración de Fernando VII en el trono de España en 1813 y el Congreso de Viena en 1815.

La guerra de 1812 fue más o menos el último acto de la descolonización de Estados Unidos por parte de sus colonos. Las relaciones de Estados Unidos con Gran Bretaña habían sido en todo momento difíciles desde 1783, pero nunca habían quedado realmente rotas. Gran Bretaña deseaba tener a Estados Unidos como mercado, no como competencia, y éste trataba de mejorar su posición en la economía-mundo. Las guerras franco-británicas supusieron una oportunidad y una exasperación para Estados Unidos. A medida que el poder marítimo británico se iba quedando sin oposición, la irritación de Estados Unidos contra las restricciones británicas a su comercio iba aumentando. Cuando se iniciaron las hostilidades en el continente se presentó para Estados Unidos la oportunidad de presionar a Gran Bretaña, y quizá de conquistar Canadá.[348] En cierto sentido, la guerra fue desfavorable a Estados Unidos. Había ahora escaso entusiasmo entre los canadienses, tanto de habla inglesa como francohablantes, hacia la incorporación a Estados Unidos.[349] Canadá siguió siendo británico. La importancia del comercio de pieles había disminuido;[350] los británicos no hicieron auténticas concesiones respecto a las limitacio-

[347] Véanse Anna (1978a, pp 64, 76 y cap. 3, *passim*) y Anna (1985, pp. 67-68). Chaunu dice que México conoció la "revuelta de Túpac Amaru con un retraso de 30 años" (1964, p. 207).

[348] "Si Inglaterra y Francia hubieran mantenido la paz [...] no habría habido guerra entre Inglaterra y Estados Unidos en 1812" (Horsman, 1962, p. 264). Véase también Gibbs: "Según J. Q. Adams fue la insistencia [británica] en el derecho de visita [de barcos neutrales] la principal causa de la guerra de 1812-1814, aunque la raíz principal del problema tal vez está en la reivindicación de la conquista de Canadá" (1969, pp. 88-89).

[349] Las provincias marítimas de Canadá encontraron una causa común con Nueva Inglaterra en la "resistencia a la política antibritánica del gobierno federal" de Estados Unidos (Clark, 1959, p. 240). En lo que se refiere a los portavoces franceses, habiéndose enfriado su simpatía por la Revolución francesa y su "ardor revolucionario", tampoco fue revitalizado por esta nueva alianza entre Estados Unidos y Francia (p. 244). Sobre el último grupo, véase también Ouellet (1971, p. 230).

[350] *Ibid.* p. 37).

nes de su legislación sobre navegación en lo tocante al comercio de transporte.[351] Todo lo que Gran Bretaña concedió en el tratado de Gante fue un intangible reconocimiento del derecho de Estados Unidos a su propia expansión hacia el oeste y hacia el sur[352] y a tener voz (una voz de importancia secundaria) en el desarrollo venidero de la descolonización de América. Pero, por supuesto, esto fue crucial.[353]

La guerra entre Gran Bretaña y Estados Unidos llegó en un momento crítico para España. Con la derrota de Napoleón, Fernando VII recobró el trono en 1814, derogó la constitución liberal de 1812 y trató de restablecer el *status quo ante* también en Hispanoamérica. En el plazo de un año, la mayoría de los levantamientos de Hispanoamérica fueron reprimidos por sus ejércitos. El propio Bolívar escribió que, de no haber sido por la guerra de 1812, "Venezuela habría triunfado por sí sola, y Sudamérica no hubiera sido devastada por la crueldad española ni destruida por la anarquía revolucionaria".[354]

Considerando una perspectiva muy a corto plazo, tal vez Bolívar tuvo razón; pero en realidad la restauración española garantizó la independencia de Hispanoamérica, sólo ligeramente demorada. El retorno de Fernando VII dejó las manos libres a Estados Unidos y a Gran Bretaña para proseguir su inclinación a apoyar los movimientos de los colonos.[355] Y el tratado de

[351] Véase Graham: "Pese a todos los altibajos de la política británica después de la Revolución americana, nunca se abandonó el monopolio del transporte, principio fundamental del código de navegación. Cuando Gran Bretaña emergió victoriosa del largo conflicto napoleónico, el principio de monopolio colonial se mantuvo intacto en lo fundamental" (1941, pp. 197, 218).

[352] Los británicos retiraron de facto su apoyo a España en la Florida. En fecha 1811 el Congreso de Estados Unidos aprobaba la resolución de no transferencia, buscando la anexión de Florida occidental (lograda en 1813) y advirtiendo a Gran Bretaña respecto a cualquier intento de volver a adquirir Florida oriental de España. Véanse Bemis (1943, pp. 28-30) y Nettels (1962, pp. 322-324). En 1819, Estados Unidos logró la gran "victoria diplomática" de hacer que España cediera Florida (aunque no Texas) y reconociera "el derecho indiscutido de Estados Unidos al avance territorial hacia la costa del Pacífico" (Bemis, 1943, pp. 37-38).

[353] Véase en Perkins (1964, pp. 137-138) el análisis de quién obtuvo qué, en el tratado de Gante.

[354] Citado en Liss (1983, p. 209).

[355] Véase Halperín-Donghi: "El gobierno británico que había mantenido hasta entonces una cuidadosa ambigüedad, si no se definía en favor de la causa revolucionaria, sería menos vigilante en cuanto a la provisión de voluntarios (y lo que era más importante, de armas) para los ejércitos que combatían contra los realistas. [En lo que se refiere a] Estados Unidos [...] a partir de ese momento la neutralidad oficial se iba a mostrar más benévola para los patriotas:

Gante redujo en Estados Unidos y Gran Bretaña la sensación de que era de temer que estas independencias favorecieran a una nación en perjuicio de la otra.

Finalmente, el Congreso de Viena, al establecer la paz en Europa sobre la base del apoyo a la legitimidad y el absolutismo, debilitó las demandas españolas sobre Hispanoamérica. Las principales potencias europeas temían que las medidas represivas españolas "difícilmente pudieran ser eficaces", y que las revoluciones que conquistaran la independencia en Hispanoamérica "alentaran a los revolucionarios liberales" en Europa. Por consiguiente, preferían que España hiciera "concesiones" a las colonias.[356] Esto dejó más aún en libertad a Gran Bretaña para perseguir sus intereses comerciales en Latinoamérica, en especial ahora que se había convertido en una zona importante para la expansión de sus ventas de tejidos de algodón.[357]

Todo lo que les quedaba por hacer a los colonos era asegurarse de que la independencia, en cuyo camino no había ahora ningún obstáculo importante, cayera en sus manos y no en las de otros grupos. Comenzó la segunda ronda de combates. En gran medida las diferencias entre las formas de combatir en las diversas colonias se debían a la distinta *rapport de force* entre los elementos criollos y los grupos negros, indios y mestizo-pardos (mulatos). En efecto, el punto hasta el que las élites criollas estaban a favor, en contra o eran ambivalentes sobre la cuestión de la independencia inmediata era consecuencia, en considerable medida, de su evaluación de las "condiciones necesarias para contener la rebeldía, en acto o en potencia, de las masas".[358] Una vez

también allí resultaría cada vez más fácil comprar armas y reclutar corsarios" (1972, p. 144). De hecho, este último elemento de asistencia de Estados Unidos a los movimientos hispanoamericanos, las facilidades para el reclutamiento de corsarios, redundó en perjuicio del propio Estados Unidos. Entre 1810 y 1823 hubo, como consecuencia un extenso movimiento pirata en las Indias Occidentales que se convirtió en la "principal interferencia del comercio" entre Estados Unidos y las Indias Occidentales (Chandler, 1924, p. 482).

[356] Waddell (1985, p. 205).

[357] Véase Bousquet (1978, p. 57). En el primer cuarto del siglo XIX, sólo Latinoamérica y Europa occidental contemplaron una expansión significativa de las exportaciones textiles británicas.

[358] Andrews (1985, p. 128). Véase Fisher: "La rebelión de Cuzco de 1814-1815 fue una revolución en favor de la independencia que disfrutó amplio apoyo tanto entre los blancos como entre los indios en el sur de Perú. Si los habitantes de Lima y la costa la hubieran apoyado, casi con certeza hubiese triunfado. Esta falta de apoyo puede explicarse por su inveterado conservadurismo y su temor a los indios" (1979, p. 257). En 1821, existían "pocos indicios de una movilización popular" en apoyo de la independencia liderada por los

que comenzó el proceso de desintegración del imperio español, muchos criollos que antes eran escépticos respecto a la independencia se sintieron obligados a adherirse de manera oportunista a ella con la intención principal, no de tomar el poder de los españoles sino "sobre todo de evitar que lo tomaran los pardos".[359] No es preciso considerar los reticentes, tardíos y un tanto conservadores movimientos de independencia de Perú y México para comprobar esto. Puede observarse con bastante claridad en los movimientos radicales y vanguardistas de La Plata y Venezuela.

La Plata era una colonia cuyo porcentaje de criollos era particularmente elevado, quizá la mitad de la población. Con facilidad pudo sostener una revolución de base criolla, una revolución con actitudes "liberales" hacia los indios y negros, mestizos y pardos. En La Plata, al igual que antes en la Norteamérica británica, tanto el poder colonial como los colonos revolucionarios intentaron, "titubeantes al principio", reclutar soldados negros y pardos" en sus ejércitos, prometiendo la liberación final.[360] Y al igual que en Norteamérica británica, los negros obtuvieron algunos beneficios menores de esto, pero al coste de importantes bajas. Los indios fueron liberados de la encomienda, pero sólo para ser reclutados como peones en las plantaciones de azúcar. Los gauchos mestizos serían domeñados para el trabajo en las estancias.

En Venezuela, con sus grandes latifundios, el problema de la esclavitud y los peones era todavía mayor que en La Plata. Los blancos constituían únicamente el 20% de la población y muchos de ellos eran blancos de orilla, blancos pobres, frecuentemente de origen canario. Cuando Bolívar volvió a iniciar los combates en 1816, llegó de Haití y observó "la necesidad de fundir las rebeliones criolla, parda y esclava en un único gran

criollos en Perú (Bonilla y Spalding, 1972, p. 108). Véase también Ladd sobre México: "El temor a las masas fue un factor de importancia crucial en el control de los agravios de las élites" (1976, p. 89).

Claro está éste no fue el único factor. Para un cuidadoso análisis de las combinaciones de factores económicos (presencia de zonas especializadas en agricultura de exportación, capacidad de expansión, naturaleza de la competencia) que explica los diversos grados de apoyo de las élites criollas a los movimientos de independencia, véase Bousquet (1974).

359 Humphreys y Lynch (1965a, p. 24).

360 Rout (1976, p. 165). La acogida de los líderes criollos no fue ni mucho menos entusiasta. El comandante de la segunda expedición argentina al Alto Perú el general Belgrano observó que "los negros y mulatos son canallas, tan cobardes como sanguinarios [...] el único consuelo es que están en camino oficiales blancos" (citado en Lynch, 1973, p. 85).

movimiento".[361] Bolívar prometió la liberación de los esclavos en Venezuela y en otros lugares,[362] pero fue incapaz de imponer la abolición a sus compañeros hacendados y los esclavos negros perdieron entusiasmo por la independencia, cayendo en la neutralidad.[363] La abolición plena no llegaría hasta mucho después, en 1854.[364] Y el propio Bolívar devolvería el apoyo que había recibido de Haití negándose después a reconocer a Haití o a apoyar su invitación al Congreso de Panamá de 1826. En efecto, "el temor de crear otro Haití [...] fue una de las razones por las que se decidió a no invadir Cuba".[365]

Los estados hispanoamericanos avanzaron ahora hacia la independencia uno tras otro, en revoluciones ambiguas, violentas o conservadoras.[366] Avanzaron uno a uno. El sueño de Bolívar de reproducir la fórmula de unidad lograda por las Trece Colonias fracasó. El área implicada era, por supuesto, mucho más dispersa, y por tanto aquí no había ninguna posibilidad de unificar la lucha militar, un factor importante en la creación de Estados Unidos. El Congreso de Panamá de Bolívar de junio de 1826 fracasó por completo.

El año 1823 selló el asunto. El secretario de Estado británico, George Canning, y el presidente de Estados Unidos, James Monroe, compitieron entre sí por atribuirse el mérito de haber dado la bendición definitiva a la independencia hispanoameri-

[361] *Ibid.* (p. 210).

[362] Véase Bierck (1953, p. 365). Los españoles utilizaron esta promesa contra él y exageraron el volumen de la ayuda militar haitiana. Véase Verna (1983, p. 146).

[363] En 1953 un historiador venezolano Cristóbal Mendoza minimizó el papel que desempeñaron en la independencia los mestizos (y los negros), sugiriendo que fueron "las clases altas, los criollos, los que desencadenaron el movimiento" de independencia. Sin duda tenía razón, pero ¿por qué? (Congreso Hispanoamericano, 1953, p. 51). Sobre la razón de que los criollos no obtuvieran más apoyo, véase Liévano Aguirre (1968, pp. 947-948).

Sobre el papel de los mantuanos, los grandes terratenientes, véase Izard (1979, pp. 50-51). Sobre la lucha de independencia como una "guerra civil", véase Bagú ((1979, p. 13). Sobre la supervivencia de los latifundios, aunque no de todos los latifundistas, véanse Brito (1966, vol. I, pp. 219-220) e Izard (1979, p. 163).

[364] Lombardi (1971, p. 46).

[365] Ott (1973, p. 194). Estados Unidos estaba muy preocupado por Cuba. Calhoun defendió la anexión en 1822. Los dos temores de Estados Unidos eran que Cuba pudiera "caer en manos de Gran Bretaña" o "ser revolucionada por los negros" (Rippy, 1929, pp. 80-81).

[366] Ésos son los adjetivos utilizados por Lynch (1973) para describir Perú, Venezuela y México, respectivamente.

cana.[367] Entretanto, en España, la invasión francesa de abril de 1823 permitió a Fernando VII librarse de los "constitucionalistas" y seguir una política de "reacción sin paliativos". La década de 1823 a 1833 fue conocida como la "década ominosa".[368] El triunfo de Fernando VII en la metrópoli supuso, sin embargo, que España perdiera cualquier esperanza en América.[369]

La historia de Brasil es paralela a la de Hispanoamérica, pues fue una historia simultánea de descolonización y de penetración británica en su economía (1810-1827).[370] En Brasil, la era pospombalina dio lugar a dos "conspiraciones", la denominada *Inconfidência mineira* de Minas Gerais en 1788-1789 y la *Conjuração Bahia* en 1798.[371] Ambas fueron intentos tempranos de lograr la independencia. La primera, dirigida por las élites criollas que protestaban contra los impuestos, fue un movimiento "precursor";[372] la segunda fue urbana y más radical, "orientada a un levantamiento armado de los mulatos, negros libres y esclavos".[373] Estuvo inspirada en la Revolución francesa y buscó "una revolución completa" para crear una sociedad "sin distinciones de color, blanco, negro (preta) y mulato (parda)".[374]

[367] Véanse Rippy (1929, pp. 112-124) y Temperley (1925a, p. 53). Sobre el reconocimiento de las independencias por parte de Estados Unidos, véase Robertson (1918b, p. 261).

[368] Carr (1969, p. 452).

[369] "El sistema fernandino [...] desempeñó un papel de primer orden en la pérdida de América" (Anna, 1978b, p. 357). Halperin-Donghi aclara la relación entre los acontecimientos en España y la posición Canning-Monroe: "Gracias a la restauración del absolutismo en España, la neutralidad británica se inclinaba más decididamente a favorecer la revolución hispanoamericana. A la vez Estados Unidos, habiendo perdido las últimas razones para guardar alguna consideración a la España fernandina, luego de la compra de la Florida española (1822) alineaba su política sobre la británica" (1972, p. 146). Véase también Waddell (1985, pp. 213-223).

[370] Véase Mota (1973, p. 76). Sobre la preeminencia británica en Brasil, véase Manchester (1933, caps. IX y X).

[371] Otras dos —en Río de Janeiro en 1794 y en Pernambuco en 1801— fueron aplastadas casi de inmediato.

[372] Luz (1960, vol. I, parte 2, p. 405). En esta conspiración, el problema de la esclavitud era visto como un "posible obstáculo" cuya solución podía ser liberar a los mulatos (¡sic!) (p. 399). Novais (1979, p. 170) también utiliza la palabra "precursor".

[373] Behtell (1985, p. 166). Véase también Mota (1967, pp. 103-194) sobre la diferencia entre las dos revueltas. Maxwell señala que los temores criollos a un levantamiento racial condujeron a "una notable concordancia de opiniones [...] [con] el gobierno británico" (1973, p. 238).

[374] Fraseología citada por Novais (1979, p. 171).

También en Brasil Napoleón precipitó los acontecimientos provocando la huida del príncipe regente don Juan a ese país. Esto desde luego creó una situación distinta a la de las abdicaciones en España. El rey portugués pudo proporcionar la transición legítima a la independencia final. En 1815, en lugar de regresar a Portugal, don Juan elevó a Brasil al rango de reino recíproco, y en él situó el centro de la nueva monarquía dual. El resultado fue que Portugal fue gobernado desde Lisboa por un Consejo de Regencia (el cual estaba presidido por un inglés, el mariscal Beresford, quien había sido comandante en jefe del ejército portugués que había reocupado el país y se había mantenido en él).

En 1820-1821 estalló una revuelta liberal y se adoptó una nueva constitución. La revuelta se extendió a Brasil, donde el "partido brasileño", que representaba a las élites criollas, "ganó la supremacía", en tanto que las clases populares no lograron "hacer prevalecer sus reivindicaciones".[375] Los portugueses apoyaron los esfuerzos de los criollos brasileños. Un diputado portugués, José Joaquín Ferreira de Moura, defendió el envío de tropas a Bahía en 1821 argumentando que la población brasileña, "compuesta de negros, mulatos y criollos blancos y europeos de varios tipos" se encontraba sujeta a "diversas pasiones en efervescencia" y necesitaba ayuda para restablecer el orden.[376] Don Juan regresó a Portugal, lo que hizo temer a los brasileños que no les aguardara la igualdad plena. Transfirieron su fidelidad de Juan VI al príncipe regente don Pedro, a quien convencieron que permaneciera en el país. Poco después, en 1822, don Pedro I se convirtió en emperador de Brasil, con la bendición y bajo la protección de Gran Bretaña.[377]

Así, lentamente, a lo largo de 50 años, los colonos blancos crearon estados en todo el hemisferio occidental, estados que se convirtieron en miembros del sistema interestatal. Todos ellos, de una u otra forma, pasaron a encontrarse bajo la tutela político-económica de la nueva potencia hegemónica, Gran Bretaña, aunque Estados Unidos logró labrarse un papel como lugarteniente y, por lo tanto, rival potencial y postrero de Gran Bretaña.

La única excepción fue Haití y fue sometido a ostracismo. El papel de Francia, España y Portugal quedó eficazmente anula-

[375] Prado (1957, p. 48).
[376] Citado en Tavares (1977, p. 57).
[377] Véase Mota (1972, pp. 71-72).

do, pero igual suerte corrieron negros e indios. El sueño de Morelos, lograr fundar una república basada en las teorías constitucionales europeas pero que proclamara la "antiguedad azteca como el auténtico origen de la nación" no pasó de ser un sueño reprimido.[378] El nuevo nacionalismo estaba "casi vacío de contenido social".[379]

Ninguna de las grandes revoluciones de finales del siglo XVII —la denominada Revolución industrial, la Revolución francesa, las independencias de los colonos de América— representó desafíos fundamentales al sistema capitalista mundial. Lo que sí representaron fue un avance en su consolidación y afianzamiento. Las fuerzas populares fueron suprimidas, y su potencial constreñido por las transformaciones políticas. En el siglo XIX esas fuerzas (o más bien sus sucesoras) reflexionarían sobre sus fracasos y construirían una estrategia de lucha completamente nueva, estrategia que sería mucho más organizada, sistemática y autoconsciente.

[378] Phelan (1960, p. 768). Véase también Griffin (1962, p. 20).
[379] Lynch (1973, p. 340).

BIBLIOGRAFÍA

Abel, Wilhelm (1973), *Crises agraires en Europe (XIIIe-XXe siècle)*, París, Flammarion.

Aberdam, Serge (1975), "La révolution et la lutte des métayers", *Études rurales*, núm. 59, pp. 73-91.

Abir, M. (1977), "Modernisation, Reaction and Muhammad Ali's 'Empire'", *Middle Eastern Studies*, XIII, pp. 295-313.

Abou-el-Haj, Rifa'at Ali (1967), "Ottoman Diplomacy at Karlowitz", *Journal of the American Oriental Society*, LXXXVII, 4, pp. 498-512.

— (1969), "The Formal Closure of the Ottoman Frontier in Europe, 1699-1703", *Journal of the American Oriental Society*, LXXXIX, 3, pp.467-475.

— (1974), "Ottoman Attitudes toward Peace Making: The Karlowitz Case", *Der Islam*, LI, 1, pp. 131-137.

Abray, Jane (1975), "Feminism in the French Revolution", *American Historical Review*, LXXX, 1, pp. 43-62.

Accarias de Sérionne, Jacques (1766), *Intérêts des nations de l'Europe développés relativement au commerce*, I, París, Desain.

Acomb, Frances (1939), "Unemployment and Relief in Champagne, 1788", *Journal of Modern History*, XI, 1, pp. 41-48.

Adams, Donald R., Jr. (1970), "Some Evidence on English and American Wage Rates", *Journal of Economic History*, XXX, 3, pp. 499-520.

— (1980), "American Neutrality and Prosperity, 1793-1808. A Reconsideration", *Journal of Economic History*, XL, 4, pp. 713-737.

Adamu, Mahdi (1979), "The Delivery of Slaves from the Central Sudan to the Bight of Benin in the Eighteenth and Nineteenth Centuries", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 163-180.

Ado, A. (1977), "Le mouvement paysan et le problème de l'égalité (1789-1794)", en A. Soboul (ed.), *Contribution à l'histoire paysanne de la Révolution française*, París, Éd. Sociales, pp. 119-138.

Aguessy, Honorat (1970), "Le Dan-Homê du XIXe siècle était-il une société esclavagiste?", *Revue Française d'Études Politiques Africaines*, núm. 50, pp. 71-91.

Agulhon, Maurice (1980), "1830 dans l'histoire du XIXe siècle français", *Romantisme*, X, 28/29, pp. 15-27.

Ahlström, G. (1983), "Aspects of the Commercial Shipping between St. Petersburg and Western Europe, 1750-1790", en W. J. Weringa *et al.* (eds.), *The Interactions of Amsterdam and Antwerp with the Baltic Region, 1400-1800*, Leiden, Martinus Nijhoff, pp. 153-160.

Aiton, Arthur S. (1932), "Spanish Colonial Reorganization under the

Family Compact", *Hispanic American Historical Review*, XII, 3, pp. 269-280.

Ajayi, J. F. Ade (1965), "West African States at the Beginning of the Nineteenth Century", en J. F. Ade Ajayi I. Espie (eds.), *A Thousand Years of West African History*, Londres, Nelson, pp. 248-261.

Ajayi, J. F. Ade y B. O. Oloruntimehin (1976), "West Africa in the Anti-Slave Trade Era", en John E. Flint (ed.), *Cambridge History of Africa*, V, *From c. 1790 to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 200-221.

Akinjogbin, I. A. (1967), *Dahomey and its Neighbours, 1708-1818*, Cambridge, Cambridge University Press.

Albion, Robert Greenhalgh (1926), *Forest and Sea Power, The Timber Problem of the Royal Navy, 1652-1852*, Harvard Economic Studies, vol. XXIX, Cambridge, Harvard University Press.

Alden, Dauril (1961a), "The Undeclared War of 1773-1777, Climax of Luso-Spanish Platine Rivalry", *Hispanic American Historical Review*, XLI, 1, pp. 55-74.

—— (1961b), "The Marquis of Pombal and the American Revolution", *The Americas*, XVII, 4, pp. 369-382.

—— (1976), "The Significance of Cacao Production in the Amazon Region During the Late Colonial Period: An Essay in Comparative Economic History", *Proccedings of the American Philosophical Society*, CXX, 2, pp. 103-135.

Aldrich, Robert (1987), "Late-Comer or Early Starter? New Views on French Economic History", *Journal of European Economic History*, XVI, 1, pp. 89-100.

Alexander, John T. (1970), "Recent Soviet Historiography on the Pugachev Revolt: A Review Article", *Canadian-American Slavic Studies*, IV, 3, pp. 602-617.

Almeida Wright, Antoñia Fernanda P. de (1973), "Os Estados Unidos e a independencia do Brasil (revendo a posiçao norte-americana", *Revista de Historia*, XLVI, 94, pp. 369-382.

Almquist, Eric L. (1929), "Pre-famine Ireland and the Theory of European Proto-industrialization. Evidence from the 1841 Census", *Journal of Economic History*, XXXIX, 3, pp. 699-718.

Ambrose, Gwilym (1931), "English Traders at Aleppo (1658-1756)", *Economic History Review*, III, 2, pp. 246-266.

Amin, Samir (1971), "La politique coloniale française à l'égard de la bourgeoisie commerçante sénègalaise (1820-1960)", en C. Meillassoux (ed.), *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*, Londres, Oxford University Press, pp. 361-376.

—— (1972a), "Préface" a B. Barry, *Le Royaume de Waalo*, Paris, Maspéro, pp. 7-54.

—— (1972b), "Underdevelopment and Dependence in Black Africa— Origins and Contemporary Forms", *Journal of Modern African Studies*, X, 4, pp. 503-524.

Anderson, B. L. y David Richardson (1983), "Market Structure and

Profits of the British African Trade in the Late Eighteenth Century: A Comment", *Journal of Economic History*, XLIII, 3, pp. 713-721.
— (1985), "Market Structure and the Profits of the British African Trade in the Late Eighteenth Century: A Rejoinder Rebutted", *Journal of Economic History*, XLV, 3, pp. 705-707.
Anderson, J. L. (1972), "Aspects of the Effects on the British Economy of the War Against France, 1793-1815", *Australian Economic History Review*, XII, 1, pp. 1-20.
— (1974), "A Measure of the Effect of British Public Finance, 1793-1815", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVII, 4, pp. 610-619.
Anderson, M. S. (1952), "Great Britain and the Russian Fleet, 1769-1770", *Slavonic and East European Review*, XXXI, núm. 16, pp. 148-163.
— (1954), "Great Britain and the Russo-Turkish War of 1768-1774", *English Historical Review*, LXIX, núm. 270, pp. 39-58.
— (1965), "European Diplomatic Relations, 1763-1790", en A. Goodwin (ed.), *New Cambridge Modern History*, VIII, *The American and French Revolutions, 1763-1793*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 252-278.
— (1967), "The Continental System and Russo-British Relations During the Napoleonic Wars", en K. Bourne y D. C. Watt (eds.), *Studies in International History*, Londres, Longman, pp. 68-80.
Anderson, M. S. (ed.), (1970), *The Great Powers and the Near East, 1774-1923*, Londres, Edward Arnold.
— (1978), *Peter the Great*, Londres, Thames & Hudson.
— (1979), *Historians and Eighteenth-Century Europe, 1715-1789*, Oxford, Clarendon.
— (1984), "Preface" a A. I. Bagis, *Britain and the Struggle for the Integrity of the Ottoman Empire*, Estambul, Isis.
Anderson, Perry (1964), "Origins of the Present Crisis", *New Left Review*, núm. 23, pp. 26-54.
— (1980), *Arguments Within English Marxism*, Londres, New Left.
Anderson, R. L. y David Richardson (1983), "Market Structure and Profits of the British African Trade in the Late Eighteenth Century: A Comment", *Journal of Economic History*, XLIII, 3, pp. 713-721.
Anderson, Terry L. (1979), "Economic Growth in Colonial New England: 'Statistical Renaissance'", *Journal of Economic History*, XXXIX, 1, pp. 243-257.
Andrews, Charles M. (1924), *The Colonial Background of the American Revolution: Four Essays in American Colonial History*, New Haven, Yale University Press.
— (1926), "The American Revolution: An Interpretation", *American Historical Review*, XXXI, 2, pp. 219-232.
Andrews, George Reid (1985), "Spanish American Independence: A Structural Analysis", *Latin American Perspectives*, XII, 1, pp. 105-132.
Anisson-Dupéron, Étienne-Alexandre-Jacques (1847), "Essai sur les

traités de commerce de Methuen et de 1786 dans leur rapports avec la liberté commerciale", *Journal des Économistes*, 6to. año, XVII, pp 1-17.
Anna, Timothy E. (1974), "Economic Causes of San Martin's Failure at Lima", *Hispanic American Historical Review*, LIV, 4, pp. 657-681.
—— (1975), "The Peruvian Declaration of Independence: Freedom by Coercion", *Journal of Latin American Studies*, VII, 2, pp. 221-248.
—— (1978a), *The Fall of the Royal Government in Mexico City*, Lincoln, University of Nebraska.
—— (1978b), "The Buenos Aires Expedition and Spain's Secret Plan to Conquer Portugal, 1814-1820", *The Americas*, XXXIV, 3, pp. 356-379.
—— (1983), *Spaih and the Loss of America*, Lincoln, University of Nebraska.
—— (1985), "The Independence of Mexico and Central America", en L. Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, III, *From Independence to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 51-94.
Anónimo (1810), "Cotton", *Encyclopedia Britannica*, 4a. ed., Edimburgo.
Anónimo (1960), "Conference Report, The Origins of the Industrial Revolution", *Past and Present*, núm. 17, pp. 71-81.
Anstey, Roger (1968), "Capitalism and Slavery: A Critique", *Economic History Review*, 2a. serie, XXI, 2, pp. 307-320.
—— (1974), "The Volume and Profitability of the British Slave Trade, 1761-1807", en S. L. Engerman y E. D. Genovese (eds.), *Race and Slavery in the Western Hemisphere, Quantitative Studies*, Princeton, Princeton University Press, pp. 3-31.
—— (1975), *The Atlantic Slave Trade and British Abolition, 1760-1810*, Londres, Macmillan.
—— (1976a), "The Historical Debate on the Abolition of the British Slave Trade", en R. Anstey y P. E. H. Hair (eds.), *Liverpool, The Slave Trade, and Abolition*, Bristol, Western Printing, pp. 157-166.
—— (1976b), "The British Slave Trade, 1751-1807: A Comment", *Journal of African History*, XVII, 4, pp. 606-607.
—— (1977), "The Slave Trade of the Continental Powers, 1760-1810", *Economic History Review*, 2a. serie, XXX, 2, pp. 259-268.
Appleby, Joyce (1984), *Capitalism and a New Social Order: The Republican Vision of the 1790s*, Nueva York, New York University Press.
Aptheker, Herbert (1960), *The American Revolution, 1763-1783*, Nueva York, International.
Arasaratnam, S. (1978), "Indian Commercial Groups and European Traders, 1600-1800, Changing Relationships in Southeastern India", *South Asia*, s. p. i., I, 2, pp. 42-53.
—— (1979), "Trade and Political Dominion in South India, 1750-1790, Changing British-Indian Relationships", *Modern Asian Studies*, XIII, 1, pp. 19-40.
—— (1980), "Weavers, Merchants and Company. The Handloom

Industry in South-Eastern India, 1750-1790", *Indian Economic and Social History Review*, XVII, 3, pp. 257-281.

Arbellot, Guy (1973), "La grande mutation des routes en France au milieu du XVIIIe siècle", *Annales E. S. C.*, XXVIII, 2, pp. 764-791.

Archer, Christon I. (1974), "Pardos, Indians and the Army of the New Spain, Interrelationships and Conflicts, 1780-1810", *Journal of Latin American Studies*, VI, 2, pp. 231-255.

— (1977), *The Army in Bourbon Mexico, 1760-1810*, Albuquerque, University of New Mexico.

— (1981), "The Royalist Army in New Spain: Civil-Military Relationships, 1810-1821", *Journal of Latin American Studies*, XIII, 1, pp. 57-82.

— (1982), "The Officer Corps in New Spain. The Martial Career, 1759-1821", *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, XIX, pp. 137-158.

Archives de la Ministère des Affaires Etrangères (France) (1788-1789, 1797), *Mémoires et Documents, Angleterre*, núm. 46, *Mémoires sur le Commerce, le Finance, etc., 1713 à 1811* (Arch. A.E., 46): 21, ff. 239-243 [*ca.* 1788-1789], 3e mémoire, Recherche sur ce qui est relatif aux étoffes de laines; 29, ff. 287-297, mayo de 1797, Remarques sur le traité de commerce entre la France et l'Angleterre de l'an 1786, par Theremin; 37, ff. 326-328, Brumaire an VIII, Moyens d'attaquer l'Angleterre dans la source de sa prospérité; 38, ff. 329-334, París, 29 Nivose, an 8, Arnould, membre du tribunal au ler consul Bonaparte, sur la Paix, De la Paix avec l'Angleterre sous les rapports de la marine et du commerce de la France.

Arcila Farías, Eduardo (1955), *El siglo ilustrado en América. Reformas económicas del siglo XVIII en Nueva España*, Caracas, Ministerio de Educación.

Arciniegas, Germán (1973), *Los comuneros*, Medellín, Bedout.

Ardant, Gabriel (1975), "Financial Policy and Economic Infrastructure of Modern States and Nations", en Charles Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, pp.164-242.

Argyle, W. J. (1966), *The Fon of Dahomey: A History and Ethnography of the Old Kingdom*, Oxford, Clarendon.

Armengaud, André (1973), "Population in Europe, 1700-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, III, *The Industrial Revolution*, Londres, Collins/Fontana, pp. 22-76.

Armstrong, Maurice W. (1946), "Neutrality and Religion in Revolutionary Nova Scotia", *New England Quarterly*, XIX, 1, pp.50-62.

Armytage, Frances (1953), *The Free Port System in the British West Indies: A Study in Commercial Policy, 1766-1822*, Imperial Studies Series, vol. XX, Londres, Longman, Green.

Arnold, Rosemary (1957a), "A Port of Trade: Whydah of the Guinea Coast", en K. Polanyi *et al.* (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*, Nueva York, Free, pp. 154-176.

—— (1957b), "Separation of Trade and Market, Great Market of Whydah", en K. Polanyi *et al.* (eds.), *Trade and Market in the Early Empires*, Nueva York, Free, pp. 177-187.

Arnould, Ambroise-Marie (1791), *De la balance du commerce et les relations commerciales extérieures de la France dans toutes les parties du globe, particulierement à la fin du règne de Louis XIV et au moment de la Révolution*, 2 vols., París, Buisson.

Artola, Miguel (1952), "Campillo y las reformas de Carlos III", *Revista de Indias*, XII, 50, pp. 685-714.

Ascherson, Neal (ed.) (1975), *The French Revolution: Extracts from the Times, 1789-1794*, Londres, Times.

Asdrubal Silva, Hernán (1978), "The United States and the River Plate: Interrelationships and Influences Between Two Revolutions", en S. Tulchin (ed.), Hemispheric Prospectives on the United States, Westport, Greenwood, pp. 22-36.

Ashton, T. S. (1924), *Iron and Steel in the Industrial Revolution*, Manchester, Manchester University Press.

—— (1948), *The Industrial Revolution, 1760-1830*, Londres, Oxford University Press.

—— (1949), "The Standard of Life of the Workers in England, 1790-1830", *Journal of Economic History*, suplemento, IX.

—— (1959), *Economic Fluctuations in England, 1700-1800*, Oxford, Clarendon.

Asiegbu, Johnson U. J. (1969), *Slavery and the Politics of Liberation, 1787-1861*, Londres, Longman.

Athar Ali, M. (1975), "The Passing of Empire. The Mughal Case", *Modern Asian Studies*, IX, 3, pp. 385-396.

Auckland, William (1861-1862), *The Journal and Correspondence of William, Lord Auckland*, 4 vols., Londres, Richard Bentley.

Auffray, Danièle, Thierry Baudouin, Michèle Collin y Alain Guillerm (1980), *Feux et lieux. Histoire d'une famille et d'un pays face à la société industrielle*, París, Galilée.

Aufhauser, R. Keith (1974), "Profitability of Slavery in the British Caribbean", *Journal of Interdisciplinary History*, V, 1, pp. 45-67.

Augé, Marc (1971), "L'organisation du commerce pré-colonial en Basse Côte d'Ivoire et ses effets sur l'organisation sociale des populations côtières", en C. Meillassoux (ed.), *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*, Londres, Oxford University Press, pp. 153-167.

Aulard, A. (1913), "La nuit du 4 août", *La Révolution Française*, XLIV, pp. 200-215.

Austen, Ralph A. (1970), "The Abolition of the Overseas Slave Trade: A Distorted Theme in West African History", *Journal of the Historical Society of Nigeria*, V, 2, pp. 257-274.

—— (1979), "The Trans-Saharan Slave Trade: A Tentative Census", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 23-76.

Avelino, Ivone Días (1978), "Instituição do 'comercio livre' na mudança estrutural do sistema colonial espanhol", *Revista de Historia do América*, núm. 85, pp. 59-83.
Avrich, Paul (1973), *Russian Rebels, 1600-1800*, Londres, Allen Lane.
Ayandele, E. A. (1967), "Observations in Some Social and Economic Aspects of Slavery in Pre-colonial Northern Nigeria", *Nigerian Journal of Economic and Social Studies*, IX, 3, pp. 329-338.
Azevedo, João Lucio d' (1922), *O Marques de Pombal e a sua época*, 2a. ed. corregida, Río de Janeiro, Anuario do Brasil.
Bâ, Amadou Hampaté y Jacques Daget (1962), *L'empire peul de Macina*, I *(1818-1853)*, París y La Haya, Mouton. (Originalmente publicado en *Études Soudanaises*, III, 1955.)
Baer, Gabriel (1983), "Landlord, Peasant and the Government in the Arab Provinces of the Ottoman Empire in the 19th and Early 20th Century", en J. L. Bacqué-Grammont y P. Dumont (eds.), *Economie et sociétés dans l'empire ottomane (fin du XVIII[e]-début du XX[e] siècle)*, Colloques Internationaux du CNRS, núm. 601, París, CNRS, pp. 261-274.
Bagchi, Amiya Kumar (1976a), "De-Industrialization in India in the Nineteenth Century: Some Theoretical Implications", *Journal of Development Studies*, XII, 2, pp. 135-164.
— (1976b), "De-Industrialization in Gangetic Bihar, 1809-1901", en *Essays in Honour of Professor Susobhan Chandra Sarkar*, Nueva Delhi, People's Publishing House, pp. 499-522.
— (1976c), "Reflections in Patterns of Regional Growth in India During the Period of British Rule", *Bengal Past and Present*, XCV, parte 1, núm. 180, pp. 247-289.
— (1979), "A Reply", *Indian Economic and Social History Review*, XVI, 2, pp. 147-161.
Bağis, A. I. (1984), *Britain and the Struggle for the Integrity of the Ottoman Empire: Sir Robert Ainslie's Embassy to Istanbul, 1776-1794*, Estambul, Isis.
Bagú, Sergio (1979), "Prólogo", en M. Izard, *El miedo a la revolución*, Madrid, Tecnos, pp. 13-17.
Bagwell, Philip S. (1974), *The Transport Revolution from 1770*, Londres, B. T. Batsford.
Baillargeon, Georges E. (1968), *La survivance du régime seigneurial à Montréal. Un régime qui ne veut pas mourir*, Ottawa, Le Cercle du Livre de France.
Bailyn, Bernard (1962), "Political Experience and Enlightenment Ideas in Eighteenth-Century America", *American Historical Review*, LXVII, 2, pp. 339-351.
— (1967), *Ideological origins of the American Revolution*, Cambridge, Belknap Press of Harvard University.
— (1969), "A Comment", *American Historical Review*, LXXV, 2, pp. 361-363.
— (1973), "The Central Themes of the American Revolution: An

Interpretation", en S. G. Kurtz y J. H. Hutson (eds.), *Essays on the American Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina, pp. 3-31.
—— (1986a), *The Peopling of British North America: An Introduction*, Nueva York, Knopf.
—— (1986b), *Voyagers to the West: A Passage in the Peopling of America on the Eve of the Revolution*, Nueva York, Knopf.
Bairoch, Paul (1973a), "Agriculture and the Industrial Revolution, 1700-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, III: *The Industrial Revolution*, Londres, Collins/Fontana, pp. 452-506.
—— (1973b), "Commerce international et genèse de la révolution industrielle anglaise", *Annales E. S. C.*, XXVIII, 2.
—— (1974), *Révolution industrielle et sous-développement*, 4a. ed., París y La Haya, Mouton.
—— (1983), "La place de l'énergie hydraulique dans les sociétés traditionelles et au cours des XIXe et XXe siècles", ponencia a la XV Settimana di Studio, Istituto Internazionale di Storia Economica "Francesco Datini", Prato, mimeo.
Ballot, Charles (1923), *L'introduction du machinisme dans l'industrie française*, París, Comité des Travaux Historiques, Section d'Histoire Moderne (depuis 1715) et d'Histoire Contemporaine, fascículo IX, Lille, O. Marquant.
Bamford, Paul Walden (1952), "France and the American Market in Naval Timber and Masts, 1776-1786", *Journal of Economic History*, XII, 1, pp. 21-34.
Barber, Elinor (1955), *The Bourgeoisie in Eighteenth-Century France*, Princeton, Princeton University Press.
Barbier, Jacques A. (1972), "Elites and Cadres in Bourbon Chile", *Hispanic American Historical Review*, LII, 3, pp. 416-435.
—— (1977), "The Culmination of the Bourbon Reforms, 1787-1792", *Hispanic American Historical Review*, LVII, 1, pp. 51-68.
—— (1980), "Peninsular France and Colonial Trade: The Dilemma of Charles IV's Spain", *Journal of Latin American Studies*, XII, 1, pp. 21-37.
Barel, Yves (1968), *Le développement de la Russie tsariste*, París y La Haya, Mouton.
Barkan, Ömer Lütfi (1954), "La 'Méditerranée' de F. Braudel vue d'Istamboul", *Annales E. S. C.*, IX, 2, pp. 189-200.
—— (1956), "Le servage existait-t-il en Turquie?", *Annales E. S. C.*, XI, 1, pp. 54-60.
Barker, Charles Albro (1940), *The Background of the Revolution in Maryland*, New Haven, Yale University Press.
Barnave, Antoine (1960), *Introduction à la Révolution française*, *Cahiers des Annales*, núm. 15. Texto sobre el manuscrito original y presentación por Fernand Rude, París, Armand Colin.
Baron, Samuel H. (1972), "The Transition from Feudalism to Capita-

lism in Russia. A Major Soviet Historical Controversy", *American Historical Review*, LXXVII, 3, pp. 715-729.
— (1973), "The Fate of the *Gosti* in the Reign of Peter the Great", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, XIV, 4, pp. 488-512.
— (1974), "Who were the *Gosti?*", *California Soviet Studies*, VII., pp. 1-40
Barr, Stringfellow (1949), *The Pilgrimage of Western Man*, Nueva York, Harcourt Brace.
Barrow, Thomas C. (1968), "The American Revolution as a Colonial War for Independence", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXV, pp. 452-464.
Barry, Boubacar (1972), *Le royaume de Waalo. Le Sénégal avant la conquête*, París, Maspéro.
Barthélemy, Edouard (1848), *Notice historique sur les établissements des côtes occidentales d'Afrique*, París, Arthus Bertrand.
Bartlett, Roger P. (1979), *Human Capital, The Settlement of Foreigners in Russia, 1792-1804*, Cambridge, Cambridge University Press.
Bathily, Abdoulaye (1986), "La traite atlantique des esclaves et ses effets économiques et sociaux en Afrique: Le cas de Galam, royaume de l'hinterland sénégambien au dix-huitième siècle", *Journal of African History*, XXVII, 2, pp. 269-293.
Bauer, Arnold J. (1971), "The Church and Spanish American Agrarian Structure, 1765-1865", *The Americas*, XXVIII, 1, pp. 78-98.
— (1983), "The Church in the Economy of Spanish America, *Censos* and *Depósitos* in the Eighteenth and Nineteenth Centuries", *Hispanic American Historical Review*, LXIII, 4, pp. 707-734.
Bauer, John E. (1970), "International Repercussions of the Haitian Revolution", *The Americas*, XXVI, 4, pp. 394-418.
Baykov, Alexander (1974), "The Economic Development of Russia", en W. Blakewell (ed.), *Russian Economic Development from Peter the Great to Stalin*, Nueva York, New Viewpoints, pp. 5-20. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, s. p. i., VII, 1954.)
Bayly, C. A. (1975), "Town Building in North India, 1740-1830", *Modern Asian Studies*, IX, 4, pp. 483-504.
— (1985), "State and Economy in India Over Seven Hundred Years", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXVIII, 4, pp. 583-596.
— (1986), "The Middle East and Asia during the Age of Revolutions, 1760-1830", *Itinerario*, X, 2, pp. 69-84.
Bazant, Jan (1964), "Evolución de la industria textil poblana (1544-1845)", *Historia Mexicana*, XII, 4, pp. 473-516.
Beales, H. S. (1929), "Historical Revisions: The 'Industrial Revolution'", *History*, s. p. i., XIV, núm. 54, pp. 125-129.
Bean, Richard (1974), "A Note on the Relative Importance of Slaves and Gold in West African Exports", *Journal of African History*, XV, 3, pp. 351-356.
Beard, Charles A. (1913), *An Economic Interpretation of the Constitution of the United States*, Nueva York, Macmillan.

—— (1915), *Economic Origins of Jeffersonian Democracy*, Nueva York, Macmillan.
Béaur, Gérard (1984), *Le marché foncier à la veille de la révolution*, París, EHESS.
Beck, Thomas (1981), "The French Revolution and Nobility: A Reconsideration", *Journal of Social History*, XV, 2, pp. 219-233.
Becker, Charles y Victor Martin (1975), "Kayor et Baol, royaumes sénégalais et traite des esclaves au XVIIIe siècle", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, LXII, pp. 270-300.
Beckett, J. V. (1977), "English Landownership in the Later Seventeenth and Eighteenth Centuries. The Debate and the Problems", *Economic History Review*, 2a. serie, XXX, 4, pp. 567-581.
Beer, George Louis (1907), *British Colonial Policy, 1754-1765*, Nueva York, Macmillan.
Behrens, Betty (1965), "'Straight History' and 'History in Depth': The Experience of Writers on Eighteenth-Century France", *Historical Journal*, VIII, 1, pp. 117-126.
Behrens, Betty C.B.A. (1967), *The Ancien Regime*, Nueva York, Harcourt Brace, Jovanovich.
Behrens-Abouseif, Doris (1982), "The Political Situation of the Copts, 1798-1923", en B. Braude y B. Lewis (eds.), *Christians and Jews in the Ottoman Empire*, II, *The Arabic-Speaking Lands*, Nueva York, Holmes & Meier, pp. 185-205.
Belaúnde, Víctor Andrés (1938), *Bolivar and the Political Thought of the Spanish American Revolution*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
Bell, Herbert C. (1916), "British Commercial Policy in the West Indies, 1785-1793", *English Historical Review*, XXXI, núm. 123, pp. 429-441.
Bemis, Samuel Flagg (1916), "Relations Between the Vermont Separatists and Great Britain, 1789-1791", *American Historical Review*, XXI, 3, pp. 547-560.
—— (1923), *Jay's Treaty: A Study in Commerce and Diplomacy*, Nueva York, Macmillan.
—— (1935), *The Diplomacy of the American Revolution*, Nueva York, Appleton-Century.
—— (1943), *The Latin American Policy of the United States: An Historical Interpretation*, Nueva York, Harcourt Brace.
—— (1949), *John Quincy Adams and the Foundations of American Foreign Policy*, Nueva York, Knopf.
—— (1956), *John Quincy Adams and the Union*, Nueva York, Knopf.
Ben-Shachar, Ari Y. (1984), "Demand versus Supply in the Industrial Revolution: A Comment", *Journal of Economic History*, XLIV, 3, pp. 801-805.
Bendjebbar, André (1987), "Les problèmes des alliances politiques, sociales et économiques dans la contre-révolution angevine (1787-1799)", en F. Lebrun y R. Duouy (eds.), *Les résistances à la Révolution*, París, Imago, pp. 87-96.

Benians, E. A. (1940). "The Beginnings of the New Empire, 1783-1793", en J. H. Rose *et al.* (eds.), *The Cambridge History of the British Empire*, II: *The Growth of the New Empire, 1783-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-35.
Bent, J. Theodore (1890), "The English in the Levant", *English Historical Review*, V, núm. 20, pp. 654-664.
Berend, Iván T. y Ranki, György (1982), *The European Periphery and Industrialization, 1780-1914*, Cambridge, Cambridge University Press.
Bergeron, Louis (1970), "Problèmes économiques de la France napoléonienne", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVII, 3, pp. 469-505.
— (1978a), "Introduction", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 7-9.
— (1978b), "Les réseaux de la finance internationale", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed. gen.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 119-135.
— (1978c), "La révolution agricole en Angleterre", en Pierre Léon (ed.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed. vol.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 226-232.
— (1978d), "La révolution industrielle anglaise", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III: Louis Bergeron (ed. vol.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 317-345.
— (1978e), "L'économie française sous le feu de la révolution politique et sociale", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed. vol.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 347-369.
— (1978f), Banquiers, négociants et manufacturiers parisiens du Directoire à l'Empire, París y La Haya, Mouton.
Bergier, J. F. (1973), "The Industrial Bourgeoisie and the Rise of the Working Class, 1700-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, III: *The Industrial Revolution*, Londres, Collins/Fontana, pp. 397-451.
Berkes, Niyazi (1964), *The Development of Secularism in Turkey*, Montreal, McGill University Press.
Berlin, Ira (1976), "The Revolution in Black Life", en A. F. Young (ed.), *The American Revolution. Explanations in the History of American Radicalism*, DeKalb, Northern Illinois University Press, pp. 349-382.
Bernstein, Harry (1945), *Origins of Inter-American Interest, 1700-1812*, Filadelfia, University of Pennsylvania.
Berov, Ljuben (1974), "Changes in Price Conditions in Trade Between Turkey and Europe in the 16th-19th Centuries", *Études Balkaniques*, II, 2/3, pp. 168-178.

Berril, K. E. (1960), "International Trade and the Rate of Economic Growth", *Economic History Review*, 2a. serie, XII, 3, pp. 351-359.
Bertaud, Jean-Paul (1975), "Voies nouvelles pour l'histoire militaire de la révolution", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXVII, núm. 219, pp. 66-94.
Berthoff, Rowland y John M. Murrin (1973), "Feudalism, Communalism, and the Yeoman Freeholder: The American Revolution Considered as a Social Accident", en S. G. Kurtz y J. H. Hutson (ed.), *Essays on the American Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina, pp. 256-288.
Besset, Giliane (1982), "Les relations commerciales entre Bordeaux et la Russie au XVIIIe siècle", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, XXIII, 2, pp. 197-219.
Bethell, Leslie (1969), "The Independence of Brazil and the Abolition of the Brazilian Slave Trade: Anglo-Brazilian Relations, 1822-1826", *Journal of Latin American Studies*, I, 2, pp. 115-147.
—— (1985), "The Independence of Brazil", en L. Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, III, *From Independence to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 157-196.
Bezanson, Anna (1922), "The Early Use of the Term Industrial Revolution", *Quarterly Journal of Economics*, XXXVI, 2, pp. 343-349.
Bhattacharya, Neeladri (1986), "Colonial State and Agrarian Society", en S. Bhattacharya y R. Thapar (eds.), *Situating Indian History*, Nueva Delhi, Oxford University Press, pp. 106-145.
Bhattacharya, Sabyasachi (1983), "Regional Economy, Eastern India", en D. Kumar (ed.), *Cambridge Economic History of India*, II: *c. 1757-c. 1970*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 270-332.
Bhattacharya, Sukumar (1954), *The East India Company and the Economy of Bengal from 1704 to 1740*, Londres, Luzac.
Bien, David D. (1974), "La réaction aristocratique avant 1789, l'exemple de l'armée", *Annales E. S. C.*, XXIX, 1, pp. 23-48; XXIX, 2, pp. 505-534.
Bierck, Harold C., Jr. (1953), "The Struggle for Abolition in Gran Colombia", *Hispanic American Historical Review*, XXXIII, 3, pp. 365-386.
Bils, Mark (1984), "Tariff Protection and Production in the Early U. S. Cotton Textile Industry", *Journal of Economic History*, XLIV, 4, pp. 1033-1045.
Birch, Alan (1967), *The Economic History of the British Iron and Steel Industry, 1784-1879*, Londres, Frank Cass.
Birmingham, David (1966), *Trade and Conflict in Angola: The Mbundu and their Neighbours under the Influence of the Portuguese*, Oxford, Clarendon.
—— (1970), "Early African Trade in Angola and its Hinterland", en R. Gray y D. Birmingham (eds.), *Pre-Colonial African Trade*, Londres, Oxford University Press, pp. 163-173.
Bjork, Gordon C. (1964), "The Weaning of the American Economy,

Independence, Market Changes, and Economic Development", *Journal of Economic History*, XXIV, 4, pp. 541-560.
Blanc, Simone (1964), "Aux origines de la bourgeoisie russe", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, X, 3, pp. 294-301.
— (1969), "Tatiščev et la pratique du mercantilisme", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, X, 3/4, pp. 353-370.
— (1974), "The Economic Policy of Peter the Great", en W. Blakewell (ed.), *Russian Economic Development from Peter the Great to Stalin*, Nueva York, New Viewpoints, pp. 23-49. (Traducción de *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, III, 1962.)
Blaug, Mark (1963), "The Myth of the Old Poor Law and the Making of the New", *Journal of Economic History*, XXIII, 2, pp. 151-284.
— (1964), "The Poor Law Report Reexamined", *Journal of Economic History*, XXIV, 2, pp. 229-245.
Bloch, Camille (1900), "Le traité de commerce de 1786 entre la France et l'Angleterre", en *Études sur l'histoire économique de la France (1760-1789)*, París, Alphonse Picard, pp. 239-269.
— (1901), *Memoire sur le Traité de Commerce de 1786 entre la France et l'Angleterre, d'après la correspondance du plenipotentiaire anglais*, París, Imprimerie Nationale. (Extracto del *Bulletin des Sciences Économiques et Sociaux du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques*, 1900.)
Bloch, Marc (1930), "La lutte pour l'individualisme agraire dans la France du dix-huitième siècle", *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, II, pp. 329-383; 511-556.
— (1952, 1956), *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 2 vols., París, Armand Colin.
— (1966), *French Rural History*, Berkeley y Los Ángeles, University of California.
Bloch, Raymond (1970), "Préface", en Albert Soboul (ed.), *La civilisation et la Révolution française*, I, *Crise de l'Ancien Régime*, Paris, Arthaud, pp. 11-13.
Blum, Jerome (1960), "Russian Agriculture in the Last 150 Years of Serfdom", *Agricultural History*, XXXIV, 1, pp. 3-12.
— (1961), *Lord and Peasant in Russia from the Ninth to the Nineteenth Century*, Princeton, Princeton University Press.
Boahen, A. Adu (1964), *Britain, the Sahara, and the Western Sudan, 1788-1861*, Oxford, Clarendon.
Bois, Paul (1971), *Paysans de l'Ouest*, París, Flammarion.
Bolton, G. C. (1966), "The Founding of the Second British Empire", *Economic History Review*, 2a. serie, XIX, 1, pp. 195-200.
Bondois, Paul-M. (1933), "L'organisation industrielle et commerciale sous l'Ancien Régime: Le privilegè exclusif au XVIII[e] siècle", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, XXI, 2/3, pp. 140-189.
Bonilla, Heraclio (1972), "Clases populares y Estado en el contexto de la crisis colonial", en *La Independencia en el Perú*, Perú Problema, núm. 7, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 13-69.

Bonilla, Heraclio y Karen Spalding (1972), "La Independencia en el Perú: Las palabras y los hechos", en *La Independencia en el Perú*, Perú Problema, núm. 7, Lima, Instituto de Estudios Peruanos., pp. 70-114

Bosher, J. F. (1965), "French Administration and Public Finance in Their European Setting", en A. Goodwin (ed.), *New Cambridge Modern History*, VIII, *The American and French Revolutions, 1763-1793*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 565-591.

—— (1970), *French Finances 1770-1795: From Business to Bureaucracy*, Cambridge, Cambridge University Press.

Boulègue, Jean (1972), *Les Luso-africains de Sénégambie, XVIe-XIXe sècles*, Dakar, Université de Dakar, Faculté des Lettres et Sciences Humaines, Département d'Histoire.

Boulle, Pierre H. (1972), "Slave Trade, Commercial Organization and Industrial Growth in Eighteenth-Century Nantes", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, LIX, primer trimestre, núm. 214, pp. 70-112.

—— (1975), "Marchandises de traite et développement industriel dans la France et l'Angleterre du XVIIIe siècle", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, LXII, primero y segundo trimestres, núms. 226/227, pp. 309-330.

Bouloiseau, Marc (1956), "Aspects sociaux de la crise cotonnière dans les campagnes rouennaises en 1788-1789", en *Actes du 81e Congrès National des Sociétés Savantes Rouen-Caen, Section d'Histoire Moderne et Contemporaine*, París, Imprimerie Nationale, pp. 403-428.

—— (1957), *Cahiers de doléances du tiers etat du baillage de Rouen pour les etats généraux de 1789*, I, *La Ville*, París, Presses Universitaires de France.

—— (1960), *Cahiers de doléances du tiers etats du baillage de Rouen pour les etats généraux de 1789*, II: *La baillage principal*, Rouen, Imprimerie Administrative de la Seine-Maritime.

—— (1983), *The Jacobin Republic, 1792-1794*, Cambridge, Cambridge University Press.

Bourde, André J. (1953), *The Influence of England on the French Agronomes, 1750-1789*, Cambridge, Cambridge University Press.

—— (1967), *Agronomie et agronomes en France au XVIIIe siècle*, 3 vols., París, SEVPEN.

Bourgin, Georges (1908), "Les communaux et la Révolution française", *Nouvelle Revue Historique de Droit Français et Étranger*, 3a. serie, XXXII, 6, pp. 690-751.

—— (1911), "L'agriculture, la classe paysanne et la Révolution française (1789-an IV)", *Revue d'Histoire Économique et Social*, IV, pp. 155-228.

Bourgin, Hubert (1904-1905), "L'histoire économique de la France de 1800 à 1830", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, VI, p. 22-37.

Bousquet, Nicole (1974), "La dissolution de l'empire espagnol au XIXe siècle et son contexte èconomique", tesis de maestría, McGill University Press.

— (1978), "La carrière hégémonique de l'Angleterre au sein de l'économie-monde et le démantèlement des empires espagnol et portugais en Amérique au début du XIXe siècle", tesis de doctorado, McGill University Press.

Boutier, Jean (1970), "A propos de la crise dite de 1805. Les crises économiques sous l'Empire", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVII, julio-septiembre, pp. 506-513.

— (1979), "Jacquerie en pays croquant: Les Révoltes paysannes en Aquitaine (décembre 1789-mars 1790)", *Annales E. S. C.*, XXXIV, 4, pp. 760-786.

Bowden, Witt (1919), "The English Manufactures and the Commercial Treaty with France", *American Historical Review*, XXV, 1, pp. 18-35.

Boxer, C. R. (1969), *The Portuguese Seaborne Empire, 1415-1825*, Nueva York, Knopf.

Boyete, M. (1789), *Reuceil de divers memoires relatifs au traité de commerce avec l'Angleterre, faits avant, pendant et après les négotiations*, Versailles, Baudouin.

Brading, David A. (1970), "Mexican Silver-Mining in the Eighteenth Century. The Revival of Zacatecas", *Hispanic American Historical Review*, L, 4, pp. 665-681.

— (1971), *Miners and Merchants in Bourbon Mexico, 1763-1810*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1973a), "La estructura de la producción agrícola en el Bajío de 1700 a 1850", *Historia Mexicana*, XXIII, 2, pp. 197-237.

— (1973b), "Government and Elites in Late Colonial Mexico", *Hispanic American Historical Review*, LIII, 3, pp. 389-414.

— (1983), *Classical Republicanism and Creole Patriotism, Simon Bolívar (1783-1830) and the Spanish American Revolution*, Cambridge, Centre of Latin American Studies, Cambridge University Press.

— (1984), "Bourbon Spain and its Américan Empire", en *Cambridge History of Latin América*, I, Leslie Bethell (ed.), *Colonial Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 389-439.

Brading, David A. y Celia Wu (1973), "Population Growth and Crisis: León, 1720-1860", *Journal of Latin American Studies*, V, 1, pp. 1-36.

Brathwaite, Edward (1971), *The Development of Creole Society in Jamaica, 1770-1820*, Oxford, Clarendon.

Braude, Benjamin (1979), "International Competition and Domestic Cloth in the Ottoman Empire, 1500-1650: A Study in Underdevelopment", *Review*, II, 3, pp. 437-451.

Braude, Benjamin y Bernard Lewis (1982), "Introduction", en B. Braude y B. Lewis (eds.), *Christians and Jews in the Ottoman Empire*, I, *The Central Lands*, Nueva York, Holmes & Meier, pp. 1-34.

Braudel, Fernand (1958), "Histoire et sciences sociales: La longue durée", *Annales E. S. C.*, XIII, 4, pp. 725-753.

— (1979), *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XVe-XVIIIe*

siècle, I, *Les structures du quotidien*, II, *Les jeux de l'echange*, III, *Le temps du monde*, París, Armand Colin.
—— (1980), "L'empire turc est-il une économie-monde?", en *Memorial Ömer Lütfi Barkan*, Bibliothèque de l'Institut François d'Études Anatoliennes d'Istanbul, vol. XXVIII, París, Lib. d'Amérique et d'Orient A. Maisonneuve, pp. 39-51.
—— (1982), *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, II: *The Wheels of Commerce*, Nueva York, Harper & Row.
—— (1984), *Civilization and Capitalism, 15th-18th Century*, III, *The Perspective of the World*, Nueva York, Harper and Row.
Brebner, John Bartlett (1937), *The Neutral Yankees of Nova Scotia: A Marginal Colony During the Revolutionary Years*, Nueva York, Columbia University Press.
—— (1966a), "Laissez-faire and State Intervention in Nineteenth-Century Britain", en E. M. Carus-Wilson (ed.), *Essays in Economic History*, vol. III, Nueva York, St. Martin's. (Originalmente publicado en *Journal of Economic History*, 1948.)
—— (1966), *North Atlantic Triangle: The Interplay of Canada, the United States and Great Britain*, Toronto, McClelland and Stewart.
Briavoinne, Natalie (1838), "Sur les inventions et perfectionnemens dans l'industrie, depuis la fin du XVIIIe siècle jusqu'à nos jours", Mémoire couronné le 8 mai 1837, *Mémoires couronnés par l'Academie Royale des Sciences et Belles-Lettres de Bruxelles*, XIII, pp. 5-187
—— (1839), *De l'industrie en Belgique, causes de décadence et de prosperité, sa situation actuelle*, vol. I, Bruselas, Eugene Dubois.
Bridenbaugh, Carl (1955), *Cities in Revolt: Urban Life in America, 1743-1776*, Nueva York, Oxford University Press.
Briggs, Asa (1960), "The Language of 'Class' in Early Nineteenth-Century England", en A. Briggs y J. Saville (eds.), *Essays in Labour History*, Londres, Macmillan.
British Parliamentary Papers (BPP), Reports from Committees (1832), X, partes I y II, *Minutes of Evidence taken before the Select Committee on the Affairs of the East India Company*, II, *Finance and Accounts-Trade*, ordered by The House of Commons to be printed on August 16.
—— Reports from Committees (1840a), VII, *Report from the Select Committee on East India Produce*, ordered by the House of Commons to be printed on July 21.
—— Reports from Committees (1840b), VII, *Report from the Select Committee of the House of Lords appointed to consider the petition of the East India Company for Relief*, ordered by the House of Commons to be printed on June 4.
—— Reports from Committees (1848a), IX, *Report from the Select Committee on the Growth of Cotton in India*, Ordered by the House of Commons to be printed on July 17.
—— Reports from Committees (1848b), XXIII, part IV, *Supplement No. 1 to the Eighth Report from the Select Committee on Sugar and Coffee*

Planting, ordered by the House of Commons to be printed on May 29.
— Accounts and Papers (1861), XLIV, *Report of the Indigo Commission*, ordered by the House of Commons to be printed on March 4.
Brito Figueroa, Federico (1966), *Historia económica y social de Venezuela*, 2 vols., Caracas, Universidad Central de Venezuela.
Broder, Albert (1976), "Le commerce extérieur: L'échec de la conquête d'une position internationale", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III: *L'avènement de l'erè industriel (1789-années 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 305-346.
Broeze, Frank J. A. (1973), "The New Economic History, the Navigation Acts, and the Continental Tobacco Market, 1770-1790", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVI, 4, pp. 668-678.
Brooks, George E. (1975), "Peanuts and Colonialism: Consequences of the Commercialization of Peanuts in West Africa, 1830-1870", *Journal of African History*, XVI, 1, pp. 29-54.
Brooks, Philip Coolidge (1936), "Spanish Royalists in the United States, 1809-1821", en A. C. Wilgus (ed.), *Colonial Hispanic America*, Washington, D. C., George Washington University Press, pp. 559-572.
Brown, Jonathon C. (1979), *A Socioeconomic History of Argentina, 1776-1860*, Cambridge, Cambridge University Press.
Brown, Murray (1965), "Towards an Endogenous Explanation of Industrialization", Social Research, xxxiii, 2, pp. 295-313.
Brown, Robert E. (1955a), "Economic Democracy Before the Constitution", *American Quarterly*, VII, 3, pp. 257-274.
— (1955b), *Middle-Class Democracy and the Revolution in Massachusetts, 1691-1780*, Ithaca, Cornell University Press.
Brown, Vera Lee (1922), "Anglo-Spanish Relations in America in the Closing Years of the Colonial Era", *Hispanic American Historical Review*, V, pp. 325-483.
— (1928), "Contraband Trade. A Factor in the Decline of Spain's Empire in America", *Hispanic American Historical Review*, VIII, 2, pp. 178-189.
— (1929-1930), "Studies in the History of Spain in the Second Half of the Eighteenth Century", *Smith College Studies in History*, XV, 1/2, pp. 3-92.
Brown, Wallace (1974), "The American Colonies and the West Indies", *American History Illustrated*, IX, 2, pp. 12-23.
Browning, Oscar (1885), "The Treaty of Commerce between England and France in 1786", *Transactions of the Royal Historical Society*, s. p. i., II, pp. 349-364.
Browning, Oscar (ed.) (1909, 1910), *Despatches from Paris, 1784-1790*, I, *1784-1787*, Camden Third Series, XVI, 1909, II, *1788-1790*, Camden Third Series, XIX, 1910, Londres, Offices of the Royal Historical Society.
Bruchey, Stuart (1958), "Success and Failure Factors: American Mer-

chants in Foreign Trade in the Eighteenth and Early Nineteenth Centuries", *Business History Review*, XXXII, 3, pp. 272-292.
—— (1965), *The Roots of American Economic Growth, 1607-1861: An Essay in Social Causation*, Nueva York, Harper & Row.
—— (1987), "Economy and Society in an Earlier America", *Journal of Economic History*, XLVII, 2, pp. 299-319.
Brugière, Michel (1959), "The British Conquest: Canadian Social Scientists and the Fate of the *Canadiens*", *Canadian Historical Review*, XL, 2, pp. 93-107.
—— (1986), *Gestionnaires et profiteurs de la Révolution: L'administration des finances françaises de Louis XVI à Bonaparte*, París, Olivier Orban.
Buckley, Roger Norman (1979), *Slaves in Red Coats: The British West India Regiments, 1795-1815*, New Haven, Yale University Press.
Buda, Aleks (1972), "Problèmes de l'histoire de l'Albanie des VIIIe-XVIIIe siècles dans les recherches de la nouvelle historiographie albanaise", en *Actes du IIe Congrès International des Études du Sud-Est Européen*, Atenas, mayo de 1970, I, *Chronique du Congrès, Rapports*, Atenas, Comité Hellénique d'Organisation, pp. 87-103.
Bullion, John L. (1983), *A Great and Neccesary Measure. George Grenville and the Genesis of the Stamp Act, 1763-1765*, Columbia, University of Missouri.
Burckhardt, Jacob (1965), *Fragments historiques*, Ginebra, Droz.
Burkholder, Mark A. (1972), "From Creole to *Peninsular*: The Transformation of the Audiencia de Lima", *Hispanic American Historical Review*, LII, 3, pp. 395-415.
—— (1976), "The Council of the Indies in the Late Eighteenth Century: A New Perspective", *Hispanic American Historical Review*, LVI, 3, pp. 404-423.
Burstin, Haim (1986), "I sanculotti: Un dossier da riaprire", *Passato e Presente*, núm. 10, pp. 23-52.
Burt, A. L. (1931), "A New Approach to the Problem of the Western Posts", *Report of Annual Meeting of Canadian Historical Association*, mayo, Ottawa, Department of Public Archives, pp. 61-75.
Busch-Zantner, R. (1938), *Agrarverfassung, Gesellschaft und Siedlung in Sudösteuropas in besonderer Berücksichtigung der Türkenzeit*, Leipzig, Otto Harrasowitz.
Bushnell, David (1985), "The Independence of Spanish South America", en *Cambridge History of Latin America*, III, L. Bethell (ed.), *From Independence to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 95-156.
Butel, Paul (1970), "Crise et mutation de l'activite économique à Bordeaux sous le consulat et l'empire", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVII, pp. 540-558
—— (1978a), "Les Amériques et l'Europe", en Pierre Léon (ed.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 53-92.

— (1978b), "La richesse des Indes", en Pierre Léon (ed.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, *Louis Bergeron* (ed.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 93-109.

— (1978c), "Marchés europeens, traditions et renouvellements", en Pierre Léon (ed.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, *Louis Bergeron* (ed.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 109-119.

Cadot, Michel y Jean-Louis van Regemorter (1969), "Le commerce extérieur de la Russie en 1784, d'après le journal de voyage de Baert du Hollant", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, X, 3/4, pp. 371-391.

Cahen, Léon (1939), "Une nouvelle interpretation du traité franco-anglais de 1786-1787", *Revue Historique*, año 64, CLXXXV, 2, pp. 257-285.

Cain, P. J. y A. G. Hopkins (1980), "The Political Economy of British Expansion Overseas, 1750-1914", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXIII, 4, pp. 463-491.

— (1986), "Gentlemanly Capitalism and British Expansion Overseas, I, The Old Colonial System, 1688-1850", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXIX, 4, pp. 501-525.

Calhoun, Craig (1982), *The Question of Class Struggle: Social Foundations of Popular Radicalism during the Industrial Revolution*, Chicago, University of Chicago.

Callahan, William J. (1968), "A Note on the Real y General Junta de Comercio, 1679-1814", *Economic History Review*, 2a. serie, XXI, 3, pp. 519-528.

Callender, Guy S. (1902), "The Early Transportation and Banking Enterprises of the States in Relation to the Growth of the Corporation", *Quarterly Journal of Economics*, XVII, 1, pp. 111-162.

Cameron, Rondo E. (1956), "Some French Contributions to the Industrial Development of Germany, 1840-1870", *Journal of Economic History*, XVI, 3, pp. 281-321.

— (1958), "Economic Growth and Stagnation in France, 1815-1914", *Journal of Modern History*, XXX, 1, pp. 1-13.

— (1982), "The Industrial Revolution: A Misnomer", *The History Teacher*, XV, 3, pp. 377-384.

— (1985), "A New View of European Industrialization", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXVIII, 1, pp. 1-23.

— (1986), "Was England Really Superior to France?", *Journal of Economic History*, XLVI, 4, pp. 1031-1039.

Cameron, Rondo y Charles E. Freedeman (1983), "French Economic Growth: A Radical Revision", *Social Science History*, VII, 1, pp. 3-30.

Campbell, Leon G. (1972a), "A Colonial Establishment: Creole Domination of the Audiencia of Lima During the Late Eighteenth Century", *Hispanic American Historical Review*, LII, 1, pp. 1-25.

— (1972b), "Black Power in Colonial Peru: The 1779 Tax Rebellion of Lambayeque", *Phylon*, XXXIII, 2, pp. 140-152.

—— (1976), "The Army of Peru and the Túpac Amaru Revolt, 1780-1783", *Hispanic American Historical Review*, LVI, 1, pp. 31-57.
—— (1979), "Recent Research on Andean Peasant Revolts, 1750-1820", *Latin America Research Review*, XIV, 1, pp. 3-49.
—— (1981), "Social Structure of the Túpac Amaru Army in 1780-1781", *Hispanic American Historical Review*, LXI, 4, pp. 675-693.
Campbell, R. H. (1967), "The Industrial Revolution in Scotland: A Revision Article", *Scottish Historical Review*, XLVI, 1, pp. 141, 37-55.
Cannadine, David (1984), "The Past and the Present in the English Industrial Revolution, 1880-1980", *Past and Present*, núm. 103, pp. 131-172.
Cárdenas Acosta, Pablo E. (1960), *El movimiento comunal de 1781 en el Nuevo Reino de Granada (Reivindicaciones históricas)*, 2 vols., Bogotá, Kelly.
Carr, Raymond (1969), "Spain and Portugal, 1793 to c. 1840", en *New Cambridge Modern History*, IX, C. W. Crawley (ed.), *War and Peace in an Age of Upheaval, 1793-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 439-461.
Carrera Damas, Germán (1963), "A propósito de las hipótesis de Charles C. Griffin: Cuestiones económico-sociales de la emancipación", *Crítica Contemporánea*, núm. 10, marzo-abril, pp. 13-21.
Carrière, Charles (1973), *Négociants marseillais au XVIIIE siècle*, Marsella, Institut Historique de Provence.
Carus-Wilson, E. M. (1954), "An Industrial Revolution of the Thirteenth Century", en E. M. Carus-Wilson (ed.), *Essays in Economic History*, vol. I, Londres, Edward Arnold. (Originalmente publicado en Economic History Review, 1941.)
Castañeda, C. E. (1929), "The Corregidor in Spanish Colonial Administration", *Hispanic American Historical Review*, IX, 4, pp. 446-470.
Catchpole, Brian I. A. Akinjogbin (1984), *A History of West Africa in Maps and Diagrams*, Londres, Collins Educational.
Cavanaugh, Gerald J. (1972), "The Present State of French Revolutionary Historiography: Alfred Cobban and Beyond", *French Historical Studies*, VII, 4, pp. 587-606.
Cazals, Rémy (1983), *Les révolutions industrielles à Mazamet, 1750-1900*, París y Tolosa, La Découverte-Maspéro, Privat.
Césaire, Aimé (1961), *Toussaint Louverture, La Révolution française et le problème colonial*, París, Présence Africaine.
Céspedes del Castillo, Guillermo (1946), "Lima y Buenos Aires: Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato del Río de la Plata", *Anuario de Estudios Americanos*, III, pp. 667-874
Chabert, Alexandre (1945), *Essai sur les mouvement des prix et des revenus en France de 1798 à 1820*, París, de Médicis.
—— (1949), *Essai sur le mouvement des revenus et de l'activité économique en France de 1798 à 1820*, París, de Médicis.
Chalmin, Pierre (1968), "La querelle des Bleus et des Rouges dans l'Ar-

tillerie française à la fin du XVIIIe siècle", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, XLVI, 4, pp. 465-505.

Chaloner, W. H. (1957), "The Agriculture Activities of John Wilkinson, Ironmaster", *Agriculture History Review*, V, 1, pp. 48-51.

— (1964), "Hazards of Trade with France in Time of War, 1776-1783", *Business History*, VI, 2, pp. 79-92.

Chamberlin, Christopher (1979), "Bulk Exports, Trade Tiers, Regulation, and Development: An Economic Approach to the Study of West Africa's 'Legitimate Trade'", *Journal of Economic History*, XXXIX, 2, pp. 419-438.

Chambers, J. D. (1940), "Enclosure and the Small Landowner", *Economic History Review*, X, 2, pp. 118-127.

— (1953), "Enclosure and Labour Supply in the Industrial Revolution", *Economic History Review*, 2a. serie, V, 3, pp. 319-343.

— (1957), "The Vale of Trent, 1670-1800, a Regional Study of Economic Change", *Economic History Review*, supl. núm. 3, Londres, Cambridge University Press.

— (1972), *Population, Economy, and Society in Pre-Industrial England*, Londres, Oxford University Press.

Chambers, J. D. y G. E. Mingay (1966), *The Agriculture Revolution, 1750-1880*, Londres, B. T. Batsford.

Chambre, Henri (1964), "Pososkov et le mercantilisme", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, IV, 4, pp. 335-365.

Champion, Edne (1897), *La France d'après les cahiers de 1789*, París, Armand Colin.

Chandler, Charles Lyon (1924), "United States Commerce with Latin America at the Promulgation of the Monroe Doctrine", *Quarterly Journal of Economics*, XXXVIII, 3, pp. 466-486.

Chandra, Bipan (1968), "Reinterpretation of Nineteenth Century Indian Economic History", *Indian Economic and Social History Review*, V, 1, pp. 35-75.

Chandra, Satish (1966), "Some Aspects of the Growth of a Money Economy in India during the Seventeenth Century", *Indian Economic and Social History Review*, III, 4, pp. 321-331.

— (1972), *Parties and Politics at the Mughal Court, 1707-1740*, 2a ed., Nueva Delhi, People's Publishing House.

— (1974), "Some Aspects of Indian Village Society in Northern India During the 18th Century— The Position and Role of the *Khud-kásht* and *páhi-kásht*", *Indian Historical Review*, I, 1, pp. 51-64.

Chapman, Stanley D. (1965), "The Transition to the Factory System in the Midlands Cotton-Spinning Industry", *Economic History Review*, 2a. serie, XVIII, 3, pp. 526-543.

— (1970), "Fixed Capital Formation in the British Cotton Industry, 1770-1815", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIII, 2, pp. 235-266.

— (1971), "Fixed Capital Formation in the British Cotton Manufac-

turing Industry", en J. P. P. Higgins y S. Pollard (eds.), *Aspects of Capital Investment in Great Britain, 1750-1850: A Preliminary Survey*, Londres, Methuen, pp. 57-107.
—— (1972), *The Cotton Industry in the Industrial Revolution*, Londres, Macmillan.
—— (1979), "Financial Restraints on the Growth of Firms in the Cotton Industry, 1790-1850", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXII, 1, pp. 50-69.
—— (1819), *De l'industrie française*, 2 vols., París, A. A. Renouard.
Chaptal, Jean-Antoine-Claude (1893), "Un projet de traité de commerce avec l'Angleterre sous le Consulat", *Revue d'Économie Politique*, VII, 2, pp. 83-98.
Charles, Eunice A. (1977), *Precolonial Senegal: The Jolof Kingdom, 1800-1890*, Boston, African Studies Center, Boston University Press.
Chassagne, Serge (1978), "L'industrie lainière en France à l'époque révolutionnaire et impériale (1790-1810)", en A. Soboul (ed.), *Voies nouvelles pour l'histoire de la Révolution française*, Commission d'Histoire Économique et Sociale de la Révolution Française, Mémoires et Documents, vol. XXXV, París, Bibliothèque Nationale, pp. 143-167.
—— (1979), "La diffusion rurale de l'industrie cotonnière en France (1750-1850)", *Revue du Nord*, LXI, núm. 240, pp. 97-114.
—— (1980), *Oberkampf: Un entrepreneur capitaliste au Siècle des Lumières*, París, Aubier Montaigne.
—— (1981), "Aspects des phénomènes d'industrialisation et de désindustrialisation dans les campagnes françaises au XIXe siècle", *Revue du Nord*, LXIII, núm. 248, pp. 35-58.
Chaudhuri, Binoy Blushan (1976), "Agricultural Growth in Bengal and Bihar, 1770-1860, Growth of Cultivation since the Famine of 1770", *Bengal Past and Present*, XCV, 1, núm. 180, pp. 290-340.
Chaudhuri, K. N. (1966), "India's Foreign Trade and the Cessation of the East India Company's Trading Activities, 1828-1840", *Economic History Review*, 2a. serie, XIX, 2, pp. 345-363.
—— (1968), "India's International Economy in the Nineteenth Century: A Historical Survey", *Modern Asian Studies*, II, 1, pp. 31-50.
—— (1971), "Introduction", en K. N. Chaudhuri (ed.), The Economic Development of India under the East India Country, 1814-58. A Selection of Contemporary Writings, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-50.
—— (1974), "The Structure of the Indian Textile Industry in the Seventeenth and Eighteenth Centuries", *Indian Economic and Social History Review*, XI, 2/3, pp. 127-182.
—— (1978), *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760*, Cambridge, Cambridge University Press.
—— (1979), "Markets and Traders in India during the Seventeenth and Eighteenth Centuries", en K. N. Chaudhuri y Clive J. Dewey

(eds.), *Economy and Society, Essays in Indian Economic and Social History*, Nueva Delhi, Oxford University Press, pp. 143-162.
— (1981), "The World-System East of Longitude 20°: The European Role in Asia 1500-1750", *Review*, v, 2, pp. 219-245.
— (1982), "Foreign Trade: European Trade in the India", en T. Raychaudhuri e I. Habib (eds.), *Cambridge Economic History of India*, I, *c. 1200-c. 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 382-407.
— (1983a), "Foreign Trade and Balance of Payments (1757-1947)", en D. Kumar (ed.), *Cambridge Economic History of India*, II, *c. 1757-c. 1970*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 804-877.
— (1983b), "The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760. A Review of Reviews", *South Asia Research*, III, 1, pp. 10-17.
Chaunu, Pierre (1954), "Pour une histoire sociale de l'Amérique espagnole coloniale", *Revue Historique*, año 78, CCXI, 2, pp. 309-316.
— (1963), "Interprétation de l'Indépendance de l'Amérique Latine", *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, LXI, 8, TILAS III, pp. 403-421.
— (1964), *L'Amérique et les Amériques*, París, Armand Colin.
— (1966), *La civilisation de l'Europe classique*, París, Arthaud.
— (1972a), "Les enquêtes du Centre de Recherches d'Histoire Quantitative de Caen. Réflexions sur l'échec industriel de la Normandie", en Pierre Léon *et al.* (eds.), *L'industrialisation en Europe au XIXe siècle*, Colloques Internationaux du CNRS, núm. 540, París, CNRS, pp. 285-299.
— (1972b), "Interpretación de la Independencia de América", en *La Independencia en el Perú*, Perú Problema, núm. 7, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 167-194.
Chaussinand-Nogaret, Guy (1970), *Les financiers du Languedoc au XVIIIe siècle*, París, SEVPEN.
— (1975), "Aux origines de la Révolution: Noblcse et bourgeoisie", *Annales E. S. C.*, XXX, 2/3, pp. 265-278.
— (1981), "La ville jacobine et balzacienne", en G. Duby (ed. gen.), *Histoire de la France urbaine*, III, E. Le Roy Ladurie (ed. vol.), *La ville classique de la Renaissance aux Révolutions*, París, Seuil, pp. 537-621.
— (1985), "L'identité nationale et le problème des élites: La France du XVIIIe siècle", *Commentaire*, núm. 31, pp. 856-863.
Checkland, S. G. (1958), "Finance for the West Indies, 1780-1815", *Economic History Review*, 2a. serie, X, 3, pp. 461-469.
Chesnutt, David R. (1978), "South Carolina's Impact Upon East Florida, 1763-1776", en S. Proctor (ed.), *Eighteenth-Century Florida and the Revolutionary South*, Gainesville, University Presses of Florida, pp. 5-14.
Chevalier, Dominique (1968), "Western Development and Eastern Crisis in the Mid-Nineteenth Century: Syria Confronted with the Euro-

pean Economy", en W. R. Polk y R. L. Chambers (eds.), *Beginnings of Modernization in the Middle East*, Chicago, University of Chicago, pp. 205-222.
Chicherov, A. I. (1971), *India, Economic Development in the 16th-18th Centuries*, Moscú, Nauka.
Choulgine, Alexandre (1922), "L'organisation capitaliste de l'industrie éxistait-elle en France à la veille de la Révolution?", *Revue d'Histoire Économique et Social*, x, 2, pp. 184-218.
Christelow, Allan (1942), "Contraband Trade Between Panama and the Spanish Main, and the Free Port Act of 1766", *Hispanic American Historical Review*, xxii, 2, pp. 309-343.
—— (1947), "Great Britain and the Trades from Cadiz and Lisbon to Spanish America and Brazil, 1759-1783", *Hispanic American Historical Review*, xxvii, 1, pp. 2-29.
Christie, Ian R. y Benjamin W. Labaree (1976), *Empire or Independence, 1760-1776*, Nueva York, W. W. Norton.
Chung, Tan (1974), "The British-China-India Trade Triangle (1771-1840)", *Indian Economic and Social History Review*, xi, 4, pp. 411-431.
Cipolla, Carlo (1961), "Sources d'énergie et histoire de la humanité", *Annales E. S. C.*, xvi, 3, pp. 521-534.
—— (1973), "Introduction", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, iii, *The Industrial Revolution*, Londres, Collins/Fontana, pp. 7-21.
Clapham, J. H. (1917), "Loans and Subsidies in Time of War, 1793-1914", *Economic Journal*, xxvii, núm. 108, pp. 495-501.
—— (1920), "Europe After the Great Wars, 1816 and 1920", *Economic Journal*, xxx, núm. 120, pp. 423-435.
—— (1923), "The Growth of an Agrarian Proletariat, 1688-1832: A Statistical Note", *Cambridge Historical Journal*, i, 1, pp. 92-95.
—— (1940), "Industrial Revolution and the Colonies, 1783-1822", en J. Holland Rose, A. P. Newton y E. A. Benians (eds.), *The Cambridge History of the British Empire*, ii, *The Growth of the New Empire, 1783-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 217-240.
Clapham, J. H. (sir John) (1944), *The Bank of England. A History*, Cambridge, Cambridge University Press.
Clapham, J. H. (1966), "The Last Years of the Navigation Acts", en E. M. Carus-Wilson (ed.), *Essays in Economic History*, vol. iii, Nueva York, St. Martin's. (Originalmente publicado en *English Historical Review*, 1910.)
Clark, Edward C. (1974), "The Ottoman Industrial Revolution", *International Journal of Middle East Studies*, v, 1, pp. 65-76.
Clark, G. N. (1953), *The Idea of the Industrial Revolution*, Glasgow, Jackson.
Clark, J. C. D. (1985), *English Society, 1688-1832, Ideology, Social Structure, and Political Practice during the Ancien Regime*, Cambridge, Cambridge University Press.

—— (1986), *Revolution and Rebellion: State and Society in England in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press.

Clark, John G. (1970), *New Orleans, 1718-1812: An Economic History*, Baton Rouge, Louisiana State University Press.

—— (1981), *La Rochelle and the Atlantic Economy during the Eighteenth Century*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press.

Clark, S. D. (1959), *Movements of Political Protest in Canada, 1640-1840*, Toronto, University of Toronto.

Clark, Victor S. (1916), *History of Manufactures in the United States, 1607-1800*, Washington, D. C., Carnegie Institution.

Clarkson, Jesse Dunsmore (1970), "Some Notes on Bureaucracy, Aristocracy, and Autocracy in Russia, 1500-1800", en G. A. Ritter (ed.), *Entstehung and Wandel der modernen Gesellschaft*, Berlín, Walter de Gruyter, pp. 187-220.

Clauder, Anna C. (1932), *American Commerce as Affected by the Wars of the French Revolution and Napoleon, 1793-1812*, Filadelfia, University of Pennsylvania Thesis.

Clendenning, P. H. (1972), "Eighteenth Century Russian Translation of Western Economic Works", *Journal of European Economic History*, I, 3, pp. 745-753.

—— (1979), "The Background and Negotiations for the Anglo-Russian Commercial Treaty of 1766", en A. G. Cross (ed.), *Great Britain and Russia in the Eighteenth Century: Contrasts and Comparisons*, Newton, Oriental Research Partners, pp. 145-163.

Clère, Jean-Jacques (1982), "La vaine pâture au XIXe siècle: Un anachronisme?", *Annales Historiques de la Révolution Française*, año LIV, núm. 244, pp. 113-128.

Clogg, Richard (1973), "Aspects of the Movement for Greek Independence", en R. Clogg (ed.), *The Struggle for Greek Independence*, Londres, Macmillan, pp. 1-40.

Clough, Shepard B. (1957), "The Diffusion of Industry in the Last Century and a Half", en *Studi in onore di Armando Sapori*, vol. II, Milán, Istituto Ed. Cisalpino, pp. 1341-1357.

Coale, A. J. y E. M. Hoover (1969), "The Effects of Economic Development on Population Growth", en Michael Drake (ed.), *Population in Industrialization*, Londres, Methuen. (Originalmente publicado en 1958.)

Coats, A. W. (1958), "Changing Attitudes of Labour in Mid-Eighteenth Century", *Economic History Review*, 2a. serie, XI, 1, pp. 35-51.

Cobb, Richard (1959), "The People in the French Revolution", *Past and Present*, núm. 15, pp. 60-72.

Cobb, Richard y George Rudé (1955), "Le dernier mouvement populaire de la Révolution à París: Les journées de Germinal et de Prairial, an III", *Revue Historique*, LXXIX, núm. 219, pp. 250-281.

Cobban, Alfred (1954), "British Secret Service in France, 1784-1792", *English Historical Review*, LXIX, núm. 271, pp. 226-261.

—— (1956), "The Vocabulary of Social History", *Political Science Quarterly*, LXXI, 1, pp. 1-17.
—— (1958), *Historians and the Causes of the French Revolution*, Historical Association, Londres, Routledge and Kegan Paul.
—— (1963), *A History of Modern France*, I, *Old Regime and Revolution, 1715-1799*, 3a ed., Hammondsworth, Penguin.
—— (1964), *The Social Interpretation of the French Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press.
—— (1965), *A History of Modern France*, II, *From the First Empire to the Second Empire, 1799-1871*, 2a. ed., Hammondsworth, Penguin.
—— (1967), "The French Revolution, Orthodox & Unorthodox: A Review of Reviews", *History*, LII, núm. 175, pp. 149-159.
—— (1968a), "The Enlightenment and the French Revolution", en *Aspects of the French Revolution*, Nueva York, George Braziller. (Originalmente publicado en 1965.)
—— (1968b), "Historians and the Causes of the French Revolution", en *Aspects of the French Revolution*, Nueva York, George Braziller. (Originalmente publicado en 1958.)
—— (1968c), "The *Parlements* of France in the Eighteenth Century", en *Aspects of the French Revolution*, Nueva York, George Braziller. (Originalmente publicado en *History*, 1950.)
—— (1968d), "The Myth of the French Revolution", en *Aspects of the French Revolution*, Nueva York, George Braziller. (Originalmente publicado en 1955.)
Cobbett, William (ed.) (1816), *The Parliamentary History of England from the Earliest Period to the Year 1803*, XXVI, *15 May 1786 to 8 Feb. 1788*, Londres, T. C. Hansard.
Cochran, Thomas C. (1981), *Frontiers of Change: Early Industrialism in America*, Nueva York, Oxford University Press.
Coelho, Philip R. P. (1973), "The Profitability of Imperialism: The British Experience in the West Indies, pp. 1768-1772", *Explorations in Economic History*, X, 3, pp. 253-280.
Cohen, Felix (1949), Appendix XIV to United Kingdom, Colonial Office, Gold Coast: *Report to His Excellency the Governor by the Committee on Constitutional Reform*, Colonial núm. 250, Londres, HMSO, pp. 100-104
Cohen, Jon S. y Martin L. Weitzman (1975), "A Marxian Model of Enclosures", *Journal of Development Economics*, I, 4, pp. 287-336.
Cohn, Bernard S. (1961), "From Indian Status to British Contract", *Journal of Economic History*, XXI, 4, pp. 613-628.
Cole, Arthur H. (1959), "The Tempo of Mercantile Life in Colonial America", *Business History Review*, XXXIII, 3, pp. 277-299.
Cole, G. D. H. (1952), *Introduction to Economic History, 1750-1950*, Londres, Macmillan.
Cole, W. A. (1969), "Trends in Eighteenth-Century Smuggling", en W. E. Minchinton (ed.), *The Growth of English Overseas Trade in the*

Seventeenth and Eighteenth Centuries, Londres, Methuen, 1969. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1958.)
— (1973), "Eighteenth-Century Economic Growth Revisited", *Explorations in Economic History*, x, 4, pp. 327-348.
— (1981), "Factors in Demand, 1700-1780", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 36-65.
Cole, W. A. y Phyllis Deane (1966), "The Growth of National Incomes", en H. J. Habakkuk y M. Postan (eds.), *Cambridge Economic History of Europe*, VI, *The Industrial Revolutions and After: Incomes, Population and Technological Change*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-55.
Coleman, D. C. (1956), "Industrial Growth and Industrial Revolutions", *Economica*, s. p. i., XXIII, núm. 89, pp. 1-22.
— (1964), "Industrial Revolution", en Julius Gould y William L. Kolb (eds.), *A Dictionary of the Social Sciences*, Londres, Tavistock, pp. 326-327.
— (1966), "Industrial Growth and Industrial Revolutions", en E. M. Carus-Wilson (ed.), *Essays in Economic History*, vol. III, Nueva York, St. Martin's. (Originalmente publicado en *Economica*, 1956.)
— (1983), "Proto-Industrialization: A Concept Too Many", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXVI, 3, pp. 435-448.
Colley, Linda (1984), "The Apotheosis of George III, Loyalty, Royalty and the British Nation, 1760-1820", *Past and Present*, núm. 102, pp. 94-129.
— (1986), "Whose Nation? Class and National Consciousness in Britain, 1750-1830", *Past and Present*, núm. 113, pp. 97-117.
Collier, Simon (1963), *Ideas and Politics of Chilean Independence, 1808-1833*, Cambridge, Cambridge University Press.
Collins, E. J. T. (1975), "Dietary Change and Cereal Consumption in Britain in the Nineteenth Century", *Agricultural History Review*, XXIII, parte 2, pp. 97-115.
Colvin, Lucie G. (1971), "The Commerce of Hausaland, 1780-1833", en D. McCall y N. Bennett (eds.), *Aspects of West African Islam*, Boston University Papers on Africa, vol. V, Boston, Boston University African Studies Center, pp. 101-135.
Comadrán Ruiz, Jorge (1955), "En torno al problema del indio en el Río de la Plata", *Anuario de Estudios Americanos*, XII, pp. 39-74
Comninel, George C. (1985), "The Political Context of the Popular Movement in the French Revolution", en F. Krantz (ed.), *History From Below, Studies in Popular Protest and Popular Ideology in Honour of George Rudé*, Montreal, Concordia University Press, pp. 143-162.
— (1987), *Rethinking the French Revolution*, Londres, Verso.
Confino, Michael (1960a), "Maîtres de forge et ouvriers dans les usines métallurgiques de l'Oural aux XVIIIe-XIXe siècles", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, I, 2, pp. 239-284.

—— (1960b), "La politique de tutelle des seigneurs russes envers leurs paysans vers la fin du XVIIIe siècle", *Revue des Études Slaves*, XXXVII, 1-4, pp. 39-69.
—— (1961a), "La compatibilité des domaines privés en Russie dans la seconde moitié du 18 siècle (d'après les 'Travaux de Société Libre d'Economie' de St. Petersbourg)", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, VIII, 1, pp. 5-34.
—— (1961b), "Problèmes agraires, le système des redevances mixtes: Dans les domaines privés en Russie (XVIIIe-XIXe siècles)" *Annales E. S. C.*, XVI, 6, pp. 1066-1095.
—— (1963), *Domaines et seigneurs en Russie vers la fin du XVIIIe siècle, Étude de structure agraires et de mentalités économiques*, París, Institut d'Études Slaves, Université de Paris.
—— (1969), *Systèmes agraires et progrès agricole: L'assolement triennal en Russie aux XVIIIe-XIXe siècles*, París y La Haya, Mouton.
—— (1986), "The Limits of Autocracy: Russia's Economy and Society in the Age of Enlightenment", *Peasant Studies*, XIII, 3, pp. 149-170.
Congreso Hispanoamericano de Historia (1953), *Causas y caracteres de la Independencia hispanoamericana*, Madrid, Cultura Hispánica.
Connell, K. H. (1950), "The Colonization of Waste Land in Ireland, 1780-1845", *Economic History Review*, 2a. serie, III, 1, pp. 44-71.
—— (1969), "Some Unsettled Problems in English and Irish Population History, 1750-1845", en Michael Drake (ed.), *Population in Industrialization*, Londres, Methuen. (Originalmente publicado en *Irish Historical Studies*, 1951.)
Conrotte, Manuel (1920), *La intervención de España en la Independencia de los Estados Unidos de la América del Norte*, Madrid, lib. General de Victoriano Suárez.
Cooper, Frederick (1979), "The Problem of Slavery in African Studies", *Journal of African History*, XX, 1, pp. 103-125.
Coquery-Vidrovitch, Catherine (1971), "De la traite des esclaves à l'exportation de l'huile de palme et des palmistes au Dahomey, XIXe siècle", en C. Meillassoux (ed.), *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*, Londres, Oxford University Press, pp. 107-123.
Coquery-Vidrovitch, Catherine y Henri Moniot (1974), *L'Afrique noire de 1800 à nos jours*, París, Presses Universitaires de France.
Coquin, François-Xavier (1978), "En Russie: L'initiative étatique et seigneuriale", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed. comp.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 39-50.
Cornblit, Oscar (1970), "Levantamientos de masas en Perú y Bolivia durante el siglo XVIII", *Revista Latinoamericana de Sociología*, VI, 1, pp. 100-141.
Corwin, Arthur F. (1967), *Spain and the Abolition of Slavery in Cuba, 1817-1886*, Austin, University of Texas.

Corwin, Edward S. (1915), "The French Objetive in the American Revolution", *American Historical Review*, XXI, 1, pp. 33-61.
— (1916), *French Policy and the American Alliance of 1778*, Princeton, Princeton University Press.
Costeloe, Michael P. (1981), "Spain and the Latin American Wars of Independence, The Free Trade Controversy, 1810-1820", *Hispanic American Historical Review*, LXI, 2, pp. 209-234.
Cottret, Monique (1986), *La Bastille à prendre. Histoire et mythe de la forteresse royale*, París, Presses Universitaires de France.
Coughtry, Jay (1981), *The Notorious Triangle: Rhode Island and the African Slave Trade, 1700-1807*, Filadelfia, Temple University Press.
Countryman, Edward (1976a), "'Out of the Bounds of the Law': Northern Land Rioters in the Eighteenth Century", en A. F. Young (ed.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, DeKalb, Northern Illinois University Press, pp. 36-69.
— (1976b), "Consolidating Power in Revolutionary America: The Case of New York, 1775-1783", *Journal of Interdisciplinary History*, VI, 4, pp. 645-677.
Coupland, Reginald (1964), *The British Anti-Slavery Movement*, Londres, Frank Cass. (Edición original 1933.)
Cracraft, James (1980), "More 'Peter the Great'", *Canadian-American Slavic Studies*, XIV, 4, pp. 535-544.
Craeybeckx, Jan (1968), "Les débuts de la révolution industrielle en Belgique et les statistiques de la fin de l'empire", en *Mélanges offerts à G. Jacquemyns*, Bruselas, l'Institut de Sociologie, Université Libre de Bruxelles, pp. 115-144.
Crafts, N. F. R. (1976), "English Economic Growth in the Eighteenth Century: A Re-Examination of Deane and Cole's Estimates", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIX, 2, pp. 226-235.
— (1977), "Industrial Revolution in England and France: Some Thoughts on the Question, 'Why was England First?'", *Economic History Review*, 2a. serie, XXX, 3, pp. 429-441.
— (1978), "Entrepreneurship and a Probabilistic View of the British Industrial Revolution", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXI, 4, pp. 613-614.
— (1981), "The Eighteenth Century: A Survey", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 1-16.
— (1983), "British Economic Growth, 1700-1831: A Review of the Evidence", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXVI, 2, pp. 177-199.
— (1984), "Economic Growth in France and Britain, 1830-1910. A Review of the Evidence", *Journal of Economic History*, XLIV, 1, pp. 49-67.
— (1985), "English Workers' Real Wages During the Industrial Revolution: Some Remaining Problems", *Journal of Economic History*, XLV, 1, pp. 139-144.

Craton, Michael (1974), *Sinews of the Empire: A Short History of British Slavery*, Nueva York, Anchor.
Creighton, Donald (1937), *The Commercial Empire of the St. Lawrence, 1760-1850*, Toronto, Ryerson.
Crosby, Alfred W. (1965), *America, Russia, Hemp, and Napoleon: American Trade with Russia and the Baltic, 1783-1812*, Columbus, Ohio State University Press.
Crouzet, François (1958), *L'économie britannique et le blocus continental (1806-1813)*, 2 vols., París, Presses Universitaires de France.
—— (1959), "Les origines du sous-développement économique du sud-ouest", *Annales du Midi*, LXXI, núm. 45, pp. 71-79.
—— (1962), "Les conséquences économiques de la Révolution: A propos d'un inédit de sir Francis d'Ivernois", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXXIV, 2, pp. 168, 182-217; 336-362.
—— (1964), "Wars, Blockade, and Economic Change in Europe, 1792-1815", *Journal of Economic History*, XXIV, 4, pp. 567-590.
—— (1965), "Bilan de l'économie britannique pendant les guerres de la Révolution et de l'empire", *Revue Historique*, año 92, CCXXXIV, 1, núm. 234, pp. 71-110.
—— (1966), "Le charbon anglais en France au XIXe siècle", en L. Trenard (ed.), *Charbon et sciences humaines. Actes du colloque*, Lille, mayo de 1963, París y La Haya, Mouton, pp. 173-206.
—— (1967a), "Agriculture et révolution industrielle: Quelques réflexions", *Cahiers d'Histoire*, XII, 1/2, pp. 67-85.
—— (1967b), "England and France in the Eighteenth Century: A Comparative Analysis of Two Economic Growths", en R. M. Hartwell (ed.), *The Causes of the Industrial Revolution in England*, Londres, Methuen. (Traducción de *Annales E. S. C.*, 1966.)
—— (1970), "Essai de construction d'un indice annuel de la production industrielle française au XIXe siècle", *Annales E. S. C.*, XXV, 1, pp. 56-99.
—— (1971), "Discussion" de la ponencia de Albert Soboul, en *L'abolition de la "feoaalihté" dans le monde occidental*, Colloque de Toulouse, 12-16 de noviembre de 1968, 2 vols., París, CNRS, II, pp. 556-558.
—— (1972a), "Introduction", en F. Crouzet (ed.), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, pp. 1-69.
—— (1972b), "Capital Formation in Great Britain during the Industrial Revolution", en F. Crouzet (ed.), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen. (Originalmente publicado en *Second International Conference of Economic History*, II, 1965.)
—— (1972c), "Encore la croissance économique française au XIXe siècle", *Revue du Nord*, LIV, núm. 214, pp. 271-288.
—— (1980), "Toward an Export Economy: British Exports During the Industrial Revolution", *Explorations in Economic History*, XVII, 1, pp. 48-93.

—— (1981), "The Sources of England's Wealth: Some French Views in the Eighteenth Century", en P. L. Cottrell y D. H. Aldcroft (eds.), *Shipping, Trade and Commerce: Essays in memory of Ralph Davis*, Leicester, Leicester University Press, pp. 61-79.

—— (1985), *De la supériorité de l'Angleterre sur la France—L'économique et l'imaginaire, XVIIe-XXe siècles*, París.

Crummey, Robert O. (1977), "Russian Absolutism and the Nobility", *Journal of Modern History*, XLIX, 3, pp. 456-468.

Cuenca Esteban, Javier (1981), "Statistics of Spain's Colonial Trade, 1792-1820: Consular Duties, Cargo Inventories, and Balances of Trade", *Hispanic American Historical Review*, LXI, 3, pp. 381-428.

—— (1984), "Trends and Cycles in U. S. Trade with Spain and the Spanish Empire", *Journal of Economic History*, XLIV, 2, pp. 521-543.

Cunningham, Audrey (1910), *British Credit in the Last Napoleonic War*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cuno, Kenneth M. (1984), "Egypt's Wealthy Peasantry, 1740-1820: A Study of the Region of al-Mansūra", en T. Khalidi (ed.), *Land Tenure and Social Transformation in the Middle East*, Beirut, American University of Beirut, pp. 303-332.

Currie, R. y R. M. Hartwell (1965), "The Making of an English Working Class?", *Economic History Review*, 2a. serie, XVIII, 3, pp. 633-643.

Curtin, Philip D. (1950), "The Declaration of the Rights of Man in Saint-Domingue, 1788-1791", *Hispanic American Historical Review*, XXX, 2, pp. 157-175.

—— (1969), *The Atlantic Slave Trade: A Census*, Madison, University of Wisconsin.

—— (1974), "Measuring the Atlantic Slave Trade", en S. L. Engerman y E. D. Genovese (eds.), *Race and Slavery in the Western Hemisphere: Quantitative Studies*, Princeton, Princeton University Press, pp. 104-128.

—— (1975a), *Economic Change in Precolonial Africa: Senegambia in the Era of the Slave Trade*, Madison, University of Wisconsin.

—— (1975b), *Economic Change in Precolonial Africa: Senegambia in the Era of the Slave Trade*, Madison, University of Wisconsin.

—— (1976), "Measuring the Atlantic Slave Trade Once Again: A Comment", *Journal of African History*, XVII, 4, pp. 595-605.

Curtin, Philip y Jan Vansina (1964), "Sources of the Nineteenth-Century Atlantic Slave Trade", *Journal of African History*, V, 2, pp. 185-208.

Cvetkova, Bistra A. (1960), "L'évolution du régime féodal turc de la fin du XVIe jusqu'au milieu du XVIIIe siècle", en *Études historiques* con ocasión del XIe Congrès International des Sciences Historiques—Stockholm, agosto, Sofía, Académie des Sciences de Bulgarie, pp. 171-206.

—— (1969), "Quelques problèmes du féodalisme ottomane à l'époque du XVIe-XVIIIe siècles", en *Actes du Premier Congrès International des*

Études Balkaniques et Sud-est Européennes, Sofía, 26 de agosto-1 septiembre de 1966, III. *Histórie (v^e-xve ss.; xve-xviie ss.)*, Sofía, Académie des Sciences de Bulgarie, pp. 709-721.
—— (1970), "Les *celep* et leur rôle dans la vie économique des Balkans à l'époque ottomane (xve-xviiie siècles)", en M. A. Cook (ed.), *Studies in the Economic History of the Middle East*, Londres, Oxford University Press, pp. 172-192.
Daget, Serge (1971), "L'abolition de la traite des noirs en France de 1814 à 1831", *Cahiers d'Études Africaines*, XI, 1, pp. 14-58.
—— (1975), "Long cours et négriers nantais du trafic illégal (1814-1833)", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, LXII, primero y segundo trimestres, núms. 226/227, pp. 90-134.
—— (1979), "British Repression of the Illegal French Slave Trade: Some Considerations", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 419-442.
Dahlman, Carl J. (1980), *The Open Field System and Beyond*, Cambridge, Cambridge University Press.
Dakin, Douglas (1973), "The Formation of the Greek State, 1821-1833", en R. Clogg (ed.), *The Struggle for Greek Independence*, Londres, Macmillan, pp. 156-181.
Daniel, Norman (1966), *Islam, Europe and Empire*, Edimburgo, Edinburgh University Press.
Daniels, George W. (1915-1916), "The Cotton Trade During the Revolutionary and Napoleonic Wars", *Transactions of the Manchester Statistical Society*, pp. 53-84.
—— (1917-1918), "The Cotton Trade at the Close of the Napoleonic War", *Transactions of the Manchester Statistical Society*, pp. 1-29.
Danière, Andre (1958a), "Feudal Incomes and Demand Elasticity for Bread in Late Eighteenth-Century France", *Journal of Economic History*, XVIII, 3, pp. 317-331.
—— (1958b), "Rejoinder", *Journal of Economic History*, XVIII, 3, pp. 339-341.
Darby, H. C. y Harold Fullard (1970), *New Cambridge Modern History*, XIV, *Atlas*, Cambridge, Cambridge University Press.
Dardel, Pierre (1948), "Crises et faillites à Rouen et dans la Haute-Normandie de 1740 à l'an V", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, XXVII, 1, pp. 53-71.
—— (1963), *Navires et marchandises dans les ports de Rouen et du Havre au xviiie siècle*, París, SEVPEN.
Darity, William, Jr. (1985), "The Numbers Game and the Profitability of the British Trade in Slaves", *Journal of Economic History*, XLV, 3, pp. 693-703.
Das Gupta, Ashin (1967), *Malabar in Asian Trade, 1740-1800*, Cambridge, Cambridge University Press.
—— (1970), "Trade and Politics in 18th-Century India", en D. S. Richards (ed.), *Islam and the Trade of Asia: A Colloquium*, Oxford, Bruno Cassirer y Filadelfia, University of Pennsylvania, pp. 181-214.

—— (1974), "Presidential Address" ("The Maritime Merchant, 1500-1800"), *Proceedings of the Indian History Congress*, Thirty-Fifth Session, Jadavpur (Calcuta), pp. 99-111.
—— (1979), *Indian Merchants and the Decline of Surat c. 1700-1750*, Wiesbaden, Franz Steiner.
Datta, K. K. (1959), "India's Trade in the Europe and America in the Eighteenth Century", *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, II, parte 3, 3, pp. 313-323.
Daumard, Adeline (1976), "L'état libéral et le libéralisme économique", en F. Braudel y E. Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III, *L'avènement de l'ère industriel (1789-années 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 137-159.
Daumard, Adeline y François Furet (1961), "Structures et relations sociales à Paris au milieu du XVIII[e] siècle", *Cahier des Annales*, núm. 18, París, Armand Colin.
Daumas, Maurice (1963), "Le mythe de la révolution technique", *Revue d'Histoire des Sciences et de Leurs Applications*, XVI, 4, pp. 291-302.
—— (1965), "Introduction", en M. Daumas (ed.), *Histoire générale des techniques*, II, *Les premières étapes du machinisme*, París, Presses Universitaries de France, v-xix.
Daumas, Maurice y André Garanger (1965), "Le machinisme industriel", en M. Daumas (ed.), *Histoire générale des techniques*, II, *Les premières étapes du machinisme*, París, Presses Universitaires de France, pp. 251-288.
David, Paul A. (1967), "The Growth of Real Product in the United States Before 1840, New Evidence, Controlled Conjectures", *Journal of Economic History*, XXVII, 2, pp. 151-197.
Davidson, Basil (1961), *Black Mother: The Years of the African Slave Trade*, Londres, Victor Gollancz.
—— (1971), "Slaves or Captives? Some Notes on Fantasy and Fact", en D. I. Huggins *et al.* (eds.), *Key Issues in the Afro-American Experience*, vol. I, Nueva York, Harcourt Brace, Jovanovich, pp. 54-73.
Davies, Alan (1958), "The New Agriculture in Lower Normandy, 1750-1789", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5a. serie, VIII, pp. 129-146
Davies, K. G. (1957), *The Royal African Company*, Londres, Longmans, Green.
Davis, David Brion (1975), *The Problem of Slavery in the Age of Revolution, 1770-1823*, Ithaca, Cornell University Press.
—— (1983), "American Slavery and the American Revolution", en I. Berlin y R. Hoffman (eds.), *Slavery and Freedom in the Age of the American Revolution*, Charlottesville, University of Virginia, pp. 262-280.
Davis, Ralph (1969), "English Foreign Trade, 1700-1774", en W. E. Minchinton (ed.), *The Growth of English Overseas Trade in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Londres, Methuen. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1962.)

—— (1970), "English Imports from the Middle East, 1580-1780", en M. A. Cook (ed.), *Studies in the Economic History of the Middle East*, Londres, Oxford University Press, pp. 193-206.
—— (1973), *The Rise of the Atlantic Economies*, Londres, Weidenfeld and Nicolsen.
—— (1979), *The Industrial Revolution and British Overseas Trade*, Leicester, Leicester University Press.
Davison, Roderic H. (1976), "'Russian Skill and Turkish Imbecility': The Treaty of Kuchuk Kainardji Reconsidered", *Slavic Review*, xxxv, 3, pp. 463-483.
De, Barun (1964), "Some Implications and Political and Social Trends in 18th Century India", en O. P. Bhatnagar (ed.), *Studies in Social History (Modern India)*, Allahabad, St. Paul's Press Training School, pp. 203-271.
De Gregori, Thomas R. (1969), *Technology and the Economic Development of the Tropical African Frontier*, Cleveland, Press of Case Western Reserve University Press.
De Gregori Deane, Phyllis (1957), "The Output of the British Woolen Industry in the Eighteenth Century", *Journal of Economic History*, xvii, 2, pp. 207-223.
—— (1972), "Capital Formation in Britain Before the Railway Age", en F. Crouzet (ed.), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen. (Originalmente publicado en *Economic Development and Cultural Change*, 1961.)
—— (1973a), "Great Britain", en Carlo Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, iv, *The Emergence of Industrial Societies*, Londres, Collins/Fontana, parte 1, pp. 161-227.
—— (1973b), "The Role of Capital in the Industrial Revolution", *Explorations in Economic History*, x, 3, pp. 349-364.
—— (1979), *The First Industrial Revolution*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press.
Deane, Phyllis y H. J. Habakkuk (1963), "The Take-Off in Britain", en W. W. Rostow (ed.), *The Economics of Take-Off into Sustained Growth*, Londres, Macmillan, pp. 63-82.
Deane, Phyllis y W. A. Cole (1967), *British Economic Growth, 1688-1959*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press.
Debbasch, Yvan (1961), "Poésie et traite, l'opinion française sur le commerce négrier au début du xixᵉ siècle", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, xlviii, núms. 172/173, tercer y cuarto trimestres, pp. 311-352.
Debien, Gabriel (1953), *La société coloniale aux xviiᵉ et xviiiᵉ siècles*, ii, *Les colons de Saint-Domingue et la Révolution. Essai sur le club Massia (Août 1789-Août 1792)*, París, Armand Colin.
—— (1954), *Esprit colon et esprit d'autonomie à Saint-Domingue au xviiiᵉ siècle*, 2a. ed., *Notes d'Histoire Coloniale*, xxv, París, Larose.
DeClercq, Jules (1864), *Receuil des traités de la France*, i: *1713-1802*, París, Aymot.

Dehio, Ludwig (1962), *The Precarious Balance*, Nueva York, Knopf.
Delcourt, André (1952), *La France et les établissements françaises au Sénégal entre 1713-1763: La campagnie des Indes et de Sénégal*, Dakar, Institut Français d'Afrique Noire.
Delgado, José María (1979), "Comerç colonial i reformisme borbònic: Els decrets de lliure comerç", *L'Avenç*, núm. 15, pp. 24-62.
Desai, Ashok V. (1972), "Population and Standards of Living in Akbar's Time", *Indian Economic and Social History Review*, IX, 1, pp. 42-62.
— (1978), "Population and Standards of Living in Akbar's Time. A Second Look", *Indian Economic and Social History Review*, XV, 1, pp. 53-79.
Devine, T. M. (1976), "The Colonial Trades and Industrial Investment in Scotland, c. 1700-1815", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIX, 1, pp. 1-13.
Devlashouwer, Robert (1970), "Le Consulat et l'Empire, période de 'take off' pour l'economie belge?", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVII, pp. 610-619
Deyon, Pierre y Phillippe Guignet (1980), "The Royal Manufactures and Economic Progress in France before the Industrial Revolution", *Journal of European Economic History*, IX, 3, pp. 611-632.
Dhondt, Jean (1955), "L'industrie cotonnière gantoise à l'époque française", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, II, 4, pp. 233-279.
Dhondt, Jean y Marinette Bruwier (1973), "The Industrial Revolution in the Low Countries, 1700-1914", en C. Cipolla (ed.), *The Fontana Economic History of Europe*, IV, *The Emergence of Industrial Societies*, Londres, Collins Fortana, parte 1, pp. 329-366.
Dickerson, Oliver M. (1942), "Discussion of Professor Harper's and Professor Root's Papers", *Canadian Historical Review*, XXIII, 1, pp. 29-34.
— (1951), *The Navigation Acts and the American Revolution*, Filadelfia, University of Pennsylvania.
Diffie, Bailey W. (1945), *Latin American Civilization, Colonial Period*, Harrisburg, Stackpole.
Digby, Simon (1982), "The Maritime Trade of India", en T. Raychaudhuri e I. Habib (eds.), *Cambridge Economic History of India*, I, *c. 1200-c. 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 125-159.
Dike, K. Onwika (1956), *Trade and Politics in the Niger Delta, 1830-1885*, Oxford, Clarendon.
Dilla Alfonso, Haroldo (1982), "La evolución histórica dominicana y sus relaciones con Haití, 1492-1844", *Santiago*, núm. 48, pp. 65-119.
Dipper, Christof (1971), "Die Bauern in der Französischen Revolution, Zu einer aktuellen Kontroverse", *Geschichte und Gesellschaft*, VII, 1, pp. 119-133.
Disney, Anthony (1978), "Commentary on the Papers by S. Arasaratnam and I. Bruce Watson", *South Asia*, s. p. i., I, 2, pp. 65-66.

Dmytryshyn, Basil (1960), "The Economic Content of the 1767 *Nakaz* of Catherine II", *American Slavonic & East European Review*, XIX, 1, pp. 1-9.

Dobb, Maurice (1946), *Studies in the Development of Capitalism*, Londres, Routledge and Kegan Paul.

—— (1961), "Alcune cosiderazioni sulla rivoluzione industriale", *Studi Storici*, II, 3/4, pp. 457-464.

Dodgshon, Robert A. (1976), "The Economics of Sheep Farming in the Southern Uplands during the Age of Improvement, 1750-1833", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIX, 4, pp. 551-569.

Doerflinger, Thomas M. (1976), "The Antilles Trade of the Old Regime: A Statistical Overview", *Journal of Interdisciplinary History*, VI, 3, pp. 397-415.

Dojnov, Stefan (1984), "La russie et le Mouvement de Libération Nationale Bulgare au XVIII[e] siècle", en *Études Historiques*, XII, con ocasión del V[ème] Congrès International des Études Balkaniques du Sud-Est Européennes-Belgrade, Sofía, Academie Bulgare des Sciences, pp. 37-67.

Domínguez, Jorge F. (1980), *Insurrection or Loyalty, the Breakdown of the Spanish American Empire*, Cambridge, Harvard University Press.

Doniol, Henri (1886-1899), *Histoire de la participation de la France à l'établissement des Etats-Unis d'Amérique*, 6 vols., París, Imprimerie Nationale.

Doubout, Jean-Jacques (1974), "Problèmes d'une période de transition. De Saint-Domingue à Haiti-1793-1806", *La Pensée*, núm. 174, pp. 67-80.

Dovring, Folke (1966), "The Transformation of European Agriculture", en H. J. Habakkuk y M. Postan (eds.), *Cambridge Economic History of Europe*, VI, *The Industrial Revolutions and After, Incomes, Population and Technological Change*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 604-672.

—— (1969), "Eighteenth-Century Changes in European Agriculture: A Comment", *Agricultural History*, XLIII, 1, pp. 181-186.

Doyle, David Noel (1981), *Ireland, Irishmen and Revolutionary America, 1760-1820*, Dublín, Mercier.

Doyle, William (1972), "Was There an Aristocratic Reaction in Pre-Revolutionary France?", *Past and Present*, núm. 57, pp. 97-122.

—— (1980), "*Origins of the French Revolution*, Londres, Oxford University Press.

Drake, B. K. (1976), "The Liverpool-African Voyage c. 1790-1807, Commercial Problems", en R. Anstey y P. E. H. Hair (eds.), *Liverpool, The Slave Trade, and Abolition*, Bristol, Western, pp. 126-156.

Drake, Michael (1963), "Marriage and Population Growth in Ireland, 1750-1845", *Economic History Review*, 2a. serie, XVI, 2.

—— (1969), "Introduction", en Michael Drake (ed.), *Population in Industrialization*, Londres, Methuen, pp. 1-10.

Drescher, Seymour D. (1976a), "Capitalism and Abolition: Values and Forces in Britain, 1783-1814", en R. Anstey y P. E. H. Hair (eds.), *Liverpool, The Slave Trade, and Abolition*, Bristol, Western, pp. 167-435.

— (1976b), "Le 'declin' du système esclavagiste britannique et l'abolition de la traite", *Annales E. S. C.*, XXXI, 2.

Drew, Ronald F. (1959), "The Emergence of an Agricultural Policy for Siberia in the XVII and XVIII Centuries", *Agricultural History*, XXXIII, 1, pp. 29-39.

Dreyfus, François-G. (1978), "Le nouveau démarrage industriel des Allemagnes", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (de. vol.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 36-39.

Druzhinin (Družinin), Michail Nikolaevic (1973), "Besonderheiten der Genesis des Kapitalismus in Russland", en P. Hoffmann y H. Lemke (eds.), *Genesis und Entwicklung des Kapitalismus in Russland*, Berlín, Akademie., pp. 26-62.

Druzhinina (Droujinina), E. I. (1975), "Les rapports agraires en Russie aux XVIIe et XVIIIe siècles", en *Le village en France et en URSS, des origines à nos jours*, Colloque Franco-Soviétique organizado en Tolosa del 24 al 29 de mayo de 1971, Tolosa, Université de Toulouse-Le Mirail, pp. 209-221.

Dubinovsky de Bueno, Adela (1985), "Los orígenes de la república en Chile", *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 418, pp. 111-120.

Dubois, Marcel y Auguste Terrier (1902), *Un siècle d'expansion coloniale, 1800-1900*, t. I, París, Augustin Challamel.

Dubuc, Alfred (1967), "Les classes sociales au Canada", *Annales E. S. C.*, XXII, 4, pp. 829-844.

Duckham, Baron F. (1969), "Serfdom in Eighteenth-Century Scotland", *History*, LIV, núm. 181, pp. 178-197.

Duignan, Peter y Clarence Clendennen (1963), *The United States and the African Slave Trade, 1619-1862*, Stanford, Hoover Institution on War, Revolution, and Peace, Stanford University Press.

Dukes, Paul (1967), *Catherine the Great and the Russian Nobility*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1971), "Russia and the Eighteenth Century Revolution", *History*, LVI, núm. 188, pp. 371-386.

— (1977), "Catherine II's Enlightened Absolutism and the Problem of Serfdom", en W. E. Butler (ed.), *Russian Law: Historical and Political Perspectives*, Leiden, A. W. Sijthoff, pp. 93-115.

— (1984), *The Making of Russian Absolutism, 1613-1800*, 2a. reimpresión, Londres y Nueva York, Longman.

Dull, Jonathan R. (1983), "France and the American Revolution Seen as Tragedy", en N. L. Roelker y C. K. Warner (eds.), *Two Hundred Years of Franco-American Relations*, Worcester, Heffernan, pp. 1-22.

— (1985), *A Diplomatic History of the American Revolution*, New Haven, Yale University Press.

Dumas, François (1904), *Étude sur le Traité de Commerce de 1786 entre la France et l'Angleterre*, Tolosa, Privat.
Dumbell, Stanley (1923), "Early Liverpool Cotton Imports and the Organization of the Cotton Market in the Eighteenth Century", *Economic Journal*, XXXIII, núm. 131, pp. 362-373.
Dunham, Arthur Louis (1955), *The Industrial Revolution in France, 1815-1848*, Nueva York, Exposition.
Dupâquier, Jacques (1970), "Problèmes démographiques de la France napoléonienne", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVII, pp. 339-358
—— (1972), "La non-révolution agricole du XVIII[e] siècle", *Annales E. S. C.*, XXVII, 1, pp. 80-84.
Dupin, Charles (1859-1859, 1860), *Force productive des nations, depuis 1800 jusqu'à 1851*, Introduction aux rapports de la commission française instituée par la jury international de l'exposition universelle à Londres, en 1851, 4 vols., París, Imprimerie Impériale, I: I: 1-2, 1858; I: 2, 1859; I: 3, 1860.
Dupont de Nemours (1786), "Observations sur la note concernant la base du traité de commerce, communiqué par monsieur le comte de Vergennes à monsieur le controlleur général", en *Archives des Affaires Etrangères (Paris): Angleterre*, núm. 65, *1786: Mémoires sur le projet de Traité de commerce, Dix pièces*, pp. 34-234
—— (1788), *Lettre à la Chambre de Commerce de Normandie sur le mémoire qu'elle a publié relativement au traité de commerce avec l'Angleterre*, Rouen y París, Moutard.
Dutt, Romesh Chunder (1956), *The Economic History of India under the Early British Rule*, 8a. reimpresión, Londres, Routledge and Kegan Paul. (Originalmente publicado en 1901.)
Dyck, Harvey L. (1980), "Pondering the Russian Fact: Kaunitz and the Catherinian Empire in the 1770s", *Canadian Slavonic Papers*, XXII, 4, pp. 451-469.
Eagly, Robert V. y V. Kerry Smith (1976), "Domestic and International Integration of the London Money Market, 1731-1789", *Journal of Economic History*, XXXVI, 1, pp. 198-212.
Earle, Edward Meade (1927), "American Interest in the Greek Cause, pp. 1821-1827", *American Historical Review*, XXXIII, 1, pp. 44-63.
East, Robert A. (1946), "The Business Entrepreneur in a Changing Colonial Economy, 1763-1795", *Journal of Economic History*, suplemento VI, pp. 16-27.
Eça, Raul d' (1936), "Colonial Brazil as an Element in the Early Diplomatic Negotiations Between the United States and Portugal, 1776-1808", en A. A. Wilgus (ed.), *Colonial Hispanic America*, Washington, George Washington University Press, pp. 551-558.
Eccles, W. J. (1971), "The Social, Economic, and Political Significance of the Military Establishment in New France", *Canadian Historical Review*, LII, 1, pp. 1-22.

Edwards, Michael M. (1967), *The Growth of the British Cotton Trade, 1780-1815*, Manchester, Manchester University Press.

Eeckante, Denise (1965), "Les brigands en Russie du XVIIe au XIXe siècles: Mythe et réalité", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XII, 3, pp. 161-202.

Egnal, Mark (1975), "The Economic Development of the Thirteen Continental Colonies, 1720-1775", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXXII, 2, pp. 191-222.

Egnal, Mark y Joseph A. Ernest (1972), "An Economic Interpretation of the American Revolution", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXIX, 1, pp. 3-32.

Egret, Jean (1962), *La pré-Révolution française (1787-1788)*, París, Presses Universitaires de France.

Ehrman, John (1962), *The British Government and Commercial Negotiations with Europe, 1783-1793*, Cambridge, Cambridge University Press.

Eisenstein, Elizabeth L. (1965), "Who Intervened in 1788? A Commentary on *The Coming of the French Revolution*", *American Historical Review*, LXXI, 1, pp. 77-103.

— (1967), "A Reply", *American Historical Review*, LXXII, 2, pp. 514-522.

Ellis, Geoffrey (1978), "Review Article: The 'Marxist Interpretation' of the French Revolution", *English Historical Review*, XCIII, núm. 367, pp. 353-376.

— (1981), *Napoleon's Continental Blockade: The Case of Alsace*, Oxford, Clarendon.

Ellison, Thomas (1862-1863), "The Great Crises in the History of the Cotton Trade: A Retrospect of Prices and Supply, 1790 to 1862", *Exchange, a Home and Colonial Review of Commerce, Manufactures, and General Politics*, Londres, I (1862), II (1863).

Eltis, David (1977), "The Export of Slaves from Africa, 1821-1843", *Journal of Economic History*, XXXVII, 2, pp. 409-433.

Elwert, Georg (1973), *Wirtschaft und Herrschaft von 'Dãxome' (Dahomey) im 18. Jahrhundert: Ökonomie des Sklavenraubs und Gesellschaftsstruktur, 1724 bis 1818*, Munich, Kommissionsverlag Klaus Renner.

Embree, Ainslee T. (1962), *Charles Grant and British Rule in India*, Nueva York, Columbia University Press.

— (1964), "Landholding in India and British Institutions", en R. E. Frykenberg (ed.), *Land Control and Social Structure in Indian History*, Madison, University of Wisconsin, pp. 33-52.

Emsley, Clive (1981), "An Aspect of Pitt's Terror', Prosecutions for Sedition During the 1790s", *Social History*, VI, 2, pp. 155-184.

Endrei, Walter (1983), "Energie hydraulique et révolution industrielle", ponencia presentada en la XV Settimana di Studio, Istituto Internazionale di Storia Economica "Francesco Datini", Prato, mimeo.

Engels, Frederick (1971), "The Position of England: The Eighteenth Century", en Karl Marx y Frederick Engels, Articles on Britain, Moscú, Progress Publishers. (Originalmente publicado en 1844.)

Engerman, Stanely L. (1972), "The Slave Trade and British Capital Formation in the Eighteenth Century: A Comment on the Williams Thesis", *Business History Review*, XLVI, 4, pp. 430-443.

—— (1975), "Comments on Richardson and Boulle and the 'Williams Thesis'", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, LXII, primero y segundo trimestres, núms. 226/227, pp. 331-336.

—— (1976), "Some Economic and Demographic Comparisons of Slavery in the United States and the British West Indies", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIX, 2, pp. 258-275.

—— (1981), "Notes on the Patterns of Economic Growth in the British North American Colonies in the Seventeenth, Eighteenth and Nineteenth Centuries", en P. Bairoch y M. Lévy-Leboyer (eds.), *Disparities in Economic Development since the Industrial Revolution*, Nueva York, St. Martin's, pp. 46-57.

—— (1986), "Slavery and Emancipation in Comparative Perspective: A Look at Some Recent Debates", *Journal of Economic History*, XLVI, 2, pp. 317-339.

Ernst, Joseph Albert (1973a), *Money and Politics in America, 1755-1775: A Study in the Currency Act of 1764 and the Political Economy of Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina.

—— (1973b), "Ideology and the Political Economy of Revolution", *Canadian Review of American Studies*, IV, 2, pp. 137-339.

—— (1976),"'Ideology' and an Economic Interpretation of the Revolution", en A. F. Young (ed.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, DeKalb, Northern Illinois University Press.

Escoffier, Maurice (1907), "La Restauration, l'Angleterre et les colonies", *Revue d'Histoire Diplomatique*, XXI, pp. 40-56.

Evans, Laurence (1983), "Gulliver Bound: Civil Logistics and the Destiny of France", *Historical Reflections*, X, 1, pp. 19-44.

Eversley, D. E. C. (1967), "The Home Market and Economic Growth in England, 1750-1780", en E. L. Jones y G. E. Mingay (eds.), *Land, Labour and Population in the Industrial Revolution*, Londres, Edward Arnold, pp. 206-259.

Eyzaguirre, Jaime (1957), *Ideario y ruta de la emancipación chilena*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

Fage, J. D. (1969), "Slavery and the Slave Trade in the Context of West African History", *Journal of African History*, X, pp. 393-404

—— (1975), "The Effect of the Export Slave Trade on African Populations", en R. P. Moss y J. A. R. Rathbone (eds.), *The Population Factor in African Studies*, 15-23

—— (1980), "Slaves and Society in Western Africa, c. 1445-c. 1700", *Journal of African History*, XXI, 3, pp. 289-310.

Falkner, S. A. (1919), *Bumazhnia djengi frantzuzkoj revoljucii (1789-1797)*, Moscú, Redakcionno-Izdatelskogo Otdjela V. S. N. H.
Falkus, M. E. (1972), *The Industrialisation of Russia, 1700-1914*, Londres, Macmillan.
Fanfani, Amintore (1963), "Osservazione sul significato del '700 nella storia economica", *Economia e Storia*, x, 1, pp. 9-20.
Farley, J. Lewis (1862), *The Resources of Turkey Considered with Especial Reference to the Profitable Investment of Capital in the Ottoman Empire*, Londres, Longman, Green, Longman & Roberts.
— (1872), *Modern Turkey*, Londres, Hurst & Blackett.
Faucheux, Marcel (1964), *L'insurrection vendéenne de 1793: Aspects économiques et sociaux*, Commission d'Histoire Économique et Sociale de la Révolution, Mémoires et Documents, XVII, París, Imprimerie Nationale.
Fay, C. R. (1940), "The Movement Towards Free Trade, 1820-1853", en J. Holland Rose, A. P. Newton y E. A. Benians (eds.), *The Cambridge History of the British Empire*, II: *The Growth of the New Empire, 1783-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 388-414.
Feavearyear, A. E. (1931), *The Pound Sterling: A History of English Money*, Oxford, Clarendon.
Febvre, Lucien (1962), "Civilisation: Évolution d'un mot et d'un groupe d'idées", en *Pour une histoire à part entière*, París, SEVPEN. (Originalmente publicado en 1930.)
Fedorov, A. S. (1979), "Russia and Britain in the Eighteenth Century: A Survey of Economic and Scientific Links", en A. G. Cross (ed.), *Great Britain and Russia in the Eighteenth Century: Contrasts and Comparison*, Newton, Oriental Research Partners, pp. 137-144.
Fehér, Ferenc (1987), *The Frozen Revolution: An Essay on Jacobinism*, Cambridge, Cambridge University Press.
Feinstein, C. H. (1981), "Capital Accumulation and the Industrial Revolution", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 128-142.
Felix, David (1956), "Profit Inflation and Industrial Growth: The Historic Record and Contemporary Analogies", *Quarterly Journal of Economics*, LXX, 3, pp. 441-463.
Ferguson, E. James (1953), "Currency Finance: An Interpretation of Colonial Monetary Practices", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, X, 2, pp. 153-180.
— (1954), "Speculation in the Revolutionary Debt: The Ownership of Public Securities in Maryland, 1790", *Journal of Economic History*, XIV, 1, pp. 35-45.
Fernández de Avila, Rafael Camón (1975), "La emancipación y el comercio catalán con América", *Revista de Indias*, XXXV, núms. 139/142, pp. 229-260.
Ferro, Marc (1981), "Tentation et peur de l'histoire", *Le Monde Diplomatique*, año 28, núm. pp. 323, 32.

Findley, Carter V. (1970), "The Legacy of Tradition to Reform: Origins of the Ottoman Foreign Ministry", *International Journal of Middle East Studies*, I, 4, pp. 334-357.

—— (1972), "The Foundation of the Ottoman Foreign Ministry: The Beginnings of Bureaucratic Reform under Selîm III y Mahmûd II", *International Journal of Middle East Studies*, III, 4, pp. 388-416.

—— (1980), *Bureaucratic Reform in the Ottoman Empire: The Sublime Porte, 1789-1922*, Princeton, Princeton University Press.

Finer, Samuel E. (1975), "State and Nation-Building in Europe: The Role of the Military", en Charles Tilly (ed.), *The Formation of National States in Western Europe*, Princeton, Princeton University Press, pp. 84-163.

Firminger, W. K. (1962), *Historical Introduction to the Bengal Portion of the Fifth Report*, Calcuta, Indian Studies, Past and Present. (Originalmente publicado en 1917.)

Fisher, Alan W. (1970), *The Russian Annexation of the Crimea, 1772-1783*, Cambridge, Cambridge University Press.

Fisher, Colin M. (1978), "Planters and Peasants: The Ecological Context of Agrarian Unrest on the Indigo Plantations of North Bihar, 1820-1920", en C. Dewey y A. G. Hopkins (eds.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of Africa and India*, Londres, Athlone, pp. 114-131.

Fisher, H. E. S. (1969), "Anglo-Portuguese Trade, 1700-1770", en W. E. Minchinton (ed.), *The Growth of English Overseas Trade in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Londres, Methuen. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1963.)

Fisher, J. R. (1971), "La rebelión de Túpac Amaru y el programa de la reforma imperial de Carlos III", *Anuario de Estudios Americanos*, XXVIII, pp. 405-421

Fisher, John (1979), "Royalism, Regionalism, and Rebellion in Colonial Peru, 1808-1815", *Hispanic American Historical Review*, LIX, 2, pp. 232-257.

—— (1981), "Imperial 'Free Trade' and the Hispanic Economy, 1778-1796", *Journal of Latin American Studies*, XIII, 1, pp. 21-56.

—— (1985), "The Imperial Response to 'Free Trade': Spanish Imports from Spanish America, 1778-1796", *Journal of Latin American Studies*, XVII, 1, pp. 33-78.

Fisher, Lillian Estelle (1966), *The Last Inca Revolt, 1780-1783*, Norman, University of Oklahoma.

Fitton, R. S. y A. P. Wadsworth (1958), *The Strutts and the Arkwrights, 1758-1830*, Manchester, Manchester University Press. (La segunda parte es obra de R. S. Fitton.)

Flinn, M. W. (1958), "The Growth of the English Iron Industry, 1660-1760", *Economic History Review*, 2a. serie, XI, 1.

—— (1961), "The Poor Employment Act of 1817", *Economic History Review*, 2a. serie, XIV, 1, pp. 144-153.

—— (1970), *British Population Growth, 1700-1850*, Londres, Macmillan.

— (1974), "Trends in Real Wages, 1750-1850", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVII, 3, pp. 395-413.
— (1978), "Technical Change as an Escape from Resource Scarcity: England in the Seventeenth and Eighteenth Centuries", en A. Mączak y W. N. Parker (eds.), *Natural Resources in European History*, Research Paper R-13, Washington, D. C., Resources for the Future, pp. 139-159.
— (1981), *The European Demographic System, 1500-1820*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
Flint, J. E. (1974), "Economic Change in West Africa in the Nineteenth Century", en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), *History of West Africa*, vol. II, Londres, Longman, 380-401.
Florescano, Enrique (1969), *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)*, México, El Colegio de México.
Floyd, Troy S. (1961), "The Guatemalan Merchants, the Government, and the *Provincianos*, 1750-1800", *Hispanic American Historical Review*, XLI, 1, pp. 90-110.
Foblen, Claude (1973), "France, 1700-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, IV, *The Emergence of Industrial Societies*, Londres, Collins/Fontana parte 1, pp. 7-75.
— (1979), "The Commercial Failure of France in America", en N. L. Roelker y C. K. Warner (eds.), *Two Hundred Years of Franco-American Relations*, Worcester, Hefferman, pp. 93-119.
Foner, Laura (1970), "The Free People of Color in Louisiana and St. Domingue", *Journal of Social History*, III, 4, pp. 406-430.
Forbes, R. J. (1958), "Power to 1850", en C. Singer *et al.*, *A History of Technology*, IV, *The Industrial Revolution, c. 1750 to c. 1850*, Oxford, Clarendon, pp. 148-167.
Ford, Franklin L. (1953), *Robe and Sword: The Regrouping of the French Aristocracy after Louis XIV*, Cambridge, Harvard University Press.
— (1963), "The Revolutionary Napoleonic Era, How Much of a Watershed?", *American Historical Review*, LXIX, 1, pp. 18-29.
Ford, Lacy K. (1985), "Self-Sufficiency, Cotton, and Economic Development in the South Carolina Upcountry, 1800-1860", *Journal of Economic History*, XLV, 2, pp. 261-275.
Forrest, Alan (1981), *The French Revolution and the Poor*, Oxford, Basil Blackwell.
Forster, Robert (1957), "The Noble as Landlord in the Region of Toulouse at the End of the Old Regime", *Journal of Economic History*, XVII, 2, pp. 224-244.
— (1960), *The Nobility of Toulouse in the Eighteenth Century: A Social and Economic Study*, Johns Hopkins University, Studies in the Historical and Political Sciences, LXXVIII.
— (1961), "The Noble Wine Producers of the Bordelais in the Eighteenth Century", *Economic History Review*, 2a. serie, XIV, 1, pp. 18-33.

—— (1963), "The Provincial Noble: A Reappraisal", *American Historical Review*, LXVIII, 3, pp. 681-691.
—— (1967), "The Survival of the Nobility during the French Revolution", *Past and Present*, núm. 37, pp. 71-86.
—— (1970), "Obstacles to Agricultural Growth in Eighteenth-Century France", *American Historical Review*, LXXV, 6, pp. 1600-1615.
Foster, John (1974), *Class Struggle and the Industrial Revolution: Early Industrial Capitalism in Three English Towns*, Londres, Weidenfeld & Nicolson.
Foust, Clifford M. (1961), "Russian Expansion to the East Through the Eighteenth Century", *Journal of Economic History*, XXI, 4, pp. 469-482.
—— (1969), *Muscovite and Mandarin: Russia's Trade with China and Its Setting, 1727-1805*, Chapel Hill, University of North Carolina.
Franco, Franklin J. (1968), "Gérmenes de una burguesía colonial en Santo Domingo, siglos XVI al XVIII", *Revista de Ciencias Sociales*, XII, 4, pp. 527-539.
Frangakis, Helen (1985), "The Commerce of Izmir in the Eighteenth Century (1695-1820)", tesis de doctorado, King's College, London University.
Frank, André Gunder (1978), *World Accumulation, 1492-1789*, Nueva York, Monthly Review.
Frankel, Jeffrey A. (1982), "The 1807-1809 Embargo Against Great Britain", *Journal of Economic History*, XLII, 2, pp. 291-308.
Freehling, William W. (1972), "The Founding Fathers and Slavery", *American Historical Review*, LXXVII, 1, pp. 81-93.
Frégault, Guy y Marcel Trudel (1963), *Histoire du Canada par les textes*, I, *1534-1854*, edición corregida y aumentada, Ottawa, Fides.
Freudenberg, Herman y Fritz Redlich (1964), "The Industrial Development of Europe: Reality, Symbols, Images", *Kyklos*, XVII, 3, pp. 372-403.
Froidevaux, Henri (1918), "Desintéressement de la France à l'égard du Canada entre 1775 et 1782", *Revue de l'Histoire des Colonies Françaises*, VI, cuarto trimestre, pp. 485-491.
Frykenberg, Robert Eric (1965), *Guntur District, 1788-1848: A History of Local Influence and Central Authority in South India*, Oxford, Clarendon.
Fugier, André (1954), *La Révolution française et l'empire napoléonien*, vol. IV, Pierre Renourin (ed.), *Histoire des relations internationales*, París, Hachette.
Furber, Holden (1938), "The Beginnings of American Trade with India, 1784-1812", *New England Quarterly*, XI, pp. 235-265.
—— (1951), *John Company at Work: A Study of European Expansion in India in the Late Eighteenth Century*, Cambridge, Harvard University Press.
—— (1965), *Bombay Presidency in the Mid-Eighteenth Century*, Londres, Asia Publ. House.

— (1976). *Rival Empires of Trade in the Orient, 1600-1800*, Minneapolis, University of Minnesota.

Furet, François (1963), "Pour une définition des classes inférieures à l'éoque moderne", *Annales E. S. C.*, XVIII. 3, pp. 459-474.

— (1978), *Penser la Révolution française*, París, Gallimard. (Incluye versión ampliada de "Le catéchisme révolutionnaire", originalmente en *Annales E. S. C.*, 1971.)

— (1983), "Entretien. faut-il célébrer le bicentenaire de la Révolution française?", L'Histoire, núm. pp. 52, 71-77.

— (1986a), La gauche et la Révolution française au milieu du xixe siècle: Edgar Quinet et la question du jacobinisme (1865-1870), París, Hachette.

— (1986b), Marx et la Révolution française, textos de Marx presentados, reunidos y traducidos por Lucien Calvié, París, Flammarion.

Furet, François y Denis Richet (1973), La Révolution française, nueva edición, París, Fayard.

Furet, François y Jacques Ozouf (1977), Lire et écrire: L'alphabétisation des français, París, Minuit.

Fussell, G. E. (1958), "Agriculture, Techniques of Farming", en C. Singer et al., A History of Technology, c. 1750 to c. 1850, Oxford, Clarendon, pp. 13-43.

Fussell, G. E. y M. Compton (1939), "Agricultural Adjustments After the Napoleonic Wars", Economic History Review, x, núm. 14, pp. 184-204.

Fyfe, Christopher (1976), "Freed Slave Colonies in West Africa", en Cambridge History of Africa, v, J. E. Flint (ed.), From c. 1790 to c. 1870, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 170-199.

Fynn, J. K. (1971), "Ghana-Asante (Ashanti)", en M. Crowder (ed.), West African Resistance, Londres, Hutchison, pp. 19-52.

Gaillardon, Charles (1908, 1909), "L'industrie et les industriels en Normandie, au moment de la convocation des États-Généraux de 1789", Revue d'études Normandes, año 3, 1, pp. 22-33 (1908); año 3, 3/4, pp. 138-153 (1909); año 3, 7, pp. 258-269 (1909).

Gaissinovitch, A. (1938), La révolte de Pougatchev, París, Payot.

Galenson, David W. (1981a), "White Servitude and the Growth of Black Slavery in Colonial America", Journal of Economic History, xli, 1, pp. 39-48.

— (1981b), White Servitude in Colonial America: An Economic Analysis, Cambridge, Cambridge University Press.

Galenson, David W. y Russell R. Menard (1980), "Approaches to the Analysis of Economic Growth in Colonial British America", Historical Methods, xiii, 1, pp. 3-18.

Gallagher, John y Ronald Robinson (1953), "The Imperialism of Free Trade", Economic History Review, 2a. serie, vi, 1, pp. 1-15.

Gandev, Christo (1960), "L'apparition des rapports capitalistes dans l'économie rurale de la Bulgarie du nord-ouest au cours du xviiie siècle", en Études historiques, con ocasión del XIe Congrès Interna-

tional des Sciences Historiques-Stockholm, agosto de, 1960, Sofía, Académie des Sciences de Bulgarie, pp. 207-220.

Gandía, Enrique de (1970), "Génesis y descubrimiento de la conciencia nacional en América", en Dos ensayos de Enrique de Gandía, Caracas, Vargas, pp. -59.

Ganguli, B. N. (1965), Dadabhai Naoroji and the Drain Theory, Bombay, Asia Publ. House.

Garavaglia, Juan Carlos (1985), "Economic Growth and Regional Differentiation: The River Plate Region at the End of the Eighteenth Century", Hispanic American Historical Review, lxv, 1, pp. 51-89.

García-Baquero González, Antonio (1972), *Comercio colonial y guerras revolucionarias. La decadencia económica de Cádiz a raíz de la emancipación americana*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla.

Garden, Maurice (1970), *Lyon et les lyonnais au XVIIIe siècle*, París, Société d'Edition "Les Belles Lettres".

—— (1978a), "Rappel du système économique pré-industriel", en Pierre Léon (ed. vol.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed. vol.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 13-20.

—— (1978b), "Un exemple régional: L'industrie textile des Pays-Bas autrichiens", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed. vol.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 20-27.

—— (1978c), "Images industrielles dans l'Europe occidentale", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed. vol.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 28-36.

—— (1978d), "L'évolution démographique", en Pierre Léon (ed. gen.), *Histoire économique et sociale du monde*, III, Louis Bergeron (ed. vol.), *Inerties et révolutions, 1730-1840*, París, Armand Colin, pp. 137-171.

Garner, Richard L. (1972), "Problemes d'une ville minière mexicaine à la fin de l'époque coloniale: Prix et salaires à Zacatecas (1760-1821)", *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 6, pp. 75-112.

—— (1985), "Price Trends in Eighteenth-Century Mexico", *Hispanic American Historical Review*, LXV, 2, pp. 279-325.

Garrett, Mitchell Bennett (1918), "The French Colonial Question, 1789-1791", tesis de doctorado, University of Michigan.

Gaski, John F. (1982), "The Cause of the Industrial Revolution: A Brief 'Single-Factor' Argument", *Journal of European Economic History*, XI, 1, pp. 227-233.

Gauthier, Florence (1977), *La voie paysanne dans la Révolution française: L'exemple de la Picardie*, París, Maspéro.

Gayer, Arthur D., W. W. Kostow y Anna Jacobson Schwartz (1975), *The Growth and Fluctuation of the British Economy, 1790-1850*, 2 vols., Nueva York, Barnes & Noble.

Geary, Frank (1984), "The Cause of the Industrial Revolution and 'Single-Factor' Arguments: An Assessment", *Journal of European Economic History*, XIII, 1, pp. 167-173.
Geggus, David (1981), "The British Government and the Saint Domingue Slave Revolt, 1791-1793", *English Historical Review*, XCVI, núm. 379, pp. 285-305.
— (1982), *Slavery, War, and Revolution: The British Occupation of Saint Domingue, 1793-1798*, Oxford, Clarendon.
— (1987), "The Enigma of Jamaica in the 1790s: New Light on the Causes of Slave Rebellions", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XLIV, 2, pp. 274-299.
Gemery, Henry A. y Jan S. Hogendorn (1974), "The Atlantic Slave Trade: A Tentative Economic Model", *Journal of African History*, XV, 2, pp. 223-246.
— (1978), "Technological Change, Slavery and the Slave Trade", en C. Dewey y A. G. Hopkins (eds.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of Africa and India*, Londres, Athlone, pp. 243-258.
— (1979), "The Economic Costs of West African Participation in the Atlantic Slave Trade: A Preliminary Sampling for the Eighteenth Century", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 143-161.
Genç, Mehmet (1976), "A Comparative Study of the Life Term Tax Farming Data and the Volume of Commercial and Industrial Activities in the Ottoman Empire during the Second Half of the 18th Century", en N. Todorov *et al.* (eds.), *La révolution industrielle dans le sud-est Europe-XIXᵉ siècle*, Sofía, Institut d'Études Balkaniques, pp. 243-280.
Georgescu, Valentin (1976), "La terminologie: Modernisation et européanisation de l'Empire ottoman et du sud-est de l'Europe, à la lumière de l'experience roumaine", en N. Todorov *et al.* (eds.), *La révolution industrielle dans le sud-est Europe-XIXᵉ siècle*, Sofía, Institut d'Études Balkaniques, pp. 113-139.
Georgiades, Dimitrios (1885), *Smyrne et l'Asie Mineure au point de vue économique et commerciale*, París, Chaix.
Gerschenkron, Alexander (1952), "An Economic History of Russia", *Journal of Economic History*, XII, 2, pp. 146-159.
— (1955), "Comment", en National Bureau of Economic Research, *Capital Formation and Economic Growth*, Princeton, Princeton University Press, pp. 373-378.
— (1962), *Economic Backwardness in Historical Perspective*, Cambridge, Harvard University Press.
— (1970), *Europe in the Russian Mirror: Four Lectures in Economic History*, Cambridge, Cambridge University Press.
— (1971), "Soviet Marxism and Absolutism", *Slavic Review*, XXX, 4, pp. 853-869.
Gibb, H. A. R. y Harold Bowen (1950, 1957), *Islamic Society and the West*, vol. I, 2 partes, Londres, Oxford University Press.

Gibbs, N. H. (1969), "Armed Forces and the Art of War, A: Armies", en *New Cambridge Modern History*, IX, C. W. Crawley (ed.), *War and Peace in an Age of Upheaval, 1793-1830*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 60-76.

Gilboy, Elizabeth Waterman (1930), "Wages in Eighteenth-Century England", *Journal of Economic and Business History*, II, 4, pp. 603-629.

—— (1932), "Demand as a Factor in the Industrial Revolution", en A. H. Cole *et al.*, *Facts and Factors in Economic History*, Cambridge, Harvard University Press, pp. 620-639.

—— (1975), "The Cost of Living and Real Wages in Eighteenth-Century England", en Arthur J. Taylor (ed.), *The Standard of Living in Britain in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, 1-20. (Originalmente publicado en *Review of Economic Statistics*, 1936.)

Gill, Conrad (1961), *Merchants and Marines of the Eighteenth Century*, Londres, Edward Arnold.

Gille, Bertrand (1947), *Les origines de la grande industrie métallurgique en France*, París, Domat Montchrestien.

—— (1949), *Histoire économique et sociale de la Russie du Moyen Age au XXᵉ siècle*, París, Payot.

—— (1959), *Recherches sur la formation de la grande enterprise capitaliste (1815-1848)*, París, SEVPEN.

—— (1961), "Recherches sur le problème de l'innovation, Perspectives historiques dans le cas français", *Cahiers de l'I.S.E.A.*, suplemento núm. 111 (serie AD, núm. 1), 134-168.

—— (1973), "Banking and Industrialisation in Europe, 1730-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, III, *The Industrial Revolution*, Londres, Collins/Fontana, parte I, pp. 255-300.

Gillespie, Charles C. (1972), "The Natural History of Industry", en A. E. Musson (ed.), *Science, Technology, and Economic Growth in the Eighteenth Century*, Londres, Methuen. (Originalmente publicado en *Isis*, 1957.)

Gipson, Lawrence Henry (1950), "The American Revolution as an Aftermath of the Great War for the Empire, 1754-1763", *Political Science Quarterly*, LXV, 1, pp. 86-104.

Girard, L. (1966), "Transport", en *Cambridge Economic History of Europe*, VI, H. J. Habakkuk y M. Postan (eds.), *The Industrial Revolution and After: Incomes, Population and Technological Change*, Cambridge, Cambridge University Press.

Gleave, M. B. y R. M. Prothero (1971), "Population Density and 'Slave Raiding'—A Comment", *Journal of African History*, XII, 2, pp. 319-324.

Godechot, Jacques (1956), *La grande nation. L'expansion révolutionnaire de la France dans le monde, 1789-1799*, 2 vols., París, Aubier.

—— (1958a), "The Business Classes and the Revolution Outside France", *American Historical Review*, LXIV, 1, pp. 1-13.

—— (1958b), "Les relations économiques entre la France et les Etats-Unis de 1778 à 1789", *French Historical Studies*, I, 1, pp. 26-39.

—— (1959), "Mes souvenirs d'Albert Mathiez", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXI, núm. 156, pp. 97-109.

—— (1965), *Les révolutions (1770-1799)*, París, Presses Universitaires de France.

—— (1967a), *L'Europe et l'Amerique à l'époque napoléonienne*, París, Presses Universitaires de France.

—— (1967b), "L'historiographie française de Robespierre", en *Actes du Colloque Robespierre*, XIIe Congrès International des Sciences Historiques, Viena, 3 de septiembre de 1965, París, Société des Études Robespierristes, pp. 167-189.

—— (1970), "Sens et importance de la transformation des institutions révolutionnaires à l'époque napoléonienne", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVII, pp. 795-813.

—— (1972), "L'industrialisation en Europe à l'époque révolutionnaire", en Pierre Léon *et al.* (eds.), *L'industrialisation en Europe au XIXe siècle*, Colloques Internationaux du CNRS, núm. 540, Lyon, 7-10 de octubre de 1970, París, CNRS.

—— (1974), *Un jury pour la Révolution*, París, Robert Laffont.

—— (1980a), "La France et les problèmes de l'Atlantique à la veille de la Révolution", en *Regards sur l'époque révolutionnaire*, París, Privat. (Originalmente publicado en *Revue du Nord*, 1954.)

—— (1980b), "Sens et importance de la transformation des institutions revolutionnaires à l'époque napoléonienne", en *Regards sur l'époque révolutionnaire*, París, Privat. (Originalmente publicado en *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1970.)

—— (1980c), "Révolution 'française' ou Révolution occidentale?", en *Regards sur l'époque révolutionnaire*, París, Privat. (Originalmente publicado en *Information Historique*, 1960.)

—— (1980d), "Les relations économiques entre la France et les Etats-Unis de 1778 à 1789", en *Regards sur l'époque révolutionnaire*, París, Privat. (Originalmente publicado en *French Historical Studies*, 1958.)

Godechot, Jacques y R. R. Palmer (1955), "Le problème de l'Atlantique du XVIIIe au XXe siecles", en *X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, Roma, 4-11 de septiembre de 1955, *Relazioni*, V, *Storia contemporanea*, Florencia, G. G. Sansoni, pp. 173-239.

Goebel, Dorothy Burne (1938), "British Trade to the Spanish Colonies, 1796-1823", *American Historical Review*, XLIII, 2, pp. 288-320.

Goetzmann, William H. (1978), "The United States: Revolution, Independence and Interdependence", en T. S. Tolchin (ed.), *Hemispheric Perspectives in the United States*, Westport, Greenwood, pp. 3-13.

Gokhale, B. G. (1964-1965), "Capital Accumulation in XVIII Century Western India", *Journal of the Asiatic Society of Bombay*, s. p. i., XXXIX/XL, pp. 51-60.

Goldin, Claudia D. y Frank D. Lewis (1980), "The Role of Exports in

American Economic Growth during the Napoleonic Wars, 1793-1807", *Explorations in Economic History*, XVII, 1, pp. 6-25.
Goldman, Marshall (1956), "The Relocation and Growth of the Pre-Revolutionary Russian Ferrous Metal Industry", *Explorations in Entrepreneurial History*, IX, 1, pp. 19-36.
Goldstone, J. A. (1986), "The Demographic Revolution in England: A Re-examination", *Population Studies*, XLIX, 1, pp. 5-33.
Golte, Jürgen (1980), *Repartos y rebeliones: Túpac Amaru y las contradicciones de la economía colonial*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.
Góngora, Mario (1975), *Studies in the Colonial History of Spanish America*, Cambridge, Cambridge University Press.
Goodwin, Albert (1965a), "The Social Structure and Economic and Political Attitudes of the French Nobility in the Eighteenth Century", en XII[e] Congrès International des Sciences Historiques, Viena, 29 de agosto-5 de septiembre de 1965, *Rapports*, I, *Grands thèmes*, Horn/Wien, Ferdinand Berger, pp. 356-368.
—— (1965b), "The Landed Aristocracy as a Governing Class in XIX Century Britain", en XII[e] Congrès International des Sciences Historiques, Viena, 29 de agosto-5 de septiembre de 1965, *Rapports*, I, *Grands thèmes*, Horn/Wien, Ferdinand Berger, pp. 368-374.
—— (1979), *The Friends of Liberty. The English Democratic Movement in the Age of the French Revolution*, Cambridge, Harvard University Press.
Gottschalk, Louis (1948), *The Place of the American Revolution in the Causal Pattern of the French Revolution*, Easton, The American Friends of Lafayette.
Goubert, Pierre (1969, 1973), *L'Ancien Régime*, I, *La société*; II, *Les pouvoirs*, París, Armand Colin.
—— (1974), "Sociétés rurales françaises du XVIII[e] siècle: Vingt paysanneries contrastées, quelques problèmes", en *Conjoncture économique, structures sociales*, París y La Haya, Mouton, pp. 378-387.
Gough, Kathleen (1978), "Agrarian Relations in Southeast India, 1750-1976", *Review*, II, 1, pp. 25-53.
Gourvish, T. R. (1972), "The Cost of Living in Glasgow in the Early Nineteenth Century", *Economic History Review*, 2a. serie, XXV, 1, pp. 65-80. .
Goy, Joseph y Anne-Lise Head-König (1969), "Une expérience, les revenus décimaux en France méditerranéenne, XVI[e]-XVIII[e] siècles", en J. Goy y E. LeRoy Ladurie (eds.), *Les fluctuations du produit de la dîme*, París y La Haya, Mouton, pp. 255-272.
Graham, Gerald S. (1941), *Sea Power and British North America, 1783-1820: A Study in British Colonial Policy*, Cambridge, Harvard University Press.
—— (1966), "The British Empire in Relation to the European Balance of Power at the End of the Napoleonic Wars", en *Bilan du Monde en 1815, Rapports Conjoints*, XII[e] Congrès International des Sciences

Historiques. Viena, 29 de agosto-5 de septiembre de 1965, París, CNRS, pp. 5-13.
Gran, Peter (1979), *Islamic Roots of Capitalism: Egypt, 1760-1840*, Austin, University of Texas.
Grange, Henri (1957), "Turgot et Necker devant le problème des salaires", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXIX, núm. 146, pp. 19-33.
Grant, William L. (1912), "Canada versus Guadeloupe: An Episode of the Seven Years' War", *American Historical Review*, XVII, 4, pp. 735-743.
Grantham, George W. (1978), "The Diffusion of the New Husbandry in Northern France, 1815-1840", *Journal of Economic History*, XXXVIII, 2, pp. 311-337.
— (1980), "The Persistence of Open-Field Farming in Nineteenth Century France", *Journal of Economic History*, XL, 3, pp. 515-531.
Gray, Ralph y Betty Wood (1976), "The Transition from Indentured to Involuntary Servitude in Colonial Georgia", *Explorations in Entrepreneurial History*, XIII, 4, pp. 353-370.
Green, W. A. (1973), "The Planter Class and Production, Before and After Emancipation", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVI, pp. 448-463.
Green-Pedersen, Svend E. (1979), "The Economic Considerations behind the Danish Abolition of the Negro Slave Trade", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 399-418.
Greenberg, Michael (1951), *British Trade and the Opening of China, 1800-1842*, Cambridge, Cambridge University Press.
Greene, Evarts B. (1943), *The Revolutionary Generation, 1763-1790*, Nueva York, Macmillan.
Greene, Jack P. (1962), "The Flight from Determinism: A Review of Recent Literature on the Coming of the American Revolution", *South Atlantic Quarterly*, LXI, 2, pp. 235-259.
— (1968a), "The Plunge of Lemmings: A Consideration of Recent Writings on British Policies and the American Revolution", *South Atlantic Quarterly*, LXVII, 1, pp. 141-175.
— (1968b), "The Reappraisal of the American Revolution in Recent Historical Literature", en J. P. Greene (ed.), *The Reinterpretation of the American Revolution, 1763-1789*, Nueva York, Harper and Row, pp. 2-74.
— (1969a), "Political Nemesis: A Consideration of the Historical and Cultural Roots of Legislative Relations in the British Colonies in the Eighteenth Century", *American Historical Review*, LXXV, 2, pp. 337-360.
— (1969b), "Reply", *American Historical Review*, LXXV, 2, pp. 364-367.
— (1973a), "An Uneasy Connection: An Analysis of the Preconditions of the American Revolution", en S. G. Kurtz y J. H. Hutson

(eds.), *Essays on the American Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina, pp. 32-80.

—— (1973b), "The Social Origins of the American Revolution: An Interpretation", *Political Science Quarterly*, LXXXVIII, 1, pp. 1-22.

Greene, Jack P. y Richard M. Jellison (1961), "The Currency Act of 1764 in Imperial-Colonial Relations, 1764-1766", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XVIII, 4, pp. 227-250.

Greenleaf, Richard E. (1967), "The Obraje in the Late Mexican Colony", *The Americas*, XXIII, 3.

Grenon, Michel y Regine Robin (1976), "A propos de la polémique sur l'Ancien Régime et la Révolution: Pour une problèmatique de la transition", *La Pensée*, núm. 187, pp. 5-30.

Griffin, Charles C. (1937), *The United States and the Disruption of the Spanish Empire, 1810-1822*, Nueva York, Columbia University Press.

—— (1949), "Economic and Social Aspects of the Era of Spanish-American Independence", *Hispanic American Historical Review*, XXIX, 2, pp. 170-187.

—— (1962), *Los temas sociales y económicos en la época de la Independencia*, Caracas, Fundación John Boulton y Fundación Eugenio Mendoza.

Griffiths, David M. (1979), "Eighteenth-Century Perceptions of Backwardness: Projects for the Creation of a Third Estate in Catherinean Russia", *Canadian-American Slavic Studies*, XIII, 4, pp. 452-572.

Grochulska, Barbara (1980), "Programme de modernisation de la République dans le seconde moité du XVIII[e] siècle", ponencia expuesta en el I Colloque Franco-Polonais, Antibes, 6-9 de noviembre, pp. 6-9.

Grubb, Farley (1985a), "The Market For Indentured Immigrants: Evidence on the Efficiency of Forward Labor Contracting in Philadelphia, 1745-1773", *Journal of Economic History*, XLV, 4, pp. 855-868.

—— (1985b), "The Incidence of Servitude in Trans-Atlantic Migration, 1771-1804", *Explorations in Economic History*, XXII, 3, pp. 316-339.

Gruder, Vivian R. (1968), *The Royal Provincial Intendants. A Governing Elite in Eighteenth-Century France*, Ithaca, Cornell University Press.

—— (1984), "A Mutation in Elite Political Culture: The French Notables and the Defense of Property and Participation, 1787", *Journal of Modern History*, LVI, 4, pp. 598-634.

Guerci, Luciano (1980), "Furet e la Rivoluzione francese", *Studi Storici*, XXI, 2, pp. 227-240.

Guérin, Daniel (1958), "Bataille autour de notre mère", *La Nouvelle Réforme*, I, 2, pp. 195-217.

—— (1968), *La lutte de classes sous la Première République: Bourgeois et "bras nus" (1793-1797)*, edición corregida y aumentada, 2 vols., París, Gallimard.

Guéry, Alain (1978), "Les finances de la monarchie française sous l'Ancien Régime", *Annales E. S. C.*, XXXIII, 2, pp. 216-239.

Guha, Amalendu (1972), "Raw Cotton of Western India: Output,

Transport, and Marketing, 1750-1850", *Indian Economic and Social History Review*, IX, 1, pp. 1-42.
— (1976), "Imperialism of Opium, its Ugly Face in Assam (1773-1921)", en *Proceedings of the Indian History Congress*, Thirty-Seventh Session, Calcuta, pp. 338-346.
Guibert-Sledziewski, E. (1977), "Du féodalisme au capitalisme. Transition révolutionnaire ou système transitoire?", en A. Soboul (ed.), *Contribution à l'histoire paysanne de la Révolution française*, París, Éd. Sociales, pp. 47-71.
Guilhaumou, Jacques (1980), "Les discours jacobins (1792-1794)", *Mots*, núm. 1, pp. 219-225.
Guillerm, Alain (1981), "L'Etat et l'espace de la guerre: Fortifications et marine", 2 vols., tesis de doctorado, Université de París VIII.
Gupta, Sulekh Chandra (1963), *Agrarian Relations and Early British Rule in India*, Bombay, Asia Publ. House.
Guttridge, G. H. (1933), "Adam Smith on the American Revolution: An Unpublished Memorial [Feb., 1778]", *American Historical Review*, XXXVIII, 4, pp. 714-720.
Guy, Camille (1900), *La mise en valeur de notre domaine colonial*, París, Augustin Challamel.
Habakkuk, H. J. (1953), "English Population in the Eighteenth Century", *Economic History Review*, 2a. serie, VI, 2, pp. 117-133.
— (1955), "The Historical Experience of the Basic Conditions of Economic Progress", en L. H. Dupriez (ed.), *Economic Progress: Papers and Proceedings of a Round Table held by the International Economic Association*, Lovaina, Institut de Recherches Economiques, pp. 486-501.
— (1958), "The Economic History of Modern Britain", *Journal of Economic History*, XVIII, 4.
— (1965), "Population, Commerce and Economic Ideas", en *New Cambridge Modern History*, VIII, A. Goodwin (ed.), *The American and French Revolutions, 1763-1793*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 25-54.
— (1971), *Population Growth and Economic Development Since 1750*, Leicester, Leicester University Press.
Habib, Irfan (1963), *The Agrarian System of Mughal India (1556-1702)*, Nueva York, Asia Publ. House.
— (1969), "Potentialities of Capitalistic Development in the Economy of Mughal India", *Journal of Economic History*, XXIX, 1, pp. 32-78.
— (1985), "Studying a Colonial Economy—Without Perceiving Colonialism", *Modern Asian Studies*, XIX, 3, pp. 355-381.
Hacker, Louis M. (1935), "The First American Revolution", *Columbia University Quarterly*, parte I, pp. 259-295.
Hague, D. C. (1963), "Summary Record of the Debate", en W. W. Rostow (ed.), *The Economics of Take-Off into Sustained Growth*, Londres, Macmillan, pp. 301-476.




Hair, J. E. H. (1965), "The Enslavement of Koelle's Informants", *Journal of African History*, VI, 2, pp. 193-203.
Hajnal, J. (1965), "European Marriage Patterns in Perspective", en D. V. Glass y D. C. E. Eversley (eds.), *Population in History*, Londres, Edward Arnold, pp. 101-143.
Hall, Gwendolyn M. (1971), *Social Control in Plantation Societies: A Comparison of St. Domingue and Cuba*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
Halperín-Donghi, Tulio (1972), "La crisis de independencia", en *La Independencia en el Perú*, Perú Problema, núm. 7, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, pp. 115-166.
—— (1975), *Politics, Economics, and Society in Argentina in the Revolutionary Period, 1776-1860*, Cambridge, Cambridge University Press.
Hamill, Hugh M., Jr. (1966), *The Hidalgo Revolt: Prelude to Mexican Independence*, Gainesville, University of Florida.
Hamilton, Earl J. (1940), "Growth of Rigidity in Business during the Eighteenth Century", *American Economic Review*, suplemento, XXX, 1, pp. 298-305.
—— (1944), "Monetary Problems in Spain and Spanish America, 1751-1800", *Journal of Economic History*, IV, 1, pp. 21-48.
—— (1953), "Profit Inflation and the Industrial Revolution, 1751-1800", en Frederic C. Lane y Jelle C. Riemersma (eds.), *Enterprise and Secular Change*, Homewood, Richard D. Irwin. (Originalmente publicado en *Quarterly Journal of Economics*, 1942.)
Hamnett, Brian R. (1971), *Politics and Trade in Southern Mexico, 1750-1821*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 55-86.
—— (1980), "Mexico's Royalist Coalition: The Response to Revolution, 1808-1821", *Journal of Latin American Studies*, XII, 1.
Hampson, Norman (1963), *A Social History of the French Revolution*, Toronto, Toronto University Press.
Hancock, W. K. (1942), *Survey of British Commonwealth Affairs*, II, *Problems of Economic Policy, 1918-1939*, parte 2, Londres, Oxford University Press.
Hardy, Georges (1921), *La mise en valeur du Sénégale de 1817 à 1854*, París, Émile Larose.
Haring, Clarence H. (1947), *The Spanish Empire in America*, Nueva York, Harcourt Brace and World.
Harley, C. Knick (1982), "British Industrialization before 1841: Evidence of Slower Growth during the Industrial Revolution", *Journal of Economic History*, XLII, 2, pp. 267-289.
Harlow, Vincent T. (1940), "The New Imperial System, 1783-1815", en J. Holland Rose, A. P. Newton y E. A. Benians (eds.), *The Cambridge History of the British Empire*, II, *The Growth of the New Empire, 1783-1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 129-187.
—— (1952), *The Founding of the Second British Empire, 1763-1793*, I, *Discovery and Revolution*, Londres, Longman, Green.

— (1964), *The Founding of the Second British Empire, 1763-1793*, II, *New Continents and Changing Values*, Londres, Longman, Green.

Harper, Lawrence A. (1939), "The Effects of the Navigation Acts on the Thirteen Colonies", en R. B. Morris (ed.), *The Era of the American Revolution*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 3-39.

— (1942), "Mercantilism and the American Revolution", *Canadian Historical Review*, XXIII, 1, pp. 1-15.

Harris, Charles H., III (1975), *A Mexican Family Empire: The Latifundo of the Sánchez Navarros, 1765-1867*, Austin, University of Texas.

Harris, J. R. (1976a), "Skills, Coal and British Industry in the Eighteenth Century", *History*, LXI, núm. 202, pp. 167-182.

— (1976b), "Technological Divergence and Industrial Development in Britain and France Before 1800", en *Fifth International Conference of Economic History*, Leningrado, 1970, La Haga, Mouton, VII, pp. 31-41.

Harris, Robert D. (1976), "French Finances and the American War, 1777-1783", *Journal of Modern History*, XLVIII, 2, pp. 233-258.

Harsin, Paul (1930), "De quand date le mot industrie?", *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, II, 6, pp. 235-242.

— (1954), *La révolution liégoise de 1789*, Bruselas, La Renaissance du Livre.

Hartmann, Peter Clause (1978), "Die Steuersysteme in Frankreich und England am Vorabend der Französischen Revolution", en E. Hinrichs *et al.* (ed.), *Von Ancien Regime zur Französischen Revolution*, Gotinga, Vanderhoeck & Ruprecht, pp. 43-65.

Hartwell, R. M. (1961), "The Rising Standard of Living in England, 1800-1850", *Economic History Review*, 2a. serie, XIII, 3, pp. 397-416.

— (1963), "The Standard of Living", *Economic History Review*, 2a. serie, XVI, 1, pp. 135-146.

— (1967a), "Introduction", en R. M. Hartwell (ed.), *The Causes of the Industrial Revolution in England*, Londres, Methuen, pp. 1-30.

— (1967b), "The Causes of the Industrial Revolution: An Essay in Methodology", en R. M. Hartwell (ed.), *The Causes of the Industrial Revolution in England*, Londres, Methuen, pp. 53-79. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1965.)

— (1970a), "The Standard of Living Controversy: A Summary", en R. M. Hartwell (ed.), *The Industrial Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 167-179.

— (1970b), "The Great Discontinuity: Interpretations of the Industrial Revolution", *Historical Journal* (New South Wales), I, pp. 3-16.

— (1972), "Discussion of J. Godechot, 'L'industrialisation en Europe à l'époque révolutionnaire'", en Pierre Léon *et al.* (eds.), *L'industrialisation en Europe du XIXe siècle*, Colloques Internationaux du CNRS, núm. 540, Lyon, 7-10 de octubre de 1970, París, CNRS, pp. 372-373.

Hartwell, R. M. (ed.) (1968), *The Industrial Revolution in England*, edición corregida, Londres, The Historical Association.

Hartwell, R. M. y Robert Higgs (1971), "Good Old Economic History", *American Historical Review*, LXXVI, 2, pp. 467-474.

Hartwell, R. M. y S. Engerman (1975), "Modes of Immiseration: The Theoretical Basis of Pessimism", en Arthur J. Taylor (ed.), *The Standard of Living in Britain in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, pp. 189-213.

Haskett, Richard C. (1954), "Prosecuting the Revolution", *American Historical Review*, LIX, 3, pp. 578-587.

Hasquin, Hervé (1971), *Une mutation: Le "Pays de Charlerin" aux XVIIe et XVIIIe siècles: Aux origines de la Révolution industrielle en Belgique*, Bruselas, Institut de Sociologie, pp. v-ix.

Hauser, Henri (1923), "Avant-propos" a Charles Ballot, *L'introduction du machinisme dans l'industrie française*, Lille, O. Marquant.

Hawke, G. R. y J. P. P. Higgins (1981), "Social Overhead Capital", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 227-252.

Heaton, Herbert (1932), "Industrial Revolution", *Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. VIII, Nueva York, Macmillan, pp. 3-13.

—— (1941), "Non-Importation, 1806-1812", *Journal of Economic History*, I, 2, pp. 178-198.

—— (1972), "Financing the Industrial Revolution", en F. Crouzet (ed.), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen. (Originalmente publicado en *Bulletin of Business History Society*, 1937.)

Heavner, Robert O. (1978), "Indentured Servitude: The Philadelphia Market, 1771-1773", *Journal of Economic History*, XXXVIII, 3, pp. 701-713.

Heckscher, Eli P. (1922), *The Continental System: An Economic Interpretation*, Oxford, Clarendon.

—— (1934), *Mercantilism*, 2 vols., Londres, George Allen and Unwin.

Helleiner, Karl F. (1965), "The Vital Revolution Reconsidered", en D. V. Glass y D. C. E. Eversley (eds.), *Population in History*, Londres, Edward Arnold. (Originalmente publicado en *Canadian Journal of Economical and Political Science*, 1957.)

Hellie, Richard (1967), "The Foundations of Russian Capitalism", *Slavic Review*, XXVI, 1, pp. 148-154.

—— (1971), *Enserfment and Military Change in Muscovy*, Chicago, University of Chicago.

Henderson, Archibald (1914), "The Creative Forces in Westward Expansion: Henderson and Boone", *American Historical Review*, XX, 1, pp. 86-107.

Henderson, H. James (1973), "The Structure of Politics in the Continental Congress", en S. G. Kurtz y J. H. Hutson (eds.), *Essays on the American Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina, pp. 157-196.

Henderson, W. O. (1957), "The Anglo-French Commercial Treaty of 1786", *Economic History Review*, 2a. serie, x, 1, pp. 104-112.
— (1961), *The Industrial Revolution on the Continent*, Londres, Frank Cass. (También titulado *The Industrial Revolution in Europe*.)
— (1972), *Britain and Industrial Europe, 1750-1870*, 3a. ed., Leicester, Leicester University Press.
— (1976), "The Labour Force in the Textile Industries", *Archiv für Sozialgeschichte*, XVI, núm. 76, pp. 283-324.
Herr, Richard (1958), *The Eighteenth-Century Revolution in Spain*, Princeton, Princeton University Press.
Hertzberg, Arthur (1968), *The French Enlightenment and the Jews. The Origins of Modern Anti-Semitism*, Nueva York, Columbia University Press y Filadelfia, Jewish Publ. Society of America.
Hess, Andrew C. (1970), "The Evolution of the Ottoman Seaborne Empire in the Age of the Oceanic Discoveries, 1453-1525", *American Historical Review*, LXXV, 7, pp. 1892-1919.
Heston, Alan W. (1977), "The Standard of Living in Akbar's Time: A Comment", *Indian Economic and Social History Review*, XIV, 3, pp. 391-396.
Heuvel, Gerd van den (1982), *Grundprobleme der französischen Bauernschaft, 1730-1794*, Munich y Viena, Oldenbourg.
Heyd, Uriel (1961), "The Ottoman 'Ulemâ and Westernization in the Time of Selîm III and Mahmûd II", *Scripta Hierosolymitana*, IX, U. Heyd (ed.), *Studies in Islamic History and Civilization*, pp. 63-96.
— (1970), "The Later Ottoman Empire in Rumelia and Anatolia", en P. M. Holt *et al.*, *The Cambridge History of Islam*, I, *The Central Islamic Lands*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 354-373.
Heywood, Colin (1981), "The Launching of an 'Infant Industry'? The Cotton Industry of Troyes Under Protectionism, 1793-1860", *Journal of European Economic History*, x, 3, pp. 553-581.
Higonnet, Patrice (1979), "Babeuf, Communist or Proto-Communist?", *Journal of Modern History*, LI, 4, pp. 773-781.
— (1980), "The Politics of Linguistic Terrorism and Grammatical Hegemony During the French Revolution", *Social History*, V, 1, pp. 41-69.
— (1981), *Class, Ideology, and the Rights of Nobles during the French Revolution*, Oxford, Clarendon.
— (1986), "Le sens de la terreur dans la Révolution française", *Commentaire*, núm. 35, pp. 436-445.
Hill, Christopher (1967), *Reformation to Industrial Revolution*, Pelican Economic History of Britain, vol. II, Londres, Penguin.
— (1980), "A Bourgeois Revolution?", en J. G. A. Pocock (ed.), *Three British Revolutions: 1641, 1688, 1776*, Princeton, Princeton University Press, pp. 109-139.
Hirsch, Jean-Pierre (ed.) (1978), *La nuit du 4 août*, París, Gallimard-Juilliard.

—— (1979), "Un fil rompu? A propos du crédit à Lille sous la Révolution et l'empire", *Revue du Nord*, LXI. núm. 240, pp. 181-192.
—— (1980), "Note critique: Pensons la Révolution française", *Annales E. S. C.*, XXXV, 2, pp. 320-333.
Hirschman, Albert (1957), "Investment Policies and 'Dualism' in Underdeveloped Countries", *American Economic Review*, XLVII, 5, pp. 550-570.
His de Butenval, Charles Adrien (1869), *Précis historique et économique du traité du commerce entre la France et la Grande-Bretagne signé à Versailles, le 26 septembre 1786*, París, Dentu.
Hiskett, Mervyn (1962), "An Islamic Tradition of Reform in the Western Sudan from the Sixteenth to the Eighteenth Century", *Bulletin of SOAS*, XXV, 3, pp. 577-596.
—— (1976), "The Nineteenth-Century Jihads in West Africa", en J. E. Flint (ed.), *Cambridge History of Africa*, V, *From c. 1790 to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 125-169.
Hobsbawm, E. J. (1952), "The Machine-Breakers", *Past and Present*, núm. 1, febrero, pp. 57-70.
—— (1957), "The British Standard of Living, 1790-1850", *Economic History Review*, 2a. serie, X, 1, pp. 46-68.
—— (1962), *The Age of Revolution, 1789-1848*, Nueva York, Mentor.
—— (1963), "The Standard of Living during the Industrial Revolution: A Discussion", *Economic History Review*, 2a. serie, XVI, 1, pp. 120-134.
—— (1968), *Industry and Empire. The Pelican Economic History of Britain*, vol. III, Harmondsworth, Penguin.
—— (1975), "Essays in Postscript: The Standard of Living Debate", en Arthur J. Taylor (ed.), *The Standard of Living in Britain in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, pp. 178-188.
Hodgkin, Thomas (1960), "Uthman dan Fodio", *Nigeria Magazine*, número especial por la Independencia, octubre, pp. 75-82.
Hodgson, Marshall (1974), *The Venture of Islam: Conscience and History in a World Civilization*, 3 vols., Chicago, University of Chicago.
Hoerder, Dirk (1976), "Boston Leaders and Boston Crowds, 1765-1776", en A. F. Young (ed.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, DeKalb, Northern Illinois University Press, pp. 233-271.
Hoffmann, Peter (1973), "Zur Problematik der sogenannten ursprünglichen Akkumulation in Russland", en P. Hoffman y H. Lemke (ed.), *Genesis und Entwicklung des Kapitalismus in Russland*, Berlín, Akademie, pp. 154-177.
Hoffman, Ronald (1976), "The 'Disaffected' in the Revolutionary South", en A. F. Young (ed.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, DeKalb, Northern Illinois University Press, pp. 273-316.
Hoffmann, Walther G. (1955), *British Industry, 1700-1950*, Oxford, Basil Blackwell.

— (1958), *The Growth of Industrial Economies*, Manchester, Manchester University Press.
Hogendorn, Jan S. (1977), "The Economics of Slave Use on Two 'Plantations' in the Zaria Emirate of the Sokoto Caliphate", *International Journal of African Historical Studies*, x, 3, pp. 369-383.
— (1980), "Slave Acquisition and Delivery in Precolonial Hausaland", en B. K. Schwartz, Jr. y R. Dumett (eds.), *West African Culture Dynamics: Archaeological and Historical Perspectives*, Mouton, pp. 477-494.
Holderness, B. A. (1971), "Capital Formation in Agriculture", en J. P. P. Higgins y S. Pollard (eds.), *Aspects of Capital Investment in Great Britain, 1750-1850: A Preliminary Survey*, Londres, Methuen, pp. 159-183.
— (1974), "The English Land Market in the Eighteenth Century: The Case of Lincolnshire", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVII, 4, pp. 557-576.
Hone, J. Ann (1982), *For the Cause of Truth: Radicalism in London 1796-1821*, Oxford, Clarendon.
Hopkins, A. G. (1973), *An Economic History of West Africa*, Londres, Longman.
Hoppit, Julian (1986), "Financial Crises in Eighteenth-Century England", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXIX, 1, pp. 39-58.
Horsman, Reginald (1962), *The Cause of the War of 1812*, Filadelfia, University of Pennsylvania.
Horton, W. R. G. (1954), "The Ohu System of Slavery in a Northern Ibo Village-Group", *Africa*, XXIV, 4, pp. 311-336.
Hoselitz, Bert F. (1955a), "Entrepreneurship and Capital Formation in France and Britain since 1700", en National Bureau of Economic Research, *Capital Formation and Economic Growth*, Princeton, Princeton University Press, pp. 291-337.
— (1955b), "Reply" in National Bureau of Economic Research, *Capital Formation and Economic Growth*, Princeton, Princeton University Press, pp. 385-393.
Hossain, Hameeda (1979), "The Alienation of Weavers: Impact of the Conflict Between the Revenue and Commercial Interests of the East India Company, 1750-1800", *Indian Economic and Social History Review*, XVI, 3, pp. 323-345.
Hourani, Albert (1957), "The Changing Face of the Fertile Crescent in the XVIIIth Century", *Studia Islamica*, VIII, pp. 89-122.
— (1968), "Ottoman Reform and the Politics of Notables", en W. R. Polk y R. L. Chambers (eds.), *Beginnings of Modernization in the Middle East*, Chicago, University of Chicago, pp. 41-68.
Houtle, François-Xavier van (1949), *L'évolution de l'industrie textile en Belgique et dans le monde de 1800 à 1939*, Université de Louvain, École des Sciences Politiques et Sociales, núm. 141, Lovaina, E. Nauwelaerts.
Hueckel, Glenn (1973), "War and the British Economy, 1793-1815. A

General Equilibrium Analysis", *Explorations in Economic History*, x, 4, pp. 365-396.
—— (1976a), "English Farming Profits during the Napoleonic Wars, 1793-1815", *Explorations in Economic History*, XIII, 3, pp. 331-345.
—— (1976b), "Relative Prices and Supply Response in English Agriculture during the Napoleonic Wars", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIX, 3, pp. 401-414.
—— (1981), "Agriculture During Industrialisation", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 182-203.
Hufton, Olwen (1980), *Europe, Privilege and Protest, 1730-1789*, vol. x, of Fontana History of Europe, Londres, Harvester.
—— (1983), "Social Conflict and the Grain Supply in Eighteenth-Century France", *Journal of Interdisciplinary History*, XIV, 2, pp. 303-331.
Hughes, H. B. L. (1944), "British Policy Towards Haiti, 1801-1805", *Canadian Historical Review*, XXV, 4, pp. 397-408.
Hughes, J. R. T. (1968), "Industrialization, I, Economic Aspects", *International Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. VII, Nueva York, Macmillan y Free, pp. 252-263.
—— (1969), "Discussion", *American Economic Review*, LIX, 2, Papers and Proceedings, pp. 382-384.
Humboldt, Alexander von (1972), *Political Essay on the Kingdom of New Spain*, traducción de John Black (abreviada), Nueva York, Knopf.
Humphreys, R. A. (1952), "The Fall of the Spanish American Empire", *History*, s. p. i., XXXVII, pp. 213-227.
—— (1965), *Tradition and Revolt in Latin America, and Other Essays*, Londres, Weidenfeld and Nicolson.
Humphreys, R. A. y John Lynch (1965a), *The Origins of the Latin American Revolutions, 1808-1826*, Nueva York, Alfred A. Knopf, pp. 3-27.
—— (1965b), "The Emancipation of Latin America", en *XII[e] Congrès International des Sciences Historiques, Rapports*, III, *Commissions*, Viena, 29 de agosto-5 de septiembre de 1965, Viena, Ferdinand Berger, pp. 39-56.
Hunecke, Volker (1978), "Antikapitalistische Strömungen in der Französischen Revolution, Neuere Kontroversen der Forschung", *Geschichte und Gesellschaft*, IV, 3, pp. 291-323.
Hunt, David (1979), "The People and Pierre Dolivier: Popular Uprisings in the Seine-et-Oise Department (1791-1792)", *French Historical Studies*, XI, 2, pp. 184-214.
—— (1983), "Theda Skocpol and the Peasant Route", *Socialist Review*, XIII, 4, pp. 121-144.
—— (1984), "Peasant Politics in the French Revolution", *Social History*, IX, 3, pp. 277-299.
Hunt, E. W. y E. W. Bothan (1987), "Wages in Britain during the

Industrial Revolution", *Economic History Review*, 2a. serie, XL, 3, pp. 380-399.
Hunt, H. G. (1959), "Landownership and Enclosure, 1750-1850", *Economic History Review*, 2a. serie, XI, 3, pp. 497-505.
Hunt, Lynn (1984), *Politics, Culture, and Class in the French Revolution*, Berkeley, University of California.
Hurewitz, J. C. (1956), *Diplomacy in the Near and Middle East*, I, *A Documentary Record, 1835-1914*, Princeton, Van Nostrand.
— (1961a), "The Europeanization of Ottoman Diplomacy: The Conversion from Unilateralism to Reciprocity in the Nineteenth Century", *Türk Tarih Kurumu Belleten*, XXV, núm. 99, pp. 457-466.
— (1961b), "Ottoman Diplomacy and the European State System", *Middle East Journal*, XV, 2, pp. 141-152.
Huttenback, R. A. (1961), "The French Threat to India and British Relations with Sind, 1799-1809", *English Historical Review*, LXXVI, núm. 301, pp. 590-599.
Hyam, Ronald (1967), "British Imperial Expansion in the Late 18th Century", *Historical Journal*, X, 1, pp. 113-124.
Hyde, Charles K. (1973), "The Adoption of Coke-Smelting by the British Iron Industry, 1709-1790", *Explorations in Economic History*, X, 3, pp. 395-418.
Hyde, Francis E., Bradbury B. Parkinson y Sheila Marriner (1953), "The Nature and Profitability of the Liverpool Slave Trade", *Economic History Review*, 2a. serie, V, 3, pp. 368-377.
Hyslop, Beatrice Fry (1934), *French Nationalism in 1789 According to the General Cahiers*, Nueva York, Columbia University Press.
Imbart de la Tour, J. F. Dorvault y H. Lecomte (1900), *Régime de la propiété; Régime de la main d'oeuvre; L'agriculture aux colonies*, París, Augustin Challamel.
Imlah, Albert H. (1958), *Economic Elements in the Pax Britannica*, Cambridge, Harvard University Press.
Inalçik, Halil (1955), "Land Problems in Turkish History", *The Muslim World*, XLV, 3, pp. 221-228.
— (1969), "Capital Formation in the Ottoman Empire", *Journal of Economic History*, XXIX, 1, pp. 97-140.
— (1971), "Imtiyāzāt, ii—The Ottoman Empire", en B. Lewis *et al.* (eds.), *The Encyclopaedia of Islam*, nueva edición, vol. III, Leiden, E. J. Brill, pp. 1179-1189.
— (1980), "Military and Fiscal Transformations in the Ottoman Empire, 1600-1700", *Archivum Ottomanicum*, VI, pp. 283-337.
— (1983), "The Emergence of Big Farms, *Çiftliks*: State Landlords and Tenants", en J. L. Bacqué-Grammont y P. Dumont (eds.), *Contribution à l'histoire économique et sociale de l'empire ottoman*, Lovaina, Peeters, pp. 104-126.
Indova, E. I. (1964), "Les activités commerciales de la paysannerie dans les villages de la région de Moscou (première moitié du XVIIIe siècle)", Cahiers du Monde Russe et Soviétique, V, 2, pp. 206-228.

Dewey y A. G. Hopkins (eds.), *The Imperial Impact: Studies in the Economic History of Africa and India*, Londres, Athlone, pp. 259-270.
—— (1980), "Polanyi, Peukert and the Political Economy of Dahomey", *Journal of African History*, XXI, 3, pp. 395-398.
Jones, Alice Hanson (1980), *Wealth of a Nation to Be: The American Colonies on the Eve of the Revolution*, Nueva York, Columbia University Press.
Jones, E. H. Stuart (1950), *The Invasion that Failed: The French Expedition to Ireland, 1796*, Oxford, Basil Blackwell.
Jones, E. L. (1967), "Industrial Capital and Landed Investment: The Arkwrights in Herefordshire, 1809-1843", en E. L. Jones y G. E. Mingay (eds.), *Land, Labour, and Population in the Industrial Revolution*, Londres, Edward Arnold, pp. 48-71.
—— (1968a), *The Development of English Agriculture, 1815-1873*, Londres, Macmillan.
—— (1968b), "Agricultural Origins of Industry", *Past and Present*, núm. 40, pp. 58-71.
—— (1970), "English and European Agricultural Development, 1650-1750", en R. M. Hartwell (ed.), *The Industrial Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 42-76.
—— (1974a), "Agriculture and Economic Growth in England, 1660-1750, Agricultural Change", en *Agriculture and the Industrial Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 67-84. (Originalmente publicado en *Journal of Economic History*, 1965.)
—— (1974b), "Agriculture and Economic Growth in England, 1750-1815", en *Agriculture and the Industrial Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 85-127. (Originalmente publicado en 1967.)
—— (1974c), "The Agricultural Labour Market in England, 1793-1872", en *Agriculture and the Industrial Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 211-233. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1964.)
—— (1974d), "The Constraints on Economic Growth in Southern England, 1650-1850", *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, París y La Haya, Mouton,V, pp. 423-430.
—— (1977), "Environment, Agriculture, and Industrialization in Europe", *Agricultural History*, LI, 3, pp. 491-502.
—— (1981), "Agriculture, 1700-1780", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press.
Jones, G. I. (1963), *The Trading States of the Oil Rivers: A Study of Political Development in Eastern Nigeria*, Londres, Oxford University Press, pp. 66-86.
Jones, Gareth Stedman (1974), "Working-Class Culture and Working-Class Politics in Londres, 1870-1890: Notes on the Remaking of a Working Class", *Journal of Social History*, VIII, 4, pp. 460-508.
—— (1975), "Class Struggle and the Industrial Revolution", *New Left Review*, núm. 90.

Jones, J. R. (1980), *Britain and the World, 1649-1815*, Glasgow, Fontana, pp. 35-69.

Jones, M. A. (1965), "American Independence in its Imperial, Strategic and Diplomatic Aspects", en A. Goodwin (ed.), *New Cambridge Modern History*, VIII, *The American and French Revolutions, 1763-1793*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 480-508

Jones, Robert Leslie (1946), "Agriculture in Lower Canada, 1792-1815", *Canadian Historical Review*, XXVII, 1, pp. 33-51.

Jones, Stuart (1981), "The First Currency Revolution", *Journal of European Economic History*, X, 3, pp. 583-618.

Jordan, Winthrop D. (1968), *White Over Black: American Attitudes Toward the Negro, 1550-1812*, Chapel Hill, University of North Carolina.

Jouvenel, Bertrand de (1942), *Napoléon et l'économie dirigée, Le blocus continental*, Bruselas y París, La Toison d'Or.

Juglar, Clément (1891), *Des crises commerciales et de leur retour périodique en France, en Angleterre, et aux Etats-Unis*, París, A. Picard.

Kahan, Arcadius (1962), "Entrepreneurship in the Early Development of Iron Manufacturing in Russia", *Economic Development and Cultural Change*, X, 4, pp. 395-422.

— (1966), "The Costs of 'Westernization' in Russia: The Gentry and the Economy in the Eighteenth Century", *Slavic Review*, XXV, 1, pp. 40-66.

— (1974a), "Continuity in Economic Activity & Policy During the Post-Petrine Period in Russia", en W. Blakewell (ed.), *Russian Economic Development from Peter the Great to Stalin*, Nueva York, New Viewpoints. (Originalmente publicado en *Journal of Economic History*, XXV, 1965.)

— (1974b), "Observations on Petrine Foreign Trade", *Canadian-American Slavic Studies*, VIII, 2, pp. 222-236.

— (1979), "Eighteenth-Century Russian-British Trade: Russia's Contribution to the Industrial Revolution in Great Britain", en A. G. Cross (ed.), *Great Britain and Russia in the Eighteenth Century: Contrasts and Comparisons*, Newton, Oriental Research Partners, pp. 181-189.

Kahan, Arcadius, con la asistencia editorial de Richard Hellie (1985), *The Plow, the Hammer, and the Knout—An Economic History of Eighteenth-Century Russia*, Chicago, University of Chicago.

Kamendrowsky, Victor y David M. Griffiths (1978), "The Fall of the Trading Nobility Controversy in Russia: A Chapter in the Relationship between Catherine II and the Russian Revolution", *Jahrbücher für Geschichte Osteuropas*, XXVI, 2, pp. 198-221.

Kammen, Michael (1970), *Empire and Interest: The American Colonies and the Politics of Mercantilism*, Filadelfia, J. P. Lippincott.

Kançal, Salgur (1983), "La conquête du marché interne ottoman par le capitalisme industriel concurrentiel (1838-1881)", en J. L. Bacqué-Grammont y P. Dumont (eds.), *Economie et sociétés dans l'empire*

ottoman (fin du XVIIIe-début du XXe siècle), Colloques Internationaux du CNRS, núm. 601, París, CNRS, pp. 355-409.
Kaplan, Lawrence S. (1972), *Colonies into Nation: American Diplomacy, 1763-1801*, Nueva York, Macmillan.
—— (1977), "Towards Isolationism: The Rise and Fall of the Franco-American Alliance, 1775-1801", en L. S. Kaplan (ed.), *The American Revolutions and "A Candid World"*, Kent, Kent State University Press, pp. 134-160.
Kaplan, Steven L. (1976), *Bread, Politics, and Political Economy in the Reign of Louis XV*, 2 vols., La Haya, Martinus Nijhoff.
—— (1979), "Réflexions sur la police du monde du travail, 1700-1815", *Revue Historique*, CCLXI, 1, núm. 529, pp. 17-77.
—— (1982), "The Famine Plot Persuasion in Eighteenth-Century France", *Transactions of the American Philosophical Society*, LXXII, 3, pp. 497-502.
Kaplow, Jeffry (1967), "On 'Who Intervened in 1788?'", *American Historical Review*, LXXII, 2.
—— (1972), *The Names of Kings*, Nueva York, Basic.
Karpat, Kemal H. (1972), "The Transformation of the Ottoman State, 1789-1908", *International Journal of Middle East Studies*, III, 3, pp. 242-281.
—— (1974), "The Social and Economic Transformation of Istanbul in the Nineteenth Century, parte I, Istanbul During the First Half of the Century", *Bulletin de l'Association International d'Études du Sud-Est Européen*, XII, 2, pp. 269-308.
Kaufmann, William W. (1951), *British Policy and the Independence of Latin America, 1804-1828*, New Haven, Yale University Press.
Kay, Marvin L. Michael (1965), "An Analysis of a British Colony in Late Eighteenth Century America in the Light of Current American Historiographical Controvery", *Australian Journal of Politics and History*, XI, 2, pp. 170-184.
—— (1976), "The North Carolina Regulation, 1766-1776: A Class Conflict", en A. F. Young (ed.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, DeKalb, Northern Illinois University Press, pp. 71-127.
Keene, Charles A. (1978), "American Shipping and Trade, 1798-1820: The Evidence from Leghorn", *Journal of Economic History*, XXXVIII, 3, pp. 681-700.
Keep, John (1972), "Light and Shade in the History of the Russian Administration", *Canadian-American Slavic Studies*, VI, pp. 1-9.
Kellenbenz, Hermann (1970, 1971), "Marchands en Russie aux XVIIe et XVIIIe siècles", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, XI, 4 (1970), XII, 1/2, (1971), pp. 76-109.
—— (1973), "The Economic Significance of the Archangel Route (from the late 16th to the late 18th Century)", *Journal of European Economic History*, II, 3, pp. 541-581.

Kemp, Tom (1962), "Structural Factors in the Retardation of French Economic Growth", *Kyklos*, xv, 2, pp. 325-352.
Kennedy, Michael L. (1984), "The Best and the Worst of Times: The Jacobin Club Network from October 1791 to June 2, 1793", *Journal of Modern History*, LVI, 4, pp. 635-666.
Kenyon, Cecelia M. (1962), "Republicanism and Radicalism in the American Revolution: An Old-Fashioned Interpretation", *William and Mary Quarterly*, XIX, 2, pp. 153-182.
Kenyon, Gordon (1961), "Mexican Influence in Central America, 1821-1823", *Hispanic American Historical Review*, XLI, 1, pp. 175-205.
Kerr, Wilfred Brenton (1932a), "The Merchants of Nova Scotia and the American Revolution", *Canadian Historical Review*, XIII, 1, pp. 20-36.
— (1932b), "Nova Scotia in the Critical Years, 1775-1776", *Dalhousie Review*, XII, pp. 97-107.
— (1936), *Bermuda and the American Revolution, 1760-1783*, Princeton, Princeton University Press.
Kerridge, Eric (1967), *The Agricultural Revolution*, Londres, George Allen and Unwin.
— (1969), "The Agricultural Revolution Reconsidered", *Agricultural History*, XLIII, 4, pp. 463-475.
Kessel, Patrick (1969), *La nuit du 4 auôt 1789*, París, Arthaud.
Kessinger, Tom G. (1983), "Regional Economy: North India", en D. Kumar (ed.), *Cambridge Economic History of India*, II, *c. 1757-c. 1970*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 242-270.
Keyder, Çağlar (1976), "The Dissolution of the Asiatic Mode of Production", *Economy and Society*, V, 2, pp. 242-270.
Keyder, Çağlar y Huri Islamoğlu (1977), "Agenda for Ottoman History", *Review*, I, 1, pp. 31-55.
Kicza, John E. (1982), "The Great Families of Mexico: Elite Maintenance and Business Practices in Late Colonial Mexico City", *Hispanic American Historical Review*, LXII, 3, pp. 429-457.
Kiernan, Victor (1952), "Evangelicism and the French Revolution", *Past and Present*, núm. 1, febrero, pp. 44-56.
Kilson, Marion Dusser de Barenne (1971), "West African Society and the Atlantic Slave Trade, 1441-1865", en N. I. Huggins *et al.* (eds.), *Key Issues in the Afro-American Experience*, vol. I, Nueva York, Harcourt Brace, Jovanovich, pp. 39-53.
Kindleberger, Charles (1975), "Commercial Expansion and the Industrial Revolution", *Journal of European Economic History*, IV, 3, pp. 613-654.
Kirchner, Walther (1966), *Commercial Relations Between Russia and Europe, 1400-1800, Collected Essays*, Bloomington, Indiana University Press.
Kisch, Herbert (1959), "The Textile Industries in Silesia and the Rhineland: A Comparative Study in Industrialization", *Journal of Economic History*, XIX, 4.

—— (1962), "The Impact of the French Revolution on the Lower Rhine Textile Districts—Some Comments on Economic Development and Social Change", *Economic History Review*, 2a. serie, XV, 2, pp. 304-327.

Kizevetter, M. (1932), "Paul Ier. et l'état intérieur de la Russie à la fin du XVIIIe siècle", en Paul Milioukov (ed.), *Histoire de la Russie*, II, *Les successeurs de Pierre le Grand: De l'autocratie appuyée sur la noblesse à l'autocratie bureaucratique*, París, E. Leroux, pp. 629-655.

Klein, A. Norman (1968), "Karl Polanyi's Dahomey: To Be or Not to Be a State? A Review Article", *Canadian Journal of African Studies*, II, 2, pp. 210-223.

Klein, Herbert S. (1978), "The English Slave Trade to Jamaica, 1782-1808", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXI, 1, pp. 25-45.

Klein, Martin A. (1968), *Islam and Imperialism in Senegal: Sine-Saloum, 1847-1914*, Stanford, Stanford University Press.

—— (1972), "Social and Economic Factors in the Muslim Revolution in Senegambia", *Journal of African History*, XIII, 3, pp. 419-441.

Klein, Martin y Paul E. Lovejoy (1979), "Slavery in West Africa", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 181-212.

Klingaman, David (1969), "The Significance of Grain in the Development of the Tobacco Colonies", *Journal of Economic History*, XXIX, 2, pp. 268-278.

Knight, Franklin W. (1970), *Slave Society in Cuba During the Nineteenth Century*, Madison, University of Wisconsin.

—— (1977), "Origins of Wealth and the Sugar Revolution in Cuba, 1750-1850", *Hispanic American Historical Review*, LVII, 2, pp. 231-253.

—— (1983), "The American Revolution and the Caribbean", en I. Berlin y R. Hoffman (eds.), *Slavery and Freedom in the Age of the American Revolution*, Charlottesville, University of Virginia, pp. 237-261.

Knollenberg, Bernhard (1960), *Origin of the American Revolution: 1759-1766*, Nueva York, Macmillan.

—— (1975), *Growth of the American Revolution, 1766-1775*, Nueva York, Free.

Kochanowicz, Jacek (1980), "Le paysan et la modernisation: Le royaume de Pologne dans la première moitié du XIXe siècle", ponencia expuesta en el I Colloque Franco-Polonais, Antibes, 6-9 noviembre.

Konetzke, Richard (1946), "El mestizaje y su importancia en el desarrollo de la población hispanoamericana durante la época colonial", *Revista de Indias*, VII, núm. 23, pp. 7-44, VII, núm. 24, pp. 216-237.

—— (1950), "La condición legal de los criollos y las causas de la Independencia", *Estudios Americanos*, II, 5, pp. 31-54.

Kopytoff, Igor (1979), "Commentary One [on Lovejoy]", en M. Craton (ed.), *Roots and Branches: Current Directions in Slave Studies*, Toronto, Pergamon, pp. 62-77.

Kopytoff, Igor y Suzanne Miers (1977), "African 'Slavery' as an Institution of Marginality", en S. Miers e I. Kopytoff (eds.), *Slavery in Africa: Historical and Anthropological Perspectives*, Madison, University of Wisconsin, pp. 3-81.
Koulischer, Joseph (1931), "La grande industrie aux XVII[e] et XVIII[e] siècles. France, Allemagne, Russie", *Annales d'Historie Économique et Sociale*, III, núm. 9, pp. 11-46.
Koutaissoff, E. (1951), "The Ural Metal Industry in the Eighteenth Century", *Economic History Review*, 2a. serie, IV, 2, pp. 252-255.
Köymen, Oya (1971), "The Advent and Consequences of Free Trade in the Ottoman Empire", *Études Balkaniques*, VII, 2, pp. 47-55.
Kranzberg, Melvin (1969), "Industrial Revolution", *Encyclopedia Britannica*, vol. XII, Chicago y Londres, Encyclopedia Britannica, pp. 210-215.
Kraus, Michael (1939), "America and the Irish Revolutionary Movement in the Eighteenth Century", en R. B. Morris (ed.), *The Era of the American Revolution*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 332-348.
Krause, John T. (1958), "Changes in English Fertility and Mortality, 1781-1850", *Economic History Review*, 2a. serie, XI, 1, pp. 52-70.
— (1967), "Some Aspects of Population Change, 1690-1770", en E. C. Jones y G. E. Mingay (eds.), *Land, Labour and Population in the Industrial Revolution*, Londres, Edward Arnold, pp. 176-205.
— (1969), "Some Neglected Factors in the English Industrial Revolution", en Michael Drake (ed.), *Population in Industrialization*, Londres, Methuen, pp. 103-117. (Originalmente publicado en *Journal of Economic History*, 1959.)
Kriedte, Peter (1983), *Peasants, Landlords and Merchant Capitalists: Europe and the World Economy, 1500-1800*, Cambridge, Cambridge University Press.
Kriedte, Peter, Hans Medick y Jürgen Schlumbohm (1977), *Industrialisierung vor der Industrialisierung*, Gotinga, Vanderhoeck & Ruprecht.
Kroeber, Clifton B. (1957), *The Growth of the Shipping Industry in the Rio de la Plata Region, 1794-1860*, Madison, University of Wisconsin.
Krooss, Herman E. (1969), "Discussion", *American Economic Review*, LIX, 2, Papers and Proceedings, pp. 384-385.
Kulifoff, Allan (1971), "The Progress of Neutrality in Revolutionary Boston", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXVIII, 3, pp. 375-412.
Kulshreshtha, S. S. (1964), *The Development of Trade and Industry under the Mughals (1526 to 1707 A. D.)*, Allahabad, Kitab Mahal.
Kumar, Dharma (1965), *Law and Caste in South India*, Cambridge, Cambridge University Press.
— (1985), "The Dangers of Manichaeism", *Modern Asian Studies*, XIX, 3, pp. 383-386.

Kurmus, Orhan (1983), "The 1838 Treaty of Commerce Reexamined", en J. L. Bacqué-Grammont y P. Dumont (eds.), *Économie et sociétés dans l'empire ottoman (fin du XVIIIe-début du XXe siècle)*, Colloques Internationaux du CNRS, núm. 601, París, CNRS.

Labrousse, C. E. (1933), *Esquisse de mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siécle*, 2 vols., París, Dalloz.

—— (1944), *La crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la révolution*, vol. I, París, Presses Universitaires de France.

—— (1945), "Préface", en A. Chabert, *Essai sur les mouvements des prix et des revenus en France 1798 à 1820*, París, Médicis, pp. i-ix.

—— (1948), "Comment naissent les revolutions", en *Actes du Congrès historique du Centenaire de la Révolution de 1848*, París, Presses Universitaires de France, pp. 1-29.

—— (1954), "Préface", Pierre Léon, *La naissance de la grande industrie en Dauphiné (fin du XVIIe siècle-1869)*, París, Presses Universitaires de France, pp. v-xiv.

—— (1955), "Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale aux XVIIIe et XIXe siècles (1700-1850)", en X Congresso Internazionale di Scienze Storiche, Roma, 4-11 de septiembre de 1955, *Relazioni*, IV, *Storia moderna*, Florencia, G. C. Sansoni, pp. 365-396.

—— (1965), "Eléments d'un bilan économique: La croissance dans la guerre", en XIIe Congrès International des Sciences Historiques, Viena, 29 agosto-5 de septiembre, *Rapports*, I, *Grands thèmes*, Horn/Wein, Ferdinand Berger, pp. 473-497.

—— (1966), "The Evolution of Peasant Society in France from the Eighteenth Century to the Present", en E. M. Acomb y M. L. Brown, Jr. (eds.), *French Society and Culture Since the Old Regime*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, pp. 44-64.

—— (1970), "Dynamismes économiques, dynamismes sociaux, dynamismes mentaux", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, II, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 691-740.

Lacerte, Robert K. (1975), "The First Land Reform in Latin America: The Reforms of Alexandre Pétion, 1809-1814", *Inter-American Economic Affairs*, XXVIII, 4, pp. 77-85.

Lacy, Michael G. (1985), "The United States and American Indians: Political Relations", en V. Deloria, Jr. (ed.), *American Indian Policy in the Twentieth Century*, Norman, University of Oklahoma, pp. 83-104.

Ladd, Doris M. (1976), *The Mexican Nobility at Independence, 1780-1826*, Austin, University of Texas.

Lamb, D. P. (1976), "Volume and Tonnage of the Liverpool Slave Trade, 1772-1807", en R. Anstey y P. E. H. Hair (eds.), *Liverpool, The Slave Trade, and Abolition*, Bristol, Western, pp. 91-112.

Lammey, David (1986), "The Irish-Portuguese Trade Dispute, 1770-1790", *Irish Historical Studies*, XXV, núm. 97, pp. 29-45.

Lanctot, Gustave (1965), *Le Canada et la Révolution américaine*, Montreal, Beauchemin.
Landes, David S. (1949), "French Entrepreneurship and Industrial Growth in the Nineteenth Century", *Journal of Economic History*, IX, 1, pp. 45-61.
— (1950), "The Statistical Study of French Crises", *Journal of Economic History*, X, 2, pp. 195-211.
— (1958a), "Reply to Mr. Danière and Some Reflections on the Significance of the Debate", *Journal of Economic History*, XVIII, 3, pp. 331-338.
— (1958b), "Second Reply", *Journal of Economic History*, XVIII, 3, pp. 342-344.
— (1969), *The Unbound Prometheus: Technological Change and Industrial Development in Western Europe from 1750*, Cambridge, Cambridge University Press.
Langer, W. L. (1975), "American Foods and Europe's Population Growth, 1750-1850", *Journal of Social.History*, VIII, 2, pp. 51-66.
Lanning, John Tate (1930), "Great Britain and Spanish Recognition of the Hispanic American States", *Hispanic American Historical Review*, X, 4, pp. 429-456.
Laran, Michael (1966), "Nobles et paysans en Russie, de 'l'âge d'or' du servage à son abolition (1762-1861)", *Annales E. S. C.*, XXI, 1, pp. 111-140.
Laslett, Peter (1965), *The World We Have Lost*, Londres, Methuen.
Last, Murray (1974), "Reform in West Africa: The Jihad Movements of the Nineteenth Century", en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), *History of West Africa*, vol. II, Londres, Longman, pp. 1-29.
Latham, A. J. H. (1971), "Currency, Credit and Capitalism on the Cross River in the Pre-Colonial Era", *Journal of African History*, XII, 4, pp. 599-605.
— (1973), *Old Calabar, 1600-1891: The Impact of the International Economy Upon a Traditional Economy*, Oxford, Clarendon.
— (1978), "Price Fluctuations in the Early Palm Oil Trade", *Journal of African History*, XIX, 2, pp. 213-218.
Laufenberger, Henri (1925), "L'industrie cotonnière du Haut Rhin et la France", *Revue Politique et Parlementaire*, CXXV, pp. 387-415.
Laurent, Robert (1976a), "Les cadres de la production agricole: Propriété et modes de production", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III, *L'avènment de l'ère industriel (1789-annés 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 629-661.
— (1976b), "L'utilisation du sol: La rénovation des methodes de culture", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III, *L'avènement de l'ère industriel (1789-années 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 663-684.
Law, Robin (1977). "Royal Monopoly and Private Enterprise in the

Atlantic Trade: The Case of Dahomey", *Journal of African History*, XVIII, 4, pp. 555-570.
—— (1986), "Dahomey and the Slave Trade: Reflections on the Historiography of the Rise of Dahomey", *Journal of African History*, XXVII, 2, pp. 237-267.
Lazonick, William (1974), "Karl Marx and Enclosures in England", *Review of Radical Political Economics*, VI, 2, pp. 1-58.
Le Donne, John P. (1982, 1983), "The Territorial Reform of the Russian Empire, 1775-1796, I, Central Russia, 1775-1784", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, XXIII, 2 (1982), pp. 147-185; "II, The Borderlands, 1777-1796", XXIV, 4, pp. 411-457.
Le Roy Ladurie, Emmanuel (1969), "L'aménorhée de famine (XVIIe-XXe siècles)", *Annales E. S. C.*, XXIV, 6, pp. 1589-1601.
—— (1974), "Révoltes et contestations rurales en France de 1675 à 1788", *Annales E. S. C.*, XXIX, 1, pp. 6-22.
—— (1975), "De la crise ultime à la vraie croissance, 1660-1789", en Georges Duby (ed. gen.), *Histoire de la France rurale*, II, E. LeRoy Ladurie (ed. vol.), *L'age classique des paysans, 1340-1789*, París, Seuil, pp. 355-599.
—— (1976), "La crise et l'historien", *Communications*, núm. 24, pp. 19-33.
—— (1978), "L'histoire inmobile", en *Le territoire de l'historien*, vol. II, París, Gallimard, pp. 7-34. (Originalmente publicado en *Annales E. S. C.*, 1974.)
—— (1983-1984), "Sur la Révolution française: Les 'revisions' d'Alfred Cobban", *Commentaire*, VI, núm. 24, pp. 834-837.
Le Roy Ladurie, Emmanuel y Bernard Quilliet (1981), "Baroque et lumières", en G. Duby (ed. gen.), *Histoire de la France urbaine*, III, E. Le Roy Ladurie (ed. vol.), *La ville classique de la Renaissance aux Révolutions*, París, Seuil, pp. 287-535.
Le Roy Ladurie, Emmanuel y Joseph Goy (1969a), "Présentation" en J. Goy y E. Le Roy Ladurie (eds.), *Les fluctuations du produit de la dîme*, París y La Haya, Mouton, pp. 9-24.
—— (1969b), "Première esquisse d'une conjoncture du produit décimal et domanial, fin du Moyen Age-XVIIIe siècle", en J. Goy y E. Le Roy Ladurie (eds.), *Les fluctuations de la dîme*, París y La Haya, Mouton, pp. 334-374.
—— (1982), *Tithe and Agrarian History from the Fourteenth to the Nineteenth Centuries*, Cambridge, Cambridge University Press y París, Maison des Sciences de l'Homme.
Lebrun, Pierre (1948), *L'industrie de la laine à Verviers pendant le XVIIIe et le début du XIXe siècles. Contribution à l'étude des origines de la Révolution industrielle*, Lieja, Faculté de Philosophie et Lettres, facsimil, CXIV.
—— (1960), "Croissance et industrialisation: L'expérience de l'industrie drapière verviétoise, 1750-1850", en *First International Conference of Economic History: Contributions and Communications*, Estocolmo, August, París y La Haya, Mouton, pp. 531-568.

— (1961), "La rivoluzione industriale in Belgio: Strutturazione e destrutturazione delle economie regionali", *Studi Storici*, II, 3/4, pp. 548-658.
Lecky, W. E. H. (1972), *A History of Ireland in the Eighteenth Century*, Chicago, University of Chicago Press, 1972. (Originalmente publicado en 1892.)
Lee, R. D. y R. S. Schofield (1981), "British Population in the Eighteenth Century", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 17-35.
Leet, Don R. y John A. Shaw (1978), "French Economic Stagnation, 1700-1960, Old Economic History Revisited", *Journal of Interdisciplinary History*, VIII, 3, pp. 506-523.
Lefebvre, Georges (1929), "La place de la Révolution dans l'histoire agraire de la France", *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, I, 4.
— (1932), *La grande peur de 1789*, París, Armand Colin.
— (1937), "Le mouvement des prix et les origines de la Révolution française", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XIV, núm. 82, pp. 288-329.
— (1939), *Quatre-vingt-neuf*, París, Maison du Livre Français.
— (1947a), "Review of Daniel Guérin, La lutte de classes sous la première République", en Annales Historiques de la Révolution Française, XIX, núm. 106, pp. 173-179.
— (1947b), *The Coming of the French Revolution*, Princeton, Princeton University Press.
— (1956), "Le mythe de la Révolution française", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXVIII, núm. 145, pp. 337-345.
— (1963), "La Révolution française et les paysans", en *Études sur la Revolution française*, 2a. ed. corregida, París, Presses Universitaires de France, pp. 338-367. (Originalmente publicada en *Cahiers de la Révolution Française*, 1933.)
— (1968), *La Révolution française*, vol. XIII, *Peuples et civilisations*, 6a. ed., París, Presses Universitaires de France.
— (1969), *Napoleon from 18 Brumaire to Tilsit, 1799-1807*, Nueva York, Columbia University Press.
— (1972), *Les paysans du nord pendant la Révolution française*, nueva edición, París, Armand Colin.
— (1973), *The Great Fear of 1789*, Nueva York, Pantheon.
— (1978), "Les historiens de la Révolution française", en *Réflexions sur l'histoire*, París, Maspéro, pp. 223-243. (Originalmente publicado en *Bulletin de la Faculté des Lettres de Strasbourg*, 1929-1930.)
Lefebvre, Henri (1975), "What is the Historical Past?", *New Left Review*, núm. 90, pp. 27-34.
Lefort, Claude (1980), "Penser la Révolution dans la Révolution française", *Annales E. S. C.*, XXXV, 2, pp. 334-352.
Léger, Jacques (1934), "Le rôle de Toussaint Louverture dans la cession de la Louisiane aux Etats-Unis", *La Relève*, II, pp. 16-18.

LeGoff, T. J. A. (1981), *Vannes and its Region: A Study of Town and Country in Eighteenth-Century France*, Oxford, Clarendon.
LeGoff, T. J. A. y D. M. G. Sutherland (1974), "The Revolution and the Rural Community in Eighteenth-Century Brittany", *Past and Present*, núm. 62, pp. 96-119.
—— (1983), "The Social Origins of Counter-Revolution in Western France", *Past and Present*, núm. 99, pp. 65-87.
Leleux, Fernand (1969), *A l'aube du capitalisme et de la révolution industrielle: Liévin Bauwens, industriel gaulois*, París, SEVPEN.
Léon, Pierre (1954), *La naissance de la grande industrie en Dauphiné fin du XVII siècle-1869*, 2 vols., París, Presses Universitaires de France.
—— (1960), "L'industrialisation en France, en tant que facteur de croissance économique du début de XVIIIe siècle à nos jours", en *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, August, París y La Haya, Mouton, pp. 163-205.
—— (1966), "Introduction générale: Les structures rurales de la France du sud-est, problèmes et premières interprètations", en P. Léon (ed.), *Structures économiques et problèmes sociaux du sud-est (fin du XVIIe siècle-1835)*, París, Soc. d'Ed. "Les Belles lettres", pp. 7-32.
—— (1974), "Structure du commerce extérieur et évolution industrielle de la France à la fin du XVIIIe siècle", en *Conjoncture économique, structures sociales: Hommage à Ernest Labrousse*, París y La Haya, Mouton, pp. 407-432.
—— (1976a), "L'impulsion technique", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III, *L'avènement de l'ère industriel (1789-années 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 475-501.
—— (1976b), "Les nouvelles repartitions", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III, *L'avènement de l'ère industriel (1789-années 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 543-580.
—— (1976c), "La dynamisme industriel", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III, *L'avènement de l'ère industriel (1789-années 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 581-616.
Letaconnoux, J. (1908, 1909), "Les transports intérieurs en France au XVIIIe siècle", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XI, pp. 97-114 y 269-292.
LeVeen, E. Phillip (1974), "A Quantitative Analysis of the Impact of British Supression Policies on the Volume of the Nineteenth Century Atlantic Slave Trade", en S. L. Engerman y E. D. Genovese (eds.), *Race and Slavery in the Western Hemisphere: Quantitative Studies*, Princeton, Princeton University Press, pp. 51-81.
Levene, Ricardo (ed.) (1941), *Historia de la nación argentina*, 2a. ed., V, *La Revolución de mayo hasta la Asamblea General Constituyente*, 2 secciones, Buenos Aires, El Ateneo.

Levy, Avigdor (1971), "The Officer Corp in Sultan Mahmud's New Army, 1826-1839", *International Journal of Middle East Studies*, II, 1, pp. 21-39.

Lévy-Bruhl, Henri (1933), "La noblesse de France et le commerce à la fin de l'Ancien Régime", *Revue d'Histoire Moderne*, s. p. i., II, núm. 8, pp. 209-235.

Lévy-Leboyer, Maurice (1964), *Les banques européennes et l'industrialisation internationale, dans la première moité du XIXe siècle*, París, Presses Universitaires de France.

— (1968), "Les processus d'industrialisation: Le cas de l'Angleterre et de la France", *Revue Historique*, año 92, CCXXXIX, 2, pp. 281-298.

Lewin, Boleslao (1957), *La rebelion de Túpac Amaru y los orígenes de la emancipación americana*, Buenos Aires, Hachette.

Lewis, Bernard (1953), "The Impact of the French Revolution in Turkey: Some Notes on the Transmission of Ideas", *Cahiers d'Histoire Mondiale*, I, 1, pp. 105-125.

Lewitter, L. R. (1973), "Ivan Tikhonovich Pososhkov (1652-1726) and 'The Spirit of Capitalism'", *Slavonic and East European Review*, II, núm. 125, pp. 524-553.

Liévano Aguirre, Indalecio (1968), *Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra historia*, 3a. ed., Bolivia, Tercer Mundo.

Lilley, Samuel (1973), "Technological Progress and the Industrial Revolution, 1700-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, III, *The Industrial Revolution*, Londres, Collins/Fontana, pp. 187-254.

Lindert, Peter H. y Jeffrey G. Williamson (1983), "English Workers' Living Standards during the Industrial Revolution: A New Look", *The Economic History Review*, XXXVI, 1, pp. 1-24.

— (1985), "English Workers' Real Wages: Reply to Crafts", *Journal of Economic History*, XLV, 1, pp. 145-153.

Lingelbach, W. E. (1914), "Historical Investigation and the Commercial History of the Napoleonic Era", *American Historical Review*, XIX, 2, pp. 257-281.

Lipski, Alexander (1959), "Some Aspects of Russia's Westernization During the Reign of Anna Iuannova, 1730-1740", *American Slavonic and East European Review*, XVIII, 1, pp. 1-11.

Lis, C. y H. Soly (1977), "Food Consumption in Antwerp between 1807 and 1859: A Contribution to the Standard of Living Debate", *Economic History Review*, 2a. serie, XXX, 3, pp. 460-486.

Liss, Peggy K. (1983), *Atlantic Empires: The Network of Trade and Revolution, 1713-1826*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.

Little, Anthony (1976), *Deceleration in the Eighteenth-Century British Economy*, Londres, Croom Helm.

Littlefield, Daniel C. (1981), "Plantations, Paternalism, and Profitability: Factors Affecting African Demography in the Old British Empire", *Journal of Southern History*, XLVIII, 2, pp. 167-182.

Litwack, Leon F. (1961), *North of Slavery: The Negro in the Free States, 1790-1860*, Chicago, University of Chicago.
—— (1987), "Trouble in Mind: The Bicentennial and the Afro-American Experience", *Journal of American History*, LXXIV, 2, pp. 315-337.
Lloyd, Christopher (1965), "Armed Forces and the Art of War, I, Navies", en *New Cambridge Modern History*, VIII, A. Goodwin (ed.), *The American and French Revolutions, 1763-1793*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 174-190.
Lloyd, Peter C. (1971), *The Political Development of Yoruba Kingdoms in the Eighteenth and Nineteenth Centuries*, Londres, Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, Occasional Paper núm. 31.
Locke, Robert R. (1981), "French Industrialization, The Roehl Thesis Reconsidered", *Explorations in Economic History*, XVIII, 4, pp. 415-433.
Lockridge, Kenneth A. (1973), "Social Change and the Meaning of the American Revolution", *Journal of Social History*, VI, 4, pp. 403-449.
Logan, Rayford W. (1941), *The Diplomatic Relations of the United States with Haiti, 1776-1891*, Chapel Hill, University of North Carolina.
—— (1968), *Haiti and the Dominican Republic*, Nueva York, Oxford University Press.
Lokke, Carl Ludwig (1928), "Jefferson and the Leclerc Expedition", *American Historical Review*, XXXIII, 2, pp. 322-328.
—— (1930), "French Dreams of Colonial Empire under Directory and Consulate", *Journal of Modern History*, II, 2, pp. 237-250.
—— (1932), *France and the Colonial Question: A Study of Contemporary French Opinion, 1763-1801*, Nueva York, Columbia University Press.
Lombardi, John V. (1971), *The Decline and Abolition of Negro Slavery in Venezuela, 1820-1854*, Westport, Greenwood.
Longworth, Philip (1969), *The Cossacks*, Nueva York, Holt, Rinehart & Winston.
—— (1973), "The Last Great Cossack Peasant Rising", *Journal of European Studies*, III, 1, pp. 1-35.
—— (1974), "The Pugachev Revolt. The Last Great Cossack Peasant Rising", en H. A. Landsberger (ed.), *Rural Protest: Peasant Movements and Social Change*, Londres, Macmillan, pp. 194-256.
—— (1975a), "The Pretender Phenomenon in Eighteenth-Century Russia", *Past and Present*, núm. 66, pp. 61-83.
—— (1975b), "Peasant Leadership and the Pugachev Revolt", *Journal of Peasant Studies*, II, 2, pp. 1833-205.
—— (1979), "Popular Protest in England and Russia: Some Comparisons and Suggestions", en A. G. Cross (ed.), *Great Britain and Russia in the Eighteenth Century: Contrasts and Comparisons*, Newton, Oriental Research Partners, pp. 263-278.
Loschky, David J. (1973), "Studies of the Navigation Acts: New Econo-

mic Non-History?", *Economic History Review*, 2a. serie, xxvi, 4, pp. 689-691.

Lotté, Sophie A. (1962), "À propos de l'article de George Rudé", *Critica Storica*, I, 4, pp. 387-391.

Lough, John (1987), *France on the Eve of Revolution: British Travellers' Observations, 1763-1788*, Chicago, Dorsey.

Lovejoy, Paul E. (1978), "Plantations in the Economy of the Sokoto Caliphate", *Journal of African History*, xix, 3, pp. 341-368.

— (1979), "Indigenous African Slavery", en M. Craton (ed.), *Roots and Branches: Current Directions in Slave Studies*, Toronto, Pergamon, pp. 19-61.

— (1982), "The Volume of the Atlantic Slave Trade: A Synthesis", *Journal of African History*, xxiii, 4, pp. 473-501.

Lovejoy, Paul E. y Jan S. Hogendorn (1979), "Slave Marketing in West Africa", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 213-235.

Lowenthal, David (1952), "Colonial Experiments in French Guiana, 1760-1800", *Hispanic American Historical Review*, xxxii, 1, pp. 22-43.

Loy, Jane M. (1981), "Forgotten Comuneros. The 1781 Revolt in the Llanos of Casanare", *Hispanic American Historical Review*, LXI, 2, pp. 235-257.

Lubin, Maurice A. (1968), "Les premiers rapports de la nation haïtienne avec l'étranger", *Journal of Interamerican Studies*, x, 2, pp. 277-305.

Lucas, Colin (1973), "Nobles, Bourgeois and the Origins of the French Revolution", *Past and Present*, núm. 60, agosto, pp. 84-126.

— (1979), "Violence thermidorienne et société traditionnelle", *Cahiers d'Histoire*, xxxiv, 4, pp. 3-43.

Ludden, David (1985), *Peasant History in South India*, Princeton, Princeton University Press.

Lundhal, Mats (1984), "Defense and Distribution: Agricultural Policy in Haiti During the Reign of Jean-Jacques Dessalines, 1804-1806", *Scandinavian Economic History Review*, xxxii, 2, pp. 77-103.

Lutfalla, Michel (1966), "Saint-Just, analyste de l'inflation révolutionnaire", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, XLIV, 2, pp. 242-255.

Lüthy, Herbert (1960), "Necker et la Compagnie des Indes", *Annales E. S. C.*, xv, 5, pp. 852-881.

— (1961), *La banque protestante en France de la révocation de l'Edit de Nantes à la Révolution*, II, *De la banque aux finances (1730-1794)*, París, SEVPEN.

Luz, Nicia Vitela (1960), "Inquietações revolucionarias no sul: Conjuração mineira", en S. Buarque de Holanda (ed.), *Historia geral da civilização brasileira*, t. I, 2 vols., São Paulo, Difusão Européia do Livro, pp. 394-405.

Lyashchenko, Peter I. (1970), *History of the National Economy of Russia to the 1917 Revolution*, Nueva York, Octagon.

Lynch, John (1969), "British Policy and Spanish America, 1783-1808", *Journal of Latin American Studies*, I, 1, pp. 1-30.

—— (1973), *The Spanish American Revolutions, 1808-1826*, Nueva York, W. W. Norton.

—— (1985), "The Origins of Spanish American Independence", en *Cambridge History of Latin America*, III, L. Bethell (ed.), *From Independence to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 3-50.

Lynd, Staughton (1961), "Who Shall Rule at Home? Dutchess County, New York, in the American Revolution", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XVIII, 3, pp. 330-359.

—— (1967), *Class Conflict, Slavery, and the United States Constitution: Ten Essays*, Indianapolis, Bobbs-Merrill.

Macdonald, Stuart (1980), "Agricultural Response to a Changing Market during the Napoleonic Wars", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXIII, 1, pp. 59-71.

Macedo, Jorge de (1954), "Portugal e a economia 'pombalina': Temas e hipóteses", *Revista de Historia*, IX, pp. 81-99.

Mackay, D. L. (1974), "Direction and Purpose in British Imperial Policy, 1793-1801", *Historical Journal*, XVII, 3, pp. 487-501.

Mackesy, Piers (1964), *The War for America, 1775-1783*, Cambridge, Harvard University Press.

Mackrell, J. Q. C. (1973), *The Attack on 'Feudalism' in Eighteenth-Century France*, Londres, Routledge and Kegan Paul.

Macmillan, David S. (1970), "The Scottish-Russian Trade: Its Development, Fluctuations, and Difficulties, 1750-1796", *Canadian-American Slavic Studies*, IV, 3, pp. 426-442.

—— (1973), "Paul's 'Retributive Measures' of 1800 Against Britain: The Final Turning-Point in British Commercial Attitudes towards Russia", *Canadian-American Slavic Studies*, VII, 1, pp. 68-77.

—— (1979), "Problems in the Scottish Trade with Russia in the Eighteenth Century: A Study in Mercantile Frustration", en A. G. Cross (ed.), *Great Britain and Russia in the Eighteenth Century: Contrasts and Comparisons*, Newton, Oriental Research Partners, pp. 164-180.

Madariaga, Isabel de (1962), *Britain, Russia, and the Armed Neutrality of 1780*, New Haven, Yale University Press.

—— (1974), "Catherine II and the Serfs: A Reconsideration of Some Problems", *Slavonic and East European Review*, LII, núm. 126, pp. 34-62.

Madariaga, Salvador de (1948), *The Fall of the Spanish American Empire*, Nueva York, Macmillan.

Mahan, Alfred T. (1893), *The Influence of Sea Power upon the French Revolution and Empire, 1793-1812*, 2 vols., Londres, Sampson Low, Marston.

Maier, Pauline (1971), "Revolutionary Violence and the Relevance of History", *Journal of Interdisciplinary History*, II, 1, pp. 119-136.

— (1972), *From Resistance to Revolution: Colonial Radicals and the Development of American Opposition to Great Britain, 1765-1776*, Nueva York, Alfred A. Knopf.

Main, Gloria L. (1983), "The Standard of Living in Colonial Massachusetts", *Journal of Economic History*, XLIII, 1, pp. 101-108.

Main, Jackson Turner (1960), "Charles A. Beard and the Constitution: A Critical Review of Forrest McDonald's *We the People*", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XVIII, 1, pp. 86-102.

— (1961), *The Antifederalists: Critics of the Constitution, 1781-1788*, Chapel Hill, University of North Carolina.

— (1965), *The Social Structure of Revolutionary America*, Princeton, Princeton University Press.

Manchester, Alan K. (1931), "The Rise of the Brazilian Aristocracy", *Hispanic American Historical Review*, XI, 2, pp. 145-168.

— (1933), *British Preëminence in Brazil: Its Rise and Decline*, Chapel Hill, University of North Carolina.

— (1957), "The Recognition of Brazilian Independence", *Hispanic American Historical Review*, XXXI, 1, pp. 80-96.

Manfred, Alfred Z. (1961), *La grande Révolution française du XVIIIe siècle*, Moscú, Langues Étrangères.

Mann, Julia de Lacy (1958), "The Textile Industry: Machinery for Cotton, Flax, Wool, 1760-1850", en C. Singer *et al.*, *A History of Technology*, IV, *The Industrial Revolution, c. 1750 to c. 1850*, Oxford, Clarendon, pp. 277-307.

Manning, Patrick (1969), "Slaves, Palm-Oil, and Political Power on the West African Coast", *African Historical Studies*, II, 2, pp. 279-288.

— (1979), "The Slave Trade in the Bight of Benin, 1640-1890", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 107-141.

— (1981), "The Enslavement of Africans: A Demographic Model", *Canadian Journal of African Studies*, XV, 3, pp. 499-526.

— (1982), *Slavery, Colonialism and Economic Growth in Dahomey, 1640-1960*, Cambridge, Cambridge University Press.

Mansuy, Andie (1974), "L'impérialisme britannique et les relations coloniales entre le Portugal et le Brésil: Un rapport de l'Amiral Campbell au Foreign Office (14 août 1804)", *Cahiers des Amériques Latines*, núms. 9/10, pp. 131-191.

Mantoux, P. (1928), *The Industrial Revolution in the Eighteenth Century*, 2a. edición corregida, Londres, Jonathan Cape.

Mantran, Robert (1959), "L'évolution des relations entre la Tunisie et l'empire ottoman du XVIe aux XIXe siècle", *Cahiers de Tunisie*, VII, segundo y tercer trimestres, núms. 26/27, pp. 319-333.

— (1962), *Istanbul dans la seconde moitié du XVIIe siècle*, Bibliotèque Archéologique et Historique de l'Institut Français d'Archéologie d'Istanbul, París, A. Maisonneuve.

— (1984), *L'empire ottoman du XVIe au XVIIIe siècle. Administration, économie, société*, Londres, Variorum.

Manuel, Frank E. (1938), "The Luddite Movement in France", *Journal of Modern History*, X, 2, pp. 180-211.
Marczewski, Jean (1961a), "Y a-t-il eu un 'take off' en France?", *Cahiers de l'I. S. E. A.*, suplemento núm. 111, pp. 69-94 (serie A-D, núm. 1).
—— (1961b), "Some Aspects of the Economic Growth of France, 1660-1958", *Economic Development and Cultural Change*, IX, 2, pp. 369-386.
—— (1963), "The Take-Off Hypothesis and French Experience", en W. W. Rostow (ed.), *The Economics of Take-Off into Sustained Growth*, Londres, Macmillan, pp. 119-138.
—— (1965), "Le produit physique de l'économie française de 1789 à 1913 (comparaison avec l'Angleterre)", *Cahiers de l'I. S. E. A.*, AF (4), núm. 163, pp. vii-cliv.
Mardin, Serif (1969), "Power, Civil Society and Culture in the Ottoman Empire", *Comparative Studies in Society and History*, XI, 3, pp. 258-281.
Margadant, Ted W. (1983), "Local Elites and the Revolutionary Reconstruction of the French State", ponencia expuesta en IV, International Conference of Europeanists, Washington, D. C., octubre 13-15, mimeo, pp. 13-15.
Markov, Walter (1960), "Les 'Jacquesroutins'", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXXII, abril-junio, pp. 163-182.
Markovitch, Tihomir J. (1965, 1966a-c), "L'industrie francaise de 1789 à 1964", *Cahiers de l'I. S. E. A.*, AF, 4, núm. 163, julio (1965); AF, 5, núm. 171, marzo (1966a); AF, 6, núm. 174, junio (1966b); AF, 7, núm. 179, noviembre (1966c).
—— (1968), "L'industrie française au XVIII[e] siècle: L'industrie lainiere à la fin du régne de Louis XIV et sous la régence", *Economies et Sociétés*, II, 8, pp. 1517-1697.
—— (1974), "La révolution industrielle: Le cas de la France", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, LII, 1, pp. 115-125.
—— (1976a), "La croissance industrielle sous l'Ancien Régime", *Annales E. S. C.*, XXXI, 3, pp. 644-655.
—— (1976b), *Histoire des industries françaises*, I, *Les industries lainières de Colbert à la Révolution*, Ginebra, Droz.
Marshall, J. D. (1968), *The Old Poor Law, 1795-1834*, Londres, Macmillan.
Marshall, Peter J. (1962), "Radicals, Conservatives, and the American Revolution", *Past and Present*, núm. 23, pp. 44-56.
—— (1964a), "The First and Second British Empires: A Question of Demarcation", *History*, XLIX, núm. 165, pp. 13-23.
—— (1964b), "The British Empire and the American Revolution", *Huntington Library Quarterly*, XXVII, 2, pp. 135-145.
—— (1975a), "Economic and Political Expansion: The Case of Oudh", *Modern Asian Studies*, IX, 4, pp. 465-482.
—— (1975b), "British Expansion in India in the Eighteenth Century: A Historical Revision", *History*, LX, núm. 198, pp. 28-43.

— (1976), *East Indian Failures: The British in Bengal in Eighteenth Century*, Oxford, Clarendon.
— (1980), "Western Arms in Maritime Asia in the Early Phases of Expansion", *Modern Asian Studies*, XIV, 1, pp. 13-28.
Marshall, Peter, J. (ed.) (1968), *Problems of Empire: Britain and India, 1757-1813*, Londres, George Allen and Unwin.
Martin, Bradford G. (1976), *Muslim Brotherhoods in Nineteenth-Century Africa*, Cambridge, Cambridge University Press.
Martin, Gaston (1930), "Capital et travail à Nantes au cours du XVIIIe siècles", *Revue d'Histoire Économique et Social*, XVIII, 1, pp. 52-85.
—(1931), *Nantes au XVIIIe siècle: L'ère des négriers (1714-1774)*, París, Felix Alcan.
— (1948), *Histoire de l'esclavage dans les colonies françaises*, París, Presses Universitaires de France.
Martin, Phyllis M. (1972), *The External Trade of the Loango Coast, 1576-1870: The Effects of Changing Commercial Relations on the Vili Kingdom of Loango*, Oxford, Clarendon.
Marwick, W. H. (1924), "The Cotton Industry and the Industrial Revolution in Scotland", *Scottish Historical Review*, XXI, pp. 207-218.
Marx, Karl (1967), *Capital*, 3 vol., Nueva York, International Publishers. (Originalmente publicado en 1867).
Marzahl, Peter (1974), "Creoles and Government: The Cabildo of Popayán", *Hispanic American Historical Review*, LIV, 4, pp. 636-656.
Mason, Michael (1969), "Population Density and 'Slave Raiding'— The Case of the Middle Belt of Nigeria", *Journal of African History*, X, 4, pp. 551-564.
—(1971), "Population Density and 'Slave Raiding'—A Reply", *Journal of African History*, XII, 2, pp. 324-327.
Masson, Paul (1911), *Histoire du commerce française dans le Levant au XVIIIe siècle*, París, Hachette.
Mathias, Peter (1969), *The First Industrial Nation*, Londres, Methuen.
— (1973), "Capital, Credit and Enterprise in the Industrial Revolution", *Journal of European Economic History*, II, 1, pp. 121-143.
— (1979a), "British Industrialization: 'Unique or Not?', en *The Transformation of England*, Londres, Methuen, pp. 3-20. (Originalmente publicado en *Annales E. S. C.*, 1972.)
—(1979b), "Skills and the Diffusion of Innovations from Britain in the Eighteenth Century", en *The Transformation of England*, Londres, Methuen, pp. 21-44. (Originalmente publicado en *Transactions of the Royal Historical Society*, 1975.)
— (1979c), "Who Unbound Prometheus? Science and Technical Change, 1600-1800", en *The Transformation of England*, Londres, Methuen, pp. 45-71. (Originalmente publicado en 1972.)
—(1979d), "The Social Structure in the Eighteenth Century: A Calculation by Joseph Massie", en *The Transformation of England*, Londres, Methuen, pp. 171-189. (Originalmente publicado en 1957.)
— (1986), "British Trade and Industry, 1786-1986", en S. Foreman

(ed.), *Striking a Balance... The Board of Trade, 1786-1986*, Londres, HMSO, pp. 1-21.
Mathias, Peter y Patrick O'Brien (1976), "Taxation in Britain and France, 1715-1810", *Journal of European Economic History*, v. 3, pp. 601-650.
Mathiez, Albert (1923-1924), *La Révolution françàise*, París, Armand Colin.
—— (1931), "Les corporations ont-elles été supprimés en principe dans la nuit du 4 août 1789?", *Annales Historiques de la Révolution Française*, VIII, núm. 45, pp. 252-257.
Matsui, Toru (1968), "On the Nineteenth-Century Indian Economic History—A Review of a 'Reinterpretation'", *Indian Economic and Social History Review*, I, pp. 17-33.
Matthewson, Timothy M. (1979), "George Washington's Policy Toward the Haitian Revolution", *Diplomatic History*, III, 3, pp. 321-336.
Mattoso, Katia M. de Queiros (1970), "Conjoncture et société au Brésil à la fin du XVIIIe siècle", *Cahiers des Amériques Latines*, núm. 5, enero-junio, pp. 33-53.
Mauro, Frédéric (1972), "A conjuntura atlántica e a Indepêndencia do Brasil", en C. G. Mota (ed.), *1822: Dimensões*, São Paulo, Perspectiva, pp. 38-47.
Maxwell, Kenneth R. (1968), "Pombal and the Nationalization of the Luso-Brazilian Economy", *Hispanic American Historical Review*, XLVIII, 4, pp. 608-631.
—— (1973), *Conflicts and Conspiracies: Brazil and Portugal, 1750-1808*, Cambridge, Cambridge University Press.
Mayer, Margit y Margaret A. Fay (1977), "The Formation of the American Nation-State", *Kapitalistate*, núm. 6, otoño, pp. 39-90.
Mazauric, Claude (1965), "Vendée et chouannerie", *La Penseé*, s. p. i., núm. 124, pp. 54-85.
—— (1967), "Réflexions sur une nouvelle conception de la Révolution francaise", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXXIX, núm. 189, pp. 339-368.
—— (1969), "Bilan et perspectives de recherches: L'histoire du XVIIIe siècle et de la Révolution française", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XLI, 4, núm. 198, pp. 667-685.
—— (1970), *Sur la Révolution française. Contributions à la révolution bourgeoise*, París, Éd. Sociales.
—— (1975), "Quelques voies nouvelles pour l'histoire politique de la Révolution française", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XLVII, núm. 219, pp. 134-173.
—— (1985), "Autopsie d'un échec: La résistance à l'anti-révolution et la défaite de la contre-révolution", en F. Lebrun y R. Dupuy (eds.), *Les résistances à la Révolution*, París, Imago, pp. 237-244.
M'Bokolo, Elikia (1980), *De l'abolition de la traite à la conquête continentale, 1800-1870*, París, Centre d'Études Africaines, mimeo.
McAlister, L. N. (1963), "Social Structure and Social Change in

New Spain", *Hispanic American Historical Review*, XLIII, 3, pp. 349-379.

McCallum, John (1980), *Unequal Beginnings: Agriculture and Economic Development in Quebec and Ontario until 1870*, Toronto, University of Toronto.

McCary, B. D. (1928), *The Causes of the French Intervention in the American Revolution*, Tolosa, Eduard Privat.

McClelland, Peter D. (1969), "The Cost to America of British Imperial Policy", *American Economic Review*, LIX, 2, Papers and Proceedings, pp. 370-382.

— (1970), "On Navigating the Navigation Acts with Peter McClelland: Reply", *American Economic Review*, LX, 5, pp. 956-958.

— (1973), "The New Economic History and the Burdens of the Navigation Acts: A Comment", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVI, 4, pp. 679-686.

McCloskey, Donald N. (1972), "The Enclosure of Open Fields: Preface to a Study of its Impact on the Efficiency of English Agriculture in the Eighteenth Century", *Journal of Economic History*, XXXII, 1, pp. 15-35.

— (1981), "The Industrial Revolution, 1780-1860: A Survey", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 103-127.

McCloy, Shelby T. (1952), *French Inventions of the Eighteenth Century*, Lexington, University of Kentucky.

McCoy, Drew R. (1974), "Republicanism and American Foreign Policy: James Madison and the Political Economy of Commercial Discrimination, 1789-1794", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXXI, 4, pp. 633-646.

— (1980), *The Elusive Republic: Political Economy in Jeffersonian America*, Chapel Hill, University of North Carolina.

McCulloch, J. R. (1827), "Rise, Progress, Present State, and Prospects of the Cotton Manufacture", *Edinburgh Review*, XLVI, núm. 91, pp. 1-39.

McDonald, Forrest (1960), "Rebuttal", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XVII, 1, pp. 102-110.

McDowell, R. B. (1979), *Ireland in the Age of Imperialism and Revolution, 1760-1801*, Oxford, Clarendon.

McEvedy, Colin (1972), *The Penguin Atlas of Modern History (to 1815)*, Londres, Penguin.

McGowan, Bruce (1981a), *Economic Life in Ottoman Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1981b), "The Study of Land and Agriculture in the Ottoman Provinces Within the Context of an Expanding World Economy in the 17th and 18th Centuries", *International Journal of Turkish Studies*, II, 1, pp. 57-63.

McGuire, Robert A. y Robert L. Ohsfeldt (1984), "Economic Interests

and the American Constitution: A Qualitative Rehabilitation of Charles A. Beard", *Journal of Economic History*, XLIV, 2, pp. 509-519.

McKeown, Thomas (1976), *The Modern Rise of Population*, Nueva York, Academic.

McKeown, Thomas C., R. G. Brown (1969), "Medical Evidence Related to English Population Changes in the Eighteenth Century", en M. Drake (ed.), *Population in Industrialization*, Londres, Methuen, pp. 40-72. (Originalmente publicado en *Population Studies*, 1955.)

McKeown, Thomas, R. G. Brown y R. G. Record (1972), "An Interpretation of the Modern Rise of Population in Europe", *Population Studies*, XXVI, parte 3, pp. 345-382.

McKeown, Thomas y R. G. Record (1962), "Reasons for the Decline of Mortality in England and Wales During the Nineteenth Century", *Population Studies*, XVI, parte 2, pp. 94-122.

McNeill, William H. (1964), *Europe's Steppe Frontier, 1500-1800*, Chicago, University of Chicago.

—— (1976), *Plagues and Peoples*, Garden City, Anchor.

—— (1982), *The Pursuit of Power*, Chicago, University of Chicago.

McNickle, D'Arcy (1957), "Indian and European: Indian-White Relations from Discovery to 1887", *Annals of the* AAPSS, CCCXI, mayo, pp. 1-11.

McPhee, Allan (1926), *The Economic Revolution in British West Africa*, Londres, Geo. Routledge.

Meillassoux, Claude (1971a), "Introduction", en *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*, Londres, Oxford University Press, pp. 3-86.

—— (1971b), "Le commerce pré-colonial et le développement de l'esclavage à Gübu du Sahel (Mali)", en C. Meillassoux (ed.), *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*, Londres, Oxford University Press, pp. 182-195.

Meinig, D. W. (1986), *The Shaping of America: A Geographical Perspective on 500 Years of History*, I, *Atlantic America, 1492-1800*, New Haven, Yale University Press.

Mendels, Franklin (1972), "Proto-industrialization: The First Phase of the Industrialization Process", *Journal of Economic History*, XXXII, 1, pp. 241-261.

Metcalf, George (1987), "A Microcosm of why Africans Sold Slaves: Akan Consumption Patterns in the 1770s", *Journal of African History*, XXVIII, 3, pp. 377-394.

Metcalfe, G. E. (1962), *MacLean of the Gold Coast: The Life and Times of George MacLean, 1801-1847*, Londres, Oxford University Press.

Mettas, Jean (1975), "La traite portugaise en Haute Guinée, 1758-1797: Problèmes et méthodes", *Journal of African History*, XVI, 3, pp. 343-363.

Meuvret, Jean (1971a), "Les oscillations des prix des céréales aux XVIIe et XVIIIe siècles en Angleterre et dans les pays du bassin parisien",

en *Études d'histoire économique*. París, Armand Colin, pp. 113-124. (Originalmente publicado en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 1969.)

— (1971b), "L'agriculture en Europe aux XVIIe et XVIIIe siècles", en *Études d'histoire économique*, París, Armand Colin, pp. 163-181. (Originalmente publicado en *Relazioni del X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, 1955.)

— (1971c), "Domaines ou ensembles territoriaux?", en *Études d'histoire économique*, París, Armand Colin, pp. 183-191. (Originalmente publicado en *Première Conférence Internationale d'Histoire Économique*, 1960.)

— (1971d), "La vaine pâture et le progrès agronomique avant la Révolution", en *Études d'histoire économique*, París, Armand Colin, pp. 193-196. (Originalmente publicado en *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, 1969.)

— (1971e), "Les crises de subsistance et la démographie de la France d'Ancien Régime", en *Études d'histoire économique*, París, Armand Colin, pp. 271-278. (Originalmente publicado en *Population*, 1946.)

Meyer, Jean (1960), "Le commerce négrier nantais (1774-1792)", *Annales E. S. C.*, XV, 1.

— (1966), *La noblesse bretonne au XVIIIe siècle*, 2 vols. París, SEVPEN, pp. 120-129.

— (1969), *L'armement nantais dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle*, París, SEVPEN.

— (1979a), "La guerre d'indépendance américaine et les problèmes navals européens. Rapports de force et influence sur le conflit", en *La Révolution américaine et l'Europe*, Colloques Internationaux du CNRS, núm. 557, París, CNRS, pp. 187-217.

— (1979b), "Les difficultés de commerce franco-américain vues de Nantes (1776-1790)", *French Historical Studies*, XI, 2, pp. 159-183.

Meyers, Allan (1971), "Slavery in the Hausa-Fulani Emirates", en D. McCall y W. Bennett (eds.), *Aspects of West African Islam*, Boston, Boston University African Studies Center, pp. 173-184.

Michalet, Charles-Albert (1968), "Economie et politique chez Saint-Just. L'exemple de l'inflation", *Annales Historiques de la Révolution Française*, LV, núm. 191, pp. 60-110.

Michoff, Nicolas V. (1970), *Contribution à l'histoire du commerce de la Turquie et de la Bulgarie*, VI, *Auteurs français, allemands et anglais*, Sofía, Akad. na nauike.

Middlekauff, Robert (ed.) (1964), *Bacon's Rebellion*, Chicago, Rand McNally.

Miller, Alexandre (1926), *Essai sur l'histoire des institutions agraires de la Russie centrale du XVIe au XVIIIe siècles*, París, Marcel Giard.

Milward, Alan S. y S. B. Saul (1973), *The Economic Development of Continental Europe, 1780-1870*, Londres, George Allen and Unwin.

Minchinton, Walter, E. (1969), "Introduction", en Walter E. Minchin-

ton (ed.), *The Growth of English Overseas Trade in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Londres, Methuen, pp. 1-63.

—— (1973), "Patterns of Demand, 1750-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, III, *The Industrial Revolution*, Londres, Collins/Fontana, pp. 77-186.

—— (1979), "The Triangular Trade Revisted", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 331-352.

Mingay, G. E. (1956), "The Agricultural Depression, 1730-1750", *Economic History Review*, 2a. serie, VIII, 3, pp. 323-338.

—— (1960), "The Large Estate in Eighteenth-Century England", en *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, August, París y La Haya, Mouton, pp. 367-383.

—— (1963), "The 'Agricultural Revolution' in English History: A Reconsideration", *Agricultural History*, XXXVII, 3, pp. 123-133.

—— (1969), "Dr. Kerridge's 'Agricultural Revolution': A Comment", *Agricultural History*, XLIII, 4, pp. 477-481.

Mingay, G. E. (ed.) (1977), *The Agricultural Revolution: Changes in Agriculture, 1650-1880*, Londres, Adam & Charles Black.

Misra, B. B. (1959), *The Central Administration at the East India Company, 1773-1834*, Manchester, Manchester University Press.

Mitchell, Harvey (1974), "Resistance to the Revolution in Western France", *Past and Present*, núm. 63, pp. 405-429.

Mitchison, Rosalind (1959), "The Old Board of Agriculture (1793-1822)", *English Historical Review*, LXXIV, núm. 290, pp. 41-69.

Mokyr, Joel (1974), "The Industrial Revolution in the Low Countries in the First Half of the Nineteenth Century: A Comparative Case Study", *Journal of Economic History*, XXXIV, 2, pp. 365-391.

—— (1977), "Demand vs. Supply in the Industrial Revolution", *Journal of Economic History*, XXXVII, 4, pp. 981-1008.

—— (1984), "Demand versus Supply in the Industrial Revolution: A Reply", *Journal of Economic History*, XLIV, 3, pp. 806-809.

Mokyr, Joel y N. Eugene Savin (1976), "Stagflation in Historical Perspective: The Napoleonic Wars Revisited", en P. Uselding (ed.), *Research in Economic History*, vol. I, Greenwich, Greenwood, pp. 198-259.

Montgolfier, Bernard de (1980), *Il y a cent cinquante ans... Juillet 1830*, París, Musée Carnavalet.

Moore, Barrington, Jr. (1966), *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, Boston, Beacon.

Moosvi, Shireen (1973), "Production, Consumption, and Population in Akbar's Time", *Indian Economic and Social History Review*, X, 2, pp. 181-195.

—— (1977), "Note on Professor Alan Heston's 'The Standard of Living in Akbar's Time: A Comment'", *Indian Economic and Social History Review*, XIV, 3, pp. 359-374.

Moreaux, Philippe (1968), "Truck-system et revendications sociales

dans la sidérurgie luxembourgeoise du XVIIIe siècle", *Mélanges offerts à G. Jacquemyns*, Bruselas, Université Libre de Bruxelles, pp. 527-530.
Morgan, Edmund S. (1967), "The Puritan Ethic and the American Revolution", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXIV, 1, pp. 3-43.
— (1973), "Conflict and Consensus in the American Revolution", en S. G. Kurtz y J. H. Hutson (eds.), *Essays on the American Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina, pp. 289-309.
— (1977), *The Birth of the Republic, 1763-1789*, edición corregida, Chicago, University of Chicago.
Morgan, Edmund S. y M. Helen (1953), *The Stamp Act Crisis: Prelude to Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina.
Morgan, Valerie (1971), "Agricultural Wage Rates in Late Eighteenth-Century Scotland", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIV, 2, pp. 181-201.
Morin, Victor (1949), "La 'république canadienne' de 1838", *Revue d'Histoire de l'Amérique Française*, II, 4, pp. 483-512.
Morineau, Michel (1965), "Le balance du commerce franco-néerlandais et le resserrement économique des Provinces-Unies au XVIIIe siècle", *Economisch-Historisch Jaarboek*, XXX, pp. 170-233.
— (1969a), "Histoire sans frontière: Prix et 'révolution agricole'", *Annales E. S. C.*, XXIV, 2, pp. 403-4233.
— (1969b), "Réflexions tardives et conclusions prospectives", en J. Goy y E. LeRoy Ladurie (eds.), *Les fluctuations de la dîme*, París y La Haya, Mouton, pp. 320-333.
— (1971), *Les faux-semblants d'un démarrage économique: Agriculture et démographie en France au XVIIIe siècle*, París, Armand Colin.
— (1972a), "L'ankylose de l'économie méditerranéenne au XVIIIe et au début de XIXe siècles: Le rôle de l'agriculture", en *Cahiers de la Méditerranée*, serie especial, núm. 1, jornadas de estudio del 12 y 13 de mayo, Niza, pp. 95-105.
— (1972b), "Budgets popularies en France au XVIIIe siècle", *Revue de'Histoire Économique et Sociale*, L, 2, 4, pp. 444-481.
— (1974a), "A la Halle de Charleville: Fourniture et prix des grains ou les mécanismes du marché (1647-1821)", en *Actes du 95e Congrès National des Sociétés Savantes, Reims, 1970, Section d'Histoire Moderne et Contemporaine*, París, Bibliothèque Nationale, II, pp. 159-222.
— (1974b), "Révolution agricole, révolution alimentaire, révolution démographique", *Annales de Démographie Historique*, pp. 335-371.
— (1976a), "Le rose et le vert", *Annales E. S. C.*, XXXI, 2, pp. 467-510.
— (1976b), "Les problèmes de la modernisation des structures économiques et sociales dans une économie multisectorielle", en *Fifth International Conference of Economic History*, Leningrado, 1970, La Haya, Mouton, pp. 42-72.
— (1978), "Trois contributions au colloque de Göttingen", en E. Hinrichs *et al.* (eds.), *Von Ancien Regime zur Französischen Revolution*, Gotinga, Vandenhoeck and Ruprecht, pp. 374-419.

—— (1980a), "La dîme et l'enjeu", *Annales Historiques de la Révolution Française*, LII, 2, núm. 240, pp. 161-180.
—— (1980b), "Budgets de l'État et gestion des finances royales en France au dix-huitième siècle", *Revue Historique*, CCLXIV, 2, núm. 536, pp. 289-336.
—— (1985), "Raison, Révolution et Contre-Révolution", en F. Lebrun y R. Dupuy (eds.), *Les résistances à la Révolution*, París, Imago, pp. 284-291.
Morris, Morris David (1968), "Towards a Re-interpretation of the 19th Century Indian Economic History", *Indian Economic and Social History Review*, V, 1, pp. 1-16.
Morris, Morris David y Burton Stein (1961), "The Economic History of India: A Bibliographic Essay", *Journal of Economic History*, XXI, 2, pp. 179-207.
Morris, R. J. (1979), *Class and Class Consciousness in the Industrial Revolution, 1780-1850*, Londres, Macmillan.
Morris, Richard B. (1946), *Government and Labor in Early America*, Nueva York, Columbia University Press.
Mota, Carlos Guilherme (1967), *Idéia de revolução no Brasil no final do século XVIII*, São Paulo, Universidade de São Paulo.
—— (1972), "Europeus no Brasil à epoca da Independência: Um estudo", en C. G. Mota (ed.), *1822: Dimensões*, São Paulo, Perspectiva, pp. 56-73.
—— (1973), "Efetos dos movimentos sociais brasileiros na politica metropolitana: A 'revolução' nordestina de 1817", *Luso-Brazilian Review*, X, 1, pp. 76-85.
Mourlot, F. (1911), "La crise de l'industrie drapière à Sedan, en 1788", *Revue Historique Ardennaise*, XVIII, mayo-junio, pp. 104-106.
Mouser, Bruce L. (1973), "Trade, Coasters, and Conflict in the Rio Pongo from 1790-1808", *Journal of African History*, XIV, 1, pp. 45-64.
Mouyabi, Jean (1976), "La Piste des Esclaves et des Portages", Université de Brazzaville.
—— (1979), "Essai sur le commerce précolonial et protocolonial au Congo méridional (XVIIIe-début XXe siècle)", tesis, 2a. serie, EHESS, París.
Mui y Mui, Lorna H. (1963), "The Commutation Act and the Tea Trade in Britain, 1784-1793", *Economic History Review*, 2a. serie, XVI, 2, pp. 234-2533.
—— (1975), "Trends in Eighteenth Century Smuggling' Reconsidered", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVIII, 1, pp. 28-433.
Mukherjee, Nolmani (1962), *The Ryotwari System in Madras, 1792-1827*, Calcuta, K. L. Mukhopadhyay.
Mukherjee, Nolmani y Robert Eric Frykenberg (1969), "The Ryotwari System and Social Organization in the Madras Presidency", en R. E. Frykenberg (ed.), *Land Control and Social Structure in Indian History*, Madison, University of Wisconsin, pp. 217-226.

Mukherjee, Ramkrishna (1955), *The Rise and Fall of the East India Company*, Berlín, Deutscher Verlag der Wissenschaften.
— (1982), "Trade and Empire in Awadh, 1765-1804", *Past and Present*, núm. 94, pp. 85-102.
Müller, Birgit (1985), "Commodities as Currencies: The Integration of Overseas Trade into the Internal Trading Structure of the Igbo of South-East Nigeria", *Cahiers d'Études Africaines*, XXV, 1, núm. 97, pp. 57-77.
Mullet, C. F. (1946), "The Cattle Distemper in Mid-Eighteenth Century England", *Agricultural History*, XX, 3, pp. 144-165.
Munger, Frank (1981), "Contentious Gatherings in Lancashire, England, 1750-1830", en Louise A. Tilly y Charles Tilly (eds.), *Class Conflict and Collective Action*, Beverly Hills, Sage, pp. 73-109.
Munro, J. Forbes (1976), *Africa and the International Economy, 1800-1960*, Londres, J. M. Dent.
Muñoz Oraá, Carlos E. (1960), "Pronóstico de la Independencia de América, y un proyecto de monarquías en 1781", *Revista de Historia de América*, núm. 50, pp. 439-473.
Murphy, James y Patrice Higonnet (1973), "Les députés de la noblesse aux États Généraux de 1789", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XX, 2, pp. 230-247.
Murphy, Orville T. (1966), "DuPont de Nemours and the Anglo-French Commercial Treaty of 1786", *Economic History Review*, 2a. serie, XIX, 3, pp. 569-580.
Musson, A. E. (1972), "Introduction", en A. E. Musson (ed.), *Science, Technology and Economic Growth in the Eighteenth Century*, Londres, Methuen, pp. 1-68.
— (1976), "Industrial Motive Power in the United Kingdom, 1800-1870", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIX, 3, pp. 415-439.
Naff, Thomas (1963), "Reform and the Conduct of Ottoman Diplomacy in the Reign of Selim III, 1789-1807", *Journal of the American Oriental Society*, LXXXIII, 3, pp. 295-315.
Nairn, Tom (1964), "The English Working Class", *New Left Review*, núm. 24, pp. 43-57.
Namier, Lewis B. (1930), *England in the Age of the American Revolution*, Londres, Macmillan.
— (1957), *The Structure of Politics at the Accession of George III*, 2a. ed., Londres, Macmillan.
Naqui, H. K. (1968), *Urban Centres and Industries in Upper India, 1556-1803*, Nueva York, Asia Publ. House.
Nash, Gary B. (1976a), "Social Change and the Growth of Prerevolutionary Urban Radicalism", en A. F. Young (ed.), *The American Revolution: Explorations in the History of American Radicalism*, DeKalb, Northern Illinois University Press, pp. 3-36.
— (1976b), "Urban Wealth and Poverty in Pre-Revolutionary America", *Journal of Interdisciplinary History*, VI, 4, pp. 545-584.
— (1979), *The Urban Crucible: Social Change, Political Conscious-*

ness, and the Origins of the American Revolution, Cambridge, Harvard University Press.

—— (1984), "Social Development", en Jack P. Greene y J. R. Pole (eds.), *Colonial British America: Essays in the New History of the Early Modern Era*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 233-261.

—— (1986), *Race, Class, and Politics: Essays on American Colonial Revolutionary Society*, Urbana, University of Illinois.

Nash, R. C. (1985), "Irish Atlantic Trade in the Seventeenth and Eighteenth Centuries", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XLII, 3, pp. 329-356.

Nathan, James A. (1980), "The Heyday of the Balance of Power, Frederick the Great and the Decline of the Old Regime", *Naval War College Review*, XXXIII, 4, seq., 280, pp. 53-67.

Navarro García, Luis (1975), *Hispanoamérica en el siglo XVIII*, Sevilla, Universidad de Sevilla.

Neale, R. S. (1966), "The Standard of Living, 1780-1844: A Regional and Class Study", *Economic History Review*, 2a. serie, XIX, 3, pp. 590-606.

Neale, Walter, C. (1962), *Economic Change in Rural India: Land and Tenure and Reform, 1800-1955*, New Haven, Yale University Press.

Neatby, Hilda (1966), *Quebec: The Revolutionary Age, 1760-1791*, Toronto, McClelland & Stewart.

Nef, John U. (1943), "The Industrial Revolution Reconsidered", *Journal of Economic History*, III, 1, pp. 1-31.

—— (1954), "The Progress of Technology and the Growth of Large-Scale Industry in Great Britain, 1540-1640", en E. M. Carus-Wilson (ed.), *Essays in Economic History*, vol. I, Londres, Edward Arnold, pp. 88-107. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1934.)

—— (1957), "Coal Mining and Utilization", en C. Singer *et al.*, *A History of Technology*, III, *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c. 1500-c. 1750*, Oxford, Clarendon, pp. 72-88.

—— (1968), "Industrie: I. La civilisation industrielle", *Encyclopedia Universalis*, vol. VIII, Paris, Encyclopedia Universalis France, pp. 966-972.

Nelson, William H. (1961), *The American Tory*, Oxford, Clarendon.

—— (1965), "The Revolutionary Character of the American Revolution", *American Historical Review*, LXX, 4, pp. 998-1014.

Nettels, Curtis P. (1952), "British Mercantilism and the Economic Development of the Thirteen Colonies", *Journal of Economic History*, XII, 2, pp. 105-114.

—— (1962), *The Emergence of a National Economy 1775-1815*, vol. II, *The Economic History of the United States*, Nueva York, Holt, Rinehart, Winston.

Neumann, William L. (1947), "United States Aid to the Chilean Wars of Independence", *Hispanic American Historical Review*, XXVII, 2, pp. 204-219.

Newbury, Colin W. (1961), *The Western Slave Coast and its Rulers: European Trade and Administration Among the Yoruba and Adja-speaking Peoples of South-Western Nigeria, Southern Dahomey and Togo*. Oxford, Clarendon.
— (1966), "North African and Western Sudan Trade in the Nineteenth Century: A Re-evaluation", *Journal of African History*, VII, 2, pp. 233-246.
— (1969), "Trade and Authority in West Africa from 1850 to 1880", en L. H. Gann y P. Duignan (eds.), *Colonialism in Africa*, I, *The History and Politics of Colonialism, 1870-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 66-99.
— (1971), "Price and Profitability in Early 19th Century West African Trade", en C. Meillassoux (ed.), *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*, Londres, Oxford University Press, pp. 91-106.
— (1972), "Credit in Early Nineteenth Century West African Trade", *Journal of African History*, XIII, 1, pp. 81-95.
Newman, K. (1983), "Anglo-Dutch Commercial Co-operation and the Russian Trade in the Eighteenth Century", en W. T. Wieringa *et al.*, *The Interactions of Amsterdam and Antwerp with the Baltic Region, 1400-1800*, Leiden, Martinus Nijhoff, pp. 95-104.
Nicholas, Maurice (1967), "A propos du traité de Paris, 1763: Arpents de neige ou îles à sucre?", *Revue Historique de l'Armée*, XXIII, 3, pp. 73-77.
Nicholls, David (1978), "Race, couleur et indépendance en Haïti (1804-1825)", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XXV, 2, pp. 177-212.
Nightingale, Pamela (1970), *Trade and Empire in Western India, 1784-1806*, Cambridge, Cambridge University Press.
Nolde, Boris (1952-1953), *La formation de l'empire Russe; études, notes et documents*, 2 vols., París, Institut d'Études Slaves.
Nolte, Hans-Heinrich (1981), *Der Aufsteig Russlands zur europäischen Grossmacht*, Stuttgart, Ernst Klett.
— (1982), "The Position of Eastern Europe in the International System in Early Modern Times", *Review*, IV, 1, pp. 25-84.
Nørregård, Georg (1966), *Danish Settlements in West Africa, 1658-1850*, Boston, Boston University Press.
North, Douglass C. (1960), "The United States Balance of Payments, 1790-1860", en National Bureau of Economic Research, *Trends in the American Economy in the Nineteenth Century: Studies in Income and Wealth*, vol. XXIV of the Conference on Research in Income and Wealth, Princeton, Princeton University Press, pp. 573-627.
— (1965), "The Role of Transportation in the Economic Development of North America", en *Les grandes voies maritimes dans le monde, XVe-XIXe siècles*, París, SEVPEN, pp. 209-246.
— (1966), *The Economic Growth of the United States, 1790-1860*, Nueva York, W. W. Norton.

—— (1968), "Sources of Productivity Changes in Ocean Shipping, 1600-1850", *Journal of Political Economy*, LXXVI, 5, pp. 953-970.
—— (1974), *Growth and Welfare in the American Past: A New Economic History*, 2a. ed., Englewood Cliffs, Prentice-Hall.
—— (1985), "Transaction Costs in History", *Journal of European Economic History*, XIV, 3, pp. 557-576.
Northrup, David (1972), "The Growth of Trade Among the Igbo Before 1800", *Journal of African History*, XIII, 2, pp. 217-236.
—— (1976), "The Compatibility of the Slave and Palm Oil Trades in the Bight of Biafra", *Journal of African History*, XVII, 3, pp. 353-364.
—— (1978), *Trade Without Rulers: Pre-colonial Economic Development in South-Eastern Nigeria*, Oxford, Clarendon.
Novais, Fernando A. (1979), *Portugal e Brasil na crise do antigo sistema colonial (1777-1808)*, São Paulo, Hucitec.
Nussbaum, Frederick L. (1925), "American Tobacco and French Politics, 1783-1789", *Political Science Quarterly*, XL, 4, pp. 497-516.
—— (1933), "The Formation of the New East India Company of Calonne", *American Historical Review*, XXXVII, 3, pp. 475-497.
O'Brien, Bickford (1955), "Ivan Pososhkov: Russian Critic of Mercantilist Principles", *American Slavonic and East European Review*, XIV, 4, pp. 503-511.
O'Brien, Patrick K. (1959), "British Incomes and Property in the Early Nineteenth Century", *Economic History Review*, 2a. serie, XII, 2, pp. 255-267.
—— (1977), "Agriculture and Industrial Revolution", *Economic History Review*, 2a. serie, XXX, 1, pp. 166-1811.
—— (1983), "The Impact of the Revolutionary and Napoleonic Wars, 1793-1815, on the Long Run Growth of the British Economy", Princeton University, Davis Center Seminar, mimeo.
—— (1988), "The Political Economy of British Taxation: 1660 to 1815", *Economic History Review*, 2a. serie, XLI, 1, pp. 1-32.
O'Brien, Patrick K. y Caglar Keyder (1978), *Economic Growth in Britain and France, 1790-1914*, Londres, George Allen & Unwin, pp. 164-181.
—— (1979), "Les voies de passage vers la société industrielle en Grande-Bretagne et en France (1780-1914)", *Annales E. S. C.*, XXXIV, 6, pp. 1284-1303.
O'Brien, Patrick K. y S. L. Engerman (1981), "Changes in Income and Its Distribution During the Industrial Revolution", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press.
Okoye, F. Nwabueze (1980), "Chattel Slavery as the Nightmare of the American Revolutionaries", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXXVII, 1, pp. 3-28.
Okyar, Osman (1987), "A New Look at the Problem of Economic Growth in the Ottoman Empire", *Journal of European Economic History*, XVI, 1, pp. 7-49.

Oliver, Pierre (1936), *Les antécédents d'une révolution: Études sur le développement de la société française de 1715 à 1789*, París, Marcel Revière.

Oliver, Roland y Anthony Atmore (1981), *The African Middle Ages, 1400-1800*, Cambridge, Cambridge University Press.

Oloruntimehin, B. Olatunji (1971-1972), "The Impact of the Abolition Movement on the Social and Political Development of West Africa in the Nineteenth and Twentieth Centuries", *African Notes*, VII, 1, tercer cuatrimestre, pp. 33-58.

— (1974), "The Western Sudan and the Coming of the French, 1800-1893", en J. F. A. Ajayi y M. Crowder (eds.), *History of West Africa*, vol. II, Londres, Longman, pp. 344-379.

Osler, Pierre (ed.) (1978), *Dictionaire de citations français*, París, Usuels de Robert.

Ospina Vásquez, Luis (1955), *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*, Medellín, Bibl. Colombiana de Ciencias Sociales, FAES.

Ott, Thomas O. (1973), *The Haitian Revolution, 1789-1804*, Knoxville, University of Tennessee.

Ouellet, Fernand (1971), *Histoire économique et sociale du Québec, 1760-1850: Structures et conjoncture*, 2 vols., Montreal, Fides.

Ouellet, Fernand y Jean Hamelin (1962), "La crise agricole dans le Bas-Canada (1802-1837)", *Études Rurales*, núm. 7, pp. 36-57.

Owen, David Edward (1934), *British Opium Policy in China and India*, New Haven, Yale University Press.

Owen, Roger (1981), *The Middle East in the World Economy, 1800-1914*, Londres, Methuen.

Ozouf, Mona (1984), "War and Terror in French Revolutionary Discourse (1792-1794)", *Journal of Modern History*, LVI, 4, pp. 579-597.

Pachoński, Jan y Reuel K. Wilson (1986), *Poland's Caribbean Tragedy: A Study of Polish Legions in the Haitan War of Independence, 1802-1803*, Boulder, East European Monographs.

Palmer, R. R. (1954), "The World Revolution of the West, 1763-1801", *Political Science Quarterly*, LXIX, 1, pp. 1-14.

— (1959 1964), *The Age of the Democratic Revolution: A Political History of Europe and America, 1760-1800*, 2 vols., Princeton, Princeton University Press.

— (1967), "Polémique américaine sur le rôle de la bourgeoisie dans la Révolution française", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXXIX, núm. 189, pp. 369-380.

— (1971), *The World of the French Revolution*, Nueva York, Harper and Row.

Pandey, Gyan (1981), *Economic Dislocation in Nineteenth Century Eastern U.P.: Some Implications of the Decline of Artisanal Industry in Colonial India*, Occasional Paper núm. 37, Calcuta, Centre for Studies in Social Sciences.

Panikkar, Kavalam Madhava (1953), *Asia and Western Dominance: A*

Survey of the Vasco de Gama Epoch of Asian History, 1498-1945, Londres, George Allen & Unwin.

Pantaleão, Olga (1946), *A penetração commercial da Inglaterra na América espanhola de 1773-1783*, Boletim LXII, Univ. de São Paulo, Faculdade de Filosofia, Ciencias e Letras.

Pares, Richard (1953), Review of V. T. Harlow, *The Founding of the Second British Empire, 1763-1793*, vol. I, en *English Historical Review*, LXVIII, núm. 266, pp. 282-285.

—— (1960), "Merchants and Planters", *Economic History Review*, suplemento 4, Cambridge, Cambridge University Press.

Paret, Peter (1964), "Colonial Experience and European Military Reform at the End of the Eighteenth Century", *Bulletin of the Institute of Historical Research*, XXXVII, núm. 95, pp. 47-59.

Paris, Robert (1957), *Le Levant de 1660 à 1789*, vol. V, G. Rambert (ed.), *Histoire du Commerce de Marseille*, París, Plon.

Parker, Harold T. (1979), *The Bureau of Commerce in 1781 and Its Policies with Respect to French Industry*, Durham, Carolina Academic.

Parker, R. A. C. (1955), "Coke of Norfolk and the Agrarian Revolution", *Economic History Review*, 2a. serie, VII, 2, pp. 156-166.

Parker, W. H. (1959), "A New Look at Unrest in Lower Canada in the 1830's", *Canadian Historical Review*, XL, 3, pp. 209-218.

Parkinson, C. Northcote (1937), *Trade in the Eastern Seas, 1793-1813*, Cambridge, Cambridge University Press.

Paskaleva, Virginia (1965), "Einige Probleme auf der Geschichte der Orientfrage in der Ersten Halfte des 19. Jahrhunderts", en *Études historiques*, con ocasión del XIIe Congrès International de Sciences Historiques—Vienne, agosto-septiembre, Sofía, Académie des Sciences de Bulgarie, pp. 185-205.

—— (1968), "Contribution aux relations commerciales des provinces balkaniques de l'empire ottoman avec les états européens au cours du XVIIIe et la première moitié du XIXe s.", en *Études historiques*, para la ocasión del VIe Congrès International des Études Slaves—Prague, Sofía, Académie des Sciences de Bulgarie, pp. 265-292.

Patch, Robert W. (1985), "Agrarian Change in Eighteenth-Century Yucatan", *Hispanic American Historical Review*, LXV, 1, pp. 21-49.

Patterson, R. (1957), "Spinning and Weaving", en C. Singer *et al.* (eds.), *A History of Technology*, III, *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c. 1500-c. 1750*, Oxford, Clarendon, pp. 151-180.

Payen, Jacques (1969), *Capital et machine à vapeur au XVIIIe siècle: Les frères Périer et l'introduction en France de la machine à vapeur de Watt*, París y La Haya, Mouton.

Pearson, M. N. (1972), "Political Participation in Mughal India", *Indian Economic and Social History Review*, IX, 2, pp. 113-131.

Pereira, Miriam Halpern (1986), "Portugal and the Structure of the World Market in the XVIIIth y XIXth Centuries", en W. Fischer *et al.* (eds.), *The Emergence of a World Economy, 1500-1914*, part I, *1500-1850*, Wiesbaden, Franz Steiner, pp. 279-300.

Pereira Sales, Eugenio (1971), Los primeros contactos entre Chile y los Estados Unidos, 1778-1809, Santiago de Chile, Andrés Bello.

Pérez Rojas, Reyes Antonio (1978), "The Impact of the American Revolution on the Independence of Guatemala", en J. S. Tulchin (ed.), *Hemispheric Perspectives on the United States*, Westport, Greenwood, pp. 14-21.

Perkin, H. J. (1968), "The Social Causes of the British Industrial Revolution", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5a. serie, XVIII, pp. 123-143.

— (1969), *The Origins of Modern English Society, 1780-1880*, Londres, Routledge & Kegan Paul.

Perkins, Bradford (1955), *The First Rapprochement: England and the United States, 1795-1805*, Filadelfia, University of Pennsylvania.

— (1963), *Prologue to War: England and the United States, 1805-1812*, Berkeley, University of California.

— (1964), *Castlereagh and Adams: England and the United States, 1812-1823*, Berkeley, University of California.

Perkins, Dexter (1927), *The Monroe Doctrine, 1823-1826*, Cambridge, Harvard University Press.

Perlin, Frank (1974), "Society in Crisis: Early 19th Century Western India in Demographic and Institutional Perspective", ponencia expuesta en IVth European Conference on Modern South Asian Studies, Sussex, pp. 173-193.

— (1978), "Of White Whale and Countrymen in the Eighteenth Century Maratha Deccan: Extended Class Relations, Rights, and the Problem of Rural Autonomy Under the Old Regime", *Journal of Peasant Studies*, v. 2, pp. 172-237.

— (1979), "To Identify Change in an Old Regime Polity: Agrarian Transaction and Institutional Mutation in 17th to Early 19th Century Maharashtra", en *Asie du Sud: Traditions et changements*, Sèvres, 8-13 de julio de 1978, Colloques Internationaux du CNRS, núm. 582, París, CNRS, pp. 197-204.

— (1980a), "Precolonial South Asia and Western Penetraton in the Seventeenth to Nineteenth Centuries: A Problem of Epistemological Status", *Review*, IV, 2, pp. 267-306.

— (1980b), "A History of Money in Asian Perspective", *Journal of Peasant Studies*, VII, pp. 235-244.

— (1981), "The Precolonial State in History and Epistemology: A Reconstruction of Societal Formation in the Western Deccan from the Fifteenth to the Early Nineteenth Centuries", en H. Claessen y P. Skonik (eds.), *The Study of the State*, La Haya, Mouton, pp. 275-302.

— (1983), "Proto-industrialization and Pre-colonial South Asia", *Past and Present*, núm. 98, pp. 30-95.

— (1984), "Growth of Money Economy and Some Questions of Transition in Late Pre-colonial India", *Journal of Peasant Studies*, XI, 3, pp. 96-107.

Pérotin-Dumon, Anne (1986), "Ambiguous Revolution in the Caribbean, The White Jacobins, 1789-1800", *Historical Reflections*, XIII, 2/3, pp. 499-516.

Perrot, Jean-Claude (1975a), "Voies nouvelles pour l'histoire économique de la Révolution", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XLVII, núm. 219, pp. 30-65.

—— (1975b), *Genèse d'une ville moderne. Caen au XVIIIe siècle*, 2 vols., París y La Haya, Mouton.

—— (1976), "L'âge d'or de la statistique régionale (an IV-1804)", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XLVII, núm. 224, pp. 215-276.

—— (1981), "Le présent et la durée dans l'oeuvre de F. Braudel", *Annales E. S. C.*, XXXVI, 1, pp. 3-15.

Petrosian, Juri (1976), "Die Ideen 'Der Europaisierung' in dem sozialpolitischen Leben des Osmanischen Reiches in der Neuzeit (ende des 18. Anfang des 20 Jh.)", en N. Todorov *et al.*, *La révolution industrielle dans le sud-est Europe XIXe siècle*, Sofía, Institut d'Études Balkaniques, pp. 61-75.

Peukert, Werner (1978), *Der atlantische Slavenhandel von Dahomey, 1740-1797*, Wiesbaden, Franz Steiner.

Phelan, John Leddy (1960), "Neo-Aztecism in the Eighteenth Century and the Genesis of Mexican Nationalism", en S. Diamond (ed.), *Culture in History, Essays in Honor of Paul Radin*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 760-770.

—— (1978), *The People and the King: The Comunero Revolution in Colombia, 1781*, Madison, University of Wisconsin.

Philips, C. H. (1961), *The East India Company, 1784-1834*, 2a. ed., reimpresión con mínimas correcciones, Manchester, Manchester University Press.

Piault, Marc-Henri (1975), "Captifs de pouvoir et pouvoir des captifs", en C. Meillassoux (ed.), *L'esclavage en Afrique précoloniale*, París, Maspéro, pp. 321-350.

Picard, Roger (1910), *Les cahiers de 1789 au point de vue industriel et commercial*, París, Marcel Rivière.

Piel, Jean (1970), "The Place of the Peasantry in the National Life of Peru in the Nineteenth Century", *Past and Present*, núm. 46, pp. 108-133.

—— (1975), *Capitalisme agraire au Pérou*, I, *Originalité de la société agraire péruvienne au XIXe siècle*, París, Anthropos.

Pietraszek, Bernardine (1955), "British and Direct Spanish American Trade, 1815-1825", *Mid-America*, XXXVII (nueva serie XXVI), 2, pp. 67-100.

Pinchbeck, Ivy (1930), *Women Workers and the Industrial Revolution, 1750-1850*, Londres, Routledge. (Reimpresión Franck Cass, 1977.)

Pinkney, David (1950), "Paris, capitale du coton sous la premier empire", *Annales E. S. C.*, V, 1, pp. 56-60.

Pinter, Walter McKenzie (1967), *Russian Economic Policy under Nicholas I*, Ithaca, Cornell University Press.

—— (1980), "The Evolution of Civil Officialdom, 1755-1855", en W. M. Pinter y D. K. Rowney (eds.), *Russian Officialdom from the 17th to 20th Century: The Bureaucratization of Russian Society*, Chapel Hill, University of North Carolina, pp. 190-226.

Pluchon, Pierre (1979), *Toussaint Louverture de l'esclavage au pouvoir*, París, École.

Plumb, J. H. (1950), *England in the Eighteenth Century, Pelican History of England*, vol. 7, Harmondsworth, Penguin.

—— (1956), *The First Four Georges*, Londres, Fontana/Collins.

—— (1982), "Commercialization and Society", en N. McKendrick, J. Brewer y J. H. Plumb, *The Birth of a Consumer Society*, Londres, Europa, pp. 265-335.

Pocock, J. G. A. (1972), "Virtue and Commerce in the Eighteenth Century", *Journal of Interdisciplinary History*, III, 1, pp. 119-134.

Polanyi, Karl (1957), *The Great Transformation*, Boston, Beacon. (Originalmente publicado en 1944.)

Polanyi, Karl, en colaboración con Abraham Rotstein (1966), *Dahomey and the Slave Trade*, Seattle, University of Washington.

Polk, William R. (1963), *The Opening of South Lebanon, 1788-1840*, Cambridge, Harvard University Press.

Pollard, Sidney (1963), "Factory Discipline in the Industrial Revolution", *Economic History Review*, 2a. serie, XVI, 2, pp. 254-271.

—— (1964), "The Factory Village in the Industrial Revolution", *English Historical Review*, LXXIX, núm. 312, pp. 513-531.

—— (1965), *The Genesis of Modern Management. A Study of the Industrial Revolution in Great Britain*, Cambridge, Harvard University Press.

—— (1972a), "Capital Accounting in the Industrial Revolution", en F. Crouzet (ed.), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, pp. 119-144. (Originalmente publicado en *Yorkshire Bulletin of Social and Economic Research*, 1962.)

—— (1972b), "Fixed Capital in the Industrial Revolution in Britain", en F. Crouzet (ed.), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, pp. 145-161. (Originalmente publicado en *Journal of Economic History*, 1964.)

—— (1973), "Industrialization and the European Economy", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVI, 4, pp. 636-648.

—— (1981), *The Integration of the European Economy since 1815*, Londres, George Allen & Unwin.

Portal, Roger (1949), "Manufactures et classes sociales en Russie au XVIIIe siècle", *Revue Historique*, año 73, CCI, abril-junio, CCII, julio-septiembre, pp. 1-23.

—— (1950), *L'Oural au XVIIIe siècle: Étude d'histoire économique et sociale*, vol. XIV, París, Inst. d'Études Slaves.

—— (1961), "Aux origines d'une bourgeoisie industrielle en Russie", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, VIII, 1, pp. 35-60.

—— (1963), "Préface", en M. Confino, *Domaines et seigneurs en Russie vers la fin du XVIIIe siècle*, París, Inst. d'Études Slaves, pp. 9-13.
—— (1966), *L'Émpire russe de 1762 à 1855*, París, Centre du Documentation Universitaire.
Post, John D. (1976), "Famines Mortality, and Epidemic Disease in the Process of Modernization", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIX, 1, pp. 14-31.
Postan, M. (1972), "The Accumulation of Capital", en F. Crouzet (ed.), *Capital Formation in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, pp. 70-83. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1935.)
Postma, Johannés (1972), "The Dimension of the Dutch Slave Trade from Western Africa", *Journal of African History*, XIII, 2, pp. 237-248.
Poulantzas, Nicos (1971), *Pouvoir politique et classes sociales*, 2 vols., París, Maspéro.
—— (1973), *Political Power and Social Classes*, Londres, New Left.
Prado, Caio, Jr. (1957), *Evolução política do Brasil e outros estudos*, 2a. ed., São Paulo, Brasilense.
Prakash, Om. (1964), "The European Trading Companies and Merchants of Bengal, 1650-1725", *Indian Economic and Social History Review*, I, pp. 37-63.
Pratt, E. J. (1931), "Anglo-American Commercial and Political Rivalry on the Plata, 1820-1830", *Hispanic American Historical Review*, XI, 3, pp. 302-335.
Pratt, Julius W. (1935), "Fur Trade Strategy and the American Left Flank in the War of 1812", *American Historical Review*, XL, 2, pp. 246-273.
Pressnell, L. S. (1953), "Public Monies and the Development of English Banking", *Economic History Review*, 2a. serie, V, 3, pp. 379-397.
—— (1960), "The Rate of Interest in the Eighteenth Century", en L. S. Pressnell (ed.), *Studies in the Industrial Revolution: Presented to T. S. Ashton*, Londres, University of Londres, Athlone, pp. 178-214.
Price, Jacob M. (1965), "Discussion", *Journal of Economic History*, XXV, 4, pp. 655-659.
—— (1973), *France and the Chesapeake: A History of the French Tobacco Monopoly, 1674-1791, and of its Relationship to the British and American Tobacco Trades*, 2 vols., Ann Arbor, University of Michigan.
—— (1976), "Quantifying Colonial America: A Comment on Nash and Warden", *Journal of Interdisciplinary History*, VI, 4, pp. 701-709.
Priestly, Herbert Ingram (1916), *José de Galvez, Visitor-General of New Spain (1765-1771)*, Berkeley, University of California.
Priestley, Margaret (1969), *West African Trade and Coast Society: A Family Study*, Londres, Oxford University Press.
Prothero, I. J. (1979), *Artisans and Politics in Early Nineteenth Century London, John Gast and His Times*, Folkestone, Dawson.

Prucha, Francis Paul (1970), *American Indian Policy in the Formative Years: The Indian Trade and Intercourse Acts, 1790-1834*, Lincoln, University of Nebraska.

Pugh, Wilma J. (1939), "Calonne's New Deal", *Journal of Modem History*, XI, 3, pp. 289-312.

Puryear, Vernon J. (1935), *International Economics and Diplomacy in the Near East*, Stanford, Stanford University Press.

Quimby, Robert S. (1957), *The Background of Napoleonic Warfare: The Theory of Military Tactics in Eighteenth-Century France*, Nueva York, Columbia University Press.

Quinney, Valerie (1972), "The Problem of Civil Rights for Free Men of Color in the Early French Revolution", *French Historical Studies*,-VII, 4, pp. 544-557.

Rae, J. (1883), "Why Have the Yeomanry Perished?", *Contemporay Review*, XXXIV, 2, pp. 546-556.

Raeff, Marc (1966), *Origins of the Russian Intelligentsia: The Eighteenth-Century Nobility*, Nueva York, Harcourt Brace & World.

— (1971a), *Imperial Russia, 1682-1825: The Coming of Age of Modem Russia*, Nueva York, Knopf.

— (1971b), "Pugachev's Rebellion", en R. Forster y J. P. Greene (eds.), *Preconditions of Revolution in Early Modem Europe*, Baltimore. Johns Hopkins University Press, pp. 161-202.

— (1975), "The Well-Ordered Police State and the Development of Modernity in Seventeenth and Eighteenth-Century Europe: An Attempt at a Comparative Approach", *American Historical Review* LXXX, 5, pp. 1221-1244.

— (1979), "The Bureaucratic Phenomena of Imperial Russia, 1700 1905", *American Historical Review*, LXXXIV, 2, pp. 399-411.

Ragatz, Lowell J. (1928), *The Fall of the Planter Class in the British Caribbean, 1763-1833*, Nueva York, Century.

— (1935), "The West Indian Approach to the Study of American Colonial History", *American Historical Association*, Londres, Arthur Thomas.

Ragsdale, Hugh (1970), "A Continental System in 1801: Paul I and Bonaparte", *Journal of Modem History*, XLII, 1, pp. 70-89.

Ram, N. (1972), "Impact of Early Colonisation on Economy of South India", *Social Scientist*, I, 4, pp. 47-65.

Ramsey, John Fraser (1939), *Anglo-French Relations, 1763-1770: A Study of Choiseul's Foreign Policy*, Berkeley, University of California, pp. i-x y 143-264.

Rancière, Jacques (1983), "The Myt of the Artisan: Critical Reflections on a Category of Social History", *International Labor and Working Class History*, núm. 24, otoño, pp. 1-16.

Ransom, Roger L. (1968), "British Policy and Colonial Growth: Some Implications of the Burden from the Navigation Acts", *Journal of Economic History*, XXVIII, 3, pp. 427-435.

Rao, G. N. (1977), "Agrarian Relations in Coastal Andhra under Early British Rule", *Social Scientist*, VI, I, núm. 61, pp. 19-29.
Rasch, Aage (1965), "American Trade in the Baltic, 1783-1807", *Scandinavian Economic History Review*, XIII, 1, pp. 31-64.
Rawley, James A. (1980), "The Port of London and the Eighteenth Century Slave Trade: Historians, Sources, and a Reappraisal", *African Economic History*, núm. 9, pp. 85-100.
—— (1981), *The Transatlantic Slave Trade: A History*, Nueva York, W. W. Norton.
Rawlyk, George A. (1963), "The American Revolution and Nova Scotia Reconsidered", *Dalhousie Review*, XLIII, 3, pp. 379-394.
—— (1968), *Revolution Rejected, 1774-1775*, Scarborough, Prentice-Hall.
—— (1973), *Nova Scotia's Massachusetts: A Study of Massachusetts-Nova Scotia Relations, 1630-1784*, Montreal, McGill-Queen's University Press.
Ray, Indrani (1980), *The Multiple Faces of the Early 18th Century Indian Merchants*, Calcuta, Centre for Studies in Social Sciences.
Ray, Ratnalekha (1979), *Change in Bengal Agrarian Society, 1760-1850*, Nueva Delhi, Manohar.
Raychaudhuri, Tapan (1962), *Jan Company in Coromandel, 1605-1690*, Verhandelingen van het Koninklijk Instituut voor Taal-, Land-, en Volkenkunde, vol. XXXVIII, 'S Gravenhage, Martinus Nijhoff.
—— (1965), "Some Patterns of Economic Organization and Activity in Seventeenth Century India: A Comparative Study", en *Second International Conference of Economic History*, Aix-en-Provence, 1962, II, *Middle Ages and Modern Times*, París, Mouton, pp. 751-760.
—— (1968), "A Re-interpretation of Nineteenth Century Indian Economic History?", *Indian Economic and Social History Review*, V, 1, pp. 77-100.
—— (1969), "Permanent Settlement in Operation: Bakarkanj District, East Bengal", en R. E. Frykenberg (ed.), *Land Control and Social Structure in Indian History*, Madison, University of Wisconsin, pp. 163-174.
—— (1982a), "Non-Agricultural Production: Mughal India", en T. Raychaudhuri e I. Habib (eds.), *Cambridge Economic History of India*, I, *c. 1200-c. 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 261-307.
—— (1982b), "Inland Trade", en T. Raychaudhuri e I. Habib (eds.), *Cambridge Economic History of India*, I, *c. 1200-c. 1700*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 325-359.
Rayneval, Gérard de (1784), "Aperçu sur le traité de commerce à conclûre avec la cour de Londres", en *Archives des Affaires Etrangères (Paris): Angleterre*, núm. 46, *Mémoires sur le Commerce, le Finance, etc., 1713 à 1811*, pp. 202-220.
Razzell, P. E. (1969), "Population Change in Eighteenth Century England: A Re-Appraisal", en M. Drake (ed.), *Population in Industriali-*

zation, Londres, Methuen, pp. 128-156. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1965.)
— (1974), "An Interpretation of the Modern Rise of Population in Europe—a Critique", *Population Studies*, xxviii, parte i, pp. 5-14.
Rebérioux, Madeline (1965), "Jaurès et Robespierre", en *Actes du Colloque Robespierre*, XII[e] Congrés International des Sciences Historiques, Viena, 3 de septiembre, París, Société des Robespierristes, pp. 191-204.
Recht, Pierre (1950), *Les biens communaux du Namurois et leur partage à la fin du XVIII[e] siècle*, Bruselas, E. Bruylant.
Regemorter, Jean-Louis van (1963), "Commerce et politique: Préparation et négociation du traité franco-ruse de 1787", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, iv, 3, pp. 230-257.
— (1971), *Le déclin du servage, 1796-1855*, vol. i, R. Portal (ed.), *Histoire de la Russie*, París, Hatier.
Reid, Joseph D., Jr. (1970), "On Navigating the Navigation Acts with Peter D. McClelland, Comment", *American Economic Review*, lx, 5, pp. 949-955.
Reid, Marjorie G. (1925), "The Quebec Fur Traders and Western Policy, 1763-1774", *Canadian Historical Review*, vi, 1, pp. 15-32.
Reinhard, Marcel (1946), "La Révolution française et le problème de la population", *Population*, i, 3, pp. 419-427.
— (1965), "Bilan démographique de l'Europe, 1789-1815", en XII[e]. *Congrès International des Sciences Historiques*, Viena, 29 de agosto-5 de septiembre, *Rapports*, i, *Grands thèmes*, Horn/Wein, Ferdinand Berger, pp. 451-471.
Reis, Arthur Cézar Ferreira (1960), "O Comércio colonial e as companhias privilegiadas", en S. Buarque de Holanda (ed.), *Historia Geral da Civilização Brasileira*, t. i, 2 vols. São Paulo, Difusão Européia do Livro, pp. 311-339.
Rémond, André (1957), "Trois bilans de l'économie française au temps des théories physiocratiques", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, xxxv, 4, pp. 416-456.
Resnick, Daniel P. (1972), "The Société des Amis des Noirs and the Abolition of Slavery", *French Historical Studies*, vii, 4, pp. 558-569.
Reubens, E. P. (1955), "Comment", en National Bureau of Economic Research, *Capital Formation and Economic Growth*, Princeton, Princeton University Press, pp. 378-380.
Reynolds, Edward (1973), "Agricultural Adjustments on the Gold Coast after the End of the Slave Trade, 1807-1874", *Agricultural History*, xlvii, 4, pp. 308-318.
Rich, E. E. (1955), "Russia and the Colonial Fur Trade", *Economic History Review*, 2a. serie, vii, 3, pp. 307-328.
— (1960), *Hudson's Bay Company, 1670-1870*, 3 vols., Toronto, McClelland & Stewart.
Richards, Alan (1977), "Primitive Accumulation in Egypt, 1798-1882", *Review*, i, pp. 3-49.

Richards, E. S. (1973), "Structural Change in a Regional Economy: Sutherland and the Industrial Revolution, 1780-1830", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVI, 1, pp. 63-76.

Richards, J. F. (1981), "The Indian Empire and Peasant Production of Opium in the Nineteenth Century", *Modern Asian Studies*, XV, I, pp. 59-82.

Richards, W. A. (1980), "The Import of Firearms into West Africa in the Eighteenth Century", *Journal of African History*, XXI, 1, pp. 43-59.

Richardson, David (1975), "Profitability in the Bristol-Liverpool Slave Trade", *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, LXII, primero y segundo trimestres, núms. 226/227, pp. 301-308.

—— (1979), "West African Consumption Patterns and Their Influence on the Eighteenth-Century English Slave Trade", en H. A. Gemery y J. S. Hogendorn (eds.), *The Uncommon Market*, Nueva York, Academic, pp. 303-330.

Richardson, Thomas L. (1969), Review of W. E. Tate, *The Enclosure Movement*, en *Agricultural History*, XLIII, 1, pp. 187-188.

Richet, Denis (1968), "Croissance et blocages en France du XVe au XVIIIe siècles", *Annales E. S. C.*, XXIII, 4, pp. 759-787.

—— (1969), "Autour des origines idéologiques lointaines de la Révolution française: Élites et despotisme", *Annales E. S. C.*, XXIV, 1, pp. 1-23.

—— (1973), *La France moderne: L'esprit des institutions*, París, Flammarion.

Ridings, Eugene W. (1985), "Foreign Predominance among Overseas Traders in Nineteenth-Century Latin America", *Latin America Research Review*, XX, pp. 3-27.

Riley, James C. (1973), "Dutch Investment in France, 1781-1787", *Journal of Economic History*, XXXIII, 4, pp. 732-760.

—— (1986), *The Seven Years' War and the Old Regime in France: The Economic and Financial Toll*, Princeton, Princeton University Press.

—— (1987), "French Finances, 1727-1768", *Journal of Modern History*, LIX, 2, pp. 209-243.

Rippy, J. Fred (1929), *United States and Great Britain over Latin America (1808-1830)*, Baltimore, Johns Hopkins.

—— (1959), *British Investments in Latin America, 1822-1949*, Minneapolis, University of Minnesota.

Rippy, J. Fred y Angie Debo (1924), "The Historical Background of the American Policy of Isolation", *Smith College Studies in History*, IX, 3/4, pp. 69-165.

Roberts, J. M. (1978), *The French Revolution*, Oxford, Oxford University Press.

Roberts, M. W. (1966), "Indian Estate Labour in Ceylon during the Coffee Period (1830-1880)", *Indian Economic and Social History Review*, III, 1, III, 2, pp. 101-136.

Roberts, P. E. (1968), "The East India Company and the State, 1772-1786", en *Cambridge History of India*, V, H. H. Dodwell (ed.), *British India, 1497-1858*, Nueva Delhi, S. Chand, pp. 181-204.

Roberts, Richard (1980), "Long Distance Trade and Production: Sinsani in the Nineteenth Century", *Journal of African History*, XXI, 2, pp. 169-188.

Robertson, M. L. (1956), "Scottish Commerce and the American War of Independence", *Economic History Review*, 2a. serie, IX, 1, pp. 123-131.

Robertson, William Spence (1915), "South America and the Monroe Doctrine, 1824-1828", *Political Science Quarterly*, XXX, 1, pp. 82-105.

— (1918a), "The Recognition of the Spanish Colonies by the Motherland", *Hispanic American Historical Review*, I, pp. 70-91.

— (1918b), "The Recognition of the Hispanic American Nations by the United States", *Hispanic American Historical Review*, I, 3, pp. 239-269.

— (1926), "The Policy of Spain Toward its Revolted Colonies, 1820-1823", *Hispanic American Historical Review*, VI, 1/3, pp. 21-46.

— (1939), *France and Latin-American Independence*, Baltimore, Johns Hopkins.

— (1941), "Russia and the Emancipation of Spanish America, 1816-1826", *Hispanic American Historical Review*, XXI, 2, pp. 196-221.

Robin, Régine (1970), *La sociéte française en 1789, Semur-en-Auxois*, París, Plon.

— (1971), "Fief et seigneurie dans le droit et l'idéologie juridique à la fin du XVIII[e] siècle", *Annales Historiques de la Révolution Française*, LIII, 4, núm. 206, pp. 554-602.

— (1973), "La nature de l'état à la fin de l'Ancien Régime: Formation sociale, état et transition", *Dialectiques*, núms. 1/2, pp. 31-54.

Robinson, Cedric J. (1987), "Capitalism, Slavery and Bourgeois Historiography", *History Workshop*, núm. 23, primavera, pp. 122-140.

Robinson, Donald L. (1971), *Slavery in the Structure of American Policies, 1768-1820*, Nueva York, Harcourt Brace, Jovanovich.

Robinson, Eric H. (1974), "The Early Diffusion of Steam Power", *Journal of Economic History*, XXXIV, 1, pp. 91-107.

Roche, Max (1985), "La présence française en Turquie (1764-1866)", *Annales du Levant*, núm. 1, pp. 83-95.

Roche, Patrick A. (1975), "Caste and the British Merchant Government in Madras, 1639-1748", *Indian Economic and Social History Review*, XIII, 4, pp. 381-407.

Rodney, Walter (1966), "African Slavery and Other Forms of Social Oppression on the Upper Guinea Coast in the Context of the Atlantic Slave Trade", *Journal of African History*, VII, pp. 431-443.

— (1967) *West Africa and the Atlantic Slave-Trade*, Historical Association, of Tanzania, núm. 2, Nairobi, East African.

— (1968), "Jihad and Social Revolution in Futa Djalon in the Eighteenth Century", *Journal of the Historical Society of Nigeria*, IV, 2, pp. 269-284.

— (1970), *A History of the Upper Guinea Coast, 1545-1800*, Londres, Oxford University Press.

—— (1975a), "The Guinea Coast", en *Cambridge History of Africa*, IV, Richard Gray (ed.), *From c. 1600 to c. 1790*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 223-324.

—— (1975b), "Africa in Europe and the Americas", en *Cambridge History of Africa*, IV, Richard Gray (ed.), *From c. 1600 to c. 1790*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 578-622.

Rodrigues, José Honório (1977), "A revolução americana e a revolução brasileira da Independéncia (1776-1822)", *Revista de História de América*, núm. 83, enero-junio, pp. 69-91.

Rodríguez, Mario (1976), *La revolución americana de 1776 y el mundo hispánico: Ensayos y documentos*, Madrid, Tecnos.

Roehl, Richard (1976), "French Industrialization: A Reconsideration", *Explorations in Economic History*, XIII, 3, pp. 233-281.

—— (1981), "French Industrialization: A Reply", *Explorations in Economic History*, XVIII, 4, pp. 434-435.

Rogers, James E. Thorold (1884), *Six Centuries of Work and Wages*, con un nuevo prefacio de G. D. H. Cole en 1949, Londres, George Allen & Unwin.

Rogger, Hans (1960), *National Consciousnes in Eighteenth-Century Russia*, Cambridge, Harvard University Press.

Romano, Ruggiero (1960), "Mouvements des prix et développement économique, L'Amérique du sud au XVIII[e] siècle", *Annales E. S. C.*, XVIII, 1, pp. 63-74.

Root, Hilton Lewis (1985), "Challenging the Seigneurie: Community and Contention on the Eve of the French Revolution", *Journal of Modern History*, LVII, 4, pp. 652-681.

—— (1987), *Peasants and King in Burgundy: Agrarian Foundations of French Absolutism*, Berkeley, University of California.

Root, Winfred Trexler (1942), "The American Revolution Reconsidered", *Canadian Historical Review*, XXIII, 1, pp. 16-29.

Roover, Raymond de (1968), "Un contraste, La structure de la banque anglaise et celle de la banque continentale au XVIII[e] siècle", en *Third International Congress of Economic History*, Munich, 1965, París, y La Haya, Mouton, pp. 623-627.

Rose, J. Holland (1893), "Napoleon and English Commerce", *English Historical Review*, VIII, núm. 32, pp. 704-725.

—— (1908), "The Franco-British Commercial Treaty of 1786", *English Historical Review*, XXIII, núm. 92, pp. 709-724.

—— (1929a), "The Political Reactions of Bonaparte's Eastern Expedition", *English Historical Review*, XLIV, núm. 173, pp. 48-58.

—— (1929b), "British West India Commerce as a Factor in the Napoleonic War", *Cambridge Historical Journal*, III, 1, pp. 34-46.

Rose, M. E. (1981), "Social Change and the Industrial Revolution", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 253-275.

Rose, R. B. (1956), "The French Revolution and the Grain Supply:

Nationalization Pamphlets in the John Rylands Library". *Bulletin of The John Rylands Library*, XXXIX, 1, pp. 171-187.
— (1959), "18th-Century Price-Riots, the French Revolution, and the Jacobin Maximum", *International Review of Social History*, IV, 3, pp. 432-445.
— (1961), "Eighteenth Century Price Riots and Public Policy in England", *International Review of Social History*, VI, 2, pp. 267-292.
— (1965), *The Enragés: Socialists of the French Revolution?*, Melbourne, Melbourne University Press.
— (1972), "Babeuf, Dictatorship and Democracy", *Historical Studies*, XV, núm. 58, pp. 223-236.
— (1978), *Gracchus Babeuf, the First Revolutionary Communist*, Stanford, Stanford University Press.
— (1984), "The 'Red Scare' of the 1790s: The French Revolution and the 'Agrarian Law'", *Past and Present*, núm. 103, pp. 113-130.
Rosen, Howard (1975), "Le système Gribauval et la guerre moderne", *Revue Historique des Armées*, II, 1/2, pp. 29-36.
Rosenberg, Nathan (1967), "Anglo-American Wage Differences in the 1820's", *Journal of Economic History*, XXVII, 2, pp. 221-229.
Rostow, W. W. (1941), "Business Cycles, Harvests, and Politics, 1790-1850", *Journal of Economic History*, I, 2, pp. 206-221.
—(1971), *The Stages of Economic Growth*, 2a. ed., Cambridge, Cambridge University Press.
— (1973), "The Beginnings of Modern Growth in Europe: An Essay in Synthesis", *Journal of Economic History*, XXXIII, 3, pp. 547-580.
— (1978), "No Random Walk: A Comment on 'Why was England First?'", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXI, 4, pp. 610-612.
Rothenberg, Winifred B. (1979), "A Price Index For Rural Massachusetts, 1750-1855", *Journal of Economic History*, XXXIX, 4, pp. 975-1001.
— (1981), "The Market and Massachusetts Farmes, 1750-1855", *Journal of Economic History*, XLI, 2, pp. 283-314.
— (1985), "The Emergence of a Capital Market in Rural Massachusetts, 1730-1838", *Journal of Economic History*, XLV, 4, pp. 781-808.
Rothermund, Dietmar (1981), *Asian Trade in the Age of Mercantilism*, Nueva Delhi, Manohar.
Rousseau, Jean-Jacques (1947), *The Social Contract*, Nueva York, Hafner. (Originalmente publicado en 1762.)
Rousseaux, Paul (1938), *Les mouvements de fond de l'économie anglaise, 1800-1913*, Bruselas, Universelle y París, Desclée, De Brouwer.
Rout, Leslie B., Jr. (1976), *The American Experience in Spanish America: 1502 to the Present Day*, Cambridge, Cambridge University Press.
Roux, René (1951), "La Révolution française et l'idée de lutte de classes", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, XXIX, 3, pp. 252-279.
Rozman, Gilbert (1976), *Urban Networks in Russia 1750-1800, and Pre-Modern Periodization*, Princeton, Princeton University Press.

Rudé, George (1954), "The French Revolution", *Marxist Quarterly*, I, 1, pp. 242-251.
—— (1956), "La taxation populaire de mai 1775 à Paris et dans la région parisienne", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXVIII, núm. 143, pp. 139-179.
—— (1961a), *Interpretations of the French Revolution*, Londres, The Historical Association.
—— (1961b), "La taxation populaire de mai 1775 en Picardie, en Normandie, et dans le Beauvaisis", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XXXIII, núm. 165, pp. 305-326.
—— (1962), "Quelques réflexions sur la composition, le rôle, les idées et les formes d'action des sans-culottes dans la Révolution française", *Critica Storica*, I, 4, pp. 369-383.
—— (1964), *Revolutionary Europe, 1783-1815*, Nueva York, Harper & Row.
—— (1967), *The Crowd in the French Revolution*, Oxford, Oxford University Press.
Russell-Wood, A. J. R. (1974), "Local Government in Portugese America: A Study in Cultural Divergence", *Comparative Studies in Society and History*, XVI, 2, pp. 187-231.
—— (1975), "Preconditions and Precipitants of the Independence Movement in Portugese America", en A. J. R. Russell-Wood (ed.), *From Colony to Nation: Essays on the Independence of Brazil*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. 3-40.
Rustow, Dankwart A. (1970), "The Political Impact of the West", en P. M. Holt *et al.* (eds.), *The Cambridge History of Islam*, I, *The Central Islamic Lands*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 673-697.
Ruwet, Joseph (1967), *Avant les révolutions: Le XVIIIe siècle, Études d'Histoire Wallonne*, vol. IX, Bruselas, Fondation Charles Plisnier.
Ryan, A. N. (1958), "Trade with the Economy in the Scandinavian and Baltic Ports during the Napoleonic War: For and Against", *Transactions of the Royal Historical Society*, 5a. serie, XII, pp. 123-140.
—— (1959), "The Defense of British Trade with the Baltic, 1808-1813", *English Historical Review*, LXXIV, núm. 292, pp. 443-466.
Rydjord, John (1941), "British Mediation Between Spain and Her Colonies: 1811-1813", *Hispanic American Historical Review*, XXI, 1, pp. 29-50.
Ryerson, Stanley B. (1960), *The Founding of Canada: Beginnings to 1815*, Toronto, Progress.
—— (1973), *Unequal Union: Roots of Crisis in the Canadas, 1815-1873*, 2a. ed., Toronto, Progress.
Sachs, William A. (1953), "Agricultural Conditions in the Northern Colonies before the Revolution", *Journal of Economic History*, XIII, 3, pp. 274-290.
Saint-Jacob, Pierre de (1960), *Les paysans de la Bourgogne du Nord au dernier siècle de l'Ancien Régime*, París, Les Belles-Lettres.

Saint Lu, André (1970), *Condition coloniale et conscience créole au Guatémala (1524-1821)*, París, Presses Universitaires de France.

Saintoyant, J. (1929), "La représentation coloniale pendant la Révolution", *Revue de l'Histoire des Colonies Française*, XVII, 4, pp. 353-380.

— (1930), *La colonisation française pendant la Révolution (1789-1799)*, 2 vols., París, La Renaissance du Livre.

Salaman, Redcliffe N. (1949), *The History and Social Influence of the Potato*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sala-Molins, Louis (1987), *Le code noir, ou le calvaire de Canaan*, París, Presses Universitaires de France.

Salvucci, Richard J. (1981), "Enterprise and Economic Development in Colonial Mexico: The Case of the Obrajes", *Journal of Economic History*, XLI, 1, pp. 197-199.

Samuel, Raphael (1977), "Workshop of the World: Steam Power and Hand Technology in Mid-Victorian Britain", *History Workshop*, núm. 3, primavera, pp. 6-72.

Savelle, Max (1939), "The American Balance of Power and European Diplomacy, 1713-1778", en R. B. Morris (ed.), *The Era of the American Revolution*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 140-169.

— (1953), *United States: Colonial Period*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 159, México, Cultura.

— (1962), "Nationalism and Other Loyalties in the American Revolution", *American Historical Review*, LXVII, 4, pp. 901-9233.

— (1974), *Empires to Nations: Expansionism in America, 1713-1824*, Minneapolis, University of Minnesota.

Saville, John (1969), "Primitive Accumulation and Early Industrialization in Britain", en *The Socialist Register, 1969*, Londres, Merlin, pp. 247-271.

Schellenberg, T. R. (1934), "Jeffersonian Origins of the Monroe Doctrine", *Hispanic American Historical Review*, XIV, 1, pp. 1-32.

Schlebecker, John T. (1976), "Agricultural Marketing and Markets in the North, 1774-1777", *Agricultural History*, L, 1, pp. 21-36.

Schlesinger, Arthur M. (1917), *The Colonial Merchants and the American Revolution, 1763-1776*, Nueva York, Columbia University Press.

— (1919), "The American Revolution Reconsidered", *Political Science Quarterly*, XXXIV, 1, pp. 61-78.

Schlote, Werner (1952), *British Overseas Trade from 1700 to the 1930's*, Oxford, Basil Blackwell.

Schmidt, Charles (1908), "La crise industrielle de 1788 en France", *Revue Historique*, año 33, XCVII, 1, fasc. 192, pp. 78-94.

— (1913, 1914), "Les debuts de l'industrie cotonnière en France, 1706-1806", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, VI, 3, pp. 261-298, VII, 1, pp. 26-55.

Schmidt, S. O. (1966), "La politique intérieure du tsarisme au milieu du XVIII[e] siècle", Annales *E. S. C.*, 1, pp. 95-110.

— (1976), *Einführung in die Greschiechte der Französischen Revolution*, Munich, C. H. Beck.

Schnapper, Bernard (1959), "La fin du régime de l'exclusif. Le commerce étranger dans les possessions français d'Afrique tropicale (1817-1870)", *Annales Africaines*, VI, pp. 149-200.
—— (1961), *La politique et le commerce français dans le Golfe de Guinée de 18387 à 1871*, París y La Haya, Mouton.
Schremmer, Eckart (1981), "Proto-Industrialization: A Step Towards Industrialization?", *Journal of European Economic History*, X, 3, pp. 653-670.
Schumpeter, Elizabeth Brody (1938), "English Prices and Public Finance, 1660-1822", *Review of Economic Statistics*, XX, 1, pp. 21-37.
Schumpeter, Joseph (1939), *Business Cycles*, 2 vols., Nueva York, McGraw-Hill.
Schutz, John A. (1946), "Thomas Pownall's Proposed Atlantic Federation", *Hispanic American Historical Review*, XXVI, 2, pp. 2633-268.
Schuyler, Robert L. (1945), *The Fall of the Old Colonial System: A Study in British Free Trade, 1770-1870*, Nueva York, Oxford University Press.
Schwartz, Stuart D. (1970), "Magistracy and Society in Colonial Brazil", *Hispanic American Historical Review*, L, 4, pp. 715-730.
Scott, James Brown (1928), "Introduction", en G. Chinard (ed.), *The Treaties of 1778 and Allied Documents*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, pp. x-xxv.
Scott, Samuel F. (1970), "The Regeneration of the Line Army during the French Revolution", *Journal of Modern History*, XLII, 3, pp. 307-3330.
—— (1978), *The Response of the Royal Army to the French Revolution: The Role and Development of the Line Army, 1787-1793*, Oxford, Clarendon.
Seckinger, Ron L. (1976), "South American Power Politics During the 1820's", *Hispanic American Historical Review*, LVI, 2, pp. 241-267.
Sédillot, Rene (1987), *Le coût de la Révolution française*, París, Perrin.
Sée, Henri (1908), "La portée du régime seigneurial au XVIIIe siècle", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, X, pp. 171-191.
—— (1913), "Une enquête sur la vaine pâture et le droit de parcours à la fin du règne de Louis XV", *Revue du Dix-Huitième Siècle*, I, 3, pp. 265-278.
—— (1923a), "Les origines de l'industrie capitaliste en France à la fin de l'Ancien Régime", *Revue Historique*, año 48, CXLVIII, núm. 287, pp. 187-200.
—— (1923b), "Le partage des biens communaux à la fin de l'Ancien Régime", *Nouvelle Revue Historique du Droit Française et Étranger*, 4a. serie, II, 1, pp. 47-81.
—— (1923c), "La mise en valeur des terres incultes à la fin de l'Ancien Régime", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, XI, 1, pp. 62-81.
—— (1926), "Commerce between France and the United States", *American Historical Review*, XXXI, 1, pp. 732-737.
—— (1929), "Les économistes et la questions coloniale an XVIIIe sié-

cle", *Revue de l'Histoire des Colonies Françaises*, XVII, 4, pp. 381-3392.
— (1930), "The Normandy Chamber of Commerce and the Commercial Treaty of 1786", *Economic History Review*, II, 2, pp. 308-313.
— (1931a), "Introduction et notes", en Arthur Young, *Voyages en 1787-1788-1789*, 3 vols., París, Armand Colin.
— (1931b), "The Economic Origins of the French Revolution", *Economic History Review*, III, 1, pp. 1-15.
— (1933), "Préface", C. E. Labrousse, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIᵉ siècle*, París, Dalloz, pp. vii-xi.
Ségur-Dupeyron, P. de (1873), *Histoire des négotiations commerciales et maritimes de la France aux XVIIᵉ et XVIIIᵉ siècles*, III, *Fragments historiques: Negotiation du traité de commerce conclu en 1786 entre la France et l'Angleterre*, París, Ernest Thorin.
Semmel, Bernard (1973), *The Methodist Revolution*, Nueva York, Basic.
Serajuddin, A. M. (1978), "The Salt Monopoly of the East India Company's Government in Bengal", *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, XXI, parte 3, pp. 304-322.
Seton-Watson, Hugh (1967), *The Russian Empire, 1801-1917*, Oxford, Clarendon.
Sewell, William H., Jr. (1980), *Work and Revolution in France: The Language of Labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, Cambridge University Press.
— (1983), "Response to J. Rancière, 'The Myth of the Artisan'", *International Labor and Working Class History*, núm. 24, otoño, pp. 17-20.
— (1985), "Ideologies and Social Revolutions: Reflections on the French Case", *Journal of Modern History*, LVII, 1, pp. 57-85.
Shalhope, Robert E. (1972), "Toward a Republican Synthesis: The Emergence of an Understanding of Republicanism in American Historiography", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXIX, 1, pp. 49-50.
Shapiro, Gilbert (1967), "The Many Lives of Georges Lefebvre", *American Historical Review*, LXXII, 2, pp. 502-514.
Shapiro, Seymour (1974), "The Structure of English Banking and the Industrial Revolution", en *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, París y La Haya, Mouton, V, pp. 229-235.
Shaw, A. G. L. (1970), "Introduction", en A. G. L. Shaw (ed.), *Great Britain and the Colonies, 1815-1868*, Londres, Methuen, pp. 1-26.
Shaw, Stanford J. (1962), *The Financial and Administrative Organization and Development of Ottoman Egypt, 1517-1798*, Princeton, Princeton University Press.
— (1963), "The Ottoman View of the Balkans", en Charles Jelavich y Barbara Jelavich (eds.), *The Balkans in Transition*, Berkeley, University of California, pp. 56-80.

—— (1971), *Between Old and New: The Ottoman Empire under Sultan Selim III, 1789-1807*, Cambridge. Harvard University Press.
Shelton, Walter, J. (1973), *English Hunger and Industrial Disorders*, Toronto, University of Toronto.
Shepherd, James F. y Gary M. Walton (1969), "Estimates of 'Invisible' Earnings in the Balance of Payments of the British North American Colonies, 1768-1772", *Journal of Economic History*, XXIX, 2, pp. 230-263.
—— (1972), *Shipping, Maritime Trade, and the Economic Development of Colonial North America*, Cambridge, Cambridge University Press.
Sheridan, Richard B. (1958), "The Commercial and Financial Organization of the British Slave Trade, 1750-1807", *Economic History Review*, 2a. serie, XI, 2, pp. 249-263.
—— (1960), "The British Credit Crisis of 1772 and the American Colonies", *Journal of Economic History*, XX, 2, pp. 155-186.
—— (1965), "The Wealth of Jamaica in the Eighteenth Century", *Economic History Review*, 2a. serie, XVIII, 1, pp. 292-311.
—— (1968), "The Wealth of Jamaica in the Eighteenth Century: A Rejoinder", *Economic History Review*, 2a. serie, XXI, 1, pp. 46-61.
—— (1976a), "The Crisis of Slave Subsistence in the British West Indies During and After the American Revolution", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXXIII, 4, pp. 615-664.
—— (1976b), "'Sweet Malefactor': The Social Costs of Slavery and Sugar in Jamaica and Cuba, 1807-1854", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIX, 2, pp. 2336-257.
Sherwig, John M. (1969), Guineas and Gunpowder: British Foreign Aid in the War with France, 1793-1815, Cambridge, Harvard University Press.
Shy, John (1973), "The American Revolution: The Military Conflict Considered as a Revolutionary War", en S. G. Kurtz y J. H. Hutson (eds.), *Essays on the American Revolution*, Chapel Hill, University of North Carolina, pp. 121-156.
Siddiqi, Asiya (1973), *Agrarian Change in a North Indian State: Uttar Pradesh, 1819-1833*, Oxford, Clarendon.
—— (1981), "Money and Prices in the Earlier Stages of Europe: India and Britain, 1760-1840", *Indian Economic and Social History Review*, XVIII, 3/4, pp. 231-262.
Silberling, Norman J. (1923), "British Prices and Business Cycles, 1779-1850", *Review of Economic Statistics*, V, suplemento, 2, pp. 219-261.
—— (1924), "Financial and Monetary Policy in Great Britain During the Napoleonic Wars", *Quarterly Journal of Economics*, XXXVII, 2, pp. 214-233; 3, 397-439.
Silva, Andrée Mansuy-Diniz (1984), "Portugal and Brazil: Imperial Reorganization, 1750-1808", en *Cambridge History of Latin America*, I, Leslie Bethell (ed.), *Colonial Latin America*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 469-508.

Singh, N. P. (1974), "The Deplorable Conditions of Saltpetre Manufacturers of Bihar (1773-1833)", *Proceedings of the Indian History Congress*, Jadavpur, Calcuta, pp. 280-285.

Sinha, Narendra Krishna (1956, 1962a), *The Economic History of Bengal from Plassey to the Permanent Settlement*, 2 vols., Calcuta, K. L. Mukhopadhyay.

— (1962b), "Foreword", en N. Mukerjee, *The Ryotwari System in Madras, 1792-1827*, Calcuta, K. L. Mukhopadhyay, pp. iii-iv.

— (1970), *The Economic History of Bengal*, III, *1793-1848*, Calcutta, K. L. Mukhopadhyay.

Sinzheimer, G. P. G. (1967), "Les industries 'kustar': Un chapitre de la révolution industrielle en Russie", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, VII, 2, pp. 205-222.

Sirotkin, V. G. (1970), "Le renouvellement en 1802 du traité de commerce franco-russe de 1787", en *La Russie et l'Europe, XVIe-XXe siecles*, París, SEVPEN, pp. 69-101.

Sivakumar, S. S. (1978), "Transformation of the Agrarian Economy in Tandaimandalam, 1760-1900", *Social Scientist*, VI, 10, núm. 70, pp. 18-39.

Six, G. (1929), "Fallait-il quatre quartiers de noblesse pour être officier à la fin de l'Ancien Régime?", *Revue d'Histoire Moderne*, IV, núm. 19, pp. 47-56.

Skempton, A. W. (1957), "Canals and River Navigation Before 1750", en C. Singer *et al.* (eds.), *A History of Technology*, III, *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c. 1500-c. 1750*, Oxford, Clarendonm, pp. 437-470.

Skiotis, Dennis (1971), "From Bandit to Pasha: First Steps in the Rise to Power of Ali of Tepelen, 1750-1784", *International Journal of Middle East Studies*, II, 3, pp. 219-244.

Skocpol, Theda (1979), *States and Social Revolutions*, Cambridge, Cambridge University Press.

— (1985), "Cultural Idioms and Political Ideologies in the Reconstruction of State Power: A Rejoinder to Sewell", *Journal of Modern History*, LVII, 1, pp. 86-96.

Slavin, Morris (1984), *The French Revolution in Miniature: Section Droits-de-l'Homme, 1789-1795*, Princeton, Princeton University Press.

Slicher van Bath, B. H. (1963), *The Agrarian History of West Europe. A. D. 500-1850*, Londres, Edward Arnold.

— (1969), "Eighteenth-Century Agriculture on the Continent of Europe: Evolution or Revolution", *Agricultural History*, XLIII, 1, pp. 169-179.

Sloane, William M. (1904), "The World Aspects of the Louisiana Purchase", *American Historical Review*, IX, 3, pp. 507-521.

Smelser, Neil (1959), *Social Change and the Industrial Revolution*, Chicago, University of Chicago.

Smith, H. F. C. (1961), "A Neglected Theme of West African History:

The Islamic Revolutions of the 19th Century", *Journal of the Historical Society of Nigeria*, II, 1, pp. 169-185.

Smith, Paul H. (1964), *Loyalists and Redcoats: A Study in British Revolutionary Policy*, Chapel Hill, University of North Carolina.

Smith, Robert S. (1959), "Indigo Production and Trade in Colonial Guatemala", *Hispanic American Historical Review*, XXXIX, 2, pp. 181-211.

Smith, Walter B. y Arthur Cole (1935), *Fluctuations in American Business, 1790-1860*, Cambridge, Harvard University Press.

Soboul, Albert (1954), "Classes et luttes de classes sous la Révolution française", *La Pensée*, núm. 53, enero-febrero, pp. 39-62.

—— (1956), "The French Rural Community in the Eighteenth and Nineteenth Centuries", *Past and Present*, núm. 10, pp. 78-95.

—— (1958a), *Les sans-culottes parisiens en l'An II*, La Roche-sur-Yon, Henri Potier.

—— (1958b), "Classi e lotte delle classi durante la Rivoluzione francese", en A. Saitta (ed.), *Sanculotti e contadini nella Rivoluzione francese*, Bari, Laterza. (Originalmente publicado en *Movimento Operaio*, 1953.)

—— (1962), "A propos des réflexions de George Rudé sur la sans-culotterie", *Critica Storica*, I, 4, pp. 391-395.

—— (1963), "Personnel sectionnaire et personnel babouviste", en *Babeuf et les problèmes de babouvisme*, Colloque International de Stockholm, París, Éd. Sociales, pp. 107-131.

—— (1965), "Esquisse d'un bilan social en 1815", en *XIIe Congrès International des Sciences Historiques*, Viena, 29 agosto-5 de septiembre, *Rapports*, I, *Grands thèmes*, Horn/Wien, Ferdinand Berger, pp. 517-545.

—— (1968), "Aux origines de la classe ouvrière industrielle française (fin XVIIIe-début XIXe siècle)", *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, París y La Haya, Mouton, pp. 187-192.

—— (1970a), "Le héros et l'histoire", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVII, pp. 333-338.

—— (1970b), *La civilisation de la Révolution française*, I, *La crise de l'Ancien Régime*, París, Arthaud.

—— (1973), "Sur le mouvement paysand dans la Révolution française", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XLV, 1, núm. 211, pp. 85-101.

—— (1974), "L'historiographie classique de la Révolution française, sur des controverses récentes", *La Pensée*, núm. 177, octubre, pp. 40-58.

—— (1976a), "Le choc revolutionnaire, 1789-1797", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III, *L'avènement de l'ère industrielle (1789-années 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 3-64.

—— (1976b), "La reprise économique et la stabilisation sociale, 1797-

1815", en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (eds.), *Histoire économique et social de la France*, III, *L'avènement de l'ère industrielle (1789-années 1880)*, París, Presses Universitaires de France, pp. 65-133.

— (1976c), "Sur l'article de Michel Grenon et Robin", *La Pensée*, núm. 187, junio, pp. 31-35.

— (1976d), *Problèmes paysans de la Révolution (1789-1848), Études d'histoire révolutionnaire*, París, Maspéro.

— (1977a), *A Short History of the French Revolution, 1789-1799*, Berkeley y Los Ángeles, University of California. (Publicación original en francés, 1965.)

— (1977b), "Problèmes agraires de la Révolution française", en A. Soboul (ed.), *Contributions à l'histoire paysanne de la Révolution française*, París, Éd. Sociales, pp. 9-43.

— (1979), "Alla luce della Rivoluzione: Problema contadino e rivoluzione borghese", en A. Groppi *et al.*, *La Rivoluzione francese*, Milán, Franco Angeli, pp. 99-128.

— (1981a), "Le maximum des salaires parisiens et le 9 Thermidor", en *Comprendre la Révolution*, París, Maspéro, pp. 127-145. (Originalmente publicado en *Annales Historiques de la Révolution Française*, 1954.)

— (1981b), "La Révolution française dans l'histoire du monde contemporain", en *Comprendre la Révolution*, París, Maspéro, pp. 349-380. (Originalmente en *Studien über die Revolution*, 1969.)

— (1981c), "Trois notes pour l'histoire de l'aristocratie (Ancien Régime-Révolution)", en B. Köpeczi y E. H. Balázs (eds.), *Noblesse française, noblesse hongroise, XVIe-XIXe siècles*, Budapest, Akadémiai Kiadó y París, CNRS, pp. 77-92.

Socolow, Susan Migden (1978), *The Merchants of Buenos Aires, 1778-1810, Family and Commerce*, Cambridge, Cambridge University Press.

Sonenscher, Michael (1984), "The *sans-culottes* of the Year II: Rethinking the Language of Labour in Pre-revolutionary France", *Social History*, IX, 3, pp. 301-328.

Sorel, Albert (1885-1904), *L'Europe et la Révolution française*, 8 vols., París, Plon.

Sovani, N. V. (1954), "British Import in India before 1850-57", *Cahiers d'Histoire Mondiale*, I, 4, pp. 857-582.

Spear, Percival (1965), *History of India*, vol. II, Harmondsworth, Penguin.

Spodek, Howard (1974), "Rulers, Merchants, and Other Groups in the City-States of Saurashtra, India, around 1800", *Comparative Studies in Society and History*, XVI, 4, pp. 448-470.

Stagg, J. C. A. (1981), "James Madison and the Coercion of Great Britain: Canada, the West Indies, and the War of 1812", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXXVIII, 1, pp. 3-34.

Stanley, George F. G. (1968), *New France: The Last Phase, 1744-1760*, Toronto, McClelland & Stewart.

Stavrianos, L. S. (1952), "Antecedents to the Balkan Revolutions of the Nineteenth Century", *Journal of Modern History*, XXIX, 4, pp. 335-348.

Stearns, Peter (1965), "British Industry Through the Eyes of French Industrialists (1820-1848)", *Journal of Modern History*, XXXVII, 1, pp. 50-61.

Stein, Robert Louis (1978), "Measuring the French Slave Trade, 1713-1792/3", *Journal of African History*, XIX, 4, pp. 515-521.

—— (1979), *The French Slave Trade in the Eighteenth Century: An Old Regime Business*, Madison, University of Wisconsin.

—— (1983), "The State of French Colonial Commerce on the Eve of the Revolution", *Journal of European Economic History*, XII, 1, pp. 105-117.

Stein, Stanley J. (1981), "Bureaucracy and Business in the Spanish Empire, 1759-1804: Failure of a Bourbon Reform in Mexico and Peru", *Hispanic American Historical Review*, LXI, 1, pp. 2-28.

Stein, Stanley J. y Barbara H. Stein (1970), *The Colonial Heritage of Latin America: Essays on Economic Dependence in Perspective*, Nueva York, Oxford University Press.

Stern, Walter M. (1964), "The Bread Crisis in Britain, 1795-96", *Económica*, s. p. i., XXXI, núm. 122, pp. 168-187.

Stevens, Wayne Edson (1926), *The Northwest Fur Trade, 1763-1800*, Urbana, University of Illinois.

Stevenson, John (1971), "The London 'Crimp' Riots of 1794", *International Review of Social History*, XVI, pp. 40-58.

—— (1974), "Food Riots in England, 1792-1818", en J. Stevenson y R. Quinault (eds.), *Popular Protest and Public Order*, Londres, George Allen & Unwin, pp. 33-74.

Stevenson, Robert F. (1968), *Population and Political Systems in Tropical Africa*, Nueva York, Columbia University Press.

Stewart, John Hall (ed.) (1967), *The French Revolution: Some Trends in Historical Writing, 1945-1965*, Washington D. C., American Historical Association.

Stewart, Watt (1930), "Argentina and the Monroe Doctrine, 1824-1828", *Hispanic American Historical Review*, X, pp. 26-32.

Stoddard, T. Lothrop (1914), *The French Revolution in Santo Domingo*, Boston, Houghton-Mifflin.

Stoianovich, Traian (1953), "Land Tenure and Related Sectors of the Balkan Economy, 1600-1800", *Journal of Economic History*, XIII, 4, pp. 398-411.

—— (1960), "The Conquering Balkan Orthodox Merchant", *Journal of Economic History*, XX, 2, pp. 234-313.

—— (1962), "Factors in the Decline of Ottoman Society in the Balkans", *Slavic Review*, XXI, 4, pp. 623-632.

—— (1963), "The Social Foundations of Balkan Politics, 1750-1914", en C. Jelavich y B. Jelavich (eds.), *The Balkans in Transition*, Berkeley, University of California, pp. 297-345.

—— (1976), "Balkan Peasants and Landlords and the Ottoman State: Familial Economy, Market Economy and Modernization", en N. Todorov *et al.* (eds.), *La Révolution industrielle dans le sud-est européen—XIXe siècle*, Sofía, Institut d'Études Balkaniques, Musée National Polytechnique, pp. 164-204.

—— (1983), "Commerce et industrie ottomans et maghrébins: Pôles de diffusion, aires d'expansion", en J. L. Bacqué-Grammont y P. Dumont (eds.), *Contributions à l'histoire économique et sociale de l'empire ottoman*, Lovaina, Peeters, pp. 329-352.

Stoianovich, Traian y Georges C. Haupt (1962), "Le maïs arrive dans les Balkans", *Annales E. S. C.*, XVII, 1, pp. 84-93.

Stokes, Eric (1975), "Agrarian Society and the Pax Britannica in Northern India in the Early Nineteenth Century", *Modern Asian Studies*, IX, 4, pp. 505-528.

Stourm, Rene (1885), *Les finances de l'Ancien Régime et de la Révolution*, vol. II, París, Guillaumin.

Stover, John F. (1958), "French-American Trade during the Confederation, 1781-1789", *North Carolina Historical Review*, XXXV, 4, pp. 399-414.

Sućeska, Avdo (1966), "Bedeutung und Entwicklung des Begriffes A'yân in Osmanischen Reich", *Südost-Forschungen*, XXV, pp. 3-26.

Sugar, Peter F. (1977), *Southeastern Europe under Ottoman Rule, 1354-1804*, Seattle, University of Washington.

Summer, B. H. (1949), *Peter the Great and the Ottoman Empire*, Oxford, Basil Blackwell.

—— (1951), *Peter the Great and the Emergence of Russia*, Londres, English Universities.

Sundström, Lars (1974), *The Exchange Economy of Pre-Colonial Tropical Africa*, Londres, C. Hurst. (Previamente publicada como *The Trade of Guinea*, 1965.)

Supple, Barry (1973), "The State and the Industrial Revolution, 1700-1914", en C. M. Cipolla (ed.), *Fontana Economic History of Europe*, III, *The Industrial Revolution*, Londres, Collins/Fontana, pp. 301-357.

Suret-Canale, Jean (1961), *Afrique Noire occidentale et centrale*, 2a ed. corregida, I, *Géographie, civilisations, histoire*, París, Éd. Sociales.

—— (1980a), "Contexte et conséquences sociales de la traite africaine", *en Essais d'histoire africaine (de la traite des noirs au néo-colonialisme)*, París, Éd. Sociales, pp. 73-96. (Originalmente en *Présence Africaine*, 1964.)

—— (1980b), "La Sénégambie à l'ère de la traite", en *Essais d'histoire africaine (de la traite des noirs au néo-colonialisme)*, París, Éd Sociales, pp. 97-112. (Originalmente en *Canadian Journal of Africa Studies*, 1977.)

Sutherland, Donald (1982), *The Chouans: The Social Origins of Popular Counter-Revolution in Upper Brittany, 1770-1796*, Oxford, Clarendon.

Sutton, Keith (1977), "Reclamations of Wasteland During the Eighteenth and Nineteenth Centuries", en H. D. Clout (ed.), *Themes in the Historical Geography of France*, Nueva York, Academic, pp. 247-300.

Svoronos, Nicolas G. (1956), *Le commerce de Salonique au XVIIIe siècle*, París, Presses Universitaires de France.

Swai, Bonawenture (1979), "East India Company and Moplah Merchants of Tellichery: 1694-1800", *Social Scientist*, VIII, 1, núm. 85, pp. 58-70.

Sweezy, Paul M. (1938), *Monopoly and Competition in the English Coal Trade, 1550-1850*, Cambridge, Harvard University Press.

Szatmary, David P. (1980), *Shay's Rebellion: The Making of an Agrarian Insurrection*, Amherst, University of Massachusetts.

Szeftel, Mark (1975), "La monarchie absolue dans l'État moscovite et l'empire russe (fin XVe s.-1905)", en *Russian Institutions and Culture up to Peter the Great*, Londres, Variorum Reprints, pp. 737-757. (Originalmente en *Recueils de la Société Jean Bodin*, XXII, 1969.)

—— (1980), "Two Negative Appraisals of Russian Pre-Revolutionary Development", *Canadian-American Slavic Studies*, XIV, 1, pp. 74-87.

Tambo, David C. (1976), "The Sokoto Caliphate Slave Trade in the Nineteenth Century", *International Journal of African Historical Studies*, IX, 2, pp. 187-217.

Tandeter, Enrique (1901), "Trabajo forzado y trabajo libre en el Potosí colonial tardío", *Desarrollo Económico*, XX, núm. 80, pp. 511-548.

Tandeter, Enrique y Nathan Watchel (1983), "Precios y producción agraria. Potosí y Charcas en el siglo XVIII", *Desarrollo Económico*, XXIII, núm. 90, pp. 197-232.

Tanguy de La Boissière, C. C. (1796), *Mémoire sur la situation commerciale de la France avec les États-Unis d'Amérique depuis l'année 1775 jusques et y compris 1795, suivi d'un sommaire d'observations sur les États-Unis de l'Amérique*, París.

Tann, Jennifer (1978), "Marketing Methods in the International Steam Engine Market: The Case of Boulton and Watt", *Journal of Economic History*, XXXVIII, 2, pp. 363-391.

Tansill, Charles Callan (1938), *The United States and Santo Domingo, 1798-1873: A Chapter in Caribbean Diplomacy*, Baltimore, Johns Hopkins.

Tarle, Eugne (1926), "Napoleon Ier et les intérêts économiques de la France", *Napoléon: La Revue du XIXe Siècle*, año 15, XXVI, 1/2, pp. 117-137.

Tarrade, J. (1972), *Le commerce colonial de la France à la fin de l'Ancien Régime. L'évolution du régime de "L'Exclusif" de 1763 à 1789*, 2 vols., París, Presses Universitaires de France.

Tate, W. E. (1945), "Opposition to Parliamentary Enclosure in Eighteenth-Century England", *Agriculture History*, XIX, 3, pp. 137-142.

Tavares, Luis Henrique Dias (1973), "A Independencia como decisão da unidade do Brasil", *Revista Brasileira de Cultura*, V, núm. 17, pp. 89-96.

—— (1977), *A Independencia do Brasil na Bahia*, São Paulo, Civilização Brasileira.
Taylor, Arthur J. (1960), "Progress and Poverty in Britain, 1780-1850: A Reappraisal", *History*, XLV, núm. 153, pp. 16-31.
—— (1972), *Laissez-faire and State Intervention in Nineteenth-century Britain*, Londres, Macmillan.
Taylor, George Rogers (1964), "American Economic Growth before 1840: An Exploratory Essay", *Journal of Economic History*, XXIV, 4, pp. 427-444.
Taylor, George V. (1961), "The Paris Bourse on the Eve of the Revolution, 1781-1789", *American Historical Review*, LXVII, 4, pp. 951-977.
—— (1963), "Some Business Partnerships at Lyon, 1785-1793", *Journal of Economic History*, XXIII, 1, pp. 46-70.
—— (1964), "Types of Capitalism in Eighteenth-Century France", *English Historical Review*, LXXIX, núm. 312, pp. 478-797.
—— (1967), "Noncapitalist Wealth and the Origins of the French Revolution", *American Historical Review*, LXXII, 2, pp. 469-496.
—— (1972), "Revolutionary and Nonrevolutionary Content in the *Cahiers* of 1789: An Interim Report", *French Historical Studies*, VII, 4, pp. 479-502.
Temperley, Harold (1925a), "French Designs on Spanish America in 1820-1825", *English Historical Review*, XL, núm. 157, pp. 34-53.
—— (1925b), *The Foreign Policy of Canning, 1822-1827*, Londres, G. Bell.
Thomas, Hugh (1971), *Cuba: The Pursuit of Freedom*, Nueva York, Harper & Row.
Thomas, Robert Paul (1965), "A Quantitative Approach to the Study of the Effects of British Imperial Policy upon Colonial Welfare: Some Preliminary Findings", *Journal of Economic History*, XXV, 4, pp. 615-638.
—— (1968a), "British Imperial Policy and the Economic Interpretation of the American Revolution", *Journal of Economic History*, XXVIII, 3, pp. 436-440.
—— (1968b), "The Sugar Colonies of the Old Empire: Profit or Loss for Great Britain?", *Economic History Review*, 2a. serie, XXI, 1, pp 30-45.
Thomas, Robert Paul y D. N. McCloskey (1982), "Overseas Trade an Empire, 1700-1860", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Eco nomic History of Britain Since 1700*, I, 1700-1860, Cambridge, Can bridge University Press, pp. 87-102.
Thomas, Robert Paul y Richard Nelson Bean (1974), "The Fishers Men: The Profits of the Slave Trade", *Journal of Economic Histo* XXXIV, 4, pp. 885-914.
Thomas, William I. y Dorothy Swaine Thomas (1928), *The Child America*, Nueva York, Knopf.
Thomis, Malcolm I. (1972), *The Luddites: Machine-Breaking in Rege England*, Nueva York, Schocken.

Thompson, Edward P. (1968), *The Making of the English Working Class*, edición corregida, Harmondsworth, Pelican.
—— (1971), "The Moral Economy of the English Crowd in the Eighteenth Century", *Past and Present*, núm. 50, pp. 76-136.
—— (1978a), "Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?", *Social History*, III, 2, pp. 133-165.
—— (1978b), "The Peculiarities of the English", en *The Poverty of Theory and Other Essays*, Londres, Merlin, pp. 35-91. (Originalmente publicado en *The Socialist Register*, 1965.)
Thuillier, Guy (1967), "Pour une histoire monétaire du XIXᵉ siècle: La crise monétaire de l'automne 1810", *Revue Historique*, año 91, CCXXXVIII, julio-septiembre, pp. 51-84.
Tilly, Charles (1968), *The Vendée*, 2a. reimpresión con prefacio, Cambridge, Harvard University Press.
—— (1982), "Proletarianization and Rural Collective Action in East Anglia and Elsewhere, 1500-1900", *Peasant Studies*, X, 1, pp. 5-34.
—— (1983), "Flows of Capital and Forms of Industry in Europe, 1500-1900", *Theory and Society*, XII, 2, pp. 123-142.
Tilly, Charles y Richard Tilly (1971), "Agenda for European Economic History in the 1970s", *Journal of Economic History*, XXXI, 1, pp. 184-198.
Tilly, Louise A. (1971), "The Food Riot as a Form of Political Conflict in France", *Journal of Interdisciplinary History*, II, 1, pp. 23-57.
Timmer, C. Peter (1969), "The Turnip, the New Husbandry, and the English Agricultural Revolution", *Quarterly Journal of Economics*, LXXXIII, 3, pp. 375-395.
Tinker, Hugh (1978), *A New System of Slavery. The Export of Indian Labour Overseas, 1830-1920*, Londres, Oxford University Press.
Tocqueville, Alexis de (1953), *L'Ancien Régime et la Révolution: Fragments et notes inédites sur la Révolution*, texto establecido y anotado por André Jardin, París, Gallimard.
—— (1955), *The Old Regime and the French Revolution*, Garden City, Doubleday Anchor.
Todorov, Nikolai (1963), "Sur quelques aspects du passage du féodalisme au capitalisme dans les territoires balkaniques de l'empire ottoman", *Revue des Études Sud-Est Européennes*, núms. 1/2, pp. 103-136.
—— (1965), "La coopération interbalkanique dans mouvement grec de libération nationale à la fin du XVIIIᵉ et au début du XIXᵉ siècle—Son idéologie et son action", *Études Historiques* con ocasión del XIIᵉ Congrès International des Sciences Historiques—Vienne, agosto-septiembre, Sofía, Académie des Sciences de Bulgarie, II, pp. 171-184.
—— (1977), *La ville balkanique sous les ottomans (IX-XIXᵉ s.)*, Londres, Variorum Reprints.
Todorova, Maria (1976), "The Europeanization of the Ruling Elite of the Ottoman Empire during the Period of Reforms", en N. Todorov

et al., *La Révolution industrielle dans le sud-est Europe—XIXe siècle*, Sofía, Institut d'Études Balkaniques, pp. 103-112.

Tolles, Frederick B. (1954), "The American Revolution Considered as a Social Movement: A Re-Evaluation", *American Historical Review*, LX, 1, pp. 1-12.

Tønnesson, Kåre D. (1959), *La défaite des sans-culottes: Mouvement populaire et réaction bourgeoise en l'an III*, Oslo, Presses Universitaires y París, R. Clavreuil.

Torke, Hans J. (1971), "Continuity and Change in the Relations Between Bureaucracy and Society in Russia 1613-1861", *Canadian Slavic Studies*, V, 4, pp. 457-476.

—— (1972), "More Shade than Light", *Canadian-American Slavic Studies*, VI, 1, pp. 10-12.

Toutain, J. C. (1961), "Le produit de l'agriculture française de 1700 à 1958, I, Estimation du produit au XVIIIe siècle", *Cahiers de l'I. S. E. A.*, serie AF, núm. 1, núm. 115, pp. 1-216, "II La croissance", serie, AF, núm. 2, suplemento núm. 115.

—— (1963), "La population de la France de 1700 à 1959", *Cahiers de l'I. S. E. A.* serie, AF, 3, suplemento núm. 133.

Toynbee, Arnold (1956), *The Industrial Revolution*, Boston, Beacon. (Originalmente publicado en 1884.)

Tranter, N. L. (1981), "The Labour Supply, 1780-1860", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 204-226.

Trendley, Mary (1916), "The United States and Santo Domingo, 1789-1866", *Journal of Race Development*, VII, 1, pp. 220-274.

Tribe, Keith (1981), *Genealogies of Capitalism*, Londres, Macmillan.

Tripathi, Amales (1956), *Trade and Finance in the Bengal Presidency, 1793-1833*, Calcuta, Orient Longman.

Tripathi, Dwijendra (1967), "Opportunism of Free Trade: Lancashire Cotton Famine and Indian Cotton Cultivation", *Indian Economic and Social History Review*, IV, 3, pp. 255-263.

Trouillot, Henock (1971), "La guerre de l'Indépendance d'Haïti: Les grandes prètres du vodou contre l'armée française", *Revista de Historia de América*, núm. 72, julio-diciembre, pp. 259-327.

—— (1972), "La guerre de l'Indépendance d'Haïti, II, Les hommes des troupes coloniales contre les grands prêtres de vodou", *Revista de Historia de América*, núms. 73/74, enero-diciembre, pp. 75-130.

Trouillot, Michel-Rolph (1981), "Peripheral Vibrations: The Case of Saint-Domingue's Coffee Revolution", en R. Robinson (ed.), *Dynamics of World Development*, Beverly Hills, Sage, pp. 27-41.

—— (1982), "Motion in the System: Coffee, Color, and Slavery in Eighteenth-Century Saint-Domingue", *Review*, V, 3, pp. 331-388.

Trudel, Marcel (1949a), "Le traité de 1783 laisse le Canada à l'Angleterre", *Revue d'Histoire de l'Amérique Française*, III, 2, pp. 179-199

—— (1949b), *Louis XIV, le Congrès Américain et le Canada, 1774-1789*, Quebec, 'Université Laval.

Tscherkassowa, A. S. (1986), "Quellen der Arbeitskraftebildung des Urals im XVIII Jahrhundert, Grossmetallurgie", XVIII Settimana di Studio, Istituto Internazionale di Storia Economica "Francesco Datini", Prato, mimeo.
Tucker, G. S. L. (1963), "English Pre-Industrial Population Trends", *Economic History Review*, 2a. serie, XVI, 2, pp. 205-218.
Tucker, R. S. (1975), "Real Wages of Artisans in London, 1729-1935", en Arthur J. Taylor (ed.), *The Standard of Living in Britain in the Industrial Revolution*, Londres, Methuen, pp. 21-35. (Originalmente publicado en *Journal of the American Statistical Association*, 1936.)
Tulard, Jean (1970), "Problèms sociaux de la France napoléonienne", *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XVII, julio-septiembre, pp. 639-663.
Tunzelmann, G. N. von (1978), *Steam Power and British Industrialization to 1860*, Oxford, Clarendon.
—— (1979), "Trends in Real Wages, 1750-1850, Revisited", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXII, 1, pp. 33-49.
—— (1981), "Technical Progress During the Industrial Revolution", en R. Floud y D. N. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain Since 1700*, I, *1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 143-163.
Turgay, A. Üner (1983), "Ottoman-British Trade Through Southeastern Black Sea Ports During the Nineteenth Century", en J. L. Bacqué-Grammont y P. Dumont, *Economie et Sociétés dans l'Empire Ottomane (fin du XVIIIe-début du XXe siècle)*, Colloques Internationaux du CNRS, núm. 601, París, CNRS, pp. 297-315.
Turner, Frederick J. (1895, 1896), "Western State-Making in the American Revolutionary Era", *American Historial Review*, I, 1, pp. 70-87 (1895), I, 2, pp. 251-269 (1896).
Turner, Michael (1982), "Agricultural Productivity in England in the Eighteenth Century: Evidence from Crop Yields", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXV, 4, pp. 489-510.
Unwin, G. (1922), "Transition to the Factory System", *English Historical Review*, XXXVI, núm. 146, XXXVI, núm. 147, pp. 383-397.
Uzoigwe, G. N. (1973), "The Slave Trade and African Societies", *Transactions of the Historical Society of Ghana*, XIV, 2, pp. 187-212.
Valcárcel, Carlos Daniel (1957), "Túpac Amaru, fidelista y precursor", *Revista de Indias*, XVII, 68, pp. 241-253.
—— (1960), "Perú Borbónico y emancipación", *Revista de Historia de América*, núm. 50, diciembre, pp. 315-438.
Valensi, Lucette (1969), *Le Maghreb avant la prise d'Alger (1790-1830)*, París, Flammarion.
Van Alstyne, Richard W. (1960), *The Rising American Empire*, Oxford, Basil Blackwell.
Van Dantzig, Albert (1975), "Effects of the Atlantic Slave Trade on Some West African Societies", en *Revue Française d'Histoire d'Outre-Mer*, LXII, primero y segundo trimestres, núms. 226/227, pp. 252-269.

Van Tyne, Claude H. (1916), "Influences Which Determined the French Government to Make the Treaty with America, 1778", *American Historical Review*, XXI, 3, pp. 528-541.
—— (1925), "French Aid Before the Alliance of 1778", *American Historical Review*, XXXI, 1, pp. 20-40.
Vandenbroeke, C. y W. Vanderpijpen (1978), "The Problem of the 'Agricultural Revolution' in Flanders and in Belgium: Myth or Reality?", en H. van der Wee y E. van Cauwenberghe (eds.), *Productivity of Land and Agricultural Innovation in the Low Countries (1250-1800)*, Lovaina, Leuven University Press.
Vargas Ugarte, Rubén (1971), *Historia General del Perú*, 2a. ed., V, *Postrimerías del poder español (1776-1815)*, VI, *Emancipación (1816-1825)*, Lima, Carlos Milla Batrès.
Vázquez de Prada, Valentín (1968), "Las rutas comerciales entre España y América en el siglo XVIII", *Anuario de Estudios Americanos*, XXV, pp. 197-241.
Venturi, Franco (1979), "From Scotland to Russia: An Eighteenth Century Debate in Feudalism", en A. G. Cross (ed.), *Great Britain and Russia in the Eighteenth-Century: Contrasts and Comparisons*, Newton, Oriental Research Partners, pp. 2-24.
Ver Steeg, Clarence L. (1957), "The American Revolution Considered as an Economic Movement", *Huntington Library Quarterly*, XX, 4, pp. 361-372.
Verhaegen, Paul (1922-1929), *La Belgique sous la domination française, 1792-1814*, 5 vols., Bruselas, Goemaere y París, Plon.
Verna, Paul (1969), *Pétion y Bolívar*, Caracas, Oficina Central de Información.
—— (1983), "Bolívar 'El Haitiano': Revolucionario integral y libertador social", *Revista Nacional de Cultura*, XLIV, núm. 250, pp. 145-159.
—— (1984), "La revolución haitiana y sus manifestaciones socio-jurídicas en el Caribe y Venezuela", *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, LXVII, núm. 268, pp. 741-752.
Vernadsky, George (1945), "On Some Parallel Trends in Russian and Turkish History", *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences*, XXXVI, julio, pp. 25-36.
Vicziany, Marika (1979), "The Deindustrialization of India in the Nineteenth Century: A Methodological Critique of Amiya Kumar Bagchi", *Indian Economic and Social History Review*, XVI, 2, pp. 105-146.
Vidalenc, Jean (1969), "La traite négrière en France, 1814-1830", *Actes du 91e Congrès National des Sociétés Savantes*, Rennes, 1966, Sección de Historia Moderna y Contemporánea, t. I, *Histoire maritime et coloniale*, París, Bibliothèque Nationale, pp. 197-229.
Vidotto, Vittorio (1979), "Il recente dibattito storiografico sulla Rivoluzione francese", en A. Groppi *et al.*, *La Rivoluzione francese: Problemi storici e metodologici*, Milán, Franco Angeli, pp. 11-68.

Viennet, Odette (1947), *Napoléon et l'industrie française; la crise de 1810-1811*, París, Plon.
Vignols, Léon (1928a), "Études négrières de 1774 à 1928. Introduction, Pourquoi la date de 1774", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, XVI, 1, pp. 5-11.
—— (1928b), "La mise en valeur du Canada à l'époque française", *Revue d'Histoire Économique et Sociale*, XVI, 4, pp. 720-795.
Vilar, Pierre (1974), "Réflexions sur la 'crise de l'ancien type': 'Inégalité des récoltes' et 'sous-développement'", en *Conjoncture économique, structure sociales*, París y La Haya, Mouton, pp. 37-58.
Viles, Perry (1972), "The Slaving Interest of the Atlantic Ports, 1763-1792", *French Historical Studies*, VII, 4, pp. 529-543.
Villalobos R., Sergio (1962), "El comercio extranjero a fines de la dominación española", *Journal of Inter-American Studies*, IV, 4, pp. 517-544.
—— (1965), *Comercio y contrabando en el Río de la Plata y Chile*, Buenos Aires, Eudeba.
Vovelle, Michel (1972), *La chute de la monarchie, 1787-1792*, París, Seuil.
—— (1980), *Ville et campagne au 18ᵉ siècle (Chartres et la Beauce)*, París, Éd. Sociales.
—— (1984), *The Fall of the French Monarchy, 1787-1792*, Cambridge, Cambridge University Press.
Vovelle, Michel y David Roche (1965), "Bourgeois, Rentiers, and Property Owners", en Jeffry Kaplan (ed.), *New Perspectives on the French Revolution*, Nueva York, Wiley, pp. 25-46. (Traducción de las *Actes du Quatre-Vingt-Quatrième Congrès National des Sociétés Savantes*, 1959.)
Waddell, D. A. G. (1985), "International Politics and Latin American Independence", en L. Bethell (ed.), *Cambridge History of Latin America*, III, *From Independence to c. 1870*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 197-228.
Wadsworth, Alfred P. y Julia de Lacy Mann (1931), *The Cotton Trade and Industrial Lancashire, 1600-1780*, Manchester, Manchester University Press.
Wakdman, Marilyn Robinson (1965), "The Fulani *Jihad*: A Reassessment", *Journal of African History*, VI, 3, pp. 333-355.
Walker, James W. St. G. (1975), "Blacks as American Loyalists: The Slaves' War for Independence", *Historical Reflections*, II, 1, pp. 51-67.
Wallerstein, Immanuel (1974), *The Modern World-System*, I, *Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*, Nueva York, Academic.
—— (1980), *The Modern World-System*, II, *Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*, Nueva York, Academic.
Wallerstein, Immanuel y Resat Kasaba (1983), "Incorporation into the

World-Economy: Changes in the Structure of the Ottoman Empire, 1750-1839", en J. L. Bacqué-Grammont y P. Dumont (eds.), *Economie et société dans l'empire ottoman*, París, CNRS, pp. 335-354.

Walsh, Lorena S. (1983), "Urban Amenities and Rural Sufficiency: Living Standards and Consumer Behavior in the Colonial Chesapeake, 1643-1777", *Journal of Economic History*, XLIII, 1, pp. 109-117.

Walton, Gary M. (1967), "Sources of Productivity Change in American Colonial Shipping, 1675-1775", *Economic History Review*, 2a. serie, XX, 1, pp. 67-78.

—— (1971), "The New Economic History and the Burdens of the Navigation Acts", *Economic History Review*, 2a. serie, XXIV, 4, pp. 533-542.

—— (1973), "The Burdens of the Navigation Acts: A Reply", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVI, 4, pp. 687-688.

Walton, Gary M. y James F. Shepherd (1979), *The Economic Rise of Early America*, Cambridge, Cambridge University Press.

Ward, J. R. (1978), "The Profitability of Sugar Planting in the British West Indies, 1650-1834", *Economic History Review*, 2a. serie, XXXI, 2, pp. 197-213.

Ward, W. R. (1965), "The Beginning of Reform in Great Britain: Imperial Problems: Politics and Administration, Economic Growth", en *New Cambridge Modern History*, VIII, A. Goodwin (ed.), *The American and French Revolutions, 1762-1793*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 537-564.

Warden, G. B. (1976), "Inequality and Instability in Eighteenth-Century Boston: A Reappraisal", *Journal of Interdisciplinary History*, VI, 4, pp. 585-620.

Warner, Charles K. (1975), "Soboul and the Peasants", *Peasant Studies Newsletter*, IV, 1, pp. 1-5.

Watson, Ian Bruce (1978), "Between the Devil and the Deep Blue Sea: Commercial Alternatives in India, 1707-1760", *South Asia*, s. p. i., I, 2, pp. 54-64.

—— (1980a), *Foundation for Empire: English Private Trade in India, 1659-1760*, Nueva Delhi, Vikas.

—— (1980b), "Fortifications and the 'Idea' of Force in Early English East India Company Relations with India", *Past and Present*, núm. 88, pp. 70-88.

Weaver, Emily P. (1904), "Nova Scotia and New England during the Revolution", *American Historical Review*, X, 1, pp. 52-71.

Webster, C. K. (1912), "Castlereagh and the Spanish Colonies, I, 1815-1818", *English Historical Review*, XXVII, núm. 105, pp. 78-95.

Wee, Herman van der (1980), "La dette publique aux XVIIIe siècle", en *Actes du 9e Colloque International*, Spa, 12-16 de septiembre de 1978, Bruselas, Credit Commercial de Belgique, pp. 13-21.

Weiss, Roger W. (1970), "The Issue of Paper Money in the American Colonies, 1720-1774", *Journal of Economic History*, XXX, 4, pp. 770-784.

—— (1974), "The Colonial Monetary Standard of Massachusetts", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVII, 4, pp. 577-592.
Western, J. R. (1956), "The Volunteer Movement as an Anti-Revolutionary Force, 1793-1801", *English Historical Review*, LXXI, núm. 281, pp. 603-614.
—— (1965), "Armed Forces and the Art of War, 2: Armies", en *New Cambridge Modern History*, VIII, A. Goodwin (ed.), *The American and French Revolutions, 1763-1793*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 190-217.
Weulersse, Georges (1985), *La physiocratie à l'aube de la Révolution, 1781-1792*, Paris, Éd. de l'EHESS.
Whitaker, Arthur P. (1928), "The Commerce of Louisiana and the Floridas at the End of the Eighteenth Century", *Hispanic American Historical Review*, VIII, 2, pp. 190-2033.
—— (1941), *The United States and the Independence of Latin America, 1800-1830*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
—— (1960), "Causes of Spanish American Wars of Independence: Economic Factors", *Journal of Inter-American Studies*, II, 2, pp. 132-139.
—— (1962a), *The Spanish-American Frontier: 1783-1795. The Westward Movement and the Spanish Retreat in the Mississippi Valley*, Gloucester, Peter Smith. (Originalmente publicado en 1927.)
—— (1962b), *The Mississippi Question, 1795-1803: A Study in Trade, Politics, and Diplomacy*, Gloucester, Peter Smith. (Originalmente publicado en 1932.)
Whitehead, Donald (1964), "History to Scale? The British Economy in the Eighteenth Century", *Business Archives and History*, IV, 1, pp. 72-83.
—— (1970), "The English Industrial Revolution as an Example of Growth", en R. M. Hartwell (ed.), *The Industrial Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, pp. 3-27.
Whitson, Agnes M. (1930), "The Outlook of the Continental American Colonies on the British West Indies, 1760-1775", *Political Science Quarterly*, XLV, 1, pp. 56-86.
Wicker, Elmus (1985), "Colonial Monetary Standards Contrasted: Evidence from the Seven Years War", *Journal of Economic History*, XLV, 4, pp. 869-884.
Wilks, Ivor (1971), "Asante Policy Towards the Hausa Trade in the Nineteenth Century", en C. Meillassoux (ed.), *The Development of Indigenous Trade and Markets in West Africa*, Londres, Oxford University Press, pp. 124-141.
—— (1975), *Asante in the Nineteenth Century: The Structure and Evolution of a Political Order*, Londres, Cambridge University Press.
Williams, Eric (1944), *Capitalism and Slavery*, Londres, André Deutsch. (1966 reimpresión.)
Williams, Gwyn A. (1968), *Artisans and Sans-culottes: Popular Movements in France and Britain During the French Revolution*, Londres, Edward Arnold.

Williams, J. E. (1966), "The British Standard of Living, 1750-1850", *Economic History Review*, 2a. serie, XIX, 3, pp. 581-589.
Williams, Judith Blow (1934), "The Establishment of British Commerce with Argentine", *Hispanic American Historical Review*, XV, 1, pp. 43-64.
—— (1972), *British Commercial Policy and Trade Expansion, 1750-1850*, Oxford, Clarendon.
Williams, Raymond (1976), *Keywords*, Nueva York, Oxford University Press.
Williams, William Appleman (1962), "Fire in the Ashes of Scientific History", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XIX, 2, pp. 274-287.
Williamson, Jeffrey G. (1984), "Why Was British Growth So Slow During the Industrial Revolution?", *Journal of Economic History*, XLIV, 3, pp. 687-712.
Wilson, Charles (1977), "The British Isles", en C. Wilson y G. Parker (eds.), *An Introduction to the Sources of European Economic History, 1500-1800*, I, *Western Europe*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, pp. 115-154.
Wilson, R. G. (1966), "Transport Dues as Indices of Economic Growth, 1775-1820", *Economic History Review*, 2a. serie, XIX, 1, pp. 110-123.
Winsor, Justin (1896), "Virginia and the Quebec Bill", *American Historical Review*, I, 3, pp. 436-443.
Wood, A. C. (1925), "The English Embassy at Constantinople, 1660-1762", *English Historical Review*, XL, núm. 160, pp. 533-561.
Wood, Gordon S. (1966), "Rhetoric and Reality in the American Revolution", *William and Mary Quarterly*, 3a. serie, XXIII, 1, pp. 3-32.
Woodruff, Philip (1953), *The Men Who Ruled India*, I, *The Founders*, Londres, Jonathan Cape.
Woodward, Margaret L. (1968), "The Spanish Army and the Loss of America, 1810-1824", *Hispanic American Historical Review*, XLVIII, 4, pp. 586-607.
Woodward, Ralph Lee, Jr. (1968), "The Merchants and Economic Development in the Americas, 1750-1850: A Preliminary Study", *Journal of Inter-American Studies*, X, 1, pp. 134-153.
Woodward, Robert Lee, Jr. (1965), "Economic and Social Origins of the Guatemalan Political Parties (1773-1823)", *Hispanic American Historical Review*, XLV, 4, pp. 544-566.
Wordie, J. R. (1974), "Social Change on the Leveson-Gower Estates, 1714-1832", *Economic History Review*, 2a. serie, XXVII, 4, pp. 593-606.
Woronoff, Denis (1984a), *L'industrie sidérurgique en France pendant la Révolution et l'empire*, París, Éd. de l'EHESS.
—— (1984b), *The Thermidorean Regime and the Directory, 1794-1799*, Cambridge, Cambridge University Press.
Wright, H. R. C. (1954), "Some Aspects of the Permanent Settlement in Bengal", *Economic History Review*, 2a. serie, VII, 2, pp. 204-215.

—— (1955), *Free Trade and Protection in the Netherlands, 1816-1830: A Study of the First Benelux*, Cambridge, Cambridge University Press.
—— (1959), "The Abolition by Cornwallis of the Forced Cultivation of Opium in Bihar", *Economic History Review*, 2a. serie, XII, 1, pp. 112-119.
Wright, J. F. (1965), "British Economic Growth, 1688-1959", *Economic History Review*, 2a. serie, XVIII, 2, pp. 397-412.
Wright, J. Leitch, Jr. (1975), *Florida in the American Revolution*, Gainesville, University of Florida.
Wrigley, C. C. (1971), "Historicism in Africa: Slavery and State Formation", *African Affairs*, LXX, núm. 279, pp. 113-124.
Wrigley, E. A. (1967), "The Supply of Raw Materials in the Industrial Revolution", en R. M. Hartwell (ed.), *The Causes of the Industrial Revolution in England*, Londres, Methuen, pp. 97-120. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1962.)
—— (1969), "Family Limitation in Pre-Industrial England", en M. Drake (ed.), *Population in Industrialization*, Londres, Methuen, pp. 157-194. (Originalmente publicado en *Economic History Review*, 1966.)
—— (1972), "The Process of Modernization and the Industrial Revolution in England", *Journal of Interdisciplinary History*, III, 2, pp. 225-259.
Wrigley, E. A. y R. S. Schofield (1981), *The Population History of England, 1541-1871: A Reconstruction*, Cambridge, Harvard University Press.
Wyczański, Andrzej y Jerzy Topolski (1974), "Peasant Economy Before and During the First State of Industrialization: General Report", en *Sixth International Congress of Economic History*, Copenhague, 19-23 de agosto, Five Themes, Copenhague, Institute of Economic History, University of Copenhague, pp. 11-31.
Yaney, George L. (1973), *The Systematization of Russian Government: Social Evolution in the Domestic Administration of Imperial Russia, 1711-1905*, Urbana, University of Illinois.
Yanov, Alexander (1978), "The Drama of the Time of Troubles, 1725-1730", *Canadian-American Slavic Studies*, XII, 1, pp. 1-59. (Corregida, XII, 4).
Yaresh, Leo (1956), "The Problem of Periodization", en C. E. Black (ed.), *Rewriting Russian History*, Nueva York, Vintage, pp. 32-77.
Yelling, J. A. (1977), *Common Field and Enclosure in England, 1450-1850*, Londres, Macmillan.
Yoder, John C. (1974), "Fly and Elephant Parties: Political Polarization in Dahomey", *Journal of African History*, XV, 3, pp. 417-432.
Youngson, A. J. (1966), "The Opening Up of New Territories", en H. J. Habakkuk y M. Postan (eds.), *Cambridge Economic History of Europe*, VI, *The Industrial Revolutions and After: Incomes, Population and Technological Change*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 139-211.

Zacker, Jacques (1962), "Quelques mots sur les sans-culottes de la Révolution française à propos de l'article de George Rudé", *Critica Storica*, I, 4, pp. 384-387.

Zaozerskaja, E. I. (1965), "Le salariat dans les manufactures textiles russes au XVIIIe siècle", *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, VI, 2, pp. 188-222.

Zapperi, Roberto (1972), "Siéyès et l'abolition de la féodalité en 1789", *Annales Historiques de la Révolution Française*, XLIV, núm. 209, pp. 321-351.

—— (1974), *Per la critica del concetto di rivoluzione borghese*, Bari, De Donato.

Zavala, Silvio (1967), *El mundo americano en la época colonial*, 2 vols., Mexico, Porrúa.

Zeller, Gaston (1955), *Les temps modernes*, II, *De Louis XIV, à 1789*, vol. III, Pierre Renouvin (ed.), *Histoire des relations internationales*, París, Hachette.

Zilversmit, Arthur (1967), *The First Emancipation: The Abolition of Slavery in the North*, Chicago, University of Chicago.

Zimmerman, A. F. (1931), "Spain and its Colonies, 1808-1820", *Hispanic American Historical Review*, XI, 4, pp. 439-463.

Zuccarelli, François (1959), "L'entrepôt fictif de Gorée entre 1822 et 1852: Une exception au régime de l'exclusif", *Annales Africaines*, VI, pp. 261-282.

En este índice analítico se han agrupado las referencias a jurisdicciones políticas concretas, con independencia de sus cambios a través del tiempo, bajo las denominaciones en uso al final del período considerado. Así, por ejemplo, Nueva Francia se encontrará bajo Quebec, La Plata bajo Argentina, los Países Bajos Austriacos bajo Bélgica, Uruguay bajo Banda Oriental, etc. Las fronteras, por supuesto, no siempre fueron idénticas. Se ha hecho un esfuerzo por maximizar la coherencia del agrupamiento al mismo tiempo que se minimiza la dispersión de entradas. Las referencias a un pueblo (a un grupo étnico) se encontrarán agrupadas con las referencias al país de origen. Así, los "griegos" se encuentran bajo "Grecia" y los "irlandeses" bajo Irlanda. Los nombres propios con prefijos se catalogan de acuerdo con las reglas de la American Library Association.

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Las ilustraciones fueron seleccionadas y anotadas con ayuda de Sally Spector.